

Megan Hart

Viaje al pasado

La distancia entre nosotros

Dos
en 1.
uno

Tiffany

A45

Viaje al pasado
MEGAN HART
La distancia entre nosotros



Índice

[Viaje al pasado & La distancia entre nosotros](#)

[Sinopsis](#)

[Viaje al pasado](#)

[Agradecimientos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Nota de la autora](#)

[La distancia entre nosotros](#)

[Dedicatoria](#)

[Todo el mundo tiene una historia Así es como termina esta](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Agradecimientos](#)

Sinopsis

Viaje al pasado

Un accidente de infancia convirtió a Emmaline en una persona propensa a sufrir alarmantes desvanecimientos. Aquellos episodios eran incómodos, pero manejables... hasta que conoció a Johnny Dellasandro. Aquel pintor huraño y solitario había ganado notoriedad en los años setenta por su estilo de vida desenfrenado y sus películas pornográficas de arte y ensayo. Su cuerpo desnudo había llegado a convertirse en un objeto de culto, especialmente para Emma, que llegó a obsesionarse con aquel hombre al que la edad había hecho más sexy. Pero Johnny huía de los focos, y de Emm en particular... Hasta que ella sufrió un desvanecimiento en la puerta de su casa...

La distancia entre nosotros

Tesla Martin vivía plácidamente sirviendo cafés en la cafetería Morningstar Mocha, disfrutando de las idas y venidas de sus clientes favoritos. Sin embargo, ninguno de ellos podía compararse con Meredith, una mujer carismática que se las arreglaba para sonsacarle la historia de su vida incluso al más tímido de los mortales.

Meredith consiguió atrapar a Tesla en su órbita sensual e irresistible y, sin reservas, Tesla compartió con ella vivencias que había olvidado hacía mucho. Nada de lo que le proponía Meredith le parecía imposible, ni siquiera acostarse con su marido, Charlie, mientras ella miraba.

En un abrir y cerrar de ojos, Tesla entró a formar parte de un triángulo amoroso y encontró lo que siempre había soñado, aunque

nadie más pudiera entenderlo...

Viaje al pasado
MEGAN HART

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2011 Megan Hart

© 2014 Harlequin Ibérica, S.A.

Viaje al pasado, n.º 62 - julio 2014

Título original: Collide

Publicada originalmente por Spice

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-4586-2

Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Como no podía ser de otra manera, *Viaje al pasado* es una novela llena de erotismo y sensualidad, pero, en esta ocasión, Megan Hart ha introducido un elemento de misterio paranormal que atrapa al lector desde el principio hasta el final del libro.

El amor es una conexión entre dos personas, y nuestra protagonista, Emm, está fuertemente unida a Johnny, un actor porno de los años setenta. Por eso se desliza en el tiempo para disfrutar de un sexo explosivo con él, y aunque estos episodios la debilitan cada vez más, es incapaz de detenerlos. Si tuviera que elegir entre el placer y la vida, elegiría sin duda el placer que le proporciona Johnny.

Una historia diferente y original que queremos recomendar encarecidamente a nuestros lectores.

Feliz y apasionada lectura.

Los editores

Gracias por los maratones de programas nocturnos en directo y la mutua apreciación de todas esas cosas que nos convierten en un par de entregadas admiradoras.

Para DPF, por aguantarme.

Y, por supuesto, para Joe. Sin ti, este libro no existiría.

Capítulo 1

Naranjas.

El olor a naranja fluyó hacia mí. Apoyé la mano en el respaldo de la silla que tenía más cerca y busqué una cesta de fruta en el mostrador. Algo, cualquier cosa que pudiera justificar un olor que estaba tan fuera de lugar en aquella cafetería como un traje de Santa Claus sobre la arena de la playa. No vi nada que pudiera explicar aquel olor y respiré hondo. Había aprendido mucho tiempo atrás que no tenía sentido intentar contener la respiración o taparme la nariz. Era preferible respirar. Acabar con ello cuanto antes.

El olor desapareció rápidamente con un par de parpadeos para ser reemplazado por el olor más fuerte del café y los dulces. Había tensado la mano sobre el respaldo de la silla, pero ni siquiera me hizo falta aquel apoyo. Recobré la compostura antes de soltar la silla y me dirigí hacia el mostrador para buscar el azúcar y la crema para el café.

Habían pasado casi dos años desde que había sufrido mi último desvanecimiento, mi última fuga. Había sido igualmente comedia, pero el hecho de que la más reciente apenas hubiera durado un parpadeo no me servía de consuelo. En otras épocas de mi vida, aquellos momentos de amnesia habían sido tan fuertes y frecuentes que me impedían llevar una vida normal. Era demasiado esperar que pudieran desaparecer para siempre, pero lo que no quería era volver al pasado.

–¡Eh, chica! ¡Eh! –me llamó Jen desde la mesa que acababa de encontrar justo detrás de la puerta del Mocha. Me hizo un gesto con la mano–. ¡Aquí!

Yo también le hice un gesto con la mano, añadí azúcar y crema al café y fui zigzagueando entre las sillas y las mesas hasta llegar a donde estaba Jen.

–¡Hola! –la saludé.

–¡Oh! ¿Qué te has pedido?

Jen se inclinó hacia delante para inspeccionar el interior de mi taza, como si de esa forma pudiera tener alguna idea de lo que contenía. Olfateó con fuerza.

–¿Chocolate Alemán?

–Casi.

–Delicia de Chocolate –mencioné uno de los dos cafés destacados del día–. Con un poco de jarabe de vainilla.

–Mm, suena bien. Voy a buscar el mío. ¡Eh! ¿Y qué te has pedido de comer?

–Una magdalena de mantequilla. Debería haberla pedido de chocolate, pero he pensado que sería demasiado chocolate –le enseñé el plato con la magdalena.

–¿Demasiado chocolate? Como si eso fuera posible.

Removí el café para distribuir el jarabe de vainilla, la ración extra de azúcar y la crema y bebí un sorbo, disfrutando de aquella extremada dulzura que pocos apreciarían. Jen tenía razón. Debería haber pedido la magdalena de chocolate.

Jen eligió el peor momento para ir a pedir. Había comenzado la hora punta de la mañana. Los clientes hacían cola en filas de a cuatro hasta la puerta de la entrada. Jen me miró enfadada y se encogió de hombros. Lo único que pude hacer por ella fue sonreír y mirarla con compasión.

Cuando yo había entrado, la cafetería estaba prácticamente vacía. Los clientes que se veían obligados a esperar habían empezado a apropiarse de las mesas mientras esperaban su turno. Saludé a Carlos, que estaba sentado en una esquina, pero llevaba puestos los cascos y tenía el portátil encendido. Carlos estaba escribiendo una novela. Antes de ir a trabajar, se sentaba en el Mocha de diez a once de la mañana y los sábados como aquel, a veces se quedaba unas horas más.

Lisa, con una abultada mochila llena de libros de texto a la espalda, ocupó una mesa situada a varios asientos de distancia y me saludó sin fijarse en los gestos que me hacía Jen para obligarme a

ignorarla. Lisa vendía productos de la firma Spicefully Tasty para pagarse la carrera de Derecho y aunque a mí nunca me habían molestado sus peroratas de vendedora, Jen no las soportaba. Sin embargo, aquel día Lisa parecía ocupada. Se concentró en colocar los libros y la libreta e incluso abrió el bolígrafo mientras se quitaba el abrigo.

Jen y yo éramos clientes habituales del Mocha. Para nosotras era como una especie de club. Quedábamos allí por las mañanas antes de ir al trabajo, por las tardes antes de volver a casa y durante los fines de semana con los ojos todavía medio cerrados por culpa de la noche del viernes. El Mocha era una de las mejores cosas que tenía el vivir en este barrio y aunque yo solo llevaba varios meses formando parte de aquel club, lo adoraba.

Para cuando Jen llegó a nuestra mesa con una taza de algo que olía a chocolate y menta y con algo rezumante y pegajoso en su plato, la gente parecía haberse tranquilizado. Los clientes habituales habían ocupado sus sitios de siempre y aquellos que pasaban únicamente para comprar algo que llevarse, se habían marchado. En ese momento, el Mocha estaba lleno y vibrando con el murmullo de las conversaciones y el teclear de los ordenadores de la gente que aprovechaba el hecho de que fuera un espacio con Wi-Fi gratuita. Me gustaba aquel murmullo. Me hacía ser más consciente de que estaba allí en aquel preciso momento. Viviendo el presente.

–¿No ha intentado venderte una especie de crema de queso para untar? A lo mejor es que ha entendido la indirecta –Jen me ofreció un tenedor y aunque yo quería resistirme, no pude evitar probar aquel pedacito de bizcocho de chocolate.

–En realidad, a mí me gustan los productos de Spicefully Tasty – comenté.

–¡Bah! –Jen se echó a reír–. Venga, hombre.

–No, lo digo en serio –insistí–. Son caros, pero muy útiles. Y si cocinara de verdad, lo serían más.

–Estás de broma. Por todo el dinero que cuesta un puñado de especias, puedo comprar cuatro veces más en cualquier tienda de todo a un dólar y mezclarlas yo misma. No es que lo haya hecho, pero

podría.

–A lo mejor le compro algo el mes que viene –comencé a beber más rápidamente el café que ya estaba enfriándose, saboreando la intensidad de la crema–. En cuanto haya pagado algunas facturas.

–Seguro que encuentras mejores cosas en las que... ¡Oh, qué guapo! ¡Por fin aparece! –Jen fue bajando la voz hasta convertirla en un susurro.

Me volví para ver hacia dónde estaba mirando y vislumbré apenas un abrigo negro y una bufanda de rayas negras y rojas. El hombre al que Jen se refería llevaba un periódico bajo el brazo, lo cual, en una época de smartphones y webs resultaba suficientemente extraño como para obligarme a mirarle dos veces. Le dijo algo a la chica de la máquina registradora, que parecía conocerle, y se acercó con la taza vacía hacia el largo mostrador en el que estaban las jarras de café para que la gente repitiera a su antojo.

De perfil, era maravilloso. Tenía el pelo rubio y revuelto, una nariz pronunciada que, sin embargo, no resultaba exagerada, y arrugas alrededor de unos ojos que, aunque no podía verlos, sospechaba que eran azules. Los labios, apretados en aquel momento en un gesto de concentración mientras se servía el café y añadía crema y azúcar, eran suficientemente llenos sin ser demasiado exuberantes.

–¿Quién es? –pregunté.

–¡Pero bueno! –exclamó Jen en un susurro–. ¿No lo sabes?

–Si lo supiera, no lo preguntaría.

El hombre del abrigo pasó suficientemente cerca de nosotras como para que pudiera percibir su fragancia.

Naranjas.

Cerré los ojos ante aquella segunda vaharada de perfume. El sabor del café era tan fuerte que debería haber bloqueado cualquier otro aroma, pero no fue así. Percibía el olor del café y del chocolate, pero también el de las naranjas. Una vez más, incliné la cabeza y presioné con los dedos ese punto mágico que tengo entre los ojos y que tan bien funciona para el dolor de cabeza, aunque no sirva de nada cuando tengo una fuga.

Pero no comenzaron a girar espirales de colores en mi línea de

visión cuando abrió los ojos, y el olor a naranjas fue evaporándose a medida que aquel hombre se alejaba. Le vi sentarse en una mesa alejada de la nuestra. Desdobló el periódico, lo extendió sobre una pequeña mesa para dos, dejó la taza en la mesa y se quitó el abrigo.

–¿Estás bien? –Jen se inclinó hacia delante para entrar en mi línea de visión–. Ya sé que está muy bueno y todo eso, pero maldita sea, Emm, parece como si estuvieras a punto de desmayarte.

–Es el síndrome premenstrual. Siempre estoy un poco atontada en esta época del mes.

Jen frunció el ceño con expresión escéptica.

–Sí, qué rollo.

–Y que lo digas –sonreí para demostrarle que estaba bien y, gracias a Dios, lo estaba.

No había el menor síntoma de que aquel fuera el principio de uno de aquellos episodios que había sufrido en otras ocasiones. Olía a naranjas porque aquel hombre olía a naranjas, no porque ninguna lesión estuviera activando mi cerebro.

–De todas formas, ¿quién es ese hombre?

–Es Johnny Dellasandro.

Mi expresión debió de ser de absoluto desconocimiento, porque Jen se echó a reír.

–¿*Basura*? ¿*La piel*? ¿*El convento embrujado*? Vamos, ¿ni siquiera esas películas te suenan?

Negué con la cabeza.

–¿Eh?

–¡Pero bueno, muchacha! ¿Tú dónde has estado viviendo? Las han puesto muchas veces en esos programas nocturnos como *Después de la medianoche*. Eran un clásico en las fiestas de pijamas.

A mi madre siempre le había dado miedo que pasara la noche en otras casas. Me habían dejado salir de fiesta siempre que le permitiera ir a recogerme a la hora de irme a la cama. Pero había celebrado fiestas de pijamas en mi propia casa.

–Sí, claro que me acuerdo de las películas. Pero eso fue hace mucho tiempo.

–¿*Espacios en blanco*?

Esa me sonaba más, pero no mucho. Me encogí de hombros y volví a mirar al hombre en cuestión.

–En mi vida he oído hablar de esa película.

Jen suspiró y le miró por encima del hombro. Después, se inclinó hacia delante, bajó la voz y me hizo un gesto para que me acercara a ella.

–¿Tampoco conoces a Johnny Dellasandro como pintor? *Espacios en blanco* es una serie de retratos que llegaron a ser muy famosos en los años ochenta. Es como la *Mona Lisa* de la época de Andy Warhol.

Yo habría podido reconocer un cuadro de Warhol en un museo si apareciera junto un Van Gogh, un Dalí o un Matisse, pero más allá de eso...

–¿Te refieres a ese tipo que pintó las latas de sopa? ¿El del retrato de Marilyn Monroe?

–Sí, ese era Warhol. El trabajo de Dellasandro no era tan kitsch como el de Warhol. *Espacios en blanco* fue su primera obra de éxito.

–Has dicho «era». ¿Es que ya no se dedica a la pintura?

Jen se inclinó un poco más y yo la imité.

–Bueno, ahora tiene una galería en Front Street. Se llama The Tin Angel, ¿la conoces?

–He pasado por allí, sí, pero nunca he entrado.

–La galería es suya. Él continúa pintando y allí exponen muchos artistas locales también.

Señaló alrededor del Mocha, repleto de obras de artistas locales, entre ellas, algunas fotografías de la propia Jen.

–Y mejores que estos. De vez en cuando expone algún artista famoso. Pero él mantiene un muy bajo perfil, por lo menos cuando está por aquí. Y supongo que no puedo culparle.

–No –le estudié con atención. Pasaba las páginas del periódico tan lentamente que daba la sensación de estar leyendo hasta la última palabra–. Me pregunto cómo debe de ser.

–¿El qué?

–Eso de ser famoso y después... dejar de serlo.

–Continúa siendo famoso, aunque no de la misma manera. Me parece increíble que nunca hayas oído hablar de él. Vive en esa casa

de ladrillo rojo que hay al final de la calle, por cierto.

Desvié la mirada de Johnny Dellasandro y miré a mi amiga.

–¿En cual?

–En la única que hay –Jen elevó los ojos al cielo–. En esa tan bonita.

–¡Oh, mierda! ¿De verdad? Vaya –volví a mirarle otra vez.

Yo también había comprado una de esas casas de ladrillo rojo. La mía estaba situada en Second Street, y aunque había sido rehabilitada por su propietario anterior, todavía necesitaba mucho trabajo. La casa de la que mi amiga estaba hablando era maravillosa. El ladrillo había sido completamente restaurado, habían puesto canalones de bronce y tenía un jardín rodeado de setos.

–¿Esa es su casa?

–Prácticamente sois vecinos. No me puedo creer que no lo supieras.

–¡Pero si ni siquiera sé quién es! –contesté, aunque después de estar hablando de ello, lo de *Espacios en blanco* me resultaba más familiar–. Y no creo que el agente que me vendió la casa lo mencionara como uno de los atractivos del barrio.

Jen se echó a reír.

–Probablemente no. Es un hombre muy reservado. Viene mucho por aquí, aunque últimamente no le había visto. No habla mucho y siempre va solo.

Bebí el café que me quedaba y consideré la posibilidad de levantarme y aprovechar la posibilidad de rellenar la taza cuantas veces quisiera. De esa forma tendría que pasar justo por delante de él y, al volver, podría verle del todo la cara. Jen pareció leerme el pensamiento.

–Merece la pena verle de cerca –me dijo–. Todas las chicas que venimos por aquí hemos pasado por delante de él varias veces. Y también Carlos. En realidad, creo que Carlos es el único con el que ha hablado.

Me eché a reír.

–¿Ah, sí? ¿Y por qué? ¿Le gustan los chicos?

–¿A quién? ¿A Carlos?

Yo estaba convencida de que Carlos era heterosexual, al menos al juzgar por la manera en la que examinaba el trasero de todas y cada una de las mujeres que veía cuando pensaba que nadie le estaba mirando.

–No, Dellasandro.

–¡Pero chica! –volvió a decir Jen.

Me gustaba que me hablara con tanta familiaridad, como si fuéramos amigas desde hacía mucho tiempo y no solo desde hacía un par de meses. Me había resultado difícil trasladarme a vivir a Harrisburg. Un trabajo nuevo, una nueva casa, una nueva vida... Se suponía que había dejado el pasado atrás, pero nunca terminaba de alejarse una del todo. Jen era una de las primeras personas que había conocido en Harrisburg, en el Mocha, y nos habíamos hecho amigas casi inmediatamente.

–¿Sí? –volví a mirarle con atención.

Dellasandro estaba humedeciéndose el dedo índice antes de pasar la siguiente hoja del periódico. No tendría por qué haberme parecido un gesto tan sexy. Estaba dejando que la opinión de Jen influyera en la impresión que aquel hombre tenía en mí, que había sido demasiado breve como para resultar tan intensa. Al fin y al cabo, apenas le había visto la cara y llevaba mirándole la espalda cerca de quince minutos.

–Tienes que ver todas sus películas. Así entenderás lo que quiero decir. Johnny Dellasandro es como... como una leyenda.

–No creo que sea una leyenda si nunca había oído hablar de él.

–De acuerdo –se corrigió Jen–. Una leyenda en determinados círculos. En círculos artísticos sobre todo.

–Supongo que no soy suficientemente artística –me eché a reír sin sentirme en absoluto ofendida.

Había estado varias veces en el Museo de Arte Moderno de Nueva York y, desde luego, no me consideraba la clase de público al que iban dirigidas las obras que allí se exponían.

–Pues es una pena, una verdadera pena. De verdad, estoy segura de que el haber visto las películas de Johnny Dellasandro ha arruinado para siempre la posibilidad de que me gusten los chicos

normales.

–No creo que eso sea precisamente un cumplido –le dije–. Sobre todo en el caso de que hubiera algo que pudiera llamarse un «chico normal», cosa que, francamente, estoy empezando a dudar.

Jen soltó una carcajada y volvió a atacar su bizcocho de chocolate tras mirar una vez más por encima del hombro. Levantó el tenedor cargado de chocolate y señaló en mi dirección.

–Pásate esta noche por mi casa. Tengo la última selección de DVDs de sus películas, además de las películas anteriores. Y las que no tenga, las podemos bajar de Interflix.

–¡Genial!

Jen sonrió y mordisqueó un trozo del bizcocho del tenedor.

–Emm, voy a darte a conocer algo verdaderamente bueno.

–Y vive justo aquí, ¿verdad?

–Exacto –Jen miró por encima del hombro una vez más.

Si Dellasandro tenía idea de que le estábamos sometiendo a semejante escrutinio, no lo demostró. De hecho, no parecía prestar atención a nadie. Leía el periódico y tomaba el café. Volvía las páginas de una en una y a veces seguía la lectura de la letra guiándose con el dedo.

–No estaba segura de que fuera él, ¿sabes? Llegué aquí una mañana y allí estaba. ¡Nada menos que Johnny Dellasandro! –Jen dejó escapar un suspiro propio de alguien completamente enamorado–. Chica, en serio, la sensación fue tan orgásmica que podría haber salido de aquí navegando sobre mi propio flujo.

Yo, que en ese momento estaba bebiendo un sorbo de café, comencé a reír. Y segundo después, cuando el café se desvió hacia mis pulmones en vez de hacia mi estómago, comencé a toser. Tosiendo, jadeando y con los ojos llenos de lágrimas, me tapé la boca con las manos e intenté protegerme la nariz, pero era imposible no hacer ruido.

Jen también se echó reír.

–¡Levanta los brazos! ¡Pon los brazos en alto! Así dejarás de toser.

Mi madre siempre me había dicho lo mismo. Conseguí levantar el brazo y la tos cedió. Me había ganado varias miradas de curiosidad,

pero, gracias a Dios, ninguna de Dellasandro.

–Cuando vayas a hacer un comentario de ese tipo, avísame antes.

Jen parpadeó con expresión de inocencia.

–¿De qué tipo? ¿Te refieres a lo de salir navegando en mi propio flujo?

Volví a echarme a reír, y en aquella ocasión sin atragantarme.

–¡Sí, a eso!

–Créeme, después de ver sus películas, entenderás lo que quiero decir.

–Muy bien, de acuerdo. Por patético que suene, no tengo planes para esta noche.

–Si no tener planes para la noche del sábado te convierte en alguien patético, entonces yo también lo soy. Podemos regodearnos juntas en nuestro fracaso, comer helado y babear mientras vemos películas artísticas de porno blando.

–¿Porno blando? –miré hacia Dellasandro, que casi había terminado ya el periódico.

–Espera y verás –me dijo Jen–. ¡Panorámicas completas, nena!

–Vaya. No me extraña que no quiera hablar con nadie. Si yo me hubiera hecho famosa por ir enseñando el trasero, seguramente tampoco querría que nadie se fijara en mí.

En aquella ocasión, fue Jen la que estalló en carcajadas. Las suyas hicieron que se volvieran más cabezas que las mías, aunque no la de Dellasandro. Jen arrastró el dedo por los restos del chocolate del plato y los lamió.

–No creo que sea eso. Quiero decir, tampoco es que le guste alardear de lo que hizo ni nada parecido, pero no creo que esté avergonzado. En cualquier caso, no debería estarlo. Ha hecho arte –se puso seria–. Lo digo de verdad. Sus amigos y él formaban un grupo que era conocido como El enclave. Se les atribuye el mérito de haber transformado la visión que el público general tiene del cine independiente. Hicieron películas que se proyectaron en cines convencionales y hasta en salas X.

–Vaya.

Yo no tenía la menor idea ni de arte ni de cine, pero parecía

impresionante.

Y había algo especial en aquel hombre. A lo mejor era el abrigo negro, o la bufanda, o el hecho de que me encanten los hombres que saben vestirse de manera que parece no preocuparles en absoluto su aspecto y, aun así, consiguen estar increíblemente atractivos. A lo mejor era el olor a naranjas que había dejado al pasar. No era un olor que normalmente me gustara, de hecho, lo rechazaba porque normalmente precedía a mis fugas amnésicas. Hasta era posible que estuviera sufriendo los efectos de una fuga, aunque hubiera sido particularmente pequeña. A menudo, tras experimentarlas, el mundo «real» me parecía mucho más brillante durante algún tiempo. Era como si todo fuera más intenso. Y cuando las fugas iban acompañadas de alucinaciones, la intensidad era aún mayor. Hacía mucho tiempo que no había sufrido un episodio de ese tipo, ni siquiera había tenido la más mínima insinuación de que pudiera tener una alucinación durante la última fuga, pero la sensación era muy parecida.

–¿Emm?

Me di cuenta, sobresaltada, de que Jen había estado hablando conmigo. Y no tenía ninguna fuga a la que culpar de mi falta de atención.

–Lo siento.

–¿Entonces, vendrás esta noche? Prepararé unas margaritas. Y podemos comprar pizzas –se interrumpió. Parecía de pronto desolada–. Es patético, ¿verdad?

–¿Sabes lo que es patético? Arreglarse de arriba abajo para salir a un bar con la esperanza de encontrar a algún fracasado con camisa a rayas y olor a Polo.

–Tienes razón. Las camisas a rayas son tan del dos mil seis.

Nos echamos las dos a reír. Había salido con Jen por los bares de la zona en un par de ocasiones. Las camisas a rayas continuaban siendo muy populares por allí, especialmente entre jóvenes universitarios a los que les encantaba invitar a chupitos de Jell-O a jóvenes escasamente vestidas con la esperanza de que las chicas en cuestión les encontraran irresistibles.

Jen miró el reloj.

–¡Mierda! Tengo que darme prisa. He quedado con mi hermano para llevar a mi abuela al supermercado. Tiene ochenta y dos años y no ve suficientemente bien como para conducir. A mi madre la está volviendo loca.

Yo volví a reír.

–Buena suerte.

–La adoro, pero es una mujer difícil. Por eso tengo que decirle a mi hermano que nos acompañe. Te veré esta noche en mi casa. ¿Te parece bien alrededor de las siete? Es mejor no empezar demasiado tarde. ¡Tenemos muchas películas que ver!

En realidad, no podía imaginarme viendo más de una o dos películas, pero asentí de todas formas.

–Claro, ahí estaré. Yo llevaré algo para picar.

–Genial. ¡Hasta luego! –Jen se levantó y se acercó a mí para decirme–: ¡Vete a llenar ahora mismo la taza de café! ¡Rápido, antes de que se vaya!

Dellasandro acababa de doblar el periódico y de levantarse. Se estaba poniendo el abrigo. Yo no podía verle la cara.

–¿Por qué no esperas a que se vaya y sales justo detrás de él para que tenga que sujetarte la puerta? –le dije.

–Buen plan –contestó–. Es una pena que no pueda esperarle. Tengo prisa. Hazlo tú.

Las dos nos echamos a reír y Jen se dirigió hacia la puerta. La observé marcharse. Después, vi cómo Dellasandro regresaba con la taza vacía hasta el mostrador. Con el periódico bajo el brazo, se dirigió al cuarto de baño, situado en la parte trasera del Mocha. Aquel era un buen momento para volver a llenar la taza de café, puesto que había pagado por ello, pero, en realidad, no estaba de humor para tomar otro café. No tenía planes. El día se alargaba sin nada que me tentara fuera del Mocha y, para colmo, había olvidado llevar algo de lectura, o incluso el ordenador para navegar por la red. No tenía ningún motivo para quedarme y tenía una casa llena de cajas sin abrir y con una limpieza pendiente. Y, probablemente, también con un mensaje telefónico de mi madre que tendría que

contestar.

Así que llevé la taza al mostrador y dejé que mi ávida mirada vagara por los pasteles del mostrador. Hornearía unos bizcochos de chocolate en mi casa. Estarían infinitamente mejores que los del Mocha, aunque los de la cafetería tuvieran una capa de azúcar glaseada con mantequilla que no tenía idea de cómo imitar. El estómago comenzó a sonarme a pesar de la magdalena que acababa de comer. No era una buena cosa.

–¿Quieres algo? –era Joy, una de las camareras más secas que había conocido nunca.

Desde luego, no hacía honor a su nombre.

–No, gracias.

Me coloqué el asa del bolso en el hombro pensando que sería mejor que me dirigiera a mi casa y me preparara un sándwich de ensalada de huevo o algo parecido antes de sufrir un ataque de hipoglucemia. Tener el estómago vacío no solo me ponía de mal humor, sino que podía provocar una de mis fugas. Después del episodio de aquella mañana, no quería hacer nada que pudiera causarme otra. La cafeína y el azúcar ayudaban a ahuyentarlas, pero el estómago vacío estaba contrarrestando lo empalagoso del café.

Dellasandro llegó a la puerta del Mocha segundos después que yo. Yo acababa de abrir la puerta de cristal haciendo tintinear la campanilla de bronce cuando sentí algo tras de mí. Me volví con una mano todavía en la puerta para evitar que se cerrara y allí estaba él: abrigo negro, bufanda a rayas y el pelo de color trigo.

Los ojos no eran azules.

Eran de un intenso verde castaño. Y su rostro era perfecto, incluso con las arrugas que rodeaban las comisuras de sus ojos y el destello plateado que clareaba sus sienes. La primera vez que le había visto, le había echado menos de cuarenta años, pensaba que solo era unos cuantos años mayor que yo. Evidentemente, el hecho de que hubiera trabajado en los setenta implicaba que tenía que ser mayor. Pero incluso sabiéndolo, me costaba creérmelo. Tenía un rostro bellissimo.

El rostro de Johnny Dellasandro era una obra de arte.

Y yo solté la puerta justo ante aquella obra de arte.

–¡Dios mío! –exclamó él, y retrocedió.

Tenía un acento inconfundible de Nueva York.

La puerta se cerró entre nosotros. El sol se reflejaba sobre el cristal, ocultando a Dellasandro en el interior de la cafetería. Ya no podía ver su rostro, pero estaba bastante segura de que había conseguido enfadarle.

Puse la mano en el tirador de la puerta mientras él empujaba para abrir. La puerta se abrió de pronto, haciéndome trastabillar un par de pasos.

–¡Oh, lo siento!

No me miró, se limitó a pasar por delante de mí mientras soltaba una maldición que ni siquiera entendí. Me rozó con el borde del periódico al pasar sin prestarme la menor atención. El dobladillo del abrigo revoloteó ante un repentino golpe de viento y yo solté un grito ahogado y respiré hondo...

Notando de nuevo la fragancia de las naranjas.

–Mamá, de verdad, estoy bien –tenía que decírselo no para que se preocupara menos, sino porque si no se lo decía, se preocupaba mucho más–. Te lo prometo, todo va a salir bien.

–Me gustaría que no te hubieras ido a vivir tan lejos.

La voz de mi madre al otro lado del teléfono sonaba inquieta. Era lo normal. No tenía que comenzar a preocuparme hasta que mi madre se mostraba ansiosa.

–Estar a cuarenta minutos de distancia no es estar lejos. Ahora vivo más cerca del trabajo y tengo una casa magnífica.

–¡En la gran ciudad!

–¡Dios mío, mamá! –me eché a reír, aun a sabiendas de que no serviría para hacerla sentir mejor–. Harrisburg solo es una ciudad técnicamente.

–Y vives justo en el centro. Ya sabes que he oído en las noticias que hubo un tiroteo justo a unas cuantas calles de la tuya.

–¿Ah, sí? Y la semana pasada hubo un asesinato y un suicidio en Lebanon –contesté–. ¿Y a cuánto está de tu casa?

Mi madre suspiró.

–Emm, intenta tomártelo en serio.

–Mamá, estoy hablando en serio. Tengo treinta y un años. Ya era hora de que me fuera de casa.

–Mi madre suspiró.

–Supongo que tienes razón. No puedes seguir siendo siempre mi niñita.

–Hace mucho tiempo que dejé de ser tu niñita.

–Me sentiría mucho mejor si no estuvieras sola. Todo era mucho mejor cuando Tony y tú...

–Mamá –la interrumpí con voz tensa–. Tony y yo rompimos por una larga lista de muy buenas razones, ¿de acuerdo? Por favor, deja de hablarme de él. Si ni siquiera te caía bien.

–Solo porque pensaba que no te cuidaba suficientemente bien.

En eso tenía razón, desde luego. Y no porque yo necesitara tantos cuidados como mi madre pensaba. Pero no quería hablar de mi exnovio con ella. Ni en aquel momento ni nunca.

–¿Cómo está papá? –le pregunté en cambio, para que así pudiera hablar sobre la otra persona de su vida por la que se preocupaba más de lo que debía.

–Bueno, ya conoces a tu padre. No paro de decirle que tiene que ir al médico a hacerse un chequeo, pero él no piensa ir. Ya tiene cincuenta y nueve años, ¿sabes?

–Le tratas como si fuera un anciano.

–No es ningún jovencito –dijo mi madre.

Me eché a reír y me coloqué el teléfono en el hombro mientras abría una de las muchas cajas que había guardado en uno de los dormitorios que tenía sin utilizar. Estaba desempaquetando libros. Quería convertir aquella habitación en una biblioteca y había montado y limpiado todas las estanterías. Ya solo tenía que llenarlas. Sabía que me alegraría cuando terminara aquella tarea, pero la había estado retrasando durante semanas.

–¿Qué estás haciendo?

–Sacando los libros de las cajas.

–¡Oh, ten mucho cuidado, Emm! Ya sabes que se levanta mucho polvo.

–No tengo asma, mamá –quité la capa de periódicos que había colocado sobre los libros.

No los había colocado en el orden que tendrían después en las estanterías, sino de manera que cupieran en las cajas. Aquella parecía estar llena de libros ilustrados de gran formato que había comprado en tiendas de segunda mano o que había recibido como regalos. Eran libros que siempre pretendía leer, aunque nunca encontrara el momento de hacerlo.

–No, pero sabes que tienes que tener cuidado.

–Vamos, mamá, ya basta –ya estaba comenzando a enfadarme.

Mi madre siempre había sido excesivamente protectora conmigo. Cuando tenía seis años, me caí de uno de los columpios del parque. Era una época anterior a aquella en la que en las escuelas utilizaban neumáticos reciclados para amortiguar el impacto de las caídas o cualquier material blando. Otros niños se rompían los brazos o las piernas. Yo me rompí la cabeza.

Estuve en coma durante casi una semana por culpa de un edema cerebral o una inflamación que los médicos no habían sido capaces de aliviar con los métodos tradicionales. Mis padres estaban a punto de aceptar que me sometieran a una operación cuando abrí los ojos y pedí un helado.

No sufrí nunca los problemas de coordinación o la imposibilidad de utilizar brazos o piernas que predijeron los médicos. Tampoco las pérdidas de memoria ni ningún otro daño material manifiesto. De hecho, tenía más problemas para olvidar que para recordar. No había sufrido ninguna lesión a largo plazo, por lo menos física. Y, por otra parte, había llegado a acostumbrarme a las fugas.

Mis padres pensaban que iban a perderme y nada de lo que yo pudiera decir sobre aquella época de oscuridad podría convencer a mi madre de que ni siquiera había estado cerca de la muerte. Había intentado hablar sobre ello en un par de ocasiones cuando era más joven para conseguir que se relajara aunque solo fuera un poco. Pero mi madre se negaba a escuchar. Supongo que no podía culparla. Yo no sabía lo que era querer a un hijo, y mucho menos, soportar el miedo a perderlo.

–Lo siento –me dijo.

Afortunadamente, mi madre era consciente de cuándo perdía el control. Había hecho todo lo posible para asegurarse de que no creciera como una niña insegura y miedosa, aunque para ello hubiera tenido que morderse las uñas hasta la raíz y terminar con el pelo gris antes de los cuarenta años. Aunque lo odiaba, me había permitido hacer cuanto necesitaba para ganar mi independencia.

–Podrías venir alguna vez, ¿sabes? En realidad no estoy tan lejos. Podríamos comer juntas o hacer algo. Tú y yo solas, un día de chicas.

–Sí, claro que podríamos –se mostró un poco más animada por la invitación.

Sabía que, en realidad, no se lo estaba tomando en serio. A mi madre no le gustaba conducir sola. Si venía a verme, lo haría con mi padre. Y no era que yo no quisiera a mi padre o que no quisiera verle. En cierto modo, me resultaba más fácil tratar con él que con mi madre porque, por muy preocupado que estuviera, lo reservaba para sí. Pero si estaba él, no sería un día de chicas y mi padre tendía a ponerse de mal humor cuando quería estar en casa, sentado en su butaca y viendo los deportes en la televisión. Yo ni siquiera tenía televisión por cable todavía.

–Emm, le vi hace un par de días.

Me detuve con un enorme libro sobre catedrales en la mano. Si quería que el libro se mantuviera derecho, tendría que recolocar una de las baldas de la estantería. Era un libro de mesa, hecho para estar expuesto. Lo hojeé, considerando si debería venderlo.

–¿A quién?

–A Tony –contestó mi madre con impaciencia.

–¡Oh, por el amor de Dios, mamá!

–Tenía buen aspecto. Me preguntó por ti.

–Estoy segura –respondí con ironía.

–Tuve la sensación de que quería saber... si habías conocido a alguien.

Me detuve con otro libro entre las manos, en aquella ocasión, sobre cine americano. Otra compra de segunda mano. Los libros eran mi perdición. Incluso aquellos que trataban sobre temas que no me

interesaban. Supongo que siempre tenía la idea de que podía cortar las ilustraciones, enmarcarlas y colgarlas. Una prueba más de que, en realidad, no tenía gran interés por el arte.

–¿Por qué iba a preguntarse una cosa así?

–No lo sé, Emm –se interrumpió–. ¿Has conocido a alguien?

Estuve a punto de contestar que no, pero entonces me asaltó el recuerdo de una bufanda a rayas y un abrigo negro. El suelo tembló bajo mis pies y me aferré al teléfono. De pronto, el peso del libro resultó excesivo para mi mano sudorosa. Se me cayó al suelo.

–¿Emm?

–Estoy bien, mamá, solo se me acaba de caer un libro.

Ni remolinos de colores ni olor a cítrico en mis fosas nasales. Se me revolvió un poco el estómago, pero eso pudo ser por los restos de comida italiana que había comido. Llevaban demasiado tiempo en la nevera.

–No estaría mal que conocieras a alguien. De hecho, creo que deberías.

–Sí, y yo me aseguraré de que todos los tipos que conozca sepan que mi madre cree que no debería continuar soltera. Es la mejor manera de triunfar en una cita.

–No me gusta tu sarcasmo, Emmaline.

Me eché a reír.

–Mamá, tengo que colgar, ¿de acuerdo? Quiero terminar de desempaquetar las cajas y hacer la colada antes de ir a casa de mi amiga Jen esta noche.

–¡Ah, así que tienes una amiga!

Adoraba a mi madre, de verdad. Pero a veces me entraban ganas de estrangularla.

–Sí, mamá. Tengo una verdadera amiga.

Mi madre se echó a reír en aquella ocasión. Parecía mucho más contenta que cuando había empezado la conversación. Por lo menos eso ya era algo.

–Muy bien, me alegro de que vayas a pasar la velada con una amiga en vez de quedarte sentada en casa. Yo solo... me preocupo por ti, cariño. Eso es todo.

–Lo sé. Y también sé que siempre lo harás.

Nos despedimos e intercambiamos los correspondientes «te quiero». Tenía amigos que nunca les decían a sus padres que les querían, que no habían vuelto a repetir aquellas palabras desde que habían dejado la escuela elemental. Era algo que me alegraba de no haber perdido al crecer y de que mi madre hubiera insistido en mantenerlo. Aunque supiera que era porque temía que si no lo decía, de alguna manera, significaría que había perdido la posibilidad de decírmelo una vez más, me gustaba.

El libro que se me había caído al suelo se había abierto por el centro, resquebrajando la encuadernación de una forma que me hizo suspirar con tristeza. Me incliné para recogerlo y me detuve. Había quedado abierto por un capítulo sobre el cine independiente de los años setenta, mostrando una fotografía en blanco y negro en la que un rostro maravilloso miraba fijamente a la cámara.

Johnny Dellasandro.

Capítulo 2

–¿Cuál quieres ver primero? ¿De qué humor estás?

Jen abrió la puerta del que resultó ser un armario lleno de DVDs. Deslizó el dedo por las fundas de plástico haciéndolas sonar al chocar las unas contra las otras y se detuvo en una de ellas.

–¿Quieres algo más flojo o vamos directamente al grano?

Yo me había llevado el libro sobre cine americano para enseñárselo y lo tenía en la mesa del café, delante de mí, abierto en la página en la que aparecía el maravilloso rostro de Johnny.

–¿De qué película es esta fotografía?

Jen la miró.

–De *El tren de los condenados*.

Yo también la miré.

–¿Esa fotografía es de una película de terror?

–Sí, no es mi favorita, desde luego. No da mucho miedo –añadió–. Pero sale desnudo.

Arqueeé entonces ambas cejas.

–¿De verdad?

–Sí, aunque no es un plano frontal –dijo con una sonrisa mientras se agachaba y sacaba una película de la estantería–. En cualquier caso, esas películas de los setenta son bastante gráficas. Hay abundancia de sangre y entrañas. ¿Eso te molesta?

Había pasado tanto tiempo en hospitales y urgencias que ya nada de eso me molestaba particularmente.

–No, qué va.

–En ese caso, *El tren de los condenados*.

Jen sacó el DVD de la caja y lo deslizó en la ranura del aparato reproductor. Después, encendió la televisión en el canal indicado y tomó el mando a distancia antes de sentarse a mi lado en el sofá.

–La calidad no es buena, lo siento. La encontré en la basura de una tienda de todo a un dólar.

–Eres una gran admiradora de Dellasandro, ¿verdad? –cambié de postura para evitar que se cayera el cuenco de palomitas y me incliné para volver a mirar la foto.

No le había contado a Jen que había estado a punto de darle con la puerta en las narices a Johnny, ni que había pasado casi una hora con la mirada fija en su fotografía, memorizando cada línea y cada curva de su rostro. En la fotografía llevaba el pelo hacia atrás, recogido en una cola de caballo en la base del cuello y más largo que aquella mañana. Parecía más joven, por supuesto, puesto que había sido tomada más de treinta años atrás. Pero no mucho más.

–Ha envejecido bien –Jen miró por encima de mi hombro en cuanto se filtraron los primeros sonidos por los altavoces de la televisión–. Ha ganado algo de peso y tiene más arrugas alrededor de los ojos. Pero, básicamente, está igual. Y deberías verle en verano, cuando no va con ese abrigo tan largo.

Me recosté en el sofá y estiré los pies.

–¿Has hablado con él alguna vez?

–¡Dios mío, no! Me da mucho miedo.

Me eché a reír.

–¿Miedo de qué?

Jen utilizó el mando a distancia para subir el volumen. Hasta ese momento, lo único que había salido en la pantalla era el título goteando sangre y la imagen fugaz de un tren resoplando sobre una vía serpenteante a través de unas altas y abruptas montañas.

–De soltarle lo primero que se me pase por la cabeza.

–¿En serio? Qué tontería.

Jen se echó a reír, dejó el mando a distancia y agarró un puñado de palomitas.

–En serio. En una ocasión, conocí a Shan Easton, ¿sabes quién es? Es el cantante de Lipstick Guerrillas.

–Eh, no, no sé quién es.

–Estaban tocando en IndiePalooza hace un año en Hersey, y una amiga mía había conseguido pases para estar detrás del escenario.

Tocaban unos diez o quince grupos. Hacía un calor infernal y habíamos estado bebiendo copas porque las vendían a un dólar cincuenta y el agua estaba a cuatro dólares la botella. Digamos que estaba un poco bebida.

–¿Y qué le dijiste?

–Creo que le dije que quería montarle como si fuera una montaña rusa. O algo parecido.

–¡Vaya!

–Sí, lo sé –suspiró dramáticamente y abrió una lata de un refresco de cola–. No fue mi mejor momento.

–Estoy segura de que podría haber sido peor.

–De acuerdo, pero, ¿qué podría haber peor que encontrarme con él en la cafetería o en el supermercado después de haberle dicho una cosa así? Por eso procuro mantener la boca cerrada cuando Johnny Dellasandro anda cerca.

El tren, que asumí era el de los condenados, dejó escapar un silbido agudo y la película dio paso a una escena rodada en el interior del tren en la que aparecía gente vestida a la moda de los setenta. Una mujer con un traje pantalón, el pelo abultado y unas gafas de sol enormes cubriendo su rostro hizo un gesto con una mano cargada de anillos al camarero que le estaba sirviendo una copa de vino. El tren vibró y el camarero derramó el vino. El camarero era Johnny.

–¡Fíjate en lo que haces, maldito estúpido! –la mujer hablaba con un marcado acento ¿italiano, quizá? No estaba segura–. ¡Me has tirado el vino en mi blusa favorita!

–Lo siento, señora –Johnny tenía una voz oscura, rica y aterciopelada... y totalmente fuera de lugar con aquel acento tan de neoyorquino.

Me eché a reír y Jen me dirigió una mirada fugaz.

–La película mejora cuando se la lleva al coche cama y se acuesta con ella.

Las dos nos reímos entonces y seguimos comiendo palomitas, bebiendo refrescos de cola y divirtiéndonos con la película. Por lo que pude deducir, el tren se convirtió en un tren maldito en el instante en el que entró en un túnel que estaba conectado con las

puertas del infierno. No explicaban por qué, o por lo menos, yo no lo entendí, pero como de vez en cuando hablaban en un italiano pésimamente traducido en los subtítulos en inglés, con la voz de Johnny extrañamente doblada por una voz más aguda y silbante, era bastante probable que me hubiera perdido algo importante.

De todas formas, tampoco importaba. Era una película muy entretenida, con montones de sangre, tal y como Jen había prometido. También salían muchos hombres extraordinarios. Johnny terminaba quitándose la camisa de camarero para terminar luchando contra demonios de gomaespuma y látex. Sin camisa y cubierto de sangre, con el pelo grasiento y echado hacia atrás, continuaba estando arrebatador.

–¡Que el infierno vuelva al infierno!

Era una frase clásica, dicha por Johnny con un marcado acento y acompañada por un disparo que hizo explotar a los demonios en infinitas y goteantes piezas. Y fue seguida, con total incongruencia, por una larga y explícita escena de amor entre él y la mujer del traje pantalón acompañada de música de película porno. La película terminaba con la mujer embarazada, llevando en sus entrañas al hijo de un demonio que la desgarraba por dentro e intentaba atacar a su padre.

–Entonces, ¿Johnny era el demonio?

Jen se echó a reír y buscó las sobras del cuenco de palomitas.

–¡Eso creo! O el hijo del demonio o algo parecido.

Comenzaron a salir los créditos de la película. Yo me terminé el refresco.

–No ha sido una película muy buena, la verdad.

–Sí, es mala, pero la escena de sexo es de lo más caliente, ¿verdad?

Sí, era una gran escena. Incluso con la música porno y esos estúpidos efectos especiales, e incluso con aquel cojín discretamente colocado que impedía ver el miembro de Johnny, pero dejaba una vista completa del vello púbico de la mujer. Johnny la había besado como si fuera una auténtica delicia.

–Muy buena actuación –dije despreocupadamente.

Jen soltó un sonido burlón y se levantó para sacar el DVD del

aparato.

–No creo que sea una gran actuación. En realidad, creo que es mucho mejor pintor que lo que fue nunca como actor. Y su forma de besar... En realidad, se acuesta con alguien en casi todas las películas en las que sale. No creo que esté actuando. Es el auténtico Johnny.

–¿Cuándo rodó todas esas películas? –me levanté para estirarme.

La película había durado poco más de una hora, pero se me había hecho mucho más larga.

–No lo sé –Jen se encogió de hombros–. Hizo un puñado de películas en los años setenta y después paró durante una temporada. Desapareció de la faz de la tierra. Regresó convertido en pintor y, por lo que yo sé, solo actuó en una o dos películas más. Ha aparecido en muchas ocasiones en programas de televisión y también salió en un episodio de *Lazos de familia*, por increíble que te pueda parecer.

–¿Y también se acostaba con alguien?

–¡Pues sí! –Jen se echó a reír–. Pero no creo que lo enseñara todo. Para verlo todo tendrás que ver... esta.

Sacó un DVD con una carátula en rojo y negro y una sola palabra al frente. *Basura*, se titulaba la película. Jen comenzó a ponerla mientras hablaba.

–Muy bien. Voy a advertirte algo sobre esa película por adelantado. No quiero que me la estropees.

–Eso da más miedo que *El tren de los condenados*.

Jen negó con la cabeza.

–No. Tú mira y verás.

Así que miré.

Aquella segunda película tenía menos argumento que la primera. Por lo que pude deducir, trataba de un grupo de inadaptados que vivían en una urbanización como la que salía en *Melrose Place*. Era el tipo de urbanización que con tanta frecuencia salía en películas rodadas en California: unos cuantos edificios pintados en color teja o en color verde y alrededor de una piscina. En aquella película, la urbanización se llamaba La cueva. Estaba dirigida por una gerente que parecía una *drag queen*. Los residentes eran Sheila, una mujer adicta a la heroína, Henry, coleccionista de figuritas de porcelana que

sufría un trastorno mental. Becky, una madre soltera y un puñado de personajes más que no parecían tener siquiera nombre que entraban y aparecían en escena con independencia de lo que estuviera pasando.

Y, por supuesto, también estaba Johnny. Que hacía el papel de Johnny, un gigoló. El tatuaje que llevaba en el brazo había sido rudamente tatuado, probablemente con instrumental casero. Era una sola palabra: «Johnny».

–¿Se llama Johnny en todas las películas? –pregunté.

Jen me silenció inmediatamente.

No era una buena película, al menos a juzgar por las actuaciones y el guion. De hecho, no podía estar segura de que tuviera guion. Parecían casi todas improvisaciones, lo que significaba que tampoco hacía falta actuar. Era como si se hubieran reunido un grupo de amigos un sábado por la noche con una cámara y un poco de hierba y se hubieran decidido a hacer una película.

–Creo que eso es, básicamente, lo que ocurrió –me aclaró Jen cuando expuse mi teoría–. Pero fíjate, no me digas que ese trasero no es épico.

Johnny aparecía desnudo durante la mayor parte de la película. Ocurría algún incidente: una sobredosis, un aborto. Aparecía un cadáver en la piscina y lo tiraban a la basura. No habría sido capaz de explicar el argumento ni aunque me hubieran amenazado con una tarántula viva.

Lo único que veía yo era a Johnny Dellasandro. Su trasero. Sus abdominales. Sus pectorales. Sus deliciosos pezones. Aquel hombre tenía la constitución de un Adonis: musculoso, esbelto, dorado. ¡Dios! Estaba desnudo y bronceado por el sol, y tenía suficiente pelo como para parecer viril, pero no tanto como para hacerla a una pensar que necesitaría una máquina cortacéspedes para acceder a su miembro.

Y, sí, al parecer se acostaba con alguien en todas y cada una de las películas.

Incliné la cabeza para poder verle desde un ángulo mejor.

–Creo que... ¡Caramba! ¿Tiene una erección? ¡Se está excitando!

¡Mira eso!

–Sí, ya lo sé –Jen gritó y se aferró a mí.

No me había afectado tanto una erección desde mi primera fiesta con chicos en octavo grado, cuando jugando a las prendas, me tocó encerrarme en el armario con Kent Zimmerman. Sentí un vacío en el estómago como el que sentía justo antes de descender por la primera cuesta de una montaña rusa. El calor me subía por el pecho y la garganta y me llegaba hasta las mejillas.

–Es... sencillamente, increíble.

–Chica, ¿no te parece alucinante? Y espera un momento y.. ¡mira! ¡Sííí! –exclamó Jen, recostándose sobre los cojines–. ¡Un plano frontal!

Fue solo un instante, pero allí estaba, el miembro de Johnny en toda su gloria. Johnny paseaba y hablaba al mismo tiempo y yo no podía decidir si quería intentar escuchar lo que estaba diciendo o, sencillamente, aceptar mi completa y absoluta perversión y clavar la mirada en su miembro. Al final, ganó el pene.

–Eso sí que es un pene –lo dije con la voz cargada de admiración.

–Desde luego –Jen suspiró feliz–. Ese hombre es condenadamente bello.

Aparté la mirada del televisor para mirarla a ella.

–No me puedo creer que te guste tanto y no hayas hablado con él. Le digas lo que le digas. Creo que merece la pena intentarlo.

Jen sacudió la cabeza. Johnny no aparecía en la pantalla en aquel momento, así que no se estaba perdiendo nada importante. Señaló hacia la televisión.

–¿Y qué podría decirle? «¡Eh, Johnny, soy Jen y, por cierto, me gusta tanto tu cola que la he puesto en mi lista de regalos navideños!».

Me eché a reír.

–¿Y tú crees que le importaría?

Me dirigió una dura mirada.

–¿Está casado? –me decidí por una pregunta más práctica.

–No, no creo. Sinceramente, dejando de lado las películas, apenas sé nada sobre él –Jen esbozó una mueca.

Yo me eché a reír.

–Menuda acosadora estás hecha.

–No soy ninguna acosadora –me lanzó un cojín–. Solo soy una persona capaz de apreciar un cuerpo bonito. ¿Acaso tiene algo de malo? Y me gustan mucho sus obras. Compré uno de sus cuadros –añadió, como si estuviera compartiendo un secreto.

–¿De verdad?

Jen asintió.

–Sí. Su galería es realmente buena. Hay montones de obras pequeñas y nada es demasiado caro. Y en la parte de atrás, tiene diferentes colecciones. Hace un par de años, expuso sus obras. No siempre lo hace. Lo que quiero decir es que normalmente incluye sus obras entre otras muchas piezas, nunca las expone como si tuvieran una gran importancia, ¿sabes?

Yo nunca había estado en una galería de arte, así que no tenía la menor idea. Pero de todas formas, asentí.

–¿Puedo verlo?

–Claro. Yo... eh, lo tengo en el dormitorio.

Me eché a reír otra vez.

–¿Por qué? ¿Es algo verde?

No conocía a Jen desde hacía mucho tiempo, solo desde que me había mudado a Second Street. Pero todavía no la había visto avergonzarse por nada ni mostrarse tímida. Estaba siempre dispuesta a enfrentarse a cualquier cosa y esa era una de las razones por las que la adoraba. Así que, cuando vi que no me sostenía la mirada y reía avergonzada, estuve a punto de decirle que no tenía por qué enseñármela si no quería compartirla conmigo.

–No, no es nada verde –contestó.

–De acuerdo.

Me levanté y la seguí por el pasillo hasta su dormitorio.

El apartamento de Jen estaba decorado al estilo IKEA. Numerosos muebles, todos a juego, y optimizando el espacio. El dormitorio era igual. Estaba pintado en blanco y decorado en tonos verde azulado y verde lima. El apartamento estaba en un edificio antiguo, lo que significaba que las paredes no siempre eran rectas.

Una de hecho, era una pared curva con enormes ventanales desde el suelo hasta el techo y vistas a la calle. En otra de las paredes había colgado sus cuadros. En la de enfrente tenía reproducciones enmarcadas de cuadros que hasta yo, una auténtica ignorante, reconocí, como *El grito* o *La noche estrellada*.

En el centro había una fotografía en blanco y negro de unos veinte por veinticinco centímetros y enmarcado con un estrecho marco rojo. El artista había pintado sobre la fotografía con gruesas pinceladas realzando el perfil de un edificio que reconocí como la Mansión John Harris, situada al final de Front Street. Había pasado mucho tiempo mirando lo que la gente había decidido que era una obra de arte y preguntándome por qué demonios se lo parecía, pero no tuve que invertir ni un segundo en pensar sobre ello cuando vi aquel cuadro.

–¡Es increíble!

–Lo sé, ¿verdad? –Jen se acercó a la pared y se colocó delante de ella–. Es genial, ¿verdad? Lo miras y no le encuentras nada especial. Y, sin embargo, tiene algo...

–Sí –definitivamente, tenía algo–. Y ni siquiera es sucio.

Jen se echó a reír.

–Me gusta tenerlo aquí y poder verlo a primera hora de la mañana. ¿Suena patético? Sí, ¡Dios mío! Es absolutamente patético.

–No, no lo es. ¿Es el único cuadro que tienes de él?

–Sí. Los cuadros originales siempre son caros, aunque Johnny los venda a unos precios bastante razonables.

Yo no sabía lo que se consideraba razonable y me parecía una indiscreción preguntarlo.

–Es muy bonito, Jen. Me parece un pintor muy bueno.

–Sí, así que, ya ves, esa es otra de las razones por las que no hablo con él.

La miré y sonreí.

–¿Por qué? ¿Porque te gusta tu obra y no solo su trasero?

Jen soltó una risita.

–Sí, bueno, algo así.

–No te comprendo. Te parece un hombre atractivo, eres una gran admiradora de su obra, ¿por qué no le dices algo?

–Porque supongo que preferiría que viera alguna de mis obras y le parecieran buenas sin tener que adularle. Me gustaría que me respetara como artista y eso es algo que no va a suceder nunca.

Me acerqué a la pared en la que estaban sus cuadros.

–¿Por qué no? Tú también eres buena.

–Y tú no sabes nada de arte, ¿recuerdas? –lo dijo sin ninguna malicia mientras me seguía para mirar sus propios cuadros–. Nunca colgarán mi obra en un museo. No creo que nadie escriba nunca una entrada en Wikipedia sobre mí.

–Eso nunca se sabe –respondí–. ¿Tú crees que cuando Johnny Dellasandro hacía todas esas películas sabía que algún día sería famoso por enseñar su trasero?

–Es un trasero épico.

–Vamos a ver otra película –propuse.

Para las dos de la mañana solo habíamos podido ver una película más porque habíamos detenido y vuelto a ver numerosas escenas en repetidas ocasiones.

–¿Por qué no ponemos esta? –pregunté después de haber visto por tercera vez a Johnny recorriendo con la boca el cuerpo de una mujer desnuda.

Jen me señaló con el mando a distancia.

–Chica, tienes que intentar ir poco a poco. No puedes meterte de golpe en toda esta historia, podrías terminar provocándote un infarto cerebral.

Me eché a reír, aunque el hecho de que en la infancia hubiera sufrido una lesión cerebral que podría haberme matado, al margen de lo que dijeron los médicos, le quitaba gracia a aquella broma.

–Ponla otra vez.

Jen volvió a poner el DVD. Johnny la llamaba a la mujer prostituta guarra, pero con su acento apenas se le entendía. Aquello debería haberme hecho reír.

–¡Es horrible! –dije, completamente arrebatada mientras el Johnny de la pantalla movía su boca una vez más por el cuerpo desnudo de la mujer, le besaba el muslo y ascendía otra vez para agarrarla del pelo y obligarla a darse la vuelta–. No debería gustarme

esto, ¿verdad?

–Tú déjate llevar –dijo Jen con aire soñador.

En la película, volvía a insultar a la mujer. Le decía que era una guarra, una asquerosa. Que se merecía que la follara como lo que era. Y que le encantaba que lo hiciera.

–¡Dios! –musité, retorciéndome un poco–. Eso es...

–Excitante, ¿verdad? –Jen suspiró–. Incluso con las patillas que estaban tan de moda en los años setenta.

–Desde luego.

Llegamos al final de la película y yo continuaba sin tener ni idea de lo que iba el argumento. Lo único que sabía era que Johnny aparecía desnudo durante más de la mitad de la película y se acostaba con la mayoría de los actores que aparecían en ella, hombres y mujeres. ¡Ah! Y que me había dejado con la necesidad desesperada y urgente de pasar algún tiempo a solas.

–¿Otra? –Jen ya se estaba incorporando, pero yo me levanté.

–Necesito volver a casa, se está haciendo tarde. Y si nos acostamos demasiado tarde, mañana no podremos ir a la cafetería y podríamos perdérselo.

–¡Oh, Emm! –Jen parpadeó y me miró muy seria–. Te he contagiado, ¿verdad?

–Si esto es una enfermedad, yo no quiero curarme.

Jen vivía suficientemente cerca de mi casa como para que el hecho de volver andando no me supusiera ningún problema, por lo menos de día y con buen tiempo. Pero en medio de un invierno particularmente gélido en Pennsylvania y en un barrio que era ligeramente peligroso, había preferido recorrer en coche aquellas dos manzanas. Encontré ocupado el sitio en el que normalmente aparcaba, probablemente por la novia del tipo que vivía enfrente de la calle. Gruñendo y con los ojos cargados, conduje hasta la siguiente manzana para ocupar el hueco de otro de mis vecinos, esperando no encontrarme al día siguiente con una nota desagradable en el parabrisas.

Como había poco espacio para aparcar, la competición por

encontrar un sitio podía llegar a ser brutal.

Y debió de ser por casualidad, pero el caso fue que, cuando salí del coche, me di cuenta de que había aparcado delante de la casa de Johnny Dellasandro. Había luz en el tercer piso. La mayor parte de las casas de la calle eran idénticas, de modo que, a menos que Johnny hubiera remodelado la suya, la luz que se veía era la del dormitorio. Yo pretendía que en mi casa, algún día llegara a ser la del dormitorio principal con un cuarto de baño anexo. Y Dellasandro tenía la casa suficientemente arreglada como para hacerme sospechar que, en su caso, ya lo era.

Johnny Dellasandro en su dormitorio. Me pregunté si dormiría desnudo. No estaba segura de si había llegado ya al nivel de Jen y sería capaz de cruzar la calle flotando en mi propio flujo, pero estaba a punto de llegar al orgasmo. Definitivamente, sentía ya el palpitar del clítoris. Estuve fantaseando felizmente durante todo el camino hasta mi casa.

Nunca había habido ningún motivo ni razón para que se produjeran las fugas. Las causas que provocaban migrañas, ataques de epilepsia o brotes de narcolepsia en otras personas eran solo posibles catalizadores para mí. Eso era bueno porque así no tenía que evitar los sentimientos intensos o el chocolate, ni otros muchos otros catalizadores habituales de esos procesos. Pero también era malo, por supuesto, porque fuera lo que fuera lo que provocaba esas fugas, se producían de forma azarosa y sin previa advertencia y aunque hubiera querido evitar aquello que las provocaba, no habría podido.

No había vuelto a tener una fuga desde hacía dos años, pero el olor a naranjas me decía en aquel momento que estaba a punto de sufrir una tercera fuga en menos de veinticuatro horas. Y la iba a tener en el cuarto de baño, lavándome los dientes, mirando mi reflejo en el espejo, pero viendo el rostro de Johnny mientras hacía el amor con una mujer que tenía el pelo del mismo color que el mío. Mis ojos. Mis senos bajo sus manos, mi clítoris bajo su lengua.

Tenía la mirada fija en el espejo y, de pronto, como Alicia, lo atravesé.

–¡Ten cuidado con lo que haces! Me has tirado el café –dije con un marcado acento.

No era mi propia voz, pero no la sentía como una voz extraña. Me parecía la voz adecuada, la sentía en mi lengua, en mis labios y en mis dientes. Y me parecía sexy.

–Lo siento, señora –el camarero comenzó a limpiarme los muslos con un trapo blanco. Rozó mi vientre con los dedos, deteniéndose durante más tiempo del necesario–. Déjeme limpiarla.

–Creo que deberías compensarme –lo dije con el rostro serio y echando hacia atrás mi negra melena.

–¿Señora? –no era ningún estúpido ese joven con camisa blanca de camarero.

El tren traqueteaba bajo nuestros pies.

–Venga esta noche a mi compartimento y asegúrese de que está preparado para compensarme por haberme destrozado los pantalones.

Su única respuesta fue una sonrisa. Terminé de comer sonriendo yo también, lo que me dificultaba disfrutar de la comida. En cualquier caso, ya no tenía hambre. Por lo menos de comida.

Una vez en mi compartimento, esperé la llamada a la puerta y cuando la abrí, allí estaba él. No con el uniforme de camarero, sino con un par de pantalones oscuros y una camisa amarillenta con el cuello mao. Una indumentaria de campesino, pero no me importó. Los campesinos podían ser grandes amantes.

–¡Mira! –le dije, señalando la mancha oscura en los pantalones blancos. No había hecho nada para quitarla–. ¿Ves lo que has hecho, torpe?

–Puedo pagarle por lo que he hecho.

–Eso no servirá de nada. Estos pantalones son de pura seda, hechos por un diseñador personal. Son irremplazables.

–¿Entonces qué puedo hacer? –me preguntó desafiante.

Tenía el pelo largo y tupido y lo llevaba recogido en una cola de caballo en la nuca. Cuando le quité la goma, la melena cayó sobre mis manos. Es una melena gruesa y sedosa.

–Límpialo.

Con mirada sombría, sacó el pañuelo del bolsillo trasero del pantalón y me empujó, haciéndome retroceder hasta el borde de la cama, que habían preparado ya para la noche. Me limpió la mancha de los pantalones sin apartar la mirada de mis ojos. Yo me estremecí ante aquel contacto.

–No –le detuve con voz grave y ronca–. Utiliza la boca.

Se arrodilló ante mí tan lentamente que fue como estar viendo la mantequilla derretirse. Sonreía, pero su mirada era dura. Cerró los ojos justo antes de posar los labios sobre el satén.

Sentí el calor de su respiración a través de la delgada tela del pantalón y volví a estremecerme. Me flojeaban las rodillas, pero posé la mano en la pared para mantenerme en pie. Podía sentir la vibración del tren en los dedos y en las palmas de las manos.

Él alzó la mano para agarrar mi trasero y ayudarme a permanecer quieta. Alzó la mirada hacia mí con el rostro a solo unos centímetros de mi sexo. Me pregunté si podría olerme.

–¿Eso le parece suficiente? –me preguntó él.

–No, en absoluto.

Me apretó con fuerza y tiró, desgarrando la tela del pantalón. De pronto, me descubrí desnuda de cintura para abajo con los pantalones rotos y colgando de sus puños. Apenas tuve un segundo para reaccionar antes de volver a sentir su boca sobre mí. Sobre mi piel desnuda en aquella ocasión. Sobre mi sexo. Me succionó el clítoris, me hociqueó, y yo grité. Me golpeó ligeramente las nalgas y no supe si lo hacía para que me quedara quieta o para hacerme gritar. De pronto estaba tumbada. Él estaba encima de mí, presionando su miembro contra mis labios.

–Tómalo –me ordenó, brusco y cruel.

Con el sexo palpitante, volví la cara. Me agarró del pelo, obligándome a permanecer quieta. Después, con delicadeza, frotó mis labios cerrados con el pene.

–Tómalo.

Y yo lo tomé.

Entero. Grueso, caliente, duro. Lo introdujo hasta mi garganta. Succioné, hambrienta de él. Succioné, lo lamí, lo acaricié. Él utilizó

mi boca como si fuera mi vagina y yo juro que me causó el mismo placer.

Ni siquiera me tocó el clítoris y ya sentía crecer el placer. Era una sensación eléctrica. Era fuego. Alcé las caderas y gemí alrededor de su sexo. Tenía el pelo sobre la cara y él me lo apartó con una caricia. Después, agarró un mechón para hacerme ir más despacio.

Quería que me acariciara, pero no lo necesitaba. Iba a correrme en menos de un minuto. Lo sentía. Pero justo en ese momento, se apartó, arrebatándome ese delicioso placer, y yo, en vez de gemir, grité.

–Mírate –me ordenó con voz triunfal, pero tierna a la vez– Mírate, suplicando como una zorra.

Me encantaba cómo lo pronunciaba, la fuerza que imprimía a cada sílaba. De pronto, no sabía por qué estábamos en un tren, ni por qué él era un camarero y yo una especie de... ¿condesa? ¿O duquesa? Alguna clase de rica con demasiado dinero y un deseo insaciable. Todo lo que tenía sentido cuando aquello había empezado se tornó de pronto confuso.

De lo único que estaba segura era de que no quería que terminara. Me acarició la mejilla con la mano. Hundió el pulgar entre mis labios y yo se lo succioné con delicadeza antes de morderlo. Se rio, me levantó y me colocó sobre su miembro como si yo no pesara nada. En ese momento, nada se interponía entre nosotros y él estaba dentro de mí.

El tren nos mecía. Él nos mecía. Me agarró el trasero con sus fuertes manos y me movió. Tomó mis labios. Nos besamos y yo quise ahogarme en su sabor. Me acarició la lengua con su lengua. Chocaron nuestros dientes. Y él volvió a reír.

–¿Eso te gusta?

–Eso me gusta –le dije.

Ya no hablaba con acento italiano. Cuando me miré al espejo, no vi mi rostro. Ni siquiera vi nuestro reflejo, el de los dos haciendo el amor tan maravillosamente en aquel coche cama. El espejo parecía una ventana, pero a través de ella, no contemplaba el paisaje que atravesábamos. En vez de montañas, vi paredes. Vi a una mujer.

La mujer era yo.

Ella estaba allí, yo al otro lado. Éramos la misma mujer. Miré a los ojos de mi amante, ese camarero cuyo nombre era...

–Johnny.

Salí de la fuga con su nombre en los labios y un intenso olor a naranjas saturando mi nariz y mi boca. Me incliné sobre el lavabo para beber agua directamente del grifo. Me levanté con el corazón palpitante, mirada salvaje y el rostro empapado. Volví a mirarme en el espejo. Ya solo me veía a mí.

Capítulo 3

Las alucinaciones no eran una novedad. Cuando era pequeña, durante el primer año posterior al accidente, tenía serias dificultades para diferenciar entre el mundo de las fugas y el mundo real. Era capaz de discernir cuándo estaba soñando, pero no cuándo estaba sufriendo una fuga.

No ayudaba mucho el hecho de que los médicos a los que mis padres me llevaban tampoco fueran capaces de averiguarlo. El cerebro continúa siendo un vasto territorio sin explorar. No sufría ataques epilépticos, aunque en las peores fugas, a veces perdía el control motor además de la conciencia. Y no sentía dolor, excepto en las raras ocasiones en las que, durante uno de aquellos ataques, me caía y terminaba haciéndome daño.

A medida que fui creciendo, aprendí a adivinar cuándo iba a sufrir una fuga. Nunca conseguí ser consciente de estar dentro de una alucinación, aunque sí aprendí a discernir lo que había sido una alucinación una vez superado el ataque. Y siempre superaba esos ataques, aunque no siempre sufría alucinaciones. A veces, solamente me quedaba en blanco. Permanecía sin pestañear y sin moverme durante varios segundos mientras el mundo continuaba girando a mi alrededor y la persona con la que estaba hablando pensaba que estaba distraída, pensando en cualquier otra cosa.

Y, en realidad, era así como me sentía. Tenía la sensación de que mi mente se iba y dejaba mi cuerpo detrás. Había aprendido a recuperar rápidamente el hilo de una conversación con personas que no me conocían suficientemente bien como para darse cuenta de que me había quedado durante varios minutos en blanco. Había conseguido adaptarme.

La mayor parte de las veces, las alucinaciones eran en colores y

sonidos intensos. En muchas ocasiones eran como una continuación de lo que había estado haciendo justo antes de sufrir la fuga, aunque ligeramente distinto. Podía pasar lo que me parecían horas en el interior de una fuga y salir en menos de un minuto o pasar mucho más tiempo en aquella oscuridad y tener la sensación de no haber pasado más de unos cuantos segundos en aquel estado de ensoñación.

Pero nunca, hasta aquella madrugada, había tenido una alucinación tan vívida, tan intensa, de carácter sexual.

Y me estaba llevando algún tiempo recuperarme. Quedarme en la cama holgazaneando un domingo por la mañana no tenía nada de extraordinario, pero sí el hecho de que me hubiera metido el portátil en la cama. Normalmente, mantenía la cama como un santuario, como un lugar para dormir, no para trabajar, y aunque adoraba mi portátil como si fuera un gemelo siamés al que transportaba metido en una cesta después de nuestra cruel separación, prefería utilizarlo en el escritorio o en el sofá. En aquel momento, sin embargo, lo estaba utilizando para revisar una lista de resultados de búsqueda por Internet.

Sobre Johnny Dellasandro, por supuesto. Había contraído la fiebre. Era una lástima.

Tenía una página web sobre la galería. La única mención a su pasado como actor se reducía a cuatro palabras: «actor de cine independiente» en una biografía con una extensa lista de sus más recientes logros profesionales. Había también una lista de los próximos acontecimientos que iban a tener lugar en la galería. Una fotografía de Johnny sonriendo a la cámara con todo el aspecto de quererse acostar con quienquiera que estuviera al otro lado de la pantalla... ¡Bum! Tuve que pedirle a mi pobre y excitado corazón que se tranquilizara.

Había otras fotografías de él, casi todas ellas de actos protocolarios: Johnny con el alcalde, Johnny con un DJ de la radio local o con el director de algún museo. Y de repente, algo más sorprendente: Johnny con famosos. Filas y filas de fotografías en miniatura que, una vez convenientemente activadas, permitían ver

numerosas fotografías de Johnny al lado de las más importantes estrellas de cine de los años sesenta y setenta. Estrellas de rock. Poetas, novelistas. Muchos rostros conocidos al lado del suyo. En la mayor parte de ellas, los protagonistas aparecían mirando a la cámara, pero había algunas fotografías más naturales en las cuales, invariablemente, quienquiera que estuviera con él le miraba como si quisiera devorarlo. O acostarse con él. Y no podía culparles.

A lo mejor no estaba avergonzado de su pasado como actor porno, después de todo. Posteriores búsquedas me llevaron a media docena de entrevistas en diferentes blogs que no parecían haber tenido muchos lectores. Y tampoco me sorprendió. Hasta un mono con un ordenador podía hacer un blog, y aunque Johnny podía haber conseguido cierto nivel de notoriedad, su fama se limitaba a un pequeño mundo. No parecía arrepentido de nada de lo que había hecho, por lo menos por lo que reflejaban las entrevistas. Unas entrevistas que, aunque estaban dedicadas a su faceta de pintor, inevitablemente incluían algunas fotografías sobre su pasado como actor.

–«No me arrepiento de nada de lo que he hecho» –me decía Johnny desde un vídeo tomado de un programa que yo no había visto.

La imagen temblaba, el sonido era malo y la gente que aparecía al fondo resultaba un poco siniestra. Quienquiera que estuviera rodando y haciendo la pregunta, tenía la voz andrógina y hablaba demasiado alto. Johnny no mostraba un interés particular en ser entrevistado, aunque contestaba la mayor parte de las preguntas.

Me recosté en la almohada con el portátil en las rodillas. Incluso en Wikipedia había una entrada sobre Johnny con vínculos a docenas de artículos de revistas y periódicos. Artículos sobre sus películas y páginas webs dedicadas a debatir sobre ellas. Vínculos a lugares en los que su obra estaba siendo expuesta o se había exhibido. Solo en aquella página había suficiente información como para dedicarle todo un día. Si alguien tecleaba mi nombre en Google, y yo lo hacía varias veces al mes para ver lo que salía, lo único que encontraría sería una lista de logros pertenecientes a otra mujer con mi nombre.

Pero la cuestión no era por qué había tanta información sobre él, sino cómo era posible que yo hubiera vivido durante más de treinta años sin ser consciente de la existencia de Johnny.

Cerré el ordenador y lo dejé a un lado, después, me tumbé en la cama a pensar en todo aquello. Estaba locamente enamorada, y peor que cuando en sexto grado había descubierto por primera vez a los chicos. Peor incluso que cuando me había enamorado de John Cusack y había disfrutado de un amor secreto en el interior de mi cabeza después de ver por primera vez *Un gran amor*. Mis sentimientos hacia Johnny eran una combinación de ambos: era un hombre al que había visto en películas, por lo tanto, no era real, y, sin embargo, vivía al final de la calle. Tomaba café y vestía bufandas a rayas. Eso quería decir que era un hombre accesible.

–¡Espábilate, Emm! –me regañé a mí misma.

Y pensé en levantarme de la cama y meterme temblando en la ducha. Pero no fui capaz de convencerme.

No quería pensar en las tres fugas que había tenido el día anterior, pero al pensar en la alucinación en la que había visto el trasero desnudo de Johnny en todo su esplendor, me veía obligada a pensar también en las fugas. Dos cortas y una un poco más larga. Ninguna de ellas había durado mucho, pero era su frecuencia la que me preocupaba.

Tenía treinta y un años y no había vivido sola hasta hacía unos meses. Siempre había trabajado suficientemente cerca de casa para poder ir andando, porque, o bien todavía no tenía la edad legal para conducir o me daba miedo conducir largas distancias. Había pasado la mayor parte de mi vida tratando con las repercusiones de aquella caída en el parque, pero por fin estaba comenzando a disfrutar de la independencia que todas mis amigas habían asumido como garantizada.

Y me aterrorizaba perderla.

Sabía que debería llamar a mi médica de cabecera, la doctora Gordon, y contarle lo que estaba pasando. Me conocía desde la infancia y a ella le había confiado absolutamente todo: mis dudas sobre mi primer periodo, mis primeras incursiones en los métodos

de control anticonceptivo... Pero aquello era algo que no podía confiarle. Se vería obligada a informar de la posibilidad de que sufriera un ataque, ¿y entonces qué? Me retirarían el carné de conducir y eso era algo que no podía permitirme. Sencillamente, no podía.

Llamé a mi madre, en cambio. Aunque había hablado con ella el día anterior, y aunque estaba encantada de irme de casa para poder dejar de necesitarla tanto, ella fue la primera persona a la que recurrí. El teléfono de casa de mis padres sonó y sonó, hasta que al final saltó el contestador. No dejé mensaje. A mi madre le habría entrado un ataque de pánico si lo hubiera hecho, y, probablemente, le bastaría ver mi número de teléfono en el identificador de llamadas para llamarme. Me pregunté dónde estaría un domingo antes de las doce. No solía salir de casa los domingos. A mí me gustaba dormir los domingos. A mi madre le gustaba hornear, cuidar el jardín y ver películas antiguas en la televisión mientras mi padre se entretenía en el garaje.

Yo había pasado muchas horas soñando con domingos como aquel: con poder despertarme en mi propia cama, en mi propia casa, sin nadie alrededor. Solo yo, sin ningún lugar al que ir y sin nadie a quien contestar. Sin nada que hacer, salvo la colada, utilizando mi propio detergente, doblando la ropa o dejándola en el cesto si era eso lo que me apetecía. Había soñado muchas veces en ser adulta, en vivir sola, y cuando por fin lo había conseguido, de pronto se me hacía insoportable la soledad.

Comenzar la mañana en el Mocha me ayudaría. Allí formaba parte de una comunidad. Tenía amigos. No había quedado específicamente con Jen, pero sabía que bastaría enviarle un mensaje de móvil para saber si pensaba pasarse por la cafetería. Y aunque ella no fuera, podía llevarme el portátil y sentarme allí con una taza de café, o con un té y una magdalena. Podría conectarme con alguna red social, o ponerme en contacto con algún amigo que estuviera también con el ordenador.

¡Ah! Y podía espiar un poco a Johnny Dellasandro.

Bastó un rápido mensaje de texto para quedar con Jen. Nos

encontraríamos al cabo de media hora, tiempo suficiente para ducharme, vestirme e ir andando a la cafetería, incluyendo lo que tardaría en depilarme las piernas y las cejas y decidir lo que me iba a poner. Porque sí, era importante.

–¡Eh, chica, eh! –el grito de Jen me hizo reír. La vi mover los brazos para saludarme en el abarrotado Mocha–. Te he guardado un sitio. ¿Por qué has tardado tanto? ¿No encontrabas sitio para aparcar?

–No, no ha sido eso. He venido andando –todavía me castañeteaban los dientes.

El mes de enero en Harrisburg no era tan frío como en el Ártico, pero sí lo suficiente como para helarle sus partes a un oso polar.

–¿Qué? ¿Por qué? ¡Ah, sí! ¿Ha sido por las quitanieves?

Por si aparcar no fuera suficientemente complicado en mi calle, tras pasar las máquinas quitanieves, cubriendo a su paso los coches de nieve, cuando la gente tenía que sacarlos, dejando tras ellos algún lugar vacío, las cosas podían ponerse muy feas en el momento en que alguien intentaba ocupar uno de aquellos sitios. Pero no era esa la razón por la que había ido andando. Me quité el abrigo y lo dejé en el respaldo de la silla mientras recorría la cafetería con la mirada en busca del delicioso y exquisito Dellasandro.

–No, sencillamente, me apetecía venir andando.

–He oído hablar de las duchas frías, pero eso ya me parece exagerar un poco.

Me soplé las manos para calentármelas un poco y me senté en la silla.

–Necesito mover un poco el trasero si quiero poder seguir desayunando magdalenas.

–Tienes razón –Jen suspiró.

Nos compadecemos en silencio del tamaño de nuestros traseros, aunque, francamente, a mí me parecía que Jen tenía una figura envidiable y no tenía por qué preocuparse, y sabía que ella pensaba lo mismo de mí.

–Me encanta tu jersey –dijo Jen al cabo de un momento. Después

se echó a reír y bajó la voz—. Apuesto a que a él también le gustaría.

—¿A quién?

—No finjas que no sabes a quién me refiero.

Bajé la mirada hacia mi jersey, un jersey de lana sencillo con un bonito escote redondo.

—Me gusta cómo me queda el escote. Y no parece muy descarado.

—No, en absoluto —se mostró de acuerdo Jen—. Y ese color te sienta muy bien.

Sonreí radiante.

—A mí me encantan tus pendientes.

Jen me miró batiendo las pestañas.

—¿Vamos a dejar de hacernos las lesbianas? Porque si no, estaba a punto de decir que llevas una gargantilla preciosa.

—¿Esta?

En realidad, me había olvidado ya de lo que llevaba al cuello. Normalmente no utilizaba ese tipo de adornos. Mi trabajo en una cooperativa de ahorro y crédito me obligaba a vestir a diario siguiendo un estricto código y había terminado cansada de tener que elegir ropa cada día. Al tirar del colgante para ver qué llevaba, la cadena se rompió y se deslizó entre mis dedos.

—¡Ay!

—¡Oh, mierda! —Jen agarró el colgante antes de que cayera sobre la mesa y me lo tendió.

—Maldita sea.

Lo miré con atención. No era nada especial, solo una pequeña espiral de diseño. La había encontrado en la mesa de las ofertas de mi tienda favorita de segunda mano. La agarré y, curiosamente, sentí que el metal me calentaba la mano.

—¿Podrás arreglarla? —me preguntó Jen.

—No creo que merezca la pena. Creo que ni siquiera es de oro.

—Pues es una lástima —contestó Jen radiante—. Si fuera de oro, podrías llevarla a uno de esos sitios en los que las cambian por dinero. A mí me han invitado a una fiesta de venta e intercambio que va a celebrar una vecina de mi madre. Por lo visto llevarán hasta fundas de oro para los dientes.

–¡Qué asco! –me guardé la gargantilla en el bolsillo del abrigo.

Jen se echó a reír. Parecía a punto de decir algo más, pero se interrumpió de pronto. Miró por encima de mi hombro con los ojos abiertos como platos y comprendí al instante que no debía volverme.

Y tampoco tuve que hacerlo para saber que era Johnny. Podía sentirle. Podía olerle.

Naranjas.

Pasó al lado de nuestra mesa. El borde del abrigo me rozó el brazo y yo me convertí en una adolescente de quince años. La única razón por la que no me eché a reír como una estúpida fue que la garganta se me había quedado tan seca que no podía decir ni pío. Jen no dijo una sola palabra, se limitó a mirarme fijamente con las cejas arqueadas hasta que Johnny pasó.

–¿Estás bien? –susurró, inclinándose hacia mí–. Parece como si estuvieras a punto de desmayarte. ¡Estás muy pálida!

No me sentía como si fuera a desmayarme. No me sentía pálida. Me sentía ardiendo y sonrojada. Tragué el algodón que sentía en la lengua y sacudí la cabeza sin atreverme a mirar por encima del hombro para verle en el mostrador.

–No, estoy bien.

–¿Estás segura? –Jen puso la mano sobre la mía y me la apretó–. De verdad, Emm, pareces...

Justo en ese momento, Johnny se volvió para mirarme. Me miró de verdad. No fue una mirada fugaz ni una mirada desinteresada que pasara por encima de mí como si yo no existiera. Ni tampoco fue una mirada de extrañeza, como si mi visión le hubiera asustado. Johnny Dellasandro me miró, y yo estuve a punto de levantarme de la silla antes de darme cuenta de que no podía levantarme y acercarme a él.

Jen miró por encima del hombro, pero Johnny se había girado de nuevo hacia el mostrador para tomar un plato con una magdalena que le tendía la camarera. Ya no me estaba mirando y yo no sabía cómo decirle a Jen que me había mirado. En el caso de que lo hubiera hecho, porque bastaron unos segundos para que comenzara a pensar que habían sido imaginaciones mías.

–¿Emm?

–Es tan condenadamente guapo.

Mi voz no parecía la mía. Sonaba más ronca, más dura y cargada de deseo.

–Sí –Jen frunció el ceño y volvió a mirarle.

Johnny se había dirigido hacia una mesa situada en la parte de atrás y alzó la mirada al oír la campanilla de la puerta. Jen y yo también miramos. Una mujer de mi edad, quizá un año o dos mayor, se dirigió directamente hacia la parte de atrás de la cafetería sin detenerse siquiera en el mostrador. Desde el lugar en el que yo estaba sentada, pude verla deslizarse en la silla, enfrente de Johnny, e inclinarse hacia delante para saludarle con un beso. El estómago se me cayó hasta la punta de las botas que había tardado más de veinte minutos en decidir ponerme.

–Qué mierda –dije con tristeza.

Jen me devolvió la mirada.

–No la conozco.

–Yo tampoco.

–No es una clienta habitual –continuó Jen, ofendida–. Dios mío, ¡por lo menos podía haber quedado con alguna de las clientas habituales!

No tenía ganas de reír, pero no pude evitar una carcajada ante una lógica tan absurda.

–¿Por qué no te acercas y la retas a una competición de baile o algo parecido?

Jen negó con la cabeza y me miró muy seria.

–No creo que sea una buena idea.

Abrí la boca para contestar que estaba de broma, pero por la forma en la que Jen miró a Johnny y a la mujer y después a mí, me detuve. Mi amiga no estaba sonriendo. De pronto, me sentí estudiada. Una clase diferente de calor comenzó a ascender por mi cuello y mis mejillas. En aquella ocasión, era un rubor culpable.

–No –añadió–, creo que no.

En ese momento, comenzó a vibrarme el móvil en el bolsillo.

–Adelante, contesta –me dijo Jen–. Yo voy a por un café y algo de comer. Tú quieres una magdalena y un café, ¿verdad?

–Sí, gracias –hundí la mano en el bolso para sacar un billete de diez dólares, pero Jen no lo aceptó. No protesté porque estaba ya pulsando un botón para contestar a la llamada–. ¡Hola, mamá!

–¿Qué ha pasado?

–No ha pasado nada. ¿Por qué siempre piensas que tiene que pasar algo?

Debería haberme enfadado más por la pregunta, pero la verdad era que me alegraba saber que mi madre estaba preocupada por mí. Me gustaba sentirme tan querida.

–Me has llamado antes de las doce un domingo por la mañana, por eso he pensado que te pasaba algo. No le puedes mentir a tu madre, Emmaline.

–¡Mamá!

A veces parecía más vieja de lo que era. Hablaba como una abuela en vez de como una madre, y, aun así, yo sabía, por las fotografías que había visto, que había sido una auténtica hija de los sesenta. A lo mejor incluso más que mi padre, al que no le importaba achisparse un poco en Navidad y que me había confesado en una ocasión que pensaba que la marihuana debería ser legal.

–Bueno, dime lo que te ha pasado.

–No me ha pasado nada –le aseguré.

Miré a Johnny por el rabillo del ojo, pero ya no miraba hacia mí. Estaba enfrascado en una intensa conversación con aquella mujer. Los dos se inclinaban hacia delante de una forma que solo podía significar intimidad. Arranqué la mirada de aquella imagen y me concentré en la llamada.

–Solo quería saber lo que estabas haciendo.

–¡Ah! –mi madre parecía desconcertada–. Bueno, tu padre y yo hemos ido a desayunar al Old Country Buffet.

–¿Habéis... salido a desayunar?

En el mostrador, Jen estaba a solo unos metros de distancia de Johnny, pero ni siquiera parecía que estuviera intentando cotillear ni, mucho menos, prestar atención a la conversación. Una conversación que, a juzgar por la expresión de Johnny y la posición de los hombros de su compañera, continuaba siendo de lo más apasionada. A ella no

podía verle la cara, pero su lenguaje corporal me decía todo lo que necesitaba saber.

–Claro, ¿por qué no vamos a poder salir a desayunar? –sonaba un poco rara, un poco más seca de lo que solía ser conmigo.

–Claro que podéis salir a desayunar. Mamá, ¿estás bien?

–Se supone que soy yo la que te lo está preguntando.

Ahí estaba, el tema que jamás se olvidaba. Y no era justo considerarlo un tema que no se pudiera obviar. Se suponía que una tenía que ser capaz de ignorarlo.

Por un momento, pensé en contárselo. No lo del sexo en el tren, y tampoco lo de que me había visto a mí misma en una especie de película italiana de los setenta. Pero sí podía hablarle de esos momentos en blanco y del olor a naranjas. Pero no lo hice. Y no solo porque no quería preocuparla, sino porque no quería demostrarle que tenía razón.

–Estoy bien, mamá, de verdad.

La garganta se me cerró ante aquella mentira y los ojos se me humedecieron. Me alegré de que estuviéramos a distancia. Jamás habría conseguido mentirle cara a cara.

–¿Dónde estás? Oigo ruido.

–En la cafetería.

–¿Otra vez? Como sigas así, vas a terminar convirtiéndote en una taza de café.

–Mejor que convertirme en una calabaza –contesté mientras Jen regresaba a la mesa balanceando dos platos y dos tazas de café vacías–. La gente a la que le gusta el café dice que no podría vivir sin él. Las calabazas siempre terminan convertidas en tartas.

–Hija, estás completamente loca –dijo mi madre con cariño–. ¿Me llamarás mañana?

–Claro, mamá.

Colgamos justo en el momento en el que Jen se sentaba y empujaba el plato y la taza hacia mí.

–Tu madre debe de ser un encanto.

–Sí, cuando quiere. ¡Dios mío! ¿Virutas de chocolate con salsa de caramelo? ¡Eso no es una magdalena! Son un par de pantalones

nuevos con una talla más.

Jen se lamió el dedo.

–Eso es lo que le gusta a él.

No tuve que preguntar quién era «él». Me pregunté si alguna vez tendría que volver a hacerlo.

–¿Ah, sí?

Jen sonrió.

–Menuda acosadora estás hecha.

Abandonamos el tentador tema de Johnny Dellasandro, quizá porque realmente estaba allí y había alguna posibilidad de que pudiera oírnos. O porque estaba con una mujer y, por lo tanto, fantasear sobre él era algo patético y sin sentido. O a lo mejor porque Jen y yo teníamos muchas cosas de las que hablar: de nuestros programas de televisión y nuestros libros favoritos, o sobre el chico tan guapo que repartía las pizzas en nuestro barrio. O de todas esas cosas de las que hablan las buenas amigas mientras comparten dulces y café.

–Tengo que marcharme –dije con un suspiro cuando terminé aquel pecado de magdalena y mi tercera taza de café. Me palmeé el estómago–. Voy a explotar, además, tengo que hacer la colada y pagar algunas facturas pendientes.

–Una agradable y tranquila tarde de domingo –Jen suspiró feliz–. No hay nada mejor. ¿Te veré mañana?

–Probablemente. Estoy segura de que pasaré a comprar un café para llevar. Sé que debería hacérmelo yo en casa, pero nunca consigo el sabor que busco. Y me parece un derroche hacer toda una cafetera cuando solo quiero una taza.

Jen sonrió y me guiñó el ojo.

–Y aquí las vistas son mucho mejores.

Eso también.

Salió antes que yo, y no porque yo estuviera retrasando el momento de irme para continuar viendo a Johnny. Le dirigí una última mirada por encima del hombro y empujé la puerta, haciendo sonar la campanilla. Tenía la esperanza de que Johnny alzara la mirada, pero continuaba enfrascado en la conversación con aquella

mujer, quienquiera que fuera.

No fue hasta mucho más tarde, una vez pagadas las facturas y lavada, secada, doblada y guardada la colada, cuando se me ocurrió sacar la gargantilla del bolsillo del abrigo. La busqué por todas partes, incluso en los bolsillos del vaquero, aunque sabía que no la había puesto allí. Pero la gargantilla no aparecía por ninguna parte. No sabía cómo, pero la había perdido.

Como le había dicho a Jen, no era una gran pérdida. No era un objeto con el que tuviera ninguna atadura sentimental y estaba segura de que no había sido caro. Aun así, el hecho de perder cosas me causaba desasosiego. No era la primera vez que perdía algo. Guardaba las cosas cuando estaba en estado de fuga y después no me acordaba de dónde las había dejado. Y también encontraba cosas de ese modo. En una ocasión, salí de una tienda con la mano llena de bálsamos para los labios que debía haber agarrado de un expositor. Me dio tanta vergüenza que no fui capaz de decirle a mi madre que los había robado. Cada cierto tiempo, encontraba uno en el bolsillo del abrigo o el bolso. Me duraron años.

No había perdido la gargantilla en una fuga, de eso estaba prácticamente segura. Había vuelto a casa caminando desde el Mocha bajo un viento tan frío que se me congelaban los pelos de las fosas nasales. Por otra parte, era posible que hubiera tenido una fuga sin haber tenido ninguna señal de advertencia. Muchas personas que sufrían ataques epilépticos nunca tenían un aviso previo, ni siquiera recuerdos de lo que les había pasado.

Aquellos pensamientos me hicieron ponerme seria más rápidamente que un sheriff parando a un adolescente al salir del baile de promoción.

Parpadeé con fuerza para evitar que se me escaparan las lágrimas que ardían en mis ojos y tomé aire lentamente. Volví a respirar por segunda vez y para cuando inhalé y exhalé por tercera vez, comencé a sentirme un poco más tranquila. No mucho, pero sí lo suficiente como para detener los latidos acelerados de mi corazón y sofocar el calor que bullía en mis entrañas.

Había descubierto las medicinas alternativas varios años atrás,

cuando las técnicas tradicionales habían fracasado a la hora de diagnosticar los daños que aquella caída de la infancia había dejado en mi cerebro. Estaba cansada de que me pusieran inyecciones y de tomar medicinas que a menudo tenían efectos secundarios mucho peores que los beneficios que provocaban. No merecía la pena tanto sacrificio. La acupuntura no tuvo más éxito que la medicina occidental a la hora de hacer un diagnóstico sobre mi problema, pero prefería recurrir a ella a llenar mi cuerpo de potenciales venenos químicos día tras día. Las visualizaciones guiadas y la meditación tampoco me habían servido para eliminar la ansiedad, pero la práctica de ambas me ayudó a mejorar considerablemente el humor. Y como tras numerosas pruebas de ensayo y error, había descubierto que tenía más probabilidades de experimentar una fuga desagradable cuando estaba excesivamente cansada, excesivamente estimulada, excesivamente estresada o excesivamente cualquier otra cosa, había incorporado la meditación a mi rutina diaria como una medida preventiva.

Y yo creía que funcionaba. Al menos, así me lo había parecido. Llevaba dos años sin sufrir ningún tipo de fuga, hasta el día anterior. E, incluso aquellas fugas, habían sido minúsculas y no habían tenido consecuencia alguna.

–¡Ah, mierda! –dije en voz alta, con voz tensa.

Mi reflejo en el espejo mostraba unas mejillas pálidas, ojeras y los labios estirados por el esfuerzo de contener un sollozo. Las fugas nunca habían sido dolorosas, pero padecerlas me había causado más dolor que ninguna otra cosa en la vida.

Volví a respirar lentamente, concentrándome mientras me ponía rápidamente unos pantalones de pijama y una camiseta con la imagen de Epi y Blas. La había comprado en Sésamo Place cuando estaba en los primeros años de instituto y había vuelto a descubrirla al hacer la mudanza para cambiarme de casa. Me quedaba un poco más estrecha que antes, pero me resultaba muy confortable independientemente de su talla. Era como tener un pedacito de hogar.

Cuando me cambié, me senté en la cama con las piernas cruzadas.

No tenía ni colchoneta ni ninguna especie de altar, así que no encendí ninguna varita de incienso. Para mí, la meditación era algo más físico que espiritual. Había leído mucho sobre biorretroalimentación durante años y aunque no creía que fuera a ser nunca capaz de controlar conscientemente mi ritmo cardíaco o mis ondas cerebrales como hacían algunos yoguis, creía que la meditación me ayudaba. Y, de hecho, podía sentirlo.

Posé las manos en las rodillas con las palmas hacia arriba y uniendo el pulgar con el índice. Cerré los ojos. Cuando meditaba, yo no reproducía el tradicional *Om Mani Padme Om* ni ninguna de las frases tradicionales de la meditación. Había encontrado algo que era mucho mejor para mí.

–Salsa, salchichas y bizcochos. Salsa, salchichas y bizcochos. Mm.

Dejaba que aquellas palabras fluyeran de mi cuerpo con cada exhalación. Y con cada inhalación, reprimía mi necesidad de buscar en el ambiente el olor a naranjas. Me llevó más tiempo del habitual conseguir un estado de calma. Pero por lo menos conseguí relajar los músculos y que el corazón recobrara su ritmo habitual.

Después me dejé caer contra la almohada. Una almohada completamente nueva. También el edredón lo era, y el colchón y la cama. Mi cama nueva, una cama que nunca había compartido. Descrucé las piernas y me estiré sin abrir los ojos. Protegida por la suavidad de la cama, distendida y relajada, fue algo natural que las manos comenzaran a moverse hacia mi vientre y mis muslos. Hacia mis senos.

Pensé en Johnny. Había memorizado cada detalle de su rostro en el Mocha, y cada detalle del resto de su cuerpo en las películas de Jen y en las fotografías que había visto en Internet. Tenía hoyuelos en la base de la espalda y un hoyuelo más en la mejilla izquierda, justo al lado de la boca. Me encantaría lamer esos hoyuelos.

Suspiré mientras deslizaba los dedos por la piel desnuda de mi vientre que la camiseta había dejado al descubierto. Normalmente no necesitaba ninguna ayuda visual para darme placer. El porno estaba bien, no tenía ningún problema con ese tipo de cine, pero me parecía algo sin sentido. Ni siquiera le encontraba sentido al porno hecho

para mujeres. Me excitaba más leyendo novelas con sexo explícito o escuchando música que viendo películas porno o mirando fotografías.

En aquel momento, sin embargo, recreé el rostro de Johnny. Sus cejas castañas arqueadas sobre unos maravillosos ojos de color castaño verdoso. La boca delgada, pero de pronta sonrisa, por lo menos en las películas. Porque la verdad era que no le había visto sonreír mucho en la vida real.

–Johnny –susurré.

Pensé que debería sentirme avergonzada o mortificada por estar diciendo su nombre en voz alta para mí, pero sentí, en cambio, un agradable calor. Hasta su nombre era sexy. Un nombre de chico, no el nombre del hombre que era. Un hombre que, probablemente, tenía la edad de mi padre. Gemí y me llevé la mano a los ojos.

Pero eso no impidió que continuara pensando en él. Podía tener la edad de mis padres, pero no tenía ningún problema a la hora de imaginármelo como amante. Yo nunca había tenido ninguna clase de fetichismo relacionado con los hombres maduros. Lo más que podía admitir era alguna mirada lujuriosa a hombres más jóvenes a diario. Mi oficina daba al campus de la universidad local, así que mis compañeras de trabajo y yo a menudo disfrutábamos de nuestros almuerzos mientras veíamos a los chicos de camino a clase. Pero la edad de Johnny no importaba. Racionalmente, yo sabía que era demasiado viejo para mí. Mi cabeza lo sabía.

Pero mi cuerpo pensaba otra cosa.

Me acaricié el vientre y deslicé la mano entre mis piernas, presionando el clítoris. Suspiré y utilicé el dedo para acariciarme a través de la fina tela del pijama. Después, metí la mano por el elástico de la cintura.

Aquel era mi placer solitario. Pero pensaba en Johnny, por supuesto. Las escenas de sus películas se entremezclaban con sus fotografías y el sonido de su voz. Me pregunté cómo sonaría mi nombre pronunciado por él. ¿Lo gemiría como había hecho en aquella película en la que se acostaba con la actriz con la que había tenido una hija? ¿Lo susurraría contra mi piel mientras iba

abriéndose camino con la lengua hasta el centro de mi clítoris, tal y como estaba haciendo yo con la yema de mi dedo en aquel momento?

Quería desnudarle. Quitarle el abrigo negro y la bufanda. Utilizar la bufanda para vendarle los ojos mientras él reía con paciencia y me permitía desabrocharle los botones de la camisa y deslizar las mangas por sus brazos. Bajarle la cremallera del pantalón, desabrochárselos y deslizarlos por aquellos muslos largos y musculosos. Quería arrodillarme delante de él y hundir la cabeza en la suavidad de su vello púbico, sentir su gruesa erección en mi boca y succionar con fuerza excitándole de tal manera que no me cupiera su sexo en la boca.

Aceleré los movimientos de la mano. Tenía el sexo húmedo. Deslicé el dedo por él para lubricarlo y volví a subir la mano mientras con la otra me acariciaba el seno y me pellizcaba el pezón. Pensé en Johnny mientras hacía el amor conmigo misma. En sus ojos, en su nariz, en sus orejas, en su boca. En sus deliciosos pezones. Quería oírle decir mi nombre, quería oírle suplicarme que le follara.

–Sí –musité.

Arqueé la espalda y alcé las caderas contra la dulce presión de mi mano. No fue un ascenso dulce hacia el clímax, sino, más bien, me precipité hacia él. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de un orgasmo. De hecho, no había vuelto a hacerlo desde la última vez que me había acostado con alguien, y eso había sido tres meses atrás. Pero no quería pensar en ello en aquel momento. Quería pensar en Johnny.

–Emm –me susurró Johnny al oído, y yo no me sobresalté.

No abrí los ojos. Respiré su fragancia y me entregué a su contacto.

Tanteé con las manos el cabecero y me agarré con tanta fuerza que hice crujir la madera. La madera se deslizaba bajo las palmas de mis manos, bajo mis dedos, pero continué aferrada a ella. La cama se hundió bajo el peso de Johnny.

Johnny me besó.

Lo hizo lentamente, con la boca abierta en un beso tórrido y dulce, tal y como lo había imaginado. Johnny sabía distinto a todo y, al mismo tiempo, como todo lo que amaba o deseaba. Respiré su

fragancia y le succioné delicadamente la lengua. Nuestros dientes chocaron, haciendo saltar chispas de sensaciones y reí feliz.

Comencé a abrir los ojos, pero Johnny me hizo un sonido de advertencia.

–¡No! –dijo Johnny, y yo cerré los ojos con fuerza.

Cuando el calor comenzó a acumularse en el centro del clítoris, fui yo la que hizo un sonido. Fue un ruido grave y urgente. Dije su nombre. Johnny rio contra mí, tal y como había imaginado. Presionó los labios contra el clítoris a través de la tela del pijama. Lo acariciaba con la boca y la barrera de algodón intensificaba aquel placer.

Quería sentirle sobre mí, piel contra piel. Quería sentirle dentro de mí. Quería que me hiciera el amor mientras yo le clavaba las uñas en la espalda y le urgía a continuar.

Pero nada de eso ocurrió. Johnny utilizó la boca y los dedos para llevarme hasta el orgasmo, un orgasmo que resultó ser condenadamente bueno. El placer me inundó. Se derramó sobre mí. Fue un placer eléctrico.

Me estremecí y solté el cabecero para buscar la espesa y hermosa melena de Johnny y hundir mis manos en ella.

Johnny me hizo correrme con las manos y la boca mientras susurraba palabras de aliento, pero cuando alargué la mano hacia él, no encontré nada, salvo mi propio cuerpo. Fue un orgasmo incontrolable. Abrí los ojos, grité sin pronunciar palabra alguna, y mi voz se convirtió en un gemido.

Saboreé su sabor.

Estaba sola.

Capítulo 4

Tenía un aspecto deplorable. El pelo lacio, ojeras bajo los ojos y la piel con manchas rojizas. Había dormido fatal, había pasado la noche con sueños que habían sido una sucesión de fugas.

Me senté en el escritorio agarrada a una taza de café que ya estaba empezando a enfriarse y fijé la mirada en la pantalla del ordenador sin hacer nada. Tenía una cita con una acupuntora después del trabajo y no le veía mucho sentido a fingir que estaba trabajando durante la hora que me quedaba. Afortunadamente, no tenía ningún trabajo demasiado urgente esperándome. Cuando había aceptado aquel puesto de trabajo en una cooperativa de ahorro y crédito, esperaba mucha más carga laboral, pero comparado con mis días de cajera y, posteriormente, como asistente de director de un banco, mi trabajo nuevo era coser y cantar.

Conseguí reunir suficiente energía como para consultar mi correo personal. Entre las numerosas bromas estúpidas y las fotografías que me enviaban, había un mensaje de Jen. El asunto era sencillo, decía simplemente: *lee esto*.

Y yo, como Alicia cuando la oruga le ofreció un pedazo de seta, obedecí.

Era el vínculo de un blog especializado en reseñas de películas de terror. Había una sección entera dedicada a las películas de Johnny, incluso a aquellas que no eran de terror. Me sorprendió ver que, en total, solo había hecho quince películas, aunque el volumen de información que había sobre él en Internet hacía parecer que fueran muchas más. Leyendo las descripciones, me di cuenta de que era porque habían sido estrenadas con otros títulos o en versiones extranjeras. Había una lista de las películas y en cada uno de los títulos se podía acceder a una página por separado con fotografías,

vídeos e información sobre ella. Además, también explicaban cómo se podían adquirir las películas. Algunas de ellas se podían comprar, si uno sabía mirar, en tiendas de todo a dólar.

–¡Hala! –exclamé con respeto y admiración al ver una de las películas que podían comprarse.

Ciento setenta y cinco dólares por un DVD de una película de la que ni siquiera había oído hablar. Más gastos de envío. Me pasé la lengua por los dientes mientras leía aquella información, y después observaba el triple dígito, no incluía ningún decimal, de mi cuenta corriente.

–*Ciento setenta y cinco dólares por una película de J.D* –le escribí un mensaje de móvil a Jen–. *¿Te lo puedes creer?*

–*Sí, claro que me lo creo. ¿Qué película es?* –contestó ella, casi inmediatamente.

–*La noche de las cien lunas.*

–*¡Dios mío! Cómprala inmediatamente, ¡nadie tiene esa película!*

Me llevó un minuto averiguar el argumento de la película, pero cuando lo comprendí, me eché a reír. Las lunas a las que se refería el título no eran cuerpos celestes, sino que tenían que ver con los diferentes tipos de trasero. Muy bonito.

–*¿La has visto?* –tecleé.

–*Nunca. Ni siquiera en versión pirata.*

–*¿Te gustaría verla?*

–*¿Estás de broma? ¡Claro que sí!*

Ciento setenta y cinco dólares podían ser mucho o poco dinero, dependiendo de lo que se estuviera hablando. No era mucho para una reparación de coche, por ejemplo, aunque no era poco. Era el precio adecuado para un aparato de televisión pequeño, pero un precio un poco excesivo para un par de botas y un precio ridículamente razonable para una semana de vacaciones en la playa.

Y era una cantidad desorbitada para un DVD.

Pero yo estaba ya seleccionándolo para añadirlo a mi lista de compra. El corazón se me paró en el pecho cuando la página se quedó colgada. La pequeña barra de desplazamiento situada al final apenas tenía la anchura de una pestaña. Intenté activarla varias veces,

pero no pasó nada.

Tardé dos o tres frenéticos y sudorosos segundos en darme cuenta de que tenía que hacer clic en la ventana de las compras para asegurarme de que sí, de que había conseguido añadir la película. Sumé los costes de envío, que eran, francamente, exorbitantes, además de algunos otros gastos añadidos. Ni siquiera fui capaz de mirar el total mientras tecleaba el número de mi tarjeta de crédito en una página web definitivamente insegura, poniendo en riesgo todos los datos sobre mi identidad para conseguir tener entre mis manos lo que seguramente resultaría ser una pésima copia de una mala película.

Imprimí el recibo e hice una copia del acuse de compra antes de atreverme a salir de la web. Después, me recliné en la silla de mi escritorio con las manos sudorosas. Me sentía como si acabara de correr más de un kilómetro perseguida por una jauría de perros. O de zombies. O peor aún, de perros zombies. Me sentía como si acabaran de exprimirme, y ansiosa, y también algo más. Inexplicablemente excitada. Le escribí a Jen.

–Comprada.

–¡Anda ya!

–Sí. ¿Hacemos una noche de chicas cuando llegue?

–No será lo único que llegue... Llámame cuando la recibas.

Le dije que lo haría y guardé el teléfono en el bolso para así poder dirigirme hacia mi cita. Tardé diez minutos en llegar al centro de medicina alternativa desde mi oficina, un recorrido que me llevaba cuarenta y cinco minutos cuando vivía con mis padres. En otros cinco minutos, ya estaba tumbada en una habitación en silencio con una almohada bajo la cabeza.

Yo tengo gustos musicales muy eclécticos, pero la música spa no estaba hecha para mí. Sí, no podía negar que eran relajantes con sus campanitas y sus instrumentos de viento de madera. Al fin y al cabo, esa era precisamente la cuestión, relajar a los pacientes. Y lo intenté, de verdad que lo intenté, pero cuanto más intentaba sacar todo aquello de mi mente, más pensaba en ello.

Sabía que el tratamiento me ayudaría, aunque no pudiera detener

la rueda de hámster en la que se había convertido mi cerebro, que no dejaba de dar vueltas. Sencillamente, no quería estar allí, tensa, anhelante y ansiosa. Quería fundirme con la camilla y dejar que las agujas hicieran su trabajo como lo habían hecho durante los dos años anteriores. Pero allí estaba otra vez, preocupada ante la posibilidad de que pudiera fallar el tratamiento. Temerosa de volver a soportar los agravios de mi cerebro, que me hacía ver, sentir y tocar cosas que no estaban presentes. O, peor aún, que dejaba espacios en blanco en mi memoria, momentos durante los que podía pasar cualquier cosa. No estaba segura de qué era peor, si experimentar cosas que no pasaban o no recordar cosas que habían pasado.

La música cambió, del suave tintineo del agua y de la flauta pasó a convertirse en un sonido bajo, casi un gemido. Nunca me había fijado en los cantantes de las canciones que sonaban en aquella consulta. Sin embargo, en aquel momento, me resultó imposible ignorarlos.

Oí un violonchelo. Y una voz susurrante de mujer. El punteo de las cuerdas de la guitarra... Y de pronto, y aunque siempre había dejado especificado que no quería recibir ningún tratamiento de aromaterapia, el inevitable olor de las naranjas.

–No –susurré, y me aferré a mi conciencia con todas las neuronas de mi cerebro.

Al principio, cuando habían empezado las fugas, no sabía cómo determinar cuándo estaba a punto de sufrir una. A medida que habían ido pasando los años, había aprendido a predecir su comienzo con suficiente antelación, a veces por un margen muy escaso, pero siempre con suficiente tiempo como para prepararme. Pero nunca había aprendido a evitarlas. De hecho, lo que había aprendido era que era mejor no intentarlo, porque cuando luchaba contra ellas, eran más largas, más intensas, y requerían más tiempo de recuperación. Sin embargo, en aquel momento, no pude evitar el luchar contra ellas. Me parecía la mayor de las traiciones el apagarme estando allí tumbada, con las agujas en la espinilla y el escote, supuestamente alineando mi *qi* y manteniéndome centrada en el mundo. Mis músculos se tensaron, derrotando a todos los propósitos

que me habían llevado hasta allí.

No podía hacer nada. El olor a naranja me envolvía. Cerré los ojos muy tensa y esperé a que mi mundo cambiara o, sencillamente, a quedarme en blanco. Me aferré a la camilla y sentí que las agujas que tenía en el costado me pinchaban.

No ocurrió nada.

Cerré los ojos con más fuerza todavía, con todos los sentidos aguzados. Oí el chirrido de las ruedas y el clic de la puerta al abrirse. Abrí los ojos y volví la cabeza al oír aquel sonido.

Era la doctora Gupta, que me saludó con una sonrisa y una palmadita en el hombro.

–Siento haber tardado un poco en quitarte las agujas –me dijo–. Hemos tenido un pequeño accidente en el pasillo. Han venido a limpiarlo, pero todavía está bastante mal. Ten cuidado al salir.

Iba quitándome las agujas mientras hablaba y las iba metiendo en unos recipientes puntiagudos con el símbolo de peligro biológico. Después, me agarró del brazo, me ayudó a sentarme y me tendió un vaso de agua.

–¿Cómo te encuentras?

No quería hablarle de la fuga que no sabía si había conseguido o no detener. El olor a naranjas había disminuido, pero no había desaparecido. La boca se me hizo agua y apreté los labios ante el recuerdo de aquel gusto a cítricos. No había comido naranjas desde hacía años, era incapaz de digerirlas, pero aquella ilusión gustativa era anormal. Normalmente, olía a naranjas. No las saboreaba.

–Cansada –contesté.

–Es lógico. ¿Estás mareada? ¿Quieres más agua?

Volví a beber, pero no porque estuviera mareada, sino para quitarme el sabor a naranjas de la boca. La doctora me quitó el vaso vacío y lo tiró a la papelera. Después, me agarró del codo para ayudarme a bajar de la camilla. Esperé medio minuto, acostumbrada a la forma en la que sentía que se inclinaba el suelo cuando acababa de empezar el tratamiento. No ocurrió aquel día, pero, aun así, estuve esperando más tiempo del habitual.

–Emm, ¿estás segura de que estás bien? –preguntó la doctora

Gupta.

Era una mujer pequeña, de pelo negro y enormes ojos oscuros. Me recordaba a Dondi, el personaje de una antigua tira cómica que publicaban los periódicos.

–Sí, claro –le dirigí la más radiante de mis sonrisas para convencerla.

Pero la doctora Gupta no parecía muy convencida. Me llenó otro vaso en el dispensador de agua y me lo tendió.

–Bébetelo. Estás un poco pálida. Creo que la próxima vez nos concentraremos en un super Ming Men en vez de en Shen Men. Además de relajarte, haremos algo energizante.

Llevaba tres años sometién dome a sesiones de acupuntura, pero eso no me convertía en ninguna experta. De hecho, era más de la escuela «no necesito saber cómo funciona». Jamás se me había ocurrido estudiar los mecanismos o la filosofía de la acupuntura.

–¡Claro! –contesté.

Se echó a reír.

–No sabes de qué te estoy hablando. Tú, con que funcione, tienes bastante, ¿verdad?

–Sí –bebí el agua, aunque para ese momento, mis muelas ya debían de estar nadando.

La doctora volvió a palmearme el hombro.

–Te veré dentro de un mes, a no ser que tengas algo de lo que quieras que me ocupe hasta entonces.

Me dejó para que me vistiera a solas. De pie, en aquella sala y con aquella música relajante, debería de haber estado mucho más tranquila que al empezar el tratamiento, pero no era así. Me sentía eléctrica, vibrante. No era un sentimiento desagradable, en realidad. Y no se parecía a lo que solía sentir después de una fuga, una especie de mareo y desorientación que duraba varios minutos.

Lo que sentía en aquel momento era como un dolor en el pecho. Era un sentimiento de anticipación, más que de ansiedad. No había dolor. Nunca había dolor asociado a mis fugas.

Al salir de la habitación, volvió a asaltarme el olor a naranjas. Me detuve en el marco de la puerta apretando la mandíbula... Hasta que

vi el carrito de la limpieza y un bote de limpiador con olor a naranja abierto y el suelo resplandeciente delante de él. La mujer de la limpieza me dirigió una mirada de disculpa.

–Se nos ha caído casi todo –me explicó con la fregona en la mano–. Pero no pasa nada, ya puede pasar.

No podía tener la menor idea del motivo de mis carcajadas, pero también ella se echó a reír. Quise chocar la mano con ella, pero me reprimí. Sin embargo, no podía borrar la sonrisa de mi rostro cuando paré en el mostrador para pagar y concertar la próxima cita.

–Eso es lo que me gusta de mi trabajo –dijo Peta, la recepcionista.

–¿Quitarme el dinero?

–No –sacudió la cabeza–. Ver cómo la gente entra aquí sufriendo y sale llena de paz.

Me detuve con la chequera todavía en la mano.

–Esa es una buena forma de decirlo.

Sonrió.

–A lo mejor debería ponerla en un póster, ¿eh?

–A lo mejor. Pero es verdad, ¿no?

Me sentía más en paz, desde luego, desde que me había enterado de que el olor no era el presagio de una fuga.

–Sí, claro que lo es. Cuídate, Emm. Te veré el mes que viene.

Me despedí de ella con la mano y salí. Mis pasos eran más enérgicos y sentía el corazón más ligero. Tras el volante de mi coche, tomé aire varias veces, algo que hacía ya por la fuerza de la costumbre. Cuando te han retirado el carné de conducir por temor a que puedas sufrir un ataque y provoques un accidente mientras conduces, tiendes a apreciar más la posibilidad conducir cuando te lo devuelven. Mientras sacaba el coche del aparcamiento, fui consciente de que la inquietud que sentía en el pecho no había desaparecido del todo. Solo había disminuido.

A lo mejor era culpa de los tacos que había cenado la noche anterior. O del exceso de café en un estómago vacío. Me aferré al volante y comprobé el estado de mis ojos en el espejo retrovisor. A lo mejor los tenía más abiertos de lo habitual, pero no había nada extraño en mis pupilas y tampoco tenía la visión borrosa. No olía a

nada, salvo a la colonia con la que había rociado mi bufanda.

Aun así, conduje lentamente. Con mucho cuidado. Sin arriesgarme en los semáforos en amarillo ni en las intersecciones. Para cuando llegué a mi calle, tenía los dedos doloridos por la fuerza con la que me aferraba al volante. La espalda también me molestaba por haber conducido con tanta tensión.

–Mierda –musité cuando vi que alguien me había vuelto a quitar el sitio.

Al final iba a tener que conseguir una tumbona y dejarla allí cuando me fuera, como hacían mis vecinos.

Avancé hasta el final de la calle y encontré un sitio vacío. La última vez que había pasado la máquina quitanieves había dejado una enorme pila de nieve en aquel lugar. El vehículo que aparcaba normalmente allí, un todoterreno azul, ya no cabía. Así que aparqué un poco más abajo sin sentirme en absoluto culpable por poder encajar mi coche, mucho más pequeño que el todoterreno, en aquel hueco. Lo consideré como un karma.

El hecho de aparcar otra vez delante de casa de Johnny era un premio añadido, una suerte que me hizo canturrear en silencio mientras sentía agitarse mi pecho de una forma muy diferente. Tras cerrar la puerta del coche, permanecí un momento estudiando su casa. ¿Cuándo me había sentido así anteriormente?

La respuesta era nunca. Me había enamorado antes, muchas veces. Cuando estaba en séptimo grado, estaba segura de que moriría a menos que un alumno de bachillerato, Steve Houseman, correspondiera a mi amor. Pero no había muerto. Y ni siquiera entonces, cuando me acostaba por las noches pidiéndole a todas y cada una de las estrellas que veía desde la cama que Steven me viera como si fuera una chica de verdad y no una novata en el instituto, me había sentido así.

La carretera estaba helada, pero la acera de delante de casa de Johnny estaba limpia de nieve y cubierta de sal. Desgraciadamente, sus vecinos no eran tan considerados como él. Y yo estaba tan ocupada intentando curiosear en el interior de las ventanas de la casa de Johnny sin que resultara demasiado obvio que era una pervertida,

que no presté atención a dónde ponía el pie. Así que pisé una zona escurridiza, resbalé y comencé a mover los brazos en molinillo. Nunca había sido una gran gimnasta, pero conseguí una muy decente apertura de piernas que me hizo agradecer el hecho de llevar falda, aunque acababa de destrozarme las medias.

Estaba tan concentrada en evitar caer del todo y terminar aterrizando sobre un montón de nieve sucia que no presté atención al hombre que acababa de cruzar la calle y estaba en el bordillo, justo delante de mí. Apenas vi el destello de un abrigo negro y una bufanda a rayas. Tuve tiempo de pensar «¡mierda, es él!», justo antes de dar otro paso y resbalar también con el otro pie.

El encontronazo fue suficientemente fuerte como para hacer que me chocaran las mandíbulas. Me mordí la lengua, que quedó atrapada entre mis dientes, y sentí el sabor de la sangre. Miré hacia el rostro de Johnny. Aquellos ojos castaños verdosos estaban tan cerca que podía contarle las pestañas. Tenía un lunar en la comisura de un ojo en el que no me había fijado hasta entonces. Me agarró por los brazos.

Sentí el olor a naranjas.

Me estaba cayendo.

Capítulo 5

–¡Eh, guapa!

El hombre que tenía delante de mí me agarró de la parte superior de los brazos para impedir que continuara cayendo. Yo acababa de tropezar con una baldosa suelta de la acera. Me le quedé mirando fijamente, pensando que allí pasaba algo extraño.

E inmediatamente supe lo que era.

¡Dios santo! Estábamos en verano. Y el hombre que tenía delante de mí era Johnny. Y estaba... mucho más joven.

–¿Estás bien? ¿Tienes un mal viaje o algo parecido? –se echó a reír y se apartó el pelo de los ojos con un movimiento de cabeza.

El momento en el que Dorothy sale de su casa en blanco y negro para salir a la gloria del color de Munchkinland es uno de los más geniales de la historia del cine. En aquel momento, yo era Dorothy, con los ojos abiertos como platos y las piernas temblorosas. Miré a mi alrededor buscando los cambios que había sufrido mi mundo e incliné la cabeza instintivamente, por si acaso hubiera una casa a punto de caer sobre mí. Si Johnny no me hubiera sujetado, habría terminado en el suelo.

–Tranquila, hermanita –me dijo con amabilidad, y me condujo hacia las escaleras de su casa, donde me ayudó a sentarme en el suelo y se sentó a mi lado, dándome la mano.

Los colores eran muy intensos. Oía música, el firme retumbar de una canción de música disco que mi madre solía cantarme cuando era niña. Una mujer con pantalones cortos y camiseta de escote amplio pasó delante de nosotros, salvando sin esfuerzo la baldosa con la que yo había tropezado. Su melena volaba tras ella como una ola resplandeciente.

Un camión de la basura se abría paso en una calle estrecha llena

de coches aparcados, todos ellos en tonos castaños y marrones. En uno de los costados del camión aparecía el logo de los Servicios Municipales de la Ciudad de Nueva York. Tragué al sentir de pronto la boca llena de saliva. Siseé suavemente y cambié de postura.

–Relájate –volvió a decirme Johnny, intentando tranquilizarme.

Ya no olía a naranjas. Sentía el olor de los tubos de escape de los coches y un olor tenue a basura, probablemente procedente del callejón que había al lado de la casa, o de los contenedores alineados en la acera. Olía al cemento bañado por el sol. Y olía a Johnny.

Sin pensar en lo que hacía, me incliné hacia él y aspiré profundamente su cuello. El contacto con su pelo me hizo cosquillas en las mejillas. Olía como un hombre debería oler siempre, no a colonia, sino a limpio, a un ligero sudor de verano y a aire fresco. Olía mucho mejor de lo que había imaginado, y eso que había imaginado que olía condenadamente bien.

–¡Eh! –dijo Johnny suavemente.

Parpadeando, me aparté. El calor que sentía en el cuello y las mejillas no tenía nada que ver con el sol de verano, que caía a plomo a nuestro alrededor. Acababa de olfatear a Johnny como un perro husmeando una boca de incendios. Durante mis fugas, sucedían muchas cosas que no ocurrían nunca en la vida real. Me comportaba como no lo habría hecho nunca mientras era consciente y nunca sentía tanta vergüenza como la que estaba sintiendo en aquel momento.

–Lo siento –conseguí decir.

Intenté apartarme, pero Johnny me sujetaba la mano, anclándome al escalón en el que estábamos sentados.

–No tienes por qué. ¿Cómo te llamas?

Era incluso más guapo que como aparecía en las fotografías. No era justo comparar a aquella versión joven de Johnny con el Johnny real, pero no pude evitarlo. Aquel Johnny joven me sonreía, mientras que el otro no lo habría hecho jamás. Incluyó la cabeza ligeramente y me miró a través de sus sedosos mechones.

–Porque tienes un nombre, ¿verdad?

–Emm –le dije–. Me llamo Emm.

–Yo soy Johnny.

Alzó nuestras manos y las sacudió suavemente antes de dejarlas caer, aquella vez sobre su muslo.

Sentí su piel en el dorso de la mano y volví a estremecerme. Parpadeé y respiré. Aquello era una fuga. Estaba imaginando todo lo que ocurría. En algún otro lugar, yo había perdido la conciencia.

–¡Ah! –aquella exclamación fue apenas un gemido. Cerré los ojos–. Johnny.

Yo había conocido al Johnny del invierno, al del abrigo negro. Aquel con el que me había tropezado y delante del cual debía de estar haciendo el ridículo.

–Sí, ese soy yo –cambió ligeramente de postura y nuestros muslos se rozaron–. No te conozco, pero tú parece conocerme. ¿Cómo es eso?

Aquello era una fuga, me recordé a mí misma. No era real. Pero por mucho que lo intentara, no podía sentir nada, salvo lo que estaba viviendo en aquel momento. En aquel lugar. Solo podía pensar en el hombre que tenía delante de mí. No vislumbraba siquiera ninguna otra realidad, aunque sabía que tenía que estar allí, delante de mí, y podría volver a ella si mi cerebro me liberaba durante el tiempo suficiente como para permitirme recuperarla.

Pero yo todavía no quería volver, comprendí al ver a Johnny sonreír. Aquella sonrisa era para mí. Y también la mirada de admiración con la que me recorrió. Detuvo incluso la mirada en mis senos durante un instante antes de concentrarse en mi boca y humedecerse los labios.

Cuando volvió a mirarme a los ojos, yo sentí que me hundía en los suyos.

–No hablas mucho, ¿eh?

–Yo solo... Esto es un poco... –no podía explicarlo.

Se echó a reír y me acarició el dorso de la mano con el dedo pulgar.

–Supongo que te has metido algo fuerte. Pero deberías tener más cuidado. Este no es muy buen barrio. Bueno, yo vivo aquí y todo eso, pero tú no. No te había visto antes por aquí. ¿Eres nueva o estás de

visita?

–Solo estaba dando un paseo –no era mentira.

–¿Quieres pasar a mi casa? Han venido algunos amigos. Estamos de fiesta. ¡Vamos! –me animó Johnny, como si necesitara que me convenciera–. Te lo pasarás muy bien, te lo prometo...

Se levantó y tiró de mí para que me pusiera de pie. La tierra no se movió bajo mis pies. Y yo no comencé a dar vueltas. Y con Johnny agarrando mi mano, no pensaba ir a ninguna parte, salvo a donde él me llevara.

La casa que Johnny tenía en el Nueva York de los setenta era una casa de ladrillo muy parecida a la que tenía en Harrisburg. Tendría que ser más nueva, pero por fuera no era tan bonita como la otra. Dejé escapar un pequeño murmullo de sorpresa al entrar en el vestíbulo. Teníamos frente a nosotros unas escaleras que conducían al piso de arriba, un pasillo estrecho y largo por el que se accedía a la cocina y una puerta con forma de arco que daba directamente al salón. Del arco de la puerta colgaba una cortina de cuentas.

Oí música, más alta allí, que llegaba desde la cocina. Se oían también voces. Y olía a marihuana.

–Vamos, pasa.

Johnny entrelazó los dedos con los míos y tiró de mí para llevarme a la cocina, donde había un grupo de hombres y mujeres sentados alrededor de una mesa de madera o apoyados contra el mostrador, contemplando todos ellos a un hombre que estaba cocinando.

–¿Tienes hambre? Candy está cocinando.

Al oír su nombre, el hombre que estaba en la cocina se volvió y me dirigió una sonrisa radiante, mostrando unos dientes completamente blancos. Incluyó la cabeza, cubierta de rizos, con la elegancia de un rey y blandió la cuchara como si fuera un cetro.

–Bienvenida, hermana. Si tienes hambre, tenemos suficiente comida.

Tenía hambre, un hambre intensa. Me sonó el estómago. Nunca había tenido tanta hambre en una fuga. Sí, había comido y bebido, pero no por necesidad. Posé la mano libre, la mano con la que no me

estaba agarrando a Johnny, sobre mi estómago.

Mi ropa no había cambiado. Bajé la mirada al sentir el tacto familiar en las yemas de los dedos. Llevaba el abrigo de invierno, aunque se había desabrochado. No era extraño que tuviera tanto calor en la calle. Ni que todo el mundo me mirara de forma tan rara.

–Puedes quitarte el abrigo –me ofreció Johnny.

Asentí y dejé que me ayudara a quitármelo. Por fuerte que pudiera ser la libido de una mujer, Johnny continuaba siendo un caballero. Colgó el abrigo en un perchero que había en la puerta y posó la mano en mi espalda mientras yo permanecía bajo el escrutinio de todos los reunidos en la cocina.

–Esta es Emm –me presentó Johnny, como si llevara constantemente desconocidos a su casa. Cosa que, probablemente, hacía–. Estos son Wanda, Paul, Ed, Bellina y Candy. ¡A saludar todo el mundo!

Lo hicieron a coro mientras yo les miraba fijamente e intentaba mantener la boca cerrada. No reconocí a Wanda, ni tampoco su nombre, pero Bellina Cassidy era una dramaturga. Sus obras habían sido representadas en Broadway con repartos compuestos por los nombres más importantes del mundo del teatro. Edgar D’Onofrio era un celebrado poeta que se había suicidado en algún momento de los setenta. Paul era, probablemente, Paul Smith, fotógrafo y cineasta que había dirigido algunas de las primeras películas de Johnny. Y Candy..

–¿Candy Applegate?

Candy me miró con una sonrisa.

–Ese soy yo.

–Tienes un restaurante –dije–. Y un programa de cocina en televisión.

La habitación estalló en carcajadas. Estaba en medio de El enclave. Me humedecí los labios y sentí el sabor del sudor.

–No, muchacha, ese no soy yo –Candy sacudió la cabeza y hundió de nuevo la cuchara en lo que quiera que estuviera hirviendo a fuego lento en la cocina–. Debe de ser otro Candy.

–No, eres tú –repliqué.

Pero cerré la boca antes de decir nada más.

Las fugas nunca eran como los sueños, sobre los que uno podía tener algún control. Yo nunca había sido capaz de determinar lo que iba a pasar cuando estaba en uno de esos episodios. A veces eran más escalofriantes que cualquier pesadilla. Otras veces, como en aquel momento, me bastaba con recordar que no era real y que no podía hacer nada al respecto. Podía decirles que sabía lo que ocurriría en el futuro, pero eso solo serviría para que creyeran que estaba más loca todavía.

De hecho, Johnny me estaba mirando con particular atención.

–Dale algo de comer, Candy.

–Le daré algo de comer –respondió Candy.

Y así fue. Candy colocó en la mesa un magnífico guiso especiado y sin carne. Lo comimos sobre un perfumado arroz y empapamos la salsa en pedazos de pan hecho en casa. Tenía que detenerme para saborearlo todo dos veces, no porque estuviera demasiado hambrienta, sino por lo bien que sabía.

Todos comimos mucho. Riendo y bromeando. Hablando de políticos, de arte y de música y cosas de las que yo había oído hablar en las clases de Historia o en emisoras de rock clásico. Dejaban caer algunos nombres con toda naturalidad, Jagger, Bowie, Lennon... Metían los dedos en la olla comunal y comían con las manos. Me pasaron una pipa sin decirme lo que era y yo fumé porque, al fin y al cabo, nada de aquello era real.

Johnny, sentado frente a mí, me observaba en todo momento. Yo también le miraba. No tenía que preguntarle en qué año estábamos. Por la largura de su pelo, sabía que aquel Johnny tenía unos veinticuatro años. Eso significaba que yo tenía siete años más que él, pero no parecía importarle.

Definitivamente, a mí no me importaba.

Comimos, hablamos y nos reímos. Alguien llevó una guitarra y comenzó a tocar. Yo me sorprendí al darme cuenta de que me sabía la letra de aquella canción. Era una canción sobre flores y soldados y se preguntaba adónde habían ido. Después cantaron *Puff the Magic Dragon*. Yo no sabía que esa canción hacía referencia a la marihuana.

En medio de todo aquello, fuimos cambiando el lugar que ocupábamos en la mesa. Yo terminé al lado de Johnny, en vez de frente a él. Nuestros muslos se rozaban. Y también se rozaban nuestros hombros cuando se inclinaba para tomar un trozo del pan de Candy o para llenarme el vaso del vino tinto y sabroso que yo evitaba en la vida real.

Johnny volvió la cara y sonrió. Yo le besé. Fue un mero roce de labios que me permitió sentir su respiración suave y cálida contra mí. Él sonrió, alzó la mano y la posó en mi nuca, debajo de mi melena.

Nadie lo notó, o a nadie le importó. Creo que, para ese momento, ya estaban todos drogados o bebidos. Ed se había quedado dormido, apoyaba la cabeza en la mesa y roncaba suavemente. Johnny me apretó la mano por debajo de la mesa.

–Llévame a otro sitio –le susurré al oído.

Me miró a los ojos con curiosidad. Después, asintió. Me agarró de la mano y me apartó de la mesa. No nos despedimos de nadie, y yo no miré hacia atrás. Comenzamos a subir por las escaleras agarrados de la mano. Yo posé la otra mano en la barandilla y miré hacia abajo. Después, miré hacia el piso de arriba. Atrapada entre ambos, adormecida por la comida y por lo que quiera que contuviera aquella pipa, seguí a Johnny.

Al final de las escaleras, le besé. Le presioné contra la pared y coloqué la rodilla entre sus piernas, contra su sexo. La hebilla de su pantalón, enorme y de metal, me presionaba el vientre a través de la falda. Deslicé las manos por su pecho, sobre la tela resbaladiza de su camisa, una tela de feo diseño, y le besé. Fue un beso largo, duro, lento y profundo.

Cuando retrocedí, Johnny me miró con curiosidad.

–¿Quién eres?

–Emm.

No arrastraba las palabras, pero, definitivamente, mi voz sonaba más ronca de lo normal. Me humedecí los labios con la lengua y descubrí en ellos el sabor de sus labios.

–Emm –repitió Johnny, como si estuviera considerando algo importante–. Ese es tu nombre, ¿pero quién eres?

–Nadie –le contesté.

Nuestros cuerpos se presionaban. Johnny posaba las manos en mis caderas. Desde el piso de abajo nos llegaba el burbujeo de las risas y la música. Y el olor característico de la marihuana. En el piso de arriba todo estaba en silencio.

Llevaba demasiado tiempo en aquella fuga. En cualquier momento comenzarían a perder fuerza las alucinaciones y me despertaría. A lo mejor, simplemente, tras haber parpadeado varias veces. O quizá de rodillas, o, peor aún, con el rostro en el suelo. O, a lo mejor, no me despertaba en absoluto.

La primera puerta del pasillo, situada justo a la izquierda de Johnny, estaba suficientemente abierta como para permitirme ver que era un dormitorio. Agarré a Johnny de la mano y le conduje hacia él. Cruzamos la puerta para llegar hasta la cama, una cama perfectamente hecha con una colcha de color naranja. Mi abuela solía tener colchas de ese tipo. Me senté en la cama y abrí las piernas. La falda, demasiado larga para aquella época, se hundió entre mis muslos y yo fui subiéndola centímetro a centímetro y observando a Johnny mientras él me miraba.

Me subí la falda por encima de los restos de mis medias destrozadas y le hice un gesto con el dedo para pedirle que se acercara.

–Ven aquí.

Johnny, sonriendo, estaba ya desabrochándose la camisa. La arrojó al suelo y se acercó lentamente hasta mí. Nuestras bocas se encontraron. Me acarició la lengua con la suya. Le hice colocarse contra mi sexo y abrí las piernas todavía más para ayudarle a acomodarse. Comencé a trazar círculos con los dedos en su espalda desnuda.

Después le tumbé de espaldas y me senté a horcajadas sobre él. Metí los pulgares en mis medias y las desgarré para evitar que hubiera una barrera entre nosotros, pero los vaqueros estaban todavía allí.

–Pene bloqueado –musité, y comencé a bajarle la cremallera.

–¿Qué?

Johnny se echó a reír y posó la mano sobre la mía para ayudarme.

–Los vaqueros. Están bloqueándome el acceso a ti. Quítatelos.

Johnny volvió a reír y a mí me entraron ganas de devorar aquella risa. De devorar su boca. De devorarlo entero. Me incliné para besarle, dejando que la melena cayera a nuestro alrededor y cuando Johnny estuvo desnudo debajo de mí, estando yo todavía vestida, cubrí su cuerpo de besos.

Johnny no protestó cuando le mordisqueé, y tampoco cuando le lamí. No protestó cuando me levanté la falda y aparté la parte inferior de las bragas para poder deslizarme sobre él. Y no protestó tampoco cuando comencé a moverme. Los dos estábamos plenamente concentrados en el sexo, no hablábamos, ni siquiera nos besábamos, y el placer fue creciendo y creciendo hasta explotar sobre ambos.

Johnny solo protestó cuando me levanté, pero para entonces ya era demasiado tarde. Los contornos de aquella realidad comenzaban a hacerse borrosos. Estremecida con las secuelas del orgasmo, le besé. La falda comenzó a caer sobre mis rodillas. Johnny me agarró la mano y musitó un sonido de queja, pero yo le aparté delicadamente los dedos y retrocedí hasta la puerta, que cerré tras de mí.

Después, me desperté.

Capítulo 6

Me dolían las rodillas. Me palpitaban y me escocían. Salía sangre de algunos arañazos. Tenía las medias destrozadas, pero por culpa de la acera, no porque las hubiera desgarrado para poder acceder al cuerpo desnudo de Johnny.

Johnny me agarraba sujetándome por el codo con una mano y posando la otra en mi cadera.

–¿Estás bien?

Parpadeé rápidamente, intentando colocarme en mi lugar. Sabía dónde estaba. Sabía quién era. Y, lo más importante, sabía en qué época estaba.

–Sí, estoy bien. Me he resbalado en el hielo, ¿te he hecho daño?

Mi despreocupada explicación no parecía estar siendo muy convincente. ¿Cuánto tiempo habría durado aquel ataque? No había mirado el reloj antes de la fuga.

–Deberías tener más cuidado –me advirtió Johnny.

Todavía podía sentir su sabor. Tragué saliva, intentando olvidar el sabor de sus labios y su piel. Estábamos demasiado cerca para ser unos desconocidos, que era lo que realmente éramos. Johnny me soltó la cadera, pero continuó posando la mano en mi codo, y yo se lo agradecí, porque las piernas habían comenzado a temblarme.

–Tienes un aspecto pésimo. Será mejor que pases a mi casa –me dijo con un marcado acento neoyorquino.

Si hubiera oído a cualquier otra persona hablando con ese acento, me habría echado a reír, pero tratándose de Johnny, lo que hice fue salivar. No pude decir nada. Dejé que me condujera hacia el edificio de ladrillo y me metí en casa de Johnny.

Era una casa preciosa. Por supuesto, no esperaba menos.

Permanecí de pie sobre el suelo de madera, con las medias

destrozadas y el borde del abrigo goteando. No me había fijado antes en que estaba mojado. Bajé la mirada hacia mis pies y hacia el charco de agua fría que los rodeaba y después la alcé hacia él.

–¡Oh, lo siento!

Johnny, que acababa de colgar el abrigo y la bufanda en un perchero de bronce que había justo al lado de la puerta, se volvió y me recorrió de arriba abajo con una mirada que me dejó sintiéndome completamente fuera de lugar.

–Deberías pasar a la cocina a tomar algo. Pareces a punto de desmayarte.

Me sentía pálida y temblorosa. Desde luego, me sentía tan mal como él acababa de decir.

–Gracias.

–Vamos –me hizo un gesto para invitarme a cruzar por el pasillo y después me siguió–. Te prepararé una taza de té, a no ser que prefieras algo más fuerte.

–Un té, gracias.

Me senté en la silla que me señaló, en una mesa que no podía ser la misma que mi cerebro había creado, por mucho que se pareciera a la que había visto en mi fuga.

A veces, no siempre, salía de las fugas en aquel estado, desorientada y un poco mareada. Normalmente, el malestar se pasaba rápido. Aquel día, sin embargo, tuve que respirar muy despacio para evitar que se me revolviera el estómago y la bilis me subiera a la garganta.

Johnny se movía en silencio alrededor de la cocina. Llenó la tetera y la puso sobre uno de los quemadores. El quemador siseó y chisporroteó sin encenderse, hasta que Johnny lo manipuló y la llama se alzó casi por encima de la tetera.

–Maldita sea –dijo John, pero no a mí.

Había soltado lo primero que se le había ocurrido, había dicho Jen. Yo me había reído de ella, pero en aquel momento la comprendí. Tuve que apretar la mandíbula para no comenzar a soltar los absurdos pensamientos que cruzaban mi mente en aquel momento, y, aun así, no pude contenerme del todo.

–Tienes una casa preciosa.

Johnny gruñó mientras sacaba un par de tazas de un armario y las dejaba sobre el mostrador. Abrió una lata de té y llenó un filtro redondo de hojas de té. De otro armario sacó una tetera metálica.

–Has hecho un gran trabajo con ella –continué diciendo.

Mi padre solía decir que solo un tonto habla para llenar el silencio. No creo que mi padre se hubiera sentido muy orgulloso de mí si me hubiera visto en aquel momento. Y tampoco Johnny parecía muy impresionado.

–¿Cuánto hace que vives aquí? –le pregunté.

–Quince años –contestó Johnny después de echar el agua hirviendo en la tetera de cerámica y de llevarla a la mesa.

La cubrió con una funda de lana y colocó un par de tazas a su lado. Hizo un viaje a la nevera y sacó la leche y la crema.

Johnny me estaba preparando un té. Aquello me resultaba más surrealista y difícil de creer que la posibilidad de encontrarme a finales de los setenta. Permanecí sentada con las manos cruzadas en el regazo mientras él se sentaba frente a mí y servía el té. Añadió tres cucharadas de azúcar y un generoso chorro de leche y crema y me los tendió. Rodeé la taza con las manos, pero no me atreví a probarlo por miedo a derramarlo.

–Es bonita. La casa, quiero decir.

Johnny me miró.

–Tómate el té.

Soplé para enfriarlo y bebí. Estaba perfecto, exactamente, tal y como yo me lo habría preparado. Me asentó el estómago. Que, entonces, comenzó a sonarme.

Johnny no había tomado nada. Se levantó, fue al mostrador, sacó un paquete de galletas de una caja y las puso también en la mesa.

–Necesitas más azúcar.

–Estoy bien, de verdad.

Sacó una galleta y me la tendió.

–Cómetela.

Si me lo hubiera dicho con una sonrisa, intentando convencerme, me la habría comido. Era mi galleta favorita, tenía hambre y

necesitaba azúcar. Pero hubo algo en su tono y en su mirada que me puso de mal humor.

–No, gracias.

Johnny se encogió de hombros y agarró una galleta del paquete. La sostuvo entre el pulgar y el índice y la giró como si fuera un mago a punto de hacer un truco con una moneda. La estudió con atención y me miró. La galleta se desmigajó cuando la mordió y cuando Johnny se lamió los labios para recoger las migas, tuve que concentrarme en la taza de té y en mis manos. La superficie del líquido se movió, al igual que ocurría con el agua que temblaba en el vaso en *Parque Jurásico*, anunciando la presencia del tiranosaurio rex. Y estaba bastante segura de que por allí no había ningún dinosaurio.

–Tú misma.

Era una estupidez no comérsela, así que me la comí al cabo de un minuto. La dulzura explotó en mi lengua y aunque a lo mejor fue por el efecto placebo, el estómago se me serenó inmediatamente y la cabeza dejó de darme vueltas. Lamí el chocolate de mis dedos y bebí un largo sorbo de té.

La fuga estaba alejándose, el recuerdo del sabor de Johnny fue sustituido por el del té y el chocolate. No quería dejar que las sensaciones se desvanecieran, pero iban escurriéndose de entre mis dedos como un puñado de espaguetis que era imposible retener. Suspiré y agarré otra galleta cuando empujó el paquete hacia mí.

–No están muy buenas.

No lo dijo en tono de disculpa, sino como si fuera un hecho.

–Las caseras son mejores.

–Los productos caseros siempre son mejores –me mostré de acuerdo–. Pero supongo que hay que conformarse con lo que se tiene, ¿verdad?

–Sí.

Ni siquiera esbozó una sonrisa. Se reclinó en la silla con mirada insondable y la boca tensa sin insinuar siquiera un inicio de sonrisa.

–Parece que estás recuperando el color.

–Me encuentro mucho mejor, gracias. Esto era justo lo que necesitaba.

Alcé la taza y señalé las galletas, rezando para no haberme manchado ni los labios ni los dientes de chocolate.

–Sí, lo sé. ¿Te encuentras mejor?

Asentí.

–Sí, gracias. Muchas gracias.

Johnny dirigió una mirada en absoluto sutil hacia el reloj de la pared.

–¿Vives aquí en el barrio?

–Sí, me he mudado hace unos meses. Vivo al final de la calle –añadí–, en el número cuarenta y tres.

Estaba soltando lo primero que se me pasaba por la cabeza. Estaba a punto de caer presa de aquel defecto. Afortunadamente, Johnny me interrumpió antes de que hubiera podido decir algo realmente embarazoso, como una oferta para llevármelo a casa y hacer el amor con él hasta que ambos viéramos las estrellas. Desgraciadamente, también se levantó de una manera que dejaba muy claro que se suponía que debía marcharme. Salí de la cocina y me detuve en el porche.

–Gracias, Johnny.

En aquel momento, me besaría. O yo le besaría a él. Me presionaría contra la pared y metería la mano bajo la falda. Haríamos el amor allí mismo, en la escalera.

–Ahora ten más cuidado ahí fuera –me aconsejó Johnny y me cerró la puerta en la cara.

Ni siquiera me había preguntado mi nombre.

–No es posible –Jen parecía horrorizada y fascinada al mismo tiempo–. ¿Te ha llevado a su casa? ¿Y te ha dado una galleta? Maldita sea, ¿y te ha pedido que te sentaras en su regazo?

–No, claro que no. Es una pena.

–Desde luego –sacudió la cabeza y me mostró una de las faldas del expositor–. ¿Qué te parece esta?

–Terriblemente fea –señalé la tela, una mezcla de poliéster en tonos naranjas y verdes–. Pero me encanta.

–Sí, ¿verdad? ¿Y este? –me mostró un vestido confeccionado de

manera que pareciera una falda y una camisa, aunque estaba hecho de una sola pieza-. Tiene un cinturón a juego.

-Y está a mitad de precio -comenté mientras miraba la etiqueta.

Los miércoles reducían los precios en la tienda de segunda mano del Ejército de Salvación. Jen y yo habíamos convertido aquel día en una cita semanal.

-¿Pero cuándo te lo pondrías?

-Para ir al trabajo, por ejemplo. Con un par de botas preciosas. Y a lo mejor le subo un poco el dobladillo a la falda. Las mangas me encantan.

Las mangas eran increíbles, abombadas y con los puños ajustados en las muñecas. Era un vestido que yo no me pondría, pero a Jen le quedaría muy bien.

-Es muy artístico.

-¿Tú crees? -lo sostuvo contra ella otra vez-. Sí, supongo que sí.

Lo metió en el carro y continuamos avanzando lentamente por el pasillo. Los miércoles, la tienda del Ejército de Salvación estaba tan abarrotada de clientes que era casi imposible moverse con un carrito a no ser que las dos lo maniobráramos. Saqué un vestido negro con escote de barco y falda acampanada. También llevaba un broche brillante. Lo metí en el carrito, aunque sabía que no encontraría ocasión para ponerme un vestido como aquel. Pero, por cinco dólares y a mitad de precio, no pude resistirme.

-Es muy bonito -comentó Jen-. Pero háblame más de Johnny. ¿Cómo es su casa? ¿Intentó seducirte?

-La casa es preciosa y, por supuesto que no. Al contrario, parecía estar deseando que me marchara.

-¡Qué mal rollo! -Jen sacó un vestido azul sin mangas-. El color es genial.

-Sí. Supongo que es normal, al fin y al cabo, estuve a punto de caer encima de él como una imbécil.

Jen se echó a reír.

-Pero conseguiste no preguntarle que si podía morderle su épico trasero, ¿verdad?

-Sí, por lo menos me controlé. ¡Eh, voy hacia la zona de las

camisas!

No podía continuar mirando vestidos. Terminaría gastándome veinte dólares en ropas elegantes de estilo vintage que jamás me pondría.

Yo tengo una teoría sobre las compras de segunda mano. He pasado horas yendo de una tienda a otra buscando algo concreto, y, por alguna razón, nunca sales con las manos vacías. Por algún motivo, cuando entro en una tienda de segunda mano, sea lo que sea lo que busco, lo encuentro. Cuando quise un jersey de terciopelo de color esmeralda, una prenda que estaba fuera de temporada y en un color que no estaba de moda, encontré uno perfecto en el Ejército de Salvación. Cuando busqué una cazadora vaquera para sustituir a otra que me había dejado en un hotel, pude elegir entre más de diez en el mercadillo del sótano de la parroquia. Creo que es porque hay un nivel de conciencia mayor, o a lo mejor es una cuestión de percepción, que permite que tus ojos se abran en el momento indicado para ver cosas en las que anteriormente no te habías fijado.

Como en la camiseta que tenía en aquel momento en la mano. Una camiseta de color blanco envejecida por cientos de lavados. La había sacado del exhibidor por la suavidad de la tela, aunque no estaba buscando una camiseta, pero lo que me hizo retenerla fue el motivo de la parte delantera.

Era el cartel de una de las películas de Johnny. *Bailando con el demonio*, se titulaba, y había sido filmada en italiano. Reconocí el cartel por la búsqueda que había hecho por Internet. Johnny aparecía en una motocicleta, con una cazadora de cuero, un cigarro en la boca y la melena al viento. Muy al estilo James Dean. Muy sexy.

La etiqueta marcaba un dólar que, con el precio reducido, se convertía en cincuenta centavos. Sería una forma de compensar el precio desorbitado que había pagado por el DVD, pero, aun así, vacilé sin saber si debía dejar de nuevo la camiseta en la percha y alejarme de allí o agarrarla con las dos manos y correr hasta la caja registradora derrumbando a cuantos se interpusieran en mi camino.

¿Percepción o conciencia aguzada? ¿Qué me había hecho encontrar aquella camiseta justo en aquel momento? Si la hubiera

visto varias semanas atrás, la habría dejado de lado y me habría quedado con la blusa que había justo detrás. La camiseta se arrugó entre mis dedos cuando la agarré.

El mundo pareció inclinarse bajo mis pies.

–¡Eh! ¿Qué has encontrado? –Jen miró por encima de mi hombro.

El mundo se detuvo. Ningún olor a naranjas, ni líneas ondulantes en mi línea de visión. Ni fugas. Solté el aire que estaba conteniendo y le mostré la camiseta.

Abrió los ojos como platos.

–¡No me fastidies! ¿Es el cartel de *Bailando con el diablo*? ¿En una camiseta?

–¡Sí! –miró la camiseta.

–Muchacha –dijo Jen muy seria–. No sé de dónde viene tu conexión con Johnny, pero, maldita sea. Esa camiseta parece auténtica. Quiero decir, no es como esas que se hacían en casa pegando una fotografía con la plancha. Nunca las he visto anunciadas en ningún lugar. Déjame ver la etiqueta...

Se la enseñé. Resopló y me la devolvió.

–La etiqueta también parece antigua. Creo que es una camiseta original de cuando promocionaron la película.

–Podría ser –sostuve la camiseta con las dos manos contra mi pecho–. Me la voy a comprar.

–Claro que te la vas a comprar. Más te vale. Probablemente esa camiseta valga un buen dinero –Jen asintió–. Pero supongo que no piensas venderla. Seguro que te la pones para irte a la cama.

Me eché a reír.

–Probablemente. Sí, definitivamente, creo que la utilizaré como pijama.

–Johnny sobre tus tetas –dijo con aire soñador–. No te puedo culpar por hacer algo así.

Después de aquel hallazgo, ya no había nada que pudiera igualarlo. Pagamos nuestras compras y nos dirigimos hacia el aparcamiento. Había caído la noche y el aire olía a nieve. Jen estaba diciendo algo sobre salir, quería que quedáramos el fin de semana para hacer algo, pero yo no podía concentrarme en lo que decía.

Sentía en la muñeca el peso de la bolsa de plástico en la que guardaba la camiseta, pero aquella sensación no tenía nada que ver con el peso real.

Jen se despidió de mí con la mano y se montó en su coche. Yo me monté en el mío. Respiré una bocanada de aire glacial para asegurarme de que no detectaba en él el olor de las naranjas, y sí, solo percibí el olor de las patatas fritas de la bolsa que llevaba en el asiento de atrás. Y nada enturbiaba mi visión, salvo la humedad que empañaba el parabrisas.

Para cuando llegué a casa, los dedos me dolían por la fuerza con la que me había aferrado al volante. También me dolía la cabeza por haber tenido que ir concentrada en la carretera. Para variar, el espacio para aparcar que había delante de mi casa estaba vacío. Lo ocupé, a pesar de que habría preferido aparcar delante de casa de Johnny.

Una vez en casa, eché todo lo que había comprado al cesto de la ropa sucia y separé las prendas que habría que lavar en seco. Sostuve la camiseta entre las manos durante mucho más tiempo del que habría sido necesario. La camiseta había sido lavada con anterioridad, de eso estaba segura, pero la fotografía no había perdido color. Probablemente era una impresión a prueba de lavadoras, pero, aun así, saqué un balde de debajo del fregadero, eché jabón para prendas delicadas, metí la camiseta en agua fría y la lavé con delicadeza antes de colgarla para que se secase.

Demasiado esfuerzo y cuidados para una camiseta, pensé. Todavía no era el momento de hacer la colada, así que me puse a comer algo. Cada vez que pasaba por la puerta de la cocina, podía ver la camiseta secándose, y no dejé de mirarla ni una sola vez.

Soñé con Johnny aquella noche, pero fueron sueños normales. Inconexos, confusos, con lagunas y saltos que no eran habituales en las fugas. Además, no sabía que estaba soñando, ni siquiera cuando me besó. Ni cuando me dijo que me perdiera. Después, Johnny fue desapareciendo gradualmente y fue sustituido en el sueño por un actor cuyo nombre desconozco, pero que salía en el último anuncio que había visto justo antes de acostarme.

Me desperté en medio de la oscuridad, inquieta y desvelada, y me

dirigí al cuarto de la colada, donde encontré la camiseta seca, un poco tibia y oliendo a limpio. Me la llevé a la cama y la sostuve con la misma fuerza con la que años atrás me aferraba a la mantita con la que dormía. Si volví a soñar, no lo recordé.

Capítulo 7

A la mañana siguiente no coincidí con Jen en el Mocha, aunque la cafetería estaba a rebosar incluso sin ella. Disponía solo de unos minutos para ir a buscar una magdalena y un café antes de ir a trabajar, e incluso reconsideré si debía parar cuando vi lo larga que era la cola. Para cuando decidí que corría el riesgo de llegar tarde al trabajo, estaba prácticamente en la cabecera de la cola. Así que crucé los dedos y recé para no encontrarme con mucho tráfico aquella mañana.

Y también pensé en él, por supuesto. Johnny se había infiltrado completamente en mi cerebro. De modo que cuando me volví con el café en una mano, la magdalena en la otra y las llaves tintineando, tuve que parpadear un par de veces antes de permitirme creer que estaba realmente allí. Johnny se había detenido al lado de los periódicos para echar un vistazo a un ejemplar del *New York Times* que se metió bajo el brazo justo en el momento en el que pasé por delante de él.

–¡Hola! –le saludé.

No estaba segura de lo que esperaba, pero, desde luego, era algo completamente distinto de aquella mirada de indiferencia y aquel manifiesto desaire. Johnny ni siquiera tuvo la deferencia de reconocermme con un asentimiento de cabeza. Pasó por delante de mí para pagar el periódico, dejándome detrás con el rostro virtualmente abofeteado.

Mi tristeza debió ser tan notoria como un anuncio de neón, porque Carlos me dirigió una compasiva mirada desde detrás de su portátil. Aquel día había llegado temprano.

–¡Eh, no te preocupes por eso! –me consoló con voz queda cuando Johnny cruzó entre los clientes y salió de la cafetería con el abrigo

ondeando alrededor de sus tobillos—. Es así con casi todo el mundo. No le gusta que lo adulen.

—Yo no le estaba adulando —fruncí el ceño mientras observaba a Johnny a través del cristal—. Solo estaba siendo amable.

Carlos se encogió de hombros.

—Solo era un comentario. De vez en cuando aparecen por aquí admiradoras bastante chifladas. Supongo que prefiere ser prudente.

—Yo no soy una admiradora chiflada —repliqué muy tensa.

Carlos arqueó las cejas y sonrió.

—¿Ah, no? Pues Jen y tú le miráis como si quisierais que el Mocha le incluyera en el menú.

Sentí un calor intenso en las mejillas.

—¡Dios mío! ¿Es tan evidente?

—No, qué va. No creo que él lo haya notado, si es eso lo que te preocupa. Simplemente, es un poco desconfiado. He visto a algunas fans que prácticamente le han roto la camiseta y han intentado acostarse con él aquí mismo —Carlos sacudió la cabeza, como si no pudiera decidir si la idea le excitaba o le inquietaba—. Mujeres mayores, Emm, como de más de cincuenta años. Comparada con ellas, eres una admiradora mucho más joven y atractiva.

—Vaya, gracias.

Ya no se veía siquiera una insinuación del abrigo de Johnny. Bebí un sorbo de café y miré a Carlos.

—Jen dice que es amable contigo.

—A lo mejor porque sabe que no quiero acostarme con él. O, incluso en el caso de que quisiera, no es lo mismo que estar enamorado de él por lo que hizo en el pasado.

—¿Por qué no?

Yo sabía que Johnny había tenido una vida sexual muy activa en el pasado. Nunca había dicho que fuera homosexual o bisexual. En más de una entrevista se había definido como un hombre heterosexual, pero de mente abierta.

—¿Quién sabe? A lo mejor los tíos no le parecemos tan amenazadores en general. A lo mejor resulta más fácil desalentarnos. O, a lo mejor, ese día estaba de buen humor. No lo sé.

El análisis de Carlos, por muy cerca que estuviera de la verdad, dolía.

–Yo nunca he dicho que estuviera enamorada de él. Además, la semana pasada me choqué con él en la calle y me invitó a pasar a su casa para tomar un té.

–¿Un té? ¡Estás de broma! –Carlos sacudió la mano con un gesto de burla.

–En serio.

No había agarrado una servilleta de papel para protegerme la mano y la taza estaba comenzando a quemar. La cambié de mano y estuve a punto de destrozar la magdalena en el proceso.

–Estuve en su cocina tomándome un té y hoy ni siquiera me saluda. A mí me parece, bueno, un cretino.

Carlos se encogió de hombros y volvió a concentrarse en su ordenador.

–El hombre tiene sus cosas, ¿qué puedo decirte yo? Pero si eso te sirve para sentirte mejor, no es así solamente contigo.

Eso me hizo sentirme peor. Yo no quería que Johnny me tratara como trataba a todo el mundo. Yo quería ser especial.

–¡Eh! –Carlos me llamó al ver que me alejaba sin despedirme de él–. ¡No dejes que eso te afecte, Emm!

Pero me afectaba. El café me sabía amargo sin el azúcar extra y la crema que normalmente añadía, pero que aquel día había olvidado. La magdalena, cuando miré en el interior de la bolsa de papel, se había desmigajado. Y ya llegaba tarde al trabajo.

–Lo único que le he dicho ha sido «hola» –gruñí para mí.

Estuve pensando en ello durante todo el día, mientras estaba sentada frente al ordenador metiendo datos en hojas de cálculo y contestando llamadas y correos electrónicos. Intentando atajar problemas y, probablemente, provocando otros. Estaba demasiado distraída como para notarlo.

Había terminado trabajando en un banco por accidente. Había estudiado en Lebanon Valley College, en mi ciudad natal, para así no tener que irme de casa y poder ir andando a la universidad. Annville es una ciudad pequeña limítrofe con granjas en el norte y el sur, pero

que en el este y el oeste prácticamente se funde con las ciudades que lindan con ella. A la hora de elegir trabajo había estado limitada por el hecho de que tenían que ser puestos de trabajo a los que pudiera ir caminando desde casa de mis padres. El banco tenía los mejores horarios y salarios y no tenía que depender de mis padres para que me llevaran en coche. Había trabajado allí mientras estudiaba y había seguido haciéndolo tras acabar mis estudios, en una época en la que me resultaba imposible conducir.

El trabajo me gustaba, me gustaban los números. Y también me gustaba mi nuevo trabajo. Trabajar para la Pennsylvania State Employee's Credit Union era incluso mejor.

Pero no en un día como aquel.

Aquel día estuve contando los minutos que faltaban para volver a casa, revisar el correo y comprobar si el DVD de *La noche de las cien lunas* había llegado. Desgraciadamente, volví a encontrar el buzón vacío. El alma se me cayó a los pies. Revisé dos veces el buzón, como si el paquete pudiera haberse perdido allí dentro. Después, desilusionada, entré en mi oscura y fría casa.

Ni siquiera tenía llamadas o mensajes en el contestador, aunque, en realidad, nunca tenía muchas. La mayor parte de las personas con las que estaba en contacto me llamaban al móvil si querían localizarme y no me encontraban en casa. Al parecer, aquel día ni siquiera era suficientemente popular para ello.

Me di una ducha larga y caliente, inclinando la cabeza para dejar que el agua me empapara los hombros y la espalda. La tensión me había provocado contracturas en los músculos. Necesitaba unas manos fuertes para deshacer los nudos. Desgraciadamente, a no ser que pagara por ello, no iba a estar de suerte. Y sentí un fuerte escozor en las rodillas heridas al pasarme la maquinilla de afeitar.

Y, por supuesto, volví a pensar en Johnny.

¿Dónde demonios estaba el problema? Muy bien, comprendía que podía ser irritante tener a un montón de desconocidas halagando su cuerpo. Porque, aunque no se avergonzara de su pasado como actor, desde entonces habían pasado más de treinta años. Podía respetarle el que no quisiera pasarse toda la vida aprovechando

privilegios ganados con un trabajo que había hecho hacía tantos años, o con un cuerpo que había envejecido. Respetaba el que no quisiera ser idolatrado por su aspecto. Lo que no conseguía entender era que me hubiera despreciado como si nunca me hubiera invitado a un té que estaba exactamente como a mí me gustaba, o como si nunca me hubiera ofrecido una galleta. Eso era una cretinez del máximo grado y yo no quería creer que fuera tan estúpido. Estaba demasiado enamorada como para eso.

Johnny no podía tener ni idea de la maratón nocturna de películas que habíamos compartido Jen y yo. Y tampoco sabía nada de las fugas y los sueños. Y por mal que se hubieran portado otras personas con él, yo no había hecho nada. Al margen de lo que hubiera pensado o de las situaciones que hubiera vivido con mi subconsciente, no había actuado siguiendo sus dictados. Odiaba que me metiera en el mismo saco que a esas admiradoras chifladas que le asaltaban en el Mocha. ¡Eh! Que yo no me había cambiado de casa para estar cerca de él, por el amor de Dios. ¡Éramos vecinos!

Me sonó el estómago. ¿Qué había dicho Johnny? ¿Que las galletas caseras eran mucho mejores? ¿Y acaso no sería un gesto propio de una buena vecina el ofrecerle algunas?

En cuestión de minutos tenía todos los ingredientes para preparar unas galletas desplegadas en la isleta de la cocina. En parte, había comprado aquella casa precisamente por la cocina, que los propietarios anteriores habían reformado y modernizado, aunque no con los colores ni la línea de electrodomésticos que yo hubiera elegido. Habían añadido la isleta que servía como espacio de trabajo y como mesa de comedor, ya que no había otra mesa en la cocina.

Tenía todos los ingredientes, sí, incluso un cuenco para mezclarlos y una taza con las medidas. Lo que no tenía era la receta. Ni una buena receta, ni la mejor receta. Tenía algunos fragmentos almacenados en mi agujereado cerebro, pero, en realidad, nunca había horneado yo sola las galletas de chocolate de mi abuela.

Tenía ya el teléfono al oído cuando me di cuenta de que hacía tres días que no hablaba con ella. ¡Tres! No podía recordar ni una sola vez que no hubiera hablado con mi madre durante más de tres días

seguidos. Si no la llamaba yo, me llamaba ella a mí y me iba dejando mensajes hasta que le devolvía la llamada.

Contestó antes de que hubiera podido pensar mucho en ello.

–¿Diga?

–Mamá, soy yo, Emm –me sentí obligada a decir, como si mi madre tuviera más de una hija.

–Emmaline, hola, ¿qué tal te va?

No me había preguntado que si me pasaba algo. Aquello me produjo alivio y preocupación al mismo tiempo.

–Necesito la receta de las galletas de chocolate de la abuela.

–¿Estás horneando?

–Sí, bueno... –me eché a reír–. ¿Por qué otra razón podría necesitarla?

–Hace siglos que no hago galletas de chocolate –comentó mi madre.

Dejé de vaciar el paquete de harina en el cuenco metálico que hasta entonces no había utilizado.

–¿De verdad? ¿Y eso por qué?

–Bueno, tu padre y yo estamos intentando comer menos dulces. Nos gusta mantenernos en forma.

–¡Ah!

No me creí nada de lo que me decía. Mi madre ponía a mi padre a dieta un par de veces al año y a menudo prometía estar a punto de ponerse también ella a dieta, pero a los dos les gustaba comer y no hacían ejercicio, un rasgo de la familia que, desgraciadamente, yo había heredado.

–¿Y qué tal lo lleva?

–Ya conoces a tu padre. Dice que está siguiendo la dieta, pero yo sé que come hamburguesas y patatas escondidas.

–A lo mejor, si le hicieras galletas de vez en cuando, no lo haría –respondí.

Las dos reímos a carcajadas, sabiendo que mi padre no sustituiría las hamburguesas y las patatas por galletas por muy buenas que estuvieran.

–¡La he encontrado! –dijo mi madre en tono triunfal–. Había

guardado la receta en ese libro de cocina que me regaló tía Min hace varios años por Navidad.

–¿Cuál? ¿Ese de dulces bajos en calorías?

–Sí.

–Pero mamá, ¿por qué has guardado la receta de las galletas de chocolate en ese libro?

–Porque sabía que ese libro nunca lo consultaría –contestó mi madre como si pensara que era una estupidez tener que preguntarlo.

Las dos nos echamos a reír otra vez y me invadió la nostalgia. Había pasado muchas tardes haciendo galletas con mi madre, o estirando la masa para tartas y pasteles de carne. Mi madre era una excelente cocinera y me había enseñado a cocinar, pero yo rara vez cocinaba para mí sola. Lo echaba de menos. La echaba de menos a ella.

–Emm, no te estarás acatarrando, ¿verdad? O, que Dios no lo quiera, ¿no tendrás gripe? Deberías tomarte esa cosa de la que me habló tu prima. Oscilante o algo así.

Quería decir *oscillium*

–Estoy bien, mamá. ¿Qué es lo que pongo primero?

No siguió insistiendo, algo que volvió a extrañarme. Mi madre nunca dejaba un tema de conversación a medias. Y si sospechaba siquiera que yo podía estar mal, lo machacaba como un cachorro un calcetín.

–¿Tienes todos los ingredientes?

–Sí.

–¿La manteca? –parecía no fiarse–. ¿Huevos?

–Sí, mamá.

–Porque, Emmaline, ya sabes que no se pueden hacer galletas sin huevos.

En una ocasión lo había intentado.

–Nunca me dejarás olvidarlo, ¿verdad?

–Jamás –contestó mi madre.

Percibí su sonrisa. Y también su amor.

Sorbí la nariz, pero poniendo la mano sobre el auricular para que no pudiera oírme. No quería que se preocupara por mí. Pero, al

mismo tiempo, tampoco quería que dejara de preocuparse.

Fue guiándome sobre mezclas y medidas al tiempo que me ponía al día sobre los cotilleos de la familia y las anécdotas de nuestros vecinos. Sus vecinos, porque ya no eran los míos. Me dijo que se había encontrado con algunos de mis antiguos compañeros de instituto, con los que no había hablado desde hacía años, dejando de lado algún encuentro casual.

–Pasas más tiempo con mis antiguos amigos que yo –le dije.

Terminé de echar el último pedacito de masa en una bandeja que metí después en un horno vergonzosamente limpio. Lamí la cuchara.

–Te vas a pillar una salmonela –me advirtió mi madre.

–¿Cómo sabías que estaba lamiendo la cuchara?

–Te conozco, Emmaline, soy tu madre. ¡Ay, tengo que colgar! Está a punto de empezar el programa. Adiós, Emm. Te quiero.

Colgó antes de que hubiera podido preguntarle siquiera a qué programa se refería. El hecho de que yo no tuviera la menor idea demostraba lo mucho que habían cambiado las cosas desde que me había ido de casa. Y eso era bueno, me recordé a mí misma mientras colgaba el teléfono y ponía el temporizador del horno. Los pocos meses que pasaron entre el momento en el que tomé la decisión de aceptar un trabajo en Harrisburg e irme a vivir sola y el día que me marché de casa fueron horribles.

La mayoría de las madres y las hijas que conocía habían soportado su buena dosis de discusiones. Las hijas tenían que crecer y separarse de sus madres. Ir a la universidad. Salir de casa. Convertirse en mujeres. Yo me había convertido en una mujer bajo la mirada vigilante y excesivamente protectora de mi madre y me había resultado irritante aun sabiendo que no tenía otra opción. Cuando mi médica había declarado que llevaba más de un año sin sufrir ninguna fuga y, por lo tanto, podía volver a conducir, en vez de disminuir, las preocupaciones de mi madre habían aumentado. Y yo no la culpaba. Comprendía que estuviera nerviosa. Me habían incapacitado por una lesión cerebral para la que no había cura. Solo había tratamiento. Y la posibilidad de cruzar los dedos y rezar para que no volviera a sufrir ningún ataque. Solo había esperanza.

Aun así, vivir en mi casa después de que hubiera aceptado aquel nuevo trabajo y antes de poder instalarme en mi casa nueva había sido insoportable. Mi madre estaba todo el día encima de mí, me regañaba y se preocupaba hasta volverme loca. Habíamos tenido discusiones mucho más duras y largas que las que habíamos soportado durante mi adolescencia. Más de una noche me había ido a la cama furiosa y me había despertado todavía enfadada, y estoy segura de que ella se había sentido igual. Tenía miedo de dejarme marchar y yo tenía miedo de no poder independizarme nunca.

En la nueva etapa de mi vida, viviendo en una casa que había podido comprarme gracias a todos los años que había vivido en casa de mis padres cuando mis amigas estaban pagando alquileres, me entraron ganas de volver a llamar a mi madre y decirle que sentía haber sido tan repelente cada vez que se preocupaba por mí.

Lo que hice en cambio fue lamer la masa de las galletas de la cuchara y arriesgarme a que la salmonela fuera a por mí. Y me supo mejor que nunca porque al estar lamiendo la cuchara estaba desafiando todo lo que mi madre me había enseñado, y porque sabía que no debería estar comiendo masa de galletas cuando los pantalones estaban comenzando a quedarme estrechos. Era una rebelde con una cuchara.

Para cuando terminaron de hacerse las galletas, la cocina olía maravillosamente y yo tenía el estómago un poco revuelto. Bebí un poco de ginger ale y coloqué las galletas en un bonito plato que había comprado en el Ejército de Salvación por solo diez centavos. Tenía un diseño de rosas y el borde dorado y podría haberlo vendido en eBay por el doble de lo que me había costado. Era otro ejemplo de mi teoría sobre las tiendas de segunda mano. Había ido buscando, específicamente, menaje para mi casa nueva y había encontrado toda una caja de platos desparejados, pero complementarios, a diez céntimos la pieza.

Tenía muchos platos. Podía renunciar a él. Por otra parte, era suficientemente bonito como para que cualquiera que lo recibiera lleno de galletas se sintiera obligado a devolvérmelo.

A veces yo también podía ser un poco taimada.

Capítulo 8

–¡Hola...!

Interrumpí el saludo cuando la puerta de la casa de Johnny se abrió y vi que no era él la persona que había al otro lado.

La mujer mayor que abrió me miró durante largo rato con expresión amarga. Cuando por fin abrió del todo la puerta, lo hizo sacudiendo la cabeza.

–Supongo que estás aquí por él.

–Eh... ¿se refiere a Johnny Dellasandro?

–Vive aquí, ¿no? –aquel marcado acento de Pennsylvania sonaba fuera de lugar en la gran ciudad, aunque yo lo había oído muchas veces en casa–. Será mejor que entres.

Crucé el umbral y me limpié las botas con mucho cuidado en el felpudo. No quería volver a mojar aquel bonito suelo con nieve sucia. Alcé la barbilla y el plato. Lo había cubierto con un alegre plástico rojo que había comprado a precio reducido después de Navidad.

La mujer miró el plato y después me miró a mí.

–¿Las has hecho para él?

–Sí, ¿está en casa?

–A Johnny le gustan las galletas de chocolate –sonrió entonces y su rostro de gnomo gruñón se transformó en el de una radiante hada madrina–. Está en el piso de arriba, trabajando en algún cuadro. Sígueme y ahora voy a buscarle.

–Gracias –con el estómago hecho un nudo, la seguí hasta la cocina.

La mujer abrió entonces lo que en mi casa era un armario, pero allí resultó ser un tramo de escaleras, y gritó: –¡Johnny!

Se oyó el eco, pero nadie contestó. La mujer me miró. Yo continuaba de pie con el plato entre las manos y el abrigo abrochado

hasta el último botón. Se encogió de hombros.

–¡Johnny Dellasandro!

No hubo respuesta. Suspiró, se inclinó hacia delante, apoyó la mano en el marco de la puerta y gritó su nombre con tanta fuerza que yo retrocedí un paso.

–Así me oírás –dijo con un asentimiento y una sonrisa. Se sacudió las manos como si acabara de terminar una tarea particularmente difícil–. Cuando está trabajando es como si tuviera los oídos llenos de algodón.

–No quiero molestarle.

Ya solía mirarme suficientemente mal, así que, podía imaginarme su reacción si le interrumpía mientras trabajaba.

Agitó las manos.

–¡Bah! Lleva todo el día trabajando. Necesita descansar. Y también unas galletas de una chica guapa.

–No quiero interrumpirle, eso es todo.

Las dos nos volvimos al oír el retumbar de unos pasos en la escalera. Lo primero que vi fueron sus pies, descalzos. Encogí los dedos de los míos. Después, el dobladillo de un par de vaqueros desteñidos, un dobladillo deshilachado. Y, a continuación, Johnny bajó los últimos escalones y se detuvo en la puerta. Parecía desconcertado.

–¿A qué viene tanto grito?

¡Dios mío, me encantaba su acento!

–Tienes compañía. ¡Por el amor de Dios, Johnny, ponte una chaqueta! –la mujer suspiró, puso los brazos en jarras y sacudió la cabeza.

«Por mí no lo hagas», pensé, intentando no clavar la mirada en su pecho y, al mismo tiempo, sin saber exactamente a dónde mirar, sino a aquellos deliciosos pezones.

Increíble, también tenía unos duros abdominales. Podía no ser joven, pero todavía estaba en forma, en mucha mejor forma, de hecho, que algunos de los hombres con los que yo había estado.

–¡Hola! –le saludé, aliviada al oír que mi voz no sonaba temblorosa o cohibida.

No pude evitar sonrojarme, pero esperaba que atribuyera mi rubor al frío y no a la vergüenza.

Johnny se me quedó mirando fijamente. La mujer desvió la mirada de Johnny hacia mí, miró de nuevo a Johnny y suspiró. Me quitó el plato de galletas y se lo tendió.

–Te ha traído galletas, estúpido. ¡Tú! –me dijo a mí–. Quítate el abrigo y siéntate.

Por su tono era evidente que estaba acostumbrada a que la obedecieran, pero yo esperé a que Johnny terminara de bajar la escalera y entrara a la cocina antes de sentarme. Sin embargo, no me quité el abrigo. Johnny me miró por encima del hombro, abrió otra puerta, que en aquella ocasión resultó ser de un armario, allí tenía una sudadera con capucha que se puso al instante. Lo lamenté, pero también fue un alivio. De esa forma no me distraería tanto.

–Ahora me voy. Tienes la cena en el horno y he recogido la compra. Te he dejado las facturas en el escritorio y el resto del correo en el cesto –dijo la mujer.

–Gracias, señora Espenshade.

La mujer volvió a agitar las manos.

–Para eso me pagas, ¿no? Ahora me voy. Volveré el viernes para ocuparme de la limpieza. No lo olvides.

–Aquí estaré –respondió Johnny, y me miró.

–No me importa que estés aquí o no. De hecho, casi preferiría que estuvieras fuera, así podría trabajar mejor –rio satisfecha y sacudió de nuevo la cabeza. Me palmeó el hombro al pasar delante de mí–. No dejes que se las coma todas.

–Buenas noches, señora Espenshade –gritó Johnny tras ella, pero su única respuesta fue un portazo.

–¡Hola! –volví a decir en el embarazoso silencio que siguió a su salida–. He traído galletas de chocolate. Son caseras.

–¿Por qué?

–Porque son mejores –sonreí.

Él no. Y tampoco le quitó el plástico al plato. Ni se sentó. Permanecía apoyado contra el mostrador con los brazos cruzados a la altura del pecho.

En la cocina hacía demasiado calor para estar con el abrigo puesto y la bufanda anudada al cuello. Sin embargo, no me atrevía a quitármelos. Aunque la señora Espenshade me hubiera dado la bienvenida a la casa, definitivamente, Johnny no lo estaba haciendo.

–Lo que quiero decir es, ¿por qué me has traído galletas?

–Para agradecerte la ayuda que me prestaste el otro día. Porque tenías unas galletas industriales bastante malas y yo sabía que podía ofrecerte unas mejores.

Elevaba la voz ligeramente con cada frase y tuve que controlarme para evitar que mis palabras sonaran demasiado estridentes.

Algo cambió en su mirada, una emoción casi indiscernible cruzó su inexpresivo rostro.

–Muy bien. Las comeré en otro momento.

Me estaba echando otra vez. Y, en aquella ocasión, me sentí incluso peor, porque había ido hasta allí llevándole un regalo. Y porque había pensado que, de alguna manera, aquello haría cambiar nuestra relación. Me levanté.

–Vivo justo al final de la calle –le informé con voz demasiado alta.

Una vez más, se produjo un cambio en la mirada de Johnny.

–¿Sí? Es una calle muy bonita. Hay mucha gente que vive en esta zona.

Tensé los labios.

–Sí, supongo que sí.

El silencio se alargaba entre nosotros, pero no era un silencio sin ruido. Estaba lleno de los latidos de mi corazón y de los sonidos que hacía al respirar. Era un silencio cargado de tensión que vibraba como el punteo de una cuerda de guitarra.

Salí de detrás de la mesa.

–En mi cocina hay una isleta –le expliqué, alzando la barbilla con un gesto que no significaba nada para él, pero que significaba todo para mí–. No hace falta que me acompañes.

–Iré contigo hasta la puerta.

–No tienes por qué hacerlo. Puedo encontrar el camino.

Giré sobre mis talones y comencé a cruzar el pasillo para dirigirme hasta la puerta de la calle.

Johnny caminaba tras de mí con los pies descalzos y llegó al mismo tiempo que yo. A lo mejor porque tenía las piernas más largas que las mías. O quizá, porque, a pesar de lo ofendida que estaba, todavía guardaba alguna esperanza de que Johnny mostrara un mínimo interés en mí. Aunque fuera minúsculo. Pero el darme cuenta de ello me enfadó de tal manera que agarré el pomo de la puerta y tiré de ella sin saber que estaba cerrada. Frustrada por mi gran éxito, dejé escapar un gruñido de enfado y me volví hacia él.

–He dicho que podía encontrar sola el camino.

Mirándome a los ojos, Johnny alargó la mano para abrir la puerta. Parpadeé ante aquella cercanía. Sentí el roce de su aliento en el pelo y el calor de su cuerpo. No estaba tan enfadada como para no experimentar una ligera emoción, aunque me odié a mí misma por ello. Y odiaba, sobre todo, que él pudiera leer el deseo en mi rostro. No me importaba que Johnny estuviera acostumbrado. Yo no lo estaba.

–Ya está.

Se oyó el clic de la puerta. Durante un segundo interminable, Johnny no se movió. Después, retrocedió, permitiéndome moverme libremente.

–Las galletas son buenas –dije con rotundidad–. Lo digo por si sirve de algo, aunque, por lo que veo, no lo parece.

Mi voz sonaba dura y Johnny parpadeó.

–Estoy seguro de que están buenísimas.

–De nada –abrí la puerta.

Me recibió una ráfaga de aire suficientemente gélido como para forzar a mi respiración a convertirse en un jadeo y llenarme los ojos de lágrimas. O a lo mejor no fue el aire frío el culpable. Recuperé la compostura y me obligué a caminar con la cabeza alta. Bajé los escalones de su casa y avancé por la acera, que Johnny se había asegurado de cubrir de sal para derretir el hielo.

Al no oír que la puerta se cerrara tras de mí, me volví para mirar. La silueta de Johnny continuaba recortada contra la puerta, ribeteada de oro por la luz del interior de la casa. Tenía una mano en el marco de la puerta y la otra en la cintura. Tenía que tener frío con los pies

descalzos y sin nada debajo de la sudadera, que llevaba casi sin abrochar.

–¿Sabes? Pensaba que no te gustaba hablar con nadie porque eras tímido, o quizá, una persona demasiado recelosa.

Johnny inclinó la cabeza.

–¿Ah, sí?

Puse los brazos en jarras.

–Sí. Supongo que debe de ser muy molesto tener a la gente fastidiándote cuando lo único que te apetece hacer es tomarte un café y comer una magdalena.

–Sí, puede ser realmente molesto –confirmó Johnny lentamente.

Entrecerré los ojos, deseando poder interpretar su expresión.

–¿Pero sabes qué? –añadí.

–¿Qué? –preguntó Johnny.

Y, maldita fuera, parecía realmente divertido.

–No creo que sea porque seas tímido, o porque haya demasiada gente molestándote. Porque, afrontémoslo, la mayor parte de la gente ya no sabe ni siquiera quién eres. O si lo saben, les importa un comino.

Alzó los hombros y los dejó caer. No sabía si porque se había encogido de hombros o porque se estaba riendo. Con su rostro en sombras, era imposible decirlo.

–¿Y tú?

–Yo sé quién eres –confesé.

–Sí –contestó Johnny–, ¿pero a ti te importa?

–Sí, a mí me importa.

–¿Por qué?

No sabía por qué. Era algo más que su trasero, su rostro o su antigua fama. Y no era su faceta de pintor, ni su casa, ni su dinero. Ni siquiera la gabardina o la bufanda larga que me encantaba.

Era el calor del verano y era el sabor de sus labios, que conocía sin poder conocerlo. Era la sensación de su pelo entre mis dedos y de su sexo dentro de mí. Y el sonido de su voz diciendo mi nombre cuando se corría.

Era el olor a naranjas.

Capítulo 9

Conseguí llegar a casa antes de sufrir la fuga. Cuando llegué al porche, los dedos me temblaban mientras metía la llave en la cerradura. No era una persona que rezara a menudo, pero susurré a cualquier entidad superior que quisiera escucharme para que por lo menos me permitiera estar dentro de mi casa antes de sumirme en la oscuridad.

Abrí la puerta.

Y me recibió cualquier cosa, salvo la oscuridad.

Me cegó un sol radiante. Me protegí los ojos con la mano y caminé tambaleante por un suelo resbaladizo por la cera, no por el hielo. Respiré en medio de aquel calor y me asaltó una cacofonía de colores y olores.

El olor a marihuana y a tabaco había hecho desaparecer el olor a naranjas. Oí risas, música y el llanto de un niño. Parpadeé y me froté los ojos.

Había vuelto a cruzar el espejo y en aquella ocasión para entrar directamente en casa de Johnny. La puerta se quedó abierta tras de mí. ¿Había llamado siquiera? Nadie había contestado. Nadie parecía saber que estaba allí.

Cerré los ojos para orientarme, pero solo durante un segundo. Después, me quité el abrigo tan rápidamente como pude, lo colgué en un perchero junto a la bufanda y me ahuequé el pelo. Revisé mi indumentaria, un par de vaqueros de pernera ancha y una blusa.

No era una ropa que pudiera pasar como propia de los veranos de los setenta. Pero llevaba una camiseta debajo. Las voces de la cocina se elevaron y bajaron de nuevo mientras me quitaba la blusa rápidamente. Después, tras pensármelo durante unos segundos, me quité el sujetador y metí ambas prendas en la manga del abrigo.

Me sentía extraña al ir sin sujetador. Los pezones se marcaban bajo la tela de la camisola. Me sentía muy libre, pero era demasiado consciente de mí misma.

Un bebé, no podía decir si era una niña o un niño, llorando y vestido únicamente con un pañal, llegó gateando a toda velocidad. El niño fue seguido por una mujer con una melena negra que le llegaba hasta la cintura. Iba riéndose y llevaba un mono con los pantalones cortos hecho de un tejido de rizo de color amarillo brillante. Los ojos me dolían de solo mirarlo. Agarró al bebé y le hizo cosquillas hasta hacerle gritar de risa mientras yo permanecía donde estaba, avergonzada al sentirme pillada.

–Eh, hola –me saludó la mujer al verme–. ¿Quién eres?

–Emm.

–Yo soy Sandy –se colocó al bebé en la cadera y me tendió una mano flácida para que se la estrechara–. Genial.

No sabía si aquel era un saludo o, simplemente, una observación filosófica.

–Eh... Estoy buscando a Johnny.

–¡Ah, sí, es genial! Está en la cocina, ¿sabes? A no ser que te deba dinero o algo parecido.

Tenía una voz extraña, una voz nasal, y un acento como el de Johnny. Aunque el suyo no tenía tanto encanto.

–Gracias.

No quería empujarla para pasar por delante de ella, sobre todo porque me estaba recorriendo de arriba abajo con la mirada.

–¿Cómo has dicho que te llamabas?

–Emm.

–Emm –Sandy me miró un poco desconcertada–. No nos conocemos, ¿verdad?

–No, creo que no.

Se encogió de hombros y volvió a colocarse el bebé en la cadera. El olor del pañal sucio llegó hasta mí e, inconscientemente, retrocedí. Sandy arrugó la nariz.

–Caramba, lo único que hace esta criatura es comer, dormir y manchar pañales. Supongo que será mejor que vaya a darle un baño.

Sandy pasó por delante de mí y subió las escaleras con la niña balbuceando en sus brazos.

Fui a la cocina con el corazón palpitante y las palmas de las manos sudorosas. Ya estaba sonriendo de anticipación cuando le vi. Estaba sentado en un asiento bajo la ventana, llevándose una botella de cerveza a los labios con un cigarrillo en la mano. Aquel día se había retirado el pelo de la cara con un pañuelo de color rojo.

Estaba tan guapo que hacía daño mirarle.

Se interrumpió en medio de una risa y se levantó de un salto al verme entrar en la cocina. Dejó la cerveza y apagó el cigarrillo en el cuello de la botella. La habitación se quedó en silencio y todo el mundo se volvió para mirarme. Candy también estaba allí, pero en aquella ocasión no cocinaba. Y también estaba Bellina, además de un grupo de gente a la que yo no conocía. Ed me dirigió una mirada intensa y se interrumpió antes de volverse de nuevo hacia la mujer con la que estaba hablando. Fue una reacción extraña, pero yo no le estaba prestando demasiada atención.

–Johnny –pronuncié su nombre casi sin respiración.

–Emm.

Comenzó a caminar hacia mí como si no hubiera nadie más en la cocina.

Su mano encajaba perfectamente contra mi nuca. Cuando me besó, me supo a cerveza y a tabaco, pero no me disgustó, al contrario, me pareció perfecto. Me acarició la lengua con la suya y sentí que se me debilitaban las rodillas. No me importaba que no estuviéramos solos. No me importaba que estuviera masajeándome el trasero, ni que me estrechara contra él.

–Eh... –susurró.

Y también a él pareció faltarle la respiración cuando interrumpió el beso.

Nuestros rostros estaban muy juntos. Caí en las profundidades de sus ojos y nadé en ellos mientras todo parecía detenerse a nuestro alrededor. Johnny sonrió. Yo sonreí también.

–Has vuelto –me dijo–. Pensé que no volvería a verte nunca.

No tenía una buena respuesta para aquel comentario, así que

volví a besarle.

–Entonces, ¿te alegras de verme?

–Diablos, sí. La última vez que estuviste aquí te fuiste tan rápido que no pude quedarme siquiera con tu número de teléfono.

–¡Oh! –vacilé un instante. Todo el mundo había vuelto a concentrarse en sus conversaciones y no nos prestaban ninguna atención a nosotros–. En realidad, no tengo teléfono.

Johnny es encogió de hombros.

–Vaya, es genial. El nuestro también nos lo cortaron hace algún tiempo. Paul dice que lo volverá a dar de alta la próxima vez que le paguen por una actuación.

–Si no tienes teléfono –le susurré al oído, aturdida por su cercanía–, ¿cómo pensabas llamarme?

Johnny me hociqueó el cuello.

–Hay una cabina de teléfono al final de la calle.

–¡Ah!

Por supuesto, cabinas de teléfono. Me sentí de pronto un poco mareada y me aferré a él para no perder el equilibrio. Me acordé entonces de un programa de televisión, *Vida en Marte*, sobre un policía que recibía un disparo y se despertaba en los años setenta mientras su cuerpo continuaba en coma.

Yo no estaba en coma... en absoluto. Pero no sabía de cuánto tiempo disponía. Miré por encima de su hombro, pero nadie estaba pendiente de nosotros. Ellos tenían que seguir con sus cosas. Pero yo no les necesitaba. Solo necesitaba a Johnny.

–¿Subimos al piso de arriba? –le pregunté al oído, y le mordisqueé suavemente el lóbulo de la oreja.

–¿Quieres que nos vayamos? Creo que me he coscado.

Me eché a reír. No pude evitarlo. «Coscado» sonaba tan pintoresco, tan propio de las series de los setenta. Y... tan sexy, en realidad, cuando él lo decía, no como si estuviera intentando utilizar aquella jerga para impresionar, sino, sencillamente, porque era así como le salía. Natural. Todo en él era natural.

–Estás tan distinto –le dije en el pasillo, cuando entrelazó los dedos con los míos.

Johnny me dirigió una mirada fugaz.

–¿Tan distinto en qué sentido?

–No importa –no podía explicarle que quería decir que no se parecía a él mismo–. Me gusta.

Una sonrisa iluminó su rostro. Posó la mano en el pilar de la barandilla y giró ligeramente con un pie ya en la escalera.

–¿Dónde has estado, por cierto? Te he buscado por todas partes. No vives por aquí, ¿verdad? ¿Estás otra vez de visita?

–Sí, solo estoy de visita –confirmé.

Nos detuvimos para besarnos al final de la escalera. Enredé los dedos en su pelo y tiré del pañuelo para que cayera la melena sobre sus ojos. Cuando le besé, la melena me cosquilleó el rostro.

–Eres increíble –me alabó Johnny en voz baja y con un tono de ligero desconcierto.

Recordaba dónde estaba su dormitorio, pero me detuve en el marco de la puerta al ver salir a Sandy con el bebé en la cadera. Se detuvo y nos miró a los dos con cara de póker. Después, se encogió de hombros y sostuvo al bebé frente a Johnny para que este la viera.

–Acabo de bañarla y cambiarla. Ahora voy a darle un biberón.

Johnny deslizó el brazo por mi cintura y me retuvo con fuerza contra él, cadera contra cadera.

–Me parece muy bien.

Sandy apretó los labios y sacudió ligeramente la cabeza.

–Bueno, hasta luego.

Una vez dentro del dormitorio, la puerta se cerró y nos dirigimos a la cama, donde le empujé para que cayera sobre el colchón. Rebotó un poco antes de incorporarse apoyándose sobre los codos para mirarme. Me quité la camisola por encima de la cabeza y me exhibí con los senos desnudos delante de él. Bajé la cremallera de los vaqueros, me quité los zapatos y me bajé los vaqueros junto a las bragas de algodón, quedándome completamente desnuda.

Jamás en mi vida me había sentido tan bella como en aquel momento, con Johnny recorriéndome con la mirada. Jamás, pero su mirada tenía ese efecto en mí. Cuando Johnny me miraba de aquella manera, no me importaba que algunas partes de mi cuerpo

estuvieran más redondeadas de lo que me gustaría, o que mis senos no tuvieran las proporciones de los que aparecían en las películas pornográficas. Era por la época, pensé, posando mis manos sobre ellos y endureciendo con los pulgares los pezones. En el pasado, a las mujeres les permitían tener tallas normales.

Pero yo tenía algo diferente a las mujeres a las que Johnny estaba acostumbrado. Johnny tenía fija la mirada en mi pubis, que me había afeitado varias noches atrás. No del todo, odiaba parecer una niña. Soy una mujer y las mujeres tienen vello. Pero lo había afeitado convirtiéndolo en poco más que una línea, más por comodidad que por moda, porque faltaban pocos días para que tuviera la regla.

Johnny se pasó la mano por la boca, dejando sus labios brillantes por la saliva. Sentado en el borde de la cama, estaba a la altura perfecta cuando me coloqué entre sus piernas. Posó las manos en mi trasero mientras me miraba con unos ojos ligeramente vidriosos.

Estaba borracho, pensé. Pero no por la cerveza que estaba tomando cuando le había encontrado en la cocina. Estaba borracho de mí.

Deslicé la mano por su pelo, dejando que cayera por el dorso de mi mano. Tensé los dedos sobre su pelo y le hice echar la cabeza hacia atrás.

–Johnny –dije por el mero placer de pronunciar su nombre.

Por el mero hecho de que podía hacerlo.

–Sí, nena –susurró con una voz ronca y cargada de sensualidad.

–Johnny, Johnny, Johnny... –riendo, le incliné la cabeza hacia atrás un poco más.

Él también rio mientras me acariciaba el trasero, la parte baja de la espalda y la parte superior de los muslos.

–Sí, Emm, estoy aquí.

–Yo también.

–Ya lo veo.

Cuando le solté, hundió la cabeza en mis senos y buscó los pezones con la boca. Los succionó con delicadeza y alzó la mirada con una sonrisa cuando jadeé.

–Te gusta, ¿verdad?

–Sí.

Me asaltó entonces un repentino y vívido recuerdo de Johnny diciendo eso mismo en una de sus películas. Sentí que me palpitaba la vagina.

–¿Eso me convierte en una prostituta?

Lo dije con mi acento del centro de Pennsylvania, marcando las erres. No se parecía en nada a su forma de hablar. Johnny dejó de acariciarme para mirarme otra vez, en aquella ocasión con el ceño fruncido.

–¿Una qué?

–Una... prostituta –repetí con voz susurrante y dolorosa y urgente excitación.

–¿Una... prostituta?

Dios. Lo decía de tal forma que me hacía sentirme como si estuvieran explotando en mi interior todos los fuegos artificiales del Cuatro de Julio. Me mordí el labio, pero, aun así, no fui capaz de reprimir un jadeo.

–Dios.

Rio perplejo y, por un momento, sus manos dejaron de deambular sobre mi trasero.

–¿Crees que eres una prostituta?

¡Ahhh!

–¡Dios mío, esto no debería ser tan sexy! –exclamé.

Johnny parpadeó con fuerza, dejó caer la cabeza y se echó a reír.

–Eso te excita, ¿eh?

–Sí. Dilo otra vez.

Dejó de reír cuando me miró. Algo se reflejó en sus ojos. Se humedeció los labios y se los secó con el dorso de la mano. Bajó la voz.

–¿Quieres ser una prostituta para mí?

Yo no quería ser una prostituta para nadie. Yo solo quería oírse lo decir. Y quería que me mirara de aquella manera. Tensé la mano sobre su pelo. En aquella ocasión, esbozó una mueca y me agarró con fuerza las caderas.

–¿Es eso? ¿Es eso lo que quieres?

–Eso es lo que me haces sentir.

Johnny resultó ser más fuerte de lo que yo esperaba. En cuestión de segundos, me vi tumbada de espaldas, con las manos por encima de la cabeza mientras Johnny me miraba a los ojos. Presionaba su pierna, enfundada en un vaquero desgastado, lentamente sobre mi sexo desnudo. La aspereza de la tela me hizo estremecerme de placer. O a lo mejor fueron sus ojos, o su boca. O su voz.

–Eso te gusta, ¿eh?

–Sí, me gusta.

Presionó algo más arriba con el muslo.

–¿Te estás calentando para mí?

–Sí –susurré.

Nunca había hablado de aquella manera, pero lo que estaba viviendo, me recordé, no era real. Era una fantasía. Todo era inventado. Todo aquello no era nada más que el producto de unas cuantas neuronas revolucionadas de mi machacado cerebro.

Johnny me soltó las muñecas y se quitó el cinturón. Cambió de postura. Yo arqueé la espalda y alcé las caderas, esperando que me penetrara, pero Johnny me sorprendió. Comenzó a recorrer mi cuerpo con la boca, sobre los montículos de mis senos, sobre mi vientre. Deslizó las manos bajo mi trasero y me alzó hasta su boca. Me acarició el clítoris con la lengua antes de posar los labios sobre él y succionar con suavidad.

Me estremecí y dije su nombre. Johnny no decía nada, continuaba en el asunto de devorarme.

No le había visto hacer aquello en ninguna de sus películas.

Por supuesto, en todas ellas se insinuaban sus habilidades orales. Se mostraban escenas en enfoque suave en las que se veía a mujeres retorciéndose mientras él las lamía. O planos de su cabeza a la altura de la cintura de una mujer seguidos del plano del rostro de sus amantes contorsionándose de placer y todas ellas gritando su nombre. Pero en ninguna de sus películas le había visto realmente lamiendo y succionando entre las piernas de las mujeres con las que se acostaba. No tenía ninguna imagen que evocar.

Aquello era todo mío.

Lo hacía con los ojos cerrados. Y dejaba escapar pequeños gemidos. Eran los ruidos propios de un hombre devorando algo delicioso, una comida que satisfacía por completo su hambre. Continuó ocupándose de mi clítoris mientras hundía un dedo en mi interior. Después dos. Y yo gemí.

–Estás muy caliente –musitó Johnny contra mí.

El placer se arremolinaba en mi vientre. El calor crecía, elevándose sobre mi pecho, mi garganta y mis mejillas. Sentía arder su boca sobre mi sexo. Era una sensación eléctrica. Me movía bajo su boca, incapaz de permanecer quieta.

No fui consciente del momento en el que se quitó los vaqueros, solo de que no los llevaba puestos. Saboreé el gusto de mi propio cuerpo cuando Johnny me miró. Jadeé cuando me penetró, respiré su aliento, haciéndolo mío.

Johnny enterró el rostro contra mi cuello mientras se hundía lentamente en mi interior. Se quedó quieto durante un par de segundos y después se elevó sobre las manos para mirarme a los ojos. Parecía asombrado por lo que estaba sintiendo. Le sonreí y le acerqué a mí para que volviera a besarme.

–Eres increíble –me dijo.

Después, comenzó a moverse. Aquella vez fue muy distinta de la primera, en la que estaba yo arriba y los dos nos movíamos a un ritmo frenético. Aquella vez fue todo más lento. Aquella vez duró una eternidad.

Nunca había sido capaz de llegar al orgasmo en la postura del misionero, al menos sin ayudarme con mi propia mano. Pero la verdad era que nunca había estado con un hombre que se moviera como lo hacía Johnny. Adentro, afuera... y en cada embestida giraba sutilmente las caderas, presionando justo en el lugar indicado. Y me besaba, ¡oh, Dios, cómo me besaba! Eran besos dulces y delicados que se sumaban a aquel placentero asalto. Y yo me entregué a él sin reprimirme en absoluto.

Llegué al orgasmo en una sucesión de lentas sacudidas. Y volví a alcanzarlo cuando Johnny me hizo tumbarme de lado, se tumbó frente a mí y me penetró desde aquel nuevo ángulo. Y disfruté de un

tercero cuando giró, se sentó en la cama apoyado contra el cabecero y me sentó en su regazo. Le mordí el hombro, con todo el cuerpo en tensión. El sudor nos unía y el olor del sexo lo envolvía todo.

Se hundió en mí con un gruñido, me acarició la espalda, que tenía empapada en sudor y apartó los mechones que cubrían mi rostro. Suspiró y me sostuvo contra él.

–Johnny... ¡ay! –exclamó Sandy al entrar y vernos allí.

–Dios mío, Sandy –le espetó Johnny, sin molestarse en agarrar la sábana o hacer ningún intento de taparnos, a pesar de que yo me encogía contra él–. Te he dicho muchas veces que llames antes de entrar.

–¡Lo siento! Necesitaba mi bolso. Johnny, eres tú el que deberías cerrar la puerta. ¡Qué asco! –exclamó Sandy malhumorada.

Se dirigió al armario a agarrar un enorme bolso de paja con asas de bambú. Los contenidos tintinearón en su interior mientras se llevaba una mano a la cintura, con el bolso colgando de la muñeca.

–Me voy.

–¿Quién se va a ocupar de la niña? –preguntó Johnny, mirando por encima del hombro.

–He llamado a mi madre para que venga a buscarla –Sandy me miró entonces–. ¿Cómo me has dicho que te llamabas?

–Vete de una maldita vez, Sandy. Por Dios...

Johnny cambió de postura, como si estuviera a punto de apartarme de su regazo para levantarme. Sandy retrocedió con las manos en alto.

–¡Vale! ¡Vale! ¡Tranquilízate, hombre! No pasa nada. No voy a montarte una escena ni nada parecido.

–¡Fuera! –gritó Johnny.

Sandy salió cerrando la puerta tras ella. Yo no me moví. No estaba segura de que pudiera moverme. Johnny alzó la mirada.

–Lo siento –se disculpó–. Es idiota.

Me separé de él entonces, sintiéndome pegajosa y sudorosa. No habíamos utilizado preservativos, pero estaba más maravillada por los detalles que me proporcionaba mi mente que por el hecho de que nos hubiéramos acostado sin ningún tipo de protección. Me tumbé a

su lado. No había prestado mucha atención a Sandy anteriormente, mientras Johnny me estaba acariciando. Pero la mirada que me había dirigido en aquel momento había sido de lo más elocuente.

–¿Qué pasa con Sandy?

Johnny alargó la mano para agarrar un paquete de tabaco de la mesilla de noche. Me ofreció un cigarrillo y se encogió de hombros cuando lo rechacé. Encendió el cigarrillo, dio una calada y soltó el humo mientras preguntaba a su vez.

–¿Qué pasa con Sandy?

–¿Tienes algún tipo de relación con ella?

–Es mi antigua chica –se encogió de hombros y se movió para besarme otra vez–. Pero es buena gente, no te preocupes.

–Espera un momento –fruncí el ceño y posé una mano en su pecho para apartarle–. ¿Quieres decir que era tu esposa?

–Sí, bueno. Nos separamos hace algún tiempo, aunque todavía no hemos firmado los papeles. Se pasa de vez en cuando por casa para traerme a la niña.

–Un momento –volví a decir.

Aquello estaba afectando a mi cerebro. En aquella ocasión, acepté el cigarrillo que me ofrecía y le di una calada. Solo había fumado un par de veces en mi vida, pero conseguí no toser.

–¿Así que Sandy es tu esposa y esa era tu hija?

–Sí, Kimmy es mi hija.

–Entonces no creo que os hayáis separado hace mucho tiempo –señalé–. La niña no puede tener más de diez meses.

–Algo así, sí –recuperó el cigarrillo y me miró a través de una nube de humo–. ¿Para ti eso representa algún problema? En realidad, Sandy es muy tolerante con todo lo que hago. Ella también tiene su vida.

No estaba segura de que fuera tan tolerante, ¿pero qué podía decir yo? Me había presentado de pronto y había hecho el amor con él en una casa llena de extraños y en una época en la que ni siquiera había nacido. Me estremecí al pensar en ello. Y en que mis padres ni siquiera se habrían conocido. Yo todavía no existía en un mundo en el que Johnny ya estaba casado y tenía una hija. ¡Una hija que era mayor

que yo!

–¡Eh! ¿Estás bien?

Johnny apartó la melena de mi hombro, una melena de la que ya comenzaba a secarse el sudor.

–Sí, estoy bien. Todo es genial.

Ni siquiera podía estar celosa. Solo enfadada con mi propia mente por haberse inventado a una exesposa que no era capaz de ponerse un límite.

–Genial.

Aquello pareció bastarle. Desnudo, Johnny fumó y suspiró, apoyado contra el cabecero. Me miró de soslayo.

–Esta vez no te vas a ir.

Miré a mi alrededor y tomé una bocanada de aire, pero a lo único que olía era al humo de su cigarrillo.

–No, ¿debería marcharme?

Sonrió y me besó.

–Diablos, no. Quédate aquí. Podemos pedirle a Candy que nos prepare algo bueno de comer. Paul vendrá después para trabajar en un proyecto. Deberías quedarte.

Apiñé un puñado de almohadas y me tumbé a su lado.

–¿Qué clase de proyecto?

–Un proyecto artístico. ¿Te gusta el arte, Emm?

–Eh, sí, claro.

En realidad, no estaba mintiendo. Estaba convencida de que me gustaba el arte, aunque no supiera apreciarlo.

Johnny se echó a reír y apagó el cigarrillo en un cenicero que tenía en la mesilla de noche. Me rodeó los hombros con el brazo y me estrechó contra él, haciéndome apoyar la cabeza contra su pecho. Jamás en mi vida había tenido una almohada mejor.

–¿Qué clase de pintura te gusta?

–Eh, bueno, Van Gogh, supongo, Dalí...

Soltó un sonido burlón.

–Así que esos tipos.

Alcé la mirada hacia él.

–¿Y a ti qué clase de pintura te gusta?

Se encogió de hombros.

–Lo sé cuando lo veo. En cualquier caso, Paul no está haciendo nada de eso. No se dedica a la pintura. Ha conseguido una cámara de cine. Supongo que quiere hacer otra de sus películas o algo así. No sé. Pero le dije que volvería a ayudarlo.

Johnny y Paul habían filmado tres o cuatro de aquellas películas domésticas, todas ellas con menos argumento incluso que las películas de miedo que había rodado en el extranjero. Yo solo había visto algunos extractos en Internet, puesto que Jen no las tenía y yo todavía no había conseguido localizarlas en Interflix. Algunas ni siquiera estaban disponibles en DVD.

–Sí, las he visto.

Johnny inclinó la cabeza.

–¿Has participado en alguna de sus películas? ¿Vienes de ese mundo?

–No, no. Lo que quería decir era... No importa lo que quería decir.

–Eres increíble –dijo Johnny otra vez–. Pero no consigo recordar en qué escena apareces.

–No aparezco en ninguna escena.

Me besó y me miró a los ojos como si estuviera intentando adivinar todos mis secretos. Me separé de él.

–¿Y de qué trata esa película, Johnny?

Johnny se encogió de hombros y bostezó.

–¡Y yo que sé! Solo le dije que le ayudaría, ¿sabes? Que le ayudaría a hacer lo que fuera. Él ha conseguido la cámara y el dinero. Hay algún tipo rico detrás de este proyecto y Paul dice que las películas terminarán en todos los cines.

Por lo menos aquello me permitía hacerme una idea de en qué año estábamos. La primera película de Paul era de mil novecientos setenta y seis. Y por lo que podía recordar, todas habían sido rodadas en un período de un año y medio.

Johnny me pasó la mano por el pelo.

–Paul es todo un artista.

–¿Y tú?

–¿Yo? ¡Qué va! –se echó a reír–. No soy capaz de hacer nada que

merezca la pena. No sé cantar y ni siquiera soy un buen actor. Supongo que lo único que hago bien es posar para que me fotografíen.

Su acento me hizo reír.

–Eres muy atractivo.

Johnny soltó un sonido burlón.

–El físico no lo es todo, ¿verdad? Pero supongo que de momento me sirve para pagar las facturas. Y es mejor que robar coches.

–No vas a pasarte la vida trabajando como modelo –le aseguré.

Se oía el tic-tac del reloj que había sobre la cómoda mientras el silencio caía sobre nosotros. Johnny me miró fijamente, como si estuviera absorbiendo cada detalle sobre mi rostro. Deslizó la mano bajo mi pelo y la posó en la nuca, pero no me atrajo hacia él.

–No –contestó–. Lo sé. No puedes pasarte la vida trabajando como modelo si no quieres terminar en la calle.

–Tú no vas a terminar en la calle.

–¿Qué eres? ¿Adivina?

–Algo así.

Le tomé la palma de la mano y dibujé sus líneas. No tenía la menor idea de cómo se leían las líneas de la mano, ni las cartas ni nada de eso. Pero conocía su futuro.

–Veo fama y fortuna en tu futuro.

–Eso es bueno.

Johnny se inclinó hacia delante para fijar la mirada en los misterios de su palma, como si así pudiera ver lo que, en realidad, yo no estaba viendo.

–Y amor –la palabra se deslizó de entre mis labios como un suspiro.

Me miró a los ojos.

–¿Sí? ¿Ves amor?

–Sí, veo amor para ti.

Mi voz se había tornado soñadora y espesa. Dibujé otra línea de su mano mientras seguía inventándome su futuro, pero, de alguna manera, sabía que estaba diciendo la absoluta verdad. Miré a Johnny a los ojos y, por un instante, me vi capturada por su mirada, aferrada

a aquel lugar y aquella época, al menos de momento, que era, quizá, lo único que podía esperar.

Johnny me estrechó contra él y me dio un largo y tierno beso.

–Me gusta cómo suena eso.

Continuamos besándonos lentamente. Tumbada a su lado en aquella enorme cama, con las almohadas y las sábanas enredadas alrededor de nuestros cuerpos, todo fue adquiriendo el tono mágico de un enfoque suave, como en el que se rodaban sus películas. Su miembro se irguió entre nuestros cuerpos, pero Johnny no parecía tener prisa por hacer el amor otra vez, y a mí me gustó. Fue algo diferente, inesperado, pero me gustó. Era suficiente estar allí con él, como si no tuviéramos otro lugar en el que estar y dispusiéramos de todo el tiempo del mundo.

Lo cual, por supuesto, no era cierto. En primer lugar, comencé a sentir la presión de la vejiga, algo que no me había ocurrido en ninguna de mis fugas. Riendo, intenté zafarme del insistente abrazo de Johnny y fui descalza hasta el baño. Una vez en la puerta, me volví para mirarle y le tiré un beso. Y cuando giré de nuevo para cruzar la puerta, me tambaleé y terminé cayendo de brazos y pies en el vestíbulo de mi casa.

Todavía estaba desnuda.

Capítulo 10

El teléfono sonaba de forma estridente y con insistencia. Temblando con tanta fuerza que me castañeteaban los dientes y con la piel tan de gallina que parecía tatuada en *braille*, me levanté. Inmediatamente comenzó a moverse el suelo bajo mis pies. El estómago también se me revolvió.

Conseguí cruzar el pasillo y dirigirme a la cocina, donde agarré el auricular del teléfono y lo retuve temblorosa contra mi oído.

–¿Diga?

–Hola, cariño, soy mamá. Escucha, me estaba preguntando si tenías ese vestido negro que te pusiste el año pasado en Navidad, porque me gustaría que me lo prestaras.

Tragué la bilis que me subía a la boca. A veces, salía de las fugas con el estómago revuelto o con dolor de cabeza, pero aquella sensación era distinta. Lo que sentía era miedo.

–¿Mamá?

–Lo he buscado en tu armario, pero no lo he encontrado, así que he pensado que a lo mejor te lo habías llevado.

Me apoyé contra la pared y terminé sentada en el suelo de la cocina, con el trasero helado. Encogí las rodillas contra mi pecho, las rodeé con los brazos y hundí el rostro en ellas. Con el teléfono pegado a la oreja, volví a tragar varias veces antes de poder contestar.

–Sí, creo que lo tengo aquí. A lo mejor está en alguna de las cajas que todavía no he abierto.

–¿Te importaría mirarlo?

–¿Ahora?

–Bueno, cuando te venga bien –respondió.

–Claro –mi voz sonaba áspera, rasposa. Me aclaré la garganta–. Lo buscaré en cuanto tenga un momento.

–Estupendo. Y dime, ¿ha pasado algo emocionante en la gran ciudad?

Comenzaba a asentarse mi estómago y el dolor de cabeza a desaparecer. Continuaba aterida, pero no me atrevía a levantarme por si volvía a revolverseme el estómago otra vez.

–Nada especial. Lo de siempre.

–Bueno, a lo mejor puedes venir a vernos la próxima semana –me propuso mi madre–. Puedes traerme el vestido y después saldremos a cenar. Podríamos ir a ver la última película de Ewan McGregor. He oído decir que enseña el trasero.

Mi risa sonó ligeramente estrangulada, pero era auténtica.

–Enseña el trasero en todas sus películas.

–Tengo que colgar, tu padre me está esperando. Adiós, cariño. Te quiero.

Y así, sin más, me colgó el teléfono. Mi madre nunca colgaba el teléfono sin haberme preguntado antes si algo andaba mal. Sin preocuparse por mí, aunque fuera solo un poco.

Me levanté del suelo y colgué. Subí al piso de arriba y abrí el grifo del agua caliente a la máxima temperatura que podía soportar. A principio, me escoció un poco, pero tenía tanto frío que necesitaba aquel calor. Me froté las manos bajo la ducha y dejé que el agua cayera sobre mi espalda hasta que cesaron los temblores. Permanecí en la ducha hasta que el agua comenzó a estar tibia.

Para cuando salí, estaba suficientemente bien como para envolverme en un albornoz grueso y bajar a la cocina a comer algo. Tostadas, jamón y té. La cena de una enferma. Había desaparecido la sensación de mareo y ya no me dolía nada. De hecho, apenas podía recordar cómo me sentía cuando me había encontrado desnuda en el suelo del vestíbulo de mi casa.

Con el estómago lleno, volví a la entrada. No había ni rastro de mi ropa. Vacilante, abrí la puerta de la calle y miré. Pero si había salido desnuda y había estado corriendo por el barrio, no se me había ocurrido dejar la ropa en el porche de mi casa.

Había salido de casa de Johnny poco después de las ocho. Mi madre me había llamado a las ocho y diecisiete. Teniendo en cuenta

que el camino hasta mi casa no podía haberme llevado más de diez minutos, había estado inconsciente durante otros diez. No era tiempo suficiente como para ir muy lejos, y aun así, aunque miré detrás de los arbustos y por todo el porche, lo único que encontré fueron algunas hojas podridas que no habían quedado enterradas en la nieve.

Había cruzado la puerta de mi casa y lo que había sabido después era que estaba desnuda. Permanecí ante la puerta de mi casa, arrastrando el albornoz y mirando a mi alrededor. Tenía mi desaprovechado salón a la derecha y las escaleras a la izquierda. Y el pasillo que conducía a la cocina y al comedor justo a mi espalda. ¿Cuánto tiempo podría tardar en desnudarme, ir a cualquier otro lugar de mi casa y volver después a la puerta de la calle, ¿y por qué iba a hacer una cosa así?

En la universidad tenía un amigo que bebía demasiado. Él nunca se desmayaba, pero perdía la conciencia. Podía estar de pie, sosteniendo contigo una conversación completamente racional y al día siguiente no se acordaba de una sola palabra. Podía pasar del estado de conciencia a la inconsciencia en cuestión de segundos. Era algo parecido a lo que me pasaba a mí con las fugas, excepto que yo a menudo tenía vívidas fantasías durante ellas, sabía que podía reaccionar incluso cuando estaba en medio de una fuga y que duraban un tiempo muy limitado.

Jamás, a menos que pudiera recordar, había sufrido un ataque que durara más de un minuto o dos mientras mantenía la apariencia de conciencia. Y aunque en aquel estado podía ser capaz de contestar preguntas sencillas, de tal manera que la persona con la que estaba hablando no se diera cuenta de lo que me pasaba, cualquier pregunta que exigiera una respuesta más complicada que un «sí», un «no» o un «ajá», revelaba rápidamente la verdad. Desde luego, jamás había salido ni hecho nada durante aquellas fugas que duraban varios minutos. Como mucho, me había sentado o había dado unos cuantos pasos.

Conté los pasos y los minutos que separaban la puerta de la casa del cuarto de estar. De la cocina. De mi dormitorio. Y volví de nuevo a

la puerta. La ropa seguía sin aparecer. Y no había nada que pudiera indicar que había estado deambulando por la casa y haciendo alguna trastada.

Salí de nuevo al porche y miré en la acera sin saber si esperaba encontrarme una pila de ropa bajo la farola o prefería no hacerlo. Al único que vi fue a Joe, un tipo que vivía con su mujer a una calle de la mía y al que le gustaba salir a pasear el perro alrededor de la manzana. Me saludó, bolsa de plástico en mano.

Yo me cerré la bata hasta el cuello y le devolví el saludo. El aire gélido estaba acabando con todo el calor de mi casa. Estaba descalza, así que no podía acercarme a él. Tuve que gritar.

–¡Hola!

–Hola, Emma, ¿qué tal estás?

Chuckles, su perro, se detuvo para olfatear el césped de mi casa y levantó la pata contra uno de los destrozados arbustos que con el tiempo tendría que arrancar. No me importó. Incluso cuando su perro defecaba en mi césped, Joe lo recogía.

–Bien, gracias. Eh... ¿has salido antes a la calle?

Joe bajó la mirada hacia el perro y después me miró a mí.

–¿Con Chuckles, quieres decir?

–Sí, ¿has dado la vuelta a la manzana?

–Sí, ahora mismo iba hacia mi casa. ¿Por qué?

–¿Me has visto?

Joe no dijo nada durante unos segundos y sentí que el rostro me ardía a pesar de lo helado del viento.

–¿Debería haberte visto?

Forcé una risa.

–No, no. Solo quería saber si me habías visto fuera de mi casa esta noche.

Joe volvió a vacilar.

–¿Estás bien?

–Sí, sí, claro.

Sacudí la mano, como si estar saludando a prácticamente un desconocido en bata y descalza en medio de un invierno glacial fuera lo más normal del mundo.

–Antes he salido a dar un paseo, eso es todo. Me ha parecido verte y he saludado a un hombre, pero no eras tú.

–¡Ah!

Joe tiró de la correa del perro para evitar que cruzara al jardín de la vecina, a la que le molestaba que salpicara su jardín hasta la más diminuta gota de orina.

–No, no era yo. Hace demasiado frío como para estar fuera mucho rato.

–Sí, bueno, supongo que me he confundido. ¡Lo siento!

–No te preocupes. Buenas noches –Joe se despidió con la mano y continuó avanzando por la acera.

–Buenas noches –me despedí con un hilo de voz, y cerré la puerta.

La cooperativa de crédito y ahorro tenía una generosa política que permitía cambiar días de vacaciones por días de baja por enfermedad, y aunque odiaba dedicar un tiempo que podía haber pasado tumbada en la playa quedándome en la cama, al día siguiente llamé al trabajo para decir que estaba con gripe. Me sentía dolorida y febril, pero, en realidad, no estaba enferma. El problema era que no podía dejar de pensar en lo que había ocurrido la noche anterior.

Incluso en los peores momentos, siempre me había considerado afortunada porque mis fugas no eran dañinas. Podrían haber sido peligrosas en el caso de que perdiera la conciencia mientras iba conduciendo o algo parecido, razón por la cual no había podido tener acceso al carné de conducir durante gran parte de mi vida adulta. Pero, por frecuentes que fueran mis fugas, ninguna prueba había demostrado que tuviera una lesión cerebral. Mis fugas continuaban siendo un misterio para los médicos. Tenía cientos de pruebas e informes, pero ninguna conclusión. Mi cerebro tenía una actividad intermitente, errática, irregular e impredecible que parecía ser controlable con medicación y tratamientos de medicina alternativa, pero nadie había encontrado ningún indicio de que pudiera estar peor.

¿Qué habría cambiado entonces? ¿El estrés de haberme ido a vivir sola habría elevado mi enfermedad a un nuevo nivel? ¿Habría sufrido

una trombosis o un infarto cerebral? Me estremecí, acurrucada en la cama y aferrándome a las sábanas. Si me hubiera sucedido algo así, ¿lo sabría? ¿Me dolería?

A lo mejor estaba todavía en medio de una fuga y no conseguía salir nunca de ella.

O a lo mejor estaba exagerando, siguiendo el ejemplo de mi madre. Me obligué a levantarme de la cama y me metí en la ducha, donde volví a abrir el grifo del agua caliente. Después, me preparé una sopa y una tostada, otra vez comida de enferma, aunque no estaba realmente enferma. Cuando terminé, me calenté un plato de los macarrones caseros de mi madre, que tenía en uno de los muchos recipientes del congelador que me había traído de casa. Con el vientre lleno de hidratos de carbono, me sentí mucho mejor.

Sabía que debería llamar a la doctora Gordon para que me hicieran algunas pruebas, pero sabía también que, fueran cuales fueran los resultados, se vería obligada a enviar un informe a las autoridades. Y me quitarían el carné durante otro año. Y, sí, sabía que era una irresponsabilidad por mi parte no decírselo, pero, afortunadamente, tenía transporte público para ir al trabajo y a otros muchos lugares, gracias a San Vitus, el patrón de los epilépticos. Aunque yo no tenía epilepsia. En realidad, no sabía lo que tenía.

Casi nunca estaba en casa a esas horas durante los días de diario, así que me asusté al oír un golpe metálico en la puerta, hasta que me di cuenta de que había sido el buzón. Abrí la puerta y alcancé a la cartera en la acera. Agarré el papel amarillo que acababa de dejarme y la saludé con él, para llamar su atención.

–¡Hola!

Sonrió.

–¡Ah, estás en casa! Has tenido suerte. Tengo un paquete para ti que no cabe en el buzón. Pensaba volver más tarde.

–Pues sí, he tenido suerte.

Le tendí el impreso y me pasó un paquete. Un sobre de tarifa plana con un remitente desconocido.

–Gracias.

Una vez en el interior de mi casa, rasgué el sobre. Cayó un DVD

en la palma de mi mano. *La noche de las cien lunas*. El estómago me dio un vuelco, fue como si estuviera en la cumbre de la primera caída en picado de una montaña rusa. Estudié la carátula. Parecía fotocopiada, y no una reproducción muy profesional. Lo abrí. En la parte de atrás, tanto el diseño como el texto estaban descoloridos y doblados. En el interior, encontré un DVD plateado con una pegatina.

¡Bah!

No había prestado demasiada atención antes de comprarla, pero Jen había dicho que era una película verdaderamente rara y difícil de encontrar. No me gustaba la idea de que alguien me hubiera vendido una copia pirata, pero ya era demasiado tarde. Lo único que podía esperar a esas alturas era que pudiera verla en mi reproductor de DVDs.

Debería llamar a Jen. Se lo había prometido. Pero Jen estaba trabajando y yo estaba en casa. Los días de baja debían dedicarse a ver películas en la cama. Con el DVD ardiéndome en la mano, no iba a ser capaz de esperar hasta la noche para ver la película. Además, estaba segura de que querría verla otra vez. Jen no tendría por qué enterarse de que era la segunda vez que la veía. Y, en cualquier caso, seguro que lo entendería. Ella había visto todas las películas de Johnny mucho antes de que yo me enganchara.

Una vez arriba, en mi dormitorio, encendí por fin el reproductor que me habían regalado mis padres la Navidad pasada, un regalo con el que pretendían celebrar el hecho de que me iba de casa y, por lo tanto, necesitaría mi propio equipo. Había terminado llevándome también el DVD de mi casa, porque yo les había comprado un Blu-ray. Desde que me había mudado a mi nueva casa, solo había visto películas en el cuarto de estar, decidida a vivir como una adulta, y no como una fracasada que estuviera viviendo todavía en el sótano de la casa de sus padres.

Ya no me sentía una fracasada. Me sentía decadente, en realidad. Propietaria de dos reproductores de DVD y dos televisores, quedándome en casa en un día de diario y a punto de tumbarme en la cama a ver una película. Era una situación muy diferente a la del

año pasado, cuando todavía tenía que entrar casi a hurtadillas a casa después de la medianoche, como si tuviera una hora de llegar y mi novio no pudiera quedarse a dormir en casa. Bueno, por fin tenía mi propia casa, y no tenía novio, pero pensaba que había salido ganando.

Me serví un helado con doble ración de chocolate fundido y me metí bajo el edredón con el mando a distancia en la mano.

Le di al *play*.

Conocía aquella casa. Conocía la cocina. Conocía a aquellas personas. Candy, Bellina, Ed, incluso Paul. Y Johnny. ¡Sí! Johnny con una camiseta y unos pantalones que deberían haber parecido desfasados y ridículos, pero que se ajustaban tan bien a su trasero que no pude menos que admirarlos.

Estaban sentados a la mesa de la cocina, riendo y hablando, mientras la cámara iba pasando de un rostro a otro. El sonido era malísimo, la música con sonidos metálicos y poco sincronizada. Tampoco había continuidad alguna entre escena y escena. Era como si hubieran rodado la misma escena desde diferentes ángulos y los protagonistas dejaran caer retazos de conversación mientras la cámara se movía. Había un argumento, o algo parecido a un argumento, aunque todos hablaban con frases muy forzadas, que no se parecían en nada a su verdadera conversación.

Paré la película. El helado se derretía en mi lengua. Coloqué el cuenco en la mesilla de noche y subí el volumen. Reconocía a aquella gente porque la había visto en Internet, ¿verdad? Había visto algunas secuencias de aquella película y mi mente había hecho todo lo demás. Así que no podía saber cómo hablaba ninguno de ellos, salvo Johnny, que era mejor actor que cualquiera de los otros y el único que podía sacar adelante la película.

Con la película detenida, pude estudiar la escena con más cuidado. No reconocí el reloj que había en la pared, ni sabía si había tantos armarios. Pero tampoco los había contado. Durante la fuga, no había prestado mucha atención a nada, salvo a Johnny, porque él era lo que mi cerebro quería recrear. El resto era todo...

–Mierda –musité en voz alta–. ¡Mierda, mierda, mierda! ¿Dónde

he visto esto? ¿Dónde he podido verlo?

Dejé la película y me levanté de la cama para ir a buscar el ordenador. Busqué la película y encontré la web en la que la había comprado, además de otras páginas de un ínfimo nivel que no había leído tan concienzudamente la vez anterior. Con un ojo en la pantalla de la televisión, fui revisando páginas que tenían una iluminación horrible, textos ilegibles y animaciones que procuré no mirar durante demasiado tiempo. Podrían haberle provocado un ataque a cualquiera que no tuviera una lesión cerebral.

Según una de aquellas páginas, *La noche de las cien lunas* había formado parte esencial de la programación nocturna de las televisiones por cable, había sido particularmente popular en programas como *Después de la medianoche*, el cual recordaba haber visto cada vez que venían mis amigas a dormir a casa, aunque no me acordaba de haber visto ninguna de las películas de Johnny. Paré otra vez la película y la comparé con una de las imágenes que aparecía en la página. Conocía aquella mesa, la cocina, a aquellas personas, pero era lógico. Las había visto antes, en algún momento que no podía recordar.

Solté una bocanada de aire, que no sabía que estaba reteniendo, con sabor a helado de chocolate. Mi cerebro tomaba fragmentos de cualquier cosa que hubiera experimentado antes y tejía con ellos una nueva ficción. Eso era lo que había pasado. Aquella fuga no se diferenciaba en nada de las anteriores. Únicamente, había sido más vívida y realista porque estaba enamorada de Johnny. Quería más, eso era todo.

Aun así, eso no explicaba el que hubiera aparecido desnuda en el vestíbulo de mi casa. Pero no quería pensar en ello en aquel momento. Dejé el ordenador a un lado y me concentré en la película. En ella, Johnny había abandonado la cocina para dirigirse al que debía de ser el jardín trasero y a una piscina que yo no había conocido. Se desnudó e inclinó el rostro hacia el sol.

La cámara le adoraba. Todo el mundo le adoraba. Quienquiera que hubiera grabado a Johnny lo había hecho con la mirada de un amante. La cámara recorría su cuerpo entero y se detenía en todos

aquellos rincones que yo quería besar, morder, succionar y lamer de verdad, no solo en mis fantasías. Johnny cruzó la piscina nadando. El agua cristalina no ocultaba sus piernas abriéndose y cerrándose, ni la flexión de los músculos.

Aquella parte de la película parecía la mejor editada. Los diferentes planos y frecuencias fluían. Johnny salió de la piscina con un movimiento lento y se apartó el pelo de la cara.

Yo sentí tal placer que solté un gemido del que me habría avergonzado si no hubiera estado sola.

Pero, al minuto siguiente, fruncí el ceño. Sandy, con una camiseta diminuta y unas bragas, estaba esperando a Johnny cuando este salió del agua. Se había subido el dobladillo de la camiseta y lo había metido por el cuello, de manera que quedara al descubierto un vientre que, rencorosa de mí, enseguida advertí no era del todo firme y plano. Yo hacía eso mismo con mi camiseta cuando de niña salía a correr en verano, pero nunca lo había hecho siendo una mujer. Me recordé a mí misma que aquella película tenía cerca de treinta años y que ser tan mala con una mujer cuyos pechos debían estar en aquel momento a la altura de su ombligo, solo serviría para que el tiempo terminara vengándose de mí.

–¡Eh, Johnny! –gritó Sandy con aquella voz irritantemente nasal que tenía durante mi fuga.

Dios, era insoportable. De todas las cosas que había tenido que retener mi cerebro, ¿por qué se había quedado con aquella? Por otra parte, pensé mientras Johnny salía de la piscina, no siempre se podía separar lo bueno de lo malo.

–¡Eh! –dijo Johnny.

–Ven aquí, quiero hablar contigo.

Johnny no se movió. Se limitó a mirarla entrecerrando un ojo para protegerse del sol.

–¿Qué quieres?

–Ven aquí.

Alargó la mano para acariciarle el pelo, y aunque yo sabía que era una película, me alegré de que él la apartara.

–Déjame en paz –le pidió Johnny.

Johnny se apartó bruscamente cuando Sandy alargó la mano hacia él, pero cuando se colocó tras él, le envolvió en un abrazo con brazos y piernas y comenzó a acariciarle los pezones, Johnny no intentó escapar.

–He dicho que me dejes.

–No.

Forcejearon un poco, pero Sandy no le soltó y él no se apartó. Sandy comenzó a bajar la mano, pero Johnny la detuvo dándole una palmada en la mano y reteniéndola contra su vientre. Sonriendo, Jen le mordisqueó el cuello. Él no sonreía. Su rostro parecía grabado en piedra. El agua descendía por su frente y sus pómulos hasta su barbilla en una sucesión de gotas resplandecientes.

–Estar cerca de ti me hace sentirme sexy, Johnny. Me siento muy sexy en este momento.

–Me alegro por ti –él no se movía.

Y tampoco se movió cuando ella le lamió, ni cuando le acarició los pezones. Ni siquiera cuando deslizó la mano más allá de lo que abarcaba la cámara.

–He dicho que no.

Johnny retorció el rostro en una mueca que parecía el eco de mi propia expresión. La empujó, por fin, se acercó desnudo hasta una silla y agarró una toalla.

Yo estaba desesperada por encontrarle un motivo a aquella escena. Saber que Sandy era su esposa, o su exesposa, o lo que fuera, solo servía para empeorar la situación. Estaba celosa. Me eché a reír, aunque mi risa sonó temblorosa y no se pareció en nada a mi risa habitual. Estaba celosa de algo que había pasado en una película rodada antes de que yo naciera.

–Es patético –me reproché a mí misma.

Pero, en el fondo, no me lo parecía. Al verlos juntos, me había sentido como cuando el chico que me gustaba en octavo sacaba a otras chicas a bailar. Quería terminar de ver cuanto antes la película o, por lo menos, aquella escena. Ni siquiera el trasero desnudo de Johnny bastaba para aliviar el dolor que me devoraba las entrañas.

El helado de crema se había derretido y la calefacción se había

conectado, haciendo que me molestara hasta el edredón. Y, de pronto, volvió a suceder.

Estaba de nuevo en la oscuridad.

Capítulo 11

–¡Eh!

La voz de Johnny me hizo salir de detrás del seto en el que de pronto me encontré.

–¿Adónde te has ido corriendo esta vez?

Si hubiera abierto la boca, apenas habría podido farfullar algo, así que presioné los labios en una sonrisa que esperaba pareciera sincera. El pelo de Johnny, mojado y peinado hacia atrás, me resultaba familiar, al igual que los vaqueros y la camiseta. Vino hacia mí con una sonrisa.

–Te has perdido a Paul –me dijo–. Acaba de irse. Mañana volverá porque dice que quiere seguir grabando.

Yo no podía hablar. Dejé que me abrazara y me besara. Dejé que me tomara un mechón de pelo y se lo enredara en el dedo. Pero seguía sin poder decir nada.

–¿Qué te pasa? ¿Estás enfadada por algo? No será por lo que ha pasado en la piscina, ¿verdad? Eso no era nada. Solo era para la película.

La película. La piscina. Acababa de ver a Sandy acariciándole de arriba abajo.

–¿Cuando estabas con Sandy?

–Sí, bueno, pero era solo... Mira, no importa, ella todavía siente algo por mí, pero no tiene ninguna importancia. Es solo una debilidad ¿sabes?

–Sí, lo sé.

Lo sabía, yo también tenía debilidad por Johnny.

–En cualquier caso, es una escena que querían que rodáramos para la película. Ella quería que lo hiciéramos de verdad, pero yo ya les había dicho a Paul y a ella que no pensaba participar en una

escena así. Por lo menos con Sandy. Pero tú no estabas por aquí. Ha sido una pena –sonrió–. Podría ayudarte a hacerte famosa.

–¿Cuánto... cuánto tiempo he estado fuera?

Johnny se encogió de hombros.

–¿Un par de horas, quizá? Tengo que decírtelo, Emm. Pensaba que habías desaparecido otra vez, que habías salido huyendo. Pero te has dejado aquí la ropa. ¿Cómo lo has hecho?

Volvió a mirarme frunciendo los labios con una mueca.

–¿Qué llevas puesto? –me preguntó de pronto.

Iba con unos pantalones de pijama con estampado de Batman y una camiseta ajustada. Ropa para cuando estaba enferma y tenía que quedarme en casa. Me había duchado, pero no me había secado el pelo, que caía todavía empapado por mi espalda.

–Bésame –le pedí, en vez de contestar–. Tú bésame.

Y me besó. Fue un beso largo y dulce, el beso que quería y necesitaba. Me besó como yo sabía que podría besarme en la vida real si pudiera convencerle de que al menos lo intentara. Le aparté, consciente de mi aspecto desaliñado y mi expresión desconcertada. Y borracha de amor.

Johnny inclinó la cabeza y me miró con los ojos entrecerrados.

–¿Emm?

El mundo volvía a moverse bajo mis pies. Deslizándose, como decía Paul Simon en su canción, pero la verdad era que dudaba de que alguna vez le hubiera sucedido a él algo parecido. Mierda. ¿Habrían escrito ya esa canción? No lo sabía.

–Bésame, Johnny.

Johnny me besó una y otra vez mientras el mundo giraba tan rápido que tenía la sensación de que iba a salir disparada. Comenzó a acariciarme, deslizó las manos bajo la camiseta y las posó al final sobre mis senos desnudos y me pellizcó los pezones. Nos besábamos en el jardín, entre los arbustos, como un par de amantes que estuvieran intentando evitar que los pillaran.

Podía oler el cloro en su piel, y también una fragancia tropical, aceite bronceador, quizá. Olía las ramas rotas y las hojas que pisábamos en los arbustos. Olía todo aquello y, bajo aquel olor,

percibía el desagradable olor de las naranjas llenándome la boca de saliva amarga.

–Tengo que irme –le advertí cuando ya no pude continuar luchando contra ello.

–Pero volverás, ¿verdad? Prométeme que volverás –Johnny me tomó un mechón de pelo y me retuvo con fuerza–. No te dejaré marchar a menos que me lo prometas.

–¡Te lo prometo! –las palabras salieron de mis labios convertidas apenas en un jadeo–. De verdad, volveré.

–Bien –dijo Johnny, y volvió a besarme–. Entonces, ¿volveré a verte?

–Sí –contesté–. Sí, sí, sí, Johnny.

Le solté, aunque él era lo único que me permitía mantenerme en pie. Sonreí y me despedí con la mano. Me volví, crucé el jardín y salí a la acera de la casa.

Parpadeé.

Mi cama. La televisión encendida, la película puesta y mostrando la misma escena. Sentía los pezones tensos y el clítoris palpitante. Caí sobre la almohada con la respiración en la garganta.

Posé las manos en mis senos, pero no sentí ningún calor, porque las caricias eran solo mías. Me imaginé besándole, tocándole. Mi cuerpo había reaccionado a los besos de Johnny y continuaba haciéndolo.

Deslicé la mano por la cintura del pantalón y encontré mi vagina, anhelante, vacía y lubricada. El clítoris latió cuando lo rodeé con el dedo. Alcé las caderas y empujé hacia arriba mientras me acariciaba. Me detuve y alcé la mirada hacia el techo, que debería haber quedado oculto por el rostro de Johnny, que en aquel momento no estaba conmigo. Que nunca estaría conmigo.

–Maldito cerebro. ¡No es justo!

Me humedecí los labios e imaginé el sabor de Johnny. Miré a la pantalla, donde en aquel momento estaba Johnny tumbado boca abajo, desnudo sobre la cama y con los ojos cerrados. Durmiendo. Soñando, a juzgar por su forma de mover los párpados y por el gemido que escapó de sus labios.

Aquel suspiro me llegó muy dentro. Estaba cargado de sensualidad y anhelo. Era un gemido muy parecido al que había salido de mis labios. En la pantalla de la televisión, Johnny estaba dormido, pero yo estaba despierta. Consciente. La mano que acariciaba mi clítoris era real. El orgasmo que iba creciendo dentro de mí, la tensión de los músculos de mi vientre... también aquello era real. La cama debajo de mí, la humedad que empapaba mis dedos mientras me masturbaba... todo aquello era real. Y cuando por fin llegó el orgasmo, también fue real.

Me atreví a salir justo después de las cinco, cuando ya no parecía tan escandaloso estar en la calle cuando se suponía que debería estar acostada en mi casa. El paseo hasta el Mocha fue suficientemente largo para que el aire frío ayudara a bombear la sangre y el ejercicio me hiciera sentirme mejor después de la copiosa comida en la que había buscado consuelo.

Estaba a punto de destrozar todos los beneficios de aquel esfuerzo con una ración de tarta y un café con leche bien azucarado, pero no me importaba. Necesitaba azúcar y cafeína.

–¡Eh! –saludé a Carlos–, ¿es que siempre estás aquí?

–Hay Internet gratis –contestó Carlos encogiéndose de hombros–. Así me ahorro cerca de cincuenta dólares al mes. Más que suficiente para cubrir el precio del café y los donuts.

Carlos volvió a encogerse de hombros y señaló el portátil.

–Cuando venda mi novela, te invitaré a todos los cafés que quieras.

–Trato hecho.

Me quité los guantes y los guardé en el bolsillo de la cazadora, que no era suficientemente gruesa para aquel duro invierno. Pero había perdido el abrigo, junto a mis vaqueros favoritos. Miré alrededor de la cafetería, que estaba prácticamente vacía.

–¿Quién ha venido hoy?

–Tu novio no, si es eso lo que estás preguntando –Carlos me dirigió una sonrisa de suficiencia.

La ignoré.

-¿Y sabes algo de Jen?

-Tampoco la he visto, pero eres tú la que eres su amiga, no yo.

Saqué el teléfono del bolso con un gesto teatral y le envié un mensaje preguntándole a Jen si pensaba pasarse por el Mocha.

-¿Y tú tienes algún amigo?

-Sí, y muy buenos -la sonrisa de Carlos fue más amable en aquella ocasión.

Respondí con una petulante sonrisa de mi propia cosecha y me acerqué al mostrador para pedir un café con chocolate blanco, menta y leche entera y una ración de bizcocho de café. Prácticamente podía oír los botones de mis pantalones gritando a modo de protesta, pero no me importó. En el pasado, la cafeína y el azúcar me habían ayudado con las fugas. Merecía la pena pasarse después unas horas extra en el gimnasio a cambio de aquel capricho.

Agarré el café y el bizcocho para dirigirme a una mesa situada en la parte de atrás y, justo en ese momento, el teléfono me vibró en el bolsillo y recé para agradecer a quienquiera que fuera el santo patrón de los móviles que mi preciado iPhone no estuviera en el bolsillo de los vaqueros cuando había perdido la ropa. Toqué la pantalla con el pulgar para ver el mensaje de Jen. Estaba de camino.

Yo no estaba segura de si iba a contarle lo de *La noche de las cien lunas*. No estaba segura de que pudiera ver otra vez la película. A lo mejor, me limitaba a prestársela.

Bebí el café dulce y caliente y pellizqué un poquito de canela del bizcocho de café. Me dediqué a observar a la gente. El Mocha era un buen lugar para hacerlo, puesto que estaba en el corazón del distrito residencial. La clientela era muy variada, había jóvenes y viejos, modernos haciendo cola detrás de mujeres maduras con los labios pintados y abrigos de leopardo. Vi algunos rostros que me resultaban familiares de las pocas noches que había salido por el centro. Harrisburg es una ciudad, pero muy pequeña, pensara lo que pensara mi madre.

Para cuando llegó Jen con las mejillas sonrojadas, los ojos chispeantes y una sonrisa que no pude menos que devolverle, ya me había terminado el bizcocho y me había bebido medio café. Estaba

vibrando después de tanta azúcar, pero no había señal alguna del olor a naranjas. Ni de mundos extraños. Nada giraba ni nada se deslizaba alejándose de mí. Y, por supuesto, no estaba Johnny.

Y yo quería que estuviera. Aunque eso significara volver a olvidar la realidad. La idea me sobresaltó, pero no podía decir que me sorprendiera.

–¿Qué pasa? –me preguntó Jen cuando me levanté para saludarla con un enorme abrazo del que solo era merecedora una buena amiga–. Pareces un poco ida.

–Yo... No, estoy bien, solo un poco cansada. Hoy no he ido a trabajar, me he quedado en casa.

Jen se apartó un poco y esbozó una mueca.

–No estarás con gripe...

–No.

Se inclinó hacia mí.

–¿Problemas en el mundo de la anatomía femenina?

Me eché a reír.

–No, solo estaba cansada y me dolía la cabeza. Creo que ha sido algo psicológico más que otra cosa.

–Pues yo también necesito un día así. He estado todo el día con niños de preescolar, aguantando sus carreras, sus narices sucias y sus pantalones manchados.

–¡Vaya! Y yo que pensaba que las nuevas generaciones estaban en buenas manos.

Jen sacudió la cabeza.

–La cuestión es saber en qué demonios estaba pensando yo cuando decidí trabajar en una guardería. El horario me pareció bueno y me gustan los niños. Adoro a mis sobrinos y, teniendo en cuenta que es más que probable que se me haya secado el vientre antes de que haya conocido a alguien con quien tener mis propios hijos...

–¡Oh! Cierra la boca, ¿quieres? ¿Cuántos años tienes? ¿Veinticinco? ¿Veintiséis?

–A partir de los veinticinco comienza la cuesta abajo, Emm –lo dijo tan seria que pensé que realmente lo pensaba, hasta que se echó

a reír.

–¿Y entonces yo qué soy?

Jen hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

–Tú estás muy bien.

–¿Bien para ser tan vieja?

–¿Cuántos años tienes? –se quitó el abrigo y lo colgó en el respaldo de la silla, pero no se sentó.

–Voy a cumplir treinta y dos.

–¡Ah! –pensó un momento en ello–. Bueno, supongo que siempre podrás adoptar.

–Zorra –la insulté mientras se dirigía hacia el mostrador para pedir.

Cuando estuvo de vuelta con el café, Jen volvió a mirarme.

–Supongo que sabes que estaba bromeando.

–Sí, lo sé. De todas formas, no pienso tener hijos, así que no pasa nada.

–¿De verdad? –sopló el café para enfriarlo antes de beber un sorbo.

A pesar de su precaución, se quemó la lengua y esbozó una mueca.

–No –nunca le había hablado de mi lesión cerebral y no estaba segura de que aquel fuera el momento para hacerlo–. Pero vamos, tampoco es que ahora tenga que preocuparme por ello.

–Eso nunca se sabe. A lo mejor mañana conoces a tu príncipe azul –contestó Jen.

–Bueno, lo mismo digo. Nunca se sabe lo que puede ocurrir.

Jen miró alrededor del Mocha y frunció el ceño.

–Tienes razón, pero lo que no creo es que vaya a ocurrir aquí.

Ambas nos echamos a reír y alzamos la mirada al oír el tintineo de la campanilla de la puerta. Me quedé helada. La risa de Jen se transformó en un suspiro de felicidad. Nos miramos la una a la otra y desviamos la mirada rápidamente para no echarnos a reír.

El abrigo de Johnny rozó nuestra mesa cuando pasó a nuestro lado y posé los dedos en el lugar que había acariciado. Descubrí a Jen mirándome y me encogí de hombros.

–Estás mucho peor de lo que he estado yo nunca –me advirtió.

–Hoy he recibido la película.

Bajé la voz, consciente de que Johnny estaba a solo unos metros de distancia. Después de lo groseramente que me había echado de su casa cuando había ido a llevarle las galletas, no quería que me oyera hablar de él como la admiradora desesperada que creía que era.

–¿La noche de las cien lunas? ¡Bieven! –ella misma se chistó, obligándose a bajar la voz, aunque Johnny no parecía haberla oído–. Genial, ¿cuándo podemos verla? Un momento, seguro que tú ya la has visto, ¿verdad?

–Lo siento –admití–. No he podido evitarlo.

–Chica, no pasa nada –alzó la taza en mi dirección–. Yo la habría visto nada más sacarla del sobre. ¿Qué tal está? Es difícilísima de encontrar, pero se supone que es increíble.

–Es... –la verdad era que apenas podía recordar la película–. Supongo que si fuera una crítica de cine, podría decir muchas cosas buenas de ella. Podría hablar de las innovaciones cinematográficas y esas cosas, o, quizá, del significado existencial y las crisis de los jóvenes en la sociedad moderna.

–Sí, todas esas cosas de las que no tenemos ni idea –respondió Jen solemnemente–. Precisamente por eso somos amigas.

–No, ahora en serio. Se parece mucho a las otras, aunque con más improvisaciones.

Jen bajó la voz y desvió la mirada hacia Johnny, que acababa de llevarse el café a una mesa situada en el otro extremo de la cafetería.

–Dime por lo menos que sale desnudo.

–Completamente.

–Entonces, merece la pena. Porque si Johnny Dellasandro sale desnudo en una película, la película no puede ser mala.

–Sale también su esposa. Su exesposa.

–¿Cuál?

–¿Es que ha tenido más de una?

–Creo que ha tenido tres o cuatro –contestó, mirándole a hurtadillas.

Johnny tenía que saber que estábamos hablando de él, o que

estábamos mirándole. ¿Cómo iba a pasarle por alto? Éramos peores que un par de niñas en las últimas filas de la clase pasándose notas sobre lo bueno que estaba el sustituto.

–¿Cómo es posible que no me haya enterado?

–Porque a lo mejor en Google solo buscas fotografías de Johnny desnudo.

Le tiré una servilleta.

–¡Shh!

Jen rio tapándose la boca con las manos.

–¡Lo siento!

–Pero ahora no está casado, ¿verdad?

–Creo que no.

–¿Y sale con alguien? –pregunté.

Jen arqueó las cejas.

–Mis investigaciones tienen sus límites. Pero no creo. Si sale con alguien, no la ha traído por aquí. Aunque la semana pasada estuvo con aquella chica, y le he visto alguna que otra vez con ella.

–Mierda –estaba desolada y no me molesté en disimularlo.

–Pobrecilla –me consoló Jen con compasión–. Mírate.

Fruncí el ceño y me lamí el dedo para rescatar los últimos restos de azúcar de mi plato.

–Lo sé, es patético, ¿verdad?

–Deberías hablar con él. O, aunque solo sea, saludarle.

Suspiré y me arriesgué a mirarle, aunque Johnny estaba concentrado en un libro cuyo título no podía ver desde donde estaba.

–Ya lo he hecho.

–¿Y?

La miré dispuesta a confesar la verdad.

–El otro día le llevé unas galletas para darle las gracias por todo lo que había hecho por mí el día que resbalé en el hielo.

–¡Te has acostado con él!

Se volvieron varias cabezas hacia nosotras. Afortunadamente, no la de Johnny Dellasandro. Jen bajó la voz hasta convertirla en un siseo.

–¿Te has acostado con Johnny Dellasandro?

–¡No, no! –desmentí mientras mis mejillas se convertían en sendos infiernos–. La verdad es que no quiso saber nada de mí. De hecho, ni siquiera probó las galletas que le llevé. Es un antipático.

–¡No! –se reclinó en la silla con expresión de derrota–. Bueno, siempre ha sido un tipo poco sociable, ¿pero de verdad es tan estúpido? Qué decepción. ¿Le dijiste que querías acostarte con él o algo parecido? Porque, probablemente, yo se lo habría dicho.

–No. Solo le dije que le había hecho unas galletas porque había comentado que le gustaban las galletas caseras.

Jen soltó un bufido burlón.

–¿Y a quién no?

–Aparentemente, a Johnny Dellasandro. Por lo menos, las mías. Y si ni siquiera estuvo dispuesto a comerse una de mis galletas, dudo seriamente que quiera comerme ninguna otra cosa.

Jen estalló en carcajadas y yo la imité, aunque ni siquiera había intentado ser graciosa. Estuvimos riendo a carcajada limpia hasta que el propio Johnny volvió la cabeza para mirarnos. Nuestras miradas se cruzaron, la de él, sombría, y la mía, seguramente, llena de diversión. Podría haber dejado de reír al sentir el peso de su mirada, pero no lo hice. Que se fastidiara, pensé. No iba a fingir que me intimidaba.

–Bueno, ahora tengo que darme prisa. Voy a llevar a mi abuela a la peluquería –Jen suspiró una vez agotadas las risas y se levantó–. ¿Cuándo puedo ir a ver la película?

–¿El jueves te parece bien?

–Por mí, estupendo. ¿Tú quieres volver a verla?

No estaba segura, pero de todas formas, asentí.

–¡Claro!

–Genial. Nos veremos el jueves –se echó a reír sacudiendo la cabeza y susurró–: ¡Galletas! –inmediatamente después, se marchó.

Permanecí sentada durante un par de minutos más, intentando reunir valor para enfrentarme al frío de la calle, que ya estaba a oscuras. Fui al cuarto de baño para retrasar el momento y cuando salí, Johnny ya se había ido. Aunque no muy lejos, estaba justo en la puerta del Mocha, encendiéndose un cigarrillo.

Me detuve al verle. Estuve a punto de saludarle, pero me lo pensé

mejor. Después, volví a pensármelo. Yo saludaba a cualquier desconocido que me encontraba en la calle. Y Johnny no iba a ser menos, ni más.

–¡Hola! –le saludé, intentando parecer natural.

Johnny asintió y soltó una bocanada de humo que el viento se llevó rápidamente. Llegó hasta mí parte del olor, pero por lo menos no era olor a naranjas. Le dirigí otra mirada, obligándome a no lanzarme a sus brazos y ponerme en ridículo. Aunque cuando comenzaron a castañetearme los dientes, era casi imposible no parecer algo que no fuera ridícula.

Teníamos que caminar en la misma dirección. Sin decir una sola palabra, comenzamos a hacerlo los dos al mismo tiempo. Aquellas fueron las tres manzanas más largas de mi vida. Y, probablemente, también las más frías.

Pero no quería que llegara el final.

Para cuando llegué a mi casa, estaba estremecida por el frío. La mandíbula me dolía de la fuerza que hacía para evitar que me castañetearan los dientes. Tenía la nariz helada y no sentía los dedos. Me volví en la puerta de mi casa, pensando que Johnny continuaría caminando sin decir una sola palabra, tal y como había hecho durante todo el camino.

–Deberías haberte puesto otro abrigo –me recomendó.

Me volví para mirarle.

–¿Qué?

Se había acabado ya prácticamente el cigarrillo y me señaló con la colilla.

–Tu abrigo no abriga lo suficiente. Deberías haber traído otro mejor.

–Yo... eh, no encuentro mi otro abrigo –respondí.

Johnny me estudió durante lo que a mí me pareció muy largo rato.

–¿Ah, no?

–No.

–Bueno –dijo Johnny mientras continuaba avanzando por la acera–, deberías conseguir otro Y aquello fue todo. Le vi dirigirse

hacia su casa sin mirar atrás ni una sola vez.

Capítulo 12

Así que no hubo ninguna propuesta matrimonial. Aun así, me fui a la cama con el corazón y la cabeza agitados. Dormí profundamente, sin sueños, y me desperté renovada. Sin olores extraños y sin ningún cambio a mi alrededor. Me sentí mucho mejor de lo que me había sentido desde hacía semanas. La diferencia, en realidad, era tan sutil e imperceptible que no la habría notado si no hubiera estado tan pendiente de hasta la más mínima punzada que sentía.

Después del trabajo, localicé el vestido que quería mi madre y decidí de pronto que iba a llevárselo a su casa. Harrisburg estaba a solo cuarenta y cinco minutos de Annville y tampoco tenía nada mejor que hacer. Ni peor. Y... quería ver a mi madre. Después de todo lo que había pasado, necesitaba sentarme en la vieja mesa de la cocina con un chocolate caliente y dejar que me mimaran un poco.

Pero cuando llegué allí, la casa estaba en silencio y a oscuras. No había ningún coche en el camino de la entrada. Me dirigí a la puerta principal sintiéndome como una invitada, a pesar de que tenía mi propia llave de la casa.

—¿Hola?

No hubo respuesta.

Miré el reloj. Eran poco más de las siete en punto de la tarde. No podía decirse que fuera tarde, pero, para mis padres, aquella hora equivalía a las dos de la madrugada. Busqué las llaves en el bolso, entré y dejé el bolso en una silla, justo al lado de la puerta, aunque mi madre siempre me regañaba por dejar las cosas en cualquier parte.

Aunque ya no tenía ninguna otra parte en la que dejarlo. Ya no vivía en aquella casa.

–¿Mamá? ¿Papá? –dejé el vestido negro, todavía enfundado en el plástico de la tintorería, en el perchero–. ¿Hola?

El crujido de las ruedas sobre la grava me alertó de que un coche estaba entrando en el camino de acceso a la casa. Un minuto después, se abrió la puerta del garaje, haciendo temblar los platos de cerámica que colgaban de las paredes del comedor. Entré en la cocina justo en el momento en el que mi madre cruzaba la puerta que daba al garaje.

Soltó un grito al verme. Yo también grité.

–¡Emmaline!

–¡Mamá! –comencé a reír–. ¿No has visto mi coche fuera?

–No te esperaba –dijo mi madre, llevándose la mano al corazón. Resopló–. ¡Me has dado un susto de muerte!

–Lo siento –disgustada, me acerqué a ella para darle un abrazo. Mi padre entró en ese momento–. ¡Hola, papá!

Mi padre me saludó con un beso y un abrazo. Pasó por delante de nosotras y se dirigió hacia su dormitorio, como si para él mi visita no representara nada especial. Dios, ¡cuánto quiero a mi padre!

Mi madre me retuvo entre sus brazos y me recorrió de la cabeza a los pies.

–Estás más delgada.

–¡Ojalá! Pero tú sí que has adelgazado –hacia solo un mes que la había visto, pero había perdido mucho peso. Iba con chándal y había dejado caer la bolsa del gimnasio a sus pies cuando me había visto–. ¿Estabais en el gimnasio?

Mi madre miró la bolsa, después su ropa y después a mí.

–Sí, tu padre y yo hemos decidido ponernos en forma.

Mi madre nunca había sido gorda, solo una mujer ligeramente redondeada de caderas y muslos y con mucho pecho. Me resultaba extraño ver sus mejillas tan demacradas. Le había llevado el vestido pensando que habría pocas probabilidades de que le sirviera, pero en aquel momento tenía la sensación de que a lo mejor le quedaba incluso grande.

–Vaya, deberías darme la receta.

Era una muletilla que mi madre siempre utilizaba y la dije en el

mismo tono que usaba ella. Mi madre se echó a reír y me abrazó con fuerza. Yo cerré los ojos y la abracé también.

–¡Oh, mi niña! ¡Cuánto te he echado de menos!

–Mamá... –le dije por la fuerza de la costumbre, no porque realmente me importara.

–¿Qué estás haciendo aquí? –me preguntó cuando nos separamos.

–Te he traído el vestido.

–¡Qué bien! –mi madre sonrió radiante–. Déjame darme una ducha rápida y después me lo probaré. ¿Has cenado ya? Pensaba preparar una ensalada para tu padre y para mí, pero también han quedado sobras en la nevera.

–No, de verdad, estoy bien.

Abrí la nevera para sacar leche, pero cuando abrí después el armario para sacar el chocolate en polvo, no lo vi. Y la mesa, comprobé cuando me fijé en ella, también era nueva. Tenía la misma forma y el mismo color que la anterior, pero, definitivamente, era nueva. Volví a guardar la leche en la nevera y me dejé caer pesadamente en una silla.

–Bueno, ¿qué te parece?

Mi madre entró en la cocina casi tímidamente, con el vestido puesto. Le quedaba perfectamente, solo un poco ancho en el pecho. Giró lentamente.

–Te queda muy bien.

–¿Tú crees?

Tiró suavemente del escote, que era mucho más pronunciado que los que ella normalmente llevaba.

–¿No es demasiado sugerente?

–No, en absoluto. Con el pelo recogido y una gargantilla bonita, te quedará precioso. Aunque tendrás que cambiarte de zapatos –señalé los calcetines gruesos que llevaba y las dos sonreímos.

–Muy bien. Bueno, entonces esto ya está.

Se alisó el vestido sobre el vientre y se volvió para mirar su reflejo en el espejo que colgaba de la puerta por la que se accedía al sótano.

–Así no tengo que comprarme uno nuevo.

–¿Cuándo te lo vas a poner?

Pensaba que me diría que tenía una boda o algo parecido.

Mi madre se mordió el labio durante unos segundos antes de mirarme con los ojos llenos de lágrimas.

–Tu padre va a llevarme a un crucero por nuestro aniversario.

–¿Qué? –la miré con la boca abierta.

–Sí. Y una de las noches hay una cena formal. Este traje me quedará perfecto.

Yo todavía no era capaz de procesar aquella información.

–Un crucero... ¿papá y tú?

–Sí –contestó–. ¡Un crucero por Alaska!

Ni siquiera por el Caribe, que estaba mucho más cerca.

–¡Vaya! Eso es genial, mamá.

–No hemos vuelto a hacer un viaje juntos desde... bueno, desde nuestra luna de miel.

Por mi culpa. Jamás me lo había dicho. Yo conocía a montones de padres que nunca se habían ido de vacaciones sin sus hijos cuando estos eran pequeños, pero mis padres nunca habían podido alejarse de casa cuando ya todos sus amigos habían comenzado a salir durante los fines de semana. Y a disfrutar de cruceros.

Me atraganté de pronto, estaba a punto de empezar a llorar, y no quería que mi madre lo viera.

–Suena divertido. ¿Cuándo os vais?

–No nos iremos hasta el mes de marzo. Por eso nos hemos apuntado a un gimnasio. Marianne Jervis, te acuerdas de ella, ¿verdad? Bueno, el caso es que dice que en los cruceros te atiborras de tal manera que puedes volver con cinco kilos de más. Así que he pensado que debería quitármelos antes de ir –volvió a alisarse el vestido.

–Estoy segura de que lo pasaréis en grande. Y estás guapísima.

Mi madre me miró entonces con atención.

–Emm, ¿estás bien?

No había chocolate en polvo para la leche. La mesa era nueva. Y mi madre, con aquel vestido de noche, estaba mucho más guapa y más joven de lo que yo podía recordar. Aquellos eran los cambios que se habían producido en mi casa desde que me había ido y no quería

arruinar su emoción con mis propios temores.

–Siempre me preguntas lo mismo. ¿Y qué te contesto siempre?

–Siempre dices que estás bien –contestó mi madre.

–Entonces es que estoy bien.

–De acuerdo. Ahora déjame ir a cambiarme. ¿Piensas quedarte mucho rato? Puedo calentarte algo para cenar.

–Si no te parece mal, me gustaría sacar algunas cosas del sótano.

Mi madre me miró con cierto recelo.

–Por supuesto que no, cariño. Esta es todavía tu casa. Y siempre lo será.

Me bajé al sótano antes de echarme a llorar. El baqueteado y adorado sofá que había dejado en casa estaba todavía allí. Me hundí en él cubriéndome la boca con las manos para ahogar en ellas hasta el más mínimo gemido que pudiera escapar de mi garganta. Lloraba por razones que ni siquiera yo podía entender. Quería ser independiente. ¿Por qué entonces me sentía de pronto abandonada?

Me obligué a detenerme antes de derrumbarme por completo. Derrumbarme en aquel momento habría sido ridículamente sensiblero, por no decir egoísta. Y estúpido. Y además, deshonesto, porque sabía perfectamente que si le decía a mi madre que había vuelto a tener fugas, me ataría a la silla de la cocina y se negaría a dejarme marchar hasta que no concertara una cita con mi doctora. Y, quizá, ni siquiera entonces.

Yo quería decirle que podía mimarme y cuidarme. Pero no quería decírselo, porque sabía que lo haría. Y las dos cosas no podían ser. Esa carga tenía que asumirla yo, no ella. Tenía casi treinta y dos años y ya iba siendo hora de que me las arreglara sola.

Había dejado muchas cosas en mi casa, entre ellas, unos cuantos cubos de plástico llenos de todo tipo de objetos. Los anuarios del colegio, álbumes de fotografías, muñecas y ese tipo de cosas. Objetos que pensaba que no querría volver a ver nunca y en los que, sin embargo, me había descubierto pensando mientras abría las cajas en mi casa nueva.

Sí, de acuerdo, sabía que era una tontería querer ver a mi muñeca Mandy sentada en la estantería, como había estado durante todos los

años que había vivido con mis padres. Había dejado todas esas cosas detrás porque, precisamente, quería tener una casa de adulta. Y, sin embargo, me parecía desnuda sin todos aquellos objetos de mi infancia. Saqué los cubos y los abrí para asegurarme de que cada uno de ellos contenía lo que pensaba. No quería llevarme por error los adornos de Navidad. Todo estaba allí tal y como lo había dejado meses atrás. Y en la parte superior del tercer cubo había...

–¡Eh, mamá! –pregunté mientras subía las escaleras. Mi madre apareció con su atuendo habitual, los vaqueros y la sudadera, y una manopla de cocina en la mano–. ¿Esto lo has guardado tú?

–¿A Georgette? Sí. La encontré detrás del sofá cuando estaba limpiando y me imaginé que la querías.

Agarré aquella koala de peluche que me cabía justo en la palma de la mano. Había perdido el pelo en algunas zonas y uno de los ojos había sido cuidadosamente pegado después de haberse perdido durante todo un día. Me la había comprado mi abuelo el día que me había caído en el parque. Todavía recordaba el momento en el que me había despertado y había encontrado a mi lado aquel juguete nuevo al que pronto había aprendido a querer más que a ningún otro.

–No puedo creer que la hubiera olvidado –la presioné contra mi corazón.

–Puedes llevártela a casa.

–Sí, es lo que pienso hacer.

La llevé a casa sentada en el asiento del acompañante. Cuando salí del coche, la metí en el bolsillo del abrigo, un abrigo viejo que me había llevado de casa de mis padres, puesto que el otro todavía no lo había encontrado. Después, saqué uno de los cubos del maletero y lo dejé en la puerta de la calle.

Alguien me había dejado un paquete en la puerta. Bueno, era una bolsa de papel marrón. Dejé el cubo y rebusqué las llaves en el bolso. Me había olvidado de cambiar la bombilla de la lámpara del porche, así que el contenido de la bolsa era un misterio. Empujé la puerta, coloqué el cubo encima de la alfombra para no manchar el suelo de nieve y después agarré la bolsa de papel.

Era mi abrigo.

Y algo más que mi abrigo. Estaba también el resto de mi ropa pulcramente doblada. El sujetador, las bragas, la blusa, los calcetines y la camiseta. Y mis vaqueros favoritos. Las únicas que habían desaparecido eran mis botas. Busqué en la bolsa alguna nota, pero no encontré nada.

–Mierda –susurré–. ¡Mierda, mierda, mierda!

La ropa olía a cedro cuando comencé a sacarla. De los pliegues de la blusa salió un pedacito de papel. Cayó revoloteando al suelo, meciéndose en la corriente de aire que entraba a través de la puerta, todavía abierta. La cerré antes de agacharme a recoger el papel. Era un recibo de la tintorería, bastante ajado y amarillento. Parecía antiguo. En el recibo figuraba un nombre.

–¡Mierda, mierda mierda!

Aquella vez lo dije en voz alta y con los ojos cerrados. Esperaba descubrir al abrirlas que todo habían sido imaginaciones mías.

–¡Mierda!

El nombre del recibo era el de Johnny. Gemí mientras lo arrugaba, después, me lo pensé mejor, lo alisé en la palma de la mano y me lo guardé en el bolsillo.

Justo en ese momento sonó mi teléfono móvil. Era Jen.

–¡Hola!

–¡Eh, hola! –me dijo–. Escucha, ¿te importaría que dejáramos para otro día la cita de esta noche? Me siento fatal, pero, bueno, es que tengo una verdadera cita. No es que la tuya no lo fuera, claro –añadió precipitadamente.

Me eché a reír.

–Claro que no me importa. ¿Con quién has quedado?

–Con un chico que se llama Jared. Y no te lo pierdas, es director de una funeraria.

–¡Vaya! Por lo menos tiene trabajo, que es más de lo que puedo decir del estúpido de mi exnovio.

Se echó a reír.

–Sí. El caso es que se supone que teníamos que salir el viernes por la noche, pero a veces le llaman a las horas más extrañas y me ha preguntado que si no me importaría que quedáramos el jueves.

–¿Cómo has conocido a ese tipo?

Metí de nuevo las prendas de ropa en la bolsa de papel, alegrándome de haberlas recuperado, pero sin estar preparada todavía para enfrentarme a lo que aquella devolución podía significar.

–Nunca te he oído hablar de él.

–Casi me da vergüenza decírtelo.

–Pero chica, ¿a ti cuándo te ha dado algo vergüenza?

–Le conocí en un entierro. Hettie, la hermana de mi abuela, murió hace un par de meses. Jared se encargó de organizarlo todo.

–¿Te pidió una cita en el funeral de tu tía abuela? Increíble.

No podía llevar el cubo de plástico y hablar por teléfono al mismo tiempo, así que fui a la cocina a conectar el hervidor de agua caliente, con Georgette en la otra mano. Dejé el peluche en la mesa.

–No, no me lo pidió entonces. Me puse en contacto con él a través de Connex. La página de la funeraria tiene una sección de admiradores.

–¿Qué? –aquello me dejó muerta, y no iba con segundas–. Estás de broma.

–Claro que no. En realidad, no es tan terrible como crees. Es más una página informativa, aunque reconozco que es un poco raro ser seguidora de la página de una funeraria. Pero empezamos a hablar de esa forma y después él me pidió salir.

–A lo mejor tengo que conectarme a Connex más a menudo.

No pensaba hacerlo. Para mí, Connex era una auténtica pérdida de tiempo incluso para alguien con una vida social tan limitada como la mía.

–Es monísimo, Emm, y muy divertido.

–Me alegro mucho por ti. Que te diviertas el jueves. Y no te preocupes, de verdad, ya te dije que la película no era tan buena.

–¡Cualquier película de Johnny tiene que ser buena! –contestó, pero sin la convicción con la que solía decirlo antes.

Jared debía de ser realmente encantador, pensé, pero no la envidiaba.

–¿Estás segura de que no te importa? Se supone que las amigas

son más importantes que los chicos y todo esto.

–No, claro que no. Por lo menos una de nosotras se está poniendo en acción.

–Es solo una cita –me recordó Jen, pero se adivinaba la emoción en su voz.

–Que te diviertas –volví a decirle–. Espero un informe completo para el viernes.

–Lo tendrás.

Colgamos justo en el momento en el que la tetera comenzaba a silbar. Eché el agua caliente sobre el té y fui a sacar los otros cubos de plástico del coche mientras se iba haciendo. Pasó un coche por la calle y paró delante de la casa de Johnny. Yo intenté concentrarme en ordenar el maletero mientras miraba de reojo para ver quién salía del coche.

El primero fue Johnny, por supuesto. Pero también bajó la mujer a la que había visto con él en la cafetería. Johnny esperó para ayudarla a cruzar la acera helada posando solícito la mano en su codo. Surgieron en mi interior unos celos irracionales e inútiles. Cerré el maletero con tanta fuerza que el sonido metálico se oyó claramente en toda la calle. Los dos se volvieron. Yo fingí estar ocupada con mi equipaje.

Johnny no se lo merecía. Mis fragmentadas fantasías no me daban ningún derecho a sentir absolutamente nada acerca de lo que Johnny hiciera con su vida. En realidad, no éramos amantes. ¡Diablos! Si ni siquiera éramos amigos...

Aun así, fui soltando toda una ristra de maldiciones mientras iba sacando las cosas que me había llevado de casa de mis padres y las iba colocando por toda la casa. Los libros de la colección *Little Golden Books* en una estantería y un dibujo enmarcado que había hecho de niña en la pared del cuarto de estar. Me detuve para observarlo. No estaba del todo mal. Probablemente, esa fue la razón por la que mi madre lo enmarcó. Era más artístico de lo que pensaba.

Lo había firmado con mis iniciales en la esquina derecha: E.M.M., Emmaline Marie Moser. Sonreí como hacía siempre que veía mi nombre escrito de ese modo. Tenía unos padres inteligentes.

Había dibujado una casa con una mujer y un hombre delante. La mujer era una princesa, o una novia, o a lo mejor las dos cosas. Era difícil decidirlo. Por el vestido rosa abullonado, el velo y las flores, podía ser las dos cosas. Le daba la mano al hombre que tenía a su lado y sus sonrisas, hechas con una sola línea curva, iban de oreja a oreja. Él parecía más un príncipe que un novio, puesto que no llevaba traje, sino un abrigo largo y negro con una bufanda de rayas.

Volví a mirar de cerca. Un abrigo negro y una bufanda larga de rayas. El estómago me dio un vuelco. Alargué la mano hacia la fotografía, hacia el cristal polvoriento y el marco de madera con las esquinas ligeramente despegadas.

Aquella era mi casa. La casa a la que me había mudado. Alta, estrecha, con tres ventanas a un lado de la puerta de la calle y otra en el otro lado. Sí, por supuesto, podía ser cualquier casa, pero era igual que la mía.

Y entonces lo vi: *TARDIS*. Las iniciales de la nave de ficción en la que el Doctor Who viajaba en su serie a través del espacio y el tiempo.

–Hola, Doctor –volví a acariciar la figura otra vez.

Misterio resuelto. Yo había sido una seguidora enloquecida del Doctor Who cuando era niña. Sin pretender faltar al respeto a los que habían llegado después, Tom Baker sería siempre mi doctor.

Así que aquel era el Doctor, no Johnny.

–Qué loca –dije con cariño a la niña de ocho años que en otro tiempo había sido.

Y volví a colgar el dibujo.

Todavía quedaba por resolver la cuestión de la ropa y me estuvo carcomiendo durante todo el tiempo que estuve en el trabajo. Incapaz de hacer otra cosa, conjuré los peores escenarios. Por lo menos no había hecho nada ilegal. O si lo había hecho, no me habían pillado. No había terminado apareciendo en los informativos de la noche ni, al menos que yo supiera, en YouTube. Ni en YouPorn, gracias a Dios.

Aunque si hubiera pasado algo así, por lo menos habría

terminado enterándome de lo que había hecho.

No iba a quedar otro remedio. Tendría que hablar con Johnny sobre ello. Él me había devuelto la ropa, no podía fingir que no había ocurrido nada. Fuera lo que fuera.

¡Qué asco de vida!

En aquella ocasión, no me presenté en su casa con un plato de galletas. No sabía si una oferta de paz sería apropiada en esa ocasión y no quería entrometerme en su vida más de lo que, aparentemente, lo había hecho hasta entonces. Así que decidí ir a la galería.

La galería Tin Angel ocupaba la mayor parte de una antigua mansión que había sido convertida en un edificio de oficinas. No estaba vacía cuando entré, algo que me pareció sorprendente para tratarse de un jueves por la noche. Por supuesto, no tenía por qué haber dado por sentado que porque a mí no me interesara el arte no podía interesar a los demás. Había parejas paseando por las salas con copas de vino y platos llenos de queso y uvas y haciendo comentarios sobre los cuadros que colgaban de las paredes y las esculturas exhibidas sobre pedestales. Se oía una suave música de fondo.

Genial. Me había presentado en medio de una fiesta. Pero lo que al principio me pareció una especie de recepción especial resultó ser una actividad de todos los jueves. Lo deduje al oír comentar a una pareja que había estado allí la semana anterior buscando un regalo para la fiesta de inauguración de la casa de una amiga. Al parecer, aquella semana habían ido a buscar un regalo de boda.

Me tomé mi tiempo y estuve paseando por las salas. Los suelos de madera resplandecían y aunque ninguna de las paredes era del todo recta, el color blanco con el que estaban pintadas y las cortinas transparentes de las ventanas disimulaba el efecto. Había lucecitas de colores en árboles plantados en macetas y colgando de las habitaciones con suelos más altos.

–Este lugar es maravilloso –le comenté a una pareja que parecía recién salida de las páginas de una revista de moda.

Me alegré de haber ido directamente desde el trabajo. Por lo menos iba con falda y tacones en vez de con vaqueros y botas.

–Es increíble lo que Johnny ha hecho con este lugar, ¿verdad? –

dijo la mujer—. Mira esas piezas. Resulta difícil creer que se pueda encontrar en Harrisburg una cosa así. ¿Quién iba a imaginar que había tanto talento local?

—Es en lo que está más centrado, ¿verdad? —creía recordar que Jen había comentado algo parecido.

—Sí, y en su propio trabajo, por supuesto. Conoces la obra de Johnny, supongo.

El hombre que estaba con ella se alejó, seguramente para volver a llenar el plato de queso. La mujer alzó la copa de vino señalando en mi dirección.

—Por supuesto.

Para ser sincera, en todas mis búsquedas, la única parte de la vida de Johnny a la que no había prestado atención había sido su obra artística. Conocía parte de la historia de su vida, pero poco más.

—Tenemos mucha suerte al contar con un artista de su calibre. Y el apoyo que está prestando a los artistas locales es increíble —estaba un poco borracha. Se apoyó en mí—. Y cómo está él, ¿eh?

Me aparté disgustada.

—Sí. ¿Sabe si está aquí?

—Johnny siempre está aquí los jueves. Esta es su casa —añadió, como si yo fuera una maldita ignorante.

Y a lo mejor era una ignorante, pero no iba a ser una cobarde. Le di las gracias y continué yendo de sala en sala hasta que le vi. Estaba al fondo de la última sala, hablando con un grupo de hombres que, asumí, eran artistas, a juzgar por su ecléctica indumentaria.

Johnny sonreía, se reía incluso, y ¡Dios mío, qué guapo estaba! El deseo se encendió como un fuego en mis entrañas, fiero y repentino, pero agradecí el dolor que me producía como un dolor merecido. Permanecí durante unos segundos en la puerta, viéndole interactuar con el grupo que le rodeaba, y volví a sentir el aguijón de los celos. En aquella ocasión, no tenían un carácter sexual. Si Johnny estaba coqueteando con alguien, era suficientemente sutil como para que yo no lo viera. Pero parecía como si de verdad le gustara estar con las personas que le rodeaban, y yo quería ser una de ellas.

Alzó la mirada. Me vio. No desapareció su sonrisa, y tampoco

dejó de reír. No me saludó, pero por su expresión tampoco se deducía que quisiera que me marchara. En realidad, parecía como si hubiera estado esperándome durante todo ese tiempo.

Me entretuve contemplando las obras expuestas en la sala mientras sus admiradores iban presentándole sus respetos y yéndose uno a uno, hasta que, al final, solo quedamos él y yo en la sala. Le sentí detrás de mí y continué mirando el cuadro que tenía ante mis ojos mientras intentaba reunir el valor que necesitaba para decir algo.

Johnny no esperó tanto.

–¿Te gusta?

Le miré por el rabillo del ojo, pero todavía no me atrevía a mirarle abiertamente.

–Es bonito.

–¿Bonito? Al infierno, bonito. El arte no es bonito. El arte se supone que tiene que conmoverte.

Le miré.

–Lo siento, no sé gran cosa de arte.

Johnny se echó a reír, pero no fue una risa cruel.

–¿Qué es saber sobre arte? ¿Crees que necesitas una boina parisina o un diploma para saber sobre arte? ¡Qué va! No se necesita nada de eso. Lo único que tienes que hacer es sentirlo.

–Bueno –respondí– supongo que este cuadro no me hace sentir mucho.

–A mí tampoco –confesó Johnny–. Está expuesto porque necesito dinero para pagar el colegio de los niños y hay gente a la que le gusta ese tipo de cosas.

Me eché a reír y me volví para mirarle.

–¿De verdad?

–De verdad.

Ambos nos quedamos mirando el cuadro durante unos segundos más.

–Quería darte las gracias por la ropa –dije por fin.

Johnny permaneció en silencio. La música sonaba más suave en aquella sala que en las otras. Podía oír el zumbido de las

conversaciones de la sala de al lado y el repiquetear de los tacones en el suelo de madera. Pero nosotros estábamos solos.

–Ya te lo dije, hace frío y necesitabas un buen abrigo.

–Johnny...

Sus ojos relampaguearon, pero imaginé que no esperaba que le llamara señor Dellasandro.

–No ha sido nada. No le des más importancia.

–¿De dónde sacaste esa ropa?

Avancé dos pasos hacia él. No quería que nadie pudiera oír su respuesta. Quería estar cerca de él.

–Te la dejaste en mi casa –contestó Johnny.

Se me retorcieron las entrañas y tragué una bocanada de bilis.

–¡Oh, mierda! ¿Qué ocurrió? ¿Qué hice? Quiero decir... esto es muy embarazoso para mí. Esto es...

Antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando, me agarró del codo y me condujo a través de una puerta a un despacho diminuto. Allí me hizo sentarme en una silla de respaldo duro, me colocó la cabeza en el regazo y me tendió un vaso de papel con agua del dispensador de agua fría.

–Respira –me ordenó–. Y, por Dios, si vas a vomitar, vomita en la papelera.

No iba a vomitar, pero el mundo había comenzado a girar a una velocidad alarmante. No como si fuera a sufrir una de mis fugas, en las que siempre me deslizaba lentamente. Aquello era más como si hubiera pasado demasiado tiempo dando vueltas en un tiovivo. Bebí el agua y tomé aire.

–Estás blanca como el papel. Bebe un poco más.

Obedecí.

–Lo siento, pero tengo que saberlo.

–¿No te acuerdas?

La preocupación acentuaba su acento de Nueva York.

Negué con la cabeza.

–No.

Se frotó la cara y se agarró el puente de la nariz. Se sentó en el borde del escritorio. Le tenía tan cerca que podría haberle tocado la

rodilla, pero no lo hice.

–¿Qué... pasa?

Últimamente había pasado tanto tiempo con los sentimientos en carne viva que no me di cuenta de que estaba a punto de llorar hasta que las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos.

–Por favor, Johnny, por favor, dime que no hice nada malo.

–Eh, eh, no llores.

Su abrazo me resultó tan cálido y familiar como cada uno de sus gestos, aunque yo sabía que era mi mente la que estaba llenando todos los espacios que tenía en blanco. No me importó. Por vergonzoso que fuera, me aproveché de su compasión y me presioné contra él, posando la mejilla contra su camisa. Oí los latidos de su corazón y eso me ayudó a tranquilizarme.

Johnny continuó acariciándome la espalda y el pelo.

–Shh, no hiciste nada malo, de verdad.

Me estremecí aliviada contra él y cerré los ojos.

–Hiciera lo que hiciera, lo siento mucho.

Johnny no decía nada, se limitaba a abrazarme. Los latidos de su corazón se aceleraron. Comenzó a acariciarme la espalda con las yemas de los dedos, y también mi corazón comenzó a bombear más rápido.

Tomé aire. Mis fugas no eran ningún secreto, sencillamente, eran algo que no contaba nunca a la primera. Todavía no se lo había contado a Jen, y eso que se había convertido en la mejor amiga que tenía. Pero tenía que decírselo a Johnny, tenía que explicárselo, aunque sabía que eso le haría mirarme con una compasión que no iba a ser capaz de soportar.

–Cuando tenía seis años me caí en el parque y me di un golpe en la cabeza tan fuerte que perdí la conciencia. Estuve una semana en coma.

Dejó de mover la mano. No la apartó, pero sentí todos los músculos de su cuerpo en tensión. Se le había vuelto a acelerar el corazón, pero no dijo nada.

–Sufrí un daño cerebral que no han conseguido diagnosticar, pero, afortunadamente, no perdí ninguna de mis capacidades

motoras. Pero me quedó una tendencia a.... perder la conciencia. Tengo como una especie de ataques epilépticos. Normalmente solo duran unos segundos, pero pueden durar varios minutos también.

–Fugas –dijo Johnny.

Me separé de él sobresaltada.

–¿Qué?

–Se llaman fugas –me repitió.

–Sí, ¿cómo lo sabes?

–Yo sé muchas cosas –respondió Johnny.

Me aparté un poco más, pero él continuaba abrazándome y, por supuesto, yo no iba a renunciar a sus caricias. Mi vientre presionaba la hebilla de su cinturón de una manera que hacía que se me debilitaran las rodillas.

–Yo las llamo fugas, sí, aunque médicamente hayan recibido todo tipo de diagnósticos, desde crisis de ausencia hasta ataques epilépticos. Había dejado de sufrirlas hasta hace varias semanas. Pero han vuelto. Aquella noche, en tu casa, tuve una.

–Estabas muy pálida –recordó Johnny–. Tenías el rostro completamente blanco.

–¡Ay, Dios mío! ¡Qué vergüenza! ¿Y qué otras cosas hice? ¿Cómo pude terminar...?

–No te preocupes por eso –Johnny me interrumpió. Sus ojos brillaban de una forma especial–. Ya te he dicho que no hiciste nada malo, ¿verdad? Además, no podías hacer nada para evitarlo.

Lo último que quería era que Johnny me mirara como si fuera una especie de monstruo. Como si fuera una persona anormal, una discapacitada.

–No, pero...

–No te preocupes por eso. Está todo olvidado.

No me dejaba marchar. Su mirada ardía en la mía. Yo creía conocer la intensidad de su mirada, pero verla en la pantalla no podía compararse con el hecho de convertirse en el objeto de aquella mirada en la vida real. Tanto él como yo, comprendí, estábamos respirando cada vez más rápido. Vientre contra vientre, con sus brazos a mi alrededor, lo único que tuve que hacer fue ponerme de

puntillas para alcanzarle.

Le besé. Rocé apenas sus labios. No era suficientemente atrevida como para intentar nada más, pero cuando Johnny abrió la boca bajo la mía y me estrechó con fuerza contra él, jadeé contra sus labios. Nuestras lenguas se encontraron, se deslizaron la una sobre la otra y la tierra giró, pero me aferré a él y conseguí no caer.

Por lo menos, eso fue lo que pensé. Al segundo siguiente estaba a medio metro de Johnny, con la boca todavía húmeda por su beso y el corazón latiéndome tan rápido que me atronaba en los oídos. No había espacio en aquella habitación para que se apartara más de mí, pero Johnny se apoyó contra el escritorio manteniéndome a un brazo de distancia.

Yo gemí cuando me soltó.

Fue un sonido estúpido, descarnado y vergonzoso, ¿pero por qué tenía que ser más humillante que todo lo demás? Aun así, me tapé la boca con las manos. Abrí los ojos lo suficiente como para poder ver el condenado mundo real.

Johnny se estremeció y se apartó de mí.

–Vete, sal ahora mismo de aquí.

–Pero...

–Emm –me interrumpió Johnny, obligándome a callar–. He dicho que te vayas.

Y lo hice. Retrocedí tambaleante y crucé la puerta, obedeciendo en silencio hasta que me la cerró en pleno rostro. Temblando, con las rodillas débiles, el sabor de Johnny todavía en la lengua, y el corazón palpitándome a toda velocidad, pensé que de verdad iba a desmayarme. Giré sobre mis talones y sonreí.

Johnny recordaba mi nombre.

Capítulo 13

La euforia duró alrededor de treinta y siete segundos, justo el tiempo que necesité para recordar que le había besado y él había rechazado mi beso. Afortunadamente, nadie me vio salir de su despacho, así que no tuve que cruzarme con nadie con la palabra «rechazo» estampada en el rostro. Dejé la galería sin detenerme a ver el resto de las obras de arte.

Johnny no fue al Mocha el lunes.

Ni el martes

Ni el miércoles.

Para cuando llegó el jueves, ya me había convencido a mí misma de que le había espantado para siempre, aunque no me atrevía a decírselo a Jen. Tampoco le había contado lo del beso y no estaba segura de si era porque me preocupaba que sintiera que estaba intentando quitarle algo que ella había visto antes que yo o porque no quería admitir que Johnny me había rechazado. Aun así, ella adivinó que algo andaba mal. Las buenas amigas eran capaces de adivinar ese tipo de cosas.

–Vamos, suéltalo –me dijo por encima de un par de sándwiches que no eran tan buenos como la selección de dulces horneados que ofrecían en la cafetería por las mañanas–, ¿qué te pasa?

–¿Por qué tiene que pasarme nada? –levanté el croissant ligeramente pastoso y saqué una hojita de lechuga iceberg–. Mira esto, ¡qué vergüenza! Este sándwich está pidiendo a gritos unas hojas de achicoria.

–Mm –Jen había quitado ya la corteza de lo que en el Mocha llamaban «Sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada para adultos». Todavía no habíamos conseguido averiguar qué significaba eso.

Suspiré.

–Tengo algo que decirte y no quiero que se interponga entre nosotras.

–Pero chica –Jen suspiró–, ¿qué demonios es?

–Bueno...

Esperó. Lo intenté, pero era demasiado difícil confesarlo. No era fácil contar algo así a mi mejor amiga.

De pronto, posó la mano sobre la mía.

–¿De verdad es algo tan terrible? Puedes contármelo, Emm. Sinceramente. ¿Estás enferma o algo así?

Volví la mano para estrechársela. Quería contarle toda la verdad, la verdad sobre mi cerebro podrido, y sobre las fugas, y que había terminado desnuda en el vestíbulo de mi casa. Pero, sencillamente, no pude. Sabía que lo entendería, por lo menos lo de las fugas, pero no quería que tuviera que entenderlo.

–No, no es eso.

–¿Entonces qué es?

–Es algo que he hecho y no estoy segura de cómo te lo vas a tomar.

–¿Has subido una fotografía en la que aparezco desnuda a Connex o algo parecido?

Me eché a reír.

–¡Claro que no!

–Entonces, estoy segura de que, sea lo que sea, me parecerá bien – me soltó la mano para morder un bocado de sándwich–. Eh, mantequilla de cacahuete crujiente, una mermelada exótica y cuesta mucho más que un sándwich normal de mantequilla de cacahuete y mermelada. ¿Por eso dicen que es para adultos? Debería haberme pedido el de pavo.

–Le besé –confesé.

Jen tragó saliva con dificultad y se enjuagó la boca con un trago de leche antes de conseguir preguntar.

–¿A quién?

Supongo que mi expresión fue suficiente respuesta, porque abrió los ojos como platos.

–Sí –continué antes de que ella pudiera decir nada más–, fue una

completa estupidez.

–¿Cómo? ¿Dónde? ¿Qué pasó? ¡Oh, Dios mío! ¿Y cómo fue? –sus gritos hicieron que se volvieran varias cabezas hacia nosotras.

Le hice un gesto para que se callara y le conté en voz baja toda la historia, dejando de lado los detalles sobre las alucinaciones que había tenido cuando había perdido la conciencia. Me escuchó sin interrumpirme, solo sacudía la cabeza de vez en cuando. Cuando terminé, mordí mi croissant para evitar decir nada más.

–Menudo desastre...

–Lo sé –reconocí con tristeza–. Y el sándwich está asqueroso.

Se echó a reír.

–Sí. ¿Sabes que hay por lo menos otra docena de lugares en los que podríamos haber quedado a cenar?

–Sí, pero supongo que quería venir aquí porque... bueno, ya sabes.

–Sí, lo sé –se lamió una gota de mermelada del pulgar–. Y no te culpo. Sabía que estabas mal, pero no que lo vuestro iba tan en serio.

–Y no va en serio.

–¿Estás segura?

–Me apartó. Los tíos no se separan de una mujer a la que están besando si la mujer les gusta.

–A veces sí –replicó Jen–. Podría tener algún motivo que desconoces para hacerlo. A lo mejor tiene novia.

Solté un bufido burlón.

–Esa razón es peor que no gustarle.

–¿Tú crees? –Jen no parecía muy convencida.

–Sí, si no le gusto, cosa de la que estoy convencida, lo único que tengo que hacer es continuar con mi vida. Pero si está loco por mí y no puede estar conmigo porque está con otra...

–Entiendo lo que quieres decir. Sería horrible.

Reí al oírla. Me sentía un poco mejor después de haber confesado.

–Y también muy poco probable. Me apartó de él como si mi boca fuera veneno. Fue realmente vergonzoso.

–Desde luego –confirmó Jen.

Nos miramos la una a la otra durante cerca de medio minuto antes de estallar en unas carcajadas completamente inapropiadas.

Pero aquello era bueno, pensé. Me hizo sentirme mejor que todas las palabras de consuelo que podría haberme dicho.

–¿No estás enfadada? –le pregunté.

–¡Claro que no! ¿Por qué iba a estarlo? –Jen parecía sinceramente confundida.

–Bueno, porque... porque es Johnny.

Jen volvió a reír.

–No es que estuviéramos juntos y me haya dejado por ti ni nada parecido. No pienso contratar a un ninja para que te agujeree tus pantalones favoritos.

–Pero tú le viste primero.

–¿Estamos todavía en sexto? –Jen me miró muy seria–. A lo mejor te enfadas conmigo por lo que voy a decirte, porque sé que no me vas a creer, pero a mí me parece que le gustas.

–No puede ser.

Asintió.

–Sí, creo que sí. La semana pasada, vine un día que tú no viniste. Entró y miró alrededor de la cafetería. Me vio y miró hacia mi mesa, pero tenía la mirada fija en la silla que yo tenía enfrente de mí.

–¡Anda ya! ¿Y por qué no me lo has contado antes?

Me sentí inmediatamente culpable por haber empleado aquel tono acusador cuando acababa de dejar de sentirme culpable por haber intentado levantarle un ligue.

–No se me había ocurrido hasta que me has contado esto, pero tiene sentido.

–¿Te digo que me ha apartado cuando le he besado y tú crees recordar de pronto que estuvo buscándome? –sacudí la cabeza y suspiré–. Lo siento, pero me cuesta mucho creerlo.

–Eh, ¿qué pasó antes de que os besarais?

Pensé en cómo me había abrazado y me había acariciado el pelo.

–Fue muy amable conmigo.

–¿Crees que los tipos son amables porque sí?

–¡Algunos sí! ¡Oh, Dios mío! –el estómago me dio un vuelco y enterré el rostro entre las manos.

–Tranquila, chica, no es para tanto –me empujó suavemente hasta

que alcé la mirada.

No podía contarle que, en realidad, había hecho el amor con Johnny cientos de veces. Por lo menos en mi cabeza. Que habíamos compartido un sexo dulce, procaz y maravilloso y que me preocupaba que, de alguna manera, mis fantasías hubieran sido espoleadas por algo que había hecho mi cuerpo cuando yo estaba inconsciente.

El tintineo de la campanita del Mocha hizo que Jen mirara por encima de mi hombro. No tuve que volverme para ver quién era. Lo supe por la forma que tuvo Jen de abrir los ojos y la mirada que me dirigió, tensando los labios en una sonrisa forzada. Me tensé y cerré los ojos brevemente. Oí a Johnny arrastrando los pies mientras caminaba. Esperé el roce de su abrigo al pasar a mi lado. Abrí los ojos.

Johnny permanecía junto a nuestra mesa, mirándonos a las dos.

Jen, y había que reconocerle el mérito por ello, apenas se mostró sorprendida. Yo me aseguré de mantener la boca cerrada y no quedarme boquiabierta como una idiota. Johnny nos miró fijamente.

–Hola, chicas –nos saludó con un asentimiento de cabeza.

Y se dirigió después hacia el mostrador.

Fue entonces cuando descubrí que ser reconocida podía ser espantosamente peor que ser ignorada.

–¡Hala! –dijo Jen sin levantar la voz–. Él no saluda nunca a nadie.

–¿«Chicas»? –susurré, observándole, aunque él no había vuelto a mirar hacia nosotras mientras pedía–. ¿«Chicas»? ¿Como si tuviéramos doce años?

Jen se echó a reír.

–Somos mucho más jóvenes que él.

Enterré el rostro entre las manos y gemí para mí.

–«Chicas». Como si tuviéramos que llevar bermudas, mocasines y cola de caballo.

–A lo mejor es fetichista y le gustan las colegialas.

–¡Qué burra eres!

Miré a través de mis dedos y vi a Johnny llevándose el café a una de las mesas del fondo como si quisiera alejarse todo lo posible de nosotras. Por lo menos así no tenía que esforzarme en que nuestros

ojos no se encontraran.

–Es la primera vez que me saluda, eso es lo único que estoy diciendo –Jen arqueó una ceja–. Y ha dicho «chicas» en plural, pero te estaba mirando a ti.

No dejé que la esperanza ganara posiciones.

–Mira, estuve medio inconsciente en su casa y después fui a su galería e intenté seducirle. Probablemente haya decidido que es mejor arrojarme un hueso para que no haga alguna locura como quemarle la casa o algo parecido.

Jen rio largo y tendido.

–¡Esa sí que es buena!

–¡Lo digo en serio!

La campanilla de la puerta volvió a sonar y, unos cuantos segundos después, Johnny dejó de estar solo en su mesa. La mujer que se sentó con él era la misma a la que habíamos visto allí antes. Una mujer llamativa, glamurosa y.. enfadada. No pidió nada, se limitó a sentarse frente a él y a quitarse los guantes de cuero mientras le miraba con una expresión de amargura en su indiscutiblemente bonito rostro.

Jen había alzado la mirada cuando había pasado a nuestro lado. La siguió con la mirada y a continuación volvió a mirarme a mí.

–Parece tener predilección por las mujeres más jóvenes que él. Pero no me extraña que, comparadas con ella, le parezcamos sencillamente «chicas».

–No creo que sea mucho mayor que nosotras.

–Por lo menos siete u ocho años. Diez, como mucho, si se ha hecho algún retoque. Y por la ropa que lleva, yo diría que sí.

No me sentía mejor desacreditando a una mujer que podría estar o no saliendo con el hombre por el que yo estaba tan loca. Porque, en realidad, me estaba volviendo loca.

–En cualquier caso, si están juntos, están juntos. Y eso no mejora lo que ha pasado o, mejor dicho, lo que no ha pasado entre nosotros.

–¿Y lo empeora? –preguntó Jen enfáticamente–. Antes has dicho que si él realmente estuviera con otra, la situación sería todavía peor.

–Solo en el caso de que quisiera estar conmigo y no pudiera a

causa de esa otra mujer.

–¿Sabes una cosa? –dijo Jen con un suspiro mientras apartaba el plato–. Creo que te lo estás pensando demasiado. ¿Por qué no compras una botella de vino y un dulce de chocolate y se lo llevas a su casa? Ponte algo bonito, pero no demasiado bonito, preséntate en su casa y pídele disculpas por lo que ocurrió, o por lo que no ocurrió, y veremos lo que pasa a partir de ahí.

Solté un bufido burlón.

–¿Pero cómo se te puede ocurrir una tontería así?

–¿Por qué no?

–Ya intenté hacerle una oferta de paz y mira lo bien que salió.

–¡Cómo puedes ser tan pesimista!

Fui entonces yo la que me quedé mirándola fijamente.

Jen se encogió de hombros y volvió a mirar por encima del hombro antes de inclinarse hacia delante para susurrar: –Tranquila, no pretendía ofenderte.

–Me siento como una estúpida con todo esto, Jen. No, lo que voy a hacer a partir de ahora va a ser evitarle. Evitarle por completo.

–Te deseo suerte.

Jen miró de nuevo por encima del hombro antes de volverse hacia mí con los ojos abiertos como platos y las cejas arqueadas.

Johnny se había levantado y su compañera se había levantado con él. Esperó como un caballero a que fuera ella la que pasara por delante de nosotras. La mujer no se molestó en dedicarnos siquiera un segundo de atención, pero él vaciló un instante ante nuestra mesa. No dijo nada en aquella ocasión, se limitó a mirarme a los ojos durante el tiempo que tardó el universo en nacer a partir del polvo provocado por una implosión solar. En otras palabras, medio segundo. Después, se fue, la siguió hasta la puerta y me dejó a mí detrás, sin respiración, con el estómago revuelto y rebosante de anhelo.

–Emm, me temo que tienes serios problemas –me dijo Jen con compasión.

Apenas acababa de cruzar la puerta de mi casa cuando me golpeó

con la fuerza de un tsunami. Los ojos se me llenaron de lágrimas al percibir el olor de las naranjas, un olor tenue y ligeramente enmohecido. Hasta aquel momento, el olor siempre había sido más débil. Más ligero. No habría sido un olor desagradable si no hubiera sido por lo que presagiaba. Pero en aquella ocasión fue un asalto a mi pituitaria tan intenso que me hizo tambalearme.

Alargué la mano, buscando a ciegas el pilar de la escalera, pero mis dedos se deslizaron por la madera tallada. Di dos pasos a trompicones y me tapé la cara y la nariz, intentando evitar que aquella pestilencia continuara penetrando en mis sentidos. Sentía el olor impregnando mi piel.

Asqueada, aparté la mano de la cara y me froté frenética la ropa, pero solo conseguí empeorar la situación. Aquella peste se elevaba a mi alrededor como una nube de contaminación. No podía liberarme de ella porque no estaba fuera de mí. Estaba en mí.

Era yo.

El mundo comenzó a inclinarse y yo me incliné con él, sobre manos y rodillas, como si acabara de bajar de un carrusel, como si acabara de saltar de un columpio y hubiera caído mal. Como si... como si acabara de caerme...

Capítulo 14

–¡Eh!

Una voz grave y baja me invitaba a abrir los ojos. Conocía aquella voz. Conocía la caricia de aquella mano en mi brazo, aunque no podía verle. Supe que era Johnny antes incluso de abrir los ojos.

–Eh... –contesté, parpadeando para protegerme de la intensa luz del sol del verano.

Me asaltaron el calor y un millar de olores diferentes, ninguno de ellos el de las naranjas. Respiré hondo mientras me esforzaba en disimular lo alterada que estaba, aunque me preguntaba si realmente importaba. ¿Qué haría Johnny en el caso de que me levantara temblando y retorciéndome? ¿O si comenzara a balbucear en una lengua desconocida? ¿Si me comportara como si hubiera enloquecido?

Le vi con una bolsa de la compra en una mano y protegiéndose la mirada del sol con la mano libre.

–Llegas justo a tiempo para la fiesta.

Parecía un poco distante. Receloso. La mirada que me dirigió no fue mucho más cálida.

–Genial.

Yo, por otra parte, sonaba demasiado simpática, excesiva y falsamente contenta.

–¿Vas a entrar? –se colocó la bolsa en la cadera sin dejar de protegerse del sol. Me recorrió de arriba abajo con la mirada—. A lo mejor deberías quitarte ese abrigo.

No me extrañaba que estuviera sudando. Todavía llevaba puesto el abrigo, pero no era el que Johnny me había devuelto. Aunque aquel abrigo era mi favorito y el que mejor me quedaba, no había sido capaz de volver a ponérmelo. Suponía que por una residual

mortificación completamente fuera de lugar. Llevaba también la bufanda. Y los guantes.

–Claro –reí divertida–. Apuesto a que te estás preguntando por qué llevo todo esto encima.

–Pues la verdad es que no.

Permanecimos en silencio mientras yo sudaba. Johnny apartó la mano de su rostro. El sol caía a plomo sobre los dos, pero a él le iluminaba como un diamante. Como el propio sol. Demasiado brillante y hermoso como para poder mirarlo directamente.

–Pasa. Bebe algo antes de que te desmayes por el calor –me invitó Johnny al cabo de medio minuto–. Vamos, Emm.

Le seguí al interior de la casa y crucé el pasillo tras él para llegar a la cocina, en aquella ocasión silenciosa y vacía. Estaba más fresca también. La brisa que la refrescaba llegaba a través de las ventanas abiertas, no salía de un aparato de aire acondicionado. Tenía que recordar que estábamos en los años setenta, probablemente durante la crisis del petróleo, cuando el aire acondicionado era un lujo que pocos se podían permitir. Me maravillé una vez más de todos los detalles que me proporcionaba mi mente.

Johnny fue sacando los contenidos de la bolsa mientras yo me quitaba la ropa de abrigo y suspiraba aliviada. La camisa que llevaba, a cuadros y con botones de falso nácar, no estaba mal para la época, una vez desaté un par de botones y me remangué hasta los codos. Me abaniqué el rostro y me levanté la melena, deseando tener una goma o un pasador.

–Toma.

Johnny me tendió una pieza de cuero con una espiga de madera.

Alcé la mirada sin saber qué decir.

–¿Qué es eso?

–Es tuyo –me dijo–. Para el pelo.

No lo había visto nunca.

–Es para ti, para que te recojas el pelo.

Nunca había visto nada parecido. Lo giré una y otra vez entre mis dedos, palpando la suavidad del cuero. Tenía un dibujo grabado en él, una especie de flor y una enredadera. Alcé la mirada hacia Johnny.

–¿Es mío?

–Sí –Johnny se encogió de hombros–. Te lo dejaste la última vez que estuviste aquí.

–¿Estás seguro? Porque...

No quería ponérmelo si no era mío, y aun así, quería recogerme el pelo y despejarme el cuello.

–Estoy seguro –contestó Johnny, encogiéndose de hombros otra vez–. Pero si no lo quieres, no te lo pongas.

Me acordé entonces de que llevaba una goma en el bolsillo y la saqué.

–No hace falta, ya tengo esto.

Sacudió ligeramente la cabeza y por fin sonrió.

–Como quieras.

Se inclinó contra el mostrador mientras me observaba recogerme el pelo en lo alto de la cabeza. Él volvía a llevar un pañuelo para apartarse el pelo de la cara, probablemente por la misma razón por la que yo me estaba recogiendo la melena. A mí me encantaba que le cayera el pelo sobre los ojos, pero, probablemente, a él le resultaba molesto.

–Entonces –dije al cabo de un largo minuto en el que nos quedamos mirándonos a los ojos en silencio–, ¿cuándo es la fiesta?

–¿Cuándo no es? –respondió Johnny con una risa.

Todavía no me había dado esa bebida que me había ofrecido y yo la necesitaba. Tragué saliva con la boca seca y esboqué una mueca. El sudor que empapaba mi piel comenzaba a secarse. Mi corazón, que había estado latiendo a un ritmo estable desde que había abierto los ojos, comenzó a acelerarse cuando le miré a los ojos.

–Ven aquí –me pidió Johnny.

Me levanté con movimientos lentos y caminé a través de aquel ambiente espeso hacia él. Bebí su beso como si fuera agua, aunque no contribuyó en nada a refrescarme. Me acarició los antebrazos desnudos y me agarró por los codos. Hasta el más ligero contacto de sus manos me hacía estremecerme. Mis pezones se irguieron al instante de una forma casi dolorosa. El palpitar del deseo latía entre mis piernas con insistencia.

Johnny interrumpió el beso, pero no me apartó.

–¿Por qué cada vez que te vas nunca tengo la seguridad de que vayas a volver?

Yo tenía una idea bastante precisa de por qué podía ser, pero negué con la cabeza.

–No lo sé.

Johnny se humedeció los labios, fijó la mirada en mi boca y volvió a besarme. Más suavemente, aquella vez, hundiendo vacilante la lengua en mi boca mientras posaba la mano en mi nuca. Encajábamos bien juntos, las curvas y los ángulos de su cuerpo se acoplaban a los míos. Deslicé la mano en el interior de su camisa y posé la palma sobre su maravilloso vientre. Los músculos se tensaron bajo mi contacto y Johnny rio para sí.

–Esto me está volviendo loco –dijo.

Dejé de besarle. Enmarqué su rostro con las manos y le miré a los ojos, buscando algo. No sabía qué.

–¿De verdad?

–Sí, Emm. Cada vez que desapareces, creo que será la última vez que te vea. Y no quiero dejar de verte para siempre. No me importa que...

–¿Qué es lo que no te importa? –le pregunté al ver que no continuaba–. ¿Qué es Johnny?

–No me importa que esta relación no pueda durar. Solo quiero disfrutarla mientras dure.

Parpadeé rápidamente, le besé y le miré de nuevo a los ojos.

–No lo entiendo... ¿qué te hace pensar que...?

–Tú me lo dijiste –respondió Johnny–. Supongo que no te acuerdas, al igual que no te acuerdas de que te dejaste el pasador, pero me lo dijiste tú.

Retrocedí un paso, pero atrapó mi mano mientras posaba la otra en mi cintura y yo agradecí aquel apoyo. Podría haber terminado cayéndome si no me hubiera agarrado. Podría haber terminado despatarrada sobre ese suelo no tan limpio. Pero Johnny me estrechó contra su pecho, posó la barbilla en mi cabeza y me abrazó con fuerza, como si no quisiera dejarme marchar.

Era así como me había abrazado en su despacho. Era el mismo abrazo, pero sin la vergüenza que había sentido entonces. Sabía que aquella vez, si inclinaba la cabeza hacia él, me daría un beso largo, apasionado y profundo, y no me rechazaría después. Me estremecí otra vez.

Nada de aquello era real. Siempre terminaría marchándome. Aquello no podía durar.

Era la absoluta verdad, aunque no podía imaginarme confesándole nada de ello. ¿De qué serviría explicarle a un sueño que no era real? Sabía que aquello solo era una extraña confusión provocada por mi propio cerebro, un impulso cerebral que viajaba de un nervio a otro nervio y terminaba descarrilando como un tren al salirse de las vías. Sabía que nada de aquello estaba sucediendo de verdad, que probablemente todavía estaba caída de manos y pies en el vestíbulo de mi casa, y eso si tenía la suerte de haber vuelto directamente allí y no estaba desnuda en una casa extraña.

Y entonces supe algo más: no quería perder lo que estaba viviendo. No quería vivir en una realidad en la que Johnny me rechazaba o, algo peor, me ignorara. Quería vivir en aquel tiempo, en aquel lugar. Un lugar en el que Johnny me amaba –No me voy a ir a ninguna parte –le aseguré, y le ofrecí de nuevo mis labios.

Johnny me besó y susurró:

–Sí, claro que te irás. Siempre te vas.

–Entonces, disfrutemos del momento mientras podamos –susurré contra su boca.

–Sí, disfrutemos del momento.

No me habría sorprendido si me hubiera tumbado en la mesa de la cocina y hubiera hecho el amor conmigo allí mismo, pero justo antes de que ninguno de los dos pudiera dar un paso en esa dirección, la puerta trasera de la casa se abrió y entró Candy con dos bolsas de la compra seguida por Bellina y por Ed, que llevaban también comida y vino.

–¡No vendemos nada! –anunció Bellina con la voz ronca por el tabaco. Me recorrió de arriba abajo con la mirada–. Pero eso no significa que no vengamos a interrumpir.

No lo había dicho con malicia. Sonreí en los labios de Johnny antes de separarme de él con desgana.

–¡Hola, Bellina!

–Echadnos una mano con todo esto. Candy ha traído un montón de comida. Estamos disfrutando de una verdadera fiesta –dijo Ed.

Y, desde luego, él ya parecía estar bastante puesto.

–¡Vaya! Una fiesta en mi casa –Johnny no parecía incómodo con la situación–. Me alegro de que os hayáis dejado caer por aquí.

Todos rieron. Hasta yo entendí la broma. Aquella era la casa de Johnny, pero, en realidad, todos parecían vivir allí. Como una comuna. O una colmena.

Sacamos entre todos la comida. Cada producto era una sorpresa para mí. Latas sin abridor, marcas que no conocía... Todo el mundo reía y bromeaba. Al principio yo me uní a ellos, pero a medida que íbamos sacando cosas de las bolsas o las veía en los cajones y en el refrigerador, iba quedándome más callada.

En condiciones normales, nunca me habría tomado tantas libertades en casa de otra persona, pero allí parecía haber muy poca consideración para las posesiones ajenas o el espacio personal. Fui de armario en armario, mirando las cajas, las bolsas y las latas. Abrí los cajones para ver la cubertería. Estudié los Tupper Ware apilados anárquicamente en las estanterías. Y entonces, sabiéndome observada aunque fingieran que no lo hacían, me volví lentamente en medio de la cocina y les miré a todos ellos.

Miré después el calendario que tenían en la pared.

–Son tantas cosas...

¿Pero qué podían pensar ellos? Nada, salvo lo que yo les hiciera pensar con mis propios pensamientos. No podían hacer nada que no fuera las acciones que yo misma provocaba. Todas aquellas personas eran marionetas, y aquel era el escenario que yo misma había construido.

Aun así, permanecí frente a ellos, mirándolos fijamente y sintiendo cómo corría el sudor por mi espalda. Me estremecí.

Johnny entrelazó los dedos con los míos. Me apretó la mano con fuerza. Dejé de temblar cuando le miré. Su sonrisa consiguió que me

olvidara de todo lo demás.

–Vamos al piso de arriba –me propuso–.Vamos, preciosa.

–¡Eh, Emm, ten cuidado! No va a preguntarte que si quieres ver sus grabados –Ed rio mientras encendía un cigarrillo hecho a mano que desprendió un olor agrio.

–¿Qué te parece, Emm? –Johnny me tiró de la mano sin apartar en ningún momento la mirada de mis ojos–. ¿Quieres subir al piso de arriba conmigo?

–Sí

Fue solo una palabra que me obligué a arrancar de mi garganta seca.

No me importó que estuvieran todos mirándome fijamente, ni tampoco lo que pudieran pensar. Quería subir con Johnny, por supuesto. Quería desnudarle y besarle desde los tobillos hasta el pecho sin dejar un solo centímetro. Quería que se deslizara en mi interior y cabalara sobre mí hasta que ambos termináramos exhaustos y empapados en sudor.

Cuando vivía en casa de mis padres, apenas era responsable de nada. Mi madre, a pesar de mis protestas, había insistido en seguir haciéndome la colada. Yo le daba dinero para pagar las facturas, pero no tenía que perder el tiempo en pagarlas. Ni siquiera cocinaba y, normalmente, la compra la hacía con mi madre, de modo que aquella tarea requería la mitad de esfuerzo. Cuando vivía en casa de mis padres, tenía mucho más tiempo libre que desde que me había mudado a mi propia casa y tenía que asumir tareas tan mundanas como cambiar el rollo del papel higiénico y limpiar. No lo habría cambiado por nada, pero eso había significado tener que renunciar a algunos de los entretenimientos con los que perdía el tiempo cuando no vivía sola.

Jugar a los Sims era uno de ellos. Había pasado horas en el ordenador, perdida en aquel mundo virtual. Construyendo casas, creando familias, viéndolas vivir, trabajar, dormir, enamorarse, casarse, tener hijos... e incluso morir. Había sido el dios de aquel universo, y no siempre un dios benevolente. El máximo número de Sims con los que se podía jugar en una unidad doméstica eran ocho,

pero yo fracasaba constantemente en el intento de que más de tres fueran felices, tuvieran todas sus necesidades cubiertas y una vida agradable. No era un buen dios.

Quería subir al piso de arriba con Johnny porque de pronto, me dolía la cabeza al encontrarme con todos aquellos fragmentos, con todos aquellos detalles. Con toda esa gente. Y tampoco era una buena malabarista. Todas las bolas estaban en el aire y permanecía en medio con las manos preparadas, pero sin la esperanza de poder agarrarlas cuando cayeran.

–Vamos –repitió Johnny. Sus ojos resplandecían. Continuó avanzando, ignorando las bromas y los comentarios obscenos de sus amigos–. Quiero enseñarte mis grabados.

No mentía. En su dormitorio, sacó de un cajón un cuaderno de dibujo con las tapas de cuero y lo hojeó para mostrarme un dibujo a lápiz, una serie de líneas y sombras. Lo estudié con atención. No estaba suficientemente familiarizada con su trabajo como para saber si era un dibujo que debería reconocer.

–Eres bueno –le dije, y era sincera.

Hasta yo sabía lo suficiente como para darme cuenta.

–¡Qué va! Soy solo un aficionado.

Johnny se tumbó en la cama mientras yo, sentada a su lado con las piernas cruzadas, iba pasando las páginas. Había fotografías insertas entre algunas páginas, la mayor parte pequeñas, pero había algunas de mayor tamaño. Saqué una de ellas y la estudié, tratándola con más familiaridad que con la que me había acercado sus dibujos.

–Bonito trasero –bromeé, blandiendo la fotografía.

Johnny se echó a reír y colocó las manos detrás de la cabeza.

–Ese trasero ha pagado dos meses de hipoteca de la casa.

En aquella fotografía en blanco y negro, Johnny posaba como si fuera una estatua de la Roma clásica. Pero faltaba la hoja de parra. Estaba de perfil, con el semblante serio, los músculos tensos y bien tonificados. Y su trasero estaba de lo más apetecible. Encontré otra fotografía de la misma serie, la segunda un poco arrugada y doblada. Era un plano frontal.

–Deberías tener más cuidado con las fotos –vi una firma en una

esquina de la fotografía-. ¡Hala! ¿Están firmadas?

-Sí, esas fotografías me las hizo Pau.

Por supuesto, lo sabía, aunque no había reconocido directamente la firma. Había visto la primera fotografía en Internet, y la segunda en versiones recortadas y granuladas que desmentían la auténtica belleza de la fotografía. Y las otras, todo un fajo de docenas de fotografías, no las había visto.

Fui mirándolas con mucha atención, reconociendo en ellas mucho más que su cuerpo. Eran fotografías excitantes, sí, pero había algo más. No eran solamente fotografías eróticas, ni porno gay, aunque había sido en páginas dedicadas a ese tipo de cosas donde las había visto. Las puse en orden. Aquellas fotografías colocadas sucesivamente contaban una historia.

-Deberías tener cuidado con esas fotografías -le advertí.

Yo había visto con mis propios ojos aquellas fotografías en una subasta de Internet y una de ellas había alcanzado casi los cuatro mil dólares.

-Son fotografías firmadas.

Johnny se apoyó sobre un codo.

-¿Y qué? Esas fotografías no valen nada. Me las hice para hacerle un favor a Paul. Me pagó por ellas unos doscientos dólares, eso es todo. Nunca las ha utilizado para nada.

Las giré y vi un poema en una de ellas. Me acordé entonces del motivo por el que aquella fotografía que tenía en la mano se había vendido por tanto dinero, y no era por el marco hecho a mano.

-¿Este poema lo ha escrito Ed?

-Sí, escribe siempre en el primer sitio que encuentra.

Cualquier obra de arte cobra más valor cuando el artista muere. Ed D'Onofrio se había suicidado. Se había cortado las venas y se había ahogado en la bañera. Yo no había prestado mucha atención a su muerte. Solo sabía que había catalizado la ruptura de El enclave y que a partir de entonces, cada uno de sus miembros había perseguido en solitario sus propios éxitos o fracasos.

Le miré con la garganta seca. Había otra información que había averiguado a través de mis búsquedas por la red. Después de la

muerte de Ed y de la ruptura de El enclave, también Johnny se había roto.

Algunos decían que, sencillamente, se había hundido en la tristeza. Otros aseguraban que había sido algo más, que se había enganchado a la heroína, había ido a un centro de rehabilitación y después a un sanatorio para enfermos mentales. Había salido de allí completamente limpio y, podría decirse, cuerdo. Poco después había comenzado su producción artística, había comenzado a producir arte de verdad, la clase de arte que les gustaba a los críticos. Yo nunca había encontrado ninguna información que confirmara que había estado en un centro de rehabilitación o un sanatorio mental, aunque era un hecho demostrado que, en aquella época, había llegado a convertirse en un artista respetado.

Johnny se sentó para quitarme la fotografía y el cuaderno. Dejó ambas cosas a un lado y me estrechó entre sus brazos.

–Ahora no te preocupes por eso.

En el mundo real nunca había llegado a comprender las artes del coqueteo. No tenía ningún problema a la hora de hablar con hombres. Más probablemente, mi problema era que era demasiado franca, demasiado práctica y demasiado sincera. La danza sutil de avance y retroceso que practicaban mis amigas con sus posibles amantes siempre había sido un misterio para mí. No estaba segura de si eso me había impedido tener citas, pero me había causado problemas en más de una ocasión, cuando una actitud menos brusca me habría ayudado más que el ser tan directa. La sinceridad en las citas no siempre era la mejor política.

Allí, con Johnny, con aquel Johnny de pelo largo y rostro más joven, descubrí mi capacidad para coquetear. Para comportarme como una mujer fatal. Curvé los labios en la que sentí era una sonrisa pícaro y sensual, arqueé una ceja y entreabrí los labios mientras le miraba con ojos seductores.

–Entonces, ¿a qué debería prestar atención?

–A mí.

–Ah, sí, ¿a ti?

Estaba ya agarrándome la mano y posándola en su entrepierna,

donde comenzó a moverla en círculos sobre su miembro endurecido.

–Sí, a mí, y justo aquí.

Me eché a reír y cambié de postura para tumbarle encima de la cama y sentarme a horcajadas sobre él. Le agarré por las muñecas, colocándole una a cada lado de la cabeza. Me incliné para besarle, pero me aparté en el momento en el que intentó hacerlo él. Johnny me enseñó los dientes y gruñó.

–No –le dije–, no tan rápido.

Johnny continuaba de espaldas, con la mirada encendida, pero no intentó liberarse, aunque yo sabía que para ello le habría bastado con un simple empujón.

–¿Qué me estás haciendo?

–¿Qué quieres que te haga?

–Lo que quieras –contestó con una pícaro sonrisa–. Hazme todo lo que quieras.

Incliné la cabeza, le recorrí con la mirada y después miré por encima del hombro el cuaderno que había dejado a un lado. Le solté las muñecas y me senté.

–Quiero que poses para mí.

Johnny parpadeó confundido.

–¿Eh?

–Como en esas fotografías, Johnny. Quiero que poses para mí.

–¿Vas a hacerme una fotografía? –preguntó en tono provocador.

–No, no tengo cámara.

–¿Vas a dibujarme?

Reí a carcajadas al oírle.

–No, ¡qué va!

–Entonces, ¿solo quieres mirarme?

–Sí –contesté con el corazón latiéndome ya de anticipación–. Y a lo mejor también otras cosas. Pero, de momento, solo quiero mirarte.

Me apartó de él. Johnny, todavía sonriente, se levantó y permaneció a un lado de la cama. Primero se quitó la camisa por encima de la cabeza y la tiró al suelo sin ninguna consideración. Se le daba muy bien. Yo me tumbé boca abajo, apoyando la mano en la barbilla para mirarle.

–Sigue, sigue –le pedí.

Johnny se pasó la mano por el pecho y por el vientre.

–¿Estás segura?

–Sí –comencé a decir.

Pero aquella palabra se convirtió en un estremecido tartamudeo cuando comenzó a acariciarse los pezones con los pulgares.

–¿Te gusta?

Asentí.

–Me encanta.

Johnny se humedeció la yema del dedo y se acarició el pezón. Después, deslizó la mano hacia su vientre.

–¿Y esto?

–Sí –susurré.

Ensanchó la sonrisa y su mirada se encendió. Acercó la mano a la hebilla del pantalón y la desabrochó. Deslizó el cinturón de las presillas, ¡plas!, ¡plas!, y lo sostuvo en tensión entre las dos manos.

–Eso te gusta, ¿eh?

–Me encanta.

–¿Te gusta el cuero?

Asentí.

–¡Sí, Johnny! Me gusta mucho.

Inclinó la cabeza para mirarme y tiró el cinturón para desabrocharse los pantalones. Se bajó la cremallera. Comenzó a bajarse los pantalones sobre las caderas y los muslos. No llevaba ropa interior. Su miembro, grueso y a media erección, se irguió entre sus muslos mientras sacaba sucesivamente los pies de los vaqueros. Permaneció allí, bello y desnudo, haciéndome desearle con tanta fuerza que el cuerpo me dolía.

–¡Posa! –era una orden, pero sonó como una súplica.

Y lo hizo. Inclinó las caderas, volvió el rostro y curvó los brazos. Los músculos trabajaban y se tensaban bajo la piel bronceada por el sol. Giró, mostrándome su épico trasero y los hoyuelos de la parte baja de la espalda.

Me incorporé, apoyándome sobre las manos.

–Ahora, gira lentamente.

Me levanté de la cama mientras él obedecía. Permanecí ante él completamente vestida. Nos miramos fijamente a los ojos. No sonreíamos. Aquel se había convertido en un asunto muy serio. Se había convertido en algo más que un juego. Se había convertido en todo.

Posé las manos con tanta suavidad en sus caderas que no debería haberle sentido. Ni él a mí. El fino vello que cubría su piel se erizó y sentí el calor que de su cuerpo emanaba. Deslicé las manos a ambos lados de su cuerpo y ascendí después por su pecho y su vientre, manteniendo en todo momento una distancia milimétrica entre mi piel y la suya.

Johnny se estremeció.

–Emm...

–Shh.

Continué recorriendo con aquella caricia fantasma cada centímetro de sus muslos. Le rodeé y le acaricié sin llegar a tocarlos la espalda, los hombros, el trasero, la delicada piel de detrás de las rodillas, los gemelos, y las espinillas. Me arrodillé después frente a él.

Entonces le acaricié de verdad. Me aferré a sus tobillos. Johnny gimió. Alcé las manos por las espinillas, las rodillas, los gemelos y los muslos y las dejé descansar en la parte posterior de los muslos, justo debajo de las nalgas.

Para entonces ya estaba completamente excitado. Y lo tenía ante mí. Deseaba saborearlo. Sin dejar de agarrarle, aunque él no hacía ningún intento de apartarse, me incliné para hociquearle el muslo. Jugueteeé con la lengua entre sus testículos y después en la base del pene. Él se retorció mientras hundía una mano en mi pelo, pero, aparte de eso, permanecía muy quieto.

Le tomé lentamente con los labios, saboreando cada centímetro. Succioné delicadamente y utilicé las manos para moverle, haciéndole salir y entrar de mi boca, marcando mi propio ritmo. Tensó la mano sobre mi pelo y gimió.

Yo me detuve y alcé la mirada hacia él.

–Eso te gusta, ¿verdad?

Sonrió ante mi pregunta. Sentí que aminoraba la tensión con la

que me agarraba el pelo.

–Sí, me gusta.

–Estupendo –y me entregué de nuevo al placer de dejarle penetrar mi boca.

Y fue muy dulce aquel placer. No por el acto en sí, sino por la actitud de Johnny. Por su forma de gemir y de moverse, por la forma en la que pronunciaba mi nombre como si fuera el regalo más precioso que hubiera recibido nunca.

Yo sabía que habría disfrutado de mejores mamadas antes, más expertas, quizá, e incluso más entusiastas. Pero cuando alcé la mirada y vi su rostro retorcido por el deseo, no fue la cara de un hombre acostumbrado a aquellos placeres lo que vi ante mí, ni la de un hombre que diera aquel placer por sentado. Johnny me miraba maravillado, como si aquello fuera un sueño. Una fantasía. Como si no fuera algo real.

Se corrió en mi boca y yo tragué aquel líquido caliente y suave sin siquiera una mueca de protesta. Era curioso cómo funcionaban las cosas allí, con él.

Johnny apretó los labios y susurró mi nombre. Echó las caderas hacia delante. Su sexo palpitaba en mi boca y, maravilla de las maravillas, yo también me corrí en una lenta y envolvente oleada de sensaciones completamente distinta a todos los orgasmos que había podido disfrutar en mi vida.

Comencé a reír.

Allí, de rodillas, que comenzaban a dolerme un poco, y con el sabor de Johnny en mi boca, reí. Me incliné contra él, contra su sexo y lo besé. Después, dejé que me ayudara a levantarme y volví a besarle.

–Emm, Emm, Emm –dijo Johnny.

–Mm –susurré contra sus labios–. Me gusta oírte decir mi nombre.

–Emm –repitió él.

Me empujó suavemente hacia la cama, pero antes de que pudiera tumbarme para disfrutar conmigo de cualquier delicia o perversión que tuviera planeada, la puerta se abrió de golpe y entró Sandy. Lo hizo hablando y ni siquiera se interrumpió al vernos allí.

–Johnny, escucha, tengo que hablar contigo –le advirtió, poniendo

la mano en la cadera.

–Sandy –le dijo Johnny en el tono de un hombre que estaba comenzando a perder la paciencia–, sal ahora mismo de aquí.

–No pienso irme hasta que no me des algo de dinero.

–¿Qué? ¿Tengo que darte más dinero? ¿Y qué pasó con los doscientos dólares que te di la semana pasada?

–Yo... esperaré fuera –dijo inmediatamente.

Empecé a alejarme, aunque él intentó retenerme agarrándome la mano.

–Quédate –me pidió. Se volvió después hacia Sandy–. Vete de aquí.

Pero Sandy se cruzó de brazos y sacó el labio inferior, haciendo un puchero perfecto.

–No.

–¡Dios mío, Sandy! Al final vas a conseguir que me enfade, ¿lo sabes?

–¿Lo ves? –Sandy se volvió hacia mí–. ¡Esto ya es demasiado! ¡Me está amenazando! ¿Qué clase de hombre es capaz de amenazar a la madre de su hija? Vamos, Johnny, dame algo de dinero y me iré.

–¿Para qué necesitas el dinero? Creía que estabas viviendo en casa de tu madre. Y no me digas que te has gastado ya todo el dinero que te di para Kimmy. ¿Qué pasa, que la niña utiliza pañales de oro?

–Lo necesito –insistió Sandy. Me recorrió de pies a cabeza con la mirada, examinándome–. Lo necesito para algo.

–Para... para un aborto.

Lo dijo con la barbilla alta y la boca apretada, pero ligeramente curvada en los extremos, como si no quisiera sonreír, pero no pudiera evitarlo.

Decidí que aquel era el momento de marcharme. No porque estuviera celosa, ¿cómo podía estar celosa de algo que había creado mi propia imaginación? Pero como no tenía por qué involucrarme en lo que estaba sucediendo entre ellos y no quería formar parte de aquello, me dirigí hacia la puerta. No podía controlar activamente lo que estaba pasando allí, no podía tomar las riendas y tirar de ellas o soltarlas cuando estaba en un sueño. Pero si yo no las veía, las cosas

no ocurrían. O, al menos, eso pensaba.

Johnny me tiró del brazo para evitar que continuara caminando.

–Emm, no te vayas.

Le miré por encima del hombro.

–No, cariño, antes tienes que resolver esto.

A Johnny parecieron gustarle mis palabras. Se le iluminó la mirada. Sonrió. Me soltó. Pasé por delante de Sandy sin dedicarle siquiera una mirada. Las mujeres saben cómo tratar a sus rivales, y aunque yo no estaba celosa, definitivamente, tampoco tenía ningún interés en prestarle la menor atención.

Crucé la puerta.

Y terminé en el cuarto de estar de mi casa.

Capítulo 15

Por lo menos aquella vez no estaba desnuda. Sin embargo, respiraba con dificultad y tenía el estómago revuelto. La cabeza me dolía tanto que gemí y fui tambaleándome hasta el sofá, donde me tumbé y me aferré a un cojín. Afortunadamente, el mundo no giraba a toda velocidad, pero tardó varios minutos en quedarse completamente quieto.

Me levanté lentamente.

–Qué demonios...

Mi voz sonaba como si estuviera destrozada. Y así me sentía. No tanto físicamente, por lo menos al cabo de unos minutos. Mi lesión cerebral nunca me había hecho sentirme mal físicamente, solo últimamente. Pero no eran ni mi cabeza ni mi cuerpo los que me hacían sentirme de esa manera, sino el saber que aunque las fugas estaban empeorando y era posible que se hubiera roto algo en mi cerebro y estuviera vaciándose y condenándome al olvido... no quería que aquello terminara.

Me gustaba estar en un lugar donde alguien como Johnny Dellasandro estaba conmigo, donde no tenía que preocuparme por cosas como los preservativos o los embarazos o, bueno, ni siquiera por depilarme. O pagar facturas. Pero, sobre todo, un lugar en el que Johnny acariciaba con manos y boca todo mi cuerpo, un lugar en el que hundía su delicioso miembro dentro de mí, en el que podía tocarle y besarle sabiendo que me deseaba tanto como yo le deseaba a él.

Pero lo que me apetecía en aquel momento más que ninguna otra cosa era darme una ducha caliente. Permanecí bajo la ducha durante largo rato y, cuando salí, me sentía un poco mejor. Me peiné después y me unté la cara de crema. Me puse una camiseta vieja que me

llegaba a medio muslo, suficientemente estrecha como para pegarse a cada una de las amplias curvas que el espejo se empeñaba en mostrar. Estudié mi reflejo de lado a lado acariciando los senos, el vientre y las caderas. Nunca había odiado mi cuerpo como muchas de mis amigas parecían odiar el suyo, tal y como el cine y la televisión nos urgían a hacer a las chicas de talla normal.

–Tendrás que hacer más ejercicio –me aconsejé a mi misma, metiendo las mejillas y el vientre hacia dentro para parecer más delgada.

Pero sabía que no iba a hacer más ejercicio. Y sabía también que en el Mocha había demasiadas magdalenas y demasiadas cucharadas de azúcar en mi café, porque la cafeína y el azúcar siempre habían conseguido lo que las pastillas no habían podido hacer.

El pelo húmedo goteaba por mi espalda, dejándome helada. Agarré una sudadera y un par de calcetines de lana con todos los colores del arcoíris y bajé al piso de abajo para prepararme una taza de chocolate caliente. Quería un libro y una cama en mi futuro inmediato y, a lo mejor, una película en mi ordenador al mismo tiempo. Quería disfrutar de una noche tranquila.

Pero entonces sonó el timbre de la puerta. Al principio no podía creerme lo que oían mis oídos y me convencí de que habían llamado a la puerta de mi vecino, aunque jamás había confundido mi timbre con el suyo. Cuando volvió a sonar, seguido de varias llamadas a la puerta, fui a buscar el teléfono móvil que había dejado cargándose en el mostrador y lo agarré con fuerza dispuesta a llamar a la policía.

Estaba claro que había visto demasiadas películas de terror.

No tenía mirilla ni como quiera que se llamaran esas ventanas sofisticadas al lado de la puerta, aunque tenía una irritante ventana justo encima. Me prometí poner solución a esa carencia en cuanto pudiera, aunque aquella promesa no me servía de nada estando en el vestíbulo de mi casa con el pelo empapado, sin bragas, con la negra noche filtrándose por la ventana y un desconocido llamando a la puerta.

Volvieron a llamar. Teléfono en mano, corrí el cerrojo y la cadena. Abrí una rendija de la puerta. Y después, la abrí por completo.

–Hola –me saludó Johnny.

Parecía supremamente incómodo y absolutamente atractivo con el abrigo y aquella bufanda que me hacía desear envolverme en ella.

–Hola –respondí más rápido de lo que me habría creído capaz.

–¿Puedo pasar? Hace un frío horrible.

–Yo... eh, sí. ¡Por supuesto! ¡Claro! –me eché a un lado para dejarle pasar junto a una ráfaga de viento a la temperatura de la nieve y cerré la puerta tras él.

Se volvió hacia mí.

–Sé que es tarde.

–No tanto. Lo que pasa es que ahora anochece muy pronto. Pero, en realidad, no es tan tarde –me obligué a cerrar la boca.

¿Por qué no era capaz de estar con el Johnny del mundo real de la misma forma que estaba con el Johnny imaginario del pasado? ¿Qué había sido de aquella vampiresa atrevida que sabía coquetear y asumir el control de la situación?

Permanecí avergonzada frente a él, mirándole fijamente y prácticamente arañando el suelo con las puntas de los calcetines.

–¿Te importa que me quite el abrigo?

–Por supuesto que no. Yo lo colgaré.

Agarré su abrigo, y después comprendí que no tenía ningún lugar para colgarlo. Nos quedamos mirándolo fijamente mientras se hacía un incómodo silencio entre nosotros. Al final, lo dejé en la barandilla de la escalera, sabiendo que el poste podría detenerlo en el caso de que resbalara.

–¿Quieres pasar? Estaba preparándome... –silbó el hervidor de agua–, un chocolate caliente.

La bebida que una buena chica se prepararía estando sola en casa, pensé, al tiempo que intentaba adivinar en el rostro de Johnny lo que estaría pensando él. Pero solo fui capaz de ver el atractivo que el tiempo no había borrado. Se me ocurrió ofrecerle algo más sofisticado, como un licor o algo que exigiera una preparación más elaborada, todo con la mayor naturalidad, con ingredientes y utensilios de cocina que, casualmente, tendría a mano.

–Claro, me encantaría, gracias.

No se movió. Esperó que fuera yo la que le condujera a la cocina. Y así lo hice, preguntándome, cuando comencé a caminar, si la camiseta sería demasiado corta, o si me sobresaldrían demasiado las nalgas. Y si, en el caso de que fuera así, estaría mirándome.

–Siéntete como en tu propia casa.

Señalé un taburete que había al lado de la isla que tanto me gustaba.

–¿Quieres un chocolate caliente? ¿O prefieres otra cosa? Puedo ofrecerte... eh, ¿Un zumo? ¿Una cerveza?

–No, prefiero un chocolate caliente. Es lo mejor para una noche como esta.

–Sí, ha bajado mucho la temperatura.

Saqué la leche y el chocolate en polvo del armario. Azúcar. Vainilla. Nubecitas y chispas de chocolate.

Johnny me miraba mientras yo iba colocando los ingredientes sobre el mostrador.

–Menuda preparación.

No me costó sonreírle, y, de alguna manera, aquella sonrisa consiguió aliviar parte de la tensión.

–Voy a preparar lo que yo llamo «el chocolate gourmet del hombre perezoso», aunque bueno, yo no soy un hombre. Y no puedo decir que el chocolate sea gourmet.

Otra vez la incontinencia verbal. Tragué saliva y volví a intentarlo.

–Es más rápido que hervir leche –le expliqué–. Y odio que la leche termine saliéndose cuando la hierves. De esta forma, con la leche en polvo, el chocolate queda tan cremoso como con la leche normal, pero nos ahorramos la parte más desagradable.

–¿Y el resto?

–Eso –contesté con una sonrisa–, eso son todo extras.

Johnny sonrió también, aunque la suya fue una sonrisa lenta, como si hubiera olvidado cómo se hacía.

–Suenan bien.

Le tendí una taza enorme con una calavera y unos huesos cruzados y saqué para mí mi taza favorita. También era enorme y tenía impresa una fotografía de TARDIS, la nave de Doctor Who.

Mezclé el chocolate con la leche en un cuenco de cristal con un asa y una tapadera de plástico muy chula. Nunca había utilizado un cacharro tan bonito.

Johnny me miraba sin decir nada. Yo fingí no notarlo. Y también fingí que no era tan torpe como lo estaba siendo al saberme observada por él.

Serví el chocolate humeante en las tazas y le tendí las nubecitas y las chispas de chocolate.

–Toma, sírvete tú.

–Creo que ya está bien así.

–¿De verdad?

Eché tres nubecitas en mi taza, que se derritieron y extendieron su blanca y dulce delicia sobre el chocolate. Añadí un puñado de chispas de chocolate.

–¡Está buenísimo!

Johnny echó una nubecita en su chocolate y después unas chispas de chocolate.

–No sé si lo he estropeado.

–No, no, está mucho mejor así –bebí y le observé a través del humo–. Te gustará, te lo prometo.

Alzó la taza, lo probó y asintió.

–Está bueno.

Agradecí que estuviera la isleta entre nosotros. Me incliné sobre ella y sorbí lentamente para que ambos pudiéramos actuar como si aquel líquido caliente reclamara tanta atención que nos resultara imposible hablar. Yo incluso me tomé mi tiempo en soplarlo para no quemarme la lengua. Normalmente, era tan impaciente que terminaba escaldándome.

–Bueno –dijo Johnny al cabo de unos minutos llenos de un incómodo silencio interrumpido solamente por el sonido de ambos bebiendo chocolate.

Esperé. Johnny no continuó, pero dejó la taza y las manos sobre la isleta. Me miró, pero no como me miraba en mi imaginación. En las fugas, Johnny me miraba como si yo fuera algo muy especial que no sabía cómo había tenido la suerte de encontrar. En aquel momento,

me miraba como si yo fuera una especie de misterio que, sencillamente, no era capaz de resolver.

–¿Sí?

Fingía estar tranquila y compuesta, pero por dentro estaba histérica.

–He estado esperando el momento para hablar contigo.

No pude evitarlo. Me eché a reír. Al principio suavemente, era solo una risita, pero la intensidad fue aumentando hasta que tuve que taparme la boca para contener una risotada.

–¿De verdad? –conseguí preguntar.

Le había visto sonreír muchas veces en fotografías, en películas y en aquellos momentos mágicos que me proporcionaban las fugas. En aquel momento la sonrisa era diferente, pero, al mismo tiempo, idéntica. La estaba conteniendo un poco.

–Sí, de verdad.

La risa cedió. Me dolían ligeramente los músculos del vientre, pero de una forma agradable. Me sequé los ojos.

–Entonces, habla.

–Creo que deberíamos hablar de lo que ocurrió en el estudio.

Aquello me puso seria, pero no del todo.

–Ajá.

–Y que deberías saber por qué... no funcionó.

No era algo que no hubiera oído nunca, o que nunca hubiera dicho, pero, desde luego, era lo último que esperaba de Johnny. Dejé la taza en la isleta y me lamí los labios. No quería enfrentarme a él con los labios manchados de chocolate.

–¿Qué es lo que no funcionó exactamente?

Johnny continuaba teniendo ambas manos sobre el mostrador y se retorció nervioso los dedos.

–Nosotros no funcionamos.

–¡Ah!

No se me daba bien coquetear, pero tampoco fingir falta de interés.

–¿Y por qué no?

Johnny parpadeó. Y su sonrisa se hizo infinitesimalmente más

ancha.

–Emm.

Dejé de respirar cuando pronunció mi nombre. Quise cerrar los ojos y dejarme llevar por aquel sonido, por aquella única sílaba. Pero no lo hice. Mantuve la mirada fija en la suya, sin desviarla, porque tampoco él lo hacía.

–Johnny.

No pude disimular el anhelo que reflejaba mi voz, y tampoco lo habría hecho aunque hubiera sido posible.

Johnny gimió de forma casi inaudible y aquel sonido desató una oleada de placer dentro de mí, inesperada y burbujeante. Sentí dilatarse mis pupilas. Y los pezones se endurecieron un segundo después. El clítoris me palpitaba. Me alegré de haber dejado la taza porque si no lo hubiera hecho, se me habría caído. Tal y como estaba, tuve que poner ambas manos sobre la isleta para evitar que se me doblaran las rodillas, tan intensa era la sensación. Tan poderosa.

–Debería marcharme –dijo Johnny un segundo después, antes de que yo tuviera tiempo de procesar el sonido que había hecho.

Estaba levantándose ya cuando yo rodeé la isla para colocarme frente a él.

–Espera.

Volvió a sentarse como si le hubiera empujado, aunque ni siquiera le había tocado, aunque ni siquiera estaba suficientemente cerca de él como para tocarle. Al menos, todavía.

–Emm.

–¡Maldita sea! Me encanta cómo suena mi nombre cuando lo dices tú.

Volvió a gemir. Vi cómo se le movía la garganta al tragar saliva. Su mirada había adquirido un brillo ligeramente salvaje. El pulso le latió en la base del cuello una, dos veces, muy rápidamente.

Nos separaban cuatro o cinco pasos como mucho. Di tres. Mis pies se deslizaban por el suelo encerado y la camiseta era demasiado corta como para resultar discreta. Quería olerle. No pensé en lo que podía parecerle aquel acercamiento repentino. Porque no me importaba.

–Emm –repitió.

Y, en aquella ocasión, mi nombre no sonó como una advertencia o una protesta.

Sonó como una invitación.

Me moví. Él cambió de postura. El taburete era tan alto que cuando me deslicé entre sus piernas entreabiertas, las rodillas de Johnny presionaron mis caderas. Me incliné hacia él con los ojos entrecerrados y respirando profundamente. Johnny no se apartó, y tampoco se acercó a mí. Permaneció a mi lado, tenso y rígido como una piedra.

Abrí los ojos. Estaba tan cerca de él que podía ver las motitas de sus ojos, podía contarle las pestañas, y ver una pequeña mancha de nubecita en la comisura de sus labios.

Pero no le besé.

Me besó él.

Fue un beso ansioso, con las bocas abiertas, las lenguas deslizándose la una sobre la otra y los dientes entrechocando. Fue un beso perfecto. Alzó la mano hasta mi nuca y hundió los dedos en mi pelo. Yo jadeé contra su boca, tal era la fuerza con la que le deseaba. Johnny sabía tan condenadamente bien que quería devorarlo.

El taburete se meció de forma peligrosa cuando me senté a horcajadas sobre él, pero me rodeó con el brazo y me agarró el trasero con la mano mientras apoyaba los pies en el suelo para evitar que nos cayéramos. Mi camiseta se levantó y sentí contra mí el frío de la hebilla del cinturón y sus vaqueros deliciosamente ásperos. Buscó con la mano mi piel desnuda y volvió a gemir, más fuerte en aquella ocasión. Interrumpió el beso durante unos instantes para pronunciar de nuevo mi nombre.

Yo le enmarqué el rostro con las manos e interrumpí el beso para mirarle a los ojos. Nuestras bocas estaban tan cerca cuando comencé a hablar que le rozaba los labios con cada palabra.

–¿Qué hay en esto que no esté funcionando?

Posó la otra mano sobre mi trasero y apretó las dos con delicadeza. La silla volvió a moverse, pero ya no me importaba que pudiera volcarse. Yo apreté los muslos contra sus caderas y deslicé el

pulgar por su labio inferior.

Johnny se lo metió en la boca y succionó delicadamente antes de morderlo con suavidad.

–Nada y todo. Lo que sea. Teniéndote sentada en mi regazo, no soy capaz de pensar con claridad.

–Podría estar sentada sobre tu rostro.

Johnny musitó algo tan poco inteligible que no estaba segura de si era una maldición o una oración. Volvió a besarme con una boca castigadora que yo acepté feliz. Me estaba resbalando un poco, así que cambié de postura en su regazo mientras él se movía para evitar que el taburete se volcara y yo terminara cayendo. Era un desastre y era adorable al mismo tiempo, pero tenía que separarme de él si no quería terminar en el suelo, debajo de él y no precisamente de la forma que quería.

Con los pies en el suelo y nuestras bocas todavía fundidas en un beso, alargué el brazo para tocar el bulto que presionaba contra los vaqueros. Nunca me había sentido tan atrevida como en aquel momento, nunca había sido tan atrevida como lo era con él.

En el mundo imaginario y en el mundo real.

Johnny posó la mano sobre la mía e interrumpió el beso.

Tardé varios segundos en recuperar la respiración. No aparté la mano. Le miré a los ojos y vi sus pupilas dilatadas por el deseo. No lo estaba fingiendo. Disfruté su sabor en mis propios labios y recordé su más íntimo sabor descendiendo por mi garganta. Me estremecí y el mundo pareció inclinarse, pero no como si fuera a sufrir una fuga, sino como si fuera a desmayarme.

–Te deseo mucho.

Mi voz se quebró en los límites de mi sinceridad, pero no me importó. No me quedaba ya ni dignidad ni orgullo.

Moví hacia arriba la mano que tenía sobre sus genitales y capturé la mano de Johnny para posarla entre mis piernas, contra mi piel caliente y lubricada. Le hice frotar el dedo sobre mi clítoris ya en tensión y descender hasta hundirlo dentro de mí. Me estremecí sin apartar la mirada de sus ojos.

–¿Lo ves? –le dije.

Johnny movió la mano estirando los dedos en mi interior de una forma maravillosa. Hundió los dedos en lo más profundo de mí y después los curvó un poco, llegando hasta un punto escondido del que yo había oído hablar, pero que nunca había localizado.

Mi cuerpo entero se encendió. Posé la otra mano en su hombro y le clavé los dedos para evitar caerme. Me presionó el clítoris con el pulgar aplicando la presión perfecta, tal y como sabía que haría. Tal y como había hecho en mi imaginación.

Desplazó el trasero hasta el borde de la silla para poder apoyar los pies en el suelo con firmeza. Volvió a besarme mientras con una mano me penetraba y con la otra me sujetaba por la cadera, ayudándome a permanecer erguida. Me incliné contra su pierna, sin importarme el ángulo extraño en el que tenía que torcer la cabeza para poder besarle al tiempo que me acariciaba. Dejé de concentrarme en su sexo, incapaz de hacer nada, salvo montar en aquella oleada de deseo que estaba a punto de estallar.

Estaba tan empapada que Johnny no tenía problema alguno para meter y sacar los dedos de mi cuerpo. Los movía lentamente, empujando hacia dentro, curvándolos y sacándolos mientras con el pulgar iba ejerciendo una deliciosa presión. Me mecí contra su mano, le succioné la lengua y contuve la respiración cuando él gimió. No podía mantener los ojos abiertos, el placer hacía que me pesaran los párpados. Tampoco podía hablar. Lo único que podía hacer era entregarme por completo.

Y Johnny me lo dio todo. Su boca, sus dedos, su voz susurrando mi nombre al oído cuando abandonó mis labios para recorrer mi mandíbula con la boca y acariciar la piel de mi cuello con los dientes.

El orgasmo me golpeó con la fuerza de un tren de carga, con violencia y dureza, sin ninguna piedad. Me quebré ante su potencia, pero Johnny me mantuvo erguida. Abrí los ojos cuando el orgasmo empezó, buscando su rostro. Johnny no sonreía. Su mirada se había tornado oscura y apasionada, tenía las mejillas sonrojadas y los labios entreabiertos y húmedos por mis besos.

Cuando el placer cedió, me di cuenta de que tenía los dedos agarrotados sobre su hombro. Le solté. Continuaba sintiendo los

efectos del orgasmo cuando Johnny sacó los dedos. Me di entonces cuenta de que había estado de puntillas. Posé la planta del pie en el suelo, con las rodillas todavía débiles.

–¡Uf! –conseguí decir.

Cuando incliné el rostro para besarle otra vez, él giró la cara de manera que, si yo hubiera sido suficientemente persistente, le habría terminado besando en la mejilla. No lo fui. Al fin y al cabo, era lo bastante inteligente como para ser capaz de controlarme.

–Lo siento –se disculpó Johnny, y me apartó con delicadeza–. No puedo.

Se levantó. Se alejó de mí. Se fue.

Capítulo 16

–Y creo que voy a necesitar una maleta nueva –me estaba diciendo mi madre, continuando una conversación en la que no había sido capaz de concentrarme durante los últimos veinte minutos.

No le había importado. Parecía darse por satisfecha con poder hablar sobre su crucero mientras paseábamos por el centro comercial, y yo me conformaba con musitar algún ocasional «ajá» cuando se detenía y pretendía saber mi opinión. Pero debería haberme dado cuenta de que no era tan fácil engañarla. Lo único que estaba haciendo era esperar el momento de enfrentarse a mí, que resultó llegar delante de un yogurt helado en la zona de restaurantes.

–Y ahora –dijo mientras hundía la cuchara en un yogurt helado de vainilla y frutas del bosque–, cuéntame lo que te pasa.

Yo tenía un yogurt de chocolate y caramelo delante de mí, pero hasta el momento, lo único que había hecho con él había sido manchar la cuchara, en vez de llenarme el estómago.

–¿Mm?

–Emmaline –continuó mi madre en tono de advertencia–. Sé que te pasa algo. Cuéntamelo.

Abrí la boca dispuesta a soltarlo todo: las fugas, mi relación, aunque con una versión censurada, con Johnny... Tenía todo aquello en la punta de la lengua, pero vi las bolsas que tenía a sus pies y me tragué todas y cada una de mis palabras.

Mi madre se iba a ir a un crucero con mi padre. Iban a disfrutar de unas vacaciones sin mí. Las primeras en todos sus años de matrimonio. Conocía a mi madre suficientemente bien como para sospechar, o para tener la seguridad, de que bastaría una sola frase para que cancelara el viaje. Así que no la pronuncié.

–Problemas de chicos –dije en cambio.

Se animó al instante.

–¿De verdad?

No pude menos que echarme a reír, aunque la risa no alcanzó mi corazón.

–No te pongas tan contenta, por Dios.

–Si tienes problemas de chicos, es que hay un chico –replicó mi madre, y lamió la cuchara.

–Te comportas como si nunca hubiera habido un chico en mi vida.

–No habías vuelto a hablar de ese tema desde que te fuiste de casa.

Giré una y otra vez la cucharilla, convirtiendo el yogurt helado en una sopa. No me apetecía nada, pero, de todas formas, comí un poco, consciente de que el hecho de no comérmelo, alarmaría a mi madre más que ninguna otra cosa.

–Vamos, cuéntamelo.

–Bueno, para empezar no es un chico.

Mi madre se quedó callada un momento y cuando habló, lo hizo fingiendo naturalidad.

–¿Es... una chica?

Reí de todo corazón al oírla.

–Eh, no.

–¡Ah, bueno! Porque te acuerdas de Gina Wintzel, ¿verdad? Creo que iba un curso o dos por delante de ti en el colegio. Su madre trabaja en Weis Markets.

Sabía que si esperaba lo suficiente, la historia terminaría teniendo sentido.

–Sí, la conocía. Era una de las animadoras del equipo.

–¡Y es lesbiana!

Volví a echarme a reír.

–¡Pero mamá!

–Es verdad, me lo dijo su propia madre. Me contó que estaba con una mujer que conoció cuando estuvo trabajando en Arkansas.

–¿Porque Arkansas está llena de lesbianas? –pregunté al cabo de una breve pausa durante la que intenté en vano encontrarle sentido a aquella información.

–No tengo ni idea –contestó mi madre–. Solo te estoy diciendo lo que me dijo su madre. Están pensando en adoptar un niño.

–Eh... supongo que me alegro por ellas.

Recordaba a Gina como una rubia promiscua que en una ocasión me había hecho un comentario muy grosero sobre mi ropa, pero con la que, más allá de eso, nunca me había relacionado.

–Sí, me parece muy bien por ellas –dijo mi madre asintiendo y lamiendo de nuevo su yogurt–. Y también me lo parecería en tu caso.

–¿Si fuera lesbiana?

Me señaló con la cucharilla.

–Lo único que te estoy diciendo es que tu padre y yo te queríamos igual si fueras lesbiana. No sé, imagínate cómo se tienen que sentir los padres de esa chica que sale por la radio.

El hecho de no ser capaz de seguir con la misma facilidad de antes la lógica de mi madre me entristeció.

–¿Qué chica de la radio?

–Esa que canta *I Kissed a Girl*. Supongo que sus padres habrán pensado en ello.

–Estoy segura de que están muy orgullosos de su hija, mamá.

–Bueno, tu padre y yo también estamos muy orgullosos de ti, Emmaline, tanto si eres lesbiana como si no –aunque sonreía, a mi madre se le llenaron los ojos de lágrimas–. Eres una mujer guapísima. ¿Sabes? Nunca lo pensé, aunque siempre esperé que... Lo que quiero decir es que, no estábamos seguros de que...

–No soy lesbiana –le repetí, intentando evitar un derrumbe emocional.

Ya estaba suficientemente cerca de un estallido de sollozante angustia por culpa de mi síndrome premenstrual. No quería ponerme a llorar allí ni animar a mi madre a hacer lo mismo.

–Así que tienes problemas de chicos, pero no hay un chico. ¿Es un hombre entonces? –insistió encogiéndose de hombros, como si yo no estuviera yendo al grano.

–Bueno, sí, es un hombre. No es un chico. No, no es un chico en absoluto –fruncí el ceño al recordar que Johnny me había llamado «chica».

–Supongo que tienes razón. Ya tienes más de treinta años, ya va siendo hora de que salgas con hombres de verdad, supongo –mi madre sonrió–. ¿Y cómo es él?

–En realidad, no estamos saliendo. A mí me gusta mucho, pero... –suspiré y me aclaré la garganta para mantener los sentimientos bajo control–, yo no le gusto.

–Entonces es que es un estúpido.

–Vaya, mamá, gracias, pero creo que eres un poco parcial.

Mi madre volvió a sonreír y se comió los restos de yogurt que quedaban en el vaso.

–No importa, soy tu madre. Y tengo derecho a decir que un chico, perdón, un hombre, es un canalla porque no le gustas. ¿Cómo se llama?

–Johnny.

Mi madre soltó un bufido burlón.

–Ese no es un nombre para un hombre.

–Es una especie de... Supongo que se lo pusieron cuando era joven y ahora todo el mundo le conoce por ese nombre. Eso es todo. No le pegaría nada llamarse John. Es..., sencillamente, Johnny. La verdad es que le queda muy bien ese nombre.

–¿Estás segura de que no le gustas?

Pensé en cómo me había apartado, dejándome sola con la camiseta alrededor de las caderas y mi cocina oliendo a sexo.

–Sí, estoy segura.

–Es un idiota. Olvídate de él.

–No sé si puedo, mamá. Es imposible olvidarle.

–A cualquier hombre se le puede olvidar –replicó mi madre con expresión amenazadora.

Suspiré.

–A este no.

–¡Oh, Emm! Cariño, odio verte así. ¿Por qué siempre tienes que tomártelo todo tan a pecho?

Me eché a reír, a pesar del nudo que tenía en la garganta.

–Vaya, mamá, ¿dónde está tu apoyo?

–He dicho que era un idiota, ¿no?

Volví a reír.

–Sí, es un idiota.

–Pero te gusta –añadió mi madre con compasión–, estoy segura.

–Es, sencillamente, especial... –confesé con un suspiro.

Continué dando vueltas al yogurt, pero no conseguí comérmelo ni siquiera para evitarle a mi madre la preocupación.

–Es un hombre distinto. Con mucho talento, muy viajado. Ha vivido mucho. Mamá, me hace sentirme como una palurda. Como si fuera... una pobre chica.

–Eres una chica –señaló mi madre.

–Soy una mujer.

Me miró, suavizando su expresión.

–Lo sé, cariño. Y no hay ningún chico, ni ningún hombre, por cierto, tan especial como para que tengas que sentirte así.

Realmente, mi madre siempre ha sido adorable.

–Lo sé. No puedo evitarlo. Es simplemente que es tan... ¡bah! –apuñalé con la cuchara el yogurt deshecho–. ¡Tan estúpido! Sí, Johnny Dellasandro es un estúpido.

Mi madre, que se había empezado a reír, interrumpió sus risas.

–¿Por qué me suena tanto ese nombre?

–Es un pintor –respondí, aun a sabiendas de que no era probable que le conociera por eso–. Tiene una galería de pintura en Harrisburg.

–No, no es por eso –sacó un paquete de toallitas del bolso y se limpió con ellas cada dedo.

–Era... actor –añadí vacilante.

Arqueó las cejas.

–¿Un actor famoso... como Tom Cruise?

–No, no tan famoso. Pero un poco, sí –le dije pensando en las páginas webs y los artículos que había visto dedicados a él–. Hace mucho tiempo.

–¿Cuánto tiempo? –su voz sonaba recelosa. Y ella también lo parecía.

–Eh... –evitaba dar una respuesta–, en los setenta.

Mi madre se reclinó en la silla con los brazos cruzados.

–Y supongo que no era un actor infantil.

–No.

–¡Oh, Emmaline! –se interrumpió y frunció el ceño–. ¿No será ese tipo que sale en las películas de madrugada? Esas en las que enseña su... ya sabes el qué.

–Mm...

–¡Emmaline Marie Moser! –exclamó mi madre horrorizada.

Por muchos años que una tenga, el uso de tu nombre completo siempre le hace sentirse a una avergonzada.

–No me lo puedo creer –se inclinó hacia delante en la silla y bajó la voz como si estuviera hablando de algo obsceno–. ¡Pero si es por lo menos tan viejo como tu padre!

–No es verdad –le defendí–. Papá tiene cincuenta y nueve años y Johnny solo cincuenta y siete.

–¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío! –se llevó la mano al corazón, pero se recobró inmediatamente–. Afortunadamente, no le gustas. ¡No debes gustarle! Porque si no fuera un estúpido, sería un... pedófilo.

–¡Mamá!

–Es demasiado viejo para ti, Emmaline.

–Mamá –dije más tranquila–. Tengo casi treinta y dos años. No creo que salir conmigo le convirtiera en un pedófilo.

–Sigue siendo demasiado viejo para ti –contestó con cabezonería. Frunció el ceño.

–¿Te parece bien que salga con una chica pero no que esté con un hombre mayor?

Aquello consiguió acallarla. Echaba chispas por los ojos. Pero por lo menos me miraba con el ceño fruncido y no preocupada por mí.

–No le gusto –repetí.

–Entonces es que es un idiota.

–¡Mamá! –sacudí la cabeza riendo–. Sí, es un idiota. Y es una suerte que yo no le guste.

Pensé en lo mucho que me había gustado sentir sus dedos dentro de mí y que me hiciera correrme con sus caricias, y tuve que estudiar el yogurt derretido muy minuciosamente. Había ciertas cosas que no quería compartir con mi madre, por mucho que la quisiera, por muy

bien que me llevara con ella o por muchas otras cosas que pudiéramos compartir. Me obligué a morder un trozo de delicioso caramelo fundido, pero no lo disfruté.

–Te gusta de verdad, ¿no es cierto?

Me conocía demasiado bien. Era irritante.

–Bueno, sí. Ya te lo he dicho.

–Sí, ya me has dicho que es especial, ¿pero al principio no lo son todos?

Alcé la mirada hacia ella.

–¿Después dejan de serlo?

Sonrió con expresión ligeramente soñadora.

–Algunos lo siguen siendo. Como tu padre. Tu padre sigue pareciéndome un hombre muy sexy.

Arrugé la nariz.

–Eh, prefiero que no sigas por ahí. Estás hablando de mi padre.

Mi madre se echó a reír.

–Tú has preguntado.

Me alegraba de que su matrimonio fuera bien. Era una suerte tener unos padres que se querían. En ello no había nada de malo y lo sabía.

–¡Vamos! Si el chocolate no te hace sentirte mejor, a lo mejor te sirve de algo ir de compras.

Mi madre se levantó y tiró el recipiente vacío del yogurt. Yo la seguí.

–Sí, la pena es que estoy sin blanca.

–¡Emm! Si de esa forma pretendes que te compre un par de zapatos, te advierto que esa estrategia dejó de funcionarte en octavo grado.

Sonreí y la miré con expresión suplicante mientras reuníamos las bolsas y nos alejábamos de la zona de restaurantes.

–No, me temo que sigue funcionándome.

–Pero no le cuentes nada a tu padre. Ya está a punto de sufrir un ataque de nervios con todo lo del viaje –me aconsejó mi madre.

En realidad ni quería ni necesitaba comprarme nada, pero me gustaba ver que continuaba siendo capaz de convencer a mi madre.

–¿Y por qué está tan nervioso?

Comenzó a contármelo, pero me llamó la atención un puesto situado justo después de la zona de restaurantes. Había pasado por allí docenas de veces sin fijarme nunca. Nunca había necesitado un cinturón artesano de cuero, ni una pulsera. Pero aquel día... aquel día, como tantas veces me ocurría últimamente, fue distinto.

–Espera un momento –musité mientras mi madre continuaba caminando hacia la librería sin dejar de hablar–. ¡Mamá, espera!

–¡Hola! –me saludó el chico que estaba trabajando en el puesto.

Era una monada, con un flequillo emo que le tapaba el ojo y la raya pintada de una forma que hubiera hecho revolotear mi corazón poco tiempo atrás.

Pero, en aquel momento, me pareció demasiado joven.

–¡Hola! –le saludé–. ¿Me enseñas uno de esos?

Señalé unos pasadores de pelo. Estaban hechos de cuero, tenían forma de semicírculo y dos agujeros penetrados por una espiga de madera. No se parecían a nada que hubiera comprado nunca o que siquiera me hubiera puesto. Al menos en el mundo real. Pero, aparentemente, mi mente había pensado que me quedaban bien, puesto que había elaborado uno para mí en una de las fugas.

–Claro –sacó uno de los pasadores del exhibidor y me lo tendió–. También puedo personalizarlo.

Le miré mientras lo tomaba y me detuve. El vendedor me estaba mirando de arriba abajo y me sentí bien. Realmente bien. No habían vuelto a mirarme así desde la última vez que... desde la última vez que tuve una fuga. Fruncí el ceño.

–No necesito personalizarlo.

Deslicé la espiga de madera por los agujeros, intentando recordar si aquel pasador era como el que había aparecido en mi fuga. No le había prestado mucha atención y en aquel momento no recordaba si tenía algún dibujo o no.

–Te quedaría muy bien –parecía sincero–. Tienes una melena muy espesa.

–Gracias –le dije al cabo de un segundo.

Toqué la coleta que llevaba colgando sobre mi hombro. Sí, tenía

una melena espesa. A veces demasiado para una goma normal. Siempre terminaban rompiéndose en los momentos más inoportunos.

–Me lo quedo.

Pagué poco menos que diez dólares por él, una cantidad bastante considerable para un pasador, pero era menos de lo que me hubiera hecho desistir. Me quité la goma y dejé caer la melena por mi rostro y mis hombros antes de recogerla con los dedos en una coleta y colocarme el pasador. Moví la cabeza de lado a lado para ver si se caía, pero parecía estar firmemente sujeta.

–Estás genial –me alabó–. ¿Estás segura de que no quieres personalizarlo? Puedo ponerte un dibujo, o tus iniciales. Cualquier cosa.

–¿Qué te estás comprando? –preguntó mi madre, que volvía en aquel momento de la librería–. ¡Pero, Emm! ¿Qué es eso?

–Un pasador de pelo.

Se echó a reír.

–Yo tenía uno igual cuando estaba saliendo con tu padre. ¡Dios mío!

Sonreí.

–¿Y en el tuyo ponía tu nombre?

Se echó a reír otra vez.

–Creo que no. Creo que tenía una flor o algo así. En realidad, creo que todos tenían flores. O a lo mejor, hojas de marihuana, no lo recuerdo bien.

El chico del puesto disimuló una risa tapándose la mano. Yo sabía que no debería haberme sorprendido, pero me sorprendió –¡Mamá!

–¿Qué? –preguntó, toda inocencia–. No estoy diciendo que la fumara. Lo único que estoy diciendo es que había muchísimas cosas con ese dibujo. Eso es todo, Emm. Vamos, hija, ¡estábamos en los setenta!

–Definitivamente, no quiero una hoja de marihuana en el pasador –le miré–. ¿Cuánto cuesta hacerle un dibujo?

–Es gratis. Y esa es la razón por la cual deberías grabarte algo. Porque está incluido en el precio.

–¿Qué tal mis iniciales? –se las dije–. E.M.M.

Tardó solo unos minutos, pero cuando me tendió el pasador, lo hizo con expresión de disculpa.

–Creo que le ha pasado algo a la máquina. He puesto tus iniciales, pero debo de haberme equivocado en el código, porque ha salido esto.

Flores y enredaderas. Continuaba siendo bonito. Me resultó familiar, y tragué una saliva amarga.

–Está bien, no te preocupes.

–¿Estás segura? Puedo grabarte otro.

–No –negué con la cabeza–, este está bien.

Me entregó el pasador junto a un papel con su número de teléfono. Esperé a que me hubiera perdido de vista para tirar el papel a la papelera.

–¿Por qué has hecho eso? –me preguntó mi madre–. Era un chico muy guapo.

–Sí, es un chico muy guapo.

Pero yo no quería a un chico. Quería a un hombre. Quería a Johnny.

Capítulo 17

–¿Estás segura de que quieres entrar? –preguntó Jen–. Ya sabes que hay un montón de sitios a los que podríamos ir, Emm. El café del Mocha no está tan bueno.

Apreté la mandíbula y cuadré los hombros en mi abrigo al tiempo que subía el cuello para protegerme del viento. Estudié la cafetería desde fuera. Llevaba diez minutos fuera, esperando a mi amiga. No había visto entrar a Johnny. Y tampoco le había visto salir.

–No, no pienso permitir que ese hijo de perra me haga renunciar al Mocha. Maldito Johnny Dellasandro y quien demonios se crea – respondí con amargura.

El sabor de cada una de aquellas palabras se pegaba a mi lengua y me recordaba al sabor de la leche al cortarse. Era repugnante.

–Desde luego –Jen se estremeció mientras miraba hacia la calle de enfrente.

Había bajado considerablemente la temperatura durante los días anteriores, prometiendo nuevas nieves. Las nubes no podían haber reflejado de mejor forma mi humor. Desde que Johnny me había dejado colgada en la cocina de mi casa un par de días atrás, había estado oscilando entre una vergonzante desesperación y una furia a punto de estallar.

–Es solo que... –se interrumpió.

La miré. No podía sentir la nariz. Ni los pies. Ni la nuca, puesto que me había recogido el pelo con el pasador nuevo exponiendo estúpidamente la piel de mi cuello por encima de la seguridad de la bufanda. No quería estar helándome en una esquina como una prostituta barata, que era, exactamente, como Johnny me había hecho sentirme.

–¿No quieres entrar? –le pregunté.

–Lo que no quiero es que entres tú si lo vas a pasar mal –me contestó mi amiga.

Tuve que contestar muy lentamente para evitar que los dientes me castañetearan.

–¿Crees que voy a montar una escena? Porque no voy a hacerlo, Jen. No soy una chica aficionada a montar escenas. Pero antes me masturbo con un consolador de alambre de espino a dejar que Johnny me eche del Mocha. Este es un lugar especial para nosotras, y lo era antes de que supiera siquiera que él existía.

–¡Ay! –hizo una mueca y se echó a reír.

–Y sin lubricante –añadí, no tenía muchas ganas de reírme, pero, aun así, a mí también se me escapó una risa–. ¡Vamos! Aquí está helando. No me importa que Johnny esté o no ahí dentro. Ahora lo único que quiero es algo que engorde.

–Ahora mismo –dijo Jen–. Si estás segura, claro. Después de lo que has dicho, parece que lo estás, pero quiero estar segura de que estás segura.

–Estoy segura –no podía dejar de temblar y las palabras salían de entre mis dientes, que no paraban de castañetear–. De verdad, no sé qué problema tiene, pero por mí, que se pudra.

–Muy bien –gritó riendo y aplaudiendo–. ¡Vamos!

Johnny no estaba allí, lo cual hizo toda la conversación bastante decepcionante. Hicimos nuestros pedidos y nos los llevamos a una mesa, donde nos desprendimos de varias capas de ropa y nos sentamos para abrazar con las manos nuestras tazas humeantes. Todavía no tenía ganas de reír, pero con Jen enfrente de mí, era prácticamente imposible no terminar haciéndolo.

–Cuéntame cómo van las cosas con el director de la funeraria –le pedí mientras lamía la nubecita derretida que coronaba el café chocolateado con menta que estaba probando.

Tenía un bastoncito de menta y, aunque hubieran pasado ya dos meses desde Navidad, ¿quién podía resistirse a un detalle como aquel?

–Pues la verdad es que me encanta –dijo Jen.

–Genial. Eso es bueno, ¿verdad?

Jen metió la cuchara en su café y se encogió de hombros.

–Supongo que sí.

–¿Por qué solo lo supones?

Suspiró.

–Bueno, ya sabes cómo va esto. Te gusta un tipo. Mucho. Y a él le gustas. Todo va genial. Y yo estoy esperando el momento en el que todo se estropee.

–¿Pero por qué se va a estropear?

Volvió a encogerse de hombros.

–Porque es lo que pasa siempre.

–No siempre –contesté. Y añadí–. O al menos eso he oído.

–Sí, lo sé. El amor es como el hombre de las nieves. O las abducciones extraterrestres. Siempre tienes noticias de que otra gente las ha visto, pero nunca una prueba real. Es todo un misterio – Jen esbozó una mueca.

Suspiré. Mi sonrisa se esfumó al mismo tiempo que mi buen humor.

–Así es el amor.

–Oh, Emm. Lo siento. Siento que Johnny esté siendo tan imbécil – me apretó la mano–. Bonita blusa, por cierto.

–Bonito cambio de tema.

Bajé la mirada hacia la camisa que había comprado en el Ejército de Salvación. Tenía las mangas abullonadas, los puños estrechos y el cuello a juego con los puños.

–Estaba rebajada un cincuenta por ciento por lo fea que es.

–Es como si llevaras una camisa y un chaleco. Muy retro.

Me eché a reír.

–Los bolsillos tampoco son de verdad.

Jen miró por encima de mi hombro y suspiró.

–Me temo que ya es hora de cambiar otra vez de tema.

Se tensaron todos mis músculos. Enderecé la espalda.

–Es él, ¿verdad?

La campanilla de la puerta tintineó, imaginé, más que sentí, la corriente fría en la nuca. Me volví para mirarle, esperando que, como siempre, me ignorara. Pero no estaba dispuesta a permitir que saliera

de aquella situación sin sentirse al menos culpable.

Johnny se detuvo en nuestra mesa. Saludó a Jen con un asentimiento de cabeza, pero no dejaba de mirarme a mí.

–Emm, hola. ¿Podemos hablar un momento?

Ignoré el grito ahogado de Jen y la patada que me dio bajo la mesa. Me aferré a la taza con las dos manos y le miré sin insinuar siquiera la más ligera sonrisa.

–Ya estás hablando conmigo, ¿no?

No pareció sorprendido, ni avergonzado, reacciones ambas que me habrían hecho disfrutar en grande. Johnny inclinó ligeramente la cabeza.

–En privado.

–Ahora estoy con mi amiga.

–En realidad –dijo Jen en tono de disculpa, aunque yo no me creí ni por un instante que realmente lo sintiera–, tengo que irme. Le he prometido a Jared que le llamaría.

La miré con los ojos entrecerrados, pero no podía obligarla a quedarse cuando ya estaba levantándose y poniéndose el abrigo.

–Traidora –musité.

–Encantado de verte –le dijo ella a Johnny.

Johnny le sonrió.

–Hace tiempo que no pasas por la galería.

Jen se detuvo. Estaba estupefacta.

–Yo, eh...

–Estoy preparando una exposición de artistas noveles para dentro de un mes o dos. Deberías traerme algo para que le eche un vistazo.

Las dos reprimimos sendos gritos de sorpresa al mismo tiempo. Johnny no parecía sorprendido. Esperé pacientemente la respuesta.

–Sí, claro –contestó Jen vacilante. Y ensanchó entonces la sonrisa–. ¡Sí! Claro que llevaré algo.

–Pásate cualquier tarde de esta semana. Estoy allí hasta las siete.

–Genial. Muy bien.

Asintió y me dirigió una mirada de asombro y emoción que yo no iba a poder sofocar con mi propio fastidio.

–¿A qué viene todo esto? –le pregunté a Johnny.

–¿El qué?

Johnny apartó la taza de Jen y apoyó las manos en la mesa, juntando las yemas de los dedos. No se molestó en quitarse el abrigo. Quizá porque no esperaba quedarse mucho tiempo.

–¿Cómo sabías que Jen era pintora?

Ya no me apetecía seguir bebiendo y me dediqué a girar la barrita de caramelo de menta una y otra vez.

Johnny arqueó las cejas. Y elevó ligeramente la comisura de los labios. Yo odiaba esa sonrisa. Me tentaba a devolvérsela, y no quería hacerlo. En silencio, Johnny señaló la pared del Mocha en la que colgaban cuadros y fotografías que estaban a la venta. Algunos eran de Jen.

–No imaginaba que te habrías fijado en ellos –dije fríamente–. Y, menos aún, que hubieras prestado atención a quién era Jen.

–¿Crees que no conozco a la gente que viene a este café? –la sonrisa de Johnny no había cobrado todavía todo su poder, pero estaba a punto de hacerlo–. ¿Crees que vengo aquí y me tomo un café sin fijarme en nada?

–Sí, eso es lo que creo –la barrita de caramelo se partió entre mis dedos y dejé que las dos partes se deshicieran en el café chocolateado.

–Pues bien –replicó Johnny bajando la voz–, no es así.

Mantenia firme la mirada y su sonrisa creció un milímetro más. Me mordí el interior de la mejilla con fuerza para evitar la tentación de ceder a su encanto.

Olía a naranjas.

Parpadeé en contra de mi voluntad y respiré hondo, no intencionadamente, sino como una reacción refleja. El olor se hizo más intenso. Me levanté arrastrando la silla hacia atrás.

–Tengo que irme.

–Emm –dijo Johnny, levantándose también–, espera.

No esperé. Estaba a punto de perder la conciencia. Caí precipitadamente en la oscuridad y resurgí resollando, como si estuviera emergiendo del fondo de un silencioso y tranquilo lago.

No hacía frío. Hacía calor. Estaba en el cuarto de baño,

aferrándome a un frío lavabo de porcelana. El agua corría. Yo estaba empapada en sudor. Cuando me humedecí el labio superior, sentí el sabor de las gotas saladas.

Puse las manos en cuenco para tomar agua, me las llevé a la boca y bebí. Tragué con fuerza y me lavé la cara sin importarme que se mojara la blusa e incluso la parte delantera de mis vaqueros de cintura alta. Miré mi reflejo. Mis ojos tenían una expresión febril y tenía el rostro empapado.

Me volví lentamente y miré a mi alrededor. No había nada mejor para indicarme la fecha en la que estaba que la cortina de la ducha, una cortina de diseños geométricos en colores rojo, naranja y verde lima. Bueno, eso y el hecho de que un minuto atrás estaba en el Mocha, dispuesta a salir de estampida y maldiciendo al arrogante capullo de Johnny Dellasandro.

Y de pronto estaba allí, pensando en acostarme con Johnny. Me sequé las manos con una toalla que no estaba muy limpia y abrí la puerta del cuarto de baño. Allí encontré a Johnny, desnudo en una cama con las sábanas revueltas.

–Hola, nena –dijo. Se interrumpió y me miró con el ceño fruncido–. ¿Por qué te has vestido?

Bajé la mirada hacia mi ropa.

–Yo...

–Mierda –se echó a reír–. A Sandy no le hará ninguna gracia que te hayas puesto su ropa. ¿Pero a quién le importa? Esa camisa te queda mejor a ti. Sandy no tiene el pecho que hace falta para lucirla.

Yo todavía estaba enfadada y aquello no me hizo sentirme mejor. Me llevé una mano a la cadera sin importarme que aquello fuera una fuga y, por lo tanto, que, en realidad, estuviera discutiendo conmigo misma.

–¿Y qué hacía su ropa en el cuarto de baño? ¿Por qué demonios entra y sale esa zorra de aquí como si estuviera en su propia casa y tú le pertenecieras? Y, sin embargo, a mí no me das ni la hora.

Johnny se sentó sin molestarse en ocultar su desnudez.

–¿De qué demonios estás hablando?

Tomé aire con fuerza. Estaba tan desorientada que tuve que

aferrarme al marco de la puerta.

–De ella, de Sandy, de tu esposa. ¿Te acuerdas de ella?

–Ya te dije que habíamos cortado –se levantó de la cama y caminó descalzo hacia mí.

Tenía un cuerpo maravilloso.

–No te enfades conmigo, nena –musitó contra mis labios–. Vamos, desnúdate y vuelve a la cama.

Le empujé por el pecho hasta que se alejó de mí.

–No.

Su expresión se oscureció.

–¡No entiendo a las mujeres! ¿Eso es lo que te pasa después de acostarte con un nombre? ¿Te metes en el cuarto de baño todo sonrisas y sales como si quisieras matarme?

–¿Hace cuánto tiempo? –le pregunté.

–¿Hace cuánto tiempo? Hace más o menos un año que nos separamos.

–No, ¿cuánto tiempo hace que me metí en el cuarto de baño?

Me obligué a pronunciar aquellas palabras con la lengua seca y los labios entumecidos.

–No lo sé. ¿Cinco minutos?

–¡Oh, Dios mío!

No solo había vuelto al mundo que yo misma había creado para satisfacer mis deseos a partir de una sobredosis de Internet, sino que estaba saliendo y entrando ininterrumpidamente en él.

Regresé tambaleándome al cuarto de baño, donde me incliné sobre el lavabo y bebí compulsivamente, segura de que estaba a punto de vomitar hasta la última gota del café chocolateado con menta. Tenía los ojos cerrados, de manera que no podía verle, pero oí el susurro de los pies de Johnny sobre las baldosas y sentí su mano en el hombro. Sin abrir los ojos, abrí el grifo, metí la mano bajo el chorro de agua fría y me presioné después las mejillas y la frente.

–¿Estás bien? –me preguntó Johnny, acariciándome la espalda–. ¿Qué te pasa?

–Hace calor, mucho calor –contesté, y me pregunté inmediatamente por qué había mentado.

–Bebe algo –continuaba acariciándome.

Me sentía mejor cuando me acariciaba, pero continuaba aferrada al lavabo y no me aparté de allí hasta que no estuve completamente segura de que no iba a vomitar. Después, volví a lavarme la cara y con el rostro goteando, me volví hacia él.

–¿Qué es todo esto, Johnny?

–¿Qué es qué?

Sacó una toalla de un cajón y me secó delicadamente la cara. Me tomó por la barbilla y me miró a los ojos antes de darme un beso en la frente. Me estrechó contra su pecho y me abrazó.

No me importó que hiciera demasiado calor para abrazarle, ni sentir bajo la mejilla su pecho caliente y sudoroso. Presioné los labios contra él. Sabía a sal y a sexo.

–Esto, nosotros.

Johnny se echó a reír.

–No lo sé. ¿Qué quieres que sea?

–Quiero que lo sea todo, Johnny –se me quebró la voz.

–Eh –dijo él suavemente–, tranquila. Shhh.

En realidad, no estaba llorando, pero estaba temblando de tensión y Johnny creyó que estaba llorando. Fue muy agradable sentir el modo en que me abrazaba. Era un recuerdo de lo que había pasado en su despacho, excepto que en aquel mundo irreal, yo sabía que si le besaba, Johnny me devolvería el beso.

–¿Entonces por qué no puede ser? –preguntó Johnny al cabo de un minuto.

El ambiente del cuarto de baño estaba cargado de calor y de humedad. Tenía que esforzarme para respirar. Y también para hablar.

–Porque nada de esto es real.

–¡Eh! –me apartó delicadamente, sin dejar de agarrarme por los antebrazos–. No digas eso. Claro que es real. Yo estoy aquí, tú estás ahí...

–No –negué con la cabeza y deslicé las manos por su pecho y su vientre–. Ni tú ni yo estamos aquí. Esto no es real en absoluto.

–¿Entonces qué es? –inclinó la cabeza y me dirigió una sonrisa–. Porque a mí me parece real.

Deslizó la mano en el interior de la blusa para acariciarme el seno.

–Y esto también me parece muy real.

Me aparté de él y di media vuelta. Pero con el lavabo tras de mí, no podía moverme de allí.

–Es posible que a ti te parezca real. Tú siempre eres real para ti mismo. El problema, Johnny, es que todo esto está dentro de mi cabeza. Me lo estoy inventando. Nada de esto es verdad. Solo es algo que está pasando en mi cerebro.

Johnny no se rio de mis palabras. Y tampoco intentó acercarme a él, pero no se movió para evitar que me marchara.

–Emm, mírame.

Le miré. Estaba tan guapo, tan joven. Con el rostro liso, sin una sola arruga. ¿Qué tenía de malo apreciar la belleza de su juventud? Sobre todo cuando tenía el recuerdo de su verdadero rostro superponiéndose al que tenía delante de mí. Las arrugas en las comisuras de sus ojos, las canas en las sienes, todos ellos eran rasgos del verdadero Johnny que yo encontraba deliciosos, pero no podía negar que el hombre que tenía delante de mí estaba en todo su esplendor.

–¿Qué es lo que no te parece real de todo esto? Ya sé que no nos conocemos desde hace mucho tiempo, pero...

–No es eso –sacudí la cabeza.

Mi melena había comenzado a salirse del moño en el que me lo había recogido en la parte de atrás de la cabeza.

Alargué la mano hacia el pasador, me lo quité y se lo mostré.

–Esto es real. Me lo compré por algo que tú me dijiste. Me dijiste que me lo había dejado aquí, que era mío.

Johnny me miró confundido.

–¿Te dije eso? ¿Cuándo?

–Me lo dijiste en la cocina. Me dijiste que era mío, aunque yo nunca lo había visto. Me dijiste que me lo había dejado en tu casa. Después, lo vi en un centro comercial y me lo compré, precisamente porque me recordó al tuyo. Esto es una locura, Johnny. A lo mejor estoy loca.

–Todos estamos un poco locos, Emm, no pasa nada –sonrió.

No pude devolverle la sonrisa. Tiré el pasador de cuero al lavabo, donde el cuero se oscureció con la humedad. Miré de nuevo a Johnny.

–Nada de esto es real, por eso no puede durar.

–¡Mierda! –Johnny frunció el ceño–. Hay muchas cosas que duran. No pongas fin a esto antes de que haya empezado.

–¡Pero es que ya ha terminado! –grité.

Johnny retrocedió varios pasos con los ojos entrecerrados y los puños ligeramente apretados, como si temiera que pudiera pegarle. Había estado casado con Sandy, una mujer a la que no me costaba nada imaginar dándole una patada en los genitales a un hombre desnudo. Pero yo no era esa clase de mujer.

–Ha terminado porque nunca ha empezado –susurré–. ¿Es que no lo entiendes?

–No, no lo entiendo.

–Esto no es real –alargué la mano para señalar el cuarto de baño–. Nosotros no somos reales. En algún lugar, fuera de aquí, tú estás sacudiéndome...

Estaba temblando, pero no por culpa de los nervios o de un ataque epiléptico, sino porque una mano fantasma me empujaba hacia detrás y hacia delante.

–¿Emm? –Johnny parecía asustado

–Sacúdeme –susurré con voz ronca, y después más alto–. Sacúdeme para salir de aquí.

–¿Salir de dónde? –gritó Johnny, alargando la mano hacia mí–. Dios mío, Emm, me estás asustando de verdad.

–Sacúdeme para salir de la inconsciencia. Devuélveme a la realidad –le empujé y pasé por delante de él.

–¿Adónde vas? –me gritó desde el marco de la puerta.

Yo continué caminando a paso firme, cruzando el dormitorio y sin saber en realidad adónde iba.

Pero tampoco me importaba.

–¿Piensas volver? –gritó–. ¡Emm! ¡Dime que vas a volver!

–No lo sé –respondí mirándole por encima del hombro mientras abría la puerta del dormitorio–. Nunca lo sé.

Y de pronto, me descubrí parpadeando y con la visión borrosa, y vi la mano de Johnny en mi hombro.

–Emm –me estaba diciendo con delicadeza–, tienes que creerme cuando te digo que lo siento.

Capítulo 18

–¿Por qué? –pregunté estúpidamente.

Me había perdido algo importante. Miré la mano que tenía en el hombro con un gesto suficientemente elocuente y él la apartó.

Johnny se detuvo antes de contestar.

–Has vuelto a perder la conciencia... ¿eh?

Alcé ligeramente la barbilla.

–No ha sido nada.

–Claro que ha sido algo –respondió.

Pero antes de que pudiera decir nada más, sonó el teléfono que tenía en el bolsillo del abrigo.

Lo sacó para descolgarlo y yo aproveché el momento en el que estaba contestando para alejarme de él. Me hizo un gesto para que esperara, pero no lo hice. Agarré el abrigo y el bolso y me alejé de la mesa sin tirar siquiera el vaso de cartón. Que lo hiciera él. Yo tenía que salir cuanto antes de allí.

Me dirigí a mi casa por el camino más largo. Me gustó sentir el frío en el rostro, aunque cuando llegué a casa, no sentía la nariz. Ni los pies. El cielo estaba cada vez más oscuro y cubierto de nubes y en el aire se adivinaba la promesa de la nieve.

Acababa de cruzar la puerta de mi casa cuando sonó el teléfono. Miré el identificador de llamadas.

–¿Qué quieres?

–¿Siempre contestas así el teléfono?

–Solo cuando eres tú –le contesté a Johnny.

Se echó a reír y a mí me molestó que encontrara gracioso mi enfado.

–Es la primera vez que te llamo.

–Pues a lo mejor tampoco deberías haberme llamado hoy.

–Emm, lo siento, pero tengo que hablar contigo.

Apreté los puños para recobrar la circulación, uno cada vez, y cambiándome el teléfono de mano a mano.

–¿Por qué?

–Ya sabes por qué.

–En realidad, no.

Conecté el hervidor de agua pensando en prepararme un té y decidí al final que prefería un chocolate. Pero entonces, me acordé de la última vez que me había preparado un chocolate y me decidí de nuevo por el té.

–Lo que pasó la otra noche, Emm, no estuvo bien.

–Claro que no estuvo bien.

–Lo siento –se disculpó Johnny–. No debería haber dejado que las cosas fueran tan lejos.

–No, lo que deberías sentir es haberte ido después como si fuera una basura –me interrumpí al darme cuenta de que, inconscientemente, estaba imitando su acento.

Johnny permaneció en silencio durante varios segundos.

–No pretendía hacerte sentirte así, Emmaline.

Era la primera vez que pronunciaba mi nombre completo, aunque no la primera que le oía decirlo. El sonido de mi nombre en sus labios fue un potente recuerdo de los estragos que estaba sufriendo mi cerebro. Apagué el hervidor y me preparé una taza de mentapoleo sin darle tiempo al agua de empezar a hervir.

–Pues lo hiciste.

El sonido de su suspiro cosquilleó en mis tímpanos a través del teléfono.

–Lo siento.

–Ya me compensarás por lo que has hecho.

A veces, en silencio una puede percibir una expresión, pero en aquella ocasión, fui incapaz de hacerlo. ¿Estaría sonriendo otra vez, profundizando las arrugas que rodeaban sus ojos? ¿O estaría frunciendo el ceño con aquel gesto que me entraban ganas de borrar con el pulgar? O a lo mejor le estaba dirigiendo al teléfono esa mirada evaluadora que me había dirigido a mí en otras ocasiones.

–¿Cómo?

–Puedes invitarme a cenar, por ejemplo –contesté, asombrada por mi propio atrevimiento y, al mismo tiempo, completamente convencida de que era aquella la manera de hacer las cosas–. Me gusta la comida italiana.

–Así que una cena para empezar, ¿y después qué?

–Empezaremos con la cena. Después veré si estoy suficientemente apaciguada.

Aquella vez, percibí su sonrisa tan claramente como si hubiera podido verla.

–¿Cuándo puedo pasar a buscarte?

–Mañana a las siete y media.

–Procura estar preparada para entonces.

–Eres tú el que tiene que estar preparado para convencerme de que no eres un idiota –repliqué.

Lo oí reír suavemente.

–Haré lo que pueda.

–Hasta mañana entonces, Johnny –colgué el teléfono sin darle tiempo a contestar.

Johnny se presentó en mi casa con un ramo de flores. Aquella era una de las diferencias entre estar enamorada de un hombre o de un chico. Aquella prometía ser una verdadera cita, no una simple quedada. No iba a ser un encuentro a base de cerveza y alitas de pollo en un bar en el que estuvieran poniendo un partido de fútbol en una enorme pantalla de televisión y con tipos que se dejaran caer constantemente por la mesa para chocar la mano con mi cita y mirarme sin ningún disimulo. Aquella iba a ser una cita especial.

–Estás muy guapa –Johnny me tendió un ramo de azucenas y margaritas, dos flores que yo nunca habría juntado en un ramo.

Me acerqué las flores a la nariz.

–Gracias. Son preciosas. Déjame ponerlas en agua y después nos iremos.

Johnny entró en el vestíbulo de mi casa. Le hice un gesto para que me siguiera hasta la cocina. Una vez allí, se detuvo vacilante en la

puerta y yo reprimí una sonrisa mientras llenaba un jarro de agua y cortaba los tallos de las flores antes de meterlas en agua. Cuando me volví secándome las manos con una toalla de papel, le descubrí con la mirada clavada en el taburete en el que había estado sentado la última vez.

–¿Estás listo? –le pregunté.

El mundo entero parecía ponerse del revés cuando me miraba de aquella manera.

–Creo que no, pero supongo que, de todas formas, te llevaré a cenar.

Y lo hizo. Veinte minutos después, estábamos en un delicioso restaurante del que había oído hablar, pero en el que nunca había estado. Me abrió la puerta del restaurante y la del coche y me separó la silla de la mesa. Fue un tratamiento de primera clase en todo momento y yo lo disfruté como si fuera aquel el primer plato y no la deliciosa lasaña recomendada por el camarero.

No pensé que la conversación pudiera ser fluida. Johnny no había demostrado ser un gran conversador, al menos en el tiempo real, en el tiempo presente. Sin embargo, una vez estuvo sentado frente a mí, demostró tener muchas cosas que decir sobre un gran número de temas y yo me permití mecirme en las cadencias y las elevaciones de aquella deliciosa voz.

–No estás hablando mucho –me dijo tras hacer una pausa para beber un trago del excelente vino que me había invitado a probar.

–Estoy escuchando – yo también bebí un sorbo de vino, reteniéndolo en la boca antes de tragar.

–¿Cómo está el vino?

–Muy bueno. No suele gustarme el vino tinto, pero este está realmente bueno.

Bebí otro sorbo y partí un pedazo de pan italiano para empapararlo en aceite de oliva.

–Continúa hablando.

Pero Johnny no lo hizo inmediatamente. Me observó a través de la mesa. Teníamos hasta velas para dar ambiente. El resplandor dorado del fuego realzaba el brillo de su pelo y se reflejaba en sus ojos. Me

hizo acordarme de la primera fuga en la que había aparecido, cuando le había visto recortado contra la luz del sol.

–¿Qué pasa? –preguntó Johnny.

–Tú –contesté–. Eres tan...

–¿Viejo?

–¡No! No eres viejo. Iba a decir atractivo.

Johnny se reclinó en la silla, inclinó la cabeza y curvó los labios. Conocía esa mirada. La había visto en fotografías y en películas. Y también en mi propia cabeza.

–Soy viejo –insistió. Sonó en ese momento su teléfono móvil–. Lo siento.

Me dediqué entonces a mojar el pan en el aceite de oliva y en la salsa que había quedado de la lasaña para posteriormente masticarlos y tragarlos. Y mientras saboreaba el ajo y el aceite, pensé en que debería haberme llevado algún chicle o algún caramelo de menta. No quería oír la conversación de Johnny, pero, por supuesto, lo hice.

–Cariño, escucha... No, sí, claro que iré. No me lo perdería por nada del mundo –Johnny frunció el ceño–. La última vez te dije que no podía porque... Sí, sé que él sí puede. Mira, ¿el niño se ha quejado? Porque yo hablé con él hace un par de noches, le pregunté que si le parecía bien que me quedara con él otra noche y me contestó que sí.... Sí, claro, sé que pudo sentirse obligado, pero no por nada que yo le dijera... Cariño... Sé que... Sí, estaré allí, te lo prometo. ¿Alguna vez no he cumplido una promesa?

Otro silencio. Más ceño fruncido. Bebí un sorbo de vino para eliminar el sabor del ajo mientras Johnny se frotaba entre los ojos con el pulgar y el índice.

–¿Durante los dos últimos años? –silencio– Sí, yo pensaba que... Bueno, no me presiones tampoco. Todo eso... Sí, lo siento, sí... lo sé. Ya hablaremos más tarde.

Colgó el teléfono, volvió a guardárselo en el bolsillo del abrigo y me miró con un suspiro.

–Lo siento.

Me limpié la boca con la servilleta.

–Mm.

Johnny se echó a reír. Me encantaba el sonido de su risa.

–Me estás mirando de una forma muy rara.

–¿No sabes que es de mala educación aceptar la llamada de una mujer cuando estás saliendo con otra?

No sabía de dónde salía tanto descaro. Solo sabía que abría la boca y me salía así.

–Otra... ¡Ah! –Johnny asintió sin dejar de sonreír–. Bueno, ya me viste con ella en el Mocha.

Me humedecí los labios. Me sabían a ajo y a aceite. Los ojos de Johnny resplandecieron a la luz de las velas. Miró mi boca.

–¿Ah, sí? ¿Y eso hace que sea menos grosero?

–Te gusta hacérmelo pasar mal, ¿eh?

Sonreí sin decir nada.

–Es mi hija –me aclaró Johnny–. Kim.

Me asaltó la imagen de un bebé en pañales y oliendo a caca y me erguí en la silla.

–Pero es...

Por supuesto, ya no era un bebé. Había leído algo en alguna parte sobre su mujer y su hija. Eso explicaba que aparecieran en todas mis fugas. Jamás se me había ocurrido relacionar la imagen borrosa de la niña que aparecía en las fotografías con la mujer que había visto con él en la cafetería.

–Lo sé –contestó Johnny–, aunque a lo mejor ahora entiendes por qué he sido tan grosero.

Lo entendía, y mi rostro debió demostrarlo.

–Es la diferencia de edad –añadió con voz queda, inclinándose hacia delante.

–¿Ya estamos otra vez? –recordé de pronto lo que había dicho mi madre y fruncí el ceño–. Hay muchos hombres que salen con mujeres más jóvenes que ellos.

–Eres más joven que mi hija –Johnny sacudió la cabeza. Parecía pesaroso–. Kimmy tiene por lo menos un par de años más que tú. Y te diré algo, Emm. Solo he vuelto a formar parte de su vida desde hace un par de años. Sé que se pondría histérica si me presentara en

casa con una novia que podría ser su hermana pequeña.

Sí, aquello tenía sentido, pero para otros. No para nosotros y no podía estar segura de por qué.

–Déjame preguntarte algo, ¿está casada?

–Sí, tiene un hijo y todo. Soy abuelo –Johnny sonrió al decirlo y vi cómo se le iluminaba la cara–. Es un niño encantador. Ahora tiene seis años.

–¿Tú le dijiste a ella con quién tenía que casarse? ¿Hiciste algún comentario sobre la edad de su marido?

Johnny me miró abiertamente.

–No voy a mentirte. ¿Crees que soy un estúpido? Porque mi hija también lo cree. Y las dos tenéis motivos para pensarlo.

Me arrepentí de estar haciéndole pasarlo mal, aunque continuaba pensando que había sido muy desconsiderado por su parte eso de largarse de la cocina de mi casa como lo había hecho. Pero no hice ningún comentario. Me limité a dejarle hablar.

–Su madre y yo rompimos antes de que ella naciera. Los dos éramos jóvenes y nos pareció divertido casarnos. Cuando Sandy se quedó embarazada, yo estaba dispuesto a formar una familia, pero... –se encogió de hombros–. Era imposible tratar con ella. Y yo estaba trabajando con toda esa gente, con todas esas mujeres...

–No hace falta que me lo expliques, he visto las películas.

No pareció avergonzado, se limitó a inclinar la cabeza y a mirarme con atención.

–Así que lo sabes.

–Eso fue hace mucho tiempo, ¿crees que ahora podría importarme?

–¿Lo de las mujeres? No. Pero a lo mejor sí te importa que no formara parte de la vida de mi hija tal y como ella se merecía. O el hecho de que dejara que su madre se la llevara y la tuviera expuesta a todo tipo de porquerías, sabiendo incluso que iba arrastrándola de un sitio a otro –Johnny volvió a negar con la cabeza–. No, Emm, eso es algo que no corrige el tiempo y que tampoco se justifica porque entonces fuera joven y estúpido. Es mucho lo que le debo a esa niña y ahora estoy haciendo todo lo posible para devolvérselo.

–Por eso precisamente no eres un cretino.

Sonrió y se encogió de hombros.

–Eso no es una excusa. Pero esa es la razón por la que hice lo que hice aquel día. Por eso he estado intentando evitarte.

Alargué la mano hacia la suya a través de la mesa y él no la apartó. La sostuve hacia arriba y dibujé las líneas como si fuera una pitonisa, aunque solo podía leer el pasado, no el futuro.

–Entonces, ¿qué estás haciendo ahora conmigo?

Johnny cerró los dedos sobre mi mano y la retuvo con fuerza.

–No he podido evitarte. Te encontraba fuera a donde fuera.

–Lo dices como si estuviera siguiéndote –mis palabras salieron como un susurro ronco y emocionado.

Sus ojos volvieron a brillar. Me acarició el dorso de la mano con el pulgar y sentí aquella caricia en todo mi cuerpo.

–No me seguías. Pero, aun así, me resultaba imposible alejarme de ti.

–¿Y querías alejarte de mí?

Aquello me dolió menos de lo que debería porque el calor de su mirada contradecía sus palabras.

–Sí.

–¿Por qué, Johnny? ¿Por qué querías alejarte de mí?

–Porque me asustas.

Le apreté la mano.

–Yo no doy miedo, Johnny. A lo mejor soy un poco mandona, pero...

–Definitivamente, eres muy mandona –me apretó la mano.

–Yo solo... No puedo explicarte por qué –le dije en voz baja.

Todo a nuestro alrededor, el tintineo de los cubiertos y los platos y el suave murmullo de las conversaciones, me recordaba que no estábamos solos, pero aun así, lo único que yo veía ante mí era el rostro de Johnny. Nos dábamos la mano como si fuéramos amantes, aunque estaba bastante claro que no lo éramos. Una vez más, no éramos lo que no éramos.

–Hay algo especial en ti, eso es todo. Sé que probablemente muchas mujeres te habrán dicho lo mismo, pero...

-Cientos, seguramente.

Le apreté la mano.

-¡Eh!

Se echó a reír y suavicé la presión. Entrelazamos los dedos. Era un poco incómodo estar sentados en la mesa de esa forma, pero yo no quería soltarle. No cuando por fin le tenía agarrado. Le agarré con fuerza.

-Pero ninguna como tú, Emm, ninguna como tú.

Capítulo 19

Decidí tomármelo como un cumplido, aunque no estaba segura de que lo fuera. Conseguí superar la cena sin ponerme en ridículo, aunque cada vez que se limpiaba la boca, deseaba ser yo su servilleta. Pensé que seguramente Johnny lo sabía, pero, si así era, no dio ninguna muestra de ser consciente de ello. Se limitó a seguir hablando.

Y después... me llevó a casa.

Me detuve en los escalones de la entrada, esperando que me besara. Y me besó. En la mejilla. Fue un beso dulce y tierno en la comisura de los labios. Yo sabía a ajo y a aceite de oliva, pero abrí la boca, aunque para entonces ya era demasiado tarde. Johnny ya se había apartado.

La esencia de los cítricos flotaba en el frío aire de la noche.

Retrocedí un paso.

–Johnny –susurré, pero no fue el Johnny del presente el que contestó.

–¿Esto te gusta, nena? –dijo Johnny detrás de mí, con aquella voz resbaladiza y dulce como la mantequilla. Me volví hacia la entrada de mi casa y me encontré rodando en la cama de Johnny.

–¿Johnny?

Estaba desnuda, a su lado, con el cuerpo empapado en sudor y su mano entre mis muslos. Comenzó a mover los dedos y me descubrí temblando y consumida por el placer. Y, casi inmediatamente, comencé a parpadear y me vi levantándome de mi sofá. Un trapo húmedo cayó de mi frente. Me caía agua por las mejillas y empapaba la pechera de la camisa. Tenía el pelo mojado.

–¿Qué demonios...?

Johnny paseaba nervioso por la habitación, mordiéndose el

pulgar. Giró en ese momento y se agachó a mi lado.

–¡Dios mío, Emma!

Estaba de rodillas ante mí y me agarró las manos. Yo me senté, pero él me empujó para que no me moviera.

–¿Qué ha pasado?

Tenía el estómago revuelto y hecho un nudo. En realidad, sabía perfectamente lo que me había ocurrido.

–Has perdido la conciencia. Ha sido como si te hubieras apagado.

Abrí la boca al oírle describir lo que me había pasado como lo hacía muchas veces yo.

–¿Durante... cuánto tiempo?

–Durante quince minutos. ¡Mierda!

Johnny se levantó y empezó a caminar otra vez, apartándose el pelo que le caía por la cara.

–Si hubieras seguido así cinco minutos más, habría llamado a la ambulancia.

–¡Dios mío!

Me senté y enterré el rostro entre las manos para combatir la sensación de mareo que inmediatamente me asaltó.

Sentí el peso de Johnny a mi lado y su brazo alrededor de los hombros.

–Me has dado un susto de muerte, Emm.

Se levantó al cabo de medio minuto.

–Voy a llamar al médico.

–¡No! –alcé la mirada y Johnny se detuvo–. No, por favor.

Johnny se sentó a mi lado con ternura y volvió a tomar mi mano entre las suyas.

–Emma, tengo que llamarle. Estabas completamente inconsciente. Te sacudía y no respondías. Decía tu nombre y nada. Has estado así quince condenados minutos. Estaba muy preocupado.

Oí alarmada que se le quebraba la voz y le miré a los ojos.

–Lo siento. Pero, por favor, Johnny, no llames al médico.

–Pero si te ocurre algo...

Sacudí la cabeza.

–Ya te lo dije la otra vez. Es algo que me sucede desde hace años.

No hay ningún tratamiento para curarlo. Y si me llevan al hospital, me harán todo tipo de pruebas. Pueden quitarme el carné otra vez. Y si no tengo carné de conducir, no puedo trabajar. Y si no trabajo, no podré pagar esta casa. No podré seguir viviendo aquí. Tendré que volver a casa de mis padres y...

–Shh. No, no tendrás que irte de aquí.

Sacudí de nuevo la cabeza, luchando contra las lágrimas.

–Sí, tendré que irme.

–Yo te llevaré en coche al trabajo.

Tragué saliva con fuerza.

–Pero si tú ni siquiera... ¿Por qué ibas a hacer una cosa así?

–Para que no te pase nada. Y para que en la carretera esté todo el mundo a salvo.

–No, lo que te estoy preguntando es por qué quieres asumir un compromiso como ese. Solo hemos tenido una cita. Dejando de lado lo que pasó en la cocina, solo hemos salido juntos una vez. Y antes de hoy, apenas me hablabas. Es cierto que me has aclarado más o menos por qué, pero eso no cambia el hecho de que no tienes ninguna razón para involucrarte hasta ese punto en mi vida. Para hacerme ninguna promesa.

–¿Para ayudarte? –me preguntó, y me apartó un mechón de pelo de los ojos–. ¿Por qué no voy a querer ayudarte, Emm?

–¿Llevándome al trabajo en coche? –solté una risa cruel y me levanté–. Eso no es ayudarme. Eso es cuidar de mí.

–¿Y eso que tiene de malo?

Me volví hacia él.

–Apenas me conoces.

Abrió la boca, pero no salió de ella ninguna palabra. La cerró un segundo después. Parecía dolido.

–Si no me dejas llevarte en coche al trabajo, llamaré a urgencias y diré que te he encontrado inconsciente en casa. Enviarán a alguien inmediatamente y aunque intentes mentir, teniendo en cuenta tu historial médico, ¿no crees que terminarán averiguando la verdad?

–No eres capaz –tenía los ojos llenos de lágrimas y un nudo en la garganta.

Johnny me miró muy serio.

–Claro que soy capaz.

–¡Sería algo miserable! –le espeté.

Pero sabía que la situación estaba yendo demasiado lejos. No estaría bien ponerme en peligro y, menos aún, poner en peligro la vida de otros.

–Lo sé –alargó la mano para agarrarme por la muñeca y me hizo dar unos cuantos pasos para acercarme a él–. Lo sé y lo siento, pero tengo que hacerlo.

Dejé que me estrechara contra él y aunque intenté no llorar, terminé haciéndolo. Johnny me acariciaba el pelo una y otra vez y sentía su aliento en la cabeza. Cerré los ojos y me aferré con fuerza a él.

–Pero si tú ni siquiera...

Interrumpí mi protesta. En realidad, quería lo que me estaba proponiendo. ¿Por qué me oponía a ello con tanta vehemencia?

–Quiero hacerlo.

No era eso lo que iba a decir, pero, aun así, asentí. Acaricié con la mejilla la pechera de su camisa. Sentí el arañazo de los botones. Me aparté y alcé el rostro hacia él.

–¿Johnny?

–¿Sí, nena?

Parpadeé al oír aquella palabra de cariño que me resultaba tan familiar.

–Gracias.

Sonrió y me dibujó las cejas con el dedo. Enmarcó mi rostro con las manos y me dio un beso en la frente.

–De nada. Emm, me paso todo el día en casa, ¿crees que tengo algo mejor que hacer que trabajar de chófer para una chica tan guapa?

Había vuelto a llamarme «chica» y lo de guapa no ayudaba mucho. Volví a mirarle.

–Así es realmente como me ves, ¿verdad? Como una chica guapa.

Volví a acariciarme la melena.

–¿No es eso lo que eres?

–Soy una mujer.

Rio suavemente.

–¿Y cuál es la diferencia?

Me humedecí los labios y sentí en ellos el sabor de las lágrimas.

–Sube al dormitorio conmigo y te lo demostraré.

Se produjo un cambio en su mirada. Fue algo fugaz y ardiente que desapareció rápidamente para ser sustituido por una tensa sonrisa. Pero no dijo que no. Le agarré la mano y me la llevé a la cadera. Comencé a frotarme el muslo hacia arriba y hacia abajo, pero antes de que pudiera colocar la mano de Johnny entre mis piernas, él la apartó.

–Emm, no.

Fruncí el ceño

–¿Por qué no? El otro día, cuando estábamos en la cocina, no pareció importarte.

–Eso fue... diferente.

–¿Por qué? –pregunté desafiante–. Viniste a mi casa, te metiste en la cocina y me acariciaste. La única diferencia entre lo de entonces y lo de hoy es que hoy hemos tenido una cita.

–¿Y tú eres la clase de chica, perdón, de mujer, que se acuesta en la primera cita? –cuando se ponía nervioso, su acento sonaba más marcado.

Y resultaba demasiado sexy para ser de este mundo.

–Solo contigo.

Volvieron a brillarle los ojos. Y asomó la punta de la lengua entre sus labios. Parecía estar haciéndome el amor con la mirada. El calor crecía entre nosotros y yo habría podido jurar que sentí su miembro crecer contra mi muslo. Pero negó con la cabeza.

–A lo mejor soy un hombre demasiado anticuado –se justificó Johnny.

–Tonterías –repliqué sin apartar la mirada de su rostro–. Te has acostado con mujeres que ni siquiera sabías cómo se llamaban.

–Eso fue hace años. Entonces las cosas eran diferentes. Y eso no quiere decir que estuviera bien.

–¿Vas a hacerme suplicar? –le pregunté.

–Dios mío, no.

Todo en él me volvía loca. Me convertía en una mujer sin límites. Yo jamás le había suplicado a un hombre. Ni había querido ni había necesitado hacerlo.

Pero me arrodillé ante él y apoyé la cara contra la parte posterior de sus rodillas. Johnny me acarició el pelo. Yo me estreché contra la tela ligeramente áspera de sus pantalones.

–Suplicaré –le advertí en voz baja–. Te suplicaré que me dejes meter tu preciosa polla hasta la garganta.

Johnny hizo un ruido. Fue un gruñido grave y sensual.

–Te suplicaré que me folles si es necesario –susurré, pero no tenía la menor duda de que me había oído.

Tenía los ojos cerrados, no podía verle. Pero sentí que tensaba los dedos en mi pelo, y no para apartarme.

–Por favor, Johnny. Acuéstate conmigo.

Johnny me hizo levantarme con una mano hundida en mi pelo y agarrándome del brazo con la otra. Me sujetaba con fuerza suficiente como para hacerme un moratón. Yo nunca había disfrutado con el dolor, pero me gustaba que me sujetara con tanta fuerza. Quería que me marcara. Quería tener una prueba de que aquello había sucedido.

Johnny tenía un brillo salvaje en la mirada y la boca húmeda cuando me dijo: –¿De verdad es eso lo que quieres?

–¡Sí! –me incliné hacia delante, pero él me detuvo a la distancia de un brazo–. Sí, eso es lo que quiero. Lo quise desde la primera vez que te vi.

Volvió a gemir. Yo conocía aquel gemido. En ningún momento apartó los ojos de los míos. No sonreía. Me estrechó contra él, deslizó la mano entre mis piernas y presionó la palma contra mi sexo.

Entonces fui yo la que gemí.

Johnny apartó la mano, aunque continuó cerca de mí.

–Deberías irte a la cama.

Sacudí ligeramente la cabeza.

–Estoy intentando llevarte allí –respondí.

–No, lo digo en serio. Deberías dormir. Acabas de... Has tenido un...

Sabía lo que pretendía decir, pero no me moví.

–El sexo nunca ha provocado una fuga. En todo caso, esa clase de desahogo físico ayuda a mantenerlas a distancia.

–Te estás burlando de mí –se quejó Johnny.

–Son otras las cosas las que me gustaría hacer contigo.

Me miró ligeramente asombrado, pero después, recuperó la firmeza.

–No pienso hacer nada hasta que no hayas disfrutado de una buena noche de sueño y hayas ido al médico.

Parpadeé.

–¿Vas a mantener como rehén a tu propio miembro hasta entonces?

Johnny se echó a reír.

–Tienes una boca perversa, ¿lo sabías?

Sonreí.

–Solo para ti.

Johnny inclinó ligeramente la cabeza, de una forma que me resultaba muy familiar, y me miró como si le hubiera hecho acordarse de algo.

–Sí, solo para mí.

–Llévame a la cama –susurré.

De pronto, me sentía cansada y me dolía la cabeza, aunque no había ningún olor a naranjas que resultara amenazador y sabía que no iba a desmayarme. Sencillamente, estaba cansada, como siempre que me acostaba más tarde de las once de la noche.

–Ven conmigo. Solo para estar a mi lado, ¿de acuerdo?

Johnny miró entonces hacia el pasillo.

–Creo que debería marcharme.

–¿Y si te necesito en medio de la noche?

–¿Crees que podrías necesitarme?

Asentí. Johnny suspiró, miró de nuevo hacia el vestíbulo y bajó la mirada hacia mi rostro. Lo tomó con las dos manos y me retuvo allí. Sentía arder su mirada en la mía y me tensé, esperando que me besara.

–Quieres quedarte –susurré–. Lo deseas tanto como yo te deseo a

ti. Pienses lo que pienses de todo esto, quieres estar conmigo, ¿verdad?

Johnny suspiró.

–Solo para asegurarme de que estás bien, eso es todo.

Posé las manos sobre las suyas y se las aparté de mi rostro para poder besarle las palmas antes de separarme de él. Le conduje por las escaleras y crucé con él el pasillo hasta llegar a mi dormitorio, que no estaba tan limpio como debería. Al fin y al cabo, no esperaba visita. Le solté y él se detuvo junto a la puerta.

–Voy un momento al cuarto de baño. Siéntete como en tu propia casa.

Una vez en el cuarto de baño, suspiré aliviada al ver que no tenía tan mal aspecto. Tenía el pelo revuelto y los ojos ligeramente enrojecidos, pero eso era por culpa de las lágrimas, no por haber perdido la conciencia. Volví el rostro de lado a lado, intentando verme a mí misma como me veía él. Pero solo conseguí verme como yo misma me veía.

Me lavé rápidamente, tiré la ropa en el cesto de la ropa sucia y me puse una camiseta enorme. Sentía el suelo frío bajo los pies descalzos mientras cruzaba el pasillo para llegar al dormitorio. Me detuve después de cerrar la puerta tras de mí. Johnny se volvió con la copia del libro sobre cine americano abierta sobre el escritorio. A su lado, recordé, había una carpeta llenas de fotografías que había bajado de Internet. Fotografías de sus tiempos de actor y modelo y algunas de sus cuadros. El DVD de *La noche de las cien lunas* también estaba allí.

–Eh... –comencé vacilante–, no soy una acosadora peligrosa. Te lo prometo.

Johnny cerró el libro.

–Supongo que sabes que todo esto fue hace mucho tiempo.

–Sí, lo sé.

Me acerqué a la cama, la abrí y me metí entre las sábanas esbozando una mueca por el frío. Sabía que la cama no tardaría en calentarse, pero en aquel momento, se me ocurrió algo.

–No puedo prestarte nada para que te lo pongas. Lo siento.

Johnny estaba ya desabrochándose la camisa.

–Puedo dormir en calzoncillos, no pasa nada.

Verle desnudarse fue algo surrealista. Era como ver una película, pero, al mismo tiempo, completamente diferente. Le había visto hacer esos movimientos en películas y en algunos vídeos de mala calidad. Y en el interior de mi cabeza cuando me apagaba. En ese momento, pude ser testigo de cómo giraba la muñeca para desatarse los botones.

Johnny se quitó la camisa y miró a su alrededor antes de colgarla cuidadosamente en el respaldo de la silla de mi escritorio. Continuaba teniendo el pecho liso, sin vello. Y los músculos tonificados, aunque había que admitir que no tanto como cuando tenía veinte años. En cualquier caso, estaba como para comérselo. Después, se desató el cinturón. La cremallera. No me di cuenta de que estaba inclinada hacia delante con la mirada fija en él y la boca abierta hasta que Johnny se detuvo con las manos en las presillas del pantalón y vi que no se bajaba los pantalones.

Cerré la boca y me apoyé contra el cabecero. Disimuladamente, me sequé la comisura de los labios, segura de que estaba babeando.

Johnny no se movió.

–¿Qué te parece si apagamos la luz?

–¿Qué? –miré la lámpara de la mesilla de noche, pero no la toqué–. ¿Por qué?

–¿Por qué necesitas toda esta luz?

La única iluminación que había en la habitación era el pequeño círculo de la lámpara de la mesilla, puesto que Johnny había apagado la luz cuando yo estaba en el cuarto de baño. Estudié a Johnny con atención.

–¿Sabes? Para ser un tipo que se ha pasado gran parte de su carrera profesional desnudo, eres bastante pudoroso.

–Sí, desnudo. Pero entonces tenía muchos años menos. Era diferente.

Estaba acostumbrada a ser yo la que se mostrara insegura a la hora de mostrar su cuerpo, preocupada por el exceso de quilos en algunas partes de mi cuerpo. Y por la celulitis. A los hombres con los

que me había acostado no parecían importarles sus traseros llenos de pelo o los granos que tenían en la espalda. La inseguridad de Johnny me encantó, si era posible que estuviera más encantada.

–Hace frío –palmeé las sábanas–. Ven a la cama.

Con el ceño fruncido, Johnny se quitó el pantalón y los calcetines. Podía estar preocupado por su aspecto, pero, aun así, se movía con elegancia. En calzoncillos negros, no tenía el cuerpo de los veinte años. Ni el de los treinta. Pero no importaba. Continuaba siendo Johnny. Exquisito y maravilloso.

Le tendí la mano.

–Ven a la cama.

Lo hizo. Se deslizó bajo las sábanas y se sentó a mi lado, apoyado contra el cabecero. No me miró. Pero yo le miré. Respiraba a toda velocidad. Vi tensarse un músculo en su pecho.

–Johnny, en serio.

–Es por todas esas malditas fotografías –dijo en voz baja.

Posé la mano en su hombro y deslicé el dedo por su brazo desnudo hasta tomar su mano.

–Eres muy atractivo. Eres uno de los hombres más atractivos del planeta.

Curvó ligeramente los labios al oírlo.

–Sí, según las revistas de mil novecientos setenta y ocho.

–No, según mucha gente incluso ahora –pensé en todas las webs de sus admiradoras.

–No me importa lo que toda esa gente piense.

Posé la yema de los dedos en su muñeca y sentí latir su pulso.

–Yo también lo pienso.

Nos quedamos mirándonos en silencio durante varios segundos antes de que me volviera entre las sábanas para apagar la luz. La oscuridad nos envolvió y parpadeé para acostumbrarme a ella. Johnny comenzó a hundirse en la cama y me estrechó contra él. Se acurrucó contra mi espalda y aunque no era esa la forma en la que quería terminar en la cama con él, me estreché contra él todo lo que pude y me quedé dormida.

O no.

Capítulo 20

Me volví en una cama, envuelta en unas sábanas que no eran las mías. Oí la cisterna del cuarto de baño, el ruido de unos pies descalzos, y, a los pocos segundos, Johnny estaba a mi lado. Desnudo. Yo también estaba desnuda.

–¿Estás despiertas? –Johnny deslizó la mano a lo largo de mi cuerpo.

Di media vuelta en la cama para acercarme a él.

–Sí.

–¿Y estás pensando otra vez?

–¿Ora vez? –reí suavemente mientras me acurrucaba contra él–. Sí, siempre estoy pensando.

–¿Y en qué piensas?

–En ti –le dije–. En esto. En nosotros. En todo.

Posó la mano sobre mi vientre plano.

–¿Y qué piensas sobre nosotros? ¿Y de esto? ¿Y de todo?

–Solo que... –suspiré y le miré. Deslicé la pierna entre las suyas para estar más cerca de él–, que no sé cuánto durará. Eso es todo.

–Nunca se puede estar seguro de cuánto durará.

–Esa es la clase de cosa que resulta más fácil decir en la oscuridad.

Johnny se echó a reír.

–Estamos a oscuras. Y es cierto. ¿Qué pasa? ¿Tú quieres que termine lo nuestro? ¿Quieres que termine todo?

–No, no quiero. Pero lo hará.

–Entonces, lo que tenemos que hacer es intentar aprovecharlo al máximo, ¿no te parece?

Al sentir su miembro entre mis piernas, mi risa se convirtió en un suspiro.

–Sí, supongo que sí.

Me besó y yo parpadeé. Deslicé las manos por su cuerpo, sobre sus anchos hombros, por su pecho. Y busqué su trasero, que de pronto ya no estaba desnudo, sino cubierto por una tela de suave algodón.

–¿Johnny?

–Sí, nena.

Era el Johnny del presente el que me estaba hablando en aquel momento. Le reconocí por su timbre de voz.

–Creía que habías dicho... –no quería llorar. No estaba triste, pero la respiración se me entrecortaba en el pecho–. Pensaba que habías dicho que no querías...

–Oh, Emm –deslizó las manos por mi cuerpo, bajo la camiseta, sobre mi piel desnuda–. ¿Cómo has podido pensar siquiera que no deseo esto?

Se colocó sobre mí, presionándome contra el colchón. Me agarró las manos y me las colocó por encima de la cabeza, con nuestros dedos entrelazados para mantenerme quieta. Yo no pretendía moverme, pero me gustó que me sujetara.

Nos besamos durante largo rato. Fue un beso suave y lento que fue haciéndose cada vez más desesperado, pero no fue en ningún momento un beso descuidado. Johnny no descuidaba sus besos. Movié la boca por mi rostro, por mi garganta. Me soltó las manos para quitarme la camiseta por encima de la cabeza. Me besó los senos y me succionó delicadamente los pezones, hasta que no fui capaz de respirar. Después, descendió por mi vientre, haciéndome sentir la aspereza de su barba incipiente entre los muslos.

Cuando me besó entre las piernas, jadeé y posé la mano sobre su cabeza. Se detuvo.

–Así es como te gusta –musitó Johnny contra mi piel.

Y tenía razón.

Me hizo el amor con la boca, con la lengua y con los labios, que movió por todas las partes de mi cuerpo. Deslizó los dedos en mi interior y me acarició. Yo alcé las caderas para permitirle un acceso completo a mi cuerpo.

El primer orgasmo llegó en una serie de sucesivas y lentas

oleadas. Cuando me besó, distinguí mi propio sabor en su boca. Le estreché contra mí y sentí su pene erguido a través de sus calzoncillos. Con la mente ablandada por la pasión, le susurré al oído: –Los preservativos están en el cajón.

Se detuvo y se incorporó sobre las manos para mirarme a la cara. Por un momento, temí que protestara por tener que ponerse un preservativo. Para mí hubiera supuesto una gran decepción que no hubiéramos podido hacer el amor porque se hubiera negado a ponérselo. Pero Johnny se limitó a sacudir ligeramente la cabeza, alargó la mano hacia la mesilla de noche y sacó una caja de preservativos que no podía estar segura de que no hubieran caducado.

Nos movimos juntos para quitarle los calzoncillos. Le puse el preservativo y se arrodilló, dispuesto a deslizarse en mi interior, pero posé la mano en su pecho.

–¿Estás seguro? –le pregunté.

Johnny me besó.

–Estoy seguro.

Entonces se deslizó dentro de mí, hasta el final, y comenzamos a movernos juntos hasta que me corrí, aquella vez con un jadeo y un grito. Me siguió, pronunciando mi nombre una y otra vez.

Cerré los ojos y no volví a abrirlos hasta el día siguiente.

–Buenos días –me dijo Johnny desde el marco de la puerta.

Ya estaba duchado y vestido. Tenía el pelo húmedo y peinado hacia atrás. No se había afeitado, pero continuaba teniendo muy buen aspecto. Y se había cambiado de ropa.

–¿A qué hora tienes que estar en el trabajo?

Me froté la cara mientras me sentaba.

–Tengo que estar allí a las nueve. Salgo de casa a las ocho y media.

¿Qué piensas hacer? ¿Vas a ir a casa y volverás después?

–Entonces, tenemos tiempo para desayunar. Ya he ido a mi casa.

Le miré y me eché a reír.

–Así que ya has hecho el paseo de la vergüenza.

–¿De dónde iba a sacar sino algo de ropa?

–Te has despertado muy pronto. ¿Te has levantado en medio de la noche? –me eché a reír y me levanté de la cama. No se apartó cuando me acerqué para darle un beso–. Te daba vergüenza, ¿eh?

–Siempre me levanto pronto.

–Antes no solías madrugar –comenté, sin estar muy segura de por qué había dicho eso.

–Antes solía acostarme mucho más tarde –posó las manos en mis caderas–. ¿No crees que deberías vestirte?

–¿Vas a prepararme el desayuno?

–¿De verdad quieres que te lo prepare? –se echó a reír–. No, me temo que soy un pésimo cocinero.

–Entonces será mejor que me lleves al Mocha –le propuse.

Era una prueba. Y estaba medio convencida de que iba a fallar. Pero Johnny asintió y me recorrió de arriba abajo con la mirada.

–En ese caso, será mejor que te des prisa si no quieres llegar tarde al trabajo.

Me duché y me maquillé, pero cuando quise recogerme el pelo con el pasador de cuero que había comprado, no conseguí encontrarlo, aunque removí el cajón entero en el que guardaba los pasadores y las cintas.

–¡Emma, vamos!

–¡Ya voy!

Renuncié a encontrarlo, me recogí el pelo en una trenza y salí corriendo para seguirle.

Cuando entramos juntos en el Mocha, fue como si fuéramos el rey y la reina del baile de promoción entrando en el gimnasio. Todo el mundo clavó en nosotros la mirada. Y Johnny me agarró de la mano. Los guantes protegían nuestros dedos, pero, aun así, me estrechaba la mano con fuerza.

–¡Eh! –saludó a Carlos, que todavía no había encendido el ordenador–. ¿Qué tal?

–Buenos días, Carlos –le saludé con una sonrisa radiante.

Tenía un sentimiento triunfal, quizá un poco rencoroso también, pero no me importó.

Carlos nos saludó con la cabeza.

–Hoy han preparado cafés con especias. Están muy buenos.

–Yo ya sé lo que quiero –dije.

Johnny me estrechó contra él.

–Sí, yo también.

Me llevó después al trabajo. Me resultó un poco extraño, pero no demasiado. Me besó en el aparcamiento y me dijo que le llamara media hora antes de salir.

Y fue así como empezó.

Eso. Lo nuestro. Todo.

Y fue maravilloso. Realmente maravilloso. Johnny era un hombre, no un chico, tal y como le había dicho a mi madre.

Johnny hacía lo que decía que iba a hacer. Si Johnny me decía que iba a venir a buscarme al trabajo, nunca llegaba tarde. Si prometía ir a comprar algo para cenar, también lo hacía. Como se marcaba él su propio horario, tenía mucha más flexibilidad que yo, algo que funcionaba a su favor. Y como continuaba insistiendo en que fuera al médico o renunciara voluntariamente a mi carné de conducir, no me quedó más remedio que aceptarlo como chófer.

No hablamos de las fugas y yo me alegré. Si a veces le descubría mirándome con una expresión extraña, lo ignoraba. Lo que teníamos era nuevo y real, y funcionaba.

Kimmy, la hija de Johnny, fue un tema diferente. Tal y como Johnny me había advertido, no me recibió de buen grado. Era, pensé, digna hija de su madre, aunque solo pudiera recurrir a lo que había inventado mi imaginación para saber cómo era su madre.

Llegó el día en que Johnny tenía que quedarse con su nieto, Charlie, que cruzó la puerta como un torbellino para abrazar a su abuelo y después, a la misma velocidad, se dirigió a la sala de la televisión para jugar con la Wii en una pantalla grande. Kimmy permaneció en la puerta, como si necesitara que la invitaran a entrar, cuando yo sabía que no era cierto.

–Emm, quiero que conozcas a mi hija, Kimmy. Kimmy, esta es Emm. Ya te he hablado de ella.

Kimmy me miró de arriba abajo con expresión altiva y le dijo a su padre, delante de mí: –Cada vez son más jóvenes, papá.

–A lo mejor es que tú eres cada vez mayor.

No era la mejor respuesta que podía haberseme ocurrido, pero en vez de darme un puñetazo entre los dientes, Kimmy sonrió.

–¡Pero si habla! Increíble.

–Kimmy –la regañó Johnny con un suspiro, pero no se disculpó por su conducta–. Por Dios, ¿puedes dejarlo ya?

Me gustó que no intentara convertirnos en amigas. Por supuesto, yo no tenía ningún problema en ser amable con la hija de Johnny, que mi mente insistía en recordarme con un pañal sucio y pestilente. Pero no necesitaba rendirme a sus pies para sentirme importante.

–Mi padre tiene todo un historial de citas con rubias estúpidas. Realmente estúpidas.

–Yo no soy rubia –respondí, evitando señalar que ella, de hecho, lo era.

–Y tampoco eres tonta –reconoció Kimmy de mala gana, recorriéndome de nuevo de arriba abajo con la mirada–. ¿Tienes hijos?

–¡Kimmy, por Dios! –intervino Johnny.

–No, todavía no –contesté–. ¿Te preocupa que tu padre deje de quererte por culpa de un nuevo hermanito?

–No –sonrió a su pesar–. Supongo que no te ha dicho que eso ya se lo han arreglado.

Inmediatamente supe que se refería a que le habían hecho la vasectomía.

Johnny se llevó la mano a la boca y gimió.

–¡Por el amor de Dios!

No habíamos hablado de nada remotamente relacionado con el matrimonio y los hijos, pero eso no significaba que yo no hubiera pensado en ello.

–No sabía que lo tenía roto.

Kimmy se echó a reír.

–Papá, deberías haberle advertido que ya tienes todos los hijos que necesitas. Fue eso lo que dijiste, ¿verdad? Sabes que tiene más hijos, supongo. Estoy yo, que soy la mayor. Después Mitchell, ¿y cómo se llama el otro?

–Logan –contestó Johnny.

–Por lo menos ese es más joven que tú –me dijo Kimmy, como si fuera una gran suerte.

–Ya sé que Johnny tiene hijos –lo había descubierto a través de Internet, por supuesto.

Johnny me miró ligeramente sorprendido, pero solo por un instante.

–Déjalo ya, Kimmy, en serio.

–¡Abuelo! –Charlie apareció en el vestíbulo blandiendo el mando a distancia de la Wii–. No funciona. Necesita pilas.

Johnny nos miró alternativamente y alzó las manos.

–Voy a ocuparme del niño. Emm, si es demasiado bocazas, échala con una patada en el trasero.

Arqueé las cejas mientras Johnny seguía a Charlie y desaparecían los dos en el cuarto de estar. Me enfrenté a Kimmy.

–¿Sabes? Tu padre no es un hueso por el que tengamos que pelearnos. No tengo ningún interés en interponerme entre vosotros ni nada parecido. Y yo también tengo un padre, así que no estoy buscándolo en él ni nada de eso. Así que deberías tranquilizarte y aceptar la situación.

Para mi sorpresa, Kimmy se rindió. Y comenzó a reír.

–Solo quería advertirte en qué lío te estás metiendo. Eres joven, Emm, y él es viejo.

–Supongo que eso es asunto mío. ¿Te dedicas a advertirles lo mismo a todas sus novias?

Kimmy negó con la cabeza.

–Como ninguna le ha durado más de un par de meses, no he tenido que hacerlo.

–¡Ah! –la estudié con atención–. Solo llevamos saliendo un par de semanas, pero, al parecer, estoy recibiendo un tratamiento especial.

Kimmy me miró entonces con dureza.

–Eres la primera novia que va a tener algún contacto con Charlie. Le dije hace mucho tiempo que no pensaba permitir que sus ligues entraran y salieran continuamente de la vida de mi hijo. Y nunca lo ha hecho.

Me mordí por un instante el interior de la mejilla, y no pude menos que compadecerla. Aunque no conocía a su madre, había leído información sobre ella en algunas páginas de Internet y Johnny había aludido también en una ocasión a la forma en la que Kimmy se había criado.

–Tampoco tengo intención de interponerme entre tu padre y tu hijo.

–No, mi padre ha podido ser un idiota en el pasado, pero ahora confío en él. Si eres suficientemente importante como para que quiera compartir contigo los momentos que pasa con Charlie, eso significa algo –volvió a recorrerme con la mirada–. Y, desde luego, no eres el tipo de mujer con el que sale habitualmente.

–Me lo tomaré como un cumplido.

Kimmy sonrió a regañadientes.

–Y lo es.

–No voy a intentar convertirme en tu madre adoptiva.

Elevó los ojos al cielo.

–Como si pudieras. Y, por favor, llámame Kim.

Las dos nos echamos a reír. Desde el cuarto de estar llegó hasta nosotros el sonido de unos gritos de alegría. Kimmy miró hacia allí y después volvió a mirarme.

–Es muy bueno con Charlie. Realmente bueno. A veces siento celos porque mi hijo está disfrutando de mi padre como yo nunca pude hacerlo.

–Creo que puedo entenderlo.

Se encogió de hombros.

–Sí, bueno, ahora soy una mujer adulta que tiene que superar todo eso. Además, el hecho de que Charlie esté con mi padre me da paz y tranquilidad.

–Eso también lo comprendo.

Kimmy asintió.

–Lo único que pretendía era avisarte de dónde te estabas metiendo.

–Gracias por la advertencia –elevé los ojos al cielo, imitando su gesto–, pero yo también soy una mujer adulta. Y estoy bien.

–Sí, desde luego.

Una vez superado el obstáculo de Kimmy, más o menos, el siguiente a batir fueron mis padres. Por supuesto, había tenido que decirle a mi madre que estaba saliendo con Johnny. Aunque no me llamaba cada día como solía hacer tiempo atrás, no tenía ningún motivo para ocultar aquella relación. No había ninguna razón. Sabía que no le hacía gracia la diferencia de edad, pero sospechaba que mi padre tendría más dificultades que ella para aceptar a Johnny como novio de su hija. Al fin y al cabo, si fuera por la edad, podrían ser hermanos.

Me pareció una buena idea organizar una cena. De esa forma podría enseñarles a mis padres mi casa, impresionarles con mi vida independiente y presentarles a mi novio, al novio de su hija. Invité también a Jen y a su novio, Jared, porque su relación ya era oficial.

–¿Por qué se me habrá ocurrido hacer esto? –gemí desesperada porque la lasaña no terminaba de cuajar y el bizcocho de chocolate se había hundido por el centro–. ¡Es una locura!

–Podía ser peor –me tranquilizó Johnny mientras iba untando de guacamole las tortillas y colocándolas sin ningún estilo.

–Muy gracioso. ¿Crees que tu querida Kimmy no se va a dar cuenta de que cocino fatal?

Johnny se echó a reír.

–¿De verdad te importa lo que pueda pensar Kimmy de cómo cocinas? Va a venir, ¿no? Si no le cayeras bien, habría rechazado la invitación, eso es más propio de ella.

–Sí, ella es más de decir las cosas a la cara, ¿verdad?

Metí la lasaña líquida en el horno y me lavé las manos.

Johnny se colocó tras de mí y me rodeó con los brazos, posando la mano en mi vientre.

–¿Crees que a mí no me pone nervioso conocer a tus padres?

Me apoyé contra él.

–¿Crees que mi padre va a intentar darte una patada en el trasero?

–Supongo que si lo hace tendré que aguantarme –me mordisqueó el lóbulo de la oreja, haciéndome estremecerme–, para mantener la paz.

Me volví en sus brazos y posé las manos en su cuello.

–Sé que a mi padre no le va a emocionar la idea de que salga contigo, pero les vas a caer bien.

–¿Estás segura?

Me puse de puntillas y le besé.

–Claro que sí. Son unos buenos padres. Quieren que sea feliz. Eso es lo único importante para ellos.

Johnny me miró a los ojos.

–¿Y lo eres?

–¿Feliz? –pregunté, extrañada de que pudiera pensar otra cosa–. Locamente.

Johnny podría haberme besado si no hubiera sonado en ese momento el timbre de la puerta. Nos separamos riendo y Johnny me dio un pellizco en el trasero mientras iba a abrir. Le miré por encima del hombro y me gustó que me pareciera tan natural tenerle allí en mi cocina. Dedicué un par de segundos a admirarle y maravillarme de la suerte que tenía antes de que volviera a sonar el timbre.

Jen y Jared fueron los primeros en llegar, entraron con una hogaza de pan crujiente y una botella de vino. Kimmy y Charlie llegaron varios minutos después, con el postre y un dibujo que Charlie había hecho expresamente para mi nevera. Lo coloqué en un lugar de honor, con imanes de una pizzería local, y advertí la mirada de aprobación que le dirigió Kimmy cuando Charlie le dio a su abuelo la mano y comenzó a hablar a toda velocidad. Mis padres fueron los últimos en aparecer, cargados de bolsas de la compra, de abrazos y de besos. Yo contuve la respiración cuando Johnny soltó la manita de su nieto para estrechar la de mi padre.

–Encantado de conocerte –le saludó Johnny sin rastro del nerviosismo que había mencionado.

–Igualmente –contestó mi padre–. ¿Cómo van esos Eagles?

–Les están robando la liga –dijo Johnny, como si realmente supiera de qué estaba hablando–. Se la están robando.

Y eso fue todo.

Mi madre se mostró encantada con Charlie mientras que Kimmy conectó con Jen y con Jared por razones que yo no conseguí entender.

Pero también me cayó bien a mí después de la primera copa de vino. Mi padre y Johnny estuvieron hablando de deporte y de política, dos temas que podrían haberles llevado a discutir, pero parecían estar de acuerdo en todo.

La lasaña no quedó muy bonita, pero estaba riquísima, y al verme sentada en el comedor de mi casa con todas las personas de mi vida que para mí eran importantes, me alegré de haber decidido organizar aquella cena. De vez en cuando, Johnny me rodeaba los hombros con el brazo, o me agarraba la mano. Eran gestos naturales y sencillos que dejaban muy claro que éramos una pareja. Y a nadie parecía importarle.

–Es un encanto –dijo mi madre en la cocina, mientras guardábamos los restos de la lasaña en recipientes de plástico–. Un encanto.

–Lo sé, mamá. Johnny es... maravilloso –me volví al oírle reír–. ¿Qué pasa?

–Nunca te había visto así con un hombre, eso es todo.

Me encogí de hombros.

–Johnny es... diferente.

–Sí, ya lo veo. Mira, te he traído algunas cosas. ¿Dónde ha dejado tu padre las bolsas? ¡Ah, están ahí! –se contestó a sí misma–. Detergente para la lavadora, un spray limpiador...

–Mamá, yo me hago la compra yo sola.

–Lo sé, pero a tu padre le gusta comprar en Costco y ahora que no estás en casa, las cantidades son excesivas para nosotros. Solo hemos traído algunas cosas que nos sobran. ¡Mira esas toallitas limpiadoras! –las alzó–. ¡Son antibacterias!

Con las manos cubiertas de sudor, me volví riendo y sacudí la cabeza ante aquel regalo.

–Caramba, gracias.

Toallitas antibacterias con olor a cítrico. Justo lo que necesitaba.

Cítricos.

Naranjas.

La oscuridad.

Capítulo 21

–¡No, no, no! –avancé dos pasos tambaleante, con las manos todavía cubiertas del jabón del fregadero–. ¡Maldita sea! ¡No!

Oscuridad. Parpadeé rápidamente para acostumbrarme a ella. El olor de las naranjas había desaparecido para ser sustituido por el olor a cloro y a tubo de escape, olores todos ellos familiares. Estaba de nuevo en el mundo que mi mente había creado para poder estar cerca de Johnny.

Pero ya no necesitaba ese mundo. Tenía a Johnny en el mundo real. En mi vida real. Cerré los puños, apreté los dientes y me concentré en volver.

Nada.

Estaba en el jardín de la casa de Johnny. Por las risas y las salpicaduras que oía desde donde estaba, era posible que hubiera una fiesta al lado de la piscina. A lo mejor estaban rodando una película. No me importó. Quería salir de allí, quería recuperar la conciencia. Quería volver a mi propia época.

Fui a la cocina esperando encontrar a Johnny y me encontré con Ed. Estaba desplomado sobre la mesa de la cocina con un cigarrillo en una mano y un cenicero lleno de colillas delante de él. También había una botella de vodka casi vacía. A su lado, una bolsa de tela con una jeringuilla.

–Emm, Emma, Emmaline, Emm –dijo.

No arrastraba las palabras, aunque tenía los ojos hinchados e inyectados en sangre.

Incluso desde el otro extremo de la habitación,apestaba. Esbocé una mueca.

–Ed, ¿dónde está todo el mundo?

–Nadando, bañándose desnudo y follando –su risa me dejó

helada-. Drogándose. ¿Dónde están siempre? ¿Qué están haciendo siempre? ¿Estás buscando a Johnny? Él está solo. Te está esperando.

-¿Qué quieres decir?

-Johnny ha dicho que ibas a venir -Ed movió el cigarrillo y llegó una vaharada de su olor hacia mí-. Johnny dice que te está esperando. Que aparecerás, que siempre lo haces. Está un poco bebido y algo fumado, pero está solo. ¿Y por qué está solo, Emm? Porque está esperándote.

Fruncí el ceño y me abracé a mí misma, aunque en la cocina hacía el mismo calor pegajoso que cada vez que mi mente me llevaba hasta allí.

-Gracias por decírmelo. ¿Dónde está? ¿En su dormitorio?

-Está en la piscina. Paul está haciéndole fotografías. Desnudo -añadió Ed con otra risa escalofriante que me puso los pelos de punta-. Enseñando su trasero una vez más. Ya te he dicho que están todos un poco puestos y bebidos.

-Y que él no está follando. Sí, lo he entendido.

Bebí un poco de agua fría en el fregadero y me lavé después la cara.

Parecía que iba a tener que capear la situación, quisiera o no. Casi no tenía ganas de encontrarme con Johnny. En algún lugar, mi madre me estaba hablando de toallitas limpiadoras. No podía hacer lo que había hecho siempre en el mundo de la imaginación, sabiendo que mi madre esperaba una respuesta. A lo mejor incluso estaba preocupada, diciendo mi nombre y sacudiéndome por los hombros. No podía acostarme con Johnny delante de mi madre, aunque en realidad no estuviera realmente conmigo y yo, en realidad, no estuviera con ella.

-¿Quieres saber lo que dice Johnny de ti, Emmaline?

Miré a Ed. Me fijé entonces en que tenía un bolígrafo y un cuaderno con las tapas de cuero delante de él. Antes no estaba allí. Todos esos detalles, detalles minúsculos, aturdían a mi cerebro.

-¿Qué dice?

-Dice que no eres real, que eres inventada. Yo digo que a lo mejor te estamos imaginando todos, pero él dice que no es eso. Que vienes

de otro mundo. ¿Eso es verdad, Emmaline? ¿Vienes de otro mundo?

–Sí, Ed, vengo de otro mundo –contesté, cansada–. Y me gustaría volver a él.

Su risa se convirtió en un resuello y le dio otra calada a su cigarro.

–En eso tienes mucha suerte. Al fin y al cabo, ¿no queremos todos poder ir a otro mundo?

Se me clavó el mostrador en la espalda cuando me apoyé contra él. Desde fuera continuaba llegando el sonido de las risas. La fiesta continuaba. Y parecía divertida. Más divertida que aquella extraña conversación con un hombre que tiempo después se cortaría las venas y terminaría ahogándose en una piscina.

–Dice que vienes del futuro.

–¿Qué? –aquello me sorprendió de tal manera que me erguí inmediatamente–. ¿Johnny dice eso?

–Dice que se lo has dicho tú.

Parpadeé y clavé la mirada en el suelo.

–Eso es una locura.

–Sí, eso es lo que dice Johnny. Y que él también debe estar loco. Todos lo estamos. Deberíamos terminar todos en un psiquiátrico. Johnny dice que nos has inventado a todos. Si eso es verdad, Emm, déjame preguntarte una cosa, ¿por qué me has inventado como si fuera un condenado desastre?

–No lo sé. No sé qué decir a eso.

¿Mentiría si le decía que tenía razón? ¿Qué sucedía cuando las propias alucinaciones descubrían que lo eran?

–Solo quiero que me digas si es verdad, eso es todo –Ed le dio un largo trago a la botella y jugueteó un momento con la jeringuilla, pero, afortunadamente, no la utilizó–. Solo quiero saber si soy real o no.

–Eres real... –contesté vacilante–. Eres una persona real, Ed, pero esto no es verdad. Esto solo está pasando en mi cabeza. Esta conversación no es real.

–Esta noche es la noche –dijo Ed de pronto, alzando bruscamente la cabeza para señalar el calendario.

–¿Qué noche?

–La noche en la que me convertiré en algo real, supongo –asintió como si aquello tuviera pleno sentido. Bebió otra vez. Los últimos tragos estuvieron acompañados del borboteo de la botella–. Entonces, ¿a quién puedo culpar de toda esta mierda?

–No lo sé. ¿A mí? –extendí las manos–. Puedes culparme a mí.

Me miró con los ojos vidriosos y una sonrisa ladeada.

–Supongo que podría. Pero creo que no lo haré. ¿Sabes que he escrito un poema sobre ti?

Me estremecí.

–No, no lo sabía.

–Pues sí.

Se acercó el cuaderno, se aclaró la garganta y leyó:

Camina en la noche.

Es una belleza.

Sola, pasos pequeños de sus pies descalzos. Los zapatos quedaron atrás.

Titiritera, niña hecha mujer que viene y se va.

Nos inventa y nos rompe mientras teje sus sueños.

Ella es aquello en lo que se ha convertido. Puede ser todo aquello que ella quiera ser.

Emmaline

Yo no era más capaz de apreciar la poesía que la pintura, pero aquello no me sonó muy bien. Me pareció un poema pretencioso y ególatra que un adolescente gótico podía leerle a otro mientras se pintaban la raya del ojo y discutían sobre los significados ocultos del poema. La gente crearía blogs sobre él, lo citarían sin saber qué quería decir exactamente.

–Ese poema no significa nada –critiqué con acritud.

–¿No? –sorprendido, Ed volvió a leerlo, acariciando las palabras con sus dedos–. Tienes razón, no significa una maldita cosa.

Porque no lo había escrito él. Lo había escrito mi cerebro. Y como yo no era poeta, el poema era malísimo. Esa era la triste verdad de todo aquello. Yo era una titiritera moviendo los hilos. Creando y rompiendo todo aquel mundo. Y quería dejar de crear para siempre.

Quería romperlo todo.

Y lo hice.

Una luz intensa. Un murmullo de voces. Parpadeé, esboqué una mueca. Sentí algo blando debajo de la cabeza y algo afilado en el dorso de la mano. La otra mano me la sujetaba alguien con fuerza.

–Eh –dijo Johnny suavemente a mi lado–. ¿Estás despierta?

–¿Qué? –intenté levantarme.

El olor a hospital se elevaba a mi alrededor. Era un olor asfixiante.

Lo que me pinchaba la mano era un vial. Johnny me tranquilizó y volví a reclinar me inmediatamente contra la almohada. Llevaba la misma ropa que en la cena, así que, por lo menos, no llevaba allí tanto tiempo como para que me hubieran desnudado y puesto uno de los camisones del hospital. Tenía la garganta seca, pero antes de que pudiera pedir agua, Johnny me acercó un vaso con una pajita.

Bebí.

–¿Qué ha pasado? ¿Dónde están mis padres y todo el mundo?

–Tus padres seguramente estarán en la sala de espera. Los demás se han ido a casa. Jen quería quedarse, pero la he convencido y al final Jared la ha llevado a su casa. Llamaré para decirle que estás bien.

–¡Mierda! –musité–. He vuelto a apagarme, ¿verdad?

–Sí, nena.

–¿Esta vez durante cuánto tiempo?

–Casi tres horas. Tu madre no ha querido esperar tanto tiempo como esperé yo la última vez –Johnny rio y sacudió la cabeza–. No llevabas inconsciente ni diez minutos cuando la ambulancia estaba yendo hacia tu casa.

–¡Oh, Dios mío! –gemí y me tapé los ojos con la mano sujeta al vial. Lo cual fue un error, porque al hacerlo, tiré de la cánula y me dolió todavía más–. ¡Mierda!

–Solo has perdido la conciencia –dijo Johnny.

Le miré a través de mis dedos.

–¿Solo? Eso no es ningún consuelo. A no ser que quieras decir que es mejor que desmayarme, empezar a echar espuma por la boca y orinarme encima. Sí, supongo que es mejor.

Las lágrimas ahogaban mi voz y Johnny se levantó para besarme suavemente, aunque yo intenté volver la cabeza. Me besó de todas formas y me apartó el pelo de la frente. Me besó en la boca y en la mejilla y me apretó la mano.

–Van a hacerte unas pruebas. Y probablemente tendrás que quedarte a pasar la noche en el hospital.

–No, absolutamente no.

–Emm –me dijo en tono de advertencia.

–No pienso quedarme. Ya sabes que no pueden hacer nada para ayudarme.

En realidad, no tenía por qué saberlo, puesto que, en realidad, apenas habíamos hablado de mi problema, pero, aun así, asintió.

–Me quedaré sin carné de conducir. ¡Me quedaré sin nada! –me lamenté.

–No, no te quedarás sin nada –dijo Johnny con voz queda–. Me tendrás a mí.

Lloré entonces. Johnny se sentó a mi lado agarrado a mi mano y me tendió los pañuelos de papel. No duraron mucho las lágrimas. Ya no me quedaban muchas lágrimas para ese tipo de situaciones. Cuando cesó el llanto, Johnny me volvió a besar. Y entonces fui consciente de algo.

–¿Te han dejado quedarte conmigo? ¿No han preferido quedarse mis padres?

–Tu madre ha dicho que debería quedarme yo.

Parpadeé con los ojos llenos de lágrimas.

–¿Qué dices! ¿Estás de broma?

–No –Johnny sonrió de oreja a oreja.

–Eso es que realmente le gustas –susurré, y empecé a llorar otra vez.

El llanto duró algo más en aquella ocasión y, una vez más, Johnny fue tendiéndome pañuelos de papel a medida que yo los empapaba y los rompía. También me acercó el agua, sosteniéndome el vaso, a pesar de que yo no era ninguna inválida. Y después fue al cuarto de baño y regresó con un trapo húmedo con el que me mojó la cara.

Por supuesto, me hicieron todo tipo de pruebas que duraron

hasta bien entrada la noche. Montones de análisis de sangre. Me mandaron también un escáner que no podía ser realizado hasta que llegara el especialista y al que yo me negué, aunque el médico residente hizo todo lo posible para convencerme de que me lo hiciera. Yo tenía años y años de práctica con médicos y hospitales y no ponía dificultades por el mero placer de hacerlo. Sabía que aquellas pruebas no darían ningún resultado. Como mucho, los médicos terminarían recetándome algún medicamento y obligándome a quedarme unos días en el hospital. Eso supondría una factura de miles de dólares para mi seguro, muchos de los cuales tendría que devolver, pues no tenía la suerte de contar con un seguro que lo cubriera todo.

–Quiero volver a mi casa –le dije al médico con firmeza–. Mire mi historial. Esta no es la primera vez que me pasa algo así. Y, probablemente, tampoco será la última.

Odiaba admitirlo.

–Y hay una persona que puede quedarse conmigo –añadí, señalando a Johnny, que asintió al instante–. No voy a conducir. Y si es eso lo que quiere, renunciaré voluntariamente al carné.

El médico, que parecía cansado y posiblemente no era mucho mayor que yo, se frotó los ojos y suspiró.

–De acuerdo, de acuerdo –me señaló con el dedo–. Pero si se muere, la mataré.

No me creía capaz de reír en un momento como aquel, pero lo hice.

Mis padres nos estaban esperando en el vestíbulo. Mi padre con aspecto cansado y mi madre pálida como el papel. Me preparé para una regañina, para que mi madre insistiera en venir a casa conmigo o, pero aún, en que fuera a casa con ellos. Pero se limitó a darme un abrazo. Después me soltó y miró a Johnny.

–Cuídala –le pidió.

–Claro que sí, lo haré –Johnny me pasó el brazo por los hombros.

Pero aquello no fue suficiente para mí. De hecho, no podía creerme que con eso bastara. Así que seguí a mis padres hasta su coche, que estaba aparcado al lado del de Johnny. Mi padre estaba ya

sentado en el asiento del conductor y Johnny se metió en el coche para calentarlo y dejarme a solas con mi madre.

–Mamá –comencé a decir.

–Emmaline –dijo mi madre–. Ese hombre... Johnny...

–No me puedo creer que me dejes irme a casa con él –confesé.

Mi madre me abrazó con fuerza y yo le devolví el abrazo.

–No puedo hacer otra cosa –me confesó al oído.

Después, me tomó el rostro entre las manos y lo retuvo allí para poder mirarme a los ojos.

–¿Qué pasa, mamá?

Mi madre sacudió la cabeza y miró hacia Johnny por encima del hombro. Sacudió de nuevo la cabeza, frunció el ceño y me miró. Ahogó un sollozo y volvió a mover la cabeza mientras intentaba dominarse. Al ver el esfuerzo que estaba haciendo para no llorar, yo apenas podía controlar mis propias lágrimas, pero lo conseguí. Mi madre me apretó el rostro con fuerza y después me soltó.

–Es un buen hombre. Y aunque estoy muy preocupada por ti, sé que preferirás estar con él. Así que... dejaré que te vayas con él. ¡Pero llámame mañana en cuanto te despiertes! –me advirtió, amenazándome con el dedo. Después volvió a abrazarme–. ¡Ay, mi niña preciosa! Todo esto me está matando, pero...

–Gracias, mamá –le susurré con voz queda al oído mientras nos abrazábamos–. Muchas gracias.

–¡Llámame mañana! –insistió cuando me soltó.

–Lo haré.

Asintió y volvió a abrazarme, pero no prolongó el abrazo. Se metió en el coche al lado de mi padre y cerró la puerta. Podía verlos hablando en el interior del coche, pero no oír lo que decían. Johnny abrió la puerta del coche, salió y lo rodeó para abrirme la puerta.

–Qué caballeroso –le dije cuando estuvo sentado en el asiento del conductor.

Me miró.

–¿Estás segura de que no quieres quedarte en el hospital?

Asentí.

–No pueden hacerme nada y estoy bien. Lo único que quiero es

volver a casa, meterme en la cama y dormir por lo menos un par de horas. Mañana es sábado. Podemos quedarnos durmiendo toda la mañana.

Johnny se inclinó en el asiento para besarme. Me acarició el pelo y después, en silencio, fuimos hasta mi casa. Durante el trayecto, yo iba mirando por la ventana las calles heladas y los bancos de nieve. Mi respiración empañaba el cristal. Cerré los puños en mi regazo, pensando en la fuga, en el Johnny del pasado y en el Johnny del presente. Preguntándome cómo iba a funcionar nuestra relación. No soportaba tener que depender tanto de él y esperaba que aquella dependencia no diera al traste con lo que acabábamos de empezar.

Capítulo 22

Una vez en casa., Johnny se quedó conmigo mientras me duchaba. No dijo que era porque le preocupaba que volviera a quedarme inconsciente en la ducha y me ahogara o algo parecido, pero yo sabía que esa era la razón, y aunque compartimos el agua y la esponja, ni siquiera fui capaz de convertir aquel momento en algo erótico. Cuando nos secamos, me puse un camisón de franela que no podía ser menos sexy y Johnny me arropó en la cama y se tumbó a mi lado.

Me volví hacia un lado, alejándome de él y con la mirada fija en la oscuridad. No tenía sueño. Oí la respiración de Johnny haciéndose más profunda. Le sentí cambiar de postura y hundirse en el sueño. Parpadeé mientras iba viendo cómo cambiaba la luz que entraba por la ventana. Y la temperatura. Y las sábanas que tenía bajo mi cuerpo.

Cuando Johnny se volvió hacia mí y posó la mano en mi vientre, quise volverme para saber si aquel era el Johnny del presente o del pasado. Si aquello era un sueño o había vuelto a perder la conciencia, o si, simplemente, estaba tan cansada que sentía que la cama se movía debajo de mí. Pero no me moví para verle. No hablé. Y Johnny, cualquiera de los dos, se presionó contra mí. Así que, fuera el mundo real o una mentira elaborada por mi cerebro, Johnny continuaba siendo de verdad.

El lunes fui a trabajar. Johnny me llevó hasta el trabajo e inclinó la cabeza para que le diera un beso en el aparcamiento. Le dio un beso, pero no lo prolongué como habría hecho la semana anterior. Eso no significaba que estuviera de mal humor, no quería resistirme a lo que sentía por él, pero depender hasta ese punto de Johnny me hacía

sentirme vulnerable en terrenos en los que, para empezar, nunca había sido muy fuerte.

Hice mi trabajo con pericia, pero sin ningún entusiasmo. Cuando Johnny vino a buscarme al final del día, me metí en el coche esperando que no me vieran mis compañeros de trabajo. Por supuesto, había tenido que informar de lo ocurrido a la responsable de recursos humanos, no porque quisiera que alguien lo supiera, sino porque si me ocurría algo en el trabajo, necesitaba que supieran lo que tenían que hacer.

Me senté en el coche sin mirarle y mantuve la mirada fija en el parabrisas durante todo el camino hasta mi casa.

Johnny me llevó hasta allí y entró conmigo, pero cuando yo me quité el abrigo y lo colgué, él no lo hizo.

–Emm.

Le miré.

–¿Sí?

–¿Quieres que me vaya? Puedo ir a mi casa.

–No, puedes quedarte.

Johnny me miró con atención.

–He pensado que podríamos salir a cenar esta noche. ¿Quieres cenar fuera? Te llevaré adonde quieras.

En condiciones normales, habría saltado de entusiasmo ante aquel ofrecimiento, pero negué con la cabeza.

–Prefiero quedarme aquí sin hacer nada. A lo mejor veo un poco la televisión.

Johnny se metió las manos en los bolsillos.

–Si quieres que me vaya, solo tienes que decirlo.

–Puedes quedarte.

–¿Pero quieres que me quede? –me preguntó.

Me entraron ganas de reírme de todos aquellos que habían escrito o dicho que Johnny Dellasandro era un ser mezquino cuando, en realidad, era un hombre generoso y brillante. Tanto, de hecho, que no podía ni mirarle a la cara.

–Puedes quedarte si quieres –le dije, incapaz de decir nada más.

No quería mentir, pero tampoco quería herir sus sentimientos.

–No, mejor me volveré a casa. Así me pondré al día con algunos asuntos que tengo pendientes –respondió Johnny.

Me besó antes de marcharse. Por lo menos tuve eso. Me abrazó con fuerza hasta que le devolví el abrazo, aunque tardé varios segundos en reaccionar. Me dio un beso en la sien, me apretó con fuerza y se marchó.

Yo quería que se fuera.

No estaba enfadada con Johnny, pero, en ese momento, descubrí que estaba furiosa conmigo misma. Por fin había conseguido lo que quería y lo estaba alejando de mi lado. Pero no podía evitarlo. Johnny no era todo lo que quería. Quería también un cerebro que funcionara, maldita fuera. Uno que no me tuviera de acá para allá y me convirtiera en alguien tan dependiente como una niña.

Así que me dediqué a vegetar y a ver la televisión, como había dicho. Bueno, en realidad, estuve cambiando continuamente de canal, incapaz de encontrar un programa que pudiera retener mi atención. Le escribí a Jen un mensaje de texto. Me contestó diciéndome que estaba con Jared y proponiéndome unirme a ellos.

Le dije que no.

Quería estar sola y enfadada, sin nadie a quien culpar, salvo a mí misma.

Johnny no salió huyendo despavorido ante mi mal humor, como habría hecho yo en su lugar. Fue infinitamente paciente conmigo. Continuó llevándome al trabajo. Iba a buscarme después, permanecía sentado a mi lado en el sofá mientras veíamos alguna película estúpida y dormía a mi lado sin importarle que le diera la espalda cada noche sin compartir con él apenas un beso.

No quería convertirme en una mujer asexuada e irritable. Lo odiaba, de hecho, pero, aun así, no era capaz de salir de aquel estado de ánimo. Salir con Jen no me ayudaba. Ella estaba loca por Jared, que parecía estar igualmente enamorado de ella. Por supuesto, me alegraba por mi amiga, pero me resultaba imposible hablarle de lo que me estaba ocurriendo, puesto que nuestro dúo se había convertido en un cuarteto que se reunía los sábados por la mañana

en el Mocha.

Carlos me dio una pista. Una mañana, cuando entré en la cafetería, dejando a Johnny sentado en el coche, para ir a buscar un par de cafés, se acercó a mí.

–¿Problemas en el paraíso?

–¿A qué te refieres?

–Tienes cara de amargada. ¿Qué pasa? ¿Ahora que ya le tienes no le quieres?

Me detuve y apreté los vasos de cartón con tanta fuerza que el calor atravesó los guantes.

–No sé de qué estás hablando.

Carlos soltó un sonido burlón.

–No parece muy contenta, eso es todo.

–Eso no tiene nada que ver con Johnny.

–¿No? Pues si yo estuviera en tu lugar, me aseguraría de que él lo supiera –Carlos dirigió una mirada significativa hacia el coche que esperaba en la acera–. ¿Sabes? Un tipo como él no tiene por qué aguantar a nadie.

Sí, lo sabía.

Cuando me metí en el coche con los cafés, me incliné para darle un beso a Johnny.

–¿Y eso?

–Lo siento –le dije–. He estado insoportable.

Johnny se echó a reír y me besó.

–¿Ah, sí? Supongo que tenías derecho. Además, sabía que no duraría mucho.

Saberme perdonada, sobre todo por algo que sabía que había sido culpa mía, fue una buena manera de levantarme el ánimo.

–¿De verdad lo sabías?

–Claro que lo sabía –contestó mientras se incorporaba al tráfico.

–¿Cómo podías saberlo? ¿Y si me hubiera convertido en una mujer insoportable de por vida?

Johnny sacudió la cabeza sonriendo mientras me miraba de reojo. Volvió a fijar la mirada en la carretera.

–Imposible. Ya te lo he dicho. Sabía que mejorarías.

Me volví en el asiento para mirarle.

–¿Y por qué lo sabías?

Suspiró.

–Porque me lo dijiste, Emmaline.

–¿Yo? –fruncí el ceño–. ¿Cuándo?

Johnny vaciló un instante y me tomó la mano. La apretó con fuerza.

–Una vez, cuando...

–¿Dije algo cuando perdí la conciencia? –sabía que a veces lo hacía.

–Sí –vaciló un instante, pero volvió a asentir.

–¿Y qué más te dije?

–Nada, pero no te preocupes, cariño. Me alegro mucho de que estés mejor, eso es todo.

Pero yo no me merecía tanta comprensión, y así se lo dije.

–No es una buena excusa, Johnny.

Estaba aparcando ya en el aparcamiento de la cooperativa de crédito y ahorro. En cuanto paró el coche, se volvió hacia mí.

–No, no lo es, pero no pasa nada. Créeme, yo también he tenido momentos malos. Así que puedo concederle a alguien el beneficio de la duda.

–Te quiero –le besé antes de que se me escapara algo que pudiera avergonzarme–. Quiero decir...

–Yo también te quiero, Emm –confesó Johnny.

El beso fue más largo y sentido aquella vez. Un beso con lengua. Y las manos estuvieron un poco juguetonas. Los cristales estaban empañados por el calor.

Apoyé la frente en su hombro durante un segundo. Nunca había querido ser la típica chica que se pasaba el día preguntando: «¿Me quieres? ¿De verdad me quieres?». Y lo curioso era que, con Johnny, no sentía que tuviera que serlo. Pero, aun así, nuestra mutua declaración de amor había sido bastante decepcionante.

–¿De verdad? –pregunté de todas formas.

Johnny me dio un beso en la frente.

–Sí, de verdad.

Me eché a reír y le di un beso en los labios.

–¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quiero!

–Sal de aquí si no quieres llegar tarde al trabajo, ¡por Dios!

–Ah, ahí está ese mal genio que te conocí al principio.

–¿Te gusta verme de mal genio?

–Sí, me gusta. Es algo así como Mr. Darcy. Siempre taciturno y melancólico –le hice cosquillas y Johnny se echó a reír mientras me apartaba. Le agarré de la bufanda para darle otro beso–. Dilo otra vez.

–Te quiero.

–Yo también te quiero –contesté, y salí del coche.

Aquella noche, en la cama, no me aparté de él.

–¿Te molesta tener que dormir aquí tan a menudo?

Johnny, que había estado leyendo, se quitó las gafas, unas gafas que a él no le gustaban, pero que yo idolatraba en secreto.

–No, ¿prefieres que me quede en mi casa?

–No, no es eso –le pasé la mano por el pelo, revolviéndoselo y recordando cómo lo sentía en mis fugas. Era un pelo grueso y sedoso, igual que en la vida real–. Solo quiero asegurarme de que no te importa.

–Mira –cerró las patillas de las gafas, dejó el libro en la mesilla y se volvió hacia mí–, me gusta tu casa y cuando estás trabajando, estoy en la mía, cuando no estoy en la galería, claro. Así que estoy bien aquí.

Dibujé sus labios con un dedo y no lo aparté cuando me lo mordisqueó suavemente.

–Solo quiero ser justa, eso es todo.

–Emm –contestó Johnny, y me besó la mano–. No me importa. Siempre y cuando pueda estar en una cama contigo, me importa un carajo en qué cama sea.

–Tienes una boca muy sucia –musité.

Johnny se echó a reír. Nos besamos. El beso se convirtió en un abrazo y después en algo más. No me podía creer que hubiera prescindido de aquello durante tantas noches. Bueno, a lo mejor

había sido solo una semana, pero era un exceso. Cuando le miré con su apetecible miembro creciendo entre mis piernas, me costaba creer que hubiera sido capaz de renunciar a esos momentos.

–Me gusta –me dijo cuando le acaricié–. Continúa.

–¿Esto? –arqueé las cejas y continué acariciándole rítmicamente hasta que le vi entrecerrar los ojos–. ¿Esto te gusta?

–Me encanta.

–Y sé otra cosa que te gusta.

Sonriendo, me metí bajo las sábanas y busqué su miembro con la boca. El gemido de Johnny fue completamente satisfactorio.

Apenas había aire debajo de las sábanas, pero no me importaba. Su olor, condenadamente sexy, me envolvía. La erección que crecía en mi boca también tenía un sabor de lo más erótico. Me perdí a mí misma mientras succionaba, mientras lamía y le mordisqueaba con los labios, ocultando los dientes para no hacerle daño.

Presionó, aunque no demasiado, sin ahogarme. Yo le acaricié los testículos con la mano y después se los lamí. Sonreí al oírle maldecir. Posó la mano en mi pelo y me presionó con delicadeza para marcar el ritmo de mis caricias. Permití que lo hiciera. Me gustaba saber que le gustaba. Cuando él disfrutaba, también disfrutaba yo.

Y la sensación fue incluso mejor cuando comencé a acariciarme con la mano libre. Mis olores se fundieron con los suyos en aquella cueva de sábanas y mantas. Me rodeé el clítoris con el dedo, lentamente, entregándome a aquella sensación.

El aire iba calentándose a medida que me calentaba yo. Moví la boca a lo largo de su sexo y succioné un poco más cuando presionó ligeramente en mi boca. Además de los labios y los dientes, utilizaba también la mano para acariciarle. Él marcaba el paso, pero yo le provocaba disminuyendo el ritmo de mis caricias, jugando con la lengua o agarrándole con fuerza. Estaba decidida a convertir aquella mamada en un trabajo estelar. Pero no podía seguir soportando aquel calor, así que me detuve para apartar las sábanas.

Un aire fresco, no frío, fluyó sobre mí. Acaricié con los labios el sexo de Johnny y sentí que me tiraba del pelo para que le mirara. Le miré sonriendo.

El Johnny del pasado me llevó entonces hasta su boca al tiempo que sus manos vagaban por todo mi cuerpo. Se apoderó de uno de mis senos, me acarició el pezón y sustituyó los dedos con la boca mientras deslizaba la mano entre mis piernas.

Yo estaba demasiado estupefacta como para moverme. No había habido advertencia previa. No había habido nada. Y mi cuerpo ni siquiera había protestado.

–Johnny...

–Shh –chistó contra mi seno mientras seguía obrando magia con mi clítoris.

Volvió a besarme y yo jadeé contra su boca.

No quería protestar, pero pensé que debería. Aun así, me urgió a sentarme a horcajadas sobre él posando las manos en mis caderas. Obedecí. Cuando se agarró el sexo para deslizarse dentro de mí, se lo permití. Cuando me besó, le devolví el beso.

El Johnny del pasado.

El Johnny del presente.

¿Había alguna diferencia? En aquel momento, envueltos en nuestra pasión amorosa, no. Sabía y olía igual. El tacto de su piel y el sonido de sus gemidos eran idénticos.

Se hundió lentamente en mi interior, con una postura que le permitía tocarme el clítoris con cada movimiento. El orgasmo fue creciendo dentro de mí, dejándome completamente aturdida. Ya no me importaba nada, salvo lo que estaba ocurriendo.

Pasado.

Presente.

Eché la cabeza hacia atrás, dejando que la melena cayera por mis hombros. Comencé a moverme. Johnny se movía conmigo. Y emitía aquellos sonidos tan sensuales que hacían crecer la espiral del placer en mi interior. Me corrí con un intenso estremecimiento.

Enterré el rostro en su cuello, le olí, le sentí, le saboreé. Con los ojos cerrados, no podía saber si estaba encerrada de nuevo en mi imaginación o en el mundo real. Johnny me acarició el pelo y nos cubrió con la sábana. Yo me mantenía pegada a él, con el rostro enterrado en su piel.

–Ha sido genial –dijo Johnny.

–Siempre lo es.

Johnny se echó a reír.

–Escucha, Johnny –lamí la sal de su piel y él se estremeció al sentir la caricia de mi lengua–. Gracias.

–¿Por qué?

–Por quererme incluso cuando soy insoportable.

Se quedó callado. Nuestras respiraciones se habían sincronizado. Se elevaban y descendían al mismo tiempo. Hundió los dedos en mi pelo, en la base de la nuca.

–Estaba enfadada... no contigo, sino con todo. Y es posible que vuelva a estarlo, Johnny. Porque es difícil saber que mi cabeza puede volver a jugarme una mala pasada en cualquier momento.

Johnny permaneció callado durante un instante antes de responder: –Todo el mundo tiene días malos.

Me eché a reír, con la voz ligeramente ronca.

–¿Así que te parece bien que me haya comportado como una estúpida?

Me dio un beso en la cabeza.

–¿Qué quieres que te diga?

–Supongo que... solo quiero que me digas que me perdonarás cuando me esté comportando como una idiota insoportable contigo.

La risa sacudió y tensó su cuerpo.

–Claro, Emm. Claro que te perdonaré.

Volvió a besarme y me abrazó con fuerza. Yo permanecía con los ojos cerrados. Comenzaba a dormirme. ¿Podría dormirme dentro de una fuga? ¿Podría soñar dentro de un sueño?

–Siempre te perdonaré.

Capítulo 23

Me acostara con quien me acostara la noche anterior, me desperté con el Johnny del presente. Hicimos el amor antes de que me metiera en la ducha y bajara a desayunar. Aquella mañana no hubo Mocha para nosotros, solo rosquillas y café en mi cocina. Todo muy doméstico. Muy agradable.

Muy normal.

Como aquella noche, Johnny iba a tener que quedarse a trabajar hasta tarde en la galería, le pregunté a Jen que si quería que quedáramos después del trabajo. Hacía mucho tiempo que no estábamos juntas. Pero antes pasamos por Arooga's Sports Bar y compramos una cantidad inusitada de alitas de diferentes gustos y un paquete de seis botellines de cerveza. Una vez en casa, nos quitamos los zapatos y nos pusimos los pantalones del pijama.

–Esta es otra de las razones por las que somos amigas –señalé sus pantalones de pijama, unos pantalones con un diseño de patos–. Siempre vas preparada.

Jen se echó a reír.

–¿Sabes cuánto tiempo hace desde la última vez que pasé una noche tirada en el sofá con el pijama y comiendo? Demasiado tiempo, eso es.

–¿Qué pasa? ¿Jared y tú no os quedáis tirados en el sofá con un pijama a juego?

–No, todavía no. ¿Pero Johnny y tú ya os ponéis los pantalones del pijama?

Riendo, abrí uno de los recipientes de las alitas y lo coloqué en la mesita del café.

–Claro que sí. Siempre y cuando no estamos desnudos.

–Sí, sí –sonrió–. Vamos, suéltalo. Ya sé que no está bien, pero

quiero enterarme de todos los detalles. ¡Todos!

–Solo si tú compartes los tuyos –abrí una botella de cerveza y admiré la espuma que la coronaba–. Solo para ser justas y todo eso.

–Chica, estoy segura de que mis detalles no son tan excitantes como los tuyos.

Tomé una alita con sabor a *wasabi* y me lamí los dedos mientras la miraba.

–¡Venga, ya! Jared es guapíísimo.

–Sí, ¿pero sabes? No es Johnny Dellasandro –Jen eligió una alita aliñada al viejo estilo y la mordisqueó.

Me detuve y dejé la alita en el plato.

–¿De verdad no te importa que esté con él? Ya sé que me dijiste que no, ¿pero lo decías en serio, Jen?

Jen pareció sorprendida.

–¡Claro que no me importa! Para empezar, ni siquiera intenté nada con él. Además, sinceramente, Emm, para mí siempre fue una fantasía. No era nada real. Me alegro de que para ti sea algo de verdad.

Pensé en las fugas.

–Para mí también es una fantasía.

–Sí, bueno –Jen parecía confundida, y no me extrañó–. Supongo que, en parte, también lo es.

Yo quería contárselo. Necesitaba contárselo a alguien y no quería que Johnny supiera que me había enamorado tan locamente del joven que era años atrás antes de haber cruzado con él una sola palabra. No quería que pensara que habían sido las películas y las fotografías las que me habían hecho enamorarme de él. Quería que supiera que era a él a quien quería, al margen de cómo hubieran sucedido las cosas. Y aunque ni siquiera yo misma estuviera segura.

–¿Qué pasa? –Jen se lamió la salsa de los dedos–. ¿En realidad no es tan bueno? A mí puedes decírmelo. Me romperá el corazón, pero puedes decírmelo.

–No, no es nada de eso. De hecho, es incluso mejor de lo que pensaba –bebí un sorbo de cerveza.

Jen se echó a reír.

–¡Eh! Eso es mucho mejor que lo contrario. Quiero decir... hay veces que con Jared, no estoy segura de si la cosa va a salir bien.

–¿De verdad? ¿Y por qué no? Bueno, supongo que sé perfectamente por qué no. Por supuesto, al principio no se puede estar segura de nada, ¿pero por qué no estás segura?

–Muy bien, ahora ya basta de andarse con rodeos –fue la respuesta de Jen–. ¿Qué te pasa? De verdad, ¿cómo estás ahora?

–Quiero hablar contigo de lo que pasó el día de la cena –admití.

Jen permaneció en silencio durante varios segundos. Bebió un poco de cerveza y se lamió los dedos antes de alargar la mano hacia otra alita.

–Tu madre me contó lo del accidente, y lo de tus ataques.

–Sí, bueno, en realidad, no son ataques. Son como desvanecimientos. Fugas. Pierdo la conciencia. Me apago, o, por lo menos, eso es lo que yo siento. Normalmente solo duran varios segundos, un minuto como mucho. Nunca había tenido uno que durara tanto.

Jen asintió mientras arrancaba la carne del hueso y se la comía.

–Tu madre me dijo que llevabas dos años bien. Que lo del otro día fue toda una sorpresa. Lo siento, Emm. Es una pena.

–Sí, lo es. No podré conducir hasta que pase todo un año sin volver a sufrir uno de esos episodios. Johnny me lleva y me trae del trabajo –esbocé una mueca–. La verdad es que lo odio. Ahora que por fin había podido irme de casa, encontrar un trabajo... Es odioso, Jen. Lo odio con todas mis fuerzas.

Jen frunció el ceño.

–¿Y ahora qué? ¿Cómo te encuentras?

–Bien –y no mentía. La fuga que había tenido la otra noche, cuando estaba en la cama con Johnny, no me había dejado ninguna secuela–. He retomado las citas con la acupuntora una vez a la semana y estoy haciendo un esfuerzo para seguir con la meditación. Todo eso me ayuda. Y también la cafeína y el azúcar, así que no paro de comer bizcochos y café.

–¡Qué suerte! –sonrió.

–Me han recetado también algunos medicamentos, pero no me

gusta tomármelos, porque me paso el día medio dormida. Y, de todas formas, no funcionan.

–No te culpo. Aun así –terminó la alita y se limpió los dedos con una servilleta–, siento que tengas que pasar por todo esto. Si puedo ayudarte en algo, no dejes de decírmelo. Podría ir a buscarte al trabajo un par de días a la semana, o hacer cualquier otra cosa de ese tipo.

No quería llorar. Pero al oír aquel ofrecimiento, arrugué el rostro y sentí en los ojos el escozor de las lágrimas.

–Gracias, créeme, odio tener que pedirlo.

–Chica, pero si no es nada –dijo moviendo la cabeza y acompañando sus palabras con un gesto de la mano–, te lo prometo.

Conseguí sonreír.

–Es... es por Johnny.

–¿Le molesta? –me miró con compasión–. No se estará comportando como un idiota contigo después de lo que te ha pasado, ¿verdad?

–No, todo lo contrario. Está teniendo un tacto exagerado. Está siendo demasiado bueno. Y si no me gusta tener que pedirte que me lleves al trabajo, imagínate lo poco que me gusta tener que contar con él para ir a cualquier parte, aunque me lo hubiera ofrecido incluso antes de la cena. De hecho, insistió mucho –bebí más cerveza–. Él ya sabía lo de las fugas.

A Jen ya le había contado lo que había pasado el día que le había llevado las galletas, pero no la parte en la que terminaba desnuda en el vestíbulo de mi casa. Y tampoco le había dicho que Johnny me había devuelto mi ropa. Se lo conté en aquel momento, poniéndola rápidamente al tanto de toda la información que faltaba y añadí también la parte en la que había ido a la galería y le había besado y él me había asegurado que no había pasado nada malo.

–Vaya –dijo Jen cuando yo terminé de hablar–. ¿Y por qué no me habías contado nada de eso hasta ahora?

–Me daba vergüenza –contesté abiertamente–. Hay cosas que me cuesta compartir. Lo siento.

Hizo un gesto con la mano.

–No tienes por qué sentir ninguna vergüenza, chica. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Si me lo hubieras contado antes, todo habría sido mucho más interesante, pero entiendo que no quisieras decírmelo. Así que ahora, Johnny está al tanto de todo y, aun así, sigue estando contigo.

–Sí –tomé aire–. Pero hay algo más. Algo que él no sabe.

Jen arqueó las cejas y se inclinó hacia delante.

–¿Ah, sí?

Asentí.

–Cuando me apago, a veces tengo alucinaciones. Alucinaciones muy nítidas, muy reales.

–¡Hala! –agarró otra alita. Parecía completamente cautivada–. Sigue.

–Justo después del accidente, cuando todavía estaba en coma, tuve sueños muy intensos. Puedo recordar la mayor parte de ellos, aunque están todos revueltos. Son fragmentos, pedazos de imágenes que se combinan al azar. Soñé mucho con Doctor...

–Tiene sentido, estabas en un hospital.

Me eché a reír.

–¡No, no con los médicos del hospital? Sino con el Doctor Who. ¿Conoces esa serie de televisión? El protagonista lleva siempre una bufanda larga de rayas. Ahora hay una nueva versión. ¿Te suenan Daleks? ¿La nave TARDIS?

–¡Ah, sí, sí! Pero no he visto la serie. Así que soñabas con el Doctor Who.

–Y con su bufanda de rayas –dije, recordándolo–. Llevaba un abrigo oscuro largo y una bufanda a rayas.

–¡Eh! Johnny siempre lleva un abrigo negro y una bufanda a rayas.

–Sí, lo sé.

–¿Crees que tus sueños de niña te han hecho enamorarte de él?

–No –negué con la cabeza–. Es solo una coincidencia. Eso es lo que recuerdo de la época en la que estuve en el hospital. Cuando salí, las fugas eran bastante frecuentes. A veces tenía dos en el mismo día. Después, comencé a sufrirlas con una frecuencia de una vez al mes, una vez a la semana y al final, una en un año. Falté muchos días al

colegio, pero recuperé todo lo perdido porque mi madre tenía muy claro que no iba a perder el curso. En aquella época, me hicieron cientos de pruebas que no demostraron nada, ni siquiera una mínima lesión cerebral, y comenzaron a medicarme para evitar que sufriera fugas. Por lo menos, aquellas de las que la gente se daba cuenta. Porque, en realidad, yo aprendí a fingir que seguía perfectamente una conversación aunque me hubiera perdido un par de minutos.

Jen hizo una mueca.

–¡Qué horror!

–Sí, bueno. Pero podía haber sido peor. Podría haber sufrido un daño cerebral que me dejase permanentemente incapacitada. O más de lo que estoy ahora –dije, permitiéndome teñir mis palabras con un deje de amargura–. Porque, sí, reconozco que esto me está fastidiando bastante la vida.

Jen me tomó la mano y me la apretó.

–Gracias. En cualquier caso, y es ahí adonde quería llegar, llegó un momento, a medida que fui creciendo, en el que las fugas empezaron a ir acompañadas de alucinaciones. No eran sueños, porque eran casi siempre coherentes, y yo en todo momento sabía que no estaba haciendo lo que mi cerebro me decía que estaba haciendo. En cierto modo, casi me resultaban útiles las alucinaciones, porque si estaba en clase y de pronto me veía en medio de un campo de flores persiguiendo una mariposa, sabía que estaba inconsciente, que me había apagado, e intentaba recuperar rápidamente la conciencia.

–¿Y puedes hacerlo? ¿Puedes recuperar la conciencia cuando quieres?

–A veces, sí, pero otras... –me encogí de hombros, pensando en el día que me había despertado en el hospital, agarrada a la mano de Johnny–, no.

–¡Uf! –Jen suspiró, mirándome con simpatía, pero no con compasión.

–Antes de venir a vivir aquí, llevaba un año sin tener fugas y dos sin tener ninguna seria. Hacía mucho tiempo que no sufría alucinaciones. A lo mejor tres o cuatro años.

–¿Y ahora?

–Ahora he estado teniendo alucinaciones con Johnny.

Jen volvió a arquear las cejas.

–¿Sí? ¿Y qué tipo de alucinaciones?

–La primera fue un lío. Estaba en el tren que sale en *El tren de los condenados*, y yo era la condesa, o lo que sea que fuera la protagonista. Y estábamos...

–¡Ohh! ¿Estabas acostándote con él en el tren? Esa es la clase de sueño que no me importaría nada tener.

–Sí –sonreí–, estuvo muy bien. Si no fuera por el hecho de que fue una fuga, estuvo realmente bien. Pero esa fue una alucinación normal. Desde entonces, he tenido más. Y no son como las que había tenido hasta ese momento. Pero son siempre iguales. Siempre aparezco en casa de Johnny en los años setenta. Normalmente, estoy en medio de una fiesta. Creo que es la misma fiesta. Pero aparezco en momentos diferentes. Por lo menos, es siempre dentro del margen de unos días determinados. Y no estoy sola. Están también Paul Smiths y Candy Applegate...

–¿Te refieres a los miembros de El enclave? ¿Está toda esa gente?

–Sí. Y también aparece Ed D’Onofrio.

–¿El escritor? ¿El que murió?

–Sí, él.

Pensé en la última vez que había perdido la conciencia y había aparecido en la cocina de Johnny con Ed, viendo cómo se destruía a sí mismo.

–Y Sandy –añadí.

–¿Su primera esposa?

Puse cara de haber comido algo repugnante.

–Sí, ella.

–Aparecía en *La noche de las cien lunas*, ¿verdad? Esa mujer es la madre de Kimmy.

–Sí. Y lo más misterioso de todo, Jen, es que yo había tenido esas alucinaciones sobre la película y sobre la gente que aparece en ella incluso antes de haberla visto. Supongo que reconstruí las imágenes a partir de los fragmentos que había visto en Internet.

–A lo mejor la habías visto algún día en televisión. Como *El tren*

de los condenados.

–Sí, supongo –contesté, aunque la explicación no tenía sentido–. Es más como si hubiera reconstruido ese mundo, el mundo del Johnny de aquella época. Del hombre que aparecía en las películas y trabajaba como modelo. La versión más sexy del Johnny de ahora. Y en todas las alucinaciones, vuelvo a esa época y... me acuesto con él.

Jen se echó a reír.

–¿Y cuál es el problema? Dejando de lado lo de las alucinaciones, claro.

–En mi cabeza, disfrutamos plena y libremente de la sexualidad. La libertad es total. Sexo, drogas, y rock and roll. Es un mundo completamente diferente. Pero no es real –le expliqué–. Al principio era genial. Si tengo que soportar una lesión cerebral y sufrir esos apagones, es bastante agradable pasarlos acostándome con Johnny Dellasandro.

–Por fin te oigo decir algo sensato –dijo, de nuevo con simpatía y sin mostrar ninguna pena por mí– Entonces, ¿dónde está el problema? Bueno, supongo que preferirías no sufrir ningún tipo de alucinación.

Reí a carcajadas.

–Algo así. En los sueños todo es mucho más fácil. No tengo que preocuparme por nada y, aun así, sigo disfrutando de Johnny.

–También tienes a Johnny en la vida real –señaló Jen.

–No le he contado lo de las alucinaciones. No quiero que piense que estoy con él por esas películas, o por su pasado como modelo, o por todas esas historias que ha dejado atrás, ¿sabes? Quiero al Johnny de ahora. O, por lo menos, eso creo.

–¿Tan mal te parece estar con él por lo que fue? –preguntó Jen–. No es malo admirarle por todo lo que hizo. Johnny no se avergüenza de su pasado, sencillamente, siguió haciendo otras cosas.

–Supongo que sí –no era capaz de describir por qué todo aquello me parecía tan retorcido y tan complejo–. Debería decirle que cuando me apago, termino acostándome con el Johnny de los setenta, con patillas y el pelo muy largo. Y que, por cierto, está condenadamente bueno.

Jen se echó a reír.

–Siempre y cuando no te guste más que en la vida real, no habrá ningún problema.

–Desde luego. Y no, no me gusta más. Solo es diferente. Además, no es real –añadí secamente–. ¿Tú crees que debería contárselo?

–No sé si debes mantenerlo en secreto, pero tampoco sé si tienes que contárselo. ¿Se lo contarías si las fantasías fueran con otro?

–A lo mejor sí, o quizá no, si fueran tan perversas y sensuales como las que tengo con él.

–¿Crees que podría... terminar sintiendo celos de sí mismo?

Me eché a reír.

–A lo mejor. O a lo mejor se puede sentir un poco raro. Y no siempre hay sexo. La última vez tuve un encuentro con Ed D’Onofrio, y la verdad es que fue bastante espeluznante. No tuvo nada sexy en absoluto. Sé que se supone que era un genio en su época, pero la verdad es que sus poemas me hielan la sangre. Y, no te lo pierdas, imaginé que estaba escribiendo un poema sobre mí.

–¡No!

–Sí. ¿Ves? No puedo contarle a Johnny una cosa así. Es ridículo, y ya es suficiente malo que tenga que soportar mis fugas y llevarme en coche y todas esas cosas. No me apetece contarle que mi cerebro se inventa historias sobre sus antiguos amigos, ¿sabes? A mí misma me da miedo. Es aterrador –añadí con tristeza–. Es propio de una admiradora chiflada.

–Algo que tú no eras. En absoluto –Jen elevó los ojos al cielo.

–Eso era diferente. Y la culpa la tenías tú.

Se echó a reír e inclinó la cerveza para terminarla antes de dejarla encima de la mesa.

–Sí, sí. Y te contagié la Johnnytis. ¿Quieres una cura? Porque a mí me parece que no.

Reímos juntas. Por lo menos, al contárselo me había quitado un peso de encima.

–¿No te parece horrible que imagine todo eso cuando me quedo inconsciente? Por supuesto, eso no significa que no sea feliz con él en el presente, con el verdadero Johnny. Porque te aseguro que mi

relación con él es mejor que cualquier cosa que haya podido imaginar.

–Si estuvieras intentando hacer lo posible para pasar más tiempo en ese mundo de fantasía, me preocuparía, pero no es así. Tú no haces nada para provocar esas fugas. Simplemente, ocurren, ¿verdad?

–Sí. Si pudiera detenerlas, lo haría, aunque eso significara perderme las tórridas aventuras de los setenta.

–Bueno, antes has dicho que siempre podías distinguir una fuga de un sueño, ¿no?

Lamí la salsa de una alita y tragué.

–Sí.

–¿Y alguna vez has intentado guiar una alucinación? Como un sueño, ¿sabes? Hay gente que lo hace.

Pensé en ello.

–No. Normalmente sé que estoy inconsciente, pero no intento provocar nada. ¿De qué me serviría?

Jen se inclinó hacia delante y me miró muy seria.

–Si pudieras controlar lo que sucede, a lo mejor podrías controlar el momento de despertar. Si puedes modificar lo que está sucediendo, a lo mejor eres capaz de ponerle fin en el momento en el que quieras, en vez de tener que esperar a que acabe.

–¿Tú crees? –me incliné hacia delante–. ¿De dónde te has sacado eso? Llevo casi toda mi vida sufriendo alucinaciones y nunca lo había visto de ese modo.

Jen movió los dedos como si fuera una bruja.

–¡Porque sooooy así de tenebrosa!

Le lancé un cojín.

–¿De verdad crees que funcionará?

–Solo hay una forma de averiguarlo. Prueba.

Capítulo 24

–Me siento completamente estúpida.

Estaba en la cama, sobre un montón de cojines y con una manta encima.

Encendimos velas y pusimos una música suave. Me sentía como si me estuvieran seduciendo. Pero no era a mi cuerpo al que había que seducir, sino a mi cerebro.

–¡Shh! ¿Cómo lo vas a averiguar si ni siquiera lo intentas?

–Jamás en mi vida he intentado provocar una fuga. Siempre he luchado contra ellas, para evitar que ocurrieran.

Jen, sentada en una silla al lado de la cama, sacudió la cabeza.

–A lo mejor es como la hipnosis, funciona el poder de la sugestión y ese tipo de cosas. Me has dicho que solías utilizar la imaginación guiada para meditar. Pues hazlo ahora. En cuanto comiences a alucinar, intenta averiguar cómo cambiar la alucinación. Así, la próxima vez que te quedes inconsciente, sabrás cómo despertarte. ¡Pero, bueno! ¡Como si yo supiera de lo que estoy hablando!

Nos echamos las dos a reír. Yo bostecé.

–Esto es una locura.

–Bueno, en ese caso, pon en movimiento tu loco trasero –me azuzó Jen–. Ahora mismo podría estar haciendo algo realmente sexy con mi novio, pero no, estoy aquí, intentando ayudarte a entrar en tu nirvana masturbatorio.

–¡Vale! ¡Vale!

Fueron pasando los minutos. Pensé que podría quedarme dormida, pero, aunque bostecé unas cuantas veces, ni siquiera me adormilé. Mi cama era cómoda y acogedora. Los cojines me acunaban. Me introduje en el silencio siguiendo los pasos que empleaba en la meditación.

Y, de pronto, me senté.

Estaba en la cama de Johnny. La del pasado. Sábanas revueltas. Olor a sexo. Y el sonido del agua en el cuarto de baño.

Me levanté de la cama y susurré con fuerza:

–¡Jen!

No hubo respuesta. Miré a mi alrededor, pensando que, a lo mejor, mi cerebro la había llevado conmigo, pero Jen no estaba allí. La llamé otra vez, pero el silencio fue la única respuesta.

Johnny salió del baño con una toalla a la cintura, la piel brillante y el pelo peinado hacia atrás, mojándole la espalda.

–¿Emm? ¿Has dicho algo?

–No, yo solo... ¿Cuánto tiempo he pasado dormida?

–Un par de horas, quizá –sonrió–. Pensaba que ibas a perderte la fiesta.

–¿Cómo voy a perderme la fiesta si nunca se acaba?

Johnny se acercó a la ventana y corrió la cortina para mirar al jardín.

–Esta fiesta es diferente. Ha venido un montón de gente. Es una fiesta importante. Han venido hasta famosos.

–¿Y eso debería importarme?

Johnny me dirigió una mirada extraña y se quitó la toalla para secarse el pelo. Tal y como siempre me ocurría, no fui capaz de apartar la mirada de su cuerpo. ¡Era tan hermoso! Aquel era el único arte que realmente sabía apreciar.

–No sé –se encogió de hombros–. Supongo que no. No, en realidad, no. Vienen aquí para beberse mis bebidas, comerse mi comida, fumar mi hierba y follar en la piscina.

–Entonces, si no te gusta toda esta gente, ¿por qué organizas estas fiestas?

Johnny dejó caer la toalla, vino hacia mí y me hizo levantarme. Bajó la mirada hacia mi ropa. Aquel día llevaba la camiseta con el cartel promocional de *Bailar con el diablo* y unos pantalones de pijama. Me acarició el pezón con el pulgar y después me estrechó contra él.

–¿Quién ha dicho que no me gustan?

Cuando me besó, abrí los labios para sentir su lengua. Pero, consciente de que Jen me estaba observando, posé un dedo sobre sus labios y le detuve antes de que la situación se pusiera más caliente.

–Johnny.

–¿Sí, nena?

–Sabes que en ti hay mucho más que esas películas y esas fotografías, ¿verdad?

Me dirigió una mirada extraña.

–¿Vas a decirme otra vez que debería dedicarme a ser pintor?

–No voy a decirte que deberías serlo. Lo que digo es que lo eres – desvié la mirada hacia los dibujos que tenía encima de la cómoda–. Eres realmente bueno.

Se encogió de hombros y posó las manos en mi trasero. Sentía su sexo presionándome, todavía no estaba del todo erecto, pero, definitivamente, estaba en camino.

–Gracias.

–Lo digo en serio.

Apoyó la frente en la mía y me miró a los ojos.

–Emm, Emm, Emmaline.

Sonreí. Se suponía que tenía que guiar la situación de alguna manera, pero no estaba haciendo muy buen trabajo. Le rodeé el cuello con los brazos.

–Sí, sí, sí.

Buscó mi mirada y me dijo muy serio.

–Cuando dices eso, casi te creo.

–Es verdad, tienes mucho talento.

Entrecerró los ojos ligeramente.

–Pintar no es tan fácil como actuar o posar.

–¿Y no es eso precisamente lo que hace que merezca la pena?

Se echó a reír. Comenzamos a movernos, pero no bailábamos exactamente. Nos mecíamos al ritmo de la música que nos llegaba desde el jardín. Podía oír las risas y los chapoteos en la piscina. Efectivamente, la fiesta había comenzado.

–No sé –dijo Johnny–. Hay otras muchas cosas que creo que merecen la pena.

–¿Sí? ¿Como cuáles?

–Como tú.

Le enmarqué el rostro entre las manos.

–Johnny, sabes que esto no es real, ¿verdad? Que lo nuestro no es real.

Negó ligeramente con la cabeza.

–Te equivocas. Todo esto es real. Tú y yo, Emm. Esto es real.

Suspiré.

–No, no lo es. Y no puede durar. No puedo continuar haciendo esto.

–¿Por qué no?

Era una pregunta sencilla, pero mi boca se negaba a responder. Lo intenté, lo intenté en serio, pero Johnny puso fin a mis esfuerzos con un beso que no tardó en hacerse más profundo, más intenso, más largo. Yo sabía que debería ponerle fin, que se suponía que tenía que dirigir de alguna manera todo aquello, pero estaba demasiado distraída.

¿Y qué daño podía hacer aquel beso? ¿Aquellas caricias? Aquello era bueno, me sentía bien. No nos hacía ningún daño. No era real. Podía despertarme cuando quisiera, ¿no?

–Bajemos a la fiesta –musitó Johnny contra mi boca, acariciándome el trasero–. Será divertido. Hoy no vendrá Sandy.

–Más te vale –le advertí.

Desde luego, si había algo que podía controlar en aquella situación, quería que fuera aquello.

Se echó a reír.

–No dejes que te moleste. Sandy no significa nada para mí y lo sabes.

–Sí, dejando de lado que es tu exesposa y la madre de tu hija –hice una mueca.

–Todo el mundo comete errores.

–Y tú deberías aprender de tus errores –le clavé el dedo en el pecho y posé después la mano sobre su corazón.

Sentí sus latidos. Sentí su calor y oí su respiración. Podía olerle. Cerré los ojos. Todo aquello era tan real...

Pero todo era falso.

–Tengo que irme –le dije, porque marcharme sin dar una explicación me parecía de mala educación incluso cuando estaba en medio de una alucinación.

–No te vayas.

Me reí. No hacía demasiado esfuerzo por apartarme.

–¡Tengo que marcharme!

–¡No, no tienes por qué irte! Puedes quedarte aquí para siempre.

Me sujetaba con fuerza, impidiéndome moverme. Comencé a sentirme incómoda. Su mirada era dura y tenía la boca apretada en una dura línea. No sonreía ni estaba bromeando.

–Johnny, lo digo en serio. Tengo que marcharme.

Volvió a negar con la cabeza.

–¿Por qué? ¿Por qué siempre tienes que irte?

Me besó con dureza. No hubo nada sensual o delicado en aquel beso. Estaba enfadado y le aparté con fuerza.

–¡Basta! –le empujé.

En aquella ocasión, me dejó marchar. Se limpió la boca con el dorso de la mano, cruzó la habitación hasta llegar a una silla y agarró un par de vaqueros con los que se tapó el trasero desnudo. Se puso una camiseta blanca encima y se pasó la mano por el pelo antes de recogerlo en una cola de caballo.

Le observé con los brazos cruzados. Estaba enfadada. Me sentía estúpida por haberme puesto intencionadamente en aquella situación y por ser incapaz de hacer nada para cambiarla. Bueno, pues si no era capaz de conseguir que Johnny hiciera lo que yo quería, por lo menos me despertaría.

El problema fue que no pude.

Cerré los ojos. Los abrí. Johnny todavía estaba allí. Lo intenté de nuevo. Nada.

–Mierda –musité desolada.

–Sí, todo esto es una mierda –respondió Johnny.

–No, no. No es eso...

Sacudí la cabeza. A pesar de que aquello no fuera real, no podía permitir que Johnny pensara que lo que había ocurrido era algo

despreciable.

Qué estupidez.

Johnny volvió a mirar por la ventana.

–¿Es por todo ese lío que hay fuera?

Lo dijo en voz tan baja que al principio ni siquiera le oí. Me acerqué varios pasos a él. Sentí el suelo de madera bajo los pies descalzos. Oí más risas, el chapoteo, la música...

Johnny me miró.

–¿Es porque no soy nada especial?

–¡No! ¿Cómo puedes pensar siquiera...? ¿Cómo voy a...?

Pero si él lo estaba diciendo, era porque yo lo estaba pensando. Todo lo que allí ocurría era cosa mía. Sacudí la cabeza.

–¿Es porque tengo miedo?

–No sé qué decir.

Mi boca se movía y salían palabras de ella, pero no estaba segura de dónde salían. Parpadeé una y otra vez, pero nada cambiaba. Se me aceleró el corazón. Me latía a triple velocidad de lo normal. Estaba sudando.

–Lo que quiero decir es que tengo miedo de intentar ser algo más que el tipo que actúa en las películas, con el que todo el mundo quiere acostarse, pero a quien nadie quiere de verdad. Un bonito rostro sin nada detrás. ¿Por eso nuestra relación no es real para ti?

–No era eso lo que pretendía decir. Y no estoy de acuerdo en nada de lo que has dicho. Te conozco, Johnny. Sé en lo que te convertirás. Sé lo que eres y lo que puedes llegar a ser, eso es todo.

Tragué saliva. Tenía en la garganta un nudo de sentimientos que no podía descifrar.

Necesitaba sentarme, pero me conformé con apoyar la mano en el respaldo de la silla. Alargué la mano hacia Johnny, medio esperando que se disolviera como el humo. Como un fantasma. Como la fantasía que sabía que era.

Pero Johnny se volvió hacia mí.

–Entonces, no te vayas. Quédate conmigo, ¿de acuerdo? Ven a la fiesta. Pasa la noche conmigo y despiértate a mi lado mañana por la mañana.

–Yo no pertenezco a este mundo, Johnny –susurré–. Lo siento, pero es así.

–Pero hay algo que te retiene aquí –señaló–. Hay algo que te hace volver.

–Solo humo. Sueños. Esto no es real.

–Para mí sí lo es –gritó Johnny con tal fiereza que retrocedí–. Para mí es condenadamente real, Emm, ¿de acuerdo? Ha sido real desde la primera maldita vez que apareciste en los escalones de mi casa, y lo ha sido todas las malditas veces que has venido desde entonces. No me importa que estés loca o lo que demonios esté pasando, ¡no me importa! ¡Solo te pido que te quedes, por favor!

Alargó las manos hacia mí y dejé que me agarrara, dejé que me abrazara. Dejé que me diera un beso suave y profundo. Y me dejé llevar. Claudiqué. En vez de despertarme, me sentí hundiéndome más profundamente en mi alucinación.

–Haré todo lo quieras. Dejaré de hacer películas. Dejaré de organizar fiestas. Si eso es lo que quieres, conseguiré un verdadero trabajo. Me pondré traje y corbata, compraré un coche y pagaré a tiempo las facturas. Seré todo lo que quieres que sea, Emm. Pero deja de entrar y salir de esta forma de mi vida porque me estás volviendo loco.

–Quiero que seas un pintor. Quiero que seas todo lo que puedes ser, eso es lo único que quiero. Y quiero estar contigo, Johnny, pero no puedo estar aquí.

–¿Por qué? –me preguntó con expresión suplicante.

–Porque no pertenezco a este lugar.

Johnny posó la mano sobre mi seno y me acarició el pezón con el pulgar.

–Para mí eres real. Y siento que perteneces a este mundo.

Apoyé la mano sobre la suya.

–Pero no es así. Y sea lo que sea esto, para mí es malo continuar manteniéndolo.

–«Sea lo que sea esto» –repitió Johnny con una risa completamente carente de humor–. ¿Qué es para ti?

–No lo sé.

–Bueno, pues yo sí. Te quiero, Emm, y quiero estar contigo.

–Estás conmigo –las lágrimas comenzaron a correr por mis mejillas. Sentí el gusto de la sal–. Estamos juntos, pero no aquí, no ahora.

–¿Entonces cuándo?

–En el futuro –parecía una locura, pero Johnny no se apartó–. Yo vengo del futuro. Estoy loca, yo misma he inventado todo esto. No es real, no eres real. Esto no es real. Todos vosotros sois algo que he inventado yo.

–Quédate de todas formas –me pidió Johnny.

Intenté despertarme otra vez. Nada. Intenté provocar algo. Un cambio en la habitación. Que cambiara su ceño por una sonrisa. Solo había una forma de conseguirlo.

–Solamente un poco más –le dije–. Bajaré un rato a la fiesta.

¿Alguna vez había hecho a alguien tan feliz? Johnny me abrazó, me besó. Sonrió, algo que me encantó, y me dio la mano para conducirme por las escaleras hasta la puerta de atrás. No me soltó mientras me presentaba a gente cuyos nombres me resultaban familiares, aunque no sus rostros. Me besó delante de todo el mundo. Me llevó copas que bebí hasta terminar un poco achispada.

El tiempo pasaba. Iba haciéndose de noche. La fiesta era cada vez más salvaje. Vi a un par de parejas haciendo el amor en la piscina, como el propio Johnny había predicho. Vi a gente fumando hierba. Vi incluso a gente inyectándose, aunque inmediatamente desvié la mirada. La visión de alguien inyectándose droga en las venas me resultaba espeluznante y repulsiva. Vi muchas cosas en aquella fiesta, pero allí adonde iba, veía también a Johnny.

¿Había pasado alguna vez tanto tiempo en el pasado? A lo mejor se había roto algo en mi cerebro. Y si ese era el caso, había sido yo la responsable de que eso ocurriera. Me había forzado para volver a ese estado, intentando encontrar la manera de detenerlo y, de pronto, me descubría temiendo no poder salir de allí.

La gente me hablaba y yo contestaba. Quizá pensaban que estaba borracha, porque arrastraba ligeramente las palabras. Vi a Johnny enfrente de la piscina. Me estaba mirando con expresión preocupada

mientras que una joven con una camiseta atada al cuello y los senos como sandías intentaba sin éxito llamar su atención.

Veía todo borroso, como si el mundo estuviera a punto de comenzar a girar, pero no se movía. Y yo seguía sin poder despertarme. Bebí otra copa. Me tomé un chupito como no lo había hecho nunca en la vida real. El alcohol ardió en mis entrañas.

Accedí tambaleándome a la cocina por la puerta de atrás. Ed estaba allí. Alzó la mirada con los ojos abiertos como platos y la boca abierta.

–¡Dios santo! ¿De dónde demonios sales?

–De fuera.

Miré la botella que tenía frente a él. El cigarrillo. Las drogas. La libreta.

Era la misma imagen que la última vez, pero la botella estaba ya vacía, el cenicero rebosante y la heroína desaparecida. Quedaba solamente la aguja. Parpadeé y me acerqué al fregadero para mojarme la cara. Como había hecho la última vez.

–Esto es una locura –dijo Ed–. Estás ahí y de pronto desapareces. ¿Qué demonios pasa?

–A lo mejor estás puesto –respondí con crueldad, con una voz espesa como el jarabe–. O a lo mejor estás loco.

–Estoy loco.

Nos miramos el uno al otro a través de la cocina. El aire vibraba por el calor. Por lo menos eso fue lo que pensé. Pero no era el calor, era otra cosa. Algo invisible tiraba de mí, me tiraba del vientre, como si tuviera una cuerda atada a las entrañas. Me retorcí.

–Esto es cosa de locos –insistió Ed–. Tan pronto estás aquí como desapareces. ¿Sabes que he escrito un poema sobre ti, Emmaline?

–Sí, ya me lo has dicho.

–No te gustó. No te impresionó.

Algo tiraba de mí con más fuerza todavía. Caí de rodillas en el suelo de la cocina. Sentí el golpe, duro y doloroso. Posé ambas manos sobre el suelo, preguntándome si iría a caerme. A vomitar. A desmayarme. ¿Pero cómo iba a desmayarme si estaba inconsciente?

–¡Oh, mierda!

Cerré los ojos. El mundo comenzó a temblar.

Después, dejó de moverse. Estaba en la cama. Sola. Abrí los ojos y vi el rostro de Johnny cerniéndose sobre mí. Me agarraba por los hombros y me sacudía con fuerza.

–¡Emm! –gritó cuando por fin fijé en él la mirada–. ¿Qué demonios estás haciendo?

–Solo estaba intentando... –comenzó a decir Jen, frotándose los ojos.

Johnny la fulminó con la mirada y se volvió de nuevo hacia mí.

–¡Una idea condenadamente brillante!

Jen parecía asustada.

–¿Está bien?

–¡Estoy bien, Johnny! ¡Estoy bien! –le aparté un poco para poder respirar–. En serio, déjalo ya.

Johnny enmarcó mi rostro entre las manos y me miró a los ojos. Se volvió hacia Jen y le dijo, no de mal genio, pero tampoco con una voz llena de luz y alegría: –Creo que será mejor que te vayas.

Jen aceptó la sugerencia, pero me apretó el hombro antes de marcharse.

–Te llamaré.

–Sí –contesté.

Estaba demasiado cansada para levantarme y enfrentarme a Johnny para defenderla.

Lo que de verdad me apetecía era acurrucarme al lado de Johnny y sabía que mi amiga lo comprendería.

Cuando Jen se fue, Johnny me besó con el rostro todavía entre sus manos. Después, me miró de nuevo a los ojos.

–¿Qué demonios estabas haciendo?

–Estaba intentando averiguar si podía controlar las fugas –susurré.

Odiaba sentirme avergonzada.

Johnny soltó lentamente una bocanada de aire. Cruzó su rostro una sucesión de emociones, demasiadas para que pudiera discernirlas.

–¿Y puedes?

–Aparentemente no –contesté con amargura.

Johnny sacudió la cabeza.

–No vuelvas a hacerlo.

Enfadada, me volví hacia él.

–¿Eso es lo que quieres? ¿Que haga todo lo que tú me mandes?

–No, Emm –Johnny me hizo volver el rostro delicadamente hacia él–. Lo único que quiero es no perderte otra vez.

Capítulo 25

Me sentía como si se hubiera roto algo dentro de mí, pero no era necesariamente una sensación mala. Fuera cual fuera el mecanismo que me hacía deslizarme del sueño a la conciencia, parecía haberse estropeado y no había posibilidad de arreglarlo. Pero no era tan estúpida como para creerlo. Y quizá fuera mejor que se hubiera roto.

No volví a perder la conciencia durante toda una semana en la que Johnny estuvo rondándome sin piedad hasta tal punto que pensé que iba a terminar matándole. Para final de mes, la primavera comenzaba a anunciarse en el aire y yo no había vuelto a ver al Johnny del pasado ni siquiera en sueños.

Concerté una cita con la doctora Gordon, en principio, porque era la revisión anual, pero ella se empeñó en revisar todo lo demás e incluso me pidió un nuevo escáner. No protesté cuando lo sugirió. Hablamos un poco de la noche que había pasado en el hospital y de las posibles opciones de tratamiento, y aunque yo sabía que quería subirme las dosis de la medicación contra los ataques, me resistí.

–Ya me cuesta recordar que tengo que tomarme la píldora cada día. Añadir otra dosis de algo más sería un nuevo problema.

La doctora Gordon sacudió la cabeza.

–¿Estás segura de que no prefieres un método que te resulte menos difícil de recordar, Emm?

Me eché a reír, algo que resultaba siempre un poco embarazoso estando sentada en una camilla cubierta de papel y en camisón.

–No, no hace falta. Ahora tengo una relación estable, no tengo relaciones con más de un hombre y todo eso... Utilizamos preservativos, aunque creo que pronto comenzaremos a hablar de las enfermedades de transmisión sexual y podremos prescindir también de los preservativos. Además, él tiene hecha la vasectomía.

La doctora se echó a reír.

–Parece que tienes todos los frentes cubiertos.

Me encogí de hombros.

–Si no es necesario, no quiero tomar más medicación, eso es todo.

La doctora posó la mano en mi hombro.

–Ya sé que no quieres tomar medicación, pero como médica tuya que soy, tengo que ofrecerte el tratamiento que considero más adecuado, incluso aunque tú no quieras seguir mi consejo.

Asentí. La doctora Gordon me conocía desde hacía mucho tiempo.

–Muy bien, pero creo que las dos sabemos que eso no va a suponer ninguna diferencia ni en lo que se refiere a las fugas ni en mi capacidad para controlarlas. Vienen y se van sin que pueda hacer nada.

–Sí, vienen y desaparecen. Me encantaría poder encontrar una respuesta a tu problema.

Por supuesto. Y también a mí, y a mis padres, y a mis amigos. Y a Johnny. Pero ninguno de nosotros iba a encontrar nada mejor, así que era preferible aceptarlo.

Mi madre me había llevado al médico no porque Johnny no pudiera hacerlo, sino porque habíamos decidido disfrutar de otro día para estrechar lazos entre madre e hija. Cuando salí de la consulta, nos fuimos a comer y a ver una película, y después mi madre me llevó a mi casa, donde estuvo comprobando si alguna de la ropa que había dejado de valerme podía quedarle bien a ella.

No creo que haya nada más deprimente que pasarle ropa a tu madre porque ella haya adelgazado y tú... no.

Pero me alegraba por ella mientras la veía girar con una falda de cuadros que había comprado en las rebajas, que nunca me había puesto y que, francamente, jamás me pondría. Y no porque no fuera de mi talla. Había sido una compra hecha en un impulso. El color no me quedaba bien y la tela no era de mi estilo. Pero a ella le quedaba genial y así se lo dije.

–¿Tú crees? –se alisó la falda y volvió a girar delante del espejo–. Me encanta. Yo nunca me la habría comprado.

–Lo sé. A lo mejor fue el destino el que hizo que la viera en Marshalls.

Miró la etiqueta, como yo estaba segura que haría.

–Te la pagaré.

–No, no –sacudí la cabeza y el dedo–. De ninguna manera.

Suspiró.

–Emmaline.

–No, mamá –busqué una blusa en el armario y se la tendí–. Pruébate esa.

Mi madre la agarró y me miró por encima del hombro.

–¡Ah! Antes de que se me olvide. Tengo un par de cajas para ti en el maletero. Las encontró tu padre en el sótano cuando estaba haciendo limpieza y buscando cosas para el mercadillo de la parroquia. Encontró un montón de cosas tuyas.

–Iré a buscarlas.

Dejé el resto de la ropa encima de la cama y agarré las llaves del coche.

Las cajas que me había llevado mi madre tenían asas y tapas, de modo que eran fáciles de transportar, aunque pesaban bastante. Las llevé el cuarto de estar y dejé la puerta abierta para que al aire de la noche pudiera pasar a través de la pantalla. Para entonces, mi madre ya se había puesto su propia ropa y estaba en el piso de abajo.

–¿Qué es todo esto?

Abrí una de las cajas y encontré en el interior un montón de papeles, libros y juguetes.

–Cosas que te dejaste en casa.

La miré.

–¿Y no se te ha ocurrido pensar que a lo mejor me las dejé en casa porque no las quería?

Mi madre me puso su característica cara de madre.

–Entonces tíralas. Si tú no necesitas toda esa basura, tampoco nosotros.

Sabía que no era eso lo que pretendía decir, pero me dolieron tanto sus palabras que torcí el gesto. Mi madre, que estaba sentada a mi lado, lo vio, y me quitó la tapa de las manos.

–Emm, no pretendía que sonara así.

–No pasa nada –respondí.

–No, mírame.

No quería mirarla. Sabía que me pondría a llorar en el segundo en el que lo hiciera. Hay cosas que solo las madres y las hijas pueden provocarse las unas a las otras, como esos estallidos en lágrimas nacidos de la emoción. Ni las tarjetas Hallmark pueden competir en eso con madres e hijas.

–¡Cariño! –mi madre me abrazó y me acarició el pelo–. ¿Qué te pasa? ¿Has vuelto a sentirte mal otra vez? ¿Es algo que tenga que ver con ese hombre?

Era curioso cómo mi madre, que había estado llamándole Johnny durante varias semanas, se refiriera a él como a «ese hombre» en cuanto pensaba que podía ser el causante de mi llanto.

–No, no es él. Johnny es muy bueno, en serio. Sé que papá y tú no os fiáis mucho de él, pero no es eso.

–No es que no me fíe de él –repuso mi madre–, es solo que tengo dudas sobre el hecho de tener un yerno tan viejo que podría ser mi marido.

Reí a través de las lágrimas.

–Todavía no hemos hablado de matrimonio, así que no te preocupes, mamá.

Mi madre soltó un familiar bufido burlón que significaba que me conocía demasiado bien.

–Ya veremos.

–Estoy bien con Johnny. Y últimamente no tengo problemas. Todo lo contrario, de hecho. Llevo un mes sin fugas. La doctora Gordon me ha mandado otro escáner, pero solo para hacer un informe. No espera encontrar nada nuevo.

–¿Entonces qué te pasa, cariño? ¿Es por lo que te he traído?

–Yo solo... –suspiré y comencé a sacar flecos de las rodillas deshilachadas de los vaqueros–. No quiero volver a casa, pero no me gusta saber que te alegras de que me haya ido, ¿sabes? Quiero decir... no me entiendas mal, comprendo perfectamente que...

–¡Emm! –exclamó mi madre estupefacta–. ¿Cómo puedes pensar

una cosa así? ¿Alegrarme de que te hayas ido? ¡Debería darte una bofetada!

Me encogí de forma exagerada, aunque sabía que a mi madre nunca se le ocurriría pegarme.

–Vamos, mamá, sabes que es verdad.

Mi madre posó las manos en mis hombros y me miró a los ojos.

–Emmaline, me alegro mucho de que hayas podido irte de casa y disfrutar de la vida que mereces. Me alegro también de que hayas crecido y te hayas convertido en una mujer encantadora e independiente que es capaz de vivir su propia vida. Pero jamás me alegraré de que te hayas ido de casa. Y si alguna vez tuvieras que volver, te costaría muchísimo más que a mí.

Las dos nos echamos a llorar entonces, hasta que nuestras lágrimas dieron paso a las risas.

–Si no quieres nada de lo que hay en esas cajas, tíralo a la basura – me repitió–. La mayor parte de ellas tienen tantos años que ni siquiera creo que te acuerdes de lo que son, pero no quería tirarlas sin que las vieras. Eso es todo.

Asentí y comencé a remover los papeles. Eran cartas antiguas, corazones de papel de San Valentín y ese tipo de cosas. Además de un montón de juguetes de establecimientos de comida rápida que me parecía imposible que hubiera guardado durante tanto tiempo. Y en el fondo de la primera caja, un libro.

–¡Oh, Dios mío! –exclamé cuando lo saqué–. Hacía años que no veía ese libro.

Levanté aquel grueso libro de bolsillo. Las páginas estaban amarilleadas por el tiempo, pero no se habían desencuadrado. Pasé las páginas y vi las esquinas dobladas con las que alguien había marcado sus páginas favoritas. Los dedos se me mancharon de polvo.

–¿Ese libro... es mío?

–Bueno, era mío. Creo que todo el mundo tenía un ejemplar de ese libro. Lo leí cuando estaba embarazada –recordó mi madre con cariño–. Ed D’Onofrio fue muy famoso durante una época, aunque, en realidad, a mí solo me gustaban algunos de sus poemas. Bueno, en realidad, solo uno, por supuesto.

La miré.

–¿Y cuál es?

Mi madre sonrió.

–*Camina en la noche*. Supongo que lo habrás leído, ¿no? Si no, tienes que leerlo.

Negué con la cabeza.

–No creo que me lo mandaran leer en el colegio ni nada parecido.

Mi madre se echó a reír y buscó entre las páginas más gastadas del libro.

–No, cariño, ¿lo ves? *Camina en la noche*. En ese poema oí tu nombre por primera vez. Y por eso te lo puse.

Se me revolvió el estómago y sentí que el almuerzo me subía a la garganta. Me levanté tan rápido que el libro se cayó y no pude agacharme a recogerlo. Mi madre me miró preocupada y se levantó.

–Emm, ¿qué te pasa?

–Nada.

Me obligué a sentarme, agarré el libro y leí la página. El poema no era el mismo que Ed me había leído durante la fuga, pero se parecía lo suficiente como para que fuera evidente la similitud.

–No lo sabía. La verdad es que es una sorpresa.

–Yo pensaba que lo sabías –me dijo–. Estoy segura de que te lo conté, pero supongo que fue hace mucho tiempo y a lo mejor no te acuerdas. Leía ese libro una y otra vez cuando estaba embarazada, sentada en esa vieja mecedora que me regaló tu abuela. Y también te lo leía cuando estabas en el hospital. Supongo que... bueno, ahora que pienso en ello, después de eso nunca volví a leerlo en voz alta. A lo mejor nunca hablamos de ello.

–Es un poema un poco raro para una niña –pasé el dedo por las líneas del poema y la miré–. No es Humpty Dumpty.

Mi madre inclinó la cabeza.

–Cariño, ¿estás bien?

–Sí, estoy bien –forcé una sonrisa–. Estoy bien, de verdad, aunque cansada. Me ha gustado mucho lo del poema, mamá, gracias.

–Fue un poeta muy famoso cuando yo era joven –continuó mi madre en un tono casi soñador–. No sé qué habrá sido de él. Podrías

buscarlo en Internet. Me pregunto si tendrá algún otro libro publicado.

Solo había publicado después de muerto. De hecho, si no recordaba mal, había sido entonces cuando le habían publicado aquel libro. No se lo conté, ni tampoco le hablé de las fugas, ni de que, casualmente, Johnny había sido uno de los mejores amigos de Ed D'Onofrio.

–A tu padre nunca le gustaron los otros poemas –me confió de pronto–. Solo le gustaba ese. La idea de ponerte ese nombre fue suya, en realidad. No conseguíamos ponernos de acuerdo en el nombre y discutíamos constantemente. Él quería algo moderno, diferente, y yo pensaba que un nombre más tradicional te sentaría mejor. Llegamos a un acuerdo. Y, desde entonces, siempre fuiste la única Emmaline de tu curso.

–Y sigo siendo la única que conozco.

–Porque eres única –dijo mi madre, y me abrazó otra vez.

Más tarde, después de que nos hubiéramos despedido y tras haberle prometido que la llamaría pronto, llegó Johnny. Llevaba comida tailandesa, aromática y todavía humeante. La colocó en la isleta de la cocina mientras yo agarraba los platos y los palillos. Serví sendas tazas de té caliente y me calenté las manos en la mía mientras le observaba abrir los recipientes de comida.

Me descubrió observándole.

–¿Qué pasa?

–Solo estaba mirándote.

Sonrió y rodeó la isleta para darme un beso.

–¿Y te gusta lo que ves?

–Sí, mucho –le apreté el trasero–. Y también lo que toco.

Miró la comida por encima del hombro y me miró después a mí.

–¿Cómo estás hoy de hambre?

–Depende de con lo que estés planeando alimentarme.

Johnny me tomó la mano y la posó en la entrepierna.

–¿Qué te parece esto?

–Me alegro de ver que incluso después de llevar varios meses

conmigo, sigues siendo un romántico.

Frotó mi mano contra su sexo con movimientos circulares mientras los dos nos reíamos y nos separábamos con los ojos brillantes y los labios húmedos. Le abracé con fuerza contra mí. Aquel día había sido extraño, pero el estar con Johnny, de alguna manera, lo mejoraba.

–¿Qué te pasa? –susurró contra mi pelo.

Le abracé con fuerza y después me separé de él para poder mirarle a la cara.

–¿Soy demasiado joven para ti?

Arqueó las cejas y perdió la sonrisa.

–¿Kimmy ha vuelto a meterse contigo?

–No, no tiene nada que ver con ella. Solo quiero saber lo que piensas.

Johnny soltó una bocanada de aire y me soltó para recostarse contra el mostrador.

–Eres joven, sí. O, a lo mejor, yo soy viejo.

–¿Pero te importa?

Me miró muy serio.

–¿Por qué lo preguntas? ¿A ti te importa?

–No.

En realidad, no estaba segura de lo que me molestaba. Quería besarle, bajarle los pantalones allí mismo, tomarle con mi boca y hacer que los dos nos olvidáramos de que habíamos empezado aquella conversación.

–Emm, háblame, por favor.

Me encantaba que insistiera en hablar, fuera sobre lo que fuera. Que para él fuera importante no ocultar los silencios incómodos bajo una alfombra de fingimiento mutuo. Le quería por muchas razones, todas enmarañadas, que no era capaz de desenredar.

–¿Te molesta que supiera quién eras antes de conocerte?

Se echó a reír.

–¿Quieres decir que si me molesta que me hubieras visto desnudo antes de haberme visto desnudo?

–Sí, eso. Pero también todo lo demás.

Johnny sabía que había visto todas sus películas y que había buscado información sobre él en Internet, pero nunca habíamos hablado de ello.

–¿Alguna vez te ha preocupado que haya intentado meterme en tu vida por ser quien eres?

Johnny se echó a reír otra vez y se inclinó hacia delante para besarme.

–Emm, quiero que quieras estar conmigo por ser quien soy.

–Pero no quien eras –musité.

–Sigo siendo la misma persona –replicó Johnny contra mi boca.

Me acarició el pelo y me miró a los ojos.

–¿Quieres saber cuántas chicas... y chicos, han intentado acostarse conmigo por algo que hice hace treinta años?

Fruncí el ceño.

–La verdad es que no.

–Muchos –contestó Johnny de todas formas–. ¿Tú crees que eres como ellos?

–¡No!

Se encogió de hombros y me dibujó los labios con el dedo pulgar antes de volver a besarme. Sabía bien. Y me gustaba sentirle contra mí. Cerré los ojos e intenté que aquello me distrajera, pero no funcionó.

–Te quiero –le dije–. Pero, sinceramente, todas esas historias... las películas, las fotografías, las entrevistas...

Asintió con la cabeza.

–¿Sí?

–No es por todo eso por lo que te quiero ahora.

–Y tampoco fue por todo eso por lo que me quisiste entonces –contestó Johnny.

Me quedé helada. Le miré fijamente, buscando en su expresión algo que indicara que estaba de broma. Cualquier cosa.

–¿Qué quieres decir?

–Me refiero a la primera vez que me viste en la cafetería. Entonces no sabías toda esa historia, ¿verdad? Aceptémoslo, fue mi trasero lo que te llamó la atención.

No era la respuesta que esperaba. En realidad, no sabía exactamente qué esperaba, pero me eché a reír.

–Sí, definitivamente fue eso. Tu trasero condenadamente épico.

Aquella vez, el beso consiguió distraerme de verdad y no volví a pensar en las palabras de Johnny hasta algún tiempo después. No había vacilado en su respuesta, no parecía estar intentando ocultar nada.

Entonces, ¿por qué tenía la sensación de que lo estaba haciendo?

Capítulo 26

–Vamos, Johnny, ya sabes que yo no sé nada de arte.

Me escabullí, rechazando la mano que Johnny me tendía, y estuve a punto de tirar una escultura colocada en un pedestal. La agarré antes de que cayera al suelo.

–¿Lo ves? Soy una amenaza.

–Tienes un buen ojo para la pintura y la fotografía y quiero saber tu opinión –me dijo muy serio–. Y esta es la obra de tu amiga, así que a lo mejor podrías echarme una mano.

–¡A mí me parece genial! –respondí, señalando la pared blanca en la que colgaban ya tres de sus fotografías–. Pero aquí hay sitio para otros cuatro cuadros por lo menos.

–Sí, ¿pero cuáles? –Johnny parecía enfadado.

–¿Cómo se supone que voy a saberlo yo? Elije tú.

Miré las fotos enmarcadas que había en el suelo. No quería acercarme más por miedo a pisarlas.

Johnny señaló una fotografía de Jared bajo una luz tenue.

–¿Esta?

–Es bonita. Es buena, quiero decir.

Señaló otra.

–¿Y esta?

–¡Esa también es buena! ¡Todas son buenas!

Johnny comenzó a reír y sacudió la cabeza.

–Dios mío, nena, realmente, no entiendes nada de arte, ¿verdad?

Fingí sentirme ofendida.

–Ya te lo he dicho.

–Lo que pasa es que crees que no entiendes –repuso Johnny–, si te dejaras llevar, tendrías mucha intuición. Lo que tienes que hacer es ver todo el arte que puedas. Pero, tranquila, ya puedo hacerlo yo. No

llenen tu bonita cabeza con ese tipo de cosas.

Le saqué la lengua.

–Ahora sí que estás siendo un idiota.

Johnny se burló y alzó las manos.

–¡Ah! Eso sí que duele.

Se inclinó para colocar las fotografías. Le miré. Habían pasado varios días desde la conversación que habíamos tenido en la cocina, pero yo continuaba dándole vueltas.

–Johnny.

No alzó la mirada.

–¿Sí, nena?

–¿Qué te hizo decidirte a dedicarte a la pintura?

Johnny, que estaba colocando las fotografías, frenó el ritmo de sus movimientos. Se sentó, apoyándose sobre los talones. Tardó varios segundos en mirarme y cuando lo hizo, parecía estar en guardia.

–¿Qué quieres decir?

–Bueno, empezaste con las películas y todo eso, y sé que te tomaste un descanso antes de dedicarte a la pintura...

–Siempre pinté –dijo con voz queda–, pero no enseñaba a nadie mis cuadros. No pretendía que nadie me considerara un pintor. Hay una diferencia entre decidir ser un pintor y, simplemente, aceptar que lo eres.

–Lo sé –me mordí el labio–. Y tú... ¿cuándo lo aceptaste?

Johnny se levantó y se sacudió el polvo de las manos.

–Necesito una copa, ¿quieres tomar algo?

Sin esperarme, se dirigió a su despacho. Yo no tenía muy buenos recuerdos de aquel despacho. Me resultaba imposible entrar sin recordar la vergüenza que había pasado la primera vez que le había besado allí y él me había rechazado.

Johnny abrió un cajón del escritorio y sacó una botella de whisky de malta. Sirvió dos copas y me tendió una. Bebí, hice una mueca y empecé a toser.

–Dios –dije.

–No, solo es whisky.

Bebió y se pasó la lengua por los dientes antes de dejar el vaso en

la mesa. Miró la botella como si estuviera a punto de servirse otro, pero no lo hizo. Después me miró a mí.

–¿Qué es lo que quieres preguntarme en realidad?

–Quiero saber qué te pasó, qué te hizo aceptar lo que eres, si quieres decirlo de esa manera. Por qué decidiste empezar a enseñar tu obra en vez de continuar dibujando en tu cuaderno.

Inclinó la cabeza.

–Así que sabes que tenía un cuaderno.

Su respuesta indicaba que no me lo había inventado, así que, al menos, no debía parecer del todo loca.

–Claro, ¿no lo tiene todo el mundo?

Johnny se sirvió otra copa.

–Quería oírtelo decir, eso es todo –le expliqué–. No quiero que haya secretos entre nosotros. No quiero conocer detalles sobre tu vida que tú no me has contado, como sé muchas cosas de las que tú ni siquiera eres consciente. No quiero que dejes de contarme cosas porque crees que ya las sé, aunque las sepa. Necesito oírlas de tus labios. Eso es lo que quiero.

Aquel largo discurso me había dejado sin respiración, así que terminé el whisky para obligarme a dejar de hablar.

–¿Qué quieres saber? ¿Quieres que te hable de las fiestas? ¿De las drogas? ¿Del sexo? ¿De las películas? –Johnny giró el líquido ambarino que tenía en el vaso–. Todo eso ocurrió hace mucho tiempo, Emm. Seguro que consigues más información en cualquier libro o en cualquier documental.

–No, no solo esas cosas –deslicé el dedo por los botones de su camisa–. ¿Puedes contarme qué pasó después de mil novecientos setenta y ocho?

–¿Qué pasó después de mil novecientos setenta y ocho? Por lo que a mí me han dicho, que llegó mil novecientos setenta y nueve.

Elevé los ojos al cielo y le clavé el dedo en el pecho.

–Qué listillo. Lo que quiero saber es qué pasó después de que Ed D’Onofrio se suicidara en tu casa.

Johnny dejó escapar un largo, trémulo y lento suspiro.

–¿De verdad quieres saberlo? ¿De verdad, Emm?

–Supongo que si no quieres contármelo, no. Pero sé lo que pasó. Por lo menos lo que dicen en los blogs de tus admiradores y en los documentales. Pero todo eso son especulaciones, ¿no?

Dejé el vaso en la mesa y posé las manos en su cintura. Alcé la mirada hacia aquel rostro tan familiar para mí, tan atractivo y tan amado.

–Dicen que te volviste loco.

Johnny rio con dureza.

–Sí, podría decirse así.

–¿Y es cierto? –posé un dedo en sus labios antes de que pudiera contestar–. Antes de que digas nada, quiero que sepas que no me importaría nada que hubieras enloquecido.

Me besó el dedo y me lo mordisqueó suavemente antes de agarrarme la muñeca para apartar la mano de su boca y posarla en su pecho.

–¿No te importaría que hubiera enloquecido y me hubieran tenido que encerrar?

Negué con la cabeza.

–No.

Johnny suspiró.

–Maldita sea, Emm. Todo eso fue hace mucho tiempo, ¿sabes? ¿No puedes limitarte a preguntarme por las mujeres con las que me he acostado? Diablos, pregúntame si le hice una mamada a Elton John entre bastidores en uno de sus conciertos. Esa es la clase de historias sobre las que se supone que deberías especular.

–¿Se la hiciste?

Me dio un beso en los labios. Sabía a whisky. Su aliento cálido me acariciaba mientras él hablaba.

–A lo mejor.

Suspiré.

–Johnny...

Su risa apenas duró. Fue disipándose hasta convertirse en un pesado silencio.

–Si digo que sí, ¿continuarás queriendo saber todo lo demás?

Asentí. Y después negué con la cabeza.

–Pero si no quieres contármelo, supongo que lo entenderé. En realidad, nada de eso es asunto mío. Tú ya tenías toda una vida antes de conocerme.

–Y tú también –señaló–. Toda una vida. Aunque la mía sea más larga.

–¡Pero todas las cosas que sabes sobre mí te las he contado yo!

Hablé con más vehemencia y con la voz más alta de lo que pretendía. Ambos nos encogimos. Posé la mano sobre su corazón y lo sentí latir con fuerza.

–Lo siento.

–No tienes por qué. Siento que todo esto te esté afectando tanto. Si quieres saber algo, lo único que tienes que hacer es preguntarlo. Yo te responderé, ¿de acuerdo? Si es que realmente necesitas saberlo.

Vacilé un instante. ¿De verdad necesitaba saberlo? Ya eran demasiadas las informaciones que rondaban por mi cabeza, rumores y fragmentos de historias que se mezclaban con todo lo que mi imaginación había creado durante mis pérdidas de conciencia.

–Solo quiero conocerte –susurré–. Quiero conocer al verdadero Johnny, eso es todo.

–¿Y crees que no me conoces?

Posó la mano en mi nuca y me masajeó la base del cuello. Me miró a los ojos. Estaba muy serio.

–No lo sé –suspiré con tristeza–. Me parece que no estamos en igualdad de condiciones.

–¿De verdad lo crees?

–Sí, lo creo.

Me abrazó. Presioné la mejilla contra su pecho.

–Te quiero –me dijo con voz queda.

–Yo también te quiero.

–Te contaré todo lo que quieras saber. Tú lo único que tienes que hacer es preguntármelo, ¿de acuerdo?

–¿Qué pasó en mil novecientos setenta y ocho?

Suspiró.

El corazón que sentía latir bajo mi pecho pareció detenerse un instante. O, a lo mejor, era mi propio corazón el que oía. Me besó en

el pelo.

–La situación era cada vez más complicada. Vivíamos todos en la misma casa. Era mi casa, pero se quedaban siempre allí. Candy, Bellina y Ed. Paul venía cada dos semanas para hacer esas malditas películas, ¿sabes?

–Sí, lo sé.

–Pensaba convertirse en el siguiente Warhol o algo parecido. Quería ser alguien importante. Y las películas eran una forma de expresión artística, ¿sabes? Se consideraban arte –dijo Johnny–. Todavía se consideran una obra de arte. No me avergüenzo de lo que hice entonces.

–No tienes por qué.

–Sandy y yo rompimos. Ella estaba cada vez más enganchada a las drogas y se llevaba a Kimmy a todas partes. Al final, le dije que o me la dejaba a mí, o se la cedía a su madre.

Me aparté de él para mirarle.

–¿De verdad? Yo creía que habías dicho que no cuidaste a Kimmy como te habría gustado.

–Y es cierto. Le dije a Sandy que quería quedarme con ella, pero no era cierto, ¿sabes? Era un niño, un estúpido niño borracho demandante de atención. La vida giraba a mi alrededor y tenía a toda esa gente diciéndome constantemente lo maravilloso que era. La gente se me ofrecía en los conciertos de rock. Dios mío, ¿qué iba a hacer yo con una niña en esas circunstancias?

Apenas podía imaginar ese tipo de vida. La había visto en mis alucinaciones, pero no me había parecido algo real. Sin embargo, para él lo había sido.

–¿Y qué hizo Sandy?

–Entregó a Kimmy a su madre, gracias a Dios. Y se fue a la India durante todo un año, siguiendo a un maharajá o alguna historia de ese tipo, un gurú. Regresó esquelética y llena de parásitos. Pero eso fue más tarde. Y quizá... Mierda –suspiró–. A lo mejor enloqueció un poco. Creo que todos lo hicimos en esa época. Ed solo fue el primero.

Sentí que se me helaban las entrañas al oírle pronunciar su nombre.

–El escritor.

–Sí. Un tipo condenadamente brillante. Estaba muy por encima de todos nosotros. Los demás nos dedicábamos a hacer películas, a dibujar unas naturalezas muertas ridículas...

–No eran ridículas –le interrumpí.

Johnny me miró durante un largo segundo.

–Se supone que tú no sabes nada de pintura.

Y, supuestamente, tampoco había visto sus dibujos. Lo único que había hecho había sido una extrapolación a partir de las pocas obras que había visto en Internet y las que había conocido después.

–Nada de lo que hayas hecho puede ser ridículo.

Sonrió débilmente.

–Pero si no hubiera mejorado, no me habría convertido en un artista, ¿no crees?

–Supongo que no.

No quería continuar presionándole. Quería que Johnny fuera contándomelo todo tal y como él quería, siguiendo su propio ritmo. Aunque no me lo contara todo en aquel momento. Solo quería empezar aquella conversación. Ya me había enterado de algunas cosas que no sabía. Y me sentía mucho mejor.

–Fue un verano terriblemente caluroso –continuó diciendo Johnny–. Estábamos todos llenos de... no sé cómo llamarlo. Era una pulsión creciente... la necesidad de crear. Nos desbordaba. Era como si estuviéramos preñados de una necesidad artística. Candy con la cocina, Bellina con las obras de teatro y Paul con las películas.

–Y Ed con sus poemas.

–Sí. Escribió algunos libros, ¿lo sabías?

Asentí.

–Sí, pero no he leído ninguno.

–Bueno, no era J.D. Salinger ni nada parecido, pero sus libros eran buenos. Raros, pero buenos. Pero sus poemas... sus poemas eran arte. Auténtico arte, Emm.

–Sí, un arte que no soy capaz de apreciar –musité.

Pensé en el rostro de Ed en la cocina. En el hedor que de él emanaba. En el sonido de su voz cuando leía el poema en voz alta.

Habría sonado mucho más bonito leído con la voz de mi madre. ¿Por qué no podría recordar eso en vez de la fuga?

–¡Bah! Tú sigue castigándote.

–Mi madre me puso mi nombre por uno de sus poemas.

Johnny se quedó muy quieto.

–¿De verdad?

Le miré con atención.

–Sí. *Camina en la noche*.

Johnny se bebió el segundo vaso de whisky.

–Hace poco me llevó el libro a casa –le expliqué–. Me contó que solía leerme ese poema una y otra vez cuando estaba embarazada. Y después del accidente. Por lo visto, me pusieron el nombre a partir de ese poema, pero no recuerdo que mi madre me lo haya leído nunca.

–Me gusta tu nombre –dijo Johnny.

–No me parece un poema bonito –contesté, frunciendo el ceño – Podría haber sido peor. Tu madre podría haber sido admiradora de e.e.cuming, y entonces quién sabe cómo podría haberte llamado.

–¿Estabas muy unido a él? –pregunté.

–¿A Ed? Nadie estaba unido a él. Ed vivía dentro de su propia cabeza. Pasaba mucho tiempo con nosotros, pero creo que ninguno estaba particularmente unido a él.

–Pero su muerte supuso el final para el grupo, ¿no?

Johnny parecía estar pensando sobre ello. El olor a whisky de su aliento llegaba hasta mí.

–Sí, fue un desastre. ¿Es eso lo que querías saber?

–¿Qué pasó?

–Él era... Ed, quiero decir. Él hizo de las suyas, ¿sabes? Todos andábamos metidos en mil historias, pero él se metió a fondo en el mundo de las drogas. De las drogas duras. Se pinchaba. No dormía y bebía demasiado. Era una locura, Emm, y perdió la batalla, supongo. No pudo con todo. No fue capaz de enfrentarse a la vida. ¡Yo que sé!
–Johnny se frotó los ojos y se apretó el puente de la nariz–. Bebía mucho, se pinchaba mucho, y un buen día, se cortó las venas y saltó al fondo de la piscina después de que todo el mundo hubiera salido

de ella. A lo mejor creyó que alguno de nosotros le encontraría. Y si hubiera sido cualquier otra noche, seguramente habría habido alguien allí. Pero esa noche, no.

–Y... murió.

–Sí, murió.

Johnny se apartó de mí y rodeó el escritorio. Se pasó las manos por el pelo y las dejó unidas en la parte posterior de la cabeza.

–Dejando mi piscina hecha un desastre.

Permanecí callada, con el vaso en la mano, pero sin beber siquiera.

–¿De verdad quieres saber lo que ocurrió? –me preguntó Johnny con voz queda, evitando mirarme.

–Solo si quieres contármelo.

Se volvió.

–Ed enloqueció. Todos nos separamos. Supongo que yo también había enloquecido. Dejaba que fueran otros los que dijeran lo que querían de mí, que se interpusieran en lo que sabía que debería estar haciendo. Así que me alejé una temporada para intentar pensar con claridad.

Pensé en el Johnny de entonces, el que había inventado con mi propia cabeza. ¿Podría haberlo perdido todo? ¿Podría haberse alejado de allí al verse superado por todo lo que le rodeaba? Quizá.

–¿Fuiste a una clínica de rehabilitación?

–No. A un manicomio. A un hospital público, no había un centro privado para un zumbado como yo. Me llevaron en una camilla. Podría haber pagado por algo mejor si hubiera tenido la sensatez de internarme yo solo. Pero para entonces, el dinero había desaparecido bajo mis propias narices, me lo había tragado. Mi madre fue la que se encargó de que me internaran, Dios la bendiga. Si no hubiera sido por ella, probablemente habría muerto.

Me dolía oír aquello, aunque Johnny lo decía en un tono muy frío, sin ninguna vergüenza, al igual que había hablado de todo lo demás. Quería abrazarle, besarle. Pero no me arrepentía de lo que le había preguntado. Necesitaba aclarar mis ideas. Separar lo real de lo irreal.

–¿Cuánto tiempo estuviste allí? –pregunté.

–Un año. Salí en el setenta y nueve. Completamente limpio. Aunque, seguramente, todavía un poco loco.

–Para empezar, ni siquiera estabas loco.

Sonrió con tristeza.

–No, lo sé. Pero me hizo bien estar en ese lugar. Sí, fue duro, aunque no era un centro religioso, era un lugar del tipo «odia al pecado y ama al pecador». Tuve un médico muy bueno que consiguió centrarme. Me hizo pensar en muchas de las cosas que habían pasado ese verano. Me hizo comprender muchas verdades.

–¿Sobre Ed?

–No, nena –contestó Johnny–. Sobre...

Justo en ese momento se abrió la puerta del despacho y entró Glynnis, la ayudante de Johnny.

–Johnny, hay un tipo de... ¡Ay, lo siento! No sabía que estabas acompañado.

Nos miró alternativamente con abierta curiosidad, pero como no nos estábamos tocando, como ni siquiera estábamos en el mismo lado del escritorio, por lo menos no pudo pensar que había interrumpido nada que pudiera resultarle embarazoso.

–Tranquila, ¿qué tipo?

–El de la web. El del blog.

–¡Ah, ese! –exclamó Johnny, golpeándose la frente con la mano–. Sí, le dije que podía hacerme una entrevista para hablar de la próxima exposición. Glynnis, ¿puedes...? No sé, entretenerle un rato. Puedes ir enseñándole la galería.

–Claro, Johnny –me dirigió una tímida sonrisa y se fue.

–Lo siento –se disculpó Johnny–, tengo que volver al trabajo.

–No pasa nada. Me alegro de que hayamos hablado. Me alegro de que... bueno, de que vayamos aclarando las cosas entre nosotros.

Johnny me miró entonces con curiosidad.

–¿Tan terrible era para ti, Emm? ¿Tanto te afectaba? Podría habértelo contado en cualquier momento. Sencillamente, no sabía que tenías interés en ello. Es una antigua historia.

–Solo quería oírla de tus labios, eso es todo.

Fuera del despacho, se oían voces. Johnny rodeó el escritorio y me

besó.

–¿Estás bien?

Asentí.

–Sí, estoy bien.

–Estupendo –volvió a besarme, más largamente en esa ocasión.

Me olvidé de donde estábamos. No por culpa de una fuga, sino por la fuerza del deseo. Me eché a reír cuando presionó su erección contra mí.

–Será mejor que controles eso antes de salir o Bloggy McBloggersten tendrá mucho más que decir sobre ti de lo que espera –le recomendé.

–No sería la primera vez que alguien hablara solamente de mi pene –dijo Johnny mientras se dirigía hacia la puerta sin soltarme todavía la mano.

Continuamos tocándonos hasta el último segundo, hasta que Johnny se marchó.

Capítulo 27

Era muy distinto mirar las fotografías de Johnny con él a estar soltando risitas cuando las veía con Jen o incluso suspirando cuando las veía sola en Internet. Johnny tenía un grueso álbum de fotografías en papel, algunas estaban sujetas con adhesivos en las esquinas, otras, caídas entre las páginas. Las había firmadas, no por él, sino por otros de los protagonistas de las fotografías. Otras llevaban nombres y fechas escritas por detrás. Algunas eran formales, otras instantáneas, algunas de veinte por veinticinco centímetros y otras más pequeñas.

–Hacía mucho tiempo que no miraba esas fotografías –comentó Johnny cuando cayeron un puñado de fotografías de entre las páginas del álbum sobre la carpeta.

Las recogí y las ordené con mucho cuidado. El papel era grueso y los colores habían perdido fuerza, pero comparadas con las fotografías de años atrás que había visto en los álbumes de mis padres, estaban muy bien conservadas.

–¿Por qué no?

–¿Tú sueles mirar fotografías en las que apareces desnuda?

–Mi madre tiene algunas colgadas en la pared –contesté secamente–. Envuelta en burbujas de jabón. Son vergonzosas, pero ahí están, para que todo el mundo pueda verlas.

–Voy a tener que examinarlas de cerca cuando vaya por allí.

Elevé los ojos al cielo.

–Sí, pero no es lo mismo, ¿verdad?

Johnny miró la fotografía que tenía yo en la mano y me la quitó. Yo la reconocí como una de las famosas fotografías en las que posaba como si fuera una estatua de la Roma clásica. Las había visto en Internet, por supuesto, y en mis retorcidas fantasías. Pero me

parecían diferentes cuando estaban en su mano. Johnny la sacudió ligeramente.

–No, no es lo mismo –se inclinó para ver las fotografías que tenía yo en la mano–. ¿Qué ves cuando miras esas fotografías?

–Veo un hombre muy bello –dije con voz queda.

Johnny soltó un bufido burlón.

–Sí, claro.

–Lo digo en serio, Johnny.

Me miró.

–¿Y qué ves cuando me miras a mí?

Le besé.

–Veo lo mismo. Un hombre atractivo, pero más experimentado y mejorado por el tiempo.

Profundizó el beso y me hizo acercarme a él posando las manos en mi trasero y estrechándome contra él.

–¿Y qué ves tú? –quise saber.

Desvió la mirada hacia el álbum y después me miró a mí.

–Veo un niño. A un joven con cabeza de chorlito que no sabía nada de la vida ni de qué hacer con ella. Veo a un idiota capaz de enseñar la polla a cambio de un par de dólares.

–¿Eso es lo que eras?

Me puse de puntillas para besarle en la boca, sostuve su rostro entre mis manos y le miré a los ojos. Pensé en el Johnny de entonces, un joven atrevido, un poco arrogante quizá, pero que no era ningún estúpido.

Johnny endureció la mirada un instante antes de sonreír.

–Claro.

–Pues yo no lo creo.

Me estudió con atención. Algo cambió en las profundidades de sus ojos. Debería haber podido averiguar lo que era, pero fui incapaz.

–Tú... no me conocías.

Le agarré de la mano y me lo llevé al sofá para poder sentarme y acurrucarme contra él.

–¿Sabes lo que creo? Que lo que importa no es lo que una persona dice de sí misma, sino lo que dicen los demás. Y lo que la gente dice

de ti, Johnny, es que no eras un idiota. Y tampoco un cabeza de chorlito que no sabía nada de la vida.

–La gente no siempre sabe lo que dice –replicó Johnny en tono de desprecio.

Busqué en la caja de recuerdos que Johnny había llevado y saqué el cartel de una película. Había visto carteles como aquel que se vendían en eBay por cientos de dólares. El suyo estaba firmado por todo el reparto de la película. Lo leí en voz alta.

–«Para Johnny con amor, Marguerit. Para Johnny, siempre dispuesto a una broma, Bud. Johnny, gracias por todo, si sabes a lo que me refiero, Dee».

Le miré.

–Caías bien a todo el mundo. La gente gravitaba a tu alrededor. Y eras un amigo generoso.

–Demasiado generoso, quizá –respondió al cabo de un segundo, mirando el cartel.

Me pregunté si estaría pensando en Ed, pero no lo dije.

–Sigues en contacto con ellos, ¿verdad?

–Con algunos. Nos vemos de vez en cuando.

–Os separasteis y cada uno siguió su camino. Y todos conseguisteis triunfar.

–Algunos más que otros –replicó Johnny.

Volví a preguntarme si estaría pensando en Ed, o en Bellina, o en Candy con su programa de televisión megamillonario y su imperio de libros de cocina. O en él mismo.

–Tengo que confesar que he buscado muchas cosas tuyas en Internet. He leído mucho sobre ti –me eché a reír cuando elevó los ojos al cielo, pero posé un dedo en sus labios para que no dijera nada–. Mucho. Desde entrevistas famosas hasta discusiones en blogs más modestos. Y la conclusión siempre es la misma, cariño. No solo eres maravilloso, sino también un hombre inteligente y con talento.

–Evidentemente, has preferido ignorar las críticas adversas –repuso Johnny–. Y cualquiera que alabe algunas de las tonterías que hice entonces está exagerando de forma notable.

Volví a reír.

–Sí, bueno, es verdad que no siempre estabas en tu mejor momento, pero eso no importa. Lo que importa ahora son tus exposiciones, tu pintura.

Una vez más, volví a apreciar aquel cambio en su mirada y quise saber lo que significaba.

–Eso me salvó.

No era la respuesta que estaba esperando.

–¿Ah, sí?

Johnny me besó entonces. Fue un beso largo, lento y dulce. La presión de su boca me urgió a abrir los labios y la caricia de su lengua alentó a la mía. Me encantaba besar a Johnny. Todo boca y aliento, dientes y lenguas. Me descubrí de pronto en su regazo, sentada a horcajadas sobre él, hundiendo las rodillas en los cojines del sofá y con mi sexo contra el suyo.

Johnny me agarró de las nalgas y comenzó a moverme en círculos lentos sobre él. Profundizó el beso. Sentí su miembro crecer entre nosotros y me estremecí al imaginarlo en mi boca. Entre mis piernas. Dentro de mí.

Me desabroché la blusa y se me puso el vello de punta ante el contacto con el aire frío. Johnny mantenía su termostato más bajo que el mío. Pero me gustó. Fue como el contacto de unos dedos fantasmas que hicieron erguirse mis pezones, dejándolos duros como el granito. Me quité la falda, me desabroché el sujetador y lo dejé deslizarse por mis hombros sin quitármelo del todo. Tomé mis senos, con el satén cubriendo todavía parte de ellos, y apreté el uno contra el otro para ofrecérselos.

Johnny aceptó mi ofrecimiento. Apartó la boca de mis labios y descendió por el cuello hasta mi escote. Dibujó con la lengua la plenitud de mis senos. Dejé entonces que cayera el satén y Johnny cerró la boca alrededor del tenso pezón, que succionó delicadamente hasta hacerme gemir. Cada una de sus caricias encontraba un eco en mi clítoris. Siempre me había gustado que me acariciaran los pezones, pero los escasos amantes que había tenido antes que Johnny no les dedicaban mucho tiempo. Preferían hundirse directamente entre mis muslos.

Johnny se tomó su tiempo.

Yo eché la cabeza hacia atrás. La melena me acariciaba la espalda mientras me mecía contra su entrepierna con las barreras del vaquero, el algodón y la seda ayudando a hacer más intensa la sensación del roce. Johnny me succionó lenta y delicadamente los pezones, uno primero y después el otro. Cuando comenzó a morder la piel que los rodeaba, me arqueé contra él y grité.

Johnny rio contra mi piel y yo reí también, aunque la mía fue una risa sin aliento, jadeante, saturada por el deseo. Johnny me mordisqueaba suavemente y después lamía con la lengua las pequeñas marcas que había dejado con los dientes.

Arqueé la espalda, entregándole mi cuerpo, y lo tomó. Posó las manos en mi espalda, una entre mis hombros y otra bajo mi trasero. Antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba haciendo, se levantó. Automáticamente, le rodeé la cintura con las piernas y me aferré a él.

Jadeé.

–Johnny...

–Shh. La cama está aquí mismo.

Me agarraba con fuerza a él mientras caminaba. Caímos juntos en la cama y rodamos hasta que quedé yo encima de él. La camisa de Johnny arañaba mi piel desnuda. Nos besamos. Nos restregamos. Se quitó la camisa y nuestras bocas se fundieron mientras luchábamos torpemente con los botones. Después, bajamos los vaqueros de Johnny hasta dejarlos a la altura de sus caderas mientras yo me quitaba los míos y me tumbaba en la cama, quedándome solamente con las bragas de seda.

Los ojos de Johnny resplandecían. Se puso de rodillas sin dejar de mirarme. Abrí las piernas con descaro, con el pecho enrojecido por la excitación. Podía sentir el calor ascendiendo por mi cuerpo mientras veía la unión de sus caderas, el vello dorado que le cubría el pubis y aquel delicioso lugar bajo su vientre que ansiaba acariciar.

Tomé aire de pronto y casi gemí, segura de que aquello no podía ser real.

–¿Emm?

Me acaricié yo misma, analizando la sensación de los dedos sobre mi piel. Era real. Estaba allí. La cama se movió cuando Johnny cambió de postura. Aquello también estaba ocurriendo de verdad.

–Tócame –le pedí.

Mis párpados querían cerrarse, pero me obligué a mantenerlos abiertos, a mantener a Johnny ante mí. A tener todo cuanto estaba pasando bien centrado. Anclado en la realidad.

Johnny se humedeció los labios y se apartó el pelo de la cara. Asintió.

–Sí, voy a acariciarte.

Sentí el cosquilleo de los nervios al oír aquel acento que adoraba. El sentimiento que reflejaba. El tono fundamentalmente viril y ligeramente arrogante que en otras circunstancias me habría hecho elevar los ojos al cielo.

Abrí las piernas y le ofrecí los labios. Tenía las bragas empapadas y el sexo lubricado. El clítoris se restregaba contra la seda de las bragas cuando me movía.

Johnny deslizó un dedo por mi vientre, sobre el elástico de las bragas y alcanzó el clítoris. Lo rodeó durante un segundo, presionando justo lo suficiente como para hacerme morderme el labio y gemir. La tela, lejos de amortiguar la sensación, la intensificó.

–¿Cómo quieres que te toque, Emm? ¿Así?

Ya no tenía problemas para descifrar su expresión. Su mirada no ocultaba nada.

–Sí, Johnny.

Frotó un poco más rápido.

–Puedo sentir lo caliente que estás. Y estás empapada.

–Sí –jadeé.

–Estás empapada para mí.

Sonreí.

–Sí, Johnny, para ti.

Deslizó el dedo bajo el elástico de las bragas y lo metió dentro de mí. Después otro. Pero antes de que hubiera podido deleitarme en esa sensación, los sacó y volvió a acariciarme por encima de las bragas, sobre la seda húmeda.

–Quítatelas –me pidió.

Me bajé las bragas, arrastrándolas por las caderas y los muslos, y él se apartó para que pudiera quitármelas del todo. Cuando me tumbé de nuevo, con cada centímetro de mi piel expuesto a sus caricias, tuve un momento de vacilación.

Johnny se dio cuenta.

–¿Qué te pasa?

–Nada.

No quería pensar con cuántas mujeres maravillosas, con el vientre plano, el trasero diminuto y unos senos enormes se habían acostado Johnny. Pero, sobre todo, no quería decirle que estaba pensando en ellas.

Johnny, que estaba comenzando a quitarse los pantalones, se detuvo.

–Emm, dime lo que te pasa.

Volví a acariciarme, deslizando las manos por mi cuerpo.

–Nada, de verdad. Sigue acariciándome.

Johnny se quitó los pantalones, pero en vez de colocarse sobre mí para penetrarme, tal como esperaba, o de deslizarse entre mis piernas para usar la boca de aquella forma que siempre me hacía disfrutar, se tumbó a mi lado y se apoyó sobre un codo. Sentía la presión de su pene en mi cadera. Bajó la mirada hacia mi rostro mientras posaba la mano sobre mi vientre, demasiado lejos del clítoris, para mi gusto.

–Sabes que eres preciosa, ¿verdad? –preguntó con voz queda.

Yo quería contestar que aquella no era una pregunta digna de un hombre con la cabeza de chorlito y que no tenía la menor idea de la vida. A lo mejor los años le habían cambiado, le habían hecho madurar, como le ocurría a todo el mundo. Pensé que, probablemente, a mí también me pasaría.

–Me alegro de que lo pienses –me giré ligeramente para mirarle–. Tú también eres muy guapo.

Johnny deslizó la mano hacia abajo, dibujando el borde del vello depilado de mi pubis, pero sin acercarla al lugar que yo quería que acariciara.

–Lo digo en serio, Emm. Y no solo tu cuerpo y tu cara lo son. No quiero que pienses que es solo eso.

–Hum –dije, frunciendo el ceño–. ¿Ahora vas a decirme que soy preciosa por dentro? Porque eso suena a algo así como «tienes mucha personalidad».

Johnny se echó a reír y me besó, acariciándome el vientre con caricias lentas y circulares, acercándose cada vez más a mi objetivo, provocándome intencionadamente.

–Eso significa que no me estoy acostando contigo porque tengas unas tetas magníficas o un buen trasero.

Me eché a reír, no pude evitarlo. Debería haberme molestado, a lo mejor, incluso debería haberme enfadado. Desde luego, conocía a otras mujeres que se habrían enfadado ante una declaración de ese tipo dicha en un momento como aquel.

–¿Entonces por qué te acuestas conmigo?

Johnny no se rio, pero sí sonrió. Por fin bajó la mano, me acarició los rizos y encontró el dulce rincón que tan desesperadamente quería que tocara.

–¿Quieres que te haga una lista?

–Sí –susurré–, hazme una lista.

Movía la mano al ritmo adecuado, al ritmo perfecto. No llevábamos juntos mucho tiempo, pero Johnny conocía muy bien mi cuerpo. Sabía cómo tocarlo y cuándo detenerse. Dónde presionar. Cómo acariciar.

Cerré los ojos y me dejé llevar por su voz y por la dulce presión de las yemas de sus dedos sobre mí.

–No aguantas estupideces de nadie –dijo Johnny–, y menos aún, de mí.

Lentamente, muy lentamente, iba moviendo la mano y conduciéndome hasta el límite. Pero era su voz la que más me excitaba. Yo escuchaba, entregándome por completo.

Johnny mantenía la voz baja, sin distraerme, solo lo suficiente alta como para que yo siguiera moviéndome tal y como estaba empezando a moverme sobre su mano.

–No dejas que nadie te aparte de aquello que quieres. Eres muy

tozuda en ese sentido, Emm, y lo admiro. Eres buena con tus amigos y con tu familia. Y me gusta que tengas una buena relación con tus padres.

Reí, casi sin respiración.

–No hablemos de mis padres... en este momento.

Johnny se rio con voz grave y comenzó a acelerar el movimiento de sus dedos, volviéndome loca de placer.

–Me gusta cómo llevas el pelo.

–Eso está mejor.

–Y me gusta el gesto que haces con la boca cuando estás pensando en algo y no estás segura de lo que vas a decir.

Suspiré mientras me arqueaba contra él.

–Me gusta que lloraras el día que entraste en mi despacho porque te daba vergüenza haber hecho algo malo.

Abrí ligeramente un ojo, estaba demasiado cerca del orgasmo como para retroceder, pero todavía no había llegado.

–¡Eh, dime cosas sexys! Háblame... pero de cosas sensuales.

En realidad, en aquel momento podría haber hablado del precio del té en China y me habría corrido igual, pero Johnny se inclinó hacia mí y succionó mi lengua al tiempo que me acariciaba con una lentitud enloquecedora. Yo quería arquear las caderas para presionar el clítoris contra su mano, pero me contuve.

–Me gusta cómo se te endurecen los pezones cuando te quitas la camiseta por encima de la cabeza de camino a la ducha. ¿Qué tal está eso?

–Mucho mejor.

–Me gusta cómo sabes cuando te estás corriendo sobre mi lengua. Cuando pienso en ese sabor, me excito de tal manera que apenas puedo dominarme.

Musité su nombre. No podía moverme, no podía hablar. Solo podía escuchar. Y sentir.

–La primera vez que te vi en esa cafetería –me susurró Johnny al oído mientras iba acercándose al éxtasis con la mano–, te reconocí Emmaline. Tuve que ignorarte porque no tenía palabras para decirte lo que ya sabía, que terminaríamos así. Juntos. No tenía elección, y

eso me fastidiaba.

Abrí los ojos, con todo el cuerpo en tensión y preparada para estallar de placer.

–¿De... verdad?

Johnny movió la mano lentamente para deslizar los dedos dentro de mí y penetrarme con ellos con la misma lentitud con la que me acariciaba. Era una forma diferente de placer, que me sosegaba y me enardecía al mismo tiempo.

–Sí, de verdad. ¿Por qué crees que fui tan desagradable contigo al principio?

Más gemidos, más risas jadeantes. Pensé que estaba llegando al límite. Pero no fue así.

–Oh, Johnny, tienes una forma condenadamente extraña de ser sexy...

Pero me encantaba. Me gustaba todo en Johnny, hasta el hecho de haber acabado furiosa la primera vez que nos habíamos visto y no habíamos cruzado una sola palabra.

–Estás tan caliente, tan húmeda. Puedo sentir lo cerca que estás, Emm. Vas a correrte para mí.

–Sí.

Me mordisqueó la oreja y acarició con la lengua la piel de mi cuello, provocando chispas de placer por todo mi cuerpo. Yo ya no era capaz de decir nada. En silencio, continué moviéndome con sus caricias y acercándome cada vez más al orgasmo. Ya nada podría detenerme, nada.

–Verte fue como chocar contra un camión yendo a doscientos por hora. Eso fue lo que sentí ese día, cuando te vi y me miraste.

Sin saber cómo, encontré las palabras que buscaba y el aliento necesario para pronunciarlas. Sin saber cómo, reencontré mi voz.

–Te vi. No sabía qué estaba pasando, pero lo sentí. Sentí como... ¡Ay, Dios mío! ¡Johnny! ¡Así! ¡Así! Solo un poco más...

Solo hacía falta un poco más. Me elevé, subí. Caí. Volé.

–Para mí también fue un gran impacto –conseguí decir, sin estar segura de dónde salían aquellas palabras o de si tenían algún sentido. Hablaba con el corazón, no con la mente–. Chocamos,

¿verdad? Fue justo en ese momento. Tú y yo, acercándonos el uno al otro en el momento justo.

–¡Por fin en el momento adecuado! –musitó Johnny contra mi pelo, y sentí el palpitar de su pene contra mi cadera.

Me corrí con fuerza. Le oí gemirme al oído y le sentí latir y estremecerse contra mí. Sentí su calor, su humedad. Le olí. Y las réplicas del orgasmo fueron suficientemente fuertes como para hacerme gemir.

Después de aquello, me quedé adormilada, con la mano de Johnny todavía sobre mí. Estábamos pegajosos. Pensé vagamente que debería levantarme y darme una ducha. Pero no lo hice. Quería pasarme el resto de mi vida allí tumbada, sin moverme.

–No chocamos –dije Johnny al cabo de unos minutos con voz somnolienta.

–¿No? –me volví para acurrucarme contra él, en un nudo de brazos y piernas.

–No, cuando dos objetos en movimiento se encuentran... –musitó–, después tienes que conseguir un seguro especial para tu coche.

Me encantaba que continuáramos hablando, aunque era evidente que Johnny estaba a punto de dormirse. Reí suavemente y enterré el rostro en la dulzura de su cuello. Pero volví a las clases de Física de secundaria.

–Cuando dos objetos en movimiento se encuentran, se produce una colisión, Johnny.

–Sí, eso fue lo que hicimos. Colisionamos.

Capítulo 28

Las cosas iban bien.

No solo mi relación con Johnny. Yo no estaba tan locamente enamorada como para pensar que nuestra relación era lo único que importaba. Le amaba, pero eso no significaba que él lo fuera todo para mí, ni que yo lo fuera todo para él. Comprendía que la vida no era así.

Pero todo lo demás también iba bien. No había vuelto a tener fugas. Estaba firmemente atrincherada en el presente y aunque no podía ocultarme que a veces echaba de menos la emoción, la pura libertad de aquellos días imaginarios pasados con el Johnny del pasado, apreciaba mucho más lo que teníamos de verdad.

Sin embargo, pensaba a menudo en lo que Johnny había dicho. En lo que nos había pasado el primer día que coincidimos en la cafetería, cuando pasó por delante de mí como si yo no existiera. Y pensaba en cómo había descrito lo ocurrido.

Una colisión.

Pensé, también, en lo que había dicho justo al final, cuando el orgasmo nos impedía pensar con claridad. El momento adecuado, había dicho. Por fin.

No podía dejar de pensar en ello.

–¿Quién sabe lo que puede significar eso? –le dije a Jen mientras la miraba por encima de los cafés y los dulces de nuestro querido garito.

El Mocha estaba tan lleno como siempre, pero para mí, todo había cambiado. Continuaba adorando aquel lugar, pero no alzaba la mirada con expresión esperanzada cada vez que sonaba la campanilla de la puerta. Carlos había terminado de escribir el libro y había dejado de ir a diario. Quería tomarse un descanso, decía, antes de

empezar su próxima novela. Veía algunos rostros nuevos y echaba de menos otros viejos. Y comprendía que, en realidad, no era el Mocha el que había cambiado, sino yo.

–No sé. A lo mejor son cosas que se dicen cuando estás acostándote con alguien. La gente puede decir todo tipo de locuras cuando está a punto de correrse –Jen bebió un sorbo de café y se inclinó hacia delante–. Una vez, Jared gritó «¡San Pedro en un saltador!» cuando estaba haciéndole una mamada y llamé al timbre de la puerta de atrás, no sé si entiendes qué quiero decir.

Estallé en carcajadas.

–¿Qué demonios?

Jen también se echó a reír.

–Ya sé que sabes de qué estoy hablando, no disimules.

Arqueé una ceja fingiendo inocencia.

–No tengo ni idea.

Miró a su alrededor y después fingió estar haciendo una mamada mientras usaba un dedo para..., bueno, para llamar al timbre de la puerta de atrás.

–Chica, se corrió de tal manera que pensé que iba a arrancarme la cabeza.

Reí con más fuerza y me tapé la cara, intentando no recrear aquella imagen, aunque me resultaba imposible no hacerlo.

–¡Vaya!

–Le encantó –dijo, asintiendo con expresión satisfecha–. No te equivoques, no soy particularmente aficionada a esa clase de prácticas, tú ya me entiendes.

–Sí, yo te entiendo.

Se encogió de hombros. Parecía muy contenta.

–Pero cuando quieres a alguien y quieres hacerle feliz... Aunque no estoy diciendo que eso sea lo que Jared necesita para ser feliz.

–Por supuesto que no.

Sonrió.

–El caso es que le encantó.

Reímos juntas.

–Lo tendré en cuenta. Aunque no sé si a Johnny le gustaría.

Jen hizo un gesto burlón.

–Eso nunca se sabe.

Sacudí la cabeza y bebí un sorbo de café.

–Todo eso son perversiones.

–Lo sé –Jen movió las cejas–. ¿Quién iba a decírnoslo, verdad?

Una mujer mayor pasó por delante de nosotras. Llevaba el pelo peinado con rígidos rizos y un jersey que le quedaba perfecto. Nos dirigió una dura mirada. Jen esperó a que se alejara para elevar los ojos al cielo.

–Hoy ha venido un tipo de gente muy distinta por aquí –comentó–. Han venido hasta viejos. Sin pretender ofender a tu amante.

–No ofendes a nadie. Él no cuenta.

–No –se lamió el azúcar del dedo–. Johnny Dellasandro no envejece. Y dime, ¿cuándo os caséis vas a cambiarte el apellido?

Me eché a reír.

–No sé si vamos a casarnos. Mi madre y tú estáis igual. Dejados continuar juntos durante una temporada.

–No solo estáis juntos, chica, estáis enamorados –dijo Jen–. Completamente enamorados.

–Sí, completamente –repetí–. Pero no sé nada sobre ese asunto del matrimonio. Además, Johnny ha estado casado, ¿cuántas veces? ¿Tres? ¿Cuatro? A lo mejor no quiere volver a pasar por eso. Y como no podemos tener hijos, la verdad es que no importa. Ni siquiera vivimos juntos.

–Vamos, Emm, ¿crees que está quemado porque ya ha pasado antes por eso? Déjame decirte algo, un tipo no se casa cuatro veces si no es de los que creen en el matrimonio.

–Muy profundo –bromeé–. Un pensamiento verdaderamente filosófico.

Me tiró una servilleta.

–¡Cállate! Es verdad. Me apuesto cualquier cosa a que te casas antes que yo.

–¿Pensáis casaros? –aquello sí que era una noticia, y una buena noticia.

Me incliné hacia delante. Había estado un poco preocupada, pensando que su relación con Jared no era del todo estable.

Se encogió de hombros.

–A lo mejor. Él dice que es una mierda de vida convertirse en la mujer del director de una funeraria. Pero yo digo que no entiendo por qué tiene por qué ser peor que ser su novia. Excepto por lo que se refiere a tener que vivir en un sótano lleno de cadáveres, en vez de limitarme a visitarlos de vez en cuando.

Esbocé una mueca.

–Pero no tenéis por qué vivir allí, ¿no?

–No, pero eso le facilita el trabajo –se encogió de hombros, jugueteó con su magdalena de chocolate, partió un pedacito y se lo comió–. No sé si está intentando convencerme o si es una forma de darme largas. Pero otras veces es él el que no para de hablarme de ello y dice incluso que podríamos fugarnos a Las Vegas.

–¿Tú quieres casarte con él?

Jen me miró pensativa.

–No lo sé. Pero no sé si es porque de verdad no estoy segura o porque no quiero estar segura por si no funciona.

–Es todo muy complicado –reconocí con simpatía.

–Sí –contestó Jen animada–. Pero volvamos a hablar de ti. ¿Piensas cambiarte el apellido o no?

–¿Eso qué más da si ni siquiera estoy segura de que vaya a casarme?

–Porque piensa en ello –dijo Jen mientras la mujer de pelo gris comenzaba a regresar entre las mesas–, si te casaras serías la señora Emm del jodido Dellansadro.

Me eché a reír mientras la mujer nos dirigía una altiva mirada.

–¡Ah, sí! Piensa en cómo contestaría al teléfono. «Hola, soy Emm del jodido Dellasandro, ¿en qué puedo ayudarle?».

Jen se echó a reír.

–Tienes que admitirlo, es muy sugerente. A lo mejor debería dejar de llamarle así ahora que le quieres tanto y todo eso.

–No –respondí–. No dejes de llamarle así. Continúa siendo el jodido Johnny Dellasandro incluso para mí.

Jen me miró muy seria.

–¿De verdad?

–Sí.

–Eso es genial. Y también Johnny es genial –añadió–. Aunque ya no pueda ver sus películas porque en lo único que puedo pensar es en que se acuesta con mi mejor amiga.

–¡Sí, claro! Como si ahora pudiera mirar yo a Jared a la cara después de haberte oído hablar de cómo has llamado a la puerta de atrás.

Reímos a carcajadas. Algunos clientes se volvieron para mirarnos, pero no nos importó. Para eso están las amigas, para reír a carcajadas estridentes en las cafeterías. Jen se comió la magdalena de chocolate y yo terminé el bollo de manzana.

–Estoy muy nerviosa por lo de la exposición –me confesó–. Bromas a un lado, estamos hablando de alguien tan importante como Johnny, ¿sabes lo que quiero decir?

–No deberías estar nerviosa. A Johnny le encanta tu trabajo, me lo ha dicho. No va a exponer tus fotografías porque seas amiga mía. Por mucho que me acueste con él, él se toma muy en serio todo lo relacionado con el arte. No arriesgaría su labor por ti, Jen. Seguro que todo saldrá genial.

–Mi primera exposición –señaló los espacios en blanco que habían quedado en la pared, allí donde colgaban sus obras–. Porque esta no cuenta. La exposición en la galería será de verdad, será una exposición importante. No quiero fastidiarlo todo, ¿sabes?

Asentí.

–Claro que lo sé.

–Por supuesto, no es que crea que vaya a tener una gran carrera, que vaya a hacerme famosa ni nada parecido –añadió precipitadamente–. No espero poder renunciar a mi trabajo. Lo único que quiero es que la gente vea mi obra. No se trata de una cuestión de dinero.

–Te envidio. Y también a Johnny. Yo no tengo un gramo de creatividad en todo mi cuerpo –me interrumpí, pensando en las rocambolescas historias que había creado mi cerebro–. Por lo menos

ninguna que me sirva para nada.

–Bueno, yo soy incapaz de sumar o restar sin una calculadora. Y el mundo no podría funcionar si no hubiera gente a la que se le dieran bien las matemáticas.

–Y tampoco sin personas capaces de crear belleza –respondí–. La exposición va a ser un éxito. Estoy deseando que empiece.

Jen hizo una mueca que rápidamente se transformó en una sonrisa.

–Supongo que yo también.

Continuamos charlando y tomando café. Juzgamos nuestro atuendo y el de todo aquel que entraba en la cafetería. Al cabo de un buen rato, miré el reloj y suspiré.

–Debería ir marchándome. Le prometí a Johnny que prepararía la cena de esta noche y había pensado en hacer algo rico. Qué estúpida.

–Desde luego, estás completamente pillada –se burló Jen.

–Qué va –protesté sin mucha convicción.

–Al final vas a casarte con ese tipo –bromeó–. La próxima vez que te vea, estarás abriendo la puerta de tu casa con unos tacones, un collar de perlas y un delantal y horneándole una hogaza de pan con forma de corazón.

No era tan mala idea. No lo de las perlas, ni lo de los tacones, ni siquiera lo de la hogaza de pan, aunque quedaría mona. Pero sí la imagen de domesticidad que implicaba todo aquello.

–Nunca había pensado en... –comencé a decir.

Me interrumpí desconcertada al descubrirme a punto de llorar.

Jen, como la buena amiga que era, no se burló de mí.

–¿En qué no habías pensado?

–En que alguna vez podría disfrutar de... de todo esto. Yo pensaba que tendría que vivir siempre sola –tomé aire, luchando contra las lágrimas–. Lo siento.

–¡Eh, Emm, no tienes por qué disculparte! ¿Cómo va todo últimamente? –se señaló la sien girando el dedo índice.

–¿Te refieres a mi locura? –le pregunté para ponérselo un poco difícil, porque, en realidad, sabía que ella nunca lo habría denominado de esa forma–. No he vuelto a tener una fuga desde el

día que la forzamos. Pero estoy a la espera. Siempre estoy a la espera.

–Y probablemente te pases así el resto de tu vida, ¿no crees?

Había dado en el clavo.

–Sí, supongo que sí. Aunque los dos últimos años que pasé sin ninguna fuga, antes de venir aquí, creí que... Bueno, supongo que, en realidad, también estaba a la espera, aunque más esperanzada.

–Sí, me lo imagino. Aunque a lo mejor ahora también pasas una buena temporada sin sufrirlas.

–Sí, a lo mejor –por supuesto, no podía estar segura.

–Pero me gustaría que me hicieras un favor.

Sonrió, un poco avergonzada.

–No intentes provocártelas otra vez, ¿de acuerdo? Pensé que Johnny iba a matarme.

–Solo estaba preocupado. No está enfadado contigo.

Jen negó con la cabeza.

–Chica, deberías haberle visto. Se llevó un susto de muerte. No fue como la noche en la que organizaste la cena. Aquel día estaba nervioso, claro, pero fue muy dulce, muy amable. Sin embargo, el día que te provocaste tú la fuga, de verdad pensé que iba a romper algo. Y temí que fuera mi cara.

Reí incómoda.

–La verdad es que fue una estupidez hacer eso.

–¿Tú crees? –me miró con curiosidad–. Yo no estoy tan segura. Si puedes provocarte una fuga, ¿no crees que podrías aprender a salir de ella? No, olvídale. Johnny tenía razón. Es peligroso. Y yo soy una pésima amiga por sugerirlo siquiera.

–No, no eres una mala amiga. Creo que tienes razón. Es solo que le prometí que no volvería a hacerlo a propósito nunca más.

Y la verdad era que me daba miedo.

–Lo entiendo, de verdad. Además, yo no soy médica ni nada parecido. ¡Pero si ni siquiera veo los programas médicos que echan por la televisión! No debería haberte sugerido que enredaras en tu cabeza. Johnny tiene razón.

–La cuestión es que la mayor parte de ese tipo de ataques no pueden ser controlados. Si se pudieran controlar, la gente no

necesitaría medicación, ¿sabes? Pero siempre me han sentado bien la meditación, la acupuntura y todo lo relacionado con la medicina alternativa. Me ha funcionado mejor que la medicina tradicional. Y, en realidad, nadie ha sabido diagnosticar nunca qué es lo que tengo. Cada médico ha dicho una cosa. Cuando me hacen un escáner, siempre aparece una sombra, pero ni crece ni desaparece –suspiré–. Es lamentable.

–Completamente –estuvo de acuerdo Jen–. ¿En qué estarías pensando para romperte el cerebro de esa manera?

Me gustaba poder reírme de algo que muy poca gente se habría tomado con humor.

–No sé, supongo que son tonterías de niños.

–Bueno, ¿y quién no las ha hecho? Yo una vez salté desde el rellano del segundo piso con una camisa atada al cuello como si fuera Superman porque pensaba que podía volar.

–¿Y cuándo descubriste que no podías?

Soltó un bufido burlón.

–En cuanto salté.

Volvimos a reírnos y sacudimos al cabeza ante nuestra propia estupidez. Miré el reloj.

–Bueno, ahora sí que tengo que darme prisa. Me temo que voy a tener que ir a comprar un poco de carne picada para el pastel de carne.

–No olvides el delantal y las perlas –me aconsejó Jen mientras nos levantábamos–. Y los tacones.

Pensé en lo que habíamos hablado mientras iba por los pasillos del supermercado empujando el carro y comprando comida no solo para Johnny, sino también para mí. Me aseguré de comprar el aceite de oliva que más le gustaba. Papel higiénico de su marca preferida, aunque fuera más caro. Y patatas fritas con sal y sabor a vinagre, que eran las que más le gustaban.

No me hacía sentirme mal elegir productos que no habría comprado para mí misma. No lo hacía por compromiso ni me sentía presionada. Aquel recorrido por el supermercado formaba parte de algo más importante. No se trataba solamente de comprar una marca

determinada de mantequilla, ni de pensar cuántas cajas de arroz compraba. Aquello no tenía que ver con una cena de soltera, ni con las cenas de todo un mes.

Aquello formaba parte de mi vida con él.

Me quedé paralizada en medio del pasillo de los dulces, aferrada al carro. El suelo se deslizó bajo mis pies de una forma que me resultaba familiar. Creí notar la proximidad de un desmayo y el olor a naranjas. Esperé a que me arrastrara la fuga, a quedarme inconsciente, pero me di cuenta de que no era eso. No estaba deslizándome hacia una realidad imaginaria por culpa de un capricho de mi cerebro lesionado, sino por mis propios sentimientos.

No podía estar segura de si había conseguido detener una fuga o si, simplemente, había dado por sentado que aquella extraña sensación era la precursora de una, porque nunca había sentido nada tan intenso que me hiciera perder la estabilidad sin perder la conciencia. En cualquier caso, el mundo no desapareció ante mis ojos, ni terminé en medio de un campo de flores o remando en una canoa sobre las cataratas del Niágara.

–Perdón –me dijo una joven madre con un carro lleno de productos y un niño de rostro feliz en el asiento.

Me aparté para permitirle acercarse a las barritas dulces y aparté mi carro del pasillo. Volví a experimentar la misma sensación en la caja, cuando la cajera estaba pesando los tomates ecológicos y hablando por encima del hombro con el chico que iba metiendo los productos en las bolsas. Pagué y me puse la mochila al hombro para ir caminando hasta casa. El mundo continuaba deslizándose bajo mis pies y girando. Era como si lo estuviera viendo todo tras una cortina. O como si alguien estuviera llamando a la puerta.

La pregunta era, ¿quería abrir esa puerta?

Capítulo 29

Mi mente pareció arreglarse. Pasaba los días con Johnny sin ningún indicio de fuga. Cuando llegaba la hora de irme a la cama, me acurrucaba a su lado en la oscuridad bajo el peso de las mantas, que normalmente terminábamos apartando porque las noches iban siendo más cálidas, y dormía. Y soñaba.

Con Johnny.

No era como aquellas veces en las que me topaba con aquella fantasía de pelo largo, calor veraniego y piel caliente y sudorosa provocada por el deseo. Me encontraba con el Johnny del pasado, pero en mi propia casa. Y continuaba siendo aquel verano. Pero había también algo más.

Podía parecer inútil en un sueño estar pendiente del reloj o el calendario, pero yo lo intentaba cuando me acordaba de mirar. Todo transcurría un par de semanas antes de que aquella aciaga fiesta hubiera separado al grupo, y me alegré de que mi inconsciente me hubiera llevado allí. Todos parecían contentos. Consumiendo drogas, disfrutando del sexo y hablando de arte y política. Y comiendo, siempre comiendo, la deliciosa comida que Candy preparaba.

Y en medio de todo ello estaba Johnny, sosteniéndome la mano. Me besó con naturalidad, me agarró el pelo por la nuca y lo alzó para que el aire me refrescara el cuello. Me dejaba beber de su botella de cerveza y comer de su tenedor al tiempo que tenía la cabeza en mi regazo y dibujaba las líneas de mi rostro. Estábamos tumbados en la hierba del jardín, mirando hacia el cielo azul.

–Me gustaría que te quedaras para siempre –me dijo.

Le dio una profunda calada a un porro y me lo pasó.

Lo rechacé. Él sacudió la cabeza y volvió a fumar.

–No puedo, lo sabes –contesté.

–Lo único que sé es lo que dices tú –replicó Johnny.

Yo estaba contenta, disfrutando de aquel sueño tan dulce. Me eché a reír por el mero placer de reír. Giré en la hierba, miré hacia al cielo y desvié después la mirada hacia el hombre que amaba.

–¿Qué te parece tan gracioso? –quiso saber él.

–Nada. Sencillamente, estoy contenta.

Se inclinó para besarme con el aliento aromatizado por la marihuana.

–Me alegro de que seas feliz, Emm.

–¿Tú no eres feliz?

Frunció el ceño de forma un tanto exagerada.

–A veces.

Me senté.

–¡Ohh! Pobre Johnny, ¿qué te pasa?

Se encogió de hombros.

–Ya te lo he dicho, me gustaría que te quedaras.

–Seguro que si me quedara no te gustaría ni la mitad de lo que crees –respondí, embriagada por mi propia alegría y por la libertad que daban los sueños.

–Claro que me gustaría.

–No, terminarías aburriéndote de mí igual que te aburres de todas tus mujeres.

Johnny soltó una carcajada.

–Nunca me he cansado de una mujer. Las quiero demasiado a todas. Ese es mi problema.

–¿Lo ves? Yo no quiero ser una más.

Johnny sacudió lentamente la cabeza y me miró a los ojos.

–Y no lo eres, Emm. No lo eres en absoluto.

Volví a su regazo y sentí su piel desnuda contra la mejilla. Johnny llevaba unos pantalones cortos horribles, rojos y ribeteados en blanco, una prueba más de que aquello era un sueño. Mi Johnny nunca se habría puesto algo tan hortera, bueno, por lo menos, en el presente. Seguramente, en mil novecientos setenta y ocho aquellos pantalones eran lo más.

–Confía en mí, no te alegrarías de tenerme constantemente a tu

lado.

–No es cierto –dejó el porro a un lado y apoyó las manos tras él para alzar la mirada hacia el cielo.

Me puse seria.

–Discutiríamos.

–¿Por qué íbamos a discutir? –preguntó, como si a él eso no le preocupara.

–Discutiríamos sobre cualquier cosa, no sé. La gente siempre termina discutiendo. Yo a veces puedo ser insoportable.

Se echó a reír.

–¿Y crees que yo no te soportaría?

–Bueno, no tendrás por qué hacerlo, eso es todo –por lo menos allí, en el sueño.

–A lo mejor quiero hacerlo –respondió Johnny con una despreocupación que no creí ni un segundo–. ¿Siempre tienes que pensar en eso?

Todo estaba revuelto, era como si estuviera todo del revés. Podía recordar las fugas, nuestras conversaciones, nuestros encuentros en la cama, pero no conseguía encontrar la manera de encajar todo aquello en el sueño. Era como si todo estuviera dividido en pedacitos.

Me senté y le miré.

–Te quiero.

Pareció complacido.

–¿Ah, sí?

Le clavé el dedo en el pecho. Aparte de los pantalones cortos, no llevaba nada más encima.

–Se supone que tú tienes que responder «yo también», idiota.

Johnny se inclinó para besarme.

–Te quiero, Emm.

Desde la piscina que teníamos enfrente, se oyó un chapoteo. Ed salió a la superficie soltando un chorro de agua por la boca. Los demás no estaban por allí. Hasta ese momento, habíamos estado completamente solos. Y deseé seguir estándolo.

–Aunque a veces puedo ser desagradable, no me dura mucho.

–¿Ah, no? –volvió a besarme otra vez posando la mano en aquella

parte de mi cuello que tanto le gustaba acunar.

–No –contesté contra sus labios.

–Es bueno saberlo.

Alguien le llamó. Miró hacia la casa con el ceño fruncido. Bellina estaba en la puerta de atrás con el auricular del teléfono en la mano y tirando del cordón enroscado. Dijo un nombre.

–Es mi agente –me explicó Johnny en tono de disculpa–. Tengo que dejarte, nena.

–Vete –me estiré bajo el sol, perezosa y satisfecha.

Johnny se levantó y bajó la mirada hacia mí. Su silueta se recortaba contra el sol.

–¿Estarás aquí cuando vuelva?

–Eso espero.

Pero no estuve.

Volví otra noche. Al mismo lugar. Pero el momento era diferente. Johnny salió de la cocina y me encontró esperándole en el vestíbulo. Me recorrió de arriba abajo con la mirada.

–¿Sabes? Era Freddy. Me ha conseguido un papel en Italia. Es una película de miedo –me abrazó–. ¿Quieres venir conmigo?

¿Por qué no?

–Claro.

Sonrió y me besó. Me besó después con más fuerza.

–¿Quieres venir a mi dormitorio?

–Claro que sí –contesté, apretándole el trasero.

Un estruendo metálico nos hizo volvernos a los dos. Era Ed. Fruncí el ceño enfadada. ¿Nos estaba siguiendo?

–Lo siento –musitó Ed, tambaleándose ligeramente–. Yo pensaba... que te habías ido, Emm. Estabas aquí y me pareció que... No importa.

–Estoy aquí –le respondí enfadada.

Johnny se echó a reír.

–Será mejor que te vayas a dormir, tío. Qué tío –dijo cuando Ed entró tambaleándose en el cuarto de estar y se tiró en el sillón–. Debería dejar de beber.

Una vez en el dormitorio de Johnny, se quitó aquellos pantalones tan horribles y se plantó desnudo ante mí con el miembro erguido y maravilloso para pedirme que le hiciera una mamada. Se la hice con gusto. El dobladillo de mi camión se arrugaba bajo mis rodillas. Johnny deslizó los dedos a lo largo de los tirantes para bajármelos y dejar los senos al descubierto.

Le acaricié el pene con la mano y metí el prepucio en la boca. Succioné. Gimió. Empujó. Yo le lamía y le mordisqueaba con delicadeza. Y Johnny me tiró del pelo hasta que alcé la mirada.

–Levántate –me pidió–. Date la vuelta.

Así lo hice. Apoyé las manos en la cómoda, extendiendo los dedos sobre la madera. Tras de mí, Johnny me levantó el camión y buscó mi piel desnuda. Jugueteeó con mi trasero y deslizó la mano entre mis piernas para alcanzar el clítoris. Me estremecí, con la cabeza inclinada y las piernas separadas. Estaba empapada.

–¿Siempre vas sin bragas? –preguntó Johnny.

Pero no parecía esperar una respuesta. Era un simple comentario cargado de admiración.

Yo dormía en camión y sin bragas, sí, pero jamás me habría presentado en público de esa guisa, a no ser que estuviera en un sueño. Pero aquella era una explicación demasiado larga.

–Solo cuando estoy contigo.

Gruñó. Deslizó los dedos en mi interior y los sacó. Utilizó el pulgar y el índice para acariciarme el clítoris y de mi garganta salió un ronco gemido.

–¿Quieres que te folle, Emm?

–Sí.

–¿Así?

–Sí, así –contesté.

Encima de la cómoda, Johnny tenía un espejo. Cuando se hundió dentro de mí, me alzó el pelo de la nuca y tiró suavemente para que yo alzara la mirada. Vi el reflejo de ambos capturado en el espejo que el marco convertía en un cuadro, haciendo de nosotros una obra de arte.

El rostro de Johnny parecía sombrío mientras se movía dentro de

mí. Estaba concentrado, con el ceño fruncido y la boca tensa. El placer me borraba la visión, pero la mano con la que Johnny me sujetaba me impedía desviar la mirada. Nuestros ojos se encontraron en el espejo.

Acercó la otra mano a mi clítoris y lo acarició en cada embestida. Apreté los dedos sobre la cómoda y me incliné sobre ella. Pero las manos se me resbalaban y era incapaz de seguir agarrándome. Nos movimos juntos. La cómoda se inclinó, golpeando la pared. El espejo temblaba y nosotros temblábamos dentro de él.

Todo se movía.

Estaba llegando al orgasmo, con rapidez y fiereza. Johnny cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Continuaba agarrándome del pelo con tanta fuerza que no podía moverme. Observé el éxtasis bañar su rostro y quise desviar la mirada de mis propias facciones. Y entonces le vi por encima del hombro de Johnny.

Era Ed. Nos estaba mirando. De alguna manera, aquello fue peor que el haber visto a Sandy entrando en la habitación. Porque en el caso de Sandy, podía decir que, incluso en medio de una fuga, quería demostrarle que había perdido a Johnny y que era mío. Pero aquel voyeurismo no despertaba en mí el menor morbo.

Jadeé, sacudida por el orgasmo. Johnny gimió. Pronuncié su nombre en un grito urgente y abrió los ojos. Parpadeó aturdido y fue disminuyendo el ritmo de sus embestidas.

Después, volvió ligeramente la cabeza y me soltó el pelo.

–¿Qué demonios...?

Ed sacudió la cabeza, alzó las manos, se disculpó en un susurro y salió de la habitación. Johnny se separó de mí mientras un húmedo calor se deslizaba por mis piernas. Jadeé ante aquella repentina retirada mientras él caminaba con paso firme hacia la puerta.

–¡Ed! ¡Eh!

–¡Johnny, no! –me subí los tirantes del camisón–. No merece la pena. No creo que pretendiera nada raro.

–¿Qué demonios –Johnny parecía confundido–. ¡Ese borracho hijo de perra...!

Yo no creía que Ed estuviera tan borracho como para no saber lo

que estaba haciendo. Y tampoco sabía por qué mentía intentando salvarle, como no fuera porque sabía que aquello era un sueño y conocía también el futuro de Ed.

–No te preocupes. Lo único que ha hecho ha sido verte el trasero. Como otra mucha gente, por cierto.

Johnny no rio la broma. Todavía desnudo, cerró la puerta de un portazo y se volvió hacia mí con el pene medio erecto y reluciente. Puso los brazos en jarras.

–Lleva semanas comportándose de forma muy extraña.

No entendía cómo podía decir que Ed había estado comportándose de forma extraña, como si alguna vez se hubiera comportado de forma normal, ¿pero yo qué sabía?

–No te preocupes por eso.

–No me preocupo, pero me fastidia –señaló hacia la puerta con el pulgar–. Le dejo quedarse en mi casa, ¿y se dedica a hacer esas porquerías?

–A lo mejor... a lo mejor deberías impedir que todo el mundo se pasara la vida en tu casa.

Tampoco sabía qué sentido tenía decir algo así. Sabía que al final, tras el suicidio de Ed, todos se habían separado, pero, supuestamente, eso todavía no había pasado.

Bueno, había pasado. Pero no allí. No en aquel presente.

La cabeza comenzó a darme vueltas.

Bajé la mirada hacia el camisón y hacia mis manos. No quedaban en ellas marcas de la cómoda, pero todavía me cosquilleaban por la presión con la que la había agarrado. Johnny estaba hablando, pero no era capaz de entender lo que decía.

Estaba soñando. ¿O me había quedado inconsciente? ¿Aquello era una fuga? No lo sabía. Le miré. Miré su rostro, su cuerpo, su boca. Todavía podía sentirle dentro de mí. Todavía sentía las secuelas del orgasmo.

Johnny vino hacia mí en el instante en el que comenzaba a derrumbarme.

–Emm, ¿estás bien?

–Sí –conseguí decir–. Solo un poco mareada. Hace mucho calor

aquí.

–Déjame traerte algo de beber.

Dejé que me llevara a la cama y apoyé la cabeza entre las piernas, que olían todavía al sexo compartido. Johnny me llevó un trapo húmedo que me colocó en el cuello y un vaso de agua del que apenas pude beber un par de sorbos antes de que se me revoliera el estómago. Aparté el vaso con un movimiento de cabeza. Tomé aire, respirando lento y profundo, como había aprendido a hacer en las meditaciones y me presioné con dos dedos un punto del interior de la muñeca, un truco que había aprendido en acupresión.

–¿Estás mareada? –me frotó la espalda–. ¿O enfadada?

–Solo un poco aturdida, eso es todo –respiré por la nariz y eché el aire por la boca.

Afortunadamente, las náuseas fueron desapareciendo lentamente, pero el trozo de suelo que podía ver entre mis piernas continuaba moviéndose.

Johnny continuó acariciándome la espalda y mantuvo el trapo en mi cuello. Respiré hondo.

–Tengo que irme.

–No deberías ir a ninguna parte. Deberías quedarte aquí –me aconsejó Johnny.

–No, tengo que marcharme.

Me levanté. Los pies me anclaron al suelo. No me fallaron.

Johnny suspiró.

–Muy bien. Adelante, vete.

No quería que se enfadara, ¿pero realmente importaba? La cabeza continuaba dándome vueltas. Todo era demasiado confuso. Eran demasiadas las cosas que tenía que entender.

–¿Adónde voy? –me quité el trapo del cuello y me presioné la cara con él.

–¡Y yo qué sé! No me lo vas a decir –parecía malhumorado, pero también resignado–. No me vas a dejar ni un número de teléfono ni una dirección. Apareces y te vas.

–Pero siempre vuelvo, ¿verdad?

–Hasta ahora, sí –contestó Johnny.

Pero no parecía creer que siempre fuera a suceder.

–¿Pero tú nunca me ves irme o volver?

–Te he visto aparecer muchas veces.

Aquel era un rompecabezas en el que faltaban muchas piezas que yo, sencillamente, era incapaz de encontrar. O a lo mejor no quería encontrarlas. De pronto, me sentía muy cansada.

Aquello era un sueño. Podía abandonarlo ya. Igual que las fugas. Lo único que tenía que hacer era... irme. Podía dejar allí la habitación, a Johnny. Podía desvanecerme como un genio. Y sabía que debía hacerlo.

Pero me dirigí hacia la puerta sin mirar atrás. No quería desvanecerme. No quería convertirme en un fantasma, en algo irreal, delante de él.

–Volveré, Johnny, te lo prometo.

Johnny se agachó para agarrar los pantalones y se los puso. Se volvió sin mirarme, con los hombros desplomados.

–De verdad –insistí.

Asintió.

Y me fui.

Capítulo 30

Me desperté sobresaltada y con el estómago todavía revuelto. Estaba en la cama, pero tan desorientada que, durante los primeros treinta segundos, no fui capaz de decir dónde estaba. Johnny roncaba suavemente a mi lado, con un brazo sobre su cabeza.

Sentí que me subía el estómago a la garganta, aparté las sábanas y corrí tambaleándome al cuarto de baño donde, de rodillas ante el inodoro, vomité todo lo que había comido durante el último año y medio. O, al menos, eso me pareció. Sudando y sintiendo el frío de las baldosas bajo los pies, cerré los ojos.

Ya lo sabía.

Pero no había querido pensar mucho en ello. La ligera presión de la cintura de los pantalones podía explicarse fácilmente por el exceso de dulces en el Mocha. La tensión de mis senos por el síndrome premenstrual. Y la regla se me estaba atrasando por culpa de los nervios.

Pero sabía que no era verdad. Me limpié la boca con un puñado de pañuelos de papel y me incliné después sobre el lavabo para lavarme la cara y enjuagarme la boca. Escupí varias veces el agua. Cerré los ojos mientras me aferraba a la fría porcelana del lavabo con la misma fuerza que me había agarrado la noche anterior a la cómoda en aquel sueño que no era en realidad un sueño.

–Emm, ¿estás bien?

Se parecía tanto a lo que me había dicho la noche anterior que temí mirarle, por miedo a que el Johnny del pasado se hubiera convertido de pronto en el Johnny del presente, como en esos antiguos anuncios de la mantequilla de cacahuete Reese's. Chocolate en la mantequilla de cacahuete. Volví a enjuagarme la boca y escupí. Me lavé la cara. Oí los pasos de Johnny en el cuarto de baño

–¿Quieres que te traiga algo?

–No –me aclaré la garganta–, estoy bien.

Me sentía mejor. Hambrienta, de hecho, a pesar de que todavía tenía el estómago revuelto. Miré mi reflejo en el espejo. El rostro pálido y ojeras bajo los ojos. Pero no tenía muy mal aspecto.

Me aparté el pelo de la frente.

–Supongo que es algo que he comido.

–Eh... –dijo Johnny–, ¿vas a ir a trabajar?

Asentí.

–Sí, me encuentro bien. Tomaré unas galletas saladas o algo así para asentar el estómago.

–¿Estás segura? –parecía dudarle.

Estaba guapísimo incluso con los ojos adormilados, el pelo revuelto y los pantalones medio caídos.

–Sí.

Saqué el cepillo de dientes, extendí una generosa cantidad de pasta, me cepillé los dientes y escupí. Seguí cepillándome hasta que desapareció el mal sabor de la lengua.

Johnny me observaba. Yo le sentía mirándome, pero ninguno de los dos habló mientras abría el grifo de la ducha y me quitaba el camisón. Se agachó para recoger el camisón del suelo, un gesto muy amable, puesto que si me hubiera agachado yo, a lo mejor había terminado vomitando otra vez. Johnny lo agarró de un dedo y lo colgó del perchero.

–Me gusta este camisón. Siempre me ha gustado.

Me estremecí con la mano metida bajo el agua todavía fría. Podía tardar una eternidad en calentarse. Tenía los pezones erguidos por el frío, no por la excitación, y me llevé la mano al pecho. Sentía los latidos de mi corazón.

–Tú me lo compraste –le recordé.

Me lo había llevado a casa y me lo había ofrecido con un ceremonial normalmente reservado a las joyas. A mí también me gustó el camisón, con aquel aire retro y la tela tan suave. Era el que me ponía normalmente para ir a la cama... Y con el que había aparecido en mi sueño.

–¿Qué te llevó a elegirlo? –le pregunté.

Johnny me miró.

–Pensé que te lo pondrías, eso es todo. Me pareció que era perfecto para ti.

Tomé aire con intención de que mi estómago permaneciera en su lugar. Y también el mundo. Me metí en la ducha, bajo el agua, que ya estaba demasiado caliente a aquellas alturas. Regulé los grifos y alcé el rostro bajo el chorro, esperando no ponerme a llorar.

–¿Estás segura de que no quieres nada? –Johnny corrió las cortinas de la ducha y me miró preocupado.

–Unas tostadas. Unas tostadas sin nada me sentarían muy bien. Y una infusión de menta, cariño. Gracias.

–Muy bien.

Parecía dubitativo, pero corrió la cortina.

Esperé hasta que oí que cerraba la puerta del baño antes de dejarme caer sobre manos y pies. No tenía ganas de vomitar. Y tampoco la sensación de estar a punto de desmayarme. Pero estaba temblando y buscaba la seguridad de sentirme firmemente apoyada en el suelo. Hundí el rostro entre las manos, que presionaba contra la superficie resbaladiza de la bañera. El agua me golpeaba la espalda.

Había visto la película *Más allá del tiempo*. La protagonista, desesperada porque quería tener un hijo y enfadada con su marido, un hombre capaz de viajar en el tiempo, hacía un viaje al pasado para encontrarse con su marido antes de que se hubiera hecho la vasectomía y así quedarse embarazada, aunque su marido no quería tener más hijos. En otras palabras, se acostaba con el marido del pasado para poder tener un hijo con el del presente.

En ninguna de mis fugas o mis sueños le había hecho a Johnny ponerse un preservativo. Por supuesto, en mil novecientos setenta y ocho existían, aunque antes de la era del SIDA casi nadie los utilizara. Además, aunque de una forma un poco anárquica, yo tomaba la píldora. Habíamos tenido cuidado, pero, incluso en el caso de que no lo hubiéramos tenido, Johnny no podía haberme dejado embarazada.

–¡Mierda! –exclamé desesperada contra mis manos–. ¡Mierda,

mierda!

Un hijo. Iba a tener un hijo con Johnny. Deslicé las manos por mi vientre.

¿Pero cómo podía decírselo?

Volvió a revolvérseme el estómago al pensar que tendría que enfrentarme a él y decirle que, por alguna suerte de milagro, por un hecho increíble, fantástico e imposible, íbamos a ser padres. Johnny iba a ser padre cuando ya era abuelo. Podía imaginarme perfectamente lo que iba a decir Kimmy.

Una vez en la cocina, le encontré esperándome con la infusión y las tostadas preparadas. Estaba revisando una carpeta con facturas o documentos de la galería, pero se quitó las gafas y se levantó cuando entré. Me miró con atención.

–¿Te encuentras mejor? ¿Estás segura de que no quieres quedarte en casa?

–No –negué con la cabeza y me senté a la mesa. Las tostadas olían muy bien. De pronto, me entró un hambre voraz–. Estoy bien, de verdad.

Me obligué a esbozar una sonrisa radiante mientras me metía la tostada en la boca y la acompañaba con un sorbo de infusión. Limpié con el dedo las migas que cayeron sobre la mesa.

Johnny se inclinó hacia delante y me sorprendió con un beso.

–Te quiero.

–Yo también te quiero.

Conseguí mantener la conversación con Johnny mientras me llevaba al trabajo. Si él notó que estaba más callada de lo normal, no lo señaló. Una vez en el trabajo, me senté tras el escritorio como una autómatas y estuve rellenando formularios y contestando al teléfono sin prestar en realidad mucha atención.

Lo peor de todo no era pensar que podría estar loca. Eso me parecía casi... esperable, teniendo en cuenta el historial de mi lesión cerebral. Lo peor no era intentar conseguir que mi cerebro asimilara que no había soñado con mil novecientos setenta y ocho, sino que había estado allí. Aquella vez no era Alicia atravesando el espejo. Era la Reina Blanca creyendo en cosas imposibles.

Lo peor era haber pasado toda una vida cuidándome y siendo responsable de mi cuerpo para, al final, quedarme embarazada por accidente.

Enterré el rostro entre las manos y solté un grave y casi silencioso gemido. Embarazada. Un hijo. ¿Cómo iba yo a tener un hijo?

Hacía mucho tiempo que había renunciado a tener hijos. Al fin y al cabo, ¿cómo iba a tener una vida creciendo dentro de mí durante nueve meses cuando no siempre sabía dónde estaba o lo que estaba haciendo? ¿Cómo podía ser madre y, por lo tanto, responsable de otra vida, cuando en cualquier momento podía deslizarme hacia la oscuridad?

O hacia el pasado, pensé. Sentía un sabor amargo en la lengua. A naranja podrida. Pero no lo olía. Solo era el sabor.

Cuando abrí los ojos, esperaba encontrarme en un verano caluroso, cerca de la piscina, y a un joven Johnny mirándome con los ojos brillantes. Pero me encontré en cambio con el ordenador y mi rostro reflejado en él como un fantasma.

Me llevé las manos al vientre, más redondeado de lo que me habría gustado. ¿De verdad había una vida creciendo dentro de mí? ¿Una hija? ¿Un hijo? ¿Tendría los ojos de su padre y mi sonrisa?

Activé el navegador en el ordenador y busqué información sobre viajes en el tiempo. No encontré gran cosa. Había montones de páginas con un vocabulario extraño y descripciones de partículas, taquiones y conceptos relacionados con la física que nunca había sido capaz de comprender. Encontré muchos libros y reseñas, algunas incluso sobre libros o películas que había visto o leído. Leí mucho y aprendí muy poco más de lo que ya sabía.

Era imposible viajar en el tiempo.

Y, desde luego, nadie viajaba en el tiempo por haberse caído de un columpio.

No tenía sentido y, aun así, era la única respuesta que tenía. Perdía la conciencia y la recuperaba. Llevaba años teniendo fugas, pero ninguna como las que había empezado a experimentar desde la primera vez que había visto a Johnny en el Mocha.

Volví a apoyar la cabeza entre las manos. Nada de aquello tenía

sentido y, al mismo tiempo, todo tenía sentido. Lo único que tenía que hacer era arrinconar mi incredulidad.

A la hora del almuerzo, fui a la farmacia y compré un paquete con cuatro pruebas de embarazo. No esperé hasta la mañana siguiente, como aconsejaban las instrucciones. Fui directamente al cuarto de baño de la oficina. Hice pis en la tira y esperé a que aparecieran las líneas. Una o dos.

Dos.

Repetí la prueba.

Dos.

Volví al escritorio y bebí una botella de agua, aunque lo que en realidad me apetecía era un Dr. Pepper bajo en calorías. Me obligué a comer una ensalada en vez de la hamburguesa doble de queso que de pronto se me antojó, aunque me permití una galleta de chocolate de postre. Podría estar comiendo para dos y quería elegir alimentos saludables.

A las tres en punto, rompí a llorar, sentada en mi escritorio y con el rostro escondido en casi todos los pañuelos de papel de una caja. Las lágrimas se transformaron en risa, en una risa un poco histérica, pero sincera. Reí, lloré y fui al cuarto de baño convencida de que iba a vomitar el almuerzo, pero no lo vomité.

A las cuatro y cinco, llegó Johnny al aparcamiento. Le vi desde la ventana de la oficina. Aquel día salía pronto, así que podría ir a la galería por la noche. Presioné la frente contra el cristal y, por primera vez en mucho, mucho tiempo, recé.

Me parecía inútil pedirle un deseo a una estrella, pero si creía en que alguien podía viajar en el tiempo, también podía creer en una conciencia superior que estuviera escuchándome y quisiera ayudarme.

Nunca había querido tener hijos. Nunca había pensado en ser madre. Nunca había sostenido entre mis brazos al hijo de una amiga deseando tener un hijo propio. No estaba hecha para ser madre. Me gustaban los niños a distancia, lo suficiente como para hacer un arrumaco a un bebé en un cochecito, pero siempre alegrándome de dejarlos después con sus padres. Los niños olían, lloraban, eran muy

pequeños, eran caros y muy pesados.

Bajé la mirada hacia el coche de Johnny al tiempo que deslizaba las manos hacia mi vientre. Era demasiado pronto para notar la diferencia, pero imaginé cómo estaría en solo unos meses. Mi barriga sobresaldría ante mí como un balón de baloncesto si tenía suerte. Como una sandía si no la tenía.

Crecería dentro de mí como un parásito, me chuparía todos mis nutrientes y me haría desear cosas como pasta o caramelos. Se me hincharían los pies. Me saldrían estrías. Me pasaría meses vomitando y engordaría tanto que mi cuerpo no volvería a ser el mismo. Al final, pasaría horas agonizando para empujar a un ser del tamaño de una bola de la bolera por un orificio mucho más pequeño. Sangraría. Pasaría semanas sin ser capaz de mantener relaciones sexuales y después me saldría la leche por los pezones en los momentos más inoportunos.

Después llegarían los pañales, los llantos y todo lo que acompañaba la infancia. Sillitas para el coche, cunas, biberones, vómitos. Yo, que no podía tener mascota porque no era capaz de recoger sus excrementos, ¿cómo me las iba a arreglar con un hijo?

Embarazo, nacimiento y maternidad. Aquello era lo que me esperaba. Tendría que pasarme el resto de mi vida pensando en otro ser humano, asegurándome de que la persona que tan estúpidamente había creado fuera feliz y se sintiera amada.

–Por favor –susurré con la cabeza pegada al cristal.

Vi que Johnny salía del coche y comenzaba a caminar. Supe que estaba deseando fumar, aunque había renunciado al tabaco. Y supe que estaría preguntándose por qué salía tan tarde.

–Por favor –repetí.

«Por favor, por favor. Sea quien sea el que me esté escuchando, por favor, ayúdame», recé en silencio.

Posé las manos sobre mi vientre y entrelacé los dedos.

–Por favor –dije–, permite que esto sea real.

Capítulo 31

Habían transformado la galería. Continuaba preciosa, como siempre, colgara lo que colgara de sus paredes. Pero los empleados de Johnny habían colocado más guirnaldas de luces de las vigas del techo y entre las columnas colgaba una mosquitera con luces dentro. Habían encerado y pulido el suelo y tuve que agarrarme a Johnny para asegurarme de que no iba a resbalar y a caerme con esos tacones tan altos. Para asegurarme de no hacer el ridículo.

O, peor aún, hacerme daño.

Me había hecho otras dos pruebas de embarazo en casa y había tenido mucho cuidado de esconderlas bajo un montón de toallas de papel en la papelera del cuarto de baño, aunque no tenía ningún motivo para sospechar que Johnny pudiera hurgar en ella. Ambas pruebas habían mostrado sin ningún género de dudas dos líneas azules que decían que estaba embarazada. Aunque un falso negativo era posible, no había muchas probabilidades de que saliera un falso positivo.

Mantuve mi secreto completamente oculto, pero no podía dejar de pensar en ello. Aquello me distrajo y estaba tan torpe que no podía culpar de mi torpeza al hecho de que el suelo estuviera resbaladizo. Johnny me agarró antes de que pudiera tirar la mesa en la que habían colocado un refrigerio.

–Ten cuidado, Emm.

–Lo siento.

Johnny, con el brazo alrededor de mi cintura y la mano descansando en mi cadera, sacudió la cabeza.

–No, no te preocupes, ¿quieres tomar algo?

–Solo un poco de agua, gracias.

Me miró atentamente.

–¿No te apetece un poco de vino o una cerveza? Me he asegurado de que hubiera esa cerveza negra que tanto te gusta.

–A lo mejor más tarde. ¡Oh, queso!

Estaba hambrienta. Las náuseas intermitentes habían cesado en aquel momento.

–Voy a revisar algunas cosas. Come un poco de queso. Ahora vuelvo.

El acento de Johnny era más marcado aquella noche y le tiré de la mano antes de que pudiera marcharse.

–¡Eh!

No intentó alejarse. Me permitió acercarle a mí. Allí, delante de todo el mundo, me colocó el pelo detrás de la oreja y me besó.

–Eh –dijo Johnny suavemente–, ¿qué te pasa?

–Te quiero –susurré–. No lo olvides.

–Nunca lo olvido –Johnny me rozó los labios y me dio un beso en la frente–. ¿Necesitas algo, Emm?

Negué con la cabeza.

–No, vete. Voy a comer algo y después iré a buscar a Jen. Seguramente estará nerviosa.

–Es muy buena y ha expuesto sus mejores trabajos. Seguro que a la gente le encantará su obra.

–Eso no significa que no esté nerviosa –respondió.

–Sí, lo sé.

Johnny volvió a besarme, me dio una palmada en el trasero y se fue a hacer lo que quiera que necesitara hacer.

Coincidí con Kimmy en la mesa del bufé. Estaba muy guapa con un vestido negro y el pelo recogido en lo alto de la cabeza. Veía en ella muchas cosas de su madre, pero también de su padre. Me saludó con la copa de vino que tenía en la mano.

–Hola, Kimmy –la saludé con suficiente dulzura como para carearle los dientes–. Me alegro de verte aquí.

–Me ha invitado mi padre. Siempre ofrece muy buen vino.

–Desde luego.

Llené mi plato de queso, galletas saladas y una pizca de mostaza.

–Veo que no estás bebiendo –señaló.

Me pilló con la boca llena, así que me limité a encogerme de hombros. Kimmy me miró con atención y bebió un sorbo de vino.

–Me gustan tus zapatos –dijo por fin.

No podía aspirar a más amabilidad por su parte, sobre todo, después de que se enterara de que iba a tener otro hermano.

Vi a Jen en el otro extremo de la habitación, con Jared al lado. Jared posaba la mano en su espalda, como si quisiera ayudarla a mantenerse donde estaba. Ella sonreía, pero parecía un poco tensa.

–¡Hola, Jen! –la saludé–. Hola, Jared.

Jared me hizo un gesto con la cabeza.

–¡Eh, Emm!

–Chica –susurró Jen–, ¿has visto a toda esa gente. ¡Dios mío! Creo que voy a vomitar.

–No, por favor –dije automáticamente–. Si vomitas tú, iré yo después.

Jared se rio y estrechó a Jen contra él para darle un beso en la boca.

–Eres muy buena, ¿cuántas veces tengo que decírtelo?

Jen no pareció tranquilizarse, aunque se permitió relajarse entre sus brazos.

–Para ti es fácil decirlo.

–Sí, pero eso no significa que no sea verdad.

Estuvimos hablando sobre la exposición. Las fotografías de Jen estaban en la sala de atrás, y ese era el motivo por el que ella no estaba allí. No quería ver a nadie mirándolas.

–¿Quieres que vaya a mirar? –le pregunté.

–¡No! –gritó–. Bueno, sí.

–Yo me he ofrecido a ir –me dijo Jared–, pero no me ha dejado.

–Tú quédate conmigo –le pidió Jen–. Emm, ¿te importaría ir a echar un vistazo? Pero si alguien está diciendo que no valen nada, no quiero saberlo.

–Si oigo a alguien diciéndolo, jamás te lo diré –le prometí.

Busqué a Johnny con la mirada mientras atravesaba la multitud para dirigirme a la sala, pero no le vi. Tiré el plato de papel y agarré un refresco de ginger ale de la barra, no estaba mareada, pero por si

acaso llegaba a estarlo. Comencé a beberlo mientras cruzaba la puerta de la sala de atrás.

Vi la obra de Jen inmediatamente, expuesta en una pared blanca iluminada por pequeños focos. Había seleccionado sus trabajos favoritos después de unas semanas agonizantes y yo me había mostrado de acuerdo en su elección, aunque sabía que mi opinión solo tenía valor en tanto que era la opinión de una amiga. Estudié las fotografías, admiré la manera en la que había tomado fotografías de lugares emblemáticos de la localidad y las había editado y pintado a mano para realzarlas e incluso cambiarlas. Para mi sorpresa, yo aparecía en una de las fotografías.

Debía de haber querido mantenerlo en secreto para darme una sorpresa, porque, aunque la recordaba haciéndome esa fotografía, con el teléfono móvil nada menos, no tenía la menor idea de que la había utilizado. Era una fotografía de mi rostro mirando hacia un lado y con los labios apretados. Me la había hecho en un momento en el que estaba intentando mirar disimuladamente a Johnny. Había recortado mi rostro y lo había colocado en la ventana de un edificio de ladrillo de mi manzana, uno de los que todavía no habían sido restaurados. A su lado había añadido una fotografía de mi casa en la que aparecíamos Johnny y yo sentados en los escalones de la entrada.

–Bonita foto –dijo una ronca voz femenina tras de mí–. Pero me sorprende que Johnny haya permitido exponerla. Este es él, ¿verdad? ¡Dios mío! Se supone que yo debería saberlo.

Me volví para mirar a la mujer que había aparecido a mi lado. Llevaba un vestido negro, demasiado estrecho, y unos zapatos que habrían sido más bonitos si no hubieran tenido las marcas de los dedos. La melena, rubia teñida, la llevaba recogida en una tensa cola de caballo que estiraba la piel de su rostro. O eso, o le habían hecho un trabajo bastante malo de cirugía estética. Se volvió hacia mí en ese momento.

–¡Oh, mierda!

Parpadeé rápidamente y retrocedí. Era Sandy. Más vieja, por supuesto. Y, definitivamente, muy ajada. Pero la reconocí al instante y ella pareció reconocerme a mí.

–¡Oh, mierda! –volvió a decir, y se volvió de nuevo hacia las fotografías enmarcadas.

Tenía un cigarrillo en la mano y se lo llevó a la boca como si estuviera fumando, aunque estaba apagado.

–Tú debes de ser la madre de Kim –me tembló la voz, así que me aclaré la garganta–. Sandy, ¿verdad?

–Y tú eres la novia adolescente de Johnny.

–Me temo que hace tiempo que abandoné la adolescencia –respondí, esperando que aquello no terminara en una discusión.

Pero, por otro lado, una parte de mí estaba dispuesta a destrozarla.

–No hace mucho –me espetó Sandy con desprecio, señalándome con el cigarrillo.

–¿Y a ti qué más te da? Hace años que no estáis juntos.

Sandy esbozó una dura sonrisa, pero no carente de humor.

–Es verdad, pero eso no significa...

Sandy se interrumpió y entrecerró los ojos. Me recorrió de arriba abajo con la mirada y después fijó los ojos en mi rostro. Se dirigió hacia mí.

–¿Nos conocemos? –preguntó.

–No.

A mí misma me sabía a mentira, pero lo único con lo que contaba para decir que la había conocido era mi absurda teoría sobre la posibilidad de atravesar el espejo, nada real.

Sandy volvió a estudiarme con atención.

–¿Estás segura?

–Estoy segura.

–Me resultas conocida.

Forcé una risa, pensando en la mirada vidriosa de Sandy en el pasillo. O en su irrupción en el dormitorio cuando estábamos haciendo el amor. En sus demandas de dinero y en su falta de consideración por nuestra intimidad. Pero eso había sido hacía mucho, mucho tiempo para ella.

–Tú también.

Eso pareció satisfacerla. Se alisó el pelo y después el vestido.

Sostenía el cigarrillo entre los dedos mientras apoyaba el codo en la otra mano.

–Supongo que tienes una de esas caras... –me dijo–. Evidentemente, tú me habrás visto en las fotografías de Johnny.

No tenía el acento tan marcado como en las fugas. De modo que, o bien Sandy había hecho un esfuerzo consciente por cambiar su manera de hablar o, sencillamente, yo estaba loca y no la había conocido. Continuaba teniendo una expresión un poco altiva. En eso no había cambiado.

–¡Ah! ¿Sales en alguna fotografía con él? –pregunté con un inocente parpadeo.

Por supuesto, sabía que salía con él. Había varias fotografías muy famosas en las que salían retozando desnudos sobre un campo de flores, las dos con el pelo muy largo y sosteniendo un ramo de margaritas. Y yo estaba comportándome con una gran dosis de malicia.

La sonrisa de Sandy me indicó que me había descubierto. Y quizá incluso me respetaba por ello.

–Pero eso fue hace mucho tiempo.

–Sí, hace mucho.

Sin decir una palabra más, giró sobre sus talones y allí me dejó. No me importó. Cuanto menos viera a Sandy, mejor.

Miré el resto de la obra de Jen y después me dediqué a ver la de los demás artistas. No necesitaba ser una experta en arte para decidir que la obra de Jen era la que más me gustaba. Los trabajos de los demás eran buenos, pero los de Jen tenían algo especial que los hacía destacar por encima del resto. Estuve admirándolos mientras intentaba escuchar sutilmente lo que la gente estaba diciendo. Todos los comentarios eran buenos. Sabía que Jen se alegraría al enterarse.

Estaba a punto de dirigirme a la sala principal para decírselo cuando vi algo por el rabillo del ojo que me llamó la atención. A lo largo de la pared, aparte del resto de la exposición, había una obra que no había visto nunca, pero que reconocí inmediatamente. Cuando la gente que estaba viéndola se apartó, me acerqué yo.

Espacios en blanco.

Era la obra que había convertido a Johnny en un pintor reconocido. No era un solo cuadro, sino una serie de dibujos y pinturas, todos sobre el mismo tema, pero contemplado desde diferentes ángulos. El más famoso, el más grande, estaba en el centro. Yo lo había visto decenas de veces en formato digital y con diferentes calidades.

Era una mujer con un vestido amarillo y la cabeza vuelta de tal manera que caía la melena sobre su hombro. Estaba de pie en medio de la hierba con una mano extendida. En el fondo, se insinuaba una franja de agua que yo siempre había pensado era un río o un lago, quizá el mar, pero en aquella versión de mayor tamaño, pude apreciar que era una piscina.

Los otros cuadros eran más pequeños. Algunos de ellos eran meros bocetos a lápiz, aunque los marcos los hacían más impactantes. Pude ver la progresión de algunos de ellos desde los primeros trazos a lápiz hasta la pieza final. Fascinada, los observé con atención, comprendiendo por primera vez lo que marcaba la diferencia entre una mera pintura y una obra de arte.

La mujer cambiaba de pose en cada cuadro. En algunos estaba con el rostro completamente vuelto. En otros, tenía las manos a un lado. A veces era como si un golpe de viento le hubiera echado hacia atrás la melena y la falda del vestido.

No olí a naranjas. El mundo no se movió. Yo ni siquiera parpadeé. Si un minuto antes estaba delante del cuadro más famoso de Johnny, al siguiente estaba en una cocina a oscuras, oliendo a marihuana y a alcohol, con la mirada fija en una silla vacía y en un cenicero lleno de colillas.

–No –susurré.

El calendario decía que estábamos en agosto de mil novecientos setenta y ocho. Olía a sudor y a alcohol. El cuaderno de Ed seguía en la mesa, pero él había desaparecido. Afuera, los sonidos de la fiesta parecían haber aumentado, eran más frenéticos.

Salí de la cocina para dirigirme al jardín. La gente me hablaba, pero yo la ignoraba. Sabía la fecha del calendario, conocía aquel lugar y sabía lo que iba a pasar.

Encontré a Johnny al lado de la piscina, en la hierba, en un pedazo de sombra.

–Estás aquí –dijo Johnny–, he estado buscándote.

–Johnny...

–¿Sí? –me acercó a él y dejé que me besara.

Eran muchas las cosas que quería decirle, pero no tenía palabras. Lo sabía todo y no sabía nada. Tomé su mano y la posé en mi vientre. Le besé en la boca. Le miré a los ojos.

–Tengo algo que decirte.

Algo cambió en su mirada mientras me acariciaba el vientre. No dije nada. Él sonrió.

–¿Sí?

–Sí.

–¿De verdad? –Jonny miró mi vientre sin dejar de acariciarme y volvió a mirarme a la cara–. Emm, ¿de verdad?

Me besó, tomándome completamente por sorpresa. Me rozó los labios, rio en mi boca abierta y me apartó para posar las dos manos en mi vientre.

–Voy a cuidarte, Emm –me prometió Johnny–, quiero que lo sepas, ¿de acuerdo?

Sabía que era cierto. Lo veía en sus ojos y lo percibía en su voz. Y se me rompió el corazón al saber que iba a romper el suyo.

De pronto, comenzó a elevarse la brisa, levantándome el dobladillo del vestido y azotando mi pelo. Me aparté de él.

–Tengo algo que decirte, Johnny.

En cuestión de horas, Ed se quitaría la vida, se cortarían las venas y se desangraría hasta la muerte en la piscina. Su muerte pondría fin a El enclave y empujaría a Johnny en una espiral de drogas, alcohol, sexo y excesos. Después ingresaría en un hospital psiquiátrico, desaprovechando las oportunidades que le habían servido en bandeja de plata. Aquello cambiaría su vida para siempre.

No podía permitir que eso ocurriera. Y podía evitarlo. Podía advertir a Johnny de lo que pretendía hacer Ed. De esa forma continuaría vivo, por lo menos aquella noche. Y de esa forma, podría cambiarlo todo.

Era como tener una mariposa bajo los pies y estar a punto de pisarla y espachurrarla contra el barro.

Miré el rostro bello y perfecto de Johnny. Su rostro joven, su cuerpo. Miré al Johnny del pasado y me sentí como si tuviera su futuro en mis manos. Podía hacerlo por él. Podía darle la vida que seguramente habría disfrutado si no hubiera sido por aquella noche.

Una vida sin mí.

Lo supe con la misma certeza con la que sabía todo lo demás. Si Johnny continuaba vendiendo su rostro y su cuerpo a cambio de dinero y fama, nunca llegaría a convertirse en un artista. Él mismo me lo había dicho varias veces. Si yo intervenía en aquel momento, cambiaría todo y más de treinta años después, en el futuro, yo entraría en una cafetería y no me encontraría con él.

No podía hacerlo.

–¿Emm? –Johnny buscó mi mano.

Se levantó otro golpe de viento. La melena me tapó los ojos y la aparté, desesperada por mirarle sin que nada me impidiera su visión. Le amaba. Amaba al hombre que había sido y, sobre todo, amaba al hombre en el que se convertiría. Le quería, y quería también a aquel hijo nacido de un imposible.

–Esto es una locura –dije en voz alta.

–Ya te dije que no me importa –Johnny alargó la mano hacia la mía–. Voy a cuidar de ti, Emm. Eso también te lo dije. Nada de lo demás importa.

–Te quiero –respondí–. Ocurra lo que ocurra, prométeme que nunca lo olvidarás. Y... ¿estarás dispuesto a perdonarme?

–¿Por qué tengo que perdonarte? –preguntó Johnny.

El olor a naranjas me envolvió, dominándolo todo y luché contra él. Me volví. Nunca había desaparecido delante de Johnny y no quería que lo viera. Pero iba a ocurrir, no podía impedirlo. Y, de alguna manera, tenía la sensación de que aquella vez sería diferente. Tenía la sensación de que aquella era la última vez.

–Hay mucho más en ti que una cara bonita y un trasero épico –le dije–. Y te quiero. No lo olvides. Volveremos a vernos. Aférrate a eso, ¿de acuerdo?

Capítulo 32

–Has vuelto –dijo Johnny.

Parpadeé y me senté. El trapo húmedo que tenía en la frente cayó en mi regazo, empapándolo. Estaba en el despacho de Johnny.

–¡Oh, no!

–Shh, no te preocupes, nadie lo ha visto.

Sacudí la cabeza.

–Johnny...

–Tranquila, Emm, no pasa nada –me tomó la mano y me acarició cada dedo–. Yo cuidaré de ti.

Le apreté la mano.

–Tengo algo que decirte.

Sonrió.

–Sí, lo sé.

Esperé, por si mi mente o el mundo comenzaban a girar, pero todo permanecía firme y quieto.

–¿Cómo lo sabes?

–Me lo dijiste tú.

–¿Cuando estaba inconsciente?

–No, no me lo has dicho ahora –Johnny sacudió la cabeza–. Me lo dijiste entonces.

Solté un pequeño gemido y me froté la frente.

–No me lo puedo creer. Esto no puede estar sucediendo, ¿verdad?

–No lo sé, nena. El caso es que está pasando.

Me besó la mano y me tendió un vaso de agua con hielo.

Bebí agradecida y me volví hacia él, subiendo las piernas al sofá.

–¿Cómo es posible?

Se encogió de hombros.

–Yo tampoco lo sé, Emm.

Me sorprendí a mí misma echándome a reír.

–¿Estoy loca?

–No. Y yo tampoco, aunque durante mucho tiempo, pensé que lo estaba.

–Intenté decírtelo, quería contarte lo de Ed, quería advertirte... – le dije, devorada por la culpa–. Para que pudieras impedirlo, o al menos no permitir que...

–Emm, Emm, escucha. Todo eso que pasó con Ed, bueno, en realidad, no fue eso lo que me hizo perder la cabeza.

–¿No? Pero tú me dijiste...

–Te dije lo que pensaba que sabías –respondió Johnny–. La verdad es que perdí la cabeza cuando te perdí a ti. Estaba locamente enamorado y tú me dejabas continuamente. Cuando te vi desaparecer para siempre delante de mí y supe que no ibas a volver, enloquecí. Llegué a pensar que estabas muerta o algo así, que eras un fantasma. Pero, fueras lo que fueras, te había perdido y fue eso lo que me volvió loco. No el cretino de Ed, que en paz descansa.

–No entiendo nada de esto. No sé... –sacudí la cabeza–. Durante muchos años, he perdido la conciencia en numerosas ocasiones. Pero todo cambió cuando te conocí. Es como...

–Será cosa del destino, del karma, como quieras llamarlo –me interrumpió.

Pensé en lo que había dicho Johnny en otra ocasión. En esos dos objetos que chocaban con una gran fuerza.

–Fue una colisión. Eso fue lo que nos pasó a nosotros. Colisionamos.

–Desde luego.

–Cuéntame qué pasó de verdad –le pedí, dispuesta a creer en lo imposible.

–Ya te lo he contado casi todo. Desapareciste delante de mí. Enloquecí, pero al final, resultó ser lo mejor para mí. No dejaba de pensar en lo que me habías dicho. En lo que me habías dicho que podía llegar a ser. Creí en ti, Emm. Nadie me había dicho nunca nada de eso. Por supuesto, tenía a mucha gente arrastrándose a mi alrededor y dispuesta a hacer cosas por mí, pero no era lo mismo. No

había nadie que creyera realmente en mí. Pero continuaba pensando en lo que tú me habías dicho y los médicos pensaron que el dibujo podía ayudarme. Así que empecé a hacerlo. Al principio era malísimo. Tenía talento, pero me faltaba técnica, ¿sabes?

–No me lo creo.

–Podría enseñártelo, pero no serías capaz de apreciarlo.

Reímos juntos. La risa resultaba un sentimiento extraño en medio de todo aquel caos.

–Y fue entonces cuando mi vida comenzó a encauzarse. Salí del hospital, dejé el alcohol y las drogas y comencé a centrarme. Intenté trabajar como actor porque había gente dispuesta a pagarme por ello. Pero yo sabía que eso no iba a llevarme a ninguna parte. En cualquier caso, durante algún tiempo, el trabajo de actor me sirvió para pagar las cuentas y seguir pintando.

–Y después pintaste *Espacios en blanco*.

Johnny asintió.

–Sí, eso supuso el salto definitivo. No puedo decir que a partir de entonces todo fuera coser y cantar, pero te aseguro que salí de la miseria. Estaba haciendo algo de lo que me sentía orgulloso. Algo que se me daba bien.

Le apreté de nuevo la mano y la miré con atención. En su mano se reflejaban las huellas de la edad, al igual que en la comisura de sus ojos, pero me llevé el dorso de la mano a los labios y la besé, porque era su mano. Después, le hice posarla en mi mejilla.

–Fuiste tú –me dijo Johnny–. Sin ti, nunca lo habría conseguido.

Yo no quería otorgarme ese mérito. Curiosamente, me resultaba más fácil echarme la culpa de haberle llevado a la locura.

–Eso no es verdad.

Johnny se echó a reír.

–Es completamente cierto, ¿no lo entiendes? No, no lo comprendes. No es posible que lo entiendas.

Se levantó, se acercó a un armario, abrió la puerta y sacó una libreta de dibujo atada con unas gomas tan viejas y desgastadas que podrían romperse al primer tirón. De hecho, una de ellas se partió cuando la quitó. Johnny la dejó a un lado.

Abrió la libreta, me enseñó algunos dibujos y giró la página.

–¿Lo ves?

Los trazos duros y firmes del lápiz atravesaban el papel en algunas partes, y aun así, creaban un delicado e intrincado diseño de grafito. Era la misma mujer de *Espacios en blanco*. La pose era similar. Pero en aquella ocasión, cuando se volvía, el pelo no ocultaba su rostro, de modo que pude ver perfectamente sus facciones.

Era yo.

Me quedé boquiabierta, pero no podía decir que estuviera sorprendida. Al fin y al cabo, ¿no lo había sabido durante todo aquel tiempo? ¿Acaso no lo había imaginado una parte de mí desde el momento en el que resbalé en el hielo y aterricé en sus brazos y en su pasado?

Hay muchas cosas que no tienen sentido. El amor es una de ellas. Enamorarse es saltar al abismo esperando que la persona a la que amas sea capaz de agarrarte. Amar es conectar.

Algo nos había unido a Johnny y a mí. No teníamos por qué comprender lo que era. Bastaba con que lo aceptáramos.

Miré la parte inferior de la fotografía. Johnny había garabateado su nombre y la fecha. Dibujé las líneas con el dedo e, incluso tantos años después, el lápiz me manchó la yema de los dedos.

–Este fue el primero que hice –me explicó Johnny–. Me senté un día y empecé a dibujar. No podía parar.

–¿Empezaste ese día?

–Sí.

Volví a trazar las líneas con el dedo y le miré.

–Ahora sé por qué.

Me miró a los ojos.

–¿Lo sabes?

–Fue el día que me caí. La primera vez que perdí la conciencia.

Miramos los dos aquel dibujo que había hecho tantos años atrás. Las líneas con las que había recreado mi rostro. Todo había empezado y terminado aquel día y nunca sabríamos por qué. ¿Pero era importante? Yo pensaba que no.

Johnny cerró el cuaderno y lo dejó a un lado. Me besó. Posó la

mano en mi vientre, sobre aquel rincón de mi cuerpo en el que habíamos conseguido obrar un milagro. Le besé también, sin temer ya que el mundo comenzara a girar bajo mis pies. Sabiendo que, fuera lo que fuera lo que nos había llevado hasta allí o lo que nos pasara en el futuro, así era como tenían que ser las cosas.

Conocí plenamente a Johnny en aquel momento. Ya no temía que aquello fuera un sueño. Supe que todo era real.

Nota de la autora

Podría escribir sin escuchar música, pero me alegro mucho de no tener que hacerlo. Aquí incluyo una lista con parte de la música que he escuchado mientras escribía esta novela. Por favor, ¡apoyad a los artistas a través de las fuentes de consumo de música legales!

Breathe Me –Sia

Bulletproof Weeks –Matt Nathanson *City Lights* –Mirror

Closer –Kings of Leon

Collide –Howie Day

Damn I Wish I Was Your Lover –Sophie B.Hawkins.

Don't Pull Your Love –Hamilton, Joe Frank y Reynolds.

Dream a Little Dream of Me –The Mamas and the Papas *Ghosts* – Christopher Dallman *Goodbye Horses* –Psyche

I Think She Knows –Kaki King *I'm Burning for You* –Blue Öysters *Cult If* –Bread

If You Want tu Sing Out, Sing Out –Cat Stevens *Incense and Peppermints* –Strawberry Alarm Clock.

Je t'aime moi non plus –Serge Gainsbourg y Jane Birkin *Joy to the World* –Three Dog Night *Kiss You All Over* –Dr. Hook *Labor of Love* – Michael Giacchini's, música de la película *Star Trek* *Lascia ch'io pianga* *Prologue* –banda sonora de *Antichrist* *Life on Mars* –David Bowie *Purple Haze* –The Cure

Shambala –Three Dog Night

MEGAN
HART

La distancia entre nosotros

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2012 Megan Hart
© 2015 Harlequin Ibérica, S.A.
La distancia entre nosotros, n.º 82 - mayo 2015
Título original: The Space Between Us
Publicada originalmente por HQN™ Books

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-6318-7

Editor responsable: Luis Pagni

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Dedicatoria

Este libro está dedicado, en primer lugar, a Superman, que no sabe bailar en absoluto, pero que siempre está dispuesto a intentarlo.

Para mi familia y mis amigos, por supuesto y, como siempre, porque sin vosotros nunca tendría ninguna historia que contar.

A la BootSquad, por leer esto y ayudarme a mejorarlo.

A mi mejor amiga, Lauren Dane, que algunas veces me envía enlaces a un porno horrendo.

Todo el mundo tiene una historia Así es como termina esta

La boca de Charlie.

Eso es lo que quiero sobre mi cuerpo ahora. Su boca y sus manos. Lengua, dientes, dedos. Quiero sentir su peso sobre mí, la caricia sedosa de su pelo en mi carne, el roce de sus pestañas cuando cierra los ojos, al besarme.

Deseo la boca de Charlie y, sin embargo, hay algo que me obliga a apartar la cara cuando él se acerca. Charlie suspira y pone su frente contra la mía. Él cierra los ojos, pero yo no puedo cerrarlos. Tengo que verlo. Tengo que ver su piel y su pelo, sus cicatrices. Las manchas y los defectos que hacen perfecto a Charlie.

–Si lo hubiera sabido –dice él.

Sus manos son pesadas, una sobre mi hombro y la otra, en mi cadera. Su respiración huele a whisky y a humo. Parece Charlie, pero no huele como él.

No quiero que Charlie se arrepienta de la decisión que ha tomado.

«Por favor, Charlie», pienso. «Por favor, no me digas que hubieras preferido perderte todo esto».

Charlie suspira.

–Es que... el espacio que hay entre nosotros es muy grande. Y no sé qué hacer con él.

«Lo llenamos», pienso yo, y quiero decírselo, pero no lo hago. Las palabras no me salen. Si no puedo besarlo, ¿cómo voy a decirle que lo quiero? Que no importa dónde haya ido Meredith, ni si va a volver. Que lo único que necesitamos es este momento. Que, entre los dos, encontraremos la forma de que las cosas funcionen. Que

todo va a salir bien.

«Si pudiera decirle eso», pienso, mientras Charlie se aparta de mí. Se da la vuelta, y veo que se le hunden los hombros. Siento el impulso de acariciarle los omóplatos, pero se me crisan los dedos, y no lo toco. Podría decirle a Charlie que todo va a salir bien, pero aunque he mentido algunas veces en mi vida, nunca le he mentido a él, y no voy a empezar ahora.

–Lo siento –dice Charlie, una vez más, con la voz ronca. Tampoco parece su voz.

–Yo no –digo, por fin–. Yo no lamento nada de lo que ha pasado, Charlie.

Y eso, por lo menos, es verdad.

Capítulo 1

Todo el mundo tiene una historia. Ese era el truco de Meredith. Así conseguía que habláramos. Algunas veces, nos preguntaba por nuestro dulce favorito de la niñez, por nuestros mayores miedos. Por lo que habíamos soñado la noche anterior. Ella preguntaba y nosotros respondíamos. Nunca se me ocurrió preguntarle a ella por qué quería saberlo, como nunca se me ocurrió preguntarme a mí misma por qué todos queríamos contárselo.

Aquel día era sobre la locura.

–Bueno, Tesla, dime, ¿cuál es la locura más grande que has cometido en la vida? –preguntó, con los ojos brillantes y los labios humedecidos.

Al contrario que en otras ocasiones, no tenía ninguna respuesta para ella.

–¿No te he contado ya suficientes historias?

Ella cabeceó, y su pelo rubio y liso le acarició los hombros.

–Nunca es suficiente. Carlos ya me ha contado que una vez lo pillaron masturbándose con porno para personas mayores.

Yo me quedé boquiabierta, con la jarra de café en la mano.

–¿Cómo?

Carlos es escritor. Vienen muchos al Morningstar Mocha porque ofrecemos todo el café que quieran por dos pavos, y conexión a Internet gratis. Carlos venía todos los días y se ponía a teclear en su ordenador, con los auriculares puestos, antes de marcharse a trabajar. Hoy ha sucumbido al encanto de Meredith y ha cerrado la tapa del portátil. Eso sí que ha sido una locura.

Meredith venía al Mocha a utilizar Internet gratis y a tomar café, como los escritores, pero ella no era escritora. Meredith vendía cosas, como velas, cacharros de cocina y joyas, objetos provenientes de

empresas de organización de fiestas a domicilio. No era molesta en ese sentido, como Lisa, que vendía productos de la marca Spicefully Tasty. Meredith te vendería encantada unos pendientes o una vela perfumada si se lo pedías, pero nunca agobiaría a nadie para conseguirlo. Sabía ser sutil.

Bueno, casi siempre.

–Porno de gente mayor follando –dijo–. Ya sabes. Una *lemon party*.

Yo ni siquiera sabía lo que era eso, pero Carlos hizo un mohín, así que supuse que él sí.

–Era joven. Fue lo único que encontré –dijo el escritor, encogiéndose de hombros. No parecía muy avergonzado.

Yo me eché a reír, puse la jarra llena en el mostrador y levanté la que estaba vacía.

–No te ofendas, pero no me parece tanta locura. ¿Quién no ha mirado porno horrendo alguna vez? –pregunté, e hice una pausa para hacérselo pasar un poco mal a Carlos–. Aunque yo nunca lo he utilizado para desahogarme, ni nada por el estilo.

Carlos se rio y puso los ojos en blanco.

–Como ya he dicho, era muy joven.

–¿Lo ves? –preguntó Meredith–. Nuestra Tesla es una chica salvaje.

Eso me lo decían mucho. Tal vez fuera por las botas Doctor Martens, o porque llevaba el pelo tan corto como un marine. En aquel momento lo llevaba rubio platino, y aquel día me había puesto un pañuelo de bandana rojo en la cabeza, al estilo de los años cuarenta, como Rosie la remachadora. Con la diferencia de que yo estaba espumando la leche y llenando jarras de café en vez de arreglar aeroplanos. Si el hecho de llevar ropa al estilo retro y mucho lápiz de ojos era una locura, yo misma podría valer como respuesta para Meredith, pero no por mi vida diaria.

–Sí, claro. Soy tan salvaje... ¡Y estoy tan loca! Tened cuidado, que puedo hacer algo realmente salvaje, como limpiar las migas de vuestra mesa.

–Lo decía en el buen sentido –dijo Meredith.

–Gracias –respondí yo. Iba a continuar, pero mi jefa salió de la trastienda y me clavó una mirada fulminante–. Después hablaré contigo, cuando Joy no me esté echando el aliento en la nuca.

–¿Has rellenado las máquinas autoservicio? –me preguntó Joy, y continuó hablando sin esperar a que yo respondiera–. Hoy necesito que saques la bollería a las cuatro, en vez de a las cinco. Van a venir a recogerla del centro de acogida para mujeres. Y, escucha, ¿sabes ese sándwich *panini* del menú? Vamos a quitarlo a finales de semana, así que intenta venderlos para que pueda librarme de todo ese aguacate.

Teníamos media docena de sándwiches en el menú, pero, por lo menos, el detalle del aguacate me dio la pista de a cuál se refería. Puse cara de tonta y sonreí, porque sabía lo mucho que le gustaba a Joy sentirse superior. Todo el mundo tiene una afición, ¿no? La suya era ser una bruja. La mía, dejar que pensara que se estaba saliendo con la suya.

–Claro –dije, y puse la jarra vacía junto a la máquina de café.

–No llenes esa ahora. Para cuando tengas que sacarla, se habrá enfriado.

Me lo advirtió como si yo no llevara dos años trabajando allí.

No me molesté en discutir. A algunas personas es imposible complacerlas, salvo no complaciéndolas. Y la vida es demasiado corta como para hacer un drama de todo, ¿sabes? Algunas veces, hay que ser agradable, sobre todo cuando otro está intentando arrastrarte por el suelo.

–Hoy me marchó a las doce y media, y después voy a tomarme el resto del día libre.

–¿Estás bien?

Joy se tomaba casi todos los fines de semana libres. Privilegios de ser la encargada. Sin embargo, eso significaba que nunca se tomaba días libres durante la semana. Y ¿marcharse pronto? No, no. En realidad, yo pensaba que aquel sitio era lo único que tenía en la vida.

Por su expresión malhumorada, supe que me había pasado de la línea.

–¿Cómo? ¡Por supuesto! Por favor, no me digas que tengo que

quedarme, Tesla. Tú puedes hacerte cargo, ¿no? ¿Tengo que llamar a Darek para que venga antes de su hora?

–No, no, no es necesario –dije yo–. Que te diviertas.

–Es un compromiso –replicó ella–. No diversión.

Después de eso, me callé, y me puse a servir café, pastas y sándwiches a pobres clientes que no entendían por qué yo alababa tanto el *panini* de pavo y aguacate. Cuando llegó la hora de que Joy se marchara, la cola iba desde el mostrador a la puerta. Eso ocurría todos los días. A mí no me preocupaba.

–He llamado a Darek –dijo Joy–. Estará aquí dentro de veinte minutos. No puedo esperar...

A mí me gustaba trabajar con Darek, pero me molestó que hubiera tenido que llamarlo para que viniera más temprano.

–No pasa nada, Joy. Vete. Puedo arreglármelas.

–Con una mano atada a la espalda –dijo el cliente a quien le tocaba el turno, Johnny D, sin que nadie le preguntara. Adoro a ese tipo.

No se puede trabajar de cara al público sin llegar a conocer a la gente con la que tratas día a día. Los clientes habituales. Bueno, yo tengo clientes habituales, y tengo mis preferidos.

Johnny Dellasandro es uno de mis favoritos. Es mayor que mi padre, pero tiene el niño más adorable que he conocido. Es un hombre fabuloso, siempre con la sonrisa y el guiño. Y siempre deja un dólar en el bote de las propinas. Le gustan el café con sabores y los dulces, y le gusta sentarse a leer el periódico en la mesa más cercana al mostrador. Algunas veces viene con su novia, Emm, otras, con su niño, y otras, con su hija mayor y su nieto.

Joy nunca lo miraba mal. A mí me fulminó con la mirada, sin embargo, como si fuera culpa mía que ella tuviera que marcharse. Después, se puso el abrigo y se marchó.

–¿Dónde está tu pequeñín? –le pregunté a Johnny.

–Hoy está con su madre.

–Debe de ser muy agradable ser un caballero ocioso –le dije yo, en broma–. Pasearse por las cafeterías y por las tiendas, estar bien guapo y todo eso.

Johnny se echó a reír.

–Me has pillado.

–¿Qué quieres tomar?

–Un cruasán de chocolate. ¿Cuándo vais a dar los cafés con sabor a menta otra vez?

–Cuando nos acerquemos más a la Navidad –dije yo, mientras sacaba el cruasán más grande que había en la vitrina y se lo servía en un plato–. Pero tenemos café con leche con especia de calabaza, por si te apetece.

Cuando serví a Johnny, continué con los demás clientes. Eric, un médico de urgencias a quien le gustaba tomar té sentado en una de las mesas que había junto a la ventana, mientras escribía lista tras lista en su libreta legal. Lisa, la estudiante de derecho, que siempre tomaba un *pretzel* con queso y un té helado mientras estudiaba. A Jen llevaba un tiempo sin verla, y estuvimos un minuto charlando sobre su nuevo trabajo. Vi a Sadie, la psicóloga, al final de la cola, y la saludé con la mano. Algunas veces, Sadie iba a la cafetería con su marido, que era muy guapo, pero que nunca miraba a otras mujeres, ni siquiera de reojo. Aquel día, Sadie estaba sola, y me devolvió el saludo con una mano mientras posaba la otra sobre su vientre de embarazada.

–Chocolate caliente con nata y... –dije, mirándola de pies a cabeza cuando llegó al mostrador, y añadí–: Un *bagel* con salmón ahumado. ¿Me equivoco?

Ella se echó a reír.

–Oh... Iba a ser buena, pero me has convencido.

–Si no puedes darte un caprichito cuando estás embarazada, ¿cuándo vas a poder? –dije yo, y moví la barbilla hacia la parte delantera del local; allí estaba Meredith, que había engatusado a otro de los clientes habituales para que le contara historias. Ambos se echaron a reír–. Me parece que allí está pasando algo divertido. Siéntate, y yo te lo llevaré a la mesa.

Sadie suspiró.

–Gracias. Te prometo que antes estaba en forma. Ahora me canso solo de venir desde casa hasta aquí. Y me duelen los pies.

–No te preocupes –respondí.

Mientras ella caminaba cansadamente hasta una mesa soleada, yo me puse a tostar el *bagel*, a calentar la leche y a añadirle el sirope de chocolate.

–La reina está en audiencia con su corte –dijo Darek, mientras pasaba por detrás de mí para colgar el abrigo y ponerse el delantal.

Yo alcé la vista al oír otra vez el sonido de la risa de Meredith.

–Como de costumbre –respondí.

La conocía desde hacía pocos meses, y no sabía cuándo había pasado de ser una clienta habitual de la cafetería a una amiga. Seguramente, había sido aquel día en que Joy había tenido una de sus rabietas y Meredith le había recordado, con calma, pero también con frialdad, que «el cliente siempre tiene la razón, o esta clienta se va a marchar a otro sitio a gastarse cuatro dólares con cincuenta en un café con leche».

Desde entonces, Meredith me había sonsacado casi toda la historia de mi vida entre café y sándwiches. Supongo que fue un flechazo, en cuanto la vi entrar por la puerta del Mocha con su enorme bolso y las gafas oscuras, los zapatos a juego con el cinturón y el pelo rubio perfectamente arreglado. Meredith era el tipo de mujer que yo quería ser algunas veces, aunque para conseguirlo, era necesario ser rica, hacer un gran esfuerzo y sentir un gran deseo. Aquellas eran tres condiciones que no se cumplían. Ella se convirtió en parte de nuestra pequeña comunidad de la cafetería aunque ni siquiera vivía en aquella zona. Y se convirtió en parte de mi vida. Pensaba que yo era una loca. Una persona salvaje. Y lo decía como un cumplido, fuera cual fuera su significado.

En realidad, no me conocía en absoluto.

La fila de los clientes fue disminuyendo, aunque la mayoría de las mesas siguió ocupada. El Mocha era un local muy concurrido durante todo el día. Sadie se marchó. También se fueron Johnny y Carlos, y vinieron algunos de los clientes favoritos de Darek. Como Joy se había marchado y no iba a volver aquel día, pude tomarme un descanso, y me llevé una taza de té a la mesa de Meredith.

Ella levantó la vista de la pantalla del ordenador portátil cuando

me senté.

–Hoy te has perdido buenas historias. Pero tú todavía no me has contado la tuya.

–¿Acaso no te he contado suficientes ya? –pregunté. Le había contado muchas cosas, sobre todo, de los veranos que pasaba de niña en la comuna–. ¿Es que The Compound no te parece suficiente chifladura?

–Esas historias eran sobre el lugar en el que estabas no sobre las cosas que hacías. Es distinto.

Yo le di un sorbito al té y la miré.

–¿Te parezco alguien que hace locuras?

–¿No lo eres?

Me encogí de hombros.

–Ni siquiera tengo tatuajes.

Meredith hizo un gesto desdeñoso con la mano.

–Casi todas las chicas tienen tatuajes y *piercings* hoy día, como si no fuera nada del otro mundo. Cuando he dicho que eras nuestra niña salvaje, no me refería a tu forma de vestir ni a tu maquillaje.

–Entonces, ¿a qué? –le pregunté, mientras me calentaba las manos con la taza de té. Aunque en Pennsylvania, en octubre, los días podían ser soleados y cálidos, aquel año el frío había llegado con antelación.

Meredith se encogió de hombros.

–Digamos que tienes algo especial.

–Todo el mundo tiene algo especial, ¿no? –dije yo, y señalé a Eric, que seguía con su libreta legal–. Mira el doctor Sexy. ¿Qué hace con todas esas listas? ¿Por qué no le pides que te cuente una historia?

Meredith se echó a reír, con una risa suave y áspera. No era una risa como la que había llenado antes la cafetería. Aquella era solo para mí.

–Porque no va a contarle nada a nadie. Aunque creo que tiene mucha vida interior, es demasiado reservado.

–Tal vez yo también.

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza, de un modo encantador.

–No, cariño, tú eres más parecida a una catarata.

–¿Porque siempre voy muy rápido? –le pregunté, guiñando un ojo.

–Oh, no. Porque eres una belleza natural con algún tesoro escondido detrás de la cascada. Vamos, Tesla. Cuéntame la locura más grande que has hecho en la vida.

No había manera de negárselo. Meredith conseguía lo que quería, y consiguió que yo quisiera dárselo.

–No creo que haya hecho ninguna locura. No sé... Dejar un pájaro muerto en mi taquilla del instituto para poder enterrarlo más tarde. Prenderle fuego a alguna cosa.

–Bueno, entonces, que no sea una locura. Algo salvaje. ¿Libre? ¿Único? ¿Desinhibido?

–Ah. Te refieres a algo sexual.

Meredith llevaba un enorme brillante y una alianza en la mano izquierda. A veces hablaba de su marido, pero de un modo vago. Yo sabía que se llamaba Charlie, y que trabajaba de profesor en un colegio privado y caro. No tenían hijos.

–Sí –dijo Meredith, con alegría–. Sexual. Cuéntame, Tesla. ¿Qué es lo más salvaje que has hecho?

–Ummm... Lo más salvaje... No sé si voy a superar lo del porno de gente mayor.

–¿Sabías que Sadie estaba casada con otro hombre antes que con Joe? –preguntó Meredith, en voz baja.

–No. Vaya –dije yo–. Y ¿cuál es la locura más grande que ha cometido? ¿Divorciarse?

Meredith cabeceó.

–Oh, no. Su primer marido murió.

–Vaya. Eso es una pena.

Meredith se encogió de hombros.

–Esas cosas pasan.

No era la primera vez que me parecía que se aburría con las penas de los demás. A ella le gustaba escuchar las historias de los demás, pero, sobre todo, las que eran divertidas o excitantes. Las historias tristes no eran de su agrado.

Yo miré hacia el mostrador, pero Darek estaba muy ocupado flirteando con una de sus clientas favoritas. No había nadie esperando. Yo todavía tenía tiempo, y me quedaba media taza de té.

–Está bien. Locuras. Tú primero.

Ella volvió a cabecear, y se humedeció los labios. Yo no pude evitar seguir el movimiento de sus labios. Meredith tiene una boca parecida a la de Angelina Jolie: labios carnosos y suaves, dientes blancos. Una sonrisa contagiosa. Si hace un mohín, puede romperte el corazón.

–Yo no he cometido ninguna locura. Estoy casada.

Me eché a reír.

–¿Y qué? ¿Es que eras virgen cuando te casaste? ¿Es que la gente casada no hace locuras?

Ella bajó los párpados durante un momento, como si estuviera recordando algo.

–No. En realidad, no.

–Debes de tener alguna locura que contarme –dije yo.

En aquel momento, Eric se levantó para servirse más café de una de las jarras del mostrador.

–Tesla –dijo, y saludó a Meredith con un asentimiento–. Hola.

–Hola, Eric –dijo ella–. ¿Cómo van los trucos?

–Houdini no me llega ni al tobillo –dijo Eric, aunque no con el mismo tono relajado de flirteo que usaba conmigo. La miró con cierta cautela y mantuvo las distancias.

Ella le miró el trasero cuando él se alejó y, después, se volvió hacia mí.

–Me tiraría a ese tío con los ojos cerrados.

–Si no estuvieras casada.

–Y si él no me mirara como si le diera miedo –dijo Meredith, con un toque de desdén.

Yo miré a Eric, que se había sentado de nuevo a escribir listas.

–Oh, vamos. No es cierto.

Meredith sonrió.

–A ti nunca te mira de ese modo.

–Porque no soy boba, y porque le doy azúcar y cafeína –dije,

riéndome—. Eric un buen chico.

Ella volvió a mirarlo y, al instante, agitó la mano desdeñosamente. Después, me miró fijamente, bebió de su taza y volvió a relamerse los labios.

—Me besé con una chica —dijo.

—Y, deja que lo adivine: te gustó —dije yo, y tomé un sorbo de té.

Ella se encogió de hombros.

—Estuvo bien. En realidad, yo no tenía gustos muy definidos todavía. Estaba en la universidad. Solo estábamos haciendo el tonto.

—Para ver cómo era —dije yo. Había oído aquella historia muchas veces.

—Claro. Mucha gente lo hace. Tú lo haces —añadió.

—Algunas veces.

Aquello no era algo que yo considerara salvaje, ni una locura, y era obvio que ella tampoco, porque ya lo sabía, y seguía intentando engatusarme para que le contara otra cosa.

—Y te gusta.

—Pues... claro —respondí—. Si no me gustara, no lo haría.

—¿Lo ves? Me refería a eso. Tú haces lo que quieres, lo que te gusta, lo que te excita —dijo Meredith—. Eso es lo que admiro de ti. Lo envidio, supongo.

Como si ella pudiera envidiar algo de mí, de una chica que trabajaba en una cafetería, tenía un coche viejo y ni siquiera vivía sola. Además, hacía mil años que no besaba a nadie, ni a un chico ni a una chica.

—Tú no respondes ante nadie —prosiguió Meredith.

—Díselo a Joy.

—Vamos, Tesla. Lo veo en tus ojos. Tienes buenas historias que contar.

Me eché a reír. No había manera de resistirse a ella. Yo la había visto engatusar a los clientes del Mocha y convencer a un policía para que no le pusiera una multa. Incluso Joy se ponía simpática con Meredith, aunque, después, el hecho de haber dado muestras de amistad le causaba nerviosismo y se comportaba de un modo horrible durante horas, como si estuviera intentando deshacerse de

cualquier vestigio de amabilidad.

–Una vez me acosté con dos hermanos gemelos –dije. Meredith abrió mucho los ojos, y me di cuenta de que se había quedado impresionada.

–¿A la vez?

–Bueno, sí.

Ella silbó en voz baja, lentamente.

–Vaya.

–No fue... –empecé a decir yo, pero ella alzó una mano. Me quedé callada.

–Cuéntamelo.

Nunca se lo había contado a nadie. ¿Por qué iba a contárselo a ella?

Porque ella tenía algo especial.

–Cuéntamelo –repitió Meredith.

Y se lo conté.

Capítulo 2

Chase y Chance Murphy no se habían separado nunca. Yo era nueva en aquel barrio, pero todos los demás habían ido siempre al mismo colegio; algunos, incluso, desde la guardería. La madre de los chicos, la señora Eugene Murphy, era muy respetada en el colegio, donde sus hijos formaban parte de los equipos de fútbol y de baloncesto. Ella los llamaba «los gemelos», y siempre los trataba como una unidad. No reconocía a dos personas individuales.

Tal vez, por ese motivo, a mí me resultara tan fácil mantener relaciones con los dos a la vez. Y a ellos también; se les daba muy bien compartir. Seguro que no era lo que su madre había pensado para ellos, pero tampoco creo que la señora Eugene Murphy hubiera pensado en el momento en el que sus gemelos tuvieran barba, y vello en los testículos.

Todos estábamos en el último curso del instituto. Yo era la chica nueva y todavía estaba intentando adaptarme, y Chase y Chance eran chicos muy populares, aunque su madre fuera tan repelente. Eran altos, delgados y atléticos. Eran idénticos, aunque en aquella época ya habían dejado de vestirse igual. Más tarde, descubrí que podía distinguirlos por la curvatura de su pene: uno, hacia la izquierda, y el otro, hacia la derecha. Eran buenos estudiantes, e iban a ir a la universidad.

¿Yo? Yo era bajita y llevaba ropa barata. Sin embargo, aunque fuera pobre, no era una persona estafalaria. Además, era más lista que los hermanos Murphy, y más lista que el resto de mi clase en matemáticas. La madre de los gemelos estaba empeñada en que siguieran siendo candidatos a los puestos en los equipos deportivos, porque parecía que, para ella, los deportes servían para formar un carácter. Yo nunca habría pensado que la señora Eugene Murphy

tuviera aquella opinión, porque no era atlética en absoluto. Su marido tampoco; era dentista y llevaba unas gafas de montura gruesa, y tenía una dentadura que él mismo debería tratarse. De todos modos, la madre de los gemelos me contrató para que les diera clase.

Exacto. Mamá Murphy me pagó para que hiciera perder la virginidad a sus queridos hijos. Las cosas no empezaron así, por supuesto. Me refiero a que yo tenía toda la intención de enseñarles cálculo. Necesitaba el dinero, así que no me dio miedo decirle a la señora Eugene Murphy que me pagara el doble de la tarifa normal, porque iba a enseñar a dos en vez de a uno solo, aunque ella trató de convencerme de que no debería cobrarle por alumno, sino por tiempo.

–Como les vas a dar clase a los dos a la vez –argumentó–, debería pagarte la tarifa normal.

–No son la misma persona –dije yo.

–¡Pero si son gemelos!

Yo me limité a arquear la ceja. Supongo que mi ropa, una falda vaquera larga, unas botas Doctor Martens altas, y mi pelo teñido de negro, le parecían temibles.

–El tutor del colegio te recomendó especialmente –dijo ella, en tono de duda.

–Conseguiré que Chase y Chance saquen un sobresaliente en el examen final. Si no lo consigo, le devuelvo el dinero.

Así lo conseguí. Ella me pagó todas las semanas, y yo cumplí mi promesa.

Las cosas no comenzaron por el sexo. Era muy difícil enseñar a los hermanos, porque el Cálculo no les gustaba. Además, no les importaba en absoluto; lo estaban haciendo tan mal que estaban poniendo en peligro su puesto en el equipo del instituto. Y seguía sin importarles; para los gemelos, el Cálculo era para tontos.

Sin embargo, yo necesitaba el sueldo, y tenía que cumplir con la promesa que le había hecho a su madre. No podría haberle devuelto el dinero, porque ya me había gastado todo lo que ella me había dado en ropa, libros y música.

–Si aprendéis esto –les dije, una vez–, os la chupo.

Aquella frase detuvo en seco sus tonterías; ambos me miraron simultáneamente. No eran la misma persona, pero tenían la extraña capacidad de hacer lo mismo al mismo tiempo. Sin duda, estaban conectados.

–Sal de aquí –dijo Chase.

–Ni hablar –dijo Chance.

–Os la chupo a los dos –les dije. Apoyé ambas manos sobre la mesa y me incliné sobre ella para mirarlos fijamente a los ojos. No recuerdo a cuál de los dos miré primero. Entonces no pensé que tuviera importancia, pero iba a tenerla–. Haré que os corráis tan fuertemente que veréis las estrellas.

Yo nunca había pensado en ser profesora, pero sí había aprendido que, en la enseñanza, el refuerzo positivo era algo muy efectivo.

Así fue como empezó todo. Ellos terminaron el trabajo en un tiempo récord y, aparte de unos cuantos errores, correctamente. Como la mayoría de las cosas de la vida, conseguir que los chicos Murphy aprendieran Cálculo fue un asunto de motivación. Yo quería que sacaran sobresaliente, y ellos querían mi boca en sus miembros.

Sin embargo, cuando se bajaron el pantalón, empecé a pensar que, tal vez, yo me había llevado la mejor parte de aquel trato. Nunca había pensado en Chase y Chance como posibles novios; para empezar, era como si formaran parte del mismo paquete, por mucho que yo le hubiera dicho a su madre que eran dos personas individuales. Para continuar, se parecían mucho a Fred y a George Weasley; tenían la piel pálida, pecas en la nariz, el pelo caoba oscuro y los ojos castaños. Y, cuando se bajaron el pantalón y los calzoncillos hasta los tobillos, ya solo pude pensar en la rigidez de sus miembros, que no eran del todo idénticos. En aquel momento, yo no sabía que nunca habían estado con una chica. Lo único que veía era belleza.

Y sentí una gran avaricia por ella.

Hice que se colocaran de pie, hombro con hombro, cadera con cadera. Me puse de rodillas delante de ellos, sobre la moqueta suave y gruesa del sótano de sus padres, y tomé en la mano y, después, en

la boca, a cada uno de ellos. Sí recuerdo cuál fue el primero, porque estaba mirando hacia arriba cuando lo hice. Y él estaba mirando hacia abajo.

Era Chase, aunque podría haber sido su hermano, porque lo elegí al azar. Más tarde, aquello sí tendría importancia, aunque en aquel momento no creo que a ninguno nos importara. Deslicé su miembro grueso y precioso dentro de mi boca, lo más profundamente que pude, y succioné, mientras que, con la otra mano, acariciaba a su hermano.

Los dos gruñeron al mismo tiempo. Su sonido fue el mismo. Tenían el mismo aspecto. Y, al segundo siguiente, descubrí que sabían igual.

Si hubiera podido tomarlos a los dos a la vez, lo habría hecho. Sin embargo, tuvieron que conformarse con que dividiera mi atención entre los dos, alternativamente. Al final, como quería verlos a los dos mientras tenían su orgasmo, terminé de masturbarlos con las manos. Su semen surgió con pocos segundos de diferencia, sobre sus estómagos planos y musculosos. Ambos tenían los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia atrás. Emitían suaves gemidos. Más tarde, yo iba a saber muy bien que sus bocas tenían mucho talento para besar, lamer y succionar.

Chase fue el primero que me miró. Había estado agarrándose con fuerza al borde de la mesa que había detrás de él, en la que pasábamos horas haciendo ecuaciones. Soltó una mano y me acarició el pelo. Pasó el dedo pulgar por mi labio inferior, que estaba hinchado y húmedo. Pestañeó lentamente, como si estuviera despertando de un sueño del que no quería salir.

–Joder... –dijo Chance, rompiendo la magia del momento–. Ha sido increíble.

Y solo era el principio.

Capítulo 3

–Vaya –dijo Meredith, cuando terminé–. Es...

Yo no quería que dijera «una locura». Eso no iba a alterar lo que había ocurrido, no podía convertirlo en algo que no era, pero, de todos modos, yo no quería que lo definiera de ese modo.

–Es increíblemente excitante.

Yo me acaloré. El calor me subió por la garganta y bajó por mi cuerpo. No le había contado el resto de la historia, pero tuve la sensación de que, si ella me lo pedía, no podría resistirme. Le contaría todo lo que había ocurrido durante aquel largo otoño con los hermanos Murphy, durante el cual, los tres nos habíamos graduado simultáneamente en felaciones y cunnilingus, y todas las combinaciones de relaciones sexuales con dos penes y una vagina que se puedan pensar. Todo había terminado para la Navidad.

–En absoluto se parece a lo que pensaba que ibas a decir –me dijo Meredith, mientras cabeceaba–. Vaya. En absoluto.

–¿Y qué pensabas que iba a contarte?

Terminé mi té, porque se me había acabado el descanso, pero tenía curiosidad por saber lo que ella creía que sabía de mí.

–Ya te lo dije. Tesoros escondidos.

Pestañeeé suavemente bajo el calor de su mirada. Meredith había besado a una chica, sí, pero ¿qué significaba eso? Nada.

No tiene ningún sentido flirtear con chicas heterosexuales, ni siquiera con las que tienen curiosidad. Las chicas heterosexuales han llegado a la conclusión de que es perfectamente aceptable besarse con su mejor amiga en la pista de baile para atraer la atención de los chicos, o porque están borrachas, o porque está de moda. Las chicas heterosexuales saben que, a menos que hagas un cunnilingus, estás solo experimentando, y que ni siquiera el hecho de que hagas un

cunnilingus significa que seas lesbiana.

Yo no soy heterosexual.

Tampoco soy lesbiana. Supongo que podría decirse que soy sexualmente flexible. El amor llega en todas las formas y sabores, y yo quiero probarlas todas. Pero, si hay una cosa que he aprendido en el Morningstar Mocha, donde el café fluía como las cataratas del Niágara y las cinturas se expandían solo con acercarse a la vitrina de las tartas, es que querer y tener son dos cosas distintas.

–Fue hace mucho tiempo –dije.

–No puede ser tanto –respondió ella, irónicamente–. Acabas de salir del instituto.

–Claro que no –respondí yo, riéndome–. Tengo veintiséis años.

–Un bebé –dijo ella–. Un bebé con experiencia.

Para mí, la edad no tenía importancia.

–Bueno, tengo que volver a trabajar. Darek me está lanzando esa mirada de desesperación que significa que alguien le ha pedido una bebida que no sabe preparar.

–Tesla al rescate. Será mejor que vayas a ayudarlo. De todos modos, yo tengo cosas que hacer –dijo Meredith, y se rio de nuevo, con su risa baja y abrasadora, que me puso el vello de punta.

Las dos nos pusimos de pie al mismo tiempo. Aunque llevaba varios meses acudiendo a la cafetería, aquella fue la primera vez que me dio un abrazo. Durante los primeros segundos, me quedé asombrada, sin saber qué hacer. Ella se había acercado, y su olor era exótico y sutil, a perfume caro. Su jersey era suave, y noté el calor de sus manos en los omóplatos. Nuestros cuerpos se tocaron, desde el pecho hasta las caderas, durante un segundo.

Cuando me relajé entre sus brazos, cerré los ojos e inhalé su olor delicioso, el abrazo había terminado. Solo me quedó el calor en la oreja en la que ella me había dicho adiós con un susurro, y el cosquilleo en la mejilla que me había besado.

–¿Tesla? –dijo Eric, que estaba frente al mostrador, y me sacó de un sueño. Meredith ya había salido de la cafetería, y la campanilla que había sobre la puerta tintineaba suavemente. Eric me miró con la cabeza ladeada–. ¿Estás bien?

–Sí, sí. Perfectamente –respondí, y alargué la mano para tomar su taza vacía–. ¿Has terminado? Yo me encargo de la taza.

Él me miró con una expresión divertida.

–No. Voy a tomarme otro, si no te importa.

Yo me eché a reír. Me causaba azoramiento haberme quedado tan atontada por algo tan sencillo como un abrazo que había durado menos de dos segundos.

–Claro que no. Toma todo el café que quieras. Si no lo haces tú, lo hará otro.

–Así ocurre siempre, ¿no? –dijo él, y me hizo un brindis con la taza vacía.

Entonces, se giró a rellenar la taza con una de las jarras de café. Darek me pidió ayuda desde el mostrador, y yo volví a mi trabajo.

Capítulo 4

Cuando llegué a casa del trabajo, me la encontré muy silenciosa. No había ni rastro de nadie más. En otra ocasión, habría soltado un grito de alegría; aunque quería mucho a la gente con la que vivía, algunas veces deseaba con todas mis fuerzas vivir sola.

Sin embargo, aquella noche me fastidió mucho llegar a casa y que ni siquiera la luz del porche me diera la bienvenida. Tampoco había cena, y eso fue lo peor. Me hice un sándwich de atún y unos macarrones con queso, porque no había nada mejor.

Sin poder evitarlo, empecé a hacerme preguntas sobre los hermanos Murphy. Apenas me había acordado de ellos durante aquellos años; el tiempo tiene una manera curiosa de suavizar los ángulos más difíciles de las cosas, incluso los que hacen daño.

–Eres una aprovechada, Tesla –me había dicho Chance, la última vez que habíamos estado juntos–. Nada más que eso.

No era cierto. Yo era mucho más que una aprovechada. Era muchas cosas, pero, tan jóvenes y tan tontos, todavía no podíamos entenderlo. Y, cuando él me dijo eso, yo me di la vuelta y me alejé llena de furia por el insulto. Ahora, con el tiempo y la distancia que hay entre nosotros, entiendo lo que sentía Chance.

Hacía años que no sabía nada de los gemelos, aunque habría sido fácil averiguar lo que había sido de ellos. Mi hermano Cap, que era tres años menor que yo, debía de saberlo. En el instituto, yo tenía amigos, pero Cap era muy popular entre la gente. Jugaba al fútbol, era tramoyista en el teatro, y lo habían elegido rey de las ceremonias de bienvenida de los alumnos en otoño y el más divertido de los estudiantes en el anuario. Se lo había pasado tan bien en el instituto, que todavía tenía contacto con sus compañeros. No había sido amigo de los Murphy, pero podía averiguar qué era de su vida.

Sin embargo, llamar a mi hermano para preguntarle por un par de tíos con los que me había acostado era igual que pillar a tus padres haciendo el amor. Eso me había ocurrido, pero no quería pensar en ello, ni hablar de ello. Seguramente, Cap era la única persona que sabía lo que había habido entre los Murphy y yo, pero eso tampoco significaba que él quisiera hablar de ese asunto.

Así pues, acudí a Internet. Hacía pocos meses que mi viejísimo ordenador portátil se había roto, y yo aún no había ahorrado lo suficiente como para comprarme un buen Mac, así que miraba mi correo electrónico y otras cosas en el teléfono, y en el ordenador de mesa del piso de arriba.

Había puesto mi propia contraseña de usuario en el ordenador, pero no porque quisiera ver cosas que los niños no deberían ver, sino porque quería evitar que borrarán algo que yo hubiera guardado. Simone tenía cuatro años y ya se movía con facilidad por el laberinto de los juegos online para niños, pero también tenía unos dedos muy rápidos para borrar. Yo había perdido documentos y correos electrónicos importantes más de una vez. Su hermano Max, de dos años y medio, era más proclive a tirar un manojito de llaves sobre el teclado, de modo que el ordenador recibía un montón de órdenes extrañas que no debería cumplir.

Como todavía no habían llegado a casa, no tenía que preocuparme por si me pedían una y otra vez que viéramos vídeos de animalitos graciosos ni que jugáramos a juegos educativos con colores tan fuertes que me hacían sangrar los ojos. No tenía que preocuparme por si los niños veían, por encima de mi hombro, alguna de las fotografías que mis amigos publicaban en Connex. Meredith se había equivocado al decir que yo no respondía ante nadie. Vivía con otras cuatro personas, y una de ellas me cortaría el cuello si dejaba que sus hijos vieran cosas que no debían.

Cotillear a la gente en Connex es muy fácil si no activan los controles de privacidad. Yo no tengo mi perfil bloqueado para otros usuarios, porque nunca publico fotografías ni ninguna otra cosa que sea demasiado personal como para que la vean los demás. Además, quiero que la gente pueda encontrarme. De eso se trata, ¿no?

Yo encontré a los hermanos Murphy con solo teclear un poco. Los dos pertenecían a un grupo de nuestra clase del instituto. Yo no estaba en él. En las fotografías de su perfil observé que se parecían menos que nunca. Seguían siendo altos y delgados, pero, con el tiempo, habían ganado peso, y les sentaba muy bien.

Chance estaba casado y tenía dos niños. Miré sus fotografías. Vivía en Ohio y trabajaba en una empresa de contabilidad. Tenía una familia muy bonita, y parecía que era feliz. Pasé el cursor por el botón de *Agregar amigo*, pero no hice clic. Me alegró ver que Chance tenía una vida feliz, pero no quería formar parte de ella.

Chase no se había casado.

Y también parecía que estaba estupendamente bien. Había publicado un montón de fotografías en su perfil. Tenía álbumes de fotografías suyas escalando, montando en bicicleta y navegando. En muchas de ellas aparecía sin camiseta, con el estómago y los brazos bien musculados. Estaba buenísimo. También había muchas fotografías suyas con el mismo chico, con los brazos por los hombros, despreocupados, riéndose. Consulté la información del perfil de Chase, que solo indicaba que era soltero. Sin embargo, para mí estaba muy claro el motivo por el que aparecía con aquel chico en tantas fotografías. Tal vez Chase no quisiera anunciárselo a todo el mundo en Connex, pero no había forma de negarlo.

Tampoco me hice amiga suya. Quería hacerlo. Quería enviarle un mensaje y preguntarle si era feliz, si el motivo por el que no había querido estar conmigo era que le gustaban los chicos, no que no me quería como yo a él. Quería preguntarle muchas cosas, pero, al final, no lo hice. No serviría de nada abrir aquella vieja herida.

Me distraje un rato navegando por la página web de Apple, mirando lo que quería y no podía tener. Parecía que aquel era el *leit motiv* del día. Me imaginé que percibía el olor del perfume de Meredith, que sentía la suavidad de su jersey. Gruñí en voz baja y empecé a hacer que girara la silla del escritorio, con la cabeza inclinada hacia atrás, moviendo solo los pies. Giré y giré, mirando el techo que también giraba por encima de mí, hasta que se me enganchó un pie en la alfombra.

Me detuve, pero la habitación siguió moviéndose. Si me levantaba, iba a caerme al suelo. Aquel bailecito no había sido una buena idea. Mientras me daba la vuelta hacia el monitor, intentando enfocar la mirada en un punto fijo, oí que se abría la puerta principal, y unos diminutos pasos en el vestíbulo. Después, voces. Simone le gritaba a su hermano, que se estaba riendo como un loco. Su madre, Elaine, regañándoles sin demasiado ímpetu. Entonces, el ruido cambió de dirección, desde la sala se dirigió hacia el baño, donde, seguramente, los niños iban a recibir su baño nocturno antes de acostarse.

Cerré mi sesión en el ordenador y me di la vuelta hacia la puerta. Él entró.

–Hola, Vic –dije.

–Hola –respondió él. Tenía aspecto de cansado. Se pasó la palma de la mano por un ojo y se fijó brevemente en el monitor–. No sabía que estabas en casa.

–No todo el mundo tiene una agenda social tan apretada como la tuya –bromeé yo.

Él sonrió apagadamente.

–Hemos llevado a los niños a casa de Elaine para celebrar el cumpleaños de Nancy. Si hubiera sabido que ibas a estar en casa, te lo habría dicho.

–No pasa nada. Tenía cosas que hacer.

La madre y la hermana de Elaine nunca habían sido malas conmigo, pero tampoco habían sido agradables. Teníamos una política de neutralidad en lo relativo a las celebraciones familiares. Si ellas iban a casa o nos encontrábamos en otro lugar, nos tratábamos amablemente, pero con cierta distancia, sin ahondar en cuál era mi lugar en la vida de su yerno y cuñado. Yo nunca iba a su casa.

Vic asintió.

–Voy a ayudar a Elaine con los niños. ¿Quieres jugar a Resident Evil 4 dentro de un rato?

Era nuestro videojuego favorito.

–Claro. ¿Necesitáis que os ayude?

–No –dijo él. Se encogió de hombros y bostezó–. Lo tenemos

todo controlado.

–¿Qué tal se encuentra Elaine? –pregunté. Estaba embarazada de su tercer hijo, y tenía náuseas durante todo el día.

–Fatal –respondió Vic, y se encogió de hombros otra vez, como si fuera un hombre completamente confundido por las complicaciones del cuerpo de una mujer, pero, al mismo tiempo, comprensivo.

–Voy a preparar el juego para cuando hayas terminado.

No tenía ningún motivo para decirle a Vic que había estado pensando en buscar a Chase y Chance Murphy. Sin embargo, me parecía una mentira, una mentira que me causaba gran cargo de conciencia y no me permitía concentrarme en el juego. Como el mando era de un solo jugador, Vic y yo jugábamos por turnos, cambiándonos cuando uno de los dos moría. A mí me mataron muchas veces.

–¿Qué te pasa, Tesla? –me preguntó Vic, mientras tomaba el mando una vez más.

–He tenido un día muy largo en el trabajo, supongo –dije, y me levanté–. Debería acostarme. Mañana tengo que madrugar.

–Sí. Yo también –dijo él, pero no se levantó. Volvió a apuntar con su arma a la pantalla y comenzó el siguiente nivel–. Buenas noches.

El resto de la casa se había quedado silencioso hacía varias horas; Elaine y los niños estaban acostados. Solo estábamos Vic y yo, sentados en la oscuridad, matando zombis. La luz de la televisión proyectaba sombras en su cara, y expresiones que yo sabía que no eran suyas.

Me sorprendió mirándolo, y le dio a la pausa del juego.

–¿Qué?

–Tú también deberías acostarte. Mañana también tienes que madrugar.

–Gracias, mamá –dijo Vic.

Me encogí de hombros.

–Solo era una sugerencia.

–Sí, ya lo sé. Solo quiero terminar este nivel. Tú vete a la cama. Yo estoy bien.

Como Vic se levantaba muchas veces más temprano, incluso, de

lo que tenía que levantarme yo para el turno de mañana, no iba a estar bien.

–Tienes cara de cansado...

–Soy un adulto, Tesla –dijo él, con la mandíbula apretada y la mirada fija en la pantalla, mirando las avalanchas de zombis que se acercaban a matarlo, hasta que me miró a mí–. Puedo decidir yo solo cuándo me acuesto.

–Muy bien, muy bien. Tienes razón. Buenas noches.

–Buenas noches –repitió él, mientras yo salía al pasillo y me dirigía a mi habitación.

Por supuesto, Vic tenía razón. Yo no era su madre, ni su mujer. Pero eso no significaba que no tuviera derecho a preocuparme por él, ¿no? Vic trabajaba muchas horas en su taller mecánico y de venta de coches de segunda mano. Tenía dos hijos y una mujer embarazada. Me tenía a mí, viviendo en el sótano de su casa.

Después de ducharme y acostarme, seguí oyendo el ruido débil de las muertes de los zombis a través de la puerta. Y, mientras iba quedándome dormida, el silencio, y el sonido de las puertas de la casa cerrándose. Vic estaba haciendo su ronda, asegurándose de que todo estuviera en orden.

Sus pasos en las escaleras me hicieron abrir los ojos. A oscuras, oí que recorría el perímetro del sótano. ¿Acaso también estaba comprobando que las ventanas estuvieran bien cerradas? Eran demasiado pequeñas como para que pudiera entrar alguien. Se tropezó con un juguete y soltó un juramento en voz baja. Entonces, el pomo de mi habitación giró lentamente.

Apareció un cuadrado de luz cuando se abrió la puerta. Yo no podía distinguir su silueta, pero oía su respiración. Cuando se acercó, cerré los ojos y respiré como si estuviera dormida.

Me puse tensa cuando se inclinó sobre mí. Sin embargo, él no me tocó, sino que echó el cerrojo de la estrecha ventana que había sobre mi cama. Después, salió de la habitación y cerró la puerta.

Yo exhalé un suspiro y me hundí más en la almohada. Tenía un sudor frío por todo el cuerpo, y la respiración agitada. Aunque estaba bien tapada, tardé mucho en dejar de temblar.

Por fin, me quedé dormida, y soñé.

No sé lo que hace Vic cuando no está en The Compound, pero, cuando está aquí, trabaja con los coches. Alguna gente, como mis padres, por ejemplo, tiene Volvos o BMW el resto del año, pero en verano, utilizan viejos Jeeps y todoterrenos oxidados. En The Compound no importan el dinero ni el estatus, sino llevarse bien con la gente y cultivar un huerto, cosas de esas, no sé. Yo llevo toda la vida viniendo aquí, y lo único que sé es que este verano me he aburrido mucho.

No tengo nada que hacer aquí. Podría ir a la guardería, a ayudar con los niños pequeños, pero me da asco el mal olor de los pañales de tela. Podría ayudar en los huertos, quitando malas hierbas y cosas así, pero este es el verano más caluroso de los últimos veinte años, y es brutal en el campo. Además, ¿para qué? Ni siquiera me gustan los tomates.

Tengo dieciséis años, estoy a punto de cumplir diecisiete, y no tengo televisión, ni ordenador, ni teléfono. Aunque hay muchos niños y muchos adultos, solo hay una chica de mi edad, y no congeniamos. Sus padres viven aquí todo el año, y ella se comporta como si fuera mejor que yo por ese motivo, cuando yo creo que debería ser al revés.

Así que me paso el tiempo en el garaje. Hay mucho ruido, con todas las herramientas, pero Vic tiene una radio y pone una emisora de rock clásico. Mi hermano pequeño, Cap, también está mucho tiempo allí. A él se le dan mucho mejor los coches que a mí. De hecho, Cap es brillante. Yo sé cambiar el cepillo del limpiaparabrisas, eso es todo lo que he aprendido en el verano, pero Cap puede reconstruir todo un motor, prácticamente.

Aun así, Vic nunca se comporta como si yo molestara. Tiene paciencia, y me enseña qué pieza va en cada sitio, y cómo encajan todas juntas. Tiene grasa en los nudillos, y debajo de las uñas, aunque se las limpie con los trozos de camiseta que tiene guardados en una caja grande que está sobre el banco de trabajo. Algunas veces,

cuando se enjuga el sudor de la frente con el dorso de la mano, se mancha también la cara.

Hoy, Cap se ha ido a bañarse con los otros niños a la charca, que está llena de algas. Se han llevado la comida. Comida sana, como *hummus* con pan de pita y pepinos del huerto. Yo me muero de ganas de tomar una hamburguesa con queso, unas patatas fritas y un batido. Este verano estoy languideciendo aquí, muerta de calor, con la mente embotada por tanta sonrisa de todo el mundo. Tengo ganas de gritar.

Así pues, lo hago. Grito con fuerza, con los puños apretados y los ojos cerrados. Doy varias patadas en el suelo, junto al garaje. Le doy una patada a la pared. Después, apoyo la cabeza contra la madera y me digo que solo quedan unas semanas de vacaciones. Normalmente, me da pena marcharme de aquí, pero este año estoy impaciente.

–Vamos, no puede ser tan malo –me dice Vic, que se apoya en el marco de la puerta, con la frente manchada de grasa y una llave inglesa en la mano.

–Estoy muerta de aburrimiento.

Vic se encoge de hombros.

–Te voy a poner a trabajar, Tesla.

Ese es el motivo por el que he venido. Porque él me va a poner a trabajar. Y porque, tal vez, se quite la camiseta cuando tenga demasiado calor, y yo pueda ver cómo le caen las gotas de sudor por la espalda, hasta los hoyuelos que tiene sobre las nalgas. Vic lleva los vaqueros muy bajos en la cintura, y remangados por encima de las botas.

Vic es la causa de que yo no pueda dormirme por las noches, de que me mueva sin parar en la cama.

Lo sé todo sobre el sexo. Aquí, todo el mundo lo hace con todo el mundo. Nadie habla de ello, pero no es ningún secreto. Y si crees que es asqueroso pensar en tus padres haciéndolo entre ellos, intenta pensar en tus padres haciéndolo con otras personas. Algunas veces, con más de una persona a la vez. Además de la paz, el amor y los alimentos ecológicos, hay mucho sexo en The Compound.

Yo lo sé todo sobre el sexo, pero nunca lo he hecho. Los chicos del instituto no me gustan. Son demasiado jóvenes e inmaduros y, además, yo estoy fuera durante todo el verano, que es cuando se forjan los noviazgos. La única vez que intenté salir con un chico el año pasado, cuando volví de vacaciones me enteré de que había estado saliendo con todas las animadoras del colegio. En primer lugar, yo soy todo lo contrario a una animadora. En segundo lugar, supongo que no puedo reprochárselo, porque no es nada divertido tener una novia que desaparece durante tres meses enteros.

Trabajo con Vic durante toda esta tarde calurosa. Estamos arreglando un Impala muy viejo, tan viejo que parece que nunca va a volver a andar. Él se quita la camisa, y yo finjo que no miro, pero los dos sabemos que sí.

–Mierda –gruñe él, cuando la llave inglesa con la que está trabajando se le resbala y da un golpe contra el metal. Estoy a su lado, y nuestras caderas se tocan, porque estamos inclinados hacia delante, observando cómo él intenta girar una tuerca con la llave inglesa.

–Vamos a tomarnos un descanso –dice.

En la pequeña habitación que hay al fondo del taller, Vic tiene una nevera portátil llena de cervezas y refrescos. Saca una cerveza para él y me da un refresco.

–Lo vamos a conseguir. Tú y yo formamos un buen equipo –dice Vic, y me hace un pequeño brindis con la botella de cerveza.

En este momento, me importan más mil cosas que ese coche. Una de ellas es cómo me mira Vic. O cómo no me mira, más bien. Yo no quiero formar un buen equipo con él. Quiero que se fije en mí.

En el garaje, se oye una canción de los Rolling Stones, y Vic empieza a tamborilear con los dedos en el muslo, mientras se lleva la cerveza a los labios e inclina la cabeza hacia atrás para tragar. Las gotas de condensación de la botella se le resbalan por los dedos. Su garganta se mueve.

Yo quiero lamerle el hueco de la garganta. Quiero pasarle la lengua por la clavícula. Por los hombros.

De repente, quiero todo eso.

En esta ocasión, no aparto la vista cuando él mira hacia arriba y me sorprende observándolo.

Se humedece los labios.

Podría detenerme con facilidad cuando atravieso la habitación y me coloco entre sus piernas. Eso me habría destrozado. Seguramente, me habría impedido tomar la iniciativa durante el resto de mi vida. Sin embargo, él no me rechaza.

En la habitación hace un calor asfixiante, y Vic tiene gotas de sudor sobre el labio. Yo me inclino hacia delante y lo saboreo. Mi lengua se desliza por su carne salada, y mis labios se rozan con los suyos.

Sé que es demasiado. Sé que he cometido un error, que he ido demasiado lejos. Solo he besado a un par de chicos, nada parecido a esto. Esto es atrevido, libre y salvaje.

Vic no me detiene. Abre la boca debajo de la mía, y posa las manos en mis caderas, justo por encima de la cintura de mis pantalones cortos. Cuando me toca la carne desnuda, suspira suavemente. Estoy segura de que ahora me va a empujar, o de que se va a reír de mí.

Termino en su regazo, y nos besamos durante mucho tiempo. Su lengua acaricia la mía, y es mejor de lo que yo creía. Bajo mi trasero, noto que se está excitando. Se me acelera el corazón.

Haría cualquier cosa por Vic en este momento. Bajo la cremallera de su pantalón y meto la mano antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo. Entonces, él sí me detiene, agarrándome por la muñeca. No me aparta la mano, tan solo la mantiene inmóvil.

-Tesla...

Su voz suena baja y ronca, como antes, cuando ha maldecido por el resbalón de la llave inglesa.

No quiero que me diga que deberíamos parar. Me muevo contra él y cierro los dedos alrededor del grosor de su miembro. Estoy deseando acariciarlo, aunque, al mismo tiempo, temo que no voy a saber hacerlo.

Él vuelve a gruñir cuando muevo la mano.

Esta es la primera vez que entiendo el poder de proporcionarle

placer a alguien.

Vuelvo a moverme, y exploro su longitud lo mejor que puedo, dentro de los pantalones vaqueros. El sofá cruje y se queja debajo de nosotros cuando nos cambiamos de postura. No sé cómo, pero terminamos tumbados uno junto al otro. Vic me sujeta con las manos por la espalda, por la cintura, y eso es lo único que impide que me caiga al suelo.

Nos besamos con más fuerza. Nuestros dientes chocan. Consigo sacar su miembro de los pantalones vaqueros. Lo tomaría en la boca si tuviera valor, si supiera cómo, pero, por ahora, me conformo con mover los dedos de arriba abajo. Mientras lo acaricio, Vic se estremece. Sabe a cerveza y a sudor y, por algún motivo, no me importa ese sabor cuando está en él.

Estoy tan concentrada en conseguir que se corra, que ni siquiera me doy cuenta de que él ha metido la mano en mi pantalón corto. Sin embargo, cuando me acaricia a través de las bragas, descubro exactamente por qué él se estremece. Vic mueve la mano, y dibuja círculos lentamente sobre el algodón. Lo hace cada vez más rápido, hasta que a mí se me escapa un jadeo en su boca.

Sé algo sobre sexo, pero no sé nada sobre esto. Lo único que sé en este momento es que la sensación abrasadora que noto cuando veo a Vic trabajando sin camisa está entre mis piernas, en mis pezones. Y, asombrosamente, en las plantas de los pies.

Ni siquiera estamos desnudos. No hemos llegado tan lejos. Vic y yo nos besamos, nos besamos, nos besamos. Mi mano vacila sobre su miembro, pero la suya no vacila contra mí. Cuando desliza los dedos dentro de mis bragas, directamente sobre la piel, tengo la sensación de que me voy a morir. Un par de minutos más tarde, cuando él mete un dedo en mi cuerpo y lo mueve hacia arriba y hacia abajo, y sigue dibujando círculos en mi clítoris, muero de verdad.

O, por lo menos, exploto, que debe de ser lo mismo. Es tan bueno que agito las caderas y las aprieto contra él. Necesito algo, pero no sé qué es. Vic sí lo sabe. Mueve los dedos un poco más rápidamente. Y más rápidamente aún.

Y yo... me deslizo sobre una ola de placer. Es tan fuerte que no

sé si no quiero que termine nunca, o si no puedo soportar un segundo más.

Cuando termina, y soy capaz de enfocar la mirada, cuando recupero el aliento, lo miro, pestañeando. Tengo la mano pegajosa y extendida sobre su vientre duro. Él ha detenido los dedos entre mis piernas, aunque mi clítoris sigue latiendo con fuerza al mismo ritmo que mi corazón. No estoy segura de lo que ha ocurrido, pero sé que no puedo esperar a hacerlo otra vez. Vic me mira, se humedece los labios y sonrío. Pese a mi temor, no se echa a reír.

Pero yo sí.

Capítulo 5

Me desperté riéndome. Tenía hipo y estaba agarrada a las sábanas. Todo eso me dio a entender que había tenido una noche muy movida. Cerré los labios para no seguir riéndome, pero nada pudo detener la oleada de placer que me recorría.

Ni el sentimiento de culpabilidad.

Llevaba mucho tiempo sin pensar así en Vic. En aquel momento, todo estaba volviéndose del revés. Me dolía el cuerpo de tenerlo retorcido entre las sábanas, y todavía quedaban unas cuantas horas para que me levantara y me ocupara de mis tareas antes de irme a trabajar.

Acababa de cerrar los ojos de nuevo, para dormir un poco más, cuando dos pequeños cuerpos saltaron sobre mí. No era nada inesperado, pero sí alarmante. Grité, sin poder evitarlo, y volví a caer sobre la almohada con un gruñido y una mano sobre los ojos.

–Niños, por favor –les rogué–. Marchaos.

–¿Nos pones los dibujos? Por favor... –me pidió Max, que solo tenía buenos modales cuando le convenía.

Simone, que, por tener cuatro años, se creía mucho más madura que su hermano de dos, le pinchó con un dedo.

–«Por favor» y «muchas gracias».

–Muchas gracias –dijo su hermano. Olía a pañal mojado, algo que me recordaba mucho a la guardería de The Compound–. ¿Nos pones los dibujos?

Me incorporé y me recosté sobre la almohada y los almohadones de la cama.

–¿Cómo es que sabéis utilizar todos los aparatos electrónicos de esta casa, salvo la televisión?

–Por el mando –dijo Max–. Mamá no nos deja tocar el mando.

Era muy lógico que su madre no quisiera que tocaran el mando a distancia. Era un mando complicado y caro con el que se manejaba todo el equipo audiovisual de su padre, incluyendo la televisión, el TiVo, el equipo de música y la consola Wii. Se suponía que el mando facilitaba las cosas, porque solo necesitabas una cosa para manejar todo lo que había en la habitación, pero solo podían usarlo los adultos. Y, como yo era la adulta más cercana, los niños habían acudido a mí.

–¿Qué están haciendo papá y mamá? –pregunté yo. No quería mirar el reloj, pero la luz que se filtraba por la cortina me dio a entender que eran más de las seis–. ¿Se están preparando para ir a trabajar?

–Mamá está en la cama –dijo Simone–. Papá ha dicho que la dejemos tranquila para que pueda dormir.

Max también tenía algo que decir al respecto, con una expresión sombría que ilustraba a la perfección lo que pensaba de la situación:

–Por el bebé.

–Está bien, esperad un poco –les pedí, mientras comenzaban a saltar sobre mí–. Dentro de un minuto os pongo los dibujos. ¿No podéis jugar un poco con los juguetes, o algo así?

Tenían muchos juguetes, diseminados por el suelo, en lugares por los que yo necesitaba pasar descalza cuando se apagaba la luz. Me había clavado piezas de Lego muy a menudo en la planta del pie, así que, al final, había aprendido a arrastrar los pies para no pisarlas. Así era mi vida: arrastrar para evitar el dolor.

Podían jugar con los juguetes, pero el griterío era mucho peor que el ruido de los dibujos animados. Así pues, yo ya no iba a dormir más. Me lavé la cara y encendí la televisión para que pudieran verla. Dejé el mando a distancia en la repisa más alta de todas, donde no pudieran alcanzarla, y me dirigí hacia la cocina arrastrando los pies.

En la cocina había demasiada luz, y me puse la mano sobre los ojos mientras pestañeaba. Sin embargo, se me llenaron de lágrimas, y tuve que frotármelos.

–¿Has pasado mala noche? –me preguntó Vic, que estaba junto a los fuegos, preparando huevos revueltos–. Tienes mala cara.

–Estoy hecha polvo –respondí. Me dejé caer en una de las sillas de la cocina y apoyé la cabeza en las manos. Las puntas del pelo me hicieron cosquillas en la nariz, y me las eché hacia atrás. Alcé la mirada y vi que él se reía de mí–. Que te den, Vic.

Él se volvió de nuevo hacia el fuego.

–¿Quieres huevos revueltos? Voy a hacer tostadas para Elaine. Puedes tomar alguna.

Sirvió los huevos revueltos en un par de platos y les añadió las tostadas que saltaron del tostador. Después, puso los platos en la mesa y se sentó frente a mí. Se le habían olvidado los tenedores, cosa típica en Vic, así que me levanté para tomarlos. No lo miré.

Él no me hizo ninguna pregunta, y yo no le di ninguna respuesta. Comimos en silencio, amigablemente, oyendo solo el tictac del reloj de la cocina y las risas que provenían de la sala de la televisión. Vic terminó y metió sus cosas al lavaplatos. Después, preparó una tostada con mantequilla, una lata de *ginger ale* con una pajita y se dirigió hacia la puerta. Yo lo detuve.

–Tú vete a trabajar. Yo se lo subo.

Él miró el reloj. Aunque tiene un par de empleados trabajando en el taller, él hace gran parte del trabajo mecánico. Le gusta tener abierto el taller para la gente que necesita pasar por allí antes de entrar al trabajo, y le gusta marcharse muy temprano para poder estar con su mujer y sus hijos por la tarde, antes de acostarse. Vic es un padre y un marido increíble.

–Gracias.

Tomó la chaqueta y se despidió de los niños desde arriba. Esperó a que subieran corriendo, le abrazaron por las rodillas y se acurrucaron contra él. Él les revolvió el pelo, les abrazó y los besó; después, los envió de nuevo a la habitación de la televisión.

Para mí, Vic no tenía besos ni abrazos. Nosotros habíamos superado eso hacía mucho tiempo. No afectaba a cómo éramos ni nos causaba azoramiento. Y no era un secreto para Elaine. Sin embargo, nunca hablábamos de ello, y alguien que no lo supiera nunca habría adivinado que, una vez, Vic y yo habíamos sido amantes.

En la habitación de matrimonio, las persianas estaban bajadas, pero Elaine ya había encendido la lámpara de la mesilla.

–Te he traído unas tostadas.

Ella suspiró.

–Gracias, cariño.

Me senté en un lado de la cama y le di el plato con cuidado. Ella se lo puso sobre el vientre, que estaba empezando a crecer. Estaba pálida y ojerosa. Tenía el pelo lacio y sin brillo. Yo estaba muy segura de que tenía el mismo aspecto y, encima, sin un niño en camino al que echarle la culpa.

Ella mordisqueó un pedacito de tostada.

–¿Los niños están viendo la tele?

–Sí.

–¿Vic se ha ido a trabajar?

Asentí. Elaine hizo una mueca, y le di la lata de *ginger ale* con la pajita. Ella le dio un sorbito y volvió a suspirar.

–El embarazo –dijo– es un asco.

–Lo creo. Te he visto pasar dos y un cuarto del tercero, ¿no te acuerdas?

Ella volvió a dar un sorbito. Miró la tostada, pero no la tocó.

–Sé que se me pasará dentro de un mes. Después, podré comer lo que quiera.

–Y tendrás que esperar al parto –dije yo–. Seguro que también lo estás deseando.

Elaine sonrió débilmente.

–Puede que, siendo el tercero, el niño salga como si nada.

–Creo que eso no pasa hasta el cuarto hijo, o el quinto, o el sexto.

–Muérdete la lengua –dijo ella, con cara de espanto. Sin embargo, yo sabía que ella quería tener aún más hijos, así que su expresión tenía que ser fingida.

Elaine estaba decidida a tener a su hijo en casa, como había tenido a Max y a Simone. Allí, en su propia cama. Sin medicamentos. Iba a contar con la ayuda de una *doula* y de una comadrona, las mismas que la habían atendido en los partos anteriores, y ya había empezado a adquirir todo lo necesario.

Yo opinaba que estaba loca. Prefería mil veces antes la aséptica sala de partos de un hospital, y un médico con mascarilla que me pusiera la epidural en cuanto tuviera la primera contracción.

–Bueno, ¿y por qué tienes tú tan mala cara? –me preguntó ella, mientras tomaba otro pedacito de tostada. Estaba recuperando el buen color poco a poco.

–Los niños de alguien me han despertado muy temprano –dije yo, pellizcándome el puente de la nariz–. Me duele la cabeza. Quiero dormir más. ¿Necesitas más motivos?

–Supongo que es suficiente. Lo siento por lo de los niños. Seguro que Vic los mandó para abajo. Yo tenía que haberles dicho que se quedaran a jugar en su habitación.

Yo me eché a reír.

–Sí, claro...

Ella también se echó a reír.

–¿A qué hora tienes que ir a trabajar?

–A las tres.

–Bueno, entonces puedes echarte una siesta antes. Voy a llevarlos al grupo de juegos a la hora de comer, y tendrás la casa para ti sola.

–Aaah, la libertad –dije yo, dándome unos golpecitos en la barbilla con el dedo índice–. ¿Qué puedo hacer? ¿Correr desnuda por el pasillo? ¿Beber leche directamente del cartón? ¿O las dos cosas?

Yo me alegraba de hacer reír a Elaine, sobre todo si eso la distraía de las náuseas. Si lo que sentía por Vic no fuera tan complicado, no tendría ninguna duda de mi amor por ella. Era la hermana mayor que nunca había tenido, la hermana que yo intentaba ser, aunque suponía que nunca lo conseguiría como ella.

–¿Has puesto tu lista al lado del teléfono? –preguntó, mientras tomaba un poco de *ginger ale*. La primera tostada había desaparecido casi por completo, y ella estaba cada vez mejor–. Hoy voy a ir al supermercado.

–Puedo ir yo, si quieres, antes del trabajo.

–¿De verdad? –preguntó Elaine, con una expresión de alivio–. Preferiría no tener que llevar a los niños al supermercado.

–Ya lo sé –dije. Cuando Elaine iba al supermercado con Max y

Simone, siempre volvía a casa con cereales azucarados, chocolatinas y golosinas variadas y, aunque yo también era una fan del chocolate, prefería que mi contribución financiera a la casa se gastara en comida que no me añadiera kilos, porque hacía mucho ejercicio para mantener a raya los michelines—. Yo voy. No me cuesta nada.

Elaine me tomó de la mano, y eso me sorprendió.

—Me siento tan agradecida de que estés con nosotros, Tesla... Lo sabes, ¿verdad?

Hay muchas mujeres que no le habrían abierto su casa a una chica con la que su marido había tenido un escarceo en un sofá destartado, y mucho menos la habrían tratado como Elaine me había tratado siempre a mí. Si alguien tenía que estar agradecida, esa era yo. Sin Vic y sin Elaine, tal vez yo estuviera en la calle. No, no tal vez. Seguramente, habría terminado viviendo en la calle.

De todos modos, no hice caso de su cumplido, porque me di cuenta de que tenía los ojos empañados. Elaine era muy emotiva, y más todavía cuando estaba embarazada. Yo no quería empezar el día llorando. También me sentía un poco vulnerable.

—Trabajo esclavo —le dije—. Canguro interna. Limpiadora. ¿Cómo no ibas a estar contenta?

Ella me apretó los dedos. Me conocía demasiado bien como para ofenderse.

—Bueno. Te queremos, Tesla Martin. No lo olvides.

No podría olvidarlo, y no quería olvidarlo. Me solté suavemente, y le tendí la mano para que me diera el plato.

—¿Has terminado?

Ella suspiró, y asintió.

—¿Podrías echarles un vistazo a los niños mientras me levanto y me ducho?

—Claro.

Cuando bajé las escaleras y me aseguré de que los niños no hubieran destrozado nada, mi teléfono estaba pitando porque tenía un mensaje. Era sencillo, una palabra: *Llámame*.

Marqué el número mientras apilaba con el pie un montón de ropa para lavar.

–Cap, ¿qué tal?

–¿Ha salido ya Vic?

–Sí, hace una media hora. ¿Por qué?

–Hay aquí una señora que tenía una cita para las siete, pero... – mi hermano se detuvo un instante y, después, continuó–: Ah, bueno, Vic acaba de llegar. Creo que la clienta le va a echar una buena bronca.

–Bueno, él se las arreglará. Eh, ¿crees que podrás echarle un vistazo al Contour en algún momento de esta semana? Sigue haciendo ese ruido que...

–¿Qué ruido?

Mi coche era tan viejo, que siempre estaba haciendo ruidos de algún tipo. Sin embargo, aquel era realmente extraño. Traté de imitarlo, pero Cap se echó a reír.

–A ver, repítemelo...

–Ya me has oído la primera vez –dije yo, riéndome también–. Bueno, ¿te importaría mirarlo? Se me olvidó pedirselo a Vic.

–Pues claro. Tráelo cuando quieras.

–Sí, no te preocupes, pero no tengo tiempo para estar ahí esperándome todo el día.

–Por Dios, Tesla, eres una pesada.

–Si tengo que dejarlo allí, necesito otra cosa para conducir.

Cap soltó un quejido.

–Sí, ya lo sé.

Yo sonreí.

–¿Entonces?

–Te presto mi coche. Si es necesario, claro –añadió él, rápidamente–. Ya procuraré yo que no haga falta.

Cap tiene un coche estupendo, un Mustang de 1978 restaurado, que ruge cuando aprietas el acelerador. Ha invertido más dinero y más tiempo en ese coche que en cualquier mujer. Seguramente, ese es el motivo por el que sigue soltero. O, tal vez, porque está enamorado de su compañera de piso, que ignora por completo el hecho de que mi hermano la tiene en un pedestal. Cosa que es culpa de mi hermano, por no decírselo.

Pero yo no soy nadie para dar consejos sobre relaciones sentimentales.

–Bueno, te llevaré el coche –le dije–. Y, después, te llevaré tarta de chocolate de la cafetería. ¿Qué te parece?

–No es un gran trato, pero, bueno, de acuerdo.

–Hasta luego –le dije, y colgué.

Capítulo 6

Ya llevaba un mes y medio acostándome con los hermanos Murphy cuando descubrí algo importante. Me encantaba disponer de dos tíos para follar y chupar a la vez, pero nunca practicamos el sexo anal. Ellos no me lo pidieron, y yo no se lo ofrecí. De todos modos, ni siquiera estoy segura de que ninguno de los tres creyéramos que eso existía fuera de las películas porno, y estábamos tan atiborrados con todo lo que estábamos haciendo, que añadir aquel tabú ni siquiera parecía necesario.

Para mí, había algo más que lo físico, que las ventajas de tener dos pares de manos y dos lenguas. Descubrí que me gustaba tener la atención de dos. Si un novio estaba bien, dos estaría aún mejor, ¿no? Salvo que nosotros tres no íbamos juntos por los pasillos del colegio, tomados de la mano, ni nos besábamos junto a la taquilla, como todos los demás.

–Elige a uno –dijo Chase.

Estaba en un viejo sofá reclinable que sus padres tenían en el sótano, con los pies apoyados en el suelo, con las manos a los lados de mi cabeza. Yo tenía su miembro en la boca.

Succioné antes de tomarlo en la mano y echarme hacia atrás para mirarlo. Su hermano estaba tirado en el sofá, junto a nosotros, acariciándose tranquilamente su propia erección.

–Elige a uno de nosotros dos, Tesla –repitió Chase.

Yo me eché a reír, pensando que él bromeaba.

–¿Para qué?

–Ya lo sabes.

Los miré a los dos alternativamente. No podía imaginármelos como personas separadas. Para mí, formaban parte de una unidad.

–No quiero elegir a uno solo.

–Le gustamos los dos. Te lo dije –comentó Chance.

Su hermano se movió. Su erección no se había debilitado ni lo más mínimo.

–Tienes que hacerlo, Tesla.

–¿Por qué?

Chase era el primero de los dos. No me lo había dicho nadie, pero yo me había dado cuenta. Normalmente, él era quien tomaba las decisiones el primero. Normalmente, Chance esperaba a ver qué ocurría. En aquel momento, Chase enredó los dedos en mi pelo, y yo me puse tensa, pensando que quería tirar de mi cara hacia delante, otra vez.

–No tienes por qué dejar que acostarte con los dos –dijo–. Solo tienes que elegir a uno para ir juntos en público.

–Ah –dije yo, y giré la palma de la mano alrededor del extremo de su miembro, de un modo que le hizo estremecerse–. Eso.

La verdad era que yo no quería hacer nada de aquello oficial. Los demás ya me consideraban un poco exótica. Yo no era la única que llevaba botas del Doctor Martens, que se teñía el pelo de colores, que tenía *piercings* y que debía acudir semanalmente a ver al tutor. Era diferente porque ninguno de ellos me conocía de toda la vida, y porque no parecía que necesitara su aprobación.

–¿Y quién dice que yo quiero que vayamos juntos en público?

Me incliné hacia delante para lamerlo, y volví a tomarlo en la boca. Cerré los ojos para concentrarme en la sensación de tener toda aquella carne caliente y dura sobre la lengua.

Chance emitió un sonido gutural, aunque yo estuviera con su hermano. Abrí los ojos para mirarlo, mientras seguía succionando y acariciando a Chase. No quería que llegara así al orgasmo; antes, quería hacerlo con él. Quería hacerlo con los dos. Quería que los dos sudaran y gruñeran, que estuvieran dentro de mí, contra mí. Básicamente, quería tener un orgasmo y marcharme.

Estaba segura de que aquella no era la manera en que actuaban el resto de mis compañeros de instituto. Las parejas querían que los vieran juntos, que los demás supieran que estaban saliendo, que pertenecían a alguien. La idea de pertenecerle a una sola persona me

resultaba extraña y desagradable. Cuando pensé en elegir a uno de los hermanos Murphy para pasearme con él delante de todo el mundo para legitimar lo que hacíamos en secreto, en el sótano... Bueno, se me fruncían los labios involuntariamente.

Fuera cual fuera la conversación que los hermanos quisieran mantener conmigo, y estaba segura de que ellos ya habrían hablado largamente de antemano, conseguí que se les olvidara. Sobre todo, cuando tomé el miembro de Chance en el puño cerrado mientras succionaba el de su hermano.

Después, me levanté la falda de tablas que había comprado en la tienda católica de ropa de segunda mano, la falda del colegio de alguien que ya la había descartado, y dejé que vieran que ya me había quitado las bragas y que solo llevaba unas medias por encima de las rodillas. Los chicos se quedaron sin habla, y yo no necesitaba que dijeran nada. Urgí a Chance para que se pusiera a mi espalda. Yo tomaba la píldora anticonceptiva, pero les obligaba a usar preservativos de todos modos, no porque pensara que iban por ahí acostándose con otras personas, sino porque era mucho más fácil limpiar si utilizaban condones.

Cuando empezamos a mantener relaciones sexuales, ellos no sabían nada de anatomía femenina, pero en aquel momento, Chance ya sabía que tenía que deslizar los dedos por mi clítoris rígido. Penetró en mi cuerpo con demasiada rapidez, y me empujó hacia delante en el regazo de su hermano. Yo me habría ahogado con el miembro de Chase si no lo tuviera agarrado con firmeza por la base, pero, para entonces, yo ya había aprendido a adelantarme a la torpeza de Chance. En realidad, me gustaba que estuviera tan ansioso por entrar en mí. Me gustaba que me agarrara las caderas con tanta fuerza como para hacerme moretones, porque aquellas ligeras marcas me recordaban muy bien lo que habíamos estado haciendo.

Mientras Chance entraba y salía de mi cuerpo, yo succioné el miembro de Chase y le acaricié los testículos. Todo era estupendo, y mejoraba a cada segundo. Más rápido, más fuerte, dentro y fuera. Mi cuerpo era ceñido y estaba muy húmedo, deslizante. Lleno.

Llegué al orgasmo mucho antes que ellos. Creo que nunca entendieron lo fácil que era para mí, y que no eran sus habilidades las que me llevaban tan rápidamente al éxtasis. Chance fue el segundo, y por último, Chase, que explotó en mi boca con un grito gutural que parecía, un poco... mi nombre. Yo sonreí.

–Si tuvieras que elegir a uno de los dos –me preguntó Chance, un poco después. Yo ya me había lavado la cara y aclarado la boca, me había peinado y me había puesto las bragas–, ¿a cuál elegirías?

Chase ya había subido las escaleras. Chance era quien siempre me esperaba y me acompañaba al coche, al mismo coche viejísimo que tengo ahora, nueve años después. Chance fue el que puso la mano sobre la puerta del asiento del conductor para que no pudiera abrir y el que me miró con solemnidad. Chance era el que de verdad quería saberlo.

–No puedo elegir –le dije yo, aunque sabía que era mentira–. Me gustáis los dos.

–Sí, pero...

Me puse de puntillas y le di un beso.

–Nada del rollo de novios, ¿eh? Esto es mejor, ¿no?

Él asintió. ¿Qué otra cosa podía hacer? Tenía relaciones sexuales regularmente, aunque fueran un poco raras. ¿Iba a renunciar a eso para poder ir conmigo de la mano y llevarme a partidos de fútbol?

–No es lo mío –le dije yo, y lo decía en serio.

Él no apartó la mano ni siquiera cuando yo lo miré fijamente.

–¿Y por qué no? –preguntó.

Yo no tenía respuesta para eso. No podía explicarle a aquel muchacho tan agradable todas las razones por las que no quería lo que parecía que querían todas las demás chicas. Así que no respondí. Lo besé otra vez; cuando me aparté, él me agarró por las caderas y me estrechó contra sí.

Más tarde, yo iba a romperle el corazón sin que me importara, porque a mí también me lo habían roto. Pero, en aquel momento, no lo sabíamos. En aquel momento, tan solo estábamos robándonos besos al frío aire del otoño.

Recordé todo aquello mientras entraba en el aparcamiento de

Capriotti's Auto Sales y buscaba un sitio para mi coche. Cuando aparqué, busqué a Cap, pero me encontré con Vic.

–Eh, hola. ¿Qué haces aquí todavía? ¿Dónde está Cap?

Vic tenía cara de cansado. El taller cerraba a las siete, pero la venta de coches seguía abierta hasta las nueve. No vi a Dennis, que era el vendedor que normalmente hacía el último turno.

–¿Y Dennis?

–Se ha puesto enfermo y se ha ido a casa. Ha vomitado por todo el baño.

–Puaj.

Vic sonrió.

–Sí, bueno, eso es lo que pasa cuando te comes la comida de otro y no te preocupas de comprobar cuánto tiempo lleva en el frigorífico. Puede que aprenda para la próxima vez.

–De todos modos, es asqueroso –le dije, y le di las llaves de mi coche–. Vuelve a hacer ese ruido raro. Suena por la parte izquierda de delante.

Vic asintió y se guardó las llaves en el bolsillo.

–No puedo hacer nada hasta mañana. ¿Cómo vas a ir al trabajo?

–Cap me ha dicho que podía utilizar su coche. Él le va a pedir a Lyndsay que lo lleve, o irá a pie.

–¿Cap te deja su coche?

Yo me eché a reír.

–¡Pues claro! Me quiere.

Vic soltó un resoplido.

–Es muy manipulable.

–¿Es eso lo que piensas de mí? –pregunté, frunciendo el ceño–. Qué bonito.

Vic me miró con sorpresa y pestañeó. Después, él también frunció el ceño.

–¿Eh?

–No importa –dije. Era el sueño lo que me había puesto nerviosa. No era culpa de Vic, aunque tal vez él lo hubiera provocado con aquella ronda inesperada por mi habitación–. Escucha, ¿qué te pasa?

–¿A mí? Nada, ¿por qué? –preguntó.

–No duermes nada –dije yo–. Sí, sí, ya sé que no soy tu madre ni tu mujer. Tu madre no vive contigo, y la pobre Elaine está tan exhausta que no sabe si estás en la cama a su lado o no. Así que yo soy la única que sabe que te quedas despierto toda la noche.

–No es toda la noche.

–Te oigo pasearte de un lado a otro. Oigo los crujidos del suelo. ¿Qué pasa?

–Tengo insomnio.

–Ummm... –dije yo, mirándolo fijamente–. Eso no es propio de ti.

Antes de que él pudiera darme alguna contestación, mi hermano entró en la oficina.

Al vernos, se detuvo y suspiró.

–Vaya, ya te ha dado las llaves de mi coche, ¿no?

Yo miré a Vic otra vez, pero el momento había pasado.

–Sí. No vas a poder quitármelas.

–¿No puedes quedarte un rato esperando a que le eche un vistazo a tu coche? –preguntó Cap.

–Como Dennis no está, me vendría bien tener ayuda –dijo Vic.

Por supuesto, él no podía saber lo que yo había soñado, ni cómo me sentía.

–No, no. Tengo que hacer unos recados antes de ir a trabajar. Le he prometido a Elaine que iba a hacer la compra. Se nos han terminado bastantes cosas.

–¿Puedes comprarme algunas cosas a mí también? –preguntó Cap.

Yo enarqué una ceja.

–¿Qué cosas?

–Galletas para la tostadora.

Entonces, arqueé también la otra ceja.

–¿Galletas para la tostadora? ¿Y para qué quieres tú eso, Cap?

–A Lyndsay le gusta tomarlas con el café, y a mí me gusta comerme alguna de vez en cuando.

Yo me eché a reír.

–Ah, así que quieres que compre galletas para tu...

–No lo digas –me advirtió Cap, en un tono feroz–. Ella solo es mi compañera de piso.

Yo estaba bastante segura de que, por mucho que lo negaran, Cap y Lyndsay se estaban acostando en secreto.

–Claro. Te las traeré al pasar. Como no está Dennis, no correrán peligro. Eh, Cap... ¿te gustaría que fuéramos a ver la nueva película de zombis? Se llama *The Risen*, creo.

–¿Y por qué se lo dices a él, y a mí no? –preguntó Vic, que estaba escuchando a medias mientras escribía un mensaje de texto.

–Porque él es soltero y tú eres un tío casado que tiene a su mujer embarazada en casa –respondí yo, y me volví hacia mi hermano–. Entonces, ¿te apetece?

–Sí, claro –dijo Cap, encogiéndose de hombros.

–¿Y no tienes que preguntárselo antes a Lyndsay?

Me pasé. Cap puso cara de pocos amigos. Yo retrocedí, alzando ambas manos, como pidiendo disculpas. En realidad, no eran unas disculpas sinceras. Mi hermano iba a tener que reconocer que estaba enamorado de su compañera de piso, y que ella también estaba enamorada de él, aunque ninguno de los dos lo admitiera.

–Bueno, pues te recojo mañana, entonces.

–En mi coche –dijo Vic, con un suspiro de resignación que hizo reír a Vic.

–A no ser que arregles primero el mío –dije yo.

–Estará arreglado –me prometió.

Yo le di un suave puñetazo en el hombro y me despedí de Vic, pero él estaba demasiado absorto en el teléfono como para darse cuenta. En el aparcamiento, hice sonar un rato el motor del Mustang para poner nervioso a Cap. Después, fui al supermercado e intenté acordarme de todo lo que estaba en la lista que me había dejado en la mesa de la cocina. No prestaba demasiada atención a lo que estaba haciendo, así que estuve a punto de chocarme con un niño que estaba a punto de tener una rabieta en el pasillo de los dulces.

Iba a dejarlo atrás empujando mi carro, pero me detuve al ver a su madre.

–¿Mandy?

Ella me miró.

–¡Oh, Dios mío! ¿Tesla? Vaya, ¡cuánto tiempo!

Mandy era una de mis mejores amigas de Lancaster, antes de que mis padres se separaran y mi vida cambiara por completo. Llevaba años sin saber nada de ella. Era sorprendente encontrármela allí, con un niño. Sin embargo, cuando Mandy se abrazó a mí ante el asombro de su hijo, me di cuenta de que se alegraba mucho.

–¡Estás fantástica! –exclamó, con una enorme sonrisa–. No has cambiado nada. ¡Vaya!

–Tú sí –dije yo, sonriendo y señalando al niño que se había aferrado a su pierna–. ¿Es tuyo?

Ella lo tomó en brazos con orgullo.

–Sí. Este es Tyler. Di «hola».

Tyler escondió la cara en el cuello de su madre. Yo no me ofendí.

–Bueno, ¿y estás viviendo en esta zona?

–Sí. Mi marido y yo nos mudamos aquí hace varios meses. Él es funcionario, y yo estoy cuidando del niño, en casa. ¿Y tú?

–Yo trabajo en el Morningstar Mocha. Seguramente, no lo conoces.

–¡Claro que sí! Tengo que ir algún día. ¿Vives todavía con...?

–¿Vic? Sí. Y con su mujer, Elaine. Tienen dos hijos. Cap no. Se ha mudado.

–Ah, Cap –dijo Mandy, riéndose–. ¿Cómo le va?

–Muy bien. Le va muy bien. ¿Por qué no te pasas por el Mocha? –le dije yo–. Sería estupendo que nos pusiéramos al día.

–Sí, voy a ir –dijo ella, aunque creo que las dos sabíamos que, seguramente, no iba a hacerlo.

Había pasado el tiempo, y nuestras vidas habían cambiado. Ella tenía un marido y un hijo, y yo seguía soltera. Esas cosas se interponen entre la gente a medida que pasan los años.

–Bueno, ahora tengo que irme. Tyler está a punto de quedarse dormido. Cuídate, Tesla. Me alegro mucho de haberte visto.

–Yo también –dije, y la vi marchar.

Yo nunca había querido lo que, seguramente, Mandy ya tenía: un matrimonio, hijos, una hipoteca, un perro. Sin embargo, allí estaba

otra vez la envidia, cosa rara. La envidia se te mete en el alma sin previo aviso, de golpe. La envidia puede tener el sabor de los caramelos que compras porque, de repente, te hace falta algo dulce.

Capítulo 7

Esta es una historia que nunca le había contado a Meredith.

Al final de mi último año de instituto, cuando Cap estaba en octavo, mi padre llegó un día a casa y se encontró a mi madre en la cama con uno de los compañeros de la facultad. Aunque el suyo era un matrimonio liberal, mi padre debió de sentirse engañado, porque recogió sus cosas y se marchó sin decir adónde. Como ya no íbamos a volver a The Compound en el verano, mi madre decidió hacer un viaje en coche a través de Estados Unidos, con su nuevo amante, en un viejo Volkswagen Golf.

Aunque Cap y yo no teníamos ningún problema con su nuevo novio, no queríamos atravesar el país en un Golf viejo. Mi madre, que era un espíritu libre y algo voluble, también era la más responsable de nuestros dos progenitores, y no estaba dispuesta a dejarnos solos en casa, aunque ya tuviéramos diecisiete y catorce años y pudiéramos cuidarnos solos. Se empeñó en que fuéramos con ellos. Nosotros no queríamos. Así que hice lo que habría hecho cualquier adolescente que estaba entre la espada y la pared: me escapé.

No tuve que ir muy lejos, y me llevé a mi hermano. Sabía dónde podía encontrar a Vic, y esperaba poder contar con él. Aparecimos en la puerta de su casa con la ropa que llevábamos puesta y doscientos dólares que yo había tomado de la cómoda de mi madre.

Vic nos acogió. Se quedó sorprendido al vernos, pero nos acogió. Mi madre terminó quedándose en California, que fue donde se rompió el coche de su amante. Todavía vive allí. Mi padre dio señales de vida desde Brasil. Allí había encontrado otra comunidad como The Compound, donde podía vivir todo el año, y trabajar dando clases de inglés en el pueblo de al lado.

Vic me había ayudado cuando lo necesitaba, y no tenía nada que

ver con el sexo. Tenía que ver con la clase de tipo que era Vic, que siempre había sido Vic.

Yo lo envidiaba.

Meredith me había dicho que yo iba por lo que quería. Que no tenía que responder ante nadie, y que podía hacer lo que quisiera. En cierto modo, tenía razón. Yo tenía un trabajo, sí, y tenía responsabilidades en casa de Vic y Elaine. Tenía que pagar facturas. Sin embargo, no tenía convicciones, y nadie acudía a mí cuando tenía problemas. Yo ya tenía veintiséis años y vivía en un sótano, no porque no pudiera irme a vivir sola, sino porque era más fácil quedarme allí que mudarme.

Eso no era, precisamente, el retrato de alguien salvaje.

Cuando llegué a la cafetería, Meredith estaba otra vez convenciendo a la gente para que le contaran historias. Lo supe en cuanto entré por la puerta y la vi sentada en su mesa favorita, riéndose. Y parecía que los demás también lo estaban pasando bien.

Ella me saludó con la mano.

—¡Aquí está Tesla!

Yo agité la mano en respuesta a las tazas alzadas de todo el mundo. Meredith sonrió, pero yo no me detuve en su mesa. Ella estaba ocupada hablando, y yo tenía que trabajar.

—¿Y qué tiene de especial? —me preguntó Darek, cuando entré detrás del mostrador.

Yo fingí que no entendía lo que quería decirme.

—¿Quién? ¿Meredith?

—Sí. La reina Meredith, allí sentada, rodeada por sus...

—¿Súbditos?

—No, no. Sus servidores.

—Bueno, dicho así, parece que es una señora del mal.

—Sí. ¿Qué tiene de especial?

—No lo sé. Es... No lo sé. Algunas veces, no se sabe, Darek.

Él gruñó. Yo miré a Meredith, cuya risa captó mi atención. Ella se pasó la mano por el pelo rubio y se lo colocó a la perfección.

De nuevo, envidia.

Envuelta en la luz del sol de la tarde, que entraba por la ventana,

tenía tanta belleza que con solo mirarla me dolía el corazón. No era solo guapa, y no era solo sexy. Era parecida a algo que se pone en la estantería más alta, para ser admirado y adorado. Algo que se anhelaba, pero no que se podía poseer.

Se me debió de escapar un suspiro, porque Darek me miró comprensivamente.

–Te gusta.

Yo me giré hacia él.

–Mírala.

–Sí, ya la miro –dijo mi compañero–. A ella le gusta que la gente la mire.

–¿Y a quién no? –le pregunté, mientras me ataba el delantal alrededor de la cintura y me atusaba el pelo–. ¿Acaso no nos gusta a todos que los demás se fijan en nosotros?

–Supongo que sí.

La miré a ella y, después, me volví de nuevo hacia Darek.

–¿Es que no te cae bien?

–Sí, me cae bien –dijo él, sonriendo–. Además, las señoras casadas son mi especialidad. Pero tú la has visto primero.

Me eché a reír. Darek hablaba mucho, pero, en todo el tiempo que llevábamos trabajando juntos, yo nunca me había enterado de que hubiera tenido una aventura con una mujer casada.

–Solo somos amigas. Ella no es... ya sabes.

–¿Y tú sí?

Me encogí de hombros mientras empezaba a comprobar el estado de las tartas que había en la vitrina. Había algunas que tendríamos que desechar al final de la jornada, si no se vendían.

–Algunas veces. De vez en cuando. Y eligiendo bien.

–¿Cuántas?

Me giré.

–¿Umm?

Darek estaba muy intrigado.

–¿Cuántas chicas?

–Este sitio –le dije yo, con algo de sequedad– se ha convertido en un lugar lleno de lascivia.

–¿Y quién es la culpable? –preguntó Darek, señalando con la barbilla la mesa de Meredith.

–Pfff... No puedes echarle a ella la culpa de todo. ¡Tú eres el que me está interrogando sobre mi vida sexual! Ya le he contado a Meredith que...

–¿Sí? –preguntó él. Tenía la lengua fuera, y los ojos muy abiertos.

–Vamos, cierra la boca. No se trataba de acción chica-chica.

Darek se quedó un poco desilusionado, pero volvió a animarse enseguida.

–Entonces, ¿sobre qué era?

Yo no iba a contarle nada de los Murphy. El hecho de haber revisado aquel capítulo de mi vida ya me había causado suficiente agitación en el cerebro.

–Nada de tu incumbencia. Vamos a ver, ¿te pregunto yo por tu vida sexual?

–Puedes preguntarme –dijo él–. Pero... solo tengo curiosidad, Tesla, nada más.

–¿Por mi historia de lesbianismo? Típico de un tío –dije yo, riéndome–. Tuve una novia formal. Salimos durante cuatro meses, pero al final me dejó por la guitarrista de un grupo folk que llevaba camiseta de tirantes todo el año y tenía un tatuaje del símbolo femenino en el pubis.

Su expresión lo dijo todo.

–Sí, eso pensé yo también.

Darek hizo una mueca.

–¿Y nada más? ¿Eso es todo lo que has hecho?

–Pero bueno –le dije yo–, ¿es que piensas que he tenido una larga lista de novias, y que estoy dispuesta a contártelo todo con detalle?

–Pues...

Yo suspiré.

–Lo siento –dijo Darek–. Es que pensaba que, tal vez, había sido algo más excitante.

Yo suspiré otra vez, con exasperación.

–¿Y por qué?

–Porque parece que tu vida ha sido emocionante, Tesla, nada

más. Por el amor de Dios. ¡Lo siento!

Una chica salvaje. Me toqué la garganta y palpé el colgante que llevaba, un arcoíris con una estrella al final. Aquel día, llevaba una camisa con una fotografía impresa de la portada del disco *Sticky Fingers*, de los Rolling Stones. Era la entropierna de un tipo. También llevaba unas mallas negras con calentadores de colores, y unas bailarinas negras. Me había puesto brillantina en el pelo. Era poco convencional, sí, pero no demasiado emocionante.

–Bueno, pues no he tenido una vida tan frenética –dije.

Darek miró hacia la mesa del grupo de clientes que se estaban riendo.

–Tal vez debieras decírselo.

–¿El qué? –pregunté. Fruncí el ceño. Ojalá entrara alguien y pidiera algo, o apareciera Joy y comenzara a gritarnos. Cualquier cosa, con tal de que aquella conversación cesara–. Ah, eso. Bueno, solo es un encaprichamiento. Ya me ha ocurrido antes. Eso pasa, Darek.

–No sé.

–¿Es que nunca te has encaprichado de nadie? –pregunté yo, poniendo los ojos en blanco–. Por favor. Me he dado cuenta de cómo miras a esa chica pelirroja que suele venir.

–Sí, está muy buena. Pero yo no estoy encaprichado con ella.

–Ya, claro –respondí yo–. ¿Vas a decirle que te gusta? ¿Vas a pedirle que salga contigo?

–Tiene novio.

–Bueno, entonces ahora lo entiendes –le dije yo–. Es mejor estar encaprichado en silencio.

No se quedó muy conforme con eso, pero tampoco me contradijo. Entonces, por fin, uno de los admiradores de Meredith se separó del grupo, se acercó al mostrador y pidió un trozo de tarta y otro café, así que nosotros dos tuvimos algo que hacer y pudimos dejar de hablar.

Después hubo bastante gente, así que Darek y yo tuvimos tanto trabajo que no continuamos conversando sobre el lamentable estado de nuestra vida amorosa. Cuando terminamos, me imaginé que

Meredith ya se habría marchado, pero al hacer una ronda por el local para retirar servilletas y tazas usadas de las mesas, me di cuenta de que seguía sentada en su sitio.

El sol había cambiado de posición, y ella estaba sola, pero seguía tan bella como antes. Tenía una expresión pensativa, y estaba tecleando algo en su ordenador. Me quedé mirándola. Se había metido el pelo detrás de las orejas, y llevaba unos pendientes de perlas sencillos y elegantes. Tenía ligeras arrugas alrededor de los labios y en los ojos, pero eso no disminuía su belleza.

Me sorprendió mirándola.

–Hola.

–Ah, hola. Sigues ahí. No puedes separarte del café *caramel crunch*, ¿eh? –dije yo, señalando hacia el mostrador donde estaban las cafeteras de autoservicio.

–Estoy repleta de cafeína –dijo ella, mostrándome la taza vacía–. Pero hoy he amortizado todo mi dinero, sin duda.

–Joy te va a cobrar alquiler –dije yo, mirando hacia la barra. Joy estaba sirviendo a Eric, y le estaba sonriendo con coquetería–. Vaya, este chico es capaz de ligarse hasta a Joy.

Meredith cerró su ordenador.

–Es por su sonrisa. Creo que puede ligarse a cualquiera.

–Sí –dije yo, afectuosamente, mientras veía a Eric tomar su plato y su taza, ir hacia su mesa y abrir el periódico.

–Hoy te has perdido algunas historias muy buenas –dijo Meredith–. No sabes hasta dónde puede llegar la gente.

–Seguro que me lo imagino. ¿Quieres que me lleve tu taza y tu plato? –le pregunté–. ¿Qué tal estaba la tarta de manzana?

–Tesla –murmuró ella.

Yo me detuve con la mano a medio camino hacia la taza.

–¿Ummm?

–Deberíamos hacer algo.

Hice un esfuerzo, y tomé la taza y el plato, aunque entrechocaron entre sí.

–¿A qué te refieres?

–A hacer algo divertido fuera de este lugar –dijo ella–. Sin que tu

jefa nos esté vigilando.

–Claro. Sería genial –dije yo.

–¿A qué hora sales mañana?

–Mañana entro pronto a trabajar, así que salgo a las tres.

–¿Te apetecería que fuéramos a cenar, o algo así? También podríamos ir a un club –dijo Meredith, e hizo una pausa–. Es viernes por la noche. ¿No has quedado ya? ¿Tienes alguna cita?

–¿Yo? No –dije, y me eché a reír.

–Bien –respondió Meredith–. Pues ahora, sí la tienes.

Capítulo 8

–Estás muy guapa –me dijo Simone, que me estaba observando atentamente mientras me pintaba los ojos–. ¿Puedo yo también?

–¿Tú también quieres estar guapa? –pregunté, y me giré hacia ella desde el espejo. Simone tenía el pelo rubio y los ojos azules, muy grandes. Era idéntica a Elaine. Sin embargo, tenía algo de su padre en la expresión de la boca cuando quería algo. Le mostré el estuche de sombras de ojos con una mano y, con la otra, sujeté la brocha–. ¿Azul o verde?

–Me gusta la que brilla.

Yo miré el tubo de pintura para ojos líquida. Tenía brillantina, y Simone se había fijado en ella.

–Es un poco exagerada para ti, nena. Ensucia mucho, y...

Su hermano pequeño era capaz de enrabiarse a conciencia, pero Simone, no. Sin embargo, sabía poner un mohín muy bueno, y con aquella boquita fruncida con tanta habilidad, yo no era capaz de negarle nada. Suspiré.

–Tu madre se va a enfadar conmigo.

Era más probable que fuera su padre quien me echara una bronca por pintar a su hija de cuatro años, pero Vic tampoco era mejor que yo a la hora de negarle a Simone lo que quería. La niña suspiró y se encogió de hombros. El mohín no desapareció.

–Bueno. Ven aquí –dije yo, y tomé el tubo de la repisa–. Pero tienes que prometerme que después te vas a duchar sin quejarte, ¿entendido? Porque es muy importante quitarse todo el maquillaje de la cara antes de acostarse.

–Sí, para que no te salgan granos –dijo Simone, con la sonrisa de una niña que sabía que se había salido con la suya.

–Sí, eso es. Nada de granos. Vamos, siéntate aquí.

La puse sobre el borde del lavabo, y ella comenzó a dar pataditas con los talones en el armario que había debajo, hasta que la miré con severidad y dejó de hacerlo. Le dije que cerrara los ojos. Después, le pinté los párpados con la pintura brillante. Era un cosmético barato, pero, como todo lo que tenía brillo, a mí me encantaba. Y a Simone también. Ella canturreó alegremente mientras le hacía un dibujito en la mejilla con otro lápiz de ojos distinto. Su padre no iba a quejarse de eso, porque era como pintarse para un carnaval.

–Bueno, ya está. ¿Qué te parece?

Ella se giró para mirarse al espejo, y sonrió.

–¡Me gusta la flor!

–Muy bien. Pues, ahora –dije yo, poniéndola en el suelo–, largo, nena, que tengo que arreglarme.

–Tienes una cita, ¿verdad? –dijo Simone–. Eso es lo que le ha dicho papá a mamá.

–¿Ah, sí? –pregunté yo, y fruncí el ceño. Solo un poco. Me miré al espejo.

–Sí.

–Bueno... sí. Tengo una cita.

–¿Y vas a besarlo?

Yo me giré para mirarla.

–¿De dónde te has sacado eso?

–De la tele –dijo Simone.

–Deberías leer más –murmuré yo, aunque era absurdo, porque la niña ni siquiera había llegado a preescolar–. Vamos, vete. Sal de aquí. Estoy ocupada.

Ella se marchó de mala gana. Parecía que mis preparativos para salir le interesaban más que la televisión. En la planta de arriba se oyeron pasos apresurados y gritos de bienvenida; Vic acababa de llegar a casa. Seguramente, yo también tendría que verlo antes de salir.

Y, por supuesto, me los encontré a todos en la cocina cuando subí del sótano. Elaine estaba haciendo macarrones junto al fuego. Me observó de pies a cabeza, pero no dijo nada. Vic soltó un resoplido y agitó la cabeza. Sin embargo, tampoco dijo nada, lo cual

me daba a entender muchas cosas. En el pasado, había muchas ocasiones en las que no había podido mantener la boca cerrada. El matrimonio lo había suavizado.

–Que te lo pases bien –dijo Elaine, mientras servía macarrones en el plato de Max–. Y ten cuidado.

Yo me eché a reír. El hecho de ir a aquella cita era exactamente lo contrario de «tener cuidado».

–Llegaré tarde. No me esperéis despiertos.

–Te dejaremos la luz encendida –dijo Vic.

–Muchas gracias –respondí, apretándole el hombro.

–Cap ha dicho que tu coche estará arreglado mañana mismo –dijo él, mientras subía el plato para recibir su ración de macarrones, y me miró fijamente–. Puedo llevarte a trabajar por la mañana, si quieres.

Aquella era su forma de preguntarme si iba a volver a dormir a casa. En primer lugar, no era asunto suyo, en realidad. En segundo lugar, yo no creía que tuviera una oferta diferente. En tercer lugar, de todos modos tenía el coche de mi hermano, así que me limité a sonreír y le guiñé un ojo, respuesta que iba a fastidiar mucho a Vic. Elaine, sin embargo, se echó a reír. Para ser alguien que lo quería tanto como para casarse con él y tener hijos con él, a Elaine le gustaba mucho bromear.

Era bueno para Vic, el hecho de que le tomaran tanto el pelo. Y que lo quisieran tanto.

–Hasta luego –dije, y salí por la puerta antes de que pudieran agarrarme algunas manitas pegajosas.

Meredith había dicho que era una cita y, aunque suponía que no lo decía en el sentido literal, yo me había vestido adecuadamente. Tenía el corazón acelerado, y estaba tan impaciente como si fuera una cita de verdad. Quizá, más.

Habíamos quedado en The Slaughtered Lamb porque, según Meredith, tenían un pastel de carne delicioso y había música en vivo. Tocaba un grupo irlandés que yo no conocía. El local estaba en una

calle secundaria, algo apartado de la zona de bares y clubs, así que yo no iba mucho por allí.

Por el contrario, parecía que Meredith sí lo frecuentaba, porque el tipo de la puerta la saludó efusivamente y la camarera sonrió cuando nos llevó a nuestra mesa. Meredith se sentó en su asiento y se sacó los guantes de cuero con un suspiro de alivio por haberse librado del frío, mientras yo pensaba seriamente en no quitarme los mitones para que no se viera cuánto me temblaban los dedos.

–Hola, guapa –dijo Meredith, cuando la camarera nos entregó la carta y se marchó–. Me gusta tu pañuelo.

No era nada del otro mundo, solo un pedazo de seda que me había atado a un lado de la garganta, por encima del escote barco de la camisa. Sin embargo, me lo toqué cuando ella lo admiró.

–Me recuerda al de un marinero de los años cincuenta –dijo ella–. Al estilo de Audrey Hepburn.

Aquella era la imagen que yo había estado buscando, y me había maquillado para conseguirlo.

–Gracias.

Y, después de eso, todo fue bien.

Sobre todo, por ella. Qué fácil era estar en su compañía. Allí era diferente que en el Mocha. Un poco menos brillante, un poco más suave, con una voz más baja, de modo que yo tenía que inclinarme hacia delante para oír lo que estaba diciendo, aunque nunca tuve ni el más mínimo problema para oír su risa.

Me gustaba hacer que se riera.

–¿Sabes? –me dijo, cuando yo terminé de contarle cuál era la situación entre mi hermano y su compañera de piso–. Tienes un gran talento para contar historias. No sé por qué te resistes tanto a hacerlo en el Mocha.

–No quiero compartir mis secretos con extraños. Entonces, dejarían de ser secretos.

–¿Y por qué tienen que ser secretos?

Yo pasé el tenedor a través del puré de patata que había quedado en el plato. Meredith estaba en lo cierto con respecto al pastel de carne.

–Todos los días tengo que ver a esa gente en mi trabajo. No quiero que sepan nada sobre mi vida sexual.

–Pero no hablamos solo de sexo. Hablamos de muchas cosas – dijo Meredith. Ella solo se había comido la mitad de su ración y, en aquel momento, apartó el plato con los dedos.

–De todos modos, ¿por qué te gustan tanto los secretos y las historias?

Ella se encogió de hombros.

–No lo sé. Siempre me ha gustado saber cosas sobre la gente. Supongo que puede decirse que soy... una coleccionista.

–¿De qué?

–De gente. De gente interesante.

–¿Y cómo lo haces?

–Los observo para ver si parecen interesantes. Eso no se puede saber siempre desde el principio.

Asentí.

–No, claro que no.

–Así que hablo con ellos. Si son interesantes, consigo que hablen de sí mismos, Tesla –dijo ella, y sonrió–. Es lo que hace la mayoría de la gente, de todos modos.

Pensé en el grupo de gente que se reunía siempre a su alrededor en el Mocha. Seguramente, yo tenía un aspecto poco interesante en el trabajo, donde Joy se las arreglaba para atajar cualquier intento de creatividad.

–¿A mí me has coleccionado?

–Estoy haciendo todo lo que puedo –respondió Meredith, y me miró sonriente, ladeando la cabeza–. Yo no soy una extraña, ¿verdad?

Yo no estaba muy segura de lo que era, pero no era una extraña.

–No.

Miró a su alrededor, por el bar. Aunque estaba bastante lleno, había privacidad.

–Y tú no estás en el trabajo –continuó ella.

–Gracias a Dios.

En aquella ocasión, fue Meredith quien se inclinó hacia delante.

–Entonces, dime una cosa, Tesla.

–¿Qué quieres saber?

–¿Cuáles son las mejores relaciones sexuales que has tenido?

–Tú primero –dije yo.

–Las mejores relaciones sexuales que he tenido son siempre las últimas que he tenido –me respondió Meredith–. Si no, ¿qué sentido tiene?

–Qué afortunada –murmuré.

Ella se inclinó aún más hacia mí. La mesa tenía el espacio justo para que cupieran nuestros platos y nuestros vasos, y como yo ya estaba un poco inclinada hacia delante, estábamos muy cerca la una de la otra. A ella se le habían dilatado las pupilas.

–Bueno, cuéntame –me dijo.

Y, una vez más, yo se lo conté.

Capítulo 9

Se llamaba Melissa. Tenía dos años más que yo y, al contrario que otros amantes que haya tenido, fue ella quien se insinuó primero. Estábamos de camping, a finales de otoño, cuando las hojas se estaban volviendo de colores y no había demasiados excursionistas, y yo tenía unos amigos a quienes les gustaba ir al bosque y emborracharse.

Ella tenía el pelo oscuro, muy largo y muy espeso. Incluso ahora recuerdo el peso de su melena sobre mí, cálida como si fuera una manta, cuando dormíamos juntas. También tenía los ojos oscuros, y rasgados, cosa que acentuaba con el lápiz de ojos.

Teníamos amigos comunes y nos habíamos visto más veces, pero nosotras no éramos amigas. Cuando llegamos a las cabañas que habíamos alquilado para el fin de semana, todo el mundo empezó a emparejarse; algunos ya eran parejas, y otros eran amigos que habían decidido dormir en el mismo sitio. A mí no me importaba compartir la habitación con un chico, pero no quería compartirla con Shawn, que tenía problemas de higiene. Kent tenía una risa nerviosa y mucho acné, cosa que no habría sido ningún problema de no ser porque corría el rumor de que yo le gustaba. A mí no me apetecía tener que cortar en seco sus insinuaciones y estropear el fin de semana rechazándolo. Yo no conocía a las otras tres chicas, Cindy, Dee y Tina, de antes de la excursión, así que cuando Melissa me preguntó si quería compartir habitación con ella, le dije que sí.

–Nos ha tocado una habitación con una sola cama –dijo ella, como si estuviera sorprendida–. Espero que no te importe.

No, no me importaba. Dejamos nuestras cosas allí y nos encaminamos hacia la hoguera, donde había mucha cerveza y comida. Ella se sentó muy cerca de mí en el tronco que hacía las veces

de banco, pero había mucha gente, y no demasiados sitios, así que no me extrañó.

No me di cuenta de que yo le gustaba a Melissa hasta que fuimos a dar un paseo por uno de los senderos de la zona que, según Scott, uno de los organizadores de la excursión, llevaba a una cascada preciosa. Melissa me tomó de la mano y entrelazó sus dedos con los míos; yo me quedé asombrada.

–¿Te parece bien? –me preguntó. Yo noté el calor de la palma de su mano.

–Claro –dije yo.

Y era cierto, en realidad. Hasta ese momento, yo no podía haber dicho que me gustaban las chicas, porque no lo sabía...

Había dejado atrás a los hermanos Murphy y a Vic. Había tenido otros novios, pero nada serio. Nadie que me hubiera hecho sentir tanta emoción como Melissa cuando me tomó de la mano.

Dormimos juntas, en la misma cama, todo el fin de semana. Aunque yo me quedaba despierta para escuchar el sonido de su respiración mientras ella se dormía, y esperaba a que ella me acariciara, Melissa no lo hizo. No era tan rápida como para eso, según me dijo la última mañana que pasamos allí, cuando rodó por la cama hacia mí, y las dos nos miramos a los ojos.

–No estoy en esto solo para divertirme –dijo–. Quiero que estés segura de que es lo que deseas.

Para entonces, sí era lo que quería. La deseaba. Lo que sentía había pasado de ser curiosidad a un deseo ardiente que hacía que me hirviera la sangre. Sin embargo, no sabía cómo insinuarme a una chica. No tenía miedo de que me rechazara, pero era como volver a ser virgen. No sabía dónde poner las manos, ni cómo ladear la cabeza para besarla.

Estuvimos quedando durante dos semanas más antes de que me besara. Me pareció una eternidad. Y, cuando por fin lo hizo, descubrí que su boca era suave, muy suave, muy diferente a la de un chico, que podía quedarme allí sentada, con los ojos cerrados, y dejar que ella lo hiciera todo.

–Puedes besarme también –dijo, con una sonrisa.

Y lo hice.

Cerré los ojos y abrí la boca, y besé a Melissa con toda mi alma. Me perdí en su sabor a brillo labial de fresa, en el perfume de su champú y en el peso de su pelo en mis manos. Y, sobre todo, en su suavidad.

Su vientre era blando y curvado, firme, pero no musculoso. La piel de sus brazos era como el satén. La columna de su cuello no tenía nuez que pudiera distraerme. Sus mejillas eran lisas, sin barba. Era completamente suave, blanda y dulce, y me abandoné a las sensaciones mientras nos besábamos. Ella se tomó su tiempo conmigo, y yo no sabía qué hacer.

–Relájate –me susurró Melissa–. Tenemos toda la noche.

Y la utilizamos entera. Yo había exigido varios orgasmos a los chicos con los que me había acostado en el pasado, pero cuando ellos llegaban al clímax, todo terminaba. Con Melissa, las cosas no fueron así. Ella me hizo el amor con las manos y con la lengua, hasta que estuve al borde del orgasmo.

Melissa fue la primera persona que me hizo llegar al orgasmo con la lengua. Yo subí, subí y subí hasta que toqué el cielo. Y después, otra vez, hasta que me desmoroné. Yo tenía la costumbre de llorar durante las relaciones sexuales, pero lloré un poco de lo bien que me sentía.

Eso también le pareció divertido. Como mi torpe intento de hacerle lo mismo a ella; Melissa estaba dispuesta, y yo tenía una idea aproximada de lo que podía funcionar con una mujer, porque sabía lo que funcionaba conmigo. Pero fui demasiado brusca, demasiado rápida.

–Con más suavidad –me dijo, sujetándome la cara entre las manos, mientras yo la miraba–. Piensa en las mariposas, no en las abejas.

Al final, conseguí hacer que su clítoris vibrara bajo mi lengua, y que su vagina se contrajera alrededor de mis dedos. Aprendí a llevarla al orgasmo y volverlo a hacer, casi sin pausa, y ella tuvo un clímax tan fuerte que la cama tembló, y Melissa gritó.

–Y esas –le dije a Meredith– han sido las mejores relaciones

sexuales que he tenido en mi vida.

Capítulo 10

Había embellecido la historia. No había mentido, pero había dado algunos detalles que, en otra situación, tal vez hubiera omitido, porque quería ver qué hacía ella. Me sentía un poco presionado por Meredith en su búsqueda de narraciones. Y me había fastidiado un poco que ella se jactara de haber besado a una chica.

Pero, sobre todo, quería que supiera que yo era una mujer que sabía proporcionarle orgasmos a otra mujer. Que podía recorrer todo el camino, hasta el final.

–¿Qué ocurrió? –me preguntó.

Me eché a reír, con cierta lástima, aunque también con buen humor.

–Ah... Bueno, después de cuatro meses, me dejó.

–¿Por otra mujer?

–Sí, claro. Melissa nunca ha salido con tíos. Nunca.

Meredith se mostró comprensiva.

–¿Y por qué te dejó? Qué asquerosa.

Yo también lo había pensado entonces.

Melissa me lo había dicho con claridad, eso tenía que reconocerlo.

–En serio, Tesla, ¿tú te ves pasando el resto de tu vida conmigo? ¿Teniendo hijos, y todo eso? Porque, cuando tenga una relación seria, quiero que sea para siempre. Con alguien como yo.

–¿Y qué significa eso? –pregunté yo, que me sentía muy ofendida.

–Ya sabes lo que significa –dijo ella.

Y así terminó todo. Melissa se emparejó con alguien como ella, significara lo que significara eso.

–La última vez que tuve noticias tuyas, seguía con su pareja. Y

tenían dos niños. Supongo que encontró lo que estaba buscando.

–Pero... ¿qué quería decir? –preguntó Meredith–. ¿Alguien como ella? ¿Alguien más... gay?

Me encogí de hombros y tomé el vaso para beber. Después, miré a Meredith.

–Supongo que sí.

–¿Es que tú no le habías demostrado que eras lo suficientemente gay? –preguntó ella.

–Yo no soy lesbiana. Tampoco soy heterosexual –dije yo, porque me parecía importante explicarlo–. Y tampoco tengo una personalidad salvaje.

–Has hecho muchas cosas... –dijo Meredith, como si yo no hubiera hablado–. Y yo no he hecho nada.

Me eché a reír.

–Tú has besado a una chica, y te ha gustado.

A ella le brillaron los ojos. ¿Fueron imaginaciones mías, o me miró la boca y se humedeció los labios? Tal vez no.

–Eso no fue nada –dijo.

–Querías escuchar una historia –dije yo, encogiéndome de hombros–. No es un secreto. Pero era la verdad.

–Por esta historia merece la pena pagar el precio de la cena.

Yo no sabía que mis palabras pudieran tener ese valor.

Meredith alargó el brazo por encima de la mesa para tomarme de la mano.

–Tesla, cariño, no te preocupes por eso. Además, la persona que pide la cita es la que tiene que pagar, ¿no?

Entonces, me sonrió para demostrarme que no hablaba en serio. Por lo menos, sobre la cita.

No tuvo que esforzarse mucho para convencerme de ir a bailar. Yo trabajaba en el turno de noche al día siguiente, cosa que era un asco los sábados, pero que agradecía mucho al no tener que trabajar el domingo por la mañana. Cuando llegamos al club, el Pharmacy, había cola para entrar. Era un local muy popular, porque daban buenos cócteles, había música en directo y tenían dos plantas con música de baile. Mostramos nuestros carnés de identidad y pasamos.

A Meredith no le interesaba el piso inferior, donde tocaban los grupos. Miró hacia la barra del bar, donde había un chico que ya estaba borracho, y una camarera con poca ropa y lista para echarle más alcohol en la boca si estaba lo suficientemente sobrio como para poder inclinar la cabeza hacia atrás.

Meredith puso los ojos en blanco y señaló las escaleras. No servía de nada hablar allí. Yo empecé a seguirla entre la multitud, pero un par de chicas de una despedida de soltera se pusieron entre nosotras. Ella se volvió para ver si yo estaba allí, y yo fruncí el ceño ante la intrusión; entonces, ella rodeó a las chicas y me tomó de la mano. Nuestros dedos se entrelazaron, y Meredith se giró de nuevo hacia las escaleras.

Así, no tuve ningún problema para seguirla.

Aquel gesto no significaba nada. Tampoco el hecho de que ella no rompiera el contacto cuando llegamos al piso superior. Allí, la pista de baile estaba menos abarrotada, y Meredith podía haberme soltado. Yo sabía que no debía hacerme ilusiones y esperar que ella sintiera interés por mí, aunque hubiera besado a una chica.

–¿Te apetece tomar algo? –me preguntó ella, al oído. Noté su respiración cálida, y el roce de sus labios en la oreja hizo que me estremeciera.

Meredith olía a perfume caro y delicioso. Yo negué con la cabeza, y ella se apartó para mirarme a los ojos, con la cabeza ladeada. Las luces de colores de la discoteca se reflejaban en su rostro. Ella no me había soltado la mano, y me apretó los dedos suavemente. Se inclinó hacia delante para dejar pasar a alguien por detrás.

–¿Seguro que no? ¿Ni una cerveza?

–No, gracias –respondí. Separé suavemente mis dedos de los suyos, y me puse a mirar a mi alrededor, fingiendo que me interesaba la gente–. Ve tú.

Vaya, mierda. Tenía que haberme ofrecido a invitar a la cerveza, puesto que ella me había invitado a cenar. Sin embargo, Meredith ya estaba inspeccionando el bar, y señaló con la cabeza a un tipo mayor que estaba apoyado en la barra, con un vaso en la mano.

–Te va a invitar él –me dijo ella–. Yo puedo convencerlo.

Me reí. No tenía ninguna duda de que Meredith podía conseguir que aquel extraño nos invitara a lo que quisiéramos.

–De acuerdo.

Al instante, se marchó. Yo observé mientras ella desplegaba su encanto para engatusar al tipo de la barra. Se le daba muy bien. Echó hacia atrás la cabeza, riéndose, agitando la melena. Incluso alzó la mano y mostró su alianza, diciéndole al hombre que no con el dedo. Aunque, por su forma de mirarme, supe que tenía al tipo exactamente donde quería. Seguramente, lo había convencido de que invitarnos a la cerveza había sido idea suya.

Al poco tiempo, volvió hacia mí con un mojito en una mano y una cerveza en la otra. Él la observó durante todo el camino, casi con la lengua fuera. Ella me puso la botella fría en la mano, y me sonrió con los ojos brillantes.

–Vamos, bebe –dijo–. Y, después, a bailar.

Aquella noche parecía que todos los hombres estaban interesados en observar el fenómeno cultural de la fiesta de despedida de soltera. Ciertamente, aquellas mujeres estaban dando un espectáculo. Había tres celebraciones distintas y en cada uno de los grupos, todas llevaban la misma camiseta, se habían puesto coronas o collares de penes y se habían apoderado de la pista. No había mucho espacio para que los hombres pudieran bailar.

Sin embargo, Meredith consiguió abrirse paso, mirándolas con desdén, e imitó la forma de bailar de una de las novias con cara seria. Ninguna de sus amigas se dio cuenta de que era una burla.

Meredith me miró cuando el segundo grupo comenzó a acercarse. Eran las mujeres que llevaban collares de penes, y resultaban ligeramente más desagradables que el resto. Les ofrecían collares de caramelo a los hombres para que mordieran una de las piezas, a cambio de un dólar. Era una forma fácil, aunque torpe, de sacarse un dinero.

A Meredith no le pareció divertido.

–Zorras –me dijo, al oído, y tiró de mí para que nos fuéramos hacia el borde de la pista.

Aquel desdén me hizo reír de nuevo.

–Solo se están divirtiendo. ¿Es que tú no hiciste despedida de soltera?

–Claro que sí, con *stripper* incluido. Pero fue en privado –dijo, frunciendo el labio–. Dios Santo, míralas. Ahora se están manoseando.

Las miré. Dos de ellas se estaban frotando la una a la otra al ritmo de una canción supuestamente sexy. Me eché a reír.

–Lo están pasando bien.

–Son unas ridículas.

A mí me parecía que el verdadero problema era que las chicas estaban llevándose toda la atención de la gente, y no le dejaban nada a ella. Estoy segura de que eso no ocurría a menudo en su vida. Al menos, yo nunca lo había visto. Cuando Meredith pasaba por un lugar, todos se volvían a mirarla.

Como cada vez se oían más silbidos, nos giramos. Las chicas que se estaban manoseando y frotándose se habían colocado una delante de la otra, y la que estaba detrás le daba azotes con una mano e imitaba los movimientos de un cowboy con la otra. Las dos estaban a punto de caerse de la risa, y de haber bebido demasiado.

–Ni siquiera intentan resultar sexis –dijo Meredith–. Son unas idiotas.

–Bueno, Meredith, si no quieres bailar aquí, podemos ir a otro sitio –dije yo.

«O irnos a casa», pensé, conteniendo un bostezo. Al contrario que Meredith, que podía dormir todo lo que quisiera, a mí iban a despertarme antes de lo que quería, con toda seguridad.

–¡Un dólar por mordisco! –gritó una de las chicas escandalosas, mientras tiraba de la muñeca de la novia hacia delante–. ¡Eh! ¡Atención! ¡Un dólar por mordisco!

–Les daría diez con tal de que sacaran su trasero gordo de la pista –dijo Meredith y, antes de que yo pudiera contestar, se había girado hacia ellas con un billete de diez dólares en la mano–. ¿Qué me dais por diez pavos?

Las chicas se estaban riendo como locas. La que sujetaba la mano de la novia le arrebató el billete a Meredith y lo agitó por el

aire. Todo el mundo prorrumpió en vítores.

–¿A dólar por mordisco? Será mejor que te prepares –dijo Meredith, o eso me pareció oír. Sin embargo, la música estaba tan alta que tal vez estuviera equivocada.

Aquella pobre novia no esperaba lo que se le venía encima. Meredith la tomó de las caderas, ciñó su vientre contra el de ella y metió un muslo entre sus piernas. La idea del juego era morder y chupar los colgantes de caramelo que tenía el collar de la novia, y Meredith, que había pagado para morder diez, iba a sacar todo el provecho de su dinero. Pasó los labios por el collar, pero no se molestó en probar el caramelo, sino que encontró la garganta de la novia, que estaba debajo. La agarró con fuerza mientras apretaba el muslo contra su sexo. Sus cuerpos se movieron y se fundieron el uno con el otro.

Yo pensé que la chica iba a zafarse de Meredith de un empujón. Creo que todos los que estábamos presenciando la escena pensamos lo mismo. Sin embargo, la novia debía de haber bebido demasiado, o estaba demasiado excitada, porque dejó caer la cabeza hacia atrás y permitió que Meredith le lamiera el cuello.

Entonces, Meredith la besó.

Le dio un beso con la boca abierta, y sus lenguas se enroscaron como serpientes. Meredith deslizó las manos hacia arriba y le tomó los pechos. Las amigas de la novia lo vieron todo con asombro.

Los hombres que había alrededor comenzaron a silbar y a animarlas a gritos.

Meredith me miró sin dejar de besar a la novia, y vi que estaba sonriendo. Interrumpió el beso bruscamente y la novia se tambaleó hacia atrás con aturdimiento, con la boca abierta y los ojos empañados. Los pezones endurecidos se le marcaban a través de la camiseta. Sus amigas la sujetaron, porque parecía que se iba a caer.

Después de eso, nos convertimos en las más populares de toda la discoteca.

No con las chicas de las despedidas de soltera, sino con los hombres que habían presenciado la escena. Todos deseaban a Meredith, por supuesto, pero los que sobraban me tocaban a mí. Era

una pena que yo no estuviera interesada en bailar con ninguno de ellos.

La novia a la que había besado Meredith siguió en la pista de baile, moviéndose con los brazos en alto, girando y girando. Yo no creía que fuera a durar mucho más, y esperaba que faltaran unos días hasta la boda, para que tuviera tiempo de recuperarse.

Ella no podía dejar de mirar a Meredith, y yo me imaginaba lo que sentía.

Aunque a mí nunca me había molestado saber que Meredith estaba casada, y nunca me había sentido celosa de su marido, a quien no conocía, ni tampoco de los hombres con los que ella estaba coqueteando en aquel momento, tenía ganas de ir a darle una bofetada a aquella novia borracha.

–Tengo que irme –le dije a Meredith, cuando el hombre que estaba detrás de mí me tocó el trasero por enésima vez.

–¿Qué?

–¡Que me tengo que ir ya! –grité yo, por encima de la música–. ¡Estoy agotada!

–¡Nooo! –dijo ella. Abandonó a sus admiradores y me siguió para tomarme las manos–. ¡Tessie, es muy pronto!

A mí no me gusta mi nombre de pila, y el hecho de que me llamara «Tessie» me gustó menos aún. Hice una mueca de desagrado y seguí retrocediendo, sin importarme con quién chocaba. De repente, estaba muy acalorada y tenía el estómago revuelto por toda la cerveza que había bebido. Solo quería irme a casa, darme una ducha y llorar.

Salí a la calle y respiré profundamente. Meredith salió justo detrás de mí, y enlazó su brazo con el mío.

–Eh, nena, ¿qué te pasa? –me preguntó.

–Nada, solo que estoy cansada.

No era mentira, pero no pude mirarla a los ojos cuando se lo dije.

Meredith me atrajo hacia sí. Aquel era el problema: ella no le daba importancia a los abrazos ni a los besos. Yo ya sabía que eso era un rasgo de su personalidad, pero, en aquel momento, era demasiado

para mí.

–¡Me muero de hambre! –exclamó–. Antes de volver a casa, ven conmigo a Tom’s Diner. Podemos comer unos huevos revueltos con bacón y tostadas. Vamos, Tesla. Sabes que te apetece.

Me lanzó aquella sonrisa con la que desarmaba a todo el mundo, incluida yo.

–Meredith...

–Por favor, por favor, por favor...

–No, de verdad. No puedo. Estoy a punto de caerme, y me duelen los pies.

Ella me miró los zapatos.

–Puedes sentarte y quitártelos.

–No, de verdad. Tengo que irme a casa. Ya es muy tarde, y tengo cosas que hacer mañana, antes de ir a trabajar.

Por fin, Meredith asintió, aunque de mala gana. Yo me pregunté, y no por primera vez, con cuánta frecuencia no conseguía Meredith salirse con la suya. Extendió los brazos para que le diera un abrazo, y a mí no se me ocurrió ninguna forma elegante de negárselo. Sin embargo, ella no me estrechó entre sus brazos y me soltó, sino que prolongó el abrazo.

A mí me encantaron su olor, el roce de su respiración contra la mejilla y su risa suave y seductora. Intenté soltarme, pero mis brazos se cerraron naturalmente alrededor de su cintura, y mis manos se apoyaron en su espalda, y yo cerré los ojos de una forma patética, deseando algo que sabía que no podía conseguir.

–Tesla, Tesla –murmuró Meredith–. Quiero que hagas una cosa por mí.

El hecho de que nadie se parara a mirarnos era ilustrativo de las escenas que uno podía presenciar en el centro de Harrisburg. Dos mujeres abrazándose en la acera, ambas vestidas para impresionar. Supongo que eran más interesantes los dos chicos que se estaban empujando por la calle, o la chica que se había tropezado y se había caído, y que estaba tan borracha que no podía levantarse ni aunque sus amigos tiraran de ella hacia arriba. Meredith siguió abrazándome, y me susurró al oído, y yo pensé que me gustaría

quedarme así durante mucho tiempo.

–¿Y qué es?

–Me da miedo pedirte –me dijo.

A mí se me aceleró el corazón y se me cortó la respiración. Ella había besado a aquella chica en la pista de baile como una demostración de poder, no de seducción, pero yo no podía dejar de preguntarme cómo sería que me besara a mí. Lo pensaba cada vez que la miraba.

–Pídemelo –le dije.

Ella se movió contra mí, y se apartó lo suficiente como para mirarme a la cara. Yo separé los labios y esperé. Deslicé las manos hasta sus caderas.

Meredith sonrió y, una vez más, yo me perdí en la curva de aquella boca. En el brillo de sus ojos. Ella se inclinó hacia delante, y yo también. Esperando.

–Quiero que te acuestes con mi marido –me dijo.

Capítulo 11

–Has venido en taxi, ¿no? Déjame llevarte a casa.

Meredith pasó la mano por mi brazo y me agarró brevemente de la cintura.

–Vamos a hablar de esto, ¿de acuerdo?

Cuando sacó el coche del aparcamiento, parecía que estaba nerviosa. Movié el volante para ir al ritmo de la música. Tenía el iPod enchufado a la radio del coche, y yo lo tomé para ver qué canción era. No conocía el título; era algo dulzón, que me recordó a un baile lento y al olor intenso de las flores. A algo sexy.

Me pregunté si lo habría elegido a propósito o era una coincidencia. Al oír que la siguiente canción era del mismo estilo, me imaginé que habría hecho una lista especial. Dejé el iPod en su sitio.

A Meredith le brillaban los ojos con las luces del salpicadero. Tenía la vista fija en la carretera.

–Necesito que me indiques el camino.

–Cruza el Market Street Bridge y ve hasta la Nineteenth Street, cerca de la biblioteca.

Ella suspiró. No hablamos durante el trayecto, salvo cuando yo le di las indicaciones, hasta que se detuvo delante de mi casa. Cuando apagó el motor, la música no cesó, aunque las luces se mitigaron. Nos quedamos sentadas a oscuras, escuchando a una mujer que cantaba sobre el deseo.

Yo no dije nada.

Cuando terminó la canción, Meredith apagó la música y se giró hacia mí.

–Charlie y yo llevamos un tiempo hablando de esto, pero es difícil encontrar a alguien.

–Seguro que no es tan difícil.

Ella se rio con nerviosismo.

–Bueno, no lo es si no eres exigente.

–Me alegro de saber que estoy a la altura de tus exigencias –dije, en voz baja.

–¿Pero no quieres hacerlo?

–Ni siquiera lo conozco, Meredith.

–Podrías conocerlo primero, por supuesto –dijo ella, e hizo una pausa. Después, sonrió–. No has dicho que no.

Yo todavía no había decidido decir «no».

–Quiero saber por qué.

–¿Por qué tú?

–Por qué quieres que otra mujer se acueste con tu marido, para empezar.

–Porque creo que a él le gustaría.

–¿Y a ti?

–Yo quiero verlo con otra mujer. Es una fantasía, ¿de acuerdo? ¿Entiendes eso?

–Sí, claro. ¿Y no te preocupa?

–¿El qué?

–Que cause problemas. Hay mucha gente que no soporta ver a la persona a la que quiere con otro u otra. Creen que pueden, pero no pueden.

–Ya hemos hablado de eso. A mí me parece bien. Quiero ver cómo hace que otra mujer se corra. Creo que sería muy excitante.

A mí se me secó la garganta.

–Bueno. ¿Y por qué yo?

–Porque eres muy sexy. Porque creo que tú estás a la altura y lo harías bien, sin que resultara raro.

–Porque soy salvaje.

–Porque sabes lo que quieres, y lo tomas, Tesla.

–Y supongo que ya has hablado de esto con Charlie.

No sabía cómo me sentía. ¿Halagada? Tal vez recelosa... y muy excitada.

El marido de Meredith se acostaba con ella. Y, si yo me acostaba con él... bueno, iba a ser lo más cercano a saber cómo era estar con

Meredith. Sin embargo, no era capaz de aceptar la proposición directamente.

–Sí, y ahora estoy hablando contigo –dijo ella–. Dime que no te has quedado horrorizada, Tesla.

Hacía falta algo más que una proposición para que yo me horrorizara, pero me gustó que Meredith estuviera preocupada.

–No, no. Solo me he quedado sorprendida. Y me siento halagada, creo.

Ella sonrió. No dijo nada, y el silencio se hizo tan ensordecedor que me sentí obligada a interrumpirlo con algo ingenioso o inteligente. No se me ocurrió nada. Solo pude sonreír a modo de respuesta, pero no pareció que a Meredith le importara.

–Sería divertido, te lo prometo –me dijo.

Yo ya había oído eso antes.

Capítulo 12

–Va a ser divertido –me dijo Chance–. Te lo prometo.

En mi corta historia con los hermanos Murphy, la diversión estaba garantizada si se consideraba divertido el sexo ilícito y secreto. Sin embargo, Chance estaba hablando de otra cosa: intentaba convencerme para que fuera con él al baile de Navidad.

Solo con él.

Chase iba a ir con Becka Miller. Ella estaba en el equipo de baloncesto femenino, era diez centímetros más alta que yo y llevaba el pelo cortado al estilo militar. Yo no había hablado más que dos palabras con ella, y quería que las cosas siguieran así. Era una bruta que podía darme una buena tunda si quería, y tenía muy mal genio, así que yo no quería tener nada que ver con ella.

Además, a mí no me apetecía ponerme un vestido elegante y comprar una flor muerta para ponérsela en la solapa a Chance, y después ir a cenar y a bailar con él mientras otras parejas enamoradas giraban a nuestro alrededor.

Al menos, no quería hacer todo aquello con Chance.

Para mi sorpresa, Vic me dijo que debería ir. Él estaba en la cocina, preparando la cena, y Cap estaba por ahí, haciendo cosas de Cap, como levantar pesas o analizar la teoría de cuerdas. Teníamos una familia pequeña y poco convencional, pero, de todos modos, no me esperaba aquel consejo paternal de Vic.

–Tal vez te diviertas –me dijo.

–Eso es lo que ha dicho Chance –respondí, mientras ponía la mesa.

Vic me miró.

–¿Y no lo crees?

–Por supuesto, yo no le había dicho a Vic lo que ocurría antes y

después de las clases de Cálculo, y no me atreví a mirarlo mientras terminaba de colocar los cubiertos.

–No estoy segura.

–Tesla –dijo Vic–, tal vez te venga bien.

Yo fruncí el labio.

–¿El qué? ¿El baile de Navidad? ¿Me estás tomando el pelo?

–Salir con un chico y pasarlo bien. Hacer algo... normal.

Me giré hacia él y, por fin, lo miré.

–Yo no soy normal, Vic. Ni Cap ni yo somos normales. Ni tú –dije yo, y señalé la cocina–. Nada de esto es normal. Y parece que tú eres el único al que le causa problemas.

Entonces, la expresión de Vic se endureció, y dejó de un golpe un bote de aderezo en la mesa, con tanta fuerza, que los platos saltaron. Yo también me sobresalté.

–¿Y qué? ¿Acaso es malo querer que Cap y tú tengáis una vida normal, después de...?

–¡A mí no me pasó nada malo allí! –grité.

Vic atravesó la cocina como un rayo y me agarró del brazo.

–¡No, pero podía haberte pasado!

Me estaba haciendo daño, pero yo no iba a decírselo, para que después no se sintiera culpable. Rápidamente, él se dio cuenta de lo que estaba haciendo, murmuró una palabrota y me soltó. Se alejó y se pasó una mano por la cara. Después, se puso en jarras, con la cabeza agachada y los hombros hundidos. Se hizo un silencio doloroso. Yo no quería llorar, pero tuve que enjugarme las lágrimas.

–Y, si hubiera ocurrido, no habría sido culpa tuya, Vic. Nada de lo que ocurrió allí fue culpa tuya.

Aunque solo tenía dieciocho años, sabía que eso no importaba. Vic se culpaba a sí mismo, tal vez porque era más fácil sentirse culpable por fracasar que admitir que, hubiera hecho lo que hubiera hecho, no habría podido remediar las cosas.

–Podía haber ocurrido –dijo él, con la voz entrecortada.

–Pero no ocurrió. Yo estoy bien. Cap está bien. Y estamos bien gracias a ti, Vic.

–Deberías ir a bailar con ese chico –dijo Vic, y volvió hacia el

horno para sacar las chuletas de cerdo y retirar del fuego la cazuela de alubias-. Ponte un vestido bonito y hazte fotos. Sal a divertirte con gente de tu edad.

Ese era el quid de la cuestión: gente de mi edad. Yo había superado lo de nuestra aventura aquel verano, pero Vic no. No significaba que yo le gustara, ni que me deseara, ni nada por el estilo. De hecho, parecía que se sentía incómodo al recordar lo que había ocurrido. Nunca hablaba de ello.

-¿Qué hay? -preguntó Cap, que acababa de llegar del lugar al que hubiera ido-. ¿Está lista la cena?

Tenía la camisa y los pantalones mojados, manchados de hierba.

-¿Qué demonios has hecho? -le pregunté.

-Jugar al fútbol.

-¿Con la nieve? -pregunté, poniendo cara de exasperación.

Cap tenía dieciséis años, y había empezado a crecer. Comía constantemente, dormía como un tronco y se daba unas duchas tan largas que los demás nos quedábamos sin agua caliente. Sacaba notas mediocres, pero no porque no entendiera las asignaturas, sino porque nunca entregaba los deberes.

Me miró sin comprender lo que le había preguntado.

-¿Qué?

-Vamos, lávate las manos y ven a cenar -le dijo Vic, y me miró-. Tú también.

Cenamos, y Cap comió más que Vic y yo juntos. Después, le dijimos a Cap que él tenía que lavar los platos, porque nosotros habíamos hecho la cena. Vic se fue a ver la televisión, y yo tenía deberes; sin embargo, en vez de subir a mi habitación, lo seguí al salón.

-Te propongo un trato -le dije, desde la puerta.

Él se había sentado en su butaca, con una cerveza en la mano.

-¿Qué trato?

-Si yo salgo con Chance, tú sales con Elaine.

Vic me miró.

-¿Con quién?

-Con Elaine -dije yo, pacientemente. Él sabía muy bien a quién

me estaba refiriendo—. La dueña del Ford Probe rojo que viene a cambiar el aceite cada dos meses, aunque no haga falta.

Vic no protestó, ni intentó fingir que no sabía a quién me refería.

—¿Y por qué iba a pedirle salir?

—Porque ella está loca por ti, y a ti te gusta ella. Es guapa, es lista, no es una psicópata.

Silencio.

Después de unos segundos:

—Está bien.

—Genial —dije yo, como si me hubiera salido con la mía, aunque me llevara la peor parte del trato.

Vic no sabía lo complicada que era la situación, pero yo no quería que se preocupara más por mí, y no quería que siguiera en casa noche tras noche, viendo la televisión.

Vic también se merecía tener una vida.

Así que fui al baile con Chance, y vi a su hermano besarse con Becka en la pista de baile, y sentí que me moría de pena, porque, hasta aquel momento, no había querido admitir que quería solo a uno de los hermanos Murphy, y no era el que me acompañaba.

Capítulo 13

No es el amor lo que hace que el mundo siga girando, sino el azúcar y la cafeína. Nosotros teníamos tres especialidades diferentes que cambiábamos todas las semanas, además de los cafés normales y la bollería recién hecha que había llegado aquella mañana, incluyendo brownies y magdalenas de chocolate, de manzana...

Y además... allí estaba Meredith.

Yo tenía la esperanza de que no fuera a la cafetería aquel día. También me preocupaba que no lo hiciera. Sin embargo, no debería haberme preocupado, porque entró como siempre, con una sonrisa para todo el mundo y otra sonrisa especial para mí.

–¿Qué hay de bueno hoy, aparte de ti, guapa? –me preguntó.

Antes, yo siempre me había tomado aquellos coqueteos a la ligera, y había respondido en broma. Sin embargo, aquel día no pude hacerlo.

–Tenemos café con menta. Hemos vuelto a ponerlo en la carta por aclamación popular. Está muy bueno.

–¿Sin azúcar?

–Claro –dije yo, señalando la tabla del menú–. El café con caramelo también está bueno, pero no lo tenemos sin azúcar.

–Entonces, me tomo el de menta –dijo ella, y se inclinó sobre la barra–. Y ven a verme cuando esté preparado.

Aquel día, Joy estaba en la trastienda, ordenando los pedidos, así que hice el café de Meredith como a ella le gustaba y fui a llevárselo a su mesa de siempre. Ella sonrió y tomó la taza entre las dos manos con un suspiro.

–Ummm.

–Pruébalo para ver si está bien.

–Estoy segura de que sí –dijo. De todos modos, le dio un sorbito

y dijo «ummm» de nuevo, en aquella ocasión, en voz baja, casi como un gemido.

Yo, que estaba rellenando el servilletero, me detuve y la miré. El Morningstar Mocha estaba vacío, aunque todavía faltaba por llegar la avalancha de última hora de la tarde, y las cosas cambiarían pronto. Meredith me miró por encima del borde de la taza.

–Siéntate conmigo, Tesla.

–No, no puedo.

–Necesito hablar contigo.

–Te escucho –dije yo–, pero también tengo que trabajar.

–¿Has pensado en lo que te pedí?

Sonó la campanilla de la puerta y entró Carlos. Nos saludó con un guiño y se sentó en su mesa favorita, la que estaba junto al ventanal de la derecha, porque estaba cerca de un enchufe para su ordenador y porque allí no captaba bien Internet; de ese modo, tenía menos posibilidades de distraerse.

Yo, por otra parte, quería distraerme de mi conversación con Meredith.

–Carlos, ¿quieres algo?

–Sí, un café, pero yo mismo me lo sirvo de las jarras.

Si Joy no lo veía. Tenía alguna excusa tonta para no permitir que los clientes se sirvieran en las tazas, aunque los habituales tenían sus tazas preferidas de una colección variada. Algunos, incluso, donaban tazas.

Meredith me dijo, en voz baja:

–Siéntate un minuto.

Yo hice un gesto negativo.

–No, tengo que irme a la barra.

–Tesla, tenemos que hablar de esto.

–Aquí no –le dije yo.

–Está bien –respondió ella, y volvió a su asiento–. Pero, en algún momento, sí. No voy a dejar que esto estropee nuestra amistad.

–¿Y si me acuesto con tu marido, nuestra amistad no se va a estropear? –susurré yo, furiosamente.

–Pues no. Si yo te lo pido, no.

–Y tú me lo estás pidiendo.

–Sí –dijo Meredith, con una sonrisa, arqueando ligeramente una ceja–. Y no se lo pido a cualquiera.

A mí se me encogió un poco el corazón.

–¿Se lo has pedido a muchas mujeres?

Ella se quedó preocupada, y me tomó la mano. Yo giré el cuerpo, de modo que Carlos no viera que estábamos agarradas como dos novias en el instituto. Sin embargo, no me retiré.

–No. Tú eres la primera.

Meredith miró más allá, detrás de mí. Yo oí el sonido de unas zapatillas de deporte chirriando contra el suelo, los pasos de Joy, y su suspiro de sufridora, que indicaba que estaba preparándose para quejarse sobre algo. Yo guardé el edulcorante extra y las servilletas para que no pudiera quejarse de mí, y arrugué el envoltorio de los productos que había sacado al mostrador.

–He pensado en ello –dije.

Meredith sonrió.

–¿Y?

–Todavía no lo he decidido.

–Podrías venir a conocerlo. Le vas a gustar, Tesla. Lo sé.

Yo suspiré.

–¿Él lo sabe?

–Claro que lo sabe. Vamos, ven esta noche a cenar con nosotros. Hablaremos de esto.

No dije que no.

Capítulo 14

–Deberías comprarte uno. Así no tendrías que pedirselo a Cap – me dijo Vic, señalando con la barbilla hacia el aparcamiento, donde yo había dejado el Mustang.

Me encogí de hombros.

–Bah. El Contour tiene que valer durante unos años más. A menos que me hagas una buena oferta...

Vic se echó a reír. Él mismo me había vendido el coche.

–¿Por esa mierda...?

–Eh, eh. ¿De qué me sirve la amistad? De nada, tío –dije yo, cabeceando con tristeza fingida, y le lancé las llaves del coche de Cap-. ¿Qué le pasaba?

Vic se encogió de hombros y se las metió al bolsillo.

–No lo sé. Cap ajustó algunas cosas, te cambió el aceite... ¿Por qué has esperado tanto para cambiarlo?

Yo aleteé con las pestañas y me puse las manos debajo de la barbilla para parecer encantadora.

–Porque no tenía a un hombre fuerte al lado, que lo hiciera por mí.

–Nos tienes a tu hermano y a mí. Bueno, ahora tengo que hacer unos recados. Cap va a venir, pero ya llega tarde. ¿Podrías quedarte hasta que llegue?

Yo había hecho muchos turnos en el garaje, pero esperar a mi hermano podía ser eterno.

–Pues... tengo algunos planes. ¿Cuánto va a tardar?

Vic miró el reloj.

–Diez minutos. Llegará enseguida. Creo que he interrumpido en uno de sus proyectos, o algo así.

–Sí, claro. Está bien, lo espero. ¿Qué vas a hacer? –pregunté. Fue

por pura curiosidad, no para ser fisgona, pero Vic se cerró en banda.

–Recados. ¿Y qué vas a hacer tú?

–Yo... Bueno, tengo una especie de cita.

Aquello captó toda su atención.

–¿Otra?

–Sí. Sorpresa, sorpresa. Hay alguien a quien le intereso lo suficiente como para que salga dos veces conmigo –dije, secamente–. Por Dios, Vic, ten un poco de cuidado con mi ego. De todos modos, es solo una especie de cita. No es una cita.

–¿Y por qué no es una cita?

Yo vacilé, intentando pensar si quería explicárselo. Y cómo podría hacerlo.

–Bueno, es con mi amiga Meredith. Y con su marido.

Vic se quedó confuso.

–¿Y cómo funciona eso?

Yo me eché a reír.

–Hasta el momento, no funciona de ninguna manera. Es solo... una especie de cita. Ya sabes.

Vic sabía que yo había salido con chicas, y nunca me había dicho nada. Sin embargo, en aquella ocasión me miró con extrañeza.

–Pero, ¿con quién es la cita? ¿Con tu amiga, o con su marido?

–Eh... con los dos.

Vic se quedó afligido.

–Tesla.

Yo solté un resoplido.

–Tú me lo has preguntado.

Él hizo un mohín y agitó las manos para cortar la conversación.

–Me arrepiento de haberlo hecho. Tengo que irme. ¿Puedes quedarte hasta que llegue Cap?

–Sí, a no ser que tarde demasiado. Entonces, cierro el garaje y me voy.

Vic asintió.

–De acuerdo. Nos vemos en casa.

Iba muy arreglada, así que no quería sentarme en la silla de su escritorio, pero las que había en la sala de espera no estaban mucho

mejor. Me quedé de pie, mirando la colección de calendarios de *pinups* de Vic. No había nada de desnudos, porque él tenía mucho cuidado con lo que podían ver los niños, pero sí muchas chicas guapas con cortes de pelo a lo Bettie Page, con tacones altos. Estaba a punto de llamar a mi hermano para decirle que se diera prisa cuando aparecieron unas luces en el aparcamiento, y llegó un coche. Yo me acerqué a la puerta.

–Eh, hola –dijo Cap, que salió del asiento del pasajero. Se inclinó para decirle algo al conductor, cerró la puerta y le dio un golpecito al techo antes de que el coche se fuera. Después, se giró hacia mí–. ¿Qué estás haciendo aquí?

–Yo también me alegro de verte. Vic tenía que marcharse. Te he traído el coche, sano y salvo –le dije. Una vez que él había llegado, yo ya podía irme, pero me detuve un momento–. Eh, escucha. ¿Te ha dicho Vic algo últimamente?

Cap, mi hermano, alto y de hombros anchos, era tan guapo que las chicas se giraban a mirarlo, pero, aunque yo sabía que era muy listo, a menudo se empeñaba en disimularlo.

–¿Sobre qué?

–Sobre cualquier cosa.

–Vic no habla mucho conmigo de otra cosa que no sean los coches, Tesla –dijo Cap, encogiéndose de hombros.

–Tienes cara de cansado.

Él bostezó. Se encogió de hombros. Yo miré en la dirección en la que se había marchado el coche.

–¿Te ha traído Lydns? ¿Cómo está?

Él se encogió de hombros otra vez.

Suspiré. Lo que estuviera pasando con Cap y su compañera de piso ya duraba demasiado, pero yo sabía que iba a tardar mucho en sonsacarle la más mínima información, y tenía que marcharme. Me puse de puntillas, le di un beso en la mejilla y lo abracé.

–Mi hermanito gigante –le dije.

Él sonrió.

–Mi diminuta hermana mayor.

–Bueno, me marcho –dije.

Fui hacia mi coche, pero la voz de mi hermano hizo que me detuviera al abrir la puerta.

–Me he enterado de que tienes una cita.

–¿Cómo? ¿Quién te lo ha dicho? ¿Cuándo?

–Vic me ha llamado para meterme prisa. Me ha dicho que estabas esperando.

–Creía que solo te hablaba de coches.

Cap sonrió. Yo también, pero no le di detalles. Si mi hermano mantenía en secreto lo que estaba ocurriendo con su compañera de piso, yo también podía guardarme lo de aquella primera cita.

Lo dejamos así.

Capítulo 15

Había quedado con Meredith y Charlie en el Firehouse, uno de los mejores restaurantes del centro. Mientras esperaba en el aparcamiento, paseándome de un lado a otro, casi tenía ganas de mordirme las uñas. Cuando aparecieron, en el Saab negro de Meredith, se me pasó por la cabeza salir corriendo. Sin embargo, solo era una cita. No era la firma de un contrato de por vida.

Respiré profundamente y me alisé la falda mientras veía salir a Meredith de su coche. Estaba tan compuesta y tan guapa como siempre. Me saludó con la mano y con una sonrisa.

–¡Tesla! ¡Hola!

Charlie no era como yo pensaba.

Por supuesto, era guapísimo. No me habría esperado menos, para una mujer como Meredith. Me lo esperaba atlético, bronceado, rubio y de ojos azules, como un Ken para su Barbie. Sin embargo, era completamente distinto.

Medía un metro ochenta, más o menos; diez centímetros más que yo, y unos cuantos más que su mujer. Tenía el pelo oscuro, pero canoso por las sienes, y lo llevaba corto. Tenía ojos oscuros, con unas cuantas patas de gallo. Llevaba una camisa azul y un traje oscuro, y una corbata de colores. ¿Se había vestido formalmente por mí?

–¿Tesla? –dijo él, y me estrechó la mano con calidez–. Meredith me ha hablado mucho de ti. Me alegro de conocerte.

Durante un largo instante, nos quedamos así. Casi podíamos palpar las posibilidades que había entre nosotros, como si fueran algo sólido. Él sonreía, y yo me di cuenta de que también estaba sonriendo como una boba.

Charlie me soltó la mano suavemente, y yo me sentí como si flotara, un poco atontada, un poco mareada.

–Vamos a entrar –sugirió Meredith.

Nosotros dos la seguimos, y yo me alegré de que me guiaran, para no tener que pensar dónde ponía los pies. Ella siguió parlotando durante todo el camino, y se hizo a un lado para que Charlie pudiera abrirnos la puerta y cedernos el paso. Cuando llegamos a nuestra mesa, él sacó una silla para que me sentara.

A mí no me resultaban extrañas las buenas formas. Mis padres, pese a que eran muy liberales, siempre insistían en que pidiéramos las cosas por favor y diéramos las gracias. Sin embargo, el hecho de sacar las sillas iba más allá de nuestra actitud despreocupada. Me quedé inmóvil durante un segundo, mientras Meredith se sentaba, y Charlie me miró con curiosidad.

–Gracias –dije.

Él sonrió.

–De nada.

–Me muero de hambre –dijo Meredith, y tomó la carta–. ¿Qué quieres, cariño? ¿Qué te apetece?

–No... –dije yo.

Y me quedé callada al oír que Charlie decía:

–Creo que...

Fue Meredith la que aligeró el momento, riéndose. Me gustó la manera en que Charlie agachó la cabeza, tímidamente, y se cubrió los ojos por un momento, antes de mirarme. Hizo un gesto para que yo hablara primero. Un caballero.

–Yo nunca había estado aquí –dije–. ¿Qué me recomendáis? –pregunté, y alcé un poco la carta para intentar esconder mis mejillas, que me ardían.

–A mí me gustan las chuletas –dijo Charlie–. Oh... A menos que seas vegetariana, Tesla.

De repente, me encantó que él estuviera tan nervioso como yo.

–Dios Santo, no.

–No, no. A nuestra Tesla le gusta la carne –dijo Meredith, y me guiñó el ojo de una forma que me hizo sonrojarme aún más–. ¿A que sí?

El camarero se había acercado para tomar nota de lo que íbamos

a beber. Meredith le dijo a Charlie que eligiera un vino, y los dos hablaron sobre la botella, mientras yo los observaba. Estaban enamorados.

–¿Tesla? –me dijo Charlie, al final, ante el camarero–. ¿A ti que te gustaría?

Yo no sabía nada de vinos, pero ambos me estaban mirando con expectación.

–Lo que vosotros prefiráis, supongo.

–Charlie –dijo Meredith, entonces, con cierta sequedad–, pide el merlot.

Él la miró.

–De acuerdo. Tomaremos el merlot –le dijo al camarero.

Fue el único momento tenso de la cena. El resto del tiempo, nos reímos y charlamos como grandes amigos. Tenía un gran sentido del humor. Además, era muy atento, y se ocupó de que nuestra copa nunca estuviera vacía y de que no nos faltara nada.

–Háblale a Charlie de tus veranos –dijo Meredith, cuando nos pusieron el postre delante.

–Ah. Mis veranos. ¿Qué quieres que le cuente?

–Le va a fascinar –dijo Meredith.

Charlie sonrió.

–¿De veras?

–Pasé la mayoría de los veranos de niña en una comuna –dije, y pinché un poco la tarta de chocolate con el tenedor, aunque no la partí–. Mis padres eran profesores de universidad en el Franklin and Maschall College. Era un reducto de los años sesenta, aunque la mayor parte de la institución se levantó en los años setenta. Era realmente... Ummm...

¿Qué podía decir sobre The Compound? Las historias que Meredith me había pedido que le contara no sonaban a locura para mí hasta que las pronunciaba en voz alta delante de alguien y, de la misma manera, nada sobre The Compound parecía interesante o excitante hasta que no empezaba a contar las historias. Por eso, normalmente no contaba nada a nadie que no fuera a entenderlo.

–Era creativo –dije–. Mis padres y sus amigos eran creativos.

–Te pusieron Tesla –dijo Charlie–. Eso me lo había imaginado.
Yo me eché a reír.

–Sí, por Nikola Tesla, no por la banda de *heavy metal*.

–¿Cómo? –preguntó Meredith, levantando la vista de su crema catalana–. Yo creía que era por el grupo.

–No. Por Nikola Tesla, el padre de la electricidad comercial –dije yo, y levanté mi tenedor con un pedazo de tarta de chocolate–. Pero yo me llevé la mejor parte. Tengo un hermano que se llama Captain, y nunca te imaginarías por qué.

–Por el Capitán América –dijo Charlie.

–Ojalá. No. Por el capitán Ahab –dije, riéndome y moviendo la cabeza–. Le llamamos Cap. Y no le puedes preguntar por su nombre, porque lo niega todo. Responde si le llamas Captain, pero nunca te dirá que se llama Ahab. Piensa que nuestros padres eran unos idiotas.

–Vaya. Entonces, ese lugar estaba lleno de... ¿hippies? –preguntó Charlie, mientras vertía más agua caliente sobre la bolsita de té de mi taza. Él y yo estábamos tomando té, y Meredith, café.

–Hippies viejos. Esos son los peores. Son los que habrían sido hippies si hubieran vivido en los sesenta, pero, en vez de eso, tenían que conformarse con vivir sus fantasías durante los veranos –dije. Hice una pausa; aquello había salido de mis labios con mucha más amargura de la que yo hubiera querido–. Cultivaban sus verduras, y vivían en comuna, con economía compartida y con trabajo compartido, por lo menos, durante tres meses.

No mencioné el resto de los aspectos de la vida que también eran comunales en aquel poblado: las guarderías donde vivían los bebés, a quienes cuidaban los adultos que estuvieran de servicio ese día. Los dormitorios para adolescentes, donde se nos animaba a que nos exploráramos a nosotros mismos, y a los demás... de formas que otros padres trataban de restringir por todos los medios. Drogas y bebida, aunque nada duro, cerveza y hierba, sobre todo. Tampoco mencioné cómo vivían los adultos, que formaban parejas y grupos sin respetar la legalidad de sus matrimonios. Ellos no lo llamaban «cambio de pareja». Lo llamaban «libertad».

–Parece fascinante –dijo Charlie.

–¡Te lo dije! –exclamó Meredith.

Cuando yo era más joven, todo aquello me parecía increíble, como los otros campamentos de los que hablaban mis amigos, aunque mis padres siempre nos decían que nosotros no podíamos hablar de lo que ocurría en The Compound. Lo que hacíamos durante las vacaciones era «algo de lo que solo podíamos hablar en casa». De hecho, ni siquiera hablábamos de ello cuando estábamos en casa.

En otoño, después de tres meses de desenfreno, orgías y quién sabe qué más cosas, mis padres nos recogían a Cap y a mí y nos llevaban a nuestra casa, en un barrio residencial, con el jardín vallado, la televisión, los zapatos y los calcetines. Con la ropa en general, cosa que siempre resultaba un poco asombrosa después de la relajada política de vestimenta que imperaba en The Compound. Pasábamos el invierno haciendo lo mismo que las demás familias, pero, cuando llegaba la primavera, el final del colegio, yo me daba cuenta de que mis padres se ponían nerviosos.

Aquello no era siempre una cosa mala; la impaciencia hacía que mi padre se riera más, que olvidara echarnos sermones por las notas y por nuestro comportamiento. Con mi madre, las cosas eran más impredecibles; podía ponerse a recoger toda la casa y hacer las maletas, canturreando mientras trabajaba, o podía enfadarse y gritar a la más mínima provocación, alegando que no tenía tiempo para hacer todas las cosas que tenía que hacer.

Más tarde, me di cuenta de que mi madre no adoraba The Compound como mi padre, y que tenía motivos más que válidos. Sin embargo, entonces yo solo sabía que en verano nuestras vidas cambiaban como no cambiaba la vida de ninguno de mis amigos.

De mayor, vi *Aullidos* en la fiesta de Halloween de una amiga. Mientras todo el mundo gritaba y saltaba durante las escenas de terror, yo me quedé atrapada en la atmósfera del lugar al que acude la reportera, The Colony, un campamento situado en las montañas. Por supuesto, en The Compound no había hombres lobo, pero sí había lobos vestidos con ropa de persona, y peores que los licántropos de la película.

A mí no me ocurrió nada malo en The Compound. Nada que pudiera dejarme traumatizada, nada por lo que necesitara terapia psicológica. Había ocurrido a mi alrededor, pero no me había ocurrido a mí.

Me encogí de hombros.

–No fue la clase de infancia que ves en las películas de Disney.

–¿Y quién tiene una infancia así? –preguntó Meredith, encogiéndose de hombros–. Incluso a la madre de Bambi le pegan un tiro al principio de la película.

–Poco después de que yo pasara allí mi último verano, hicieron una redada en The Compound. Por drogas. Murieron tres personas.

Aquello les dejó helados. Yo no quería decirlo, y menos en nuestra primera cita, pero salió de todos modos. No sé por qué.

–¿Marihuana? –preguntó Meredith.

–No. Amapolas.

Ella se quedó desconcertada, pero Charlie se rio suavemente.

–¿Heroína?

–Opio –dije yo–. Se puede recoger de las amapolas, y fumarlo en estado puro, sin hacerle nada.

Meredith cabeceó.

–¿Y quién fuma opio?

–Pues los pseudo-hippies que quieren algo más fuerte que la marihuana.

–Vaya –dijo Charlie–. ¿Y cómo te afectó eso a ti?

Fue una pregunta amable. Sin embargo, antes de que yo pudiera decirle que a mí no me había afectado en absoluto y que ni siquiera estaba en The Compound cuando se había producido la redada, Meredith intervino.

–¿Y cómo es? El opio, quiero decir.

Yo me eché a reír.

–Ummm... No sé. No lo he fumado nunca.

Se quedó decepcionada. Los temas de conversación fueron cambiando. Era Meredith quien llevaba la voz cantante, sobre todo, pero yo me di cuenta de que Charlie me miraba de vez en cuando. Y no apartaba la vista cuando lo sorprendía. Yo tampoco.

Cuando terminó la velada, yo me di cuenta de que aquella era una de las mejores citas que había tenido, aunque hubiera sido tan poco convencional. Tal vez me hubiera gustado tanto por ese motivo. Por el hecho de que fueran dos, y por el hecho de que me prestaran toda su atención.

Meredith y Charlie eran una unidad, como Chase y Chance. Marido y mujer, y amigos. Estaban tan cómodos el uno con el otro que sabían cuándo iban a reírse de una broma, o cuándo tenían que pasarse el azúcar y la leche sin pedírselo el uno al otro. Sin embargo, como aquellos chicos de mi pasado, también eran individuos diferentes.

En el aparcamiento, yo esperé a que me preguntaran si quería ir a casa con ellos. Yo leí la pregunta en la mirada de Meredith, aunque no conocía a Charlie lo suficiente como para saber qué estaba pensando. Puse la mano en la puerta de mi coche e hice una pausa para darles la oportunidad de hacerme la proposición.

Todavía no estaba segura de lo que iba a decir.

–Ha sido estupendo, Tesla –dijo Charlie, y se adelantó.

Yo incliné la cara hacia arriba pero, en vez de besarme los labios, él me dio un beso en la mejilla. Me apretó brevemente la cadera y dio dos pasos hacia atrás. Tenía que haberme sentido azorada por haberle ofrecido un beso de amante y haber recibido uno de amigo, pero la actitud de Charlie no podía causarme vergüenza.

Entonces fue cuando supe que, llegado el momento, iba a decir que sí.

Capítulo 16

A las cuatro de la mañana es difícil estar muy despierta aunque seas una persona mañanera, cosa que yo nunca he sido. Sin embargo, tenía que llegar al Mocha a las cinco para poder abrir a las seis. Podía haber una revuelta si aquellas puertas no se abrían puntualmente.

Cuando subí las escaleras, me encontré una forma oscura encorvada sobre la mesa de la cocina, y grité de terror. Me tambaleé hacia atrás y estuve a punto de caerme por las escaleras; tuve que agarrarme al marco de la puerta.

Entonces, tomé demasiado impulso hacia delante y, al inclinarme bruscamente, se me cayó el bolso a los pies. Todo el contenido se desparramó por el linóleo del suelo y me choqué contra la mesa redonda con tanta fuerza que la moví.

–Maravilloso –dijo una voz bien conocida para mí, aunque la oscuridad ocultara por completo a su propietario.

–¡Demonios, Vic! ¡Me has dado un susto de muerte! –exclamé yo, y me puse la mano sobre el corazón mientras me agarraba al respaldo de una silla. Respiré profundamente, me acerqué al fregadero y me bebí un vaso de agua.

No quería preguntarle por qué estaba allí sentado, a oscuras, de madrugada. Como una cobarde, no quería hablar con él sobre eso, y no era justo. Vic había sido siempre mi apoyo. Si necesitaba que alguien lo escuchara, yo, precisamente, no podía ignorarlo.

–Lo siento –dijo, en voz baja. Se levantó, fue a la nevera y sacó una cerveza. No la abrió; solo la hizo girar entre las palmas de las manos.

Lo vi porque mis ojos ya se habían acostumbrado a la penumbra.

–Te has levantado muy temprano.

–Max ha tenido una pesadilla hace media hora. Me fui con él

para que Elaine pudiera dormir. Después, no he podido dormirme yo.

–Ah –murmuré. No podía decir mucho más que eso, pero lo intenté–. ¿Quieres un vaso de leche caliente?

Aquello le hizo reír, lo cual fue muy bueno.

–Umm... No. Qué asco.

–Bueno, yo tengo que irme a trabajar –dije, y me acerqué a él para apretarle el hombro–. ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

Él me miró. Estaba empezando a entrar luz por la ventana; se estaba haciendo de día. Veía la línea de sus cejas, el puente de su nariz y la sombra de su boca. Quería a aquel hombre de un modo complicado, que ninguno de los dos comprendía y que, seguramente, no íbamos a comprender nunca. Pero, por el momento, lo único que podía ofrecerle era un apretón en el hombro.

–No, no, estoy bien. Eh –dijo Vic, de una manera tan despreocupada, que me preparé rápidamente–. ¿Qué tal tu cita?

–Fantástica –le dije, muy sonriente–. La mejor que he tenido desde hacía mucho tiempo.

Vic arqueó las cejas.

–¿De verdad?

–Sí. Ha sido increíble –dije, y me puse a bailar un poco–. Increíble.

Vic se rio en voz baja.

–Muy bien. Me alegro. ¿Cómo se llama el afortunado?

Yo me di cuenta al instante de lo que pretendía, pero se lo dije de todos modos.

–Charlie.

–¿Charlie qué?

–Stone.

–Charlie Stone. Lo tendré en cuenta.

–Por Dios, Vic –dije yo, con un suspiro–. No lo busques en Google, ¿de acuerdo? Deja que yo haga el acoso cibernético.

–Todo el mundo busca en Google, Tesla.

Yo alcé una mano.

–Vic, te juro que...

Él se echó a reír con ganas.

–Es tan fácil sacarte de tus casillas, que...

Yo le di un puñetazo en el bíceps. Fuerte.

–Cállate, tonto.

En el piso de arriba se oyó el crujir de la madera y un murmullo de voces. Si queríamos salir de allí antes de que nos atraparan los niños de Vic, teníamos que salir ya. Nos miramos, pensando los dos lo mismo al mismo tiempo y, con una sonrisa llena de culpabilidad, él tomó sus llaves y yo tomé mi bolso. Salimos por la puerta trasera, riéndonos como locos en voz baja mientras bajábamos las escaleras hasta la acera.

Él llegó primero a su coche, y yo llegué al mío medio minuto después. Alzamos las llaves para saludarnos mutuamente, y yo volví a reírme.

Por supuesto que Vic iba a buscar a Charlie en Google.

Capítulo 17

Charlie y Meredith me llevaron al cine en la siguiente cita. Él se sentó entre las dos, y compartimos una bolsa de palomitas. Era una comedia romántica, una de esas películas que tienen media docena de líneas argumentales que, al final, encajan como por arte de magia. Estoy segura de que era muy dulce y romántica, pero yo estaba muy distraída por el movimiento del muslo de Charlie contra el mío, y del roce de sus dedos cuando coincidíamos al tomar palomitas, y ni siquiera me enteré de qué actores actuaban en la película. Mucho menos, claro, del final. Lo único que sabía cuando terminaron los títulos de crédito era que lo deseaba.

Deseaba saber si Charlie sabía tan bien como olía. Cómo besaba. De qué tamaño era su pene, si era tan bonito como el resto de su cuerpo. Y qué podía hacer con aquellas manos fuertes.

Me estaban ofreciendo a Charlie en bandeja de plata; no tenía que preocuparme de si le gustaba o no, de si me deseaba o no.

En el aparcamiento, Meredith entrelazó su brazo con el mío y se acercó a mí para preguntarme al oído:

–¿Entonces?

Charlie se había adelantado mientras nosotras pasábamos al baño, y ya estaba en el coche, mirando su teléfono móvil.

–¿Entonces, qué?

–Entonces, ¿quieres venir a nuestra casa?

Yo debí de titubear, porque su expresión se ensombreció un poco. Se acercó a mí un poco más y, durante un instante, me quedé sin respiración al pensar que iba a besarme. Sin embargo, volvió a hablarme al oído:

–No quiero obligarte.

Yo inhalé su perfume y, como de costumbre, sentí excitación.

–A mí no se me puede obligar. ¿Es que no lo sabes todavía?

–Pues entonces, ven. Ven con nosotros.

Y fui.

La vacilación de Charlie me resultó muy dulce. Se me había olvidado que él solo me había visto dos veces, y que la amistad que yo tenía con su mujer la habíamos trabado durante los últimos meses, charlando mientras tomábamos café. Fue dulce y sencillo su modo de esperar a que yo hiciera el primer movimiento.

En realidad, fue Meredith quien lo hizo. Me puso una mano en la espalda y me empujó suavemente hacia delante, hasta que Charlie y yo estuvimos cara a cara. Me había puesto tacones para aquella cita, y su altura me ponía a la misma altura de sus ojos y de su boca.

–Tesla –dijo Meredith–, te presento a Charlie. Charlie, Tesla.

Él sonrió, y tomó aire.

–Hola.

–Hola, Charlie.

Meredith estaba detrás de mí, y yo percibía el olor de su perfume, notaba el calor de la palma de su mano. Sin embargo, lo único que veía era la cara de su marido.

Él la miró, y ella debió de transmitirle valor, porque él me puso la mano en la cadera. Nos acercamos un poco más, y yo deslicé las manos por su camisa.

Ninguno de los dos se movió.

No nos movimos hasta que Meredith me empujó suavemente hacia él. Yo lo besé, y él me sujetó con más fuerza de la cadera. Entonces, Meredith, tal vez pensando que el trabajo ya estaba hecho, me soltó.

Nos quedamos los dos solos, perdidos en la magia del primer beso.

No duró mucho, y él fue quien lo interrumpió, con un pequeño suspiro. Todavía tenía los ojos cerrados cuando se apartó ligeramente. Yo noté los latidos de su corazón bajo la mano, y el temblor de sus músculos. No quería que tuviera miedo.

Deslicé el muslo entre sus piernas y apreté hacia arriba, lo justo para que él volviera a suspirar. Volví a besarlo. Moví una mano por su nuca y volví a besarlo.

–Deberíamos subir –murmuró Meredith–. Vamos, cariño. Vamos a llevar a Tesla a la cama.

En el piso de arriba, ella abrió la puerta de su habitación. El dormitorio tenía su olor. La cama tenía dosel. Era muy grande, y estaba vestida con un edredón verde claro sobre el que había cientos de almohadones.

En aquel momento, me di cuenta de que Meredith no solo me había pedido que me acostara con su marido; además, me había llevado a su habitación, a la cama que compartía con él, y eso lo hacía todo mucho más importante e íntimo.

A mí me causó aprensión aquella intimidad y, pese a que Meredith era la que se había preocupado de no obligarme a nada, fue Charlie quien se dio cuenta de que algo no iba bien.

–¿Tesla?

Yo los miré a los dos.

–Esto es... Es que...

Él atravesó la habitación en tres zancadas y me puso las manos sobre los antebrazos, mirándome a los ojos. Charlie no sonreía. No parecía que se estuviera tomando todo aquello a la ligera.

Me besó con dulzura, lentamente. Con gentileza. Cuando los dos nos apartamos, a mí me faltaba el aliento. Estábamos apretados el uno contra el otro, y Charlie me había agarrado por la nalga para ceñirme contra su entrepierna. Yo noté su erección a través de los pantalones vaqueros.

–Tu boca tiene un sabor delicioso –dijo Charlie, sin dejar de mirarme a los ojos–. ¿Puedo probar el resto de tu cuerpo?

Yo asentí sin decir una palabra, porque me había quedado muda. Solo pude suspirar cuando él se arrodilló delante de mí y posó las manos en mis corvas, a la altura de la rodilla. Miró hacia arriba con una expresión seria, pero, por fin, sonrió. Después, cerró los ojos y volvió la cara para besarme el muslo, justo por debajo del borde de la falda.

Me besó la pierna como me había besado en la boca, con dulzura, lentamente, y succionó con delicadeza la carne del muslo antes de empujar con la nariz un poco más arriba, contra mis bragas. Yo me había vestido para ser desnudada, y me alegré de haber elegido aquella ropa interior de encaje, que dejaba traspasar su respiración y la humedad de su boca a través de la tela. Me tragué el murmullo de su nombre que, como la enorme cama de matrimonio, me parecía demasiado íntimo para aquella primera vez.

Miré a Meredith, que se había acercado a la cama y había retirado el edredón. Dentro, las sábanas eran blancas. Ella las alisó con la mano y apartó los almohadones. Después, se desabotonó la blusa y se la quitó, y se quedó en pie, con la falda y un sujetador de satén negro. Mientras nos miraba, se lo desabrochó y se quitó los tirantes de los hombros, aunque sujetó la prenda con las manos contra el pecho para que no se le cayera.

Charlie movió las manos por mis muslos, hacia arriba, y enganchó los dedos en la cintura de las bragas para bajármelas por las piernas. Mientras lo miraba, saqué los pies de la prenda y sentí el aire en la piel, a pesar de que la falda me cubría. Él fue subiéndomela, sin apartar sus ojos de los míos hasta el último momento. Cuando la falda estaba recogida en mis caderas, Charlie miró de nuevo mis muslos, y yo noté la presión de sus labios en el clítoris.

Contuve un grito y, sin querer, posé la mano en su cabeza mientras adelantaba las caderas. El contacto húmedo de su lengua contra mi cuerpo hizo que mis párpados aletearan, que mis pies se separaran, y que yo me inclinara hacia atrás, para que él pudiera acceder con más facilidad a mi cuerpo. Charlie emitió un sonido de satisfacción que sonó amortiguado contra mi carne.

No pude evitar mirar a Meredith. Ella se había quitado el sujetador, por fin, y vi sus pechos, altos y redondos, con los pezones rosados y endurecidos. Me pregunté qué tipo de sonidos emitiría ella si yo la lamiera con tanta dulzura como Charlie me estaba lamiendo a mí. Aquella idea me produjo un estremecimiento.

No dije nada, pero Charlie me miró. Se lamió los labios y se puso

en pie.

–Vamos a la cama.

Meredith se había quitado también la falda, y estaba sobre aquellas sábanas blancas, cubierta tan solo por unas braguitas negras. Se estaba acariciando el cuerpo a través del satén. Extendió la mano hacia mí.

–Ven aquí, Tesla.

Yo había pensado que el hecho de haber mantenido relaciones sexuales con los hermanos Murphy me había preparado para aquello, y había pensado que, al estar enamorada de Meredith y al saber que su marido era tan guapo y tan dulce, estaba preparada para aquello.

Me había equivocado por completo.

Me estremecí cuando Meredith me tomó de la mano y entrelazó sus dedos con los míos. Me estremecí cuando Charlie me sacó la blusa por la cabeza y me desabrochó el sujetador, y cuando me cubrió los pechos con las manos, por detrás. Me transmitió su calor por toda la espalda, y noté su pene en la nalga. Yo subí a la cama, a gatas, y me coloqué junto a Meredith. Las sábanas eran suaves y frescas.

–Quiero que te haga correrte con la boca. Quiero verlo –murmuró Meredith.

Yo miré a Charlie. Él tenía las mejillas sonrojadas y los ojos muy brillantes. Se había aflojado la corbata y se había desabrochado algunos botones del cuello de la camisa, pero seguía completamente vestido. Miró a su esposa y, cuando ella terminó de hablar, se pasó el dorso de la mano por los labios.

–¿Y tú? ¿Quieres? –me preguntó a mí.

Fue Charlie quien hizo que todo fuera fácil.

Como respuesta, yo me tumbé boca arriba y me bajé la falda por las piernas. Mi cabeza estaba junto al muslo desnudo de Meredith. Abrí las piernas y me ofrecí a Charlie.

Él sonrió, subió a la cama y se colocó, de rodillas, entre mis piernas. Pasó las manos por mis muslos, por mi vientre. Ya no me miraba a los ojos, sino que exploraba todo mi cuerpo.

Yo me moví para poder ver a Meredith, pero ella estaba

observando a su esposo. Cuando él llegó a mi sexo, ella cerró los ojos un segundo. Después, se tomó un pecho y se pellizcó el pezón, mientras se rozaba con la punta de la lengua el labio superior.

Al notar el calor de la boca de Charlie en el clítoris, a mí me resultó difícil mantener los ojos abiertos, pero lo conseguí. No quería perderme ni un segundo de aquello. Charlie se tendió sobre la cama y pasó la mano por debajo de mis nalgas para levantarme un poco el cuerpo.

–Oh, cariño, esto es increíble –susurró Meredith. Lo estaba mirando a él, no a mí. Le acarició el pelo a él–. Así, cariño, haz que se corra.

Sin duda, Charlie estaba haciendo magia con la boca, pero yo no estaba cerca del orgasmo. Podía hacerme falta un poco más que todo aquello.

Me apoyé sobre los codos para mirar a Charlie mientras él me lamía el cuerpo. Meredith hundió los dedos en su pelo y le apretó demasiado contra mí. Hizo que moviera la cabeza, pero no como a mí me gustaba.

Posé mi mano sobre la suya.

Todos nos detuvimos.

Aquel baile de tres era un asunto delicado. Hacía falta sensibilidad. Ella había dicho que quería ver a su marido llevarme al orgasmo y, tal vez, creía que estaba ayudando. Yo me llevé su mano a la boca y le lamí el dedo índice para humedecérselo. Después, utilicé su dedo para acariciarme un pezón y endurecerlo.

Yo quería que me besara, pero Meredith no lo hizo. Me pellizcó suavemente el pezón y, después, se apartó. Se movió encima de los almohadones sin decir una palabra y metió el dedo que yo le había chupado en sus bragas. Inclino la cabeza hacia atrás con un suspiro.

Charlie no se había movido de entre mis piernas, aunque había dejado de lamerme.

–¿Meredith?

–Haz que se corra –dijo ella, en voz baja.

Él me miró. Yo puse la mano sobre su pelo, pero no lo empujé como había hecho Meredith. De repente, él me sorprendió, porque se

giró rápidamente y se tumbó boca arriba, de modo que yo quedé a horcajadas sobre su cara. Se me resbalaron las palmas de las manos por las sábanas, pero él me sujetó con fuerza por las caderas. Encontró mi clítoris con la boca.

Yo me eché a reír, y aquello sorprendió a los dos. Meredith me miró. La lengua de Charlie detuvo su delicioso ritmo.

–¿Tesla? –me dijo Meredith.

–Me ha sorprendido. Pero me siento muy bien, Charlie. No pares.

–¿Te gusta? –preguntó Meredith, con una sonrisa. El momento embarazoso pasó, y ella volvió a dibujar círculos con los dedos dentro de sus bragas. Abrió los muslos y movió las caderas–. Bien...

Yo quería colocarme entre sus piernas y lamerle el sexo, tal y como estaba haciendo Charlie conmigo, pero, en aquella posición, no podía alcanzarla sin moverme. Además, aunque parecía que yo le gustaba a Meredith, al menos tanto como para que ella deseara ver a su marido en aquella situación, no estaba segura de que le gustaran las chicas. Además, Charlie había dado con el ritmo y la presión que me excitaban, y era difícil concentrarse en algo distinto a aquella deliciosa sensación.

No iba a estropear aquello. Tenía a un hombre guapísimo entre las piernas, cuyo talento oral era estelar. Y, aunque yo estaba dispuesta a devolverles el favor a cualquiera de los dos, nadie me había pedido que hiciera nada salvo relajarme y disfrutar. Así pues, ¿en qué otra cosa tenía que pensar?

En ninguna otra cosa.

Cuando moví las caderas para deslizar mi clítoris contra la lengua de Charlie, él dejó escapar otro de aquellos suspiros incontenibles, y a mí se me escapó un gemido. Meredith lo repitió. Ella separó aún más los muslos y arqueó la espalda, mientras seguía acariciándose.

No pude evitar besarle la rodilla. Sentía tanto placer, que supe que iba a llegar al clímax muy pronto. Quería posar la boca, o las manos, sobre algo.

Ella se movió cuando mi boca la rozó. Yo no supe si apartó la

rodilla a propósito, o si fue un movimiento involuntario.

Sin embargo, a los pocos segundos cambió de postura conscientemente; se situó detrás de mí, y yo volví la cabeza para mirarla. Ella le desabrochó el cinturón a Charlie y le bajó los calzoncillos. Tomó su pene erecto con la mano y, después, con la boca.

Aquella postura me estaba haciendo daño en el cuello, así que me giré de nuevo hacia delante. Entonces, intenté concentrarme en el placer que sentía, en la lengua de Charlie deslizándose por mi clítoris.

Yo no podía ver si Meredith todavía se estaba masturbando, o si estaba acariciando a Charlie con la boca de un modo tan entusiasta como Charlie me estaba acariciando a mí. Sin embargo, él comenzó a lamerme más deprisa, así que pensé que, seguramente, sí.

Charlie gimió contra mí. Meredith gritó entrecortadamente. Y yo me corrí en la lengua de Charlie, moviendo las caderas. Clavé los dedos en las sábanas, en el colchón.

Y, después, me reí de nuevo, con la cara apoyada en aquella tela lujosa. Charlie salió de debajo de mi cuerpo, y yo pude desmoronarme, boca abajo, en la cama. Él me pasó las manos por el trasero desnudo y los muslos, y yo me giré para poder mirarlo. Tenía los labios separados, como si fuera a reírse conmigo.

Meredith siempre estaba preciosa, pero después de su orgasmo, estaba tan bella que se me cortó la respiración. Miró primero a Charlie y, después, a mí. Sonrió. Lo agarró por la corbata y lo besó.

–Ummm... Dios, cariño, ha sido increíble –dijo, y volvió a mirarme–. Noto tu sabor en él.

–¿Y eso es malo? –pregunté.

Meredith se lamió el labio inferior y ladeó la cabeza para observar a su marido.

–¿A ti qué te parece, amor?

Charlie negó con la cabeza.

–No. No creo.

–Me muero de hambre –dijo ella, de repente, y se levantó de un salto de la cama. Tomó una bata de una silla y se dirigió hacia la

puerta. Allí, se volvió a mirarnos—. Vamos. Comida.

Charlie y yo nos miramos, y nos echamos a reír a la vez. Yo le habría dado un beso, pero él ya se estaba levantando. Se subió la cremallera del pantalón y me tendió la mano.

—Vamos, Tesla. Comida.

—Entonces, no solo vais a darme una sesión de sexo increíble — dije yo—, sino que también me vais a dar de comer.

Él me miró a los ojos y, después, pasó la mirada por mi cuerpo desnudo.

—Sí. Parece que Meredith quiere comer.

Yo tomé las bragas del suelo y me las puse. Después, me puse también la camiseta, aunque sin el sujetador.

—Y, deja que lo adivine... ¿Tú siempre haces lo que quiere Meredith?

Yo lo dije en broma, pero Charlie sonrió solo a medias.

—Bueno, ella es mi mujer.

—Sí —respondí yo—. Supongo que sí.

Capítulo 18

No me quedé a dormir por varias razones. No les había dicho a Vic y a Elaine que iba a pasar la noche fuera, y no quería que se preocuparan; además, tenía que trabajar al día siguiente, y no me había llevado ropa para cambiarme. Sin embargo, el principal motivo fue muy sencillo: que ellos no me lo pidieron.

Meredith me acompañó al coche. Metió los pies descalzos en unas botas y se puso un abrigo sobre la ropa interior. Mientras yo abría la puerta del coche, ella daba saltitos para mantener el calor.

Esperaba que me besara, pero solo apretó su mejilla contra la mía.

–Umm... ha sido estupendo.

–Sí –dije yo, mientras metía las manos bajo los brazos para que no se me congelaran los dedos–. ¿Te ha... ¿Ha sido...? ¿Te ha gustado?

–¡Por supuesto! –respondió ella, con una sonrisa resplandeciente–. Eres increíble, ¿lo sabías?

Yo no estaba muy segura de eso, pero, de todos modos, era agradable oírlo.

–Bueno, entonces, ¿nos vemos mañana, en el Mocha?

–Por supuesto. ¿Por qué no íbamos a vernos?

«Porque acabo de hacérmelo con tu marido mientras tú nos mirabas», pensé yo.

–Qué tontita eres, Tesla –dijo ella, y me dio otro abrazo. Después, se marchó hacia la puerta de su casa–. Ten cuidado, y mándame un mensaje cuando llegues a casa, ¿de acuerdo? Parece que la carretera está helada.

Yo tenía muchas cosas que decir, pero no tenía palabras. Así pues, asentí y entré en mi coche para irme a casa. Cuando llegué, le

envié el mensaje de texto a Meredith sin salir del coche, porque no estaba preparada para enfrentarme al frío que iba a pasar en el corto camino desde la acera a la puerta. Y resultó que acerté porque, cuando llegué a la entrada, no conseguí abrir.

–Mierda.

Se me entumecieron los dedos mientras luchaba contra la llave, que no entraba como debiera entrar en la cerradura. Eran casi las tres de la mañana, todo el mundo estaba en la cama y era obvio que Vic ya había hecho su ronda.

Intenté abrir de nuevo. En aquella ocasión, la llave se rompió dentro de la cerradura.

Tenía el teléfono móvil en el bolso, pero era evidente que no podía llamar al teléfono fijo de la casa y despertar a Elaine y a los niños. Tampoco quería despertar a Vic enviándole un mensaje de texto tan solo una hora antes de que tuviera que levantarse.

–Mierda –murmuré otra vez, y bajé los tres escalones de cemento del porche.

La casa de Vic estaba en una bonita calle residencial, bien iluminada con farolas. Sin embargo, en los laterales y la parte trasera de la casa, a lo largo de todo el porche cerrado, reinaba la oscuridad. Me guie con la luz del teléfono móvil, lo cual significaba que tenía que exponer los dedos, ya helados, al aire nocturno.

Al final, el teléfono se me cayó entre los arbustos que había junto al porche, en el charco que formaba el agua que caía del canalón. No sé qué es peor, si oír el chapoteo del agua o un golpe en el cemento de la calle.

–¡Mierda! Mierda, mierda...

Recogí el teléfono, pero no pude comprobar si se había estropeado definitivamente. Lo agarré con fuerza, rezando para que no tuviera que comprar otro.

Entonces, con determinación, tiré de la puerta del porche con fuerza, para conseguir que la pequeña cerradura se saliera de la madera. El gancho se quedó colgando del pasador, y cuando cerré la puerta me tomé la molestia de incrustar la cerradura de nuevo en la puerta. Vic la había arreglado muchas veces, pero la madera era vieja

y estaba blanda, y había demasiada gente que había tirado de la puerta para soltar aquella cerradura.

Atravesé el porche con cuidado de no golpearme con los muebles de verano, que estaban cubiertos con sábanas para protegerlos del frío invernal. Esperaba que la puerta trasera, que se abría al salón, no estuviera cerrada con llave. Sí lo estaba.

Así pues, solo me quedaban las pequeñas y estrechas ventanas que había justo por encima del suelo. Una daba a la habitación de recreo. La otra, al cuarto de los trastos. Los dos tenían la anchura suficiente como para que me cupieran los hombros, y esperaba que cupieran también mis caderas para no quedarme atascada.

Vic nunca me había puesto hora de llegada a casa, así que nunca había tenido que colarme así. Sin embargo, yo había aprendido a sacar la ventana del marco y poder salir si había un incendio. Vic se tomaba muy en serio esas cosas y, como yo vivía en el sótano, me había hecho repetir varias veces todos los pasos de lo que había que hacer si la casa se incendiaba.

Por supuesto, era muy distinto sacar la ventana desde dentro que desde fuera. Entre maldiciones, y a punto de llorar de frustración, conseguí meter los dedos en los pequeños salientes del marco de la ventana, y empujé con fuerza. El metal chirrió, y la ventana se desencajó tan rápidamente que me caí hacia delante y me golpeé la cara contra el borde de ladrillo. Pero, por suerte, la ventana no se me cayó.

La metí por el hueco y la dejé caer, suavemente, sobre el sofá que había debajo. Después, metí la cabeza y los hombros y, conteniendo la respiración y contrayendo el estómago, metí el resto del cuerpo. Después de muchas maniobras, posé el cuerpo en el sofá, junto a la ventana, sin romperla.

Sin embargo, no tuve tiempo de sentir alivio. Algo me hizo caer sobre la alfombra que cubría el duro suelo de cemento de la sala de recreo, y unas manos fuertes me agarraron de la nuca y del brazo, y me apretaron contra la alfombra.

Yo me quedé tan sorprendida que no pude gritar, solo patalear. Mientras forcejeaba salvajemente, me llevé un par de puñetazos

antes de que mi atacante me zarandeara y volviera a tirarme, esta vez sobre el sofá, y sobre la ventana. La rompí con el codo, pero, por suerte, mi abrigo era grueso. Después, me lanzó otra vez en el suelo y me clavó la rodilla en la espalda.

Por fin, conseguí gritar. No muy alto, porque no tenía aliento y mi cara estaba aplastada contra la alfombra. Solo sentía dolor. Tenía cristales en el pelo; los oí crujir contra la alfombra.

–¿Tesla?

El peso de mi espalda desapareció. Las manos que me estaban agarrando con brutalidad se volvieron bondadosas y me ayudaron a levantarme, y me dejaron sentada en el sofá en medio de mi aturdimiento. Entonces, se encendieron las luces.

–Mierda. Oh, Tesla, mierda. ¿Qué demonios estabas haciendo? – preguntó Vic, arrodillándose frente a mí. Me agarró por los brazos con suavidad–. Oh, cariño, ¿qué demonios...?

Yo debía de tener muy mal aspecto para que él me llamara «cariño», una expresión que solo utilizaba cuando Elaine o los niños estaban enfermos o se habían hecho daño. A mí me dolía mucho el codo, pero no creía que tuviera ningún corte. También me dolían la cara y los hombros, e incluso las rodillas.

Vic me apartó el pelo de la frente con los dedos y me miró a los ojos.

–Lo siento mucho. Dios Santo, tienes suerte de que no te haya disparado.

Yo no me había fijado en el arma. Una pistola SIG Sauer que llevaba atada al cinturón, en una funda de cuero. La había visto muchas veces, por supuesto. Incluso había disparado con ella en el campo de tiro. Sabía el daño que podía causar, pero nunca se me había ocurrido un solo motivo por el que Vic pudiera querer usarla contra mí.

–He oído que alguien intentaba entrar, y el perro del vecino se ha puesto a ladrar. Después, alguien en la puerta trasera. No sabía que eras tú. Por el amor de Dios, Tesla, ¿por qué no has llamado? ¡Yo te habría abierto!

–No quería despertarte –murmuré. Tenía los labios hinchados, y

noté el sabor de la sangre en la boca. Me había mordido la lengua.

–¿En qué demonios estabas pensando?

–¿Que en qué estaba pensando? ¿En qué estabas pensando tú, para ponerte a jugar a Rambo? ¿Por qué no has encendido la luz y has comprobado quién era antes de abalanzarte sobre mí? Por Dios, Vic, ¿es que pensabas que alguien estaba intentando entrar en casa?

–Sí, claro que sí –dijo él, rotundamente.

Yo tragué sangre, y me presioné con los dedos el rabillo de los ojos.

–Mierda, he roto la ventana.

–¿Te has cortado? ¿Estás sangrando? –preguntó él, y comenzó a palparme el brazo–. Se te ha roto el abrigo.

–Fantástico. Era mi abrigo favorito, Vic.

–Ya te compraré otro –dijo él, mientras me flexionaba el codo–. No está roto. ¿Tienes alguna otra herida? Quítate esto. Deja que te examine.

Yo me aparté de él y me puse en pie.

–Ya has hecho suficiente.

Vic también se puso en pie.

–He dicho que lo siento. Por Dios, Tesla, ¿es que tengo que pedir perdón por querer proteger a mi familia? Pensaba que había alguien aquí abajo. Pensé que tal vez fuera por ti, que te iba a hacer daño...

Mi furia estaba desvaneciéndose, y solo quedaban los moretones. Yo no podía estar enfadada con él. Había sido un poco estúpida al intentar entrar por la ventana. Y su preocupación me conmovió lo suficiente como para hacerme llorar.

–Mierda –dijo Vic con consternación–. Lo siento. No llores, por favor.

Yo me enjuagué las lágrimas.

–Creo que necesito hielo.

–Vamos, te ayudo.

Me llevó escaleras arriba, hasta la cocina, y me sentó en una de las sillas. Yo me quité el abrigo y ambos examinamos mi codo.

Vic me dio una bolsa enorme de guisantes congelados.

–Toma. De todos modos, los niños no se los van a comer.

Yo me la puse en la cara, sobre el ojo derecho, el que me había aplastado contra el suelo.

–Gracias.

Él hizo té para los dos, y me dio una de las tazas. No hablamos mucho. A mí estaba empezando a dolerme de verdad el cuerpo, y no quería quejarme para que no se sintiera culpable.

–Deberías llamar al trabajo para decir que hoy no puedes ir. Tal vez debieras ir al médico.

Era cierto, no podía ir a trabajar. No podría mantener los ojos abiertos para hacer mi turno, ni tampoco aguantar a Joy.

–No necesito ir al médico. Solo dormir.

–Lo siento –dijo Vic, otra vez.

Yo dejé los guisantes sobre la mesa para poder tomar el té caliente. Una vez más, estábamos a solas, a oscuras, en la cocina, esperando a que amaneciera mientras todos los demás dormían. Me pareció un momento tan bueno como cualquier otro, así que le pregunté:

–¿Qué demonios te pasa?

Él no respondió. Hizo girar la taza una y otra vez, hasta que yo puse la mano sobre su muñeca. Él se detuvo. Todavía llevaba la pistola en el cinturón, aunque yo no podía verla por debajo del borde de la mesa. Pero eso hizo que me diera cuenta de otra cosa.

–Tienes la ropa puesta.

–Sí. ¿Y qué?

Yo fruncí la frente, y me hice daño.

–Quiero decir que no llevabas pijama.

–Me he vestido al levantarme. Cuando oí a alguien intentando entrar.

Yo lo miré a la cara, y me di cuenta al instante.

–Mentiroso.

–Está bien. Ya estaba levantado.

–¿Porque todavía no te habías acostado? ¿Qué estabas haciendo?

–Montar la cuna del bebé, y asegurándome de que cumple la normativa de seguridad, y todo eso –dijo Vic, y volvió a hacer girar la taza. Sin embargo, al verme la cara, se detuvo otra vez.

–¿Y no podías esperar para hacer eso hasta por la mañana? El bebé no va a nacer esta noche, Vic.

–Bueno, también he estado mirando unas cosas en el ordenador.

–¿En la habitación del bebé?

–Elaine estaba dormida –dijo él, en un tono defensivo–. Tenía que mirar cómo se monta la cuna. No tenía las instrucciones. Y otras cosas más.

Vic tiene una característica: es un magnífico mentiroso. Eso lo convierte en un excelente jugador de cartas, por ejemplo, y jamás revela lo que te ha comprado por tu cumpleaños. Puede decirte una enorme mentira mirándote a los ojos sin pestañear, y convencerte de que está diciendo la verdad, de tal forma, que cualquiera estaría dispuesto a jurarlo delante de un juez. El hecho de que yo supiera que estaba mintiendo en aquella ocasión no se debía a ninguna capacidad especial mía, sino al hecho de que él, por algún motivo, quería que yo lo supiera.

–Vas a volver. Te lo estás pensando, ¿verdad? –dije.

Vic no dijo nada. Eso fue suficiente respuesta.

–Bueno, ¿y por qué tanto secretismo? No es nada para avergonzarse, Vic.

–Elaine no lo sabe.

–¿No sabe que estás pensando en volver a tu antiguo trabajo?

–No sabe que yo trabajaba en otra cosa.

Yo me quedé tan asombrada que me recosté en el respaldo de la silla.

–¿Cómo?

–Que no lo sabe. Y no sé si quiero que lo sepa. Todavía.

–Pero no puedes... Eso es... Vic, tienes que decírselo.

–Claro que tengo que decírselo –me soltó él, con sequedad–. Sobre todo, si vuelvo. Todavía no lo he decidido.

–¿Y de dónde sale ahora todo esto? –pregunté.

Tenía los guisantes en el ojo. Aunque estaban cada vez más calientes, todavía me aliviaban. Además, como me tapaban parte de la visión, no tenía que mirar la expresión de su cara mientras sucedía todo aquello. No estaba segura de qué cara tenía yo.

–Me llamó un antiguo compañero mío. Me dijo que necesitaban buenos chicos para un equipo nuevo que se estaba formando aquí, en Harrisburg. Dan un buen salario nada más empezar, con extras. Por si no te has dado cuenta, Tesla, voy a tener otro hijo.

En aquella ocasión, sus palabras me dolieron más que el gesto de fruncir el ceño.

–¿Te parece bien ser tan desagradable conmigo? Como si yo no viviera aquí. Como si no me diera cuenta de algo tan importante como eso.

Él suspiró.

–Lo siento.

–Esta noche me has dicho que lo sientes más veces que en toda nuestra vida –dije yo. Era una exageración, pero me parecía la verdad–. Ya está bien.

–El horario sería muy malo, pero, por otra parte, también tendría más flexibilidad...

–Parece que sí que lo has decidido...

Yo me levanté y metí la bolsa de guisantes en una bolsa de congelación. Tomé un rotulador del cajón, escribí *No comer* en el plástico, en letras mayúsculas, como si aquello fuera una gran preocupación.

–No puedo decidirlo hasta que no hable con Elaine.

–Sería lo lógico, desde luego. Lo que no entiendo es por qué nunca se lo has contado.

–Ella me conoció cuando yo solo era un tío que tenía un taller mecánico. No sabía que yo había sido policía, Tesla. Y, cuando empezamos a salir... no quería que ella me viera así. Eso es todo.

–Lo dices como si tuvieras motivos para avergonzarte.

Él me miró fijamente.

–¿Y no los tengo?

–No.

Yo quería acercarme a él y tomarle la cara entre las manos. Quería mirarlo a los ojos y obligarle a que se diera cuenta de que estaba muy equivocado. Si hubiera podido convencerlo poniéndome de rodillas ante él, lo habría hecho. Sin embargo, me quedé donde

estaba, igual que él, de la manera a la que nos habíamos acostumbrado.

Vic cabeceó.

–Lo eché todo a perder. Hice cosas horribles...

–Te refieres a mí.

–No. Me refiero a cosas horribles. Tú no eres horrible, Tesla. No me refería a ti.

–Entonces, ¿a qué te referías? ¿Al resto de las cosas? Si te refieres a decirle a tu jefe lo que habías averiguado para que él tuviera argumentos para enviar a su gente a hacer una redada a The Compound, solo estabas haciendo tu trabajo.

–Murió gente –dijo Vic.

–Tienes que decírselo, Vic. Es un trabajo, no es el fin del mundo –dije yo–. Elaine ya sabe lo del campamento. Sabe lo que pasó conmigo. Eso no es ningún secreto. No entiendo por qué el resto sí lo es.

Pero sí lo entendía. Lo vi en su cara. Vic se avergonzaba de lo que había hecho. No importaba lo que había hecho después, no importaba que hubiera hecho mucho más bien que mal. Seguía sintiéndose culpable.

–Te arrepientes de haberte liado conmigo –le dije. En todos los años que había vivido en su casa, nunca habíamos hablado del hecho de que, una vez, nos metimos mano en su taller.

–Tesla...

Yo hice un gesto negativo con la cabeza y me dirigí hacia el sótano.

–Lo entiendo. Lo que pasa es que creía que ya lo habíamos dejado atrás. Sucedió, y yo no lo lamento, pero tú sí. Así que, tal vez, cada vez que me miras, piensas en que no puedes creerte que hicieras eso conmigo...

–¡Nunca debería haberlo hecho! –exclamó él, pero en silencio, formando las palabras con los labios.

Yo oí el crujido del suelo del piso de arriba.

–Porque yo era demasiado joven. Porque tú estabas allí de servicio. Porque, porque, porque... –susurré yo, furiosamente–. Pues

voy a decirte un par de cosas, Vic: yo fui por ti. Quería acostarme contigo. Te deseaba. Y, para tu información, me encantó todo lo que hicimos juntos. Me encantó que nos corriéramos juntos, y me encanta saber que lo que sé sobre el sexo es por lo que tú me enseñaste, ¿entiendes? No lamento nada de lo que ocurrió, porque te quiero.

Él gimió desde el fondo de la garganta.

–No estoy enamorada de ti –añadí, rápidamente–. Te quiero, quiero a Elaine, quiero a tus niños. Adoro que seamos una familia. Te agradezco con toda mi alma que nos acogieras a Cap y a mí cuando mis padres nos abandonaron. Me encanta que seas un hombre bueno y decente, que protege a sus seres queridos con todas sus fuerzas. Te quiero a pesar de lo que hicimos, y no por lo que hicimos, Vic, y sé que eso es un poco lioso. Pero, si yo puedo olvidarme de ello, y si tu propia esposa, por el amor de Dios, puede olvidarlo, creo que tú también deberías ser capaz de olvidarlo. Y odio que no puedas. Odio que permitas que lo que hicimos, y lo hicimos los dos, por cierto, no solo tú, convierta en algo sucio todo lo que tenemos ahora. Odio eso.

No esperé a que él respondiera, sino que bajé a mi habitación.

Capítulo 19

Mi voz debía de parecer verdaderamente horrible por teléfono, porque Joy ni siquiera me puso objeciones cuando le dije que no iba a ir a trabajar. Tan solo me preguntó si iría al día siguiente, porque tenía otro compromiso, y no quería dejar a Darek a cargo del local, lo cual era una estupidez, puesto que Darek era tan capaz como yo de dirigir la cafetería. De todos modos, le aseguré que sí, que iría, y me pasé el día metida en mi habitación, viendo películas antiguas y jugando a juegos de mesa con los niños, para que Elaine pudiera estar acostada todo el tiempo.

No quería decirle que sabía algo que ella no sabía, y no me gustaba nada que Vic me hubiera puesto en aquella situación. Así pues, era más fácil evitarla. No creo que ella se diera cuenta, porque era uno de sus días más difíciles, y estaba agradecida por tenerme allí, entreteniendo a Simone y a Max.

Al final de la tarde, hicimos magdalenas, cuando empezó a mitigarse un poco mi dolor. Pensaba que iban a salirme muchos hematomas, pero supongo que era más dura de lo que pensaba, porque no fue así.

–Tesla, te quiero –me dijo Simone, seriamente, mientras poníamos una cobertura de chocolate espeso por encima de las magdalenas, que habían salido del horno un poco deformes, pero deliciosas, de todos modos.

–¡Te quiero! –añadió Max. Estaba muy ocupado chupeteándose los dedos, que tenía completamente manchados de chocolate.

–Yo también os quiero, chicos –dije, mientras rebañaba el cazo donde había derretido la cobertura–. Ummm...

Simone debió de pensar que declararme su amor en voz alta no era suficiente, porque me rodeó la cintura con los brazos y me apretó

con toda la fuerza que pudo, que, para ser una niña, fue bastante. Con todas las magulladuras que tenía, no me sentí muy entusiasmada, pero me las arreglé para devolverle el abrazo sin sufrir demasiado dolor y sin mancharle el pelo rubio platino de chocolate.

Ella inclinó la cara hacia arriba para mirarme.

–Nunca te vas a ir, ¿verdad?

–Eh... –a mí no me gustaba mentir a los niños, exceptuando Santa Claus y el Ratoncito Pérez, así que respondí–: No, no tengo planes para marcharme en un futuro próximo.

–Cappy se fue –dijo Simone, frunciendo el ceño.

Como Cap se había ido a vivir solo antes de que naciera Max, no sé por qué a ella le parecía tan mal, pero me hizo reír.

–Sí, bueno, es que quería vivir en su propia casa.

–Vive con Lynds –dijo Max, con su media lengua–. No vive en su casa.

–Claro, claro, pero antes de vivir con Lynds, tenía su propio apartamento –dije yo.

Cap me había pedido que fuera a vivir con él, pero yo prefería el sótano de Vic antes que el diminuto apartamento de mi hermano.

–¡Pero tú querías quedarte aquí, con nosotros! –exclamó Simone, con una enorme sonrisa.

La verdad era que había pensado muchas veces en mudarme. Vivir con bebés en casa, sobre todo si no son propios, no es precisamente idílico. Tampoco lo es vivir en un sótano. Además, quería tener mi propia casa, y podía permitírmelo. Sin embargo, me había quedado porque en casa de Vic me sentía como en mi hogar. Su esposa y sus hijos eran mi familia. No era una familia convencional, pero, para mí, era más normal de lo que podía haber sido cualquier otra situación.

–Porque nos quieres –dijo Max.

–Claro. Porque os quiero mucho a todos.

Le di un beso en la cabeza a Simone, y la aparté suavemente para que pudiéramos terminar las magdalenas.

–Tú quieres a mamá. Y a mí. Y a Max. Y a papá, también –dijo ella, y tomó el pequeño frasco de plástico en el que guardábamos el

confeti de azúcar en forma de dinosaurios. Empezó a esparcirlos copiosamente por encima de las magdalenas.

–Sí. A todos.

Era cierto, pero, después de la conversación de la noche anterior, me sentía como si, tal vez, no me estuviera permitido.

–¿Y Cappy quiere a Lynds? –preguntó Simone.

Yo la miré.

–Creo que sí.

–¿Se va a casar con ella?

–No lo sé, cariño. Niños, ¿por qué no bajáis a jugar para que yo pueda limpiar bien la cocina?

Max bajó las escaleras en segundos, pero Simone se quedó. No podía ayudarme mucho en la limpieza, porque ni siquiera llegaba al fregadero para lavar cuencos y cazos, pero, de todos modos, no la envié abajo. Tenía algo que decirme; lo vi reflejado en su carita.

–¿Qué quieres, nena?

–¿Tú te vas a casar?

Me reí.

–Por el momento, no. Puede que no me case nunca.

–¿Y por qué?

–Oh... no lo sé. Supongo que no he conocido a nadie que me guste lo suficiente.

–Seguro que tú sí le gustarás a alguien, Tesla.

Me giré desde el fregadero, me arrodillé y la abracé.

–Gracias, cariño. Muchas gracias.

Ella me abrazó también.

–Te quiero, Tesla.

–Yo también te quiero, nena. Bueno, y ahora, baja a jugar. Tengo que lavar todo esto.

Le di un azotito para que se moviera, pero lo que me había dicho no se me quitó de la cabeza en todo el tiempo.

Capítulo 20

No creo que ninguno de los tres pensara que iba a durar mucho. ¿Hay algo que dure en el instituto? Las relaciones surgen como setas en otoño, y algunas son igual de venenosas que las setas.

No se suponía que lo que yo tenía con Chance y Chase se fuera a convertir en algo serio.

Pero eso fue lo que sucedió.

Después de aquel baile de Navidad, algo había cambiado. Tal y como yo le había prometido a su madre, los hermanos estaban sacando sobresalientes en Cálculo. Y, como muestra de agradecimiento, cuando volví a ir a su casa para ayudarlos con los deberes, su madre me invitó a cenar.

La señora Murphy llevaba un delantal y tenía puesto el guante del horno.

–Vamos a tomar carne asada con puré de patatas.

–Claro –le dije yo, alegremente–. Muchas gracias.

–¿Tienes que llamar a tus padres para pedirles permiso?

En casa de Vic, íbamos a tomar pizza congelada. Después, él se tomaría una cerveza delante de la televisión antes de acostarse. Si tenía suerte, me contaría algo sobre su día de trabajo, y me preguntaría por el mío. Cap nos haría reír, y tal vez jugaríamos una partida de cartas, o algo así. Seguramente, Vic me daría algo de dinero por encima de la mesa de la cocina para comprar comida para la semana, o para pagar algunas facturas. Pero no me daría un beso. Ni siquiera me tocaría. De hecho, casi no me miraría.

–No. No vivo con mis padres.

La señora Murphy arqueó las cejas.

–¿No? Oh, no lo sabía. Lo siento.

–No se preocupe –dije yo. Mi vida no era asunto suyo, pero yo

me di cuenta de que se moría por preguntar-. ¿Puedo hacer algo para ayudar en la cocina, señora Murphy?

Pareció que le agradaba que me ofreciera. Para mí no era ningún problema. Cuando vivía en mi casa, mis padres tenían horarios dispares, y la comida teníamos que hacerla Cap y yo. En The Compound, yo había pasado muchos turnos en la cocina. Y, por supuesto, en casa de Vic las horas de las comidas tampoco eran fijas.

No me importaba ayudarla, aunque la señora Murphy no me cayera bien. En mi opinión, trataba a sus hijos como si fueran niños, y se metía demasiado en su vida. Era el tipo de madre que yo no quería tener, y que no quería ser. Mientras poníamos la mesa y hacíamos el puré, descubrí que tenía un gran sentido del humor, aunque no siempre lo demostrara.

Resultó que Chance no iba a estar durante la cena. Se había ido a casa de un amigo, algo que no debería haberme sorprendido. Los gemelos tenían amigos y, de vez en cuando, hacían cosas por separado.

En realidad, me alegré. Quería estar a solas con Chase. Lo había deseado desde el baile de Navidad, al verlo con Becka Miller. Y no era porque ya no quisiera hacerlo con los dos a la vez, tenerlos a los dos temblando, estremeciéndose y musitando mi nombre, porque todavía quería. Era todo lo demás lo que quería hacer con Chase, y no con Chance. Quería pasear con él de la mano entre clase y clase, con su cazadora puesta. Sí, incluso una chica dura como yo podía rendirse ante la posibilidad de llevar la cazadora de su novio.

Después de la cena, los padres de los gemelos se marcharon a hacer unos recados, y Chase y yo bajamos al sótano a estudiar. Para entonces, yo debería haberme sentido doblemente culpable por aceptar el dinero de mamá Murphy, porque sus hijos ya no necesitaban que les diera más clases. Sin embargo, si dejaba de darles clase, no tendría excusa para acostarme con ellos.

-Ya he hecho los deberes -me dijo Chase-. Mañana tenemos un examen.

-¿Quieres que te pregunte? -pregunté. Ya me estaba desabotonando la camisa, y sentía el deseo cálido en el vientre.

–No –dijo él–. Me lo sé todo.

Cuando me acerqué a besarlo, él giró la cabeza, y mis labios aterrizaron en la comisura de sus labios. No me aparté, al principio, y él no se movió, así que, durante unos segundos eternos, permanecimos así, con lo que parecía un rechazo entre nosotros. Cuando me retiré, el calor del deseo se convirtió en frío. Él me agarró de la muñeca para que no me levantara del sofá.

–¿No quieres besarme? –le pregunté, en voz baja.

–Claro que sí, claro que sí. Pero, tal vez...

Él no terminó la frase, y parecía que estaba incómodo.

–Pero, tal vez, ¿qué?

–Deberíamos esperar a que viniera Chance, ¿no?

–¿Por qué?

Chase no me miraba a los ojos.

–Porque él forma parte de esto, ¿no? Siempre ha formado parte.

–Pero, ¿tú no puedes hacerlo sin que tu hermano esté aquí? ¿O no quieres?

–¡No! –exclamó Chase–. No es eso.

–Entonces, ¿qué ocurre? A mí me gusta estar con los dos, ya os lo he dicho. Además, él no está aquí, y tú sí.

Chase tiró de mi muñeca hacia él, y me besó. Su lengua acarició la mía, lentamente. Él besaba mucho mejor que su hermano.

En todas las demás ocasiones, el hecho de que fuéramos tres en vez de dos había hecho del sexo algo frenético. También la posibilidad de que sus padres nos sorprendieran. Aquella noche, los señores Murphy no estaban, y yo solo tenía que concentrarme en uno de los gemelos, así que las cosas me parecieron distintas. Hubo los mismos lametones, las mismas caricias, pero, por primera vez, me pareció algo más que sexo. Me pareció que hacíamos el amor.

De todos modos, fue muy rápido. Éramos adolescentes, queríamos ir directamente al grano y no podíamos olvidarnos de que sus padres iban a volver en algún momento. En pocos minutos estábamos completamente desnudos, algo que nunca habíamos hecho cuando estábamos los tres juntos, porque siempre era muy importante que pudiéramos vestirnos rápidamente si surgía la

necesidad.

Parecía que a Chase le ponía nervioso estar desnudo delante de mí, aunque yo había visto su pene muchas veces. Y parecía que le ponía nervioso verme desnuda a mí. Yo no estaba nerviosa en absoluto. Nunca lo habíamos hecho cara a cara, pero, como su hermano no estaba, no había ningún motivo para no hacerlo a la vieja usanza. Chase me tendió boca arriba sobre la moqueta y, mientras me besaba, se puso un preservativo de la caja que Chance y él habían escondido bajo los asientos del sofá. Cuando entró en mi cuerpo, los dos gruñimos.

Pestañeando, Chase se irguió sobre los dos brazos para mirarme. Yo tiré de él hacia abajo para que me besara. Y, besándome, comenzó a moverse.

En aquella ocasión, todo fue distinto. No tuve que excitarme con la mano mientras le hacía una felación a un hermano y el otro me penetraba por la espalda. No tuve que sujetar una mano demasiado entusiasta ni ralentizar el ritmo con el que alguno de los dos me masturbaba. En aquella ocasión, los dos nos movimos juntos, y el placer fue aumentando y aumentando hasta que yo estaba clavándole los dedos en la espalda a Chase y apretándole con los talones en las corvas para que se hundiera más y más en mí. Era mejor que cuando estaban los dos hermanos.

Chase me besó, y movió las caderas cada vez más rápidamente, y yo alcé las mías para recibir sus acometidas. Ya me estaba corriendo cuando él tomó aire y gruñó. Abrió los ojos y me miró. Él también llegó al orgasmo y, después, se desmoronó sobre mi cuello, y yo le acaricié el pelo mientras trataba de recuperar el aliento.

–Te elegiría a ti –dije, sin poder evitarlo. Quería decirle la verdad, y estaba tan exultante después de aquella relación sexual que no pude contenerme.

Chase se movió y salió de mi cuerpo. Se puso de rodillas, con una mano sobre su miembro para que el preservativo no se le resbalara.

–Pero... fuiste al baile con Chance.

Yo me incorporé apoyándome en los codos y, de repente, me di

cuenta de que estábamos muy sudorosos, y de que olía a sexo. Tenía que beber agua y necesitaba ir al baño, pero todavía me sentía tan lánguida que no podía levantarme.

–Sí, porque él me lo pidió. Tú, no. Y fuiste con Becka. Pero... si hubiera podido elegir... te habría elegido a ti.

En el sótano de los Murphy había un armario muy largo, que se extendía por una pared entera de la estancia. Yo no oí el chirrido de una de las puertas, pero Chase, sí. Él se levantó y se alejó de mí en pocos segundos. Se quitó el preservativo y lo envolvió en unos cuantos pañuelos de papel que sacó de una caja que había sobre la mesa. Yo solo tuve tiempo de sentarme antes de ver a Chase en la puerta del armario. Al principio, no lo entendí.

–Eres una aprovechada, Tesla –me dijo Chance, con la voz entrecortada. Siempre estaba pálido, pero en aquel momento tenía las mejillas muy rojas, y estaba temblando–. ¡No eres más que una aprovechada!

Rápidamente, encontré mi ropa y empecé a vestirme. Me puse la ropa interior antes de poder responder.

–Pensaba que te habías ido a casa de Brett.

Ninguno de ellos me respondió. Yo me puse la falda y me la sujeté en los muslos mientras me abotonaba la camisa. La euforia de hacer el amor con Chase había desaparecido, y tenía frío. Estaba temblando, como Chance. Los miré a los dos.

–¿Qué está pasando aquí? ¿Qué estabas haciendo ahí, Chance? ¿Mirarnos? Eres un depravado.

–Te lo dije –murmuró Chase, sin mirarme. Él también se estaba vistiendo, de espaldas a nosotros–. Te dije que era mejor que no lo supiéramos, Chance.

–Yo sí quería saberlo. Ahora me alegro –dijo su hermano, pero no parecía que estuviera contento.

Chase se había puesto la camiseta y los pantalones, y yo esperé a que se colocara a mi lado. Sin embargo, eso no sucedió.

–¿Habéis planeado esto entre los dos? –pregunté yo–. ¿Chase?

–Yo... Él quería saber si...

–¿Qué?

–A cuál de los dos preferías –respondió Chance–. Y ahora, ya lo sé. No puedo creer que te llevara al baile. Te compré flores, Tesla. ¡Te invité a cenar! ¡Y pagué las entradas!

–Pero... tú querías hacerlo. Yo no te supliqué que lo hicieras, ni nada por el estilo.

–Si te lo hubiera pedido Chase, ¿habrías ido con él?

–Sí, por supuesto. Pero él no me lo pidió, y tú sí. Así que fui contigo.

–Pero hubieras preferido ir con él –dijo Chance, tristemente.

Entonces, lo entendí todo. Yo nunca hubiera querido ser una rompecorazones, pero eso era lo que había hecho. Fruncí el ceño, porque no podía negar lo que estaba sucediendo.

–Él no quiere estar contigo –dijo Chance.

Yo miré hacia el lugar de la moqueta donde acabábamos de hacer el amor. Después, miré a Chase, que seguía sin mirarme a mí.

–¿No? Entonces, ¿qué acabamos de hacer?

–Queríamos comprobar si estabas dispuesta a hacerlo –dijo Chase.

Chance carraspeó. Para horror mío, parecía que estaba conteniendo las lágrimas.

–Sin mí. Y lo hiciste –dijo.

–¿Me habéis tendido una trampa? Pero ¿por qué?

Entonces fue cuando Chase me miró.

–Porque queríamos saberlo.

Los tres habíamos construido un círculo, suave y flexible, pero lo que había ocurrido nos convirtió en un triángulo de ángulos agudos y afilados. Yo no tenía nada que decirle a ninguno de los dos. Le había hecho daño a Chance sin querer, pero ellos me lo habían hecho a mí intencionadamente. Me contuve para no estallar en lágrimas de ira y de tristeza. No quería que vieran aquella reacción.

–Bien –dije–. Pues ahora, ya lo sabéis.

No esperé a que me respondieran. Los dejé en el sótano y, cuando los vi en el instituto, al día siguiente, ni siquiera los miré. Al menos, aquello no era diferente a lo que hacíamos antes. Le devolví el cheque final a la señora Murphy, con una nota que decía que no

podía seguir dándoles clase. De todos modos, ya no me necesitaban.

Chase Murphy no me había deseado. Melissa me había dejado por alguien que se parecía más a ella. A Vic le importaba, pero se sentía culpable por ello.

Yo había tenido novios, novias y aventuras de una noche. Ninguna de aquellas relaciones había durado, y yo trataba de convencerme de que así era como me gustaban las cosas. Sin embargo, con la pregunta de Simone resonando en mi mente, lo único en lo que podía pensar era en Meredith y en Charlie discutiendo por el vino.

¿Por qué no podía yo tener aquello, también?

Capítulo 21

Los domingos son los mejores días del Mocha. No solo porque Joy se tome el día libre, sino porque casi todo el mundo que pasa por allí no tiene prisa por ir a otro lugar. Ni siquiera el hecho de tener que madrugar es tan malo los domingos.

Aquel domingo, Eric fue uno de los primeros en llegar. Como de costumbre, iba despeinado, llevaba un bolso de cuero y una libreta. Parecía que estaba tan cansado como yo.

–¿Has tenido mala noche? –le pregunté, mientras le daba su taza para que se sirviera café.

–El turno de noche en urgencias nunca es agradable –dijo él, con una sonrisa, y tomó la taza–. ¿Y tú?

–Yo no he tenido que darle puntos de sutura a nadie, así que supongo que mejor que tú.

–No lo dudo –dijo él, y se marchó hacia su mesa.

Lo observé durante unos minutos. Meredith decía que todo el mundo tenía una historia y, algunas veces, más de una. Yo me pregunté por la suya.

–¿Te encuentras mejor? –me preguntó Darek, y dio un paso atrás para mirarme bien–. ¿Estás bien? ¿Qué te pasó?

Aunque todavía tenía dolores, lo único visible que quedaba de mi encuentro con Vic era un pequeño moretón que tenía en la mejilla. Lo había tapado con maquillaje, pero, si alguien se fijaba, podía verlo. Lo toqué ligeramente.

–Estoy bien. Fue un accidente.

Darek me dejó asombrada al apretar los puños.

–¿Quién te lo ha hecho? ¿Te ha pegado algún cabrón? ¿Quién ha sido?

Yo pestañeeé, y me eché a reír.

–Oh... fue el tío con el que vivo, Vic. Pero, de verdad, fue un accidente. Él no me pegó a propósito, Darek. Pero muchas gracias.

No parecía que me creyera.

–No me mientas, Tesla. Si te ha pegado alguien...

Yo no podía explicarle la situación, porque era demasiado complicada.

–De verdad, estoy bien. ¿Crees que iba a permitir que alguien me pegara sin denunciarlo?

Entonces, su expresión se suavizó.

–No lo sé. Supongo que no. Disculpa.

–No te disculpes. Ha sido muy amable por tu parte –dije, y lo abaniqué con las pestañas–. En realidad, no sabía que me quisieras tanto.

Aquello le hizo reír.

–Sería un capullo si no me importara que a una amiga le den una paliza.

–No, no eres ningún capullo.

Entonces, comencé a separar magdalenas de zanahoria. La crema de queso de la cobertura hacía que se pegaran bastante.

–Joy cree que sí. Pero es una zorra, así que supongo que estamos en paz. Ayer volvió a montarme una buena bronca.

Yo lo miré.

–Siempre está haciendo lo mismo.

–Pero ayer se pasó de la raya. Me ridiculizó delante de toda la gente. Me cabreó mucho –dijo Darek–, y estuve a punto de dejar el trabajo. Te juro que la próxima vez que lo haga, me marchó.

Vaya, aquello iba en serio.

–Lo siento.

Él se encogió de hombros; en aquel momento sonó la campanilla de la puerta.

–Esas cosas pasan –dijo Darek–. Pero se va a arrepentir si sigue tratándome así. Eh, Johnny D. ¿Lo quieres?

–Por supuesto que sí –dije yo. Dejé las magdalenas y me incliné sobre el mostrador, sonriendo a Johnny–. Buenos días.

–Hola, Tesla, ¿qué tal estás? –respondió. Miró por encima la carta

y, después, se fijó en la vitrina de las tartas y bizcochos—. Ponme un café y una magdalena de zanahoria, ¿quieres?

—Buena elección.

Cuando le serví, me pagó la cuenta y echó una moneda en la lata de las propinas.

—Gracias —dije yo, y le di el cambio. También lo echó a la lata—. Hasta luego.

Mientras atendía a Johnny, no me había dado cuenta de que había otra cliente tras él. Al ver de quién se trataba, sonreí aún más.

—Meredith, hola.

Ella no me sonrió.

—Has venido hoy.

—Pues... claro —respondí. Noté que mi sonrisa se apagaba un poco mientras la observaba—. ¿Por qué no iba a venir?

—Ayer no viniste. Pensé que me estabas evitando.

Ella no miró a su alrededor para ver si nos estaba escuchando alguien, pero yo, sí.

—Por supuesto que no. Podías haberme llamado, ¿sabes? Me alegro de que me echaras de menos.

—Pensé que... Estaba preocupada. Pensé que te sentías mal por lo que había ocurrido.

—No. Lo pasé muy bien —dije, y nos miramos la una a la otra. Me sentía más azorada durante aquella conversación que durante lo que habíamos hecho con Charlie—. Realmente bien.

Aquello le agradó, porque, por fin, sonrió.

—Bien. Gracias a Dios. No quería tener que decirle a Charlie que nos habías fallado. Habría sido duro para él.

—¿De veras? ¿Te apetece un café con menta? —añadí, mientras me disponía a hacerlo como sabía que a ella le gustaba.

Meredith asintió.

—Sí. Él es así.

—Pues, no, no voy a fallaros —dije, y sujeté la taza debajo del espumador de la leche—. Entonces, ¿queréis volver a hacerlo?

Su sonrisa aumentó. Me resultaba impensable que alguien pudiera negarle algo a Meredith si sonreía así.

–Por supuesto. Ya te dije que iba a ser divertido, ¿no?

Yo terminé de preparar el café y se lo tendí.

–Sí.

Nuestros dedos se rozaron cuando tomó la taza. Me dio un billete de diez dólares y señaló una magdalena de manzana.

–Quiero una de esas, también.

Yo le di la magdalena y el cambio. No quería que se marchara todavía.

–¿Y cuándo?

–Esta noche –dijo Meredith–. Y mañana por la noche. Y pasado...

–Ya basta –dije, riéndome–. No seas boba.

Ella me miró con picardía, metió el cambio descuidadamente en el bolso y se colgó la correa en el hombro.

–¿Así que esta noche no?

–Sí, esta noche está bien –dije, sin poder contener la sonrisa–. Será estupendo.

–Ah, eso ya lo sé –respondió. Me guiñó un ojo y se fue hacia su mesa preferida. Allí, abrió su ordenador y comenzó a hacer lo que siempre hacía durante horas.

Darek se acercó a mí.

–Entonces, ¿vas a salir con Meredith?

Yo lo miré con curiosidad.

–Más o menos. ¿Por qué?

De repente, tuve un horrible presentimiento; yo nunca había sentido ninguna atracción por Darek, y estaba segura de que él tampoco se sentía atraído por mí. Teníamos nuestros números de teléfono y éramos amigos en Connex, pero nunca salíamos juntos fuera del trabajo.

–Está casada –dijo él.

–Bueno, sí –respondí. Lo que yo hacía con Charlie y Meredith no era asunto suyo, así que no le dije nada más.

Darek se encogió de hombros y me rodeó para llegar a la tostadora para meter un *bagel*. No quería hablar de aquel tema con él, así que me alegré de que empezaran a entrar clientes. Aquella pequeña avalancha me salvó de tener que darle explicaciones.

Cuando tuve un momento para descansar, Meredith ya se había ido. Traté de no sentirme desilusionada. Ella me había dejado algo en la mesa: una servilleta con un beso bien marcado en carmín, y una palabra garabateada.

Esta noche.

Capítulo 22

Durante las dos semanas siguientes, vi a Charlie y a Meredith diez noches. Fuimos a cenar, al cine, y a pequeños clubes para escuchar música en vivo. Nos manoseamos en los aparcamientos, y fuimos a desayunar a una cafetería a las tres de la mañana. Charlie me llamó cinco minutos después de que yo los dejara, y pasamos una hora hablando. Meredith venía a la cafetería y me enviaba mensajes picantes por teléfono, cuando estaba sentada a pocos metros de mí. Charlie y yo, Charlie y Meredith, aunque nunca Meredith y yo nos besamos, nos tocamos, nos lamimos y nos hicimos el amor.

Nos adherimos unos con otros.

Yo estaba enamorada de Meredith desde el primer día que la vi, pero Charlie... Oh, Charlie era especial. Era generoso, bondadoso y paciente, lo contrario que su mujer, que tenía tendencia a salirse por la tangente y a enfadarse por cosas que a él y a mí nos producían asombro, hasta que ella se echaba a reír. Él era amable y considerado. Tenía un sentido del humor irónico y exquisito. Una relación de dos semanas no era demasiado larga, pero, en ese tiempo, a mí me pareció que conocía a Charlie.

En una ocasión, Meredith se marchó a una de sus reuniones para la venta de Jangle Bangles, pero me había dicho que fuera a su casa después del trabajo y la esperara allí, porque iba a volver pronto. Así pues, Charlie y yo estuvimos a solas por primera vez desde que había empezado todo aquello. Estar con él, sin Meredith, me pareció nuevo, embarazoso e insoportablemente excitante.

Yo me había llevado un libro para leer mientras esperábamos que llegara Meredith. Charlie me besó en la puerta, pero después, se sentó en un extremo del sofá, con todos los exámenes que tenía que corregir, mientras yo me sentaba en el otro con mi libro.

Permanecimos en silencio durante unos veinte minutos. Entonces, él alzó la vista y bostezó.

–¿Qué estás leyendo?

Yo le mostré el libro. En realidad, lo estaba releendo.

–Se llama *Boy's Life*.

–¿Es bueno?

–Es uno de mis favoritos. El escritor se llama Robert McCammon. ¿Has leído algo suyo?

Charlie cabeceó.

–No. A mí me gusta mucho King. Koontz. Barker. Clegg. Sobre todo, me gustan las novelas de terror y de ciencia ficción.

Me eché a reír.

–Entonces, te encantaría McCammon. Esta novela es del estilo de Bradbury, pero ha escrito otras de terror muy buenas. ¿Te gustan también las películas de miedo?

–Son mis favoritas. Me gusta el terror psicológico, o lo paranormal. Me encantan las de zombis.

–¡A mí también! ¿Has visto *28 días después*?

Nos sonreímos el uno al otro. Habíamos conectado en otro nivel, en algo que no tenía nada que ver con el sexo.

–Sí. ¿Has visto tú *Dos hermanas*? Es coreana –dijo Charlie, y se estremeció–. Me produjo terror.

–No, no la he visto –dije yo–, pero me encantan las películas asiáticas. ¡Son horribles! Me encantaría verla. Tendré que alquilarla.

–No te preocupes, yo la tengo en DVD. Podríamos verla juntos.

–Me encantaría, Charlie.

Nos sonreímos el uno al otro.

–¿El qué te encantaría? –preguntó Meredith, que acababa de entrar desde el garaje sin que nos diéramos cuenta. Iba cargada con su maleta de muestras de bisutería.

–Ver una película de terror. A Tesla le encantan –respondió Charlie, y se levantó para ayudarla con la maleta.

Ella me miró mientras le permitía que se la quitara de las manos.

–¿De veras? Es muy agradable que tengáis algo en común.

–Entonces, ¿a ti no te gustan las películas de terror? –le pregunté

yo, mientras me levantaba de un salto para saludarla-. ¿Cómo es eso?

Meredith se encogió de hombros y le dio un beso a Charlie. Después, me abrazó.

-No lo sé, pero no me gustan. Ummm... qué bien hueles. ¿Qué perfume llevas?

Yo me olisqueé la muñeca.

-Es un perfume que me compré en el mercadillo. Se llama Steam Dreams.

Ella se inclinó hacia mí e inhaló.

-Me gusta. Huele a ti.

-Supongo que eso es bueno, porque soy yo la que lo lleva.

Ella me miró con la ceja arqueada, como miraba a Charlie muchas veces.

-Listilla. ¿Estáis listos? Solo necesito un par de minutos para cambiarme.

Charlie miró hacia el sofá.

-Todavía me quedan algunos exámenes por corregir. Necesitaría una hora más.

Meredith frunció el ceño.

-Me dijiste que habrías terminado cuando yo llegara a casa.

-Yo te ayudo, Charlie. Puedo corregir exámenes contigo mientras Meredith se prepara -dije.

Él se quedó sorprendido.

-¿De veras?

Ella ya se estaba marchando, y se giró para mirarnos.

-Bien. Métele prisa, Tesla. Yo me voy a dar una ducha rápida, porque parece que tengo un poco de tiempo.

Cuando ella se marchó, Charlie me miró, y me dijo:

-No tienes por qué hacerlo.

-Eh, no me importa -dije yo-: Si no soy capaz de corregir algunos exámenes de tercer curso, debería avergonzarme de mí misma. A menos que se trate de Ciencias Sociales, porque, para ser sincera, no me acuerdo de los nombres de los conquistadores, ni nada de eso.

-No. Son frases para deletrear. Creo que podrás con ello.

Sonreí.

–¿Doy puntos extra por la creatividad?

Charlie me acarició la frente con un dedo, justo por encima de las cejas. Fue una caricia suave, como el roce de una pluma, e hizo que me estremeciera. Volvimos a sonreírnos.

–Deberías –dijo.

Capítulo 23

Meredith dijo que tenía una sorpresa para nosotros. No sé si a Charlie le ocurrió lo mismo, pero a mí sí me sorprendió el lugar al que nos llevó.

Samantha's tenía más clase de lo que yo esperaba. Cuando nos dijo que se trataba de un club de *streaptease*, me imaginé luces de neón y mujeres vulgares bailando alrededor de la barra. Sin embargo, entramos en un sitio elegante, con paneles de madera oscura y retratos eróticos de buen gusto colgados por las paredes. Había un bonito escenario con dos barras que subían hasta el altísimo techo. Además, en el local había zonas algo alejadas del escenario, equipadas con sofás cómodos, mesas y asientos.

–Me muero de hambre –dijo Meredith–. ¿Qué queréis cenar?

–¿Dan de cenar aquí?

–Aquí te dan lo que quieras –me dijo ella, riéndose, y me empujó suavemente con la cadera–. Pero las hamburguesas están riquísimas. Vamos a sentarnos a la barra. Charlie, vamos.

Charlie se había quedado rezagado abrochándose el cinturón, porque había tenido que quitárselo para poder pasar por el arco de seguridad que había a la entrada. En aquel momento, nos alcanzó.

–¿Qué? –preguntó.

–Vamos a sentarnos a la barra –dijo Meredith–, para pedir algo de comer.

–Me parece bien –respondió él, con una sonrisa–. ¿Qué quiere Tesla?

–Tesla quiere una hamburguesa –le dije yo–. Y supongo que una cerveza.

Meredith se acomodó en uno de los taburetes de la barra.

–Y ver unas cuantas tetas –dijo.

–Bueno, ¿quién no querría ver eso? –preguntó Charlie.

La camarera que dejó tres posavasos sobre la barra, delante de nosotros, era joven, guapa y un poco más rellenita de lo que yo hubiera esperado. Tenía unos pechos voluminosos que asomaban por encima de su entalladísimo corsé. Llevaba unos pantalones cortos y medias de rejilla. Me guiñó un ojo mientras nos entregaba las cartas.

–Los cócteles están de oferta durante los próximos veinte minutos –nos dijo–. En la carta figuran también la lista de puros y las cervezas.

–Eh, hamburguesas –dijo Charlie, y agitó la carta hacia Meredith. A mí me gruñó un poco el estómago.

–Ha dicho que son buenas –le expliqué a Charlie.

Él miró a su mujer.

–¿Están buenas las hamburguesas?

Ella estaba concentrada en el escenario, al que acababa de salir una mujer. Meredith no miró a su marido.

–¿Y yo qué sé? –respondió.

–Pero... tú has dicho que... –dije yo, pero me quedé callada cuando ella me lanzó una mirada.

–He oído decir que están buenas. Eso es todo –dijo Meredith, y se volvió a mirar de nuevo al escenario.

Allí, la mujer se había quitado el vestido negro que llevaba y había empezado a girar alrededor de la barra.

–Impresionante. Mirad.

Meredith lo dijo en tono de envidia, y yo tuve que admitir que también sentía lo mismo. Aunque la iluminación era tenue, se veía que la stripper tenía unas cuantas arrugas y un poco de celulitis, pero era increíble bailando en la barra. Había subido a media altura del poste y se había quedado allí colgada, sujetándose solo con los muslos. El pelo flotaba a su alrededor mientras ella giraba.

–Es el poste lo que gira, no la chica –comentó Charlie. Después, añadió en voz baja–: Espero que no se caiga.

Meredith soltó un resoplido.

–Tenías que ser tú el que se preocupara por la seguridad. Concéntrate en sus tetas, cariño. Has pagado por ver eso. Y, a

propósito, pásame ese taco de dólares. Llevo varias semanas ahorrándolos –me dijo a mí, y me entregó unos cuantos del taco que le dio Charlie–. Toma. Arrúgalos y tíraselos.

A mí me parecía un poco grosero, pero era lo que estaba haciendo todo el mundo que no alcanzaba a metérselos en el cordón del tanga. El ambiente se llenó de dólares arrugados y de silbidos cuando la bailarina se deslizó hacia abajo por el poste y se detuvo justo al tocar el suelo con las puntas de su pelo rubio. Entonces, arqueó la espalda y se dio la vuelta para aterrizar sobre las plataformas de diez centímetros de sus zapatos.

–Dios –murmuró Meredith–. Mirad eso, por favor.

Yo miré de buena gana. No hacía falta ser una gran concedora del trabajo de las strippers para darse cuenta de que tenía talento. Cuando se giró para sonreírnos, le lancé un dólar arrugado. Rebotó en su pecho desnudo, y ella lo atrapó con facilidad y me guiñó el ojo. Después, recogió el vestido negro y salió del escenario.

–Ojalá yo pudiera hacer eso –dijo Meredith.

–¿Bailar en la barra? –le preguntó Charlie–. Seguro que sí puedes. Podríamos poner una en mitad del salón.

Yo sabía que él estaba bromeando, pero Meredith puso los ojos en blanco.

–Sí, iría muy bien con nuestra decoración –dijo.

Salieron más chicas al local, y dos de ellas subieron al escenario a bailar, mientras que la mujer que ya había bailado empezó a mezclarse con los clientes. Las chicas llevaban vestidos elegantes, que yo hubiera esperado ver en un cóctel, no en un club de striptease.

–Hola, me llamo Donna. ¿Cómo lo estáis pasando esta noche?

La mujer que había estado bailando unos minutos antes se había quitado el vestido negro y se había puesto una faldita de tablas con una camisa de botones cuyos picos se había atado sobre el estómago bronceado. Nos miró a Charlie y a mí, observó a Meredith un momento y, después, volvió a mirarme a mí.

–Hola, cariño. Bonita camiseta.

–Yo estaba pensando lo mismo de tu camisa. Y de tu falda.

No me gustaban demasiado, pero no tenía sentido ser mala. Ella trabajaba mucho para ganarse un dinero.

–¿Esto tan viejo? –preguntó ella, con otro guiño, y se apoyó en la barra, junto a Charlie–. Bueno, ¿y es la primera vez que venís?

–Sí –dijo Charlie.

–Bueno, guapo, pues por si no lo sabías, te lo diré: los bailes privados son a veinte dólares por canción, y hago descuentos para parejas. Dos por uno.

Me miró a mí también, porque yo estaba sentada al lado de Charlie.

–¿Qué te parece, cariño? ¿Quieres regalarle algo especial a tu marido?

–Es mi marido –dijo Meredith, con algo de malicia. Creo que le encantaba sorprender a la gente–. ¿Y vale tu oferta para tríos?

La stripper arqueó las cejas, y volvió a mirarme.

–Bueno... No puedo decir que haya bailado para tres más veces, pero... claro, ¿por qué no? Mira, si pagáis tres canciones, os atenderé a los tres. ¿Qué os parece?

Charlie no había dicho nada durante la conversación, pero respondió en aquel momento.

–Vaya ganga.

Ella lo miró.

–¿Qué puedo decir? Me gustan los retos.

Meredith bajó de un salto del taburete, con un brillo en los ojos que yo conocía muy bien.

–Bueno, pues adelante.

Charlie y yo nos miramos. Yo estaba dispuesta a hacerlo, pero él se quedó atrás, con algo de vacilación. Me puso la mano en la espalda mientras seguíamos a Meredith y a la bailarina por entre el gentío.

–¿Estás segura de esto? –me preguntó, al oído, mientras íbamos hacia la parte trasera del local. Entramos a un pequeño pasillo que había más allá de los servicios, que conducía a una sala más pequeña, junto a cuya puerta había un guardia de seguridad.

Yo me detuve y me giré hacia él, aunque Meredith ya había entrado en la sala con la bailarina.

–Claro. ¿Por qué? ¿Tú no?

–A mí nunca me han hecho un baile privado –dijo.

Charlie era adorable casi todo el tiempo, pero en aquel momento, tuve ganas de comérmelo.

Meredith asomó la cabeza por la puerta.

–¿Qué estáis haciendo? Vamos.

Charlie me agarró la mano y me apretó los dedos.

–Bueno, será mejor no hacerla esperar.

–No. A ella no le gusta eso –dije, y tiré de él–. Vamos, Charlie. Es tu pérdida de virginidad con los bailes privados.

–¿A ti te lo han hecho alguna vez? –me preguntó, mientras pasábamos junto al gorila y nos deteníamos junto a la cajera que había dentro de la sala. Charlie sacó la tarjeta de crédito y ella la pasó por el datafono.

Yo negué con la cabeza, y miré a mi alrededor. En aquella sala había unos diez apartados como los que había en el local principal, salvo que estos tenían respaldos más altos y paneles laterales para proporcionar más privacidad a los clientes.

–No.

–Entonces, los dos vamos a perder la virginidad esta noche –dijo Charlie. Con un suspiro, recogió la tarjeta, la guardó en su cartera y se la metió al bolsillo. Se inclinó, me dio un beso en la sien y me tiró de la mano–. Vamos.

–Tesla, tú siéntate entre nosotros –dijo Meredith, deslizándose por el asiento y dando unos golpecitos en el terciopelo–. Charlie, tú siéntate aquí.

Como de costumbre, ella lo estaba orquestando todo. Nos sentamos mientras Donna nos observaba con cara de diversión. Cuando nos acomodamos, se desabrochó rápidamente la camisa y se quitó el sujetador. Quedó vestida, tan solo, con la diminuta falda.

–Puedo quitarme esto, o dejármelo puesto –dijo, girándose para mostrarnos cómo se movía la falda y para enseñarnos el trasero. Solo llevaba un tanga de encaje. Nos miró por encima de su hombro mientras agitaba las caderas–. Vosotros decidís.

–Quítatelo –dijo Meredith, dando palmaditas y saltitos en el

asiento.

Yo me eché a reír.

–No sé... A mí me gusta con faldita.

–Charlie –dijo Meredith–. Tú decides.

Pensé que iba a elegir lo que quería ella, así que me quedé sorprendida.

–Puesta. Me gusta. Es sexy.

Meredith también se quedó sorprendida, y no demasiado contenta, pero se encogió de hombros.

–Entonces, puesta.

Donna miró hacia la cajera y le mostró tres dedos; la cajera asintió, seguramente, dándole a entender que Charlie había pagado tres bailes. La música empezó segundos más tardes. Antes, ella había bailado a un ritmo mucho más rápido, pero, en aquella ocasión, sonó una música lenta y sexy. *No Ordinary Love*, de Sade.

–Una de mis canciones preferidas –dijo Charlie, antes de que la stripper le pusiera delante de la cara sus grandes pechos y se le sentara en el regazo.

No podía ser fácil bailar para tres, pero Donna lo hizo muy bien. Se movió de un lado a otro y se sentó en nuestros regazos, frotándonos las nalgas, y girándose para ofrecernos su pecho voluminoso. A mí me gustó sentir su peso en el regazo, y me gustó ver cómo se sentaba sobre Charlie, a mi lado, y arqueaba la espalda. Los senos se alzaban hacia el cielo. Se frotó contra nosotros, y fue añadiendo alguna caricia o una mirada ardiente para asegurarse de que, aunque estuviera sobre uno de nosotros, los demás también recibieran sus atenciones.

Yo me abandoné al placer de ser seducida por una mujer bella. Me gustó que nos mirara a los ojos, y me gustó que hiciera ruborizarse un poco a Charlie cuando le frotó las nalgas contra la entrepierna.

Cuando terminó la tercera canción, Meredith se puso en pie antes de que Donna tuviera tiempo de retroceder un par de pasos.

–Gracias. Buen trabajo.

Donna sonrió mientras metía los brazos por los tirantes del

sujetador y se lo abrochaba.

–Gracias. Me alegro de que lo hayáis pasado bien.

Meredith no la miró dos veces, aunque sí miró a Charlie con los ojos entrecerrados.

–Voy al baño.

Y se marchó, sin más.

Donna se quedó preocupada.

–¿Está bien?

–Sí, seguro que sí. Voy a verla –dijo, y me puse de puntillas para decirle a Charlie al oído–: Deberías darle a Donna una buena propina.

Cuando llegué al baño, Meredith estaba saliendo de uno de los servicios. Se lavó las manos, se pasó los dedos húmedos por la nuca y por la garganta, y me miró en el espejo.

–Vamos a casa –dijo.

Me encogí de hombros.

–Claro –respondí–. ¿Te encuentras bien?

–No veo ningún motivo para tener que pagar a cambio de algo que nosotros podemos hacer en casa gratis –dijo Meredith, y me pasó los dedos por los brazos–. Y mejor.

Me eché a reír.

–¿Quieres hacerle un bailecito privado a Charlie en casa? De acuerdo, eso me parece bien.

–No solo a Charlie. A ti también –dijo, y me estrechó brevemente entre sus brazos. Me acarició el cuello y la mejilla con la nariz. No fue un beso, pero sí una promesa. Se apartó y me miró a los ojos–. Estoy muy excitada, ¿tú no?

Antes no lo estaba, pero en aquel momento sí. Sus caricias, y aquella mirada. Su respiración agitada. Esas eran las cosas que me excitaban.

Quería ser el motivo de todo aquello.

–Sí –dijo–. Vamos a tu casa.

–Siéntate aquí, cariño. Deja que nos ocupemos de ti –dijo

Meredith. Sacó una silla de la mesa del comedor y la giró—. Deja que te enseñemos todo lo que tenemos, Charlie.

Él se sentó mientras se aflojaba la corbata y se desabrochaba el primer botón de la camisa.

–Señoras, soy todo suyo.

–Y ni siquiera necesitas dólares –dije yo, mientras recorría la lista de canciones del iPod de Meredith, en busca de algo adecuado. Lo conecté a los altavoces y apreté el botón de Play.

Charlie se echó a reír.

–Asombroso.

Meredith giró sobre sí misma, se detuvo y apoyó la punta de un pie en la gruesa alfombra. Balanceó las caderas y me miró por encima de su hombro, hacia atrás.

–Vamos, Tesla, deja que te vea bailando para Charlie.

Yo ya estaba bailando, botando con las plantas de los pies, pero acudí obedientemente. Comencé a mover la pelvis y me acaricié el cuerpo, desde el pecho a las caderas. Era una broma, pero, de todos modos, se me endurecieron los pezones.

Charlie estiró las piernas y se apoyó en el respaldo de la silla. Tiró un poco más de la corbata, y yo atrapé el extremo y se la quité.

Meredith se colocó tras él y le pasó las manos por los hombros. Entonces, empezó a desabrocharle los botones y deslizó las manos dentro de la camisa para acariciarle la piel. Yo me senté a horcajadas sobre su regazo e hice chocar nuestros sexos, pero me levanté rápidamente, antes de que él pudiera agarrarme por las caderas.

–Sin tocar –le dijo Meredith, al oído.

La música siguió sonando mientras nosotras hacíamos turnos para bailar alrededor de Charlie y rozarnos con él. Y parecía que lo estaba pasando muy bien, mejor, incluso, que en el bar.

Cuando imité uno de los movimientos de Donna, noté que su erección crecía dentro del pantalón. Me senté en su regazo y moví las caderas hacia delante y hacia atrás, y arqueé la espalda para apretar mi mejilla contra la suya. Y, aunque le habíamos dicho que no podía tocarnos, tomé su mano y me la coloqué entre los muslos, bajo la falda, para que me acariciara a través de las bragas, antes de

levantarme, riéndome, y dejar a Meredith sentarse en sus piernas.

–Creía que vosotras erais las que teníais que desnudaros –se quejó él, aunque de buen humor, mientras Meredith le quitaba la camisa.

Ella lanzó la prenda a un lado, y me miró.

–Buena idea.

Todos habíamos bebido, pero yo no me sentía ebria, ni sentía otra cosa que no fuera pasión, mientras me quitaba la blusa. Yo no tenía los pechos tan grandes como los de Donna, pero sí llevaba una faldita muy mona. Hice un giro para que la tela flotara alrededor de mis caderas y les mostré mi ropa interior a los dos.

–Mírala –dijo Meredith–. Mira a nuestra preciosa Tesla.

Yo me abandoné a la música. Dejé de imitar a la stripper, y comencé a hacer mis propios movimientos. Charlie, sin camisa y con el pantalón abierto, tenía su miembro en la mano mientras me miraba. Meredith sacó otra silla de la mesa y la puso junto a la de su marido. Ella se había desnudado también, y solo llevaba puestos el sujetador y las bragas. Se sentó a mirarme.

Así que bailé para los dos.

Fue un poco tonto. Hice movimientos divertidos, y Charlie se rio, pero no dejó de acariciarse a sí mismo, y Meredith me miró con los ojos brillantes y los labios húmedos.

Me quité el sujetador y me pasé los dedos por los pezones. Me lamí las yemas y me acaricié el vientre, bajo la falda y dentro de las bragas. Sin dejar de bailar, me adelanté y puse un pie en el borde de la silla de Charlie, para que él pudiera pasarme la mano libre por el interior del muslo, pero cuando sus dedos rozaron el encaje de las bragas, me alejé de nuevo.

–Sin tocar –repetí, moviendo el dedo índice, e hice lo mismo para Meredith.

Ella no intentó tocarme, pero arqueó un poco la espalda cuando puse el pie sobre su silla. Metió los dedos dentro de sus bragas, como había hecho yo. Frotó y frotó.

Me giré hacia Charlie y me incliné para besarlo. Rodeé su miembro con los dedos y lo acaricié mientras él se bajaba los

pantalones por las caderas. Meredith puso una de sus manos sobre la cadera de Charlie, pero no dejó de acariciarse.

Entonces, me moví, y Charlie se movió conmigo. Se tendió en el suelo, y yo seguí acariciándole el miembro unas cuantas veces, antes de inclinarme para lamerle los testículos.

Se le escapó un gruñido que me encantó, pero éramos tres. Le tendí la mano a Meredith, que entrelazó sus dedos con los míos y se puso de rodillas a su lado. Le besó la boca. Yo le besé el miembro.

El sexo puede ser maravilloso sin mucha gimnasia. Yo me coloqué con naturalidad entre las piernas de Charlie mientras Meredith se sentaba a horcajadas sobre su cara. Él se llevó la mejor parte: una boca cálida y unas manos en su miembro, y el sexo de su mujer sobre el rostro. Y los sonidos que emitió Meredith mientras él la llevaba al orgasmo eran tan excitantes que yo no tuve problemas para excitarme también.

Al igual que me había abandonado a la música y al baile, en aquel momento me abandoné al placer que me proporcionaba acariciándome el clítoris y acariciando el miembro delicioso de Charlie. En realidad, quería montarme sobre él, pero como no me apetecía dejar lo que estaba haciendo para ir en busca de un preservativo, me conformé deslizando los dedos dentro de mi cuerpo. No era un sustituto adecuado para el miembro de Charlie, pero fue suficiente para conseguir un orgasmo.

El clímax se expandió por mi cuerpo y me provocó un estremecimiento. Tomé más profundamente a Charlie en la boca, y noté que él también estaba muy cerca. Cuando Meredith gritó, emitió un gemido de puro placer, Charlie también llegó al éxtasis.

Unos minutos después, los tres estábamos tendidos en la alfombra. Oí los suaves ronquidos de Charlie y me reí en voz baja, aunque yo también tenía los ojos cerrados y había bostezado un par de veces. Meredith suspiró.

Abrí los ojos y la miré.

—Eh.

Ella me acarició el pelo.

—Eh.

–Deberíamos despertarlo.

Ella sonrió.

–Podríamos dejarlo ahí dormido toda la noche.

–No, claro que no. No seas mala –dije yo, y encogí un poco las piernas, como un gato perezoso–. Aunque esta alfombra es más agradable que algunas de las camas en las que he dormido.

–¿Cómo era, en realidad, The Compound? Me lo imagino como un campamento de verano, con literas.

–Sí, era así. Había dormitorios comunitarios para los adolescentes, y cabañas para los adultos. Todo era viejo, destartado. Estaba amueblado con cosas que la gente había desechado de sus casas –le expliqué. Bostecé de nuevo, y capturé su mano para ponérmela bajo la mejilla. Noté su palma caliente.

–¿Y no era estupendo?

A mí me estaba costando mantener los ojos abiertos, pero me esforcé, para poder mirarla.

–¿El qué?

–Vivir allí, en libertad. Cada vez que hablas de ello, suena maravilloso. ¿Era una comuna hippie de verdad?

–Cuando era niña, me parecía fantástico, claro. Había mucha libertad, y podíamos vivir un poco a lo salvaje todo el verano. Era difícil adaptarse a la vida del resto del año. Y... –volví a bostezar, y dije–: De verdad, Meredith, la gente que había allí eran unos delincuentes. No pagaban los impuestos y cultivaban drogas para vender. Dejaban que los niños estuvieran en estado salvaje todo el verano para que ellos pudieran tirarse a cualquiera, aunque no fueran sus maridos o sus mujeres. Un verano tuvieron que afeitarse la cabeza a mi hermano porque no conseguían quitarle los piojos.

–De todos modos, parece una gran experiencia.

–No estaba mal del todo, no.

Me movió contra su mano. Notaba el muslo caliente de Charlie contra las rodillas. Podía haberme quedado dormida allí, pero sabía que, al final, íbamos a pasar frío.

–¿Trabajas mañana temprano? –preguntó Meredith.

–¿Umm? Sí. Debería marcharme.

Ella se acercó a mí. Cuando abrí los ojos, estábamos tan cerca que podía ver las manchitas blancas que le rodeaban el iris.

–¿Sabes? Si te quedaras aquí, no tendrías que marcharte.

Sonreí.

–Vaya, qué profundo. Es como «estés donde estés, allí estarás» – dije, en broma–. Charlie también tiene que madrugar mañana, y yo no me he traído nada para cambiarme.

Ella suspiró y puso los ojos en blanco. Después, se levantó.

–Está bien. Lo entiendo.

Yo también me puse en pie y busqué mi ropa. Le lancé una sonrisa mientras me ponía las bragas.

–La próxima vez lo planearé mejor, ¿de acuerdo?

Ella pasó la mirada por mi cuerpo, sin perderse ni un centímetro.

–La próxima vez. Umm...

Al despedirse, en la puerta, me incliné para darle un beso de despedida, y capturé la comisura de sus labios. Meredith me abrazó, y sus pechos desnudos se apretaron dulcemente contra mi blusa. Me estrujó la nalga, pero fue de un modo amistoso, no lascivo.

–Conduce con cuidado –me dijo, y cerró la puerta.

Capítulo 24

–Tú, siéntate –le dije a Elaine, que había estado luchando por moverse desde la nevera al fuego y desde el fuego a la nevera sin tropezarse con Max y Simone. A ellos también los señalé–. Y, vosotros dos, ¡fuera!

–Tenemos haaambre –gimoteó Simone, con aquel mohín que utilizaba para conseguir lo que quería de su padre y de su madre.

A mí no me engatusaba con tanta facilidad.

–Fuera. Hace veinte minutos os habéis tomado el yogur, y ninguno de los dos se lo ha terminado. Id a jugar a la habitación y no entréis en mi cuarto.

Max arrastró los pies hacia la salida de la cocina.

–Vamos, Simone, vamos a jugar.

Su hermana exhaló un suspiro de sufrimiento, y me miró con astucia.

–¿Y no podemos comer unos crackers de queso?

Yo tuve que contener la risa ante sus esfuerzos, y le pasé aquello a su madre, que también estaba intentando no reírse. Ella le dio un par de crackers para cada uno, y Simone se marchó. Entonces, me volví hacia Elaine.

–Muy bien. La cena. ¿Espaguetis?

–Claro –dijo ella, cansadamente–. Todo el mundo se los comerá sin discutir. Podemos hacer unas rebanadas de pan de ajo con ese pan italiano que has traído.

Yo saqué el pan del cajón y se lo entregué, junto a la tabla de cortar y el cuchillo de sierra. Después, le pasé la mantequilla y el ajo picado que había en un frasco, en la nevera.

–Toma, tú ocúpate de esto. Yo voy a hacer la salsa.

Comencé a preparar la salsa de tomate, con cebolla, ajo, orégano

y albahaca. Aquella salsa podía hacerse lentamente en una cazuela, al fuego, mientras esperábamos a Vic. Cuando él llegara, comeríamos sin tener que esperar.

–Gracias, Tesla –me dijo Elaine, mientras untaba la mantequilla en rebanadas pequeñas de pan y ponía ajo por encima–. ¿Puedes pasarme la...?

Yo ya le estaba pasando la piedra de horno que utilizábamos para cocer las pizzas y el pan de ajo, claro. Me reí al ver la expresión de su cara.

–¿Qué pasa?

–Me siento tan contenta de que estés aquí...

Aquello me conmovió, aunque intenté disimularlo. Elaine era afectuosa por naturaleza, y siempre lo había sido con Cap y conmigo. Sin embargo, por algún motivo, aquello me llegó al corazón de un modo extraño. Me concentré en picar la cebolla y el ajo.

–Es cierto –dijo ella, en voz baja–. Eres maravillosa con los niños, y no sé qué habría hecho sin tu ayuda. Me has malcriado.

–Quiero a tus niños. Y, si Vic o tú necesitáis ayuda, estoy feliz de dároslo.

Elaine soltó un resoplido.

–Oh, Vic. ¿Acaso él necesita ayuda alguna vez?

Yo cerré los ojos durante un segundo. No quería tener aquella conversación, pero no había manera de evitarla. Eché la cebolla y el ajo en la cazuela y bajé el fuego. Después, abrí la lata de tomate triturado.

–Por supuesto que sí.

–Pero nunca la pide –dijo Elaine, y dejó el cuchillo del pan sobre la mesa con algo de brusquedad–. No la acepta. Sé que le ocurre algo, Tesla. Se marcha muy temprano y llega tarde a casa. Y, cuando está aquí, se pasa las horas en el ordenador. No quiere decirme lo que está haciendo.

Mientras abría la lata con el abridor, tuve una excusa para no mirarla. Al terminar, tuve que hacerlo.

–A veces es un poco gilipollas. Bueno, tú ya lo sabes.

Cualquier otra mujer se habría ofendido al oír eso, pero Elaine se

echó a reír.

–Tiene unas opiniones muy fuertes, sí. Y es excesivamente protector.

–Pues sí, eso también –dije. Eché el tomate en la cazuela, añadí las especias y removí la salsa–. Ummm... huele bien.

–Solo quiero saber de qué piensa que me está protegiendo. Eso es todo.

Yo no quería volver a mirarla, porque tenía miedo de que se diera cuenta de que yo sabía qué era lo que le estaba ocultando Vic. Mantuve la vista fija en la cocina y volví a remover la salsa, aunque no era necesario. Oí que ella suspiraba.

–Tesla, por favor. Sé que sabes algo.

Yo también suspiré.

–Ha estado comportándose de un modo raro últimamente, eso es cierto –dije.

–Pero ¿por qué? Creía que todo iba bien en el taller. No tenemos deudas, ni nada por el estilo. Incluso tenemos algo ahorrado para que él pueda quedarse en casa unos días cuando nazca el bebé. Estoy repasando todas las cosas que pueden ocurrir, y no encuentro nada que pueda inquietarle. ¿Ha hablado contigo?

Por primera vez desde que la conocía, tuve la sensación de que Elaine estaba celosa. En aquel momento, odié a Vic por haberme puesto entre ellos dos. No quería saber cosas de él que su mujer no supiera. No quería ser su confidente, ni que confiara en mí, no porque quisiera más a Elaine y pensara que tenía que protegerla manteniéndola en la ignorancia.

–Vic y yo no siempre estamos de acuerdo, ya lo sabes –dije.

–Pero ¿ha hablado contigo? Me siento como... –Elaine alzó las manos y las posó sobre su abultado vientre, con un gesto de impotencia–. Él siempre ha sido muy reservado con ciertas cosas. Pero, últimamente, no es solo reservado, es hermético.

Yo me senté frente a ella para ayudarla con el pan de ajo. Pensé en mil formas diferentes de decirle que él estaba pensando en volver a su antiguo trabajo, pero, como Elaine no sabía que Vic había tenido otro trabajo, no podía hacerlo. Ella siempre había sabido dónde nos

había conocido Vic a Cap y a mí. Sin embargo, casi nunca hablábamos de The Compound, y yo no me había dado cuenta de que nunca habíamos mencionado lo que estaba haciendo Vic allí, en realidad. No quería ser la que le revelara que él le había estado ocultando aquel detalle durante todo su matrimonio.

–¿Se lo has preguntado directamente?

–Le he preguntado si ocurría algo, y él me ha dicho que no –respondió Elaine, y frunció el ceño–. Pero yo no me lo creo.

–Tal vez esté estresado por el trabajo –sugerí–. Dennis ha estado fuera muchas veces, últimamente, y trabajar con Cap tiene que ser todo un desafío.

Aquello la hizo reír, gracias a Dios.

–Tu hermano es el mejor chico del mundo.

–Querrás decir que es el chico más tonto del mundo. Sé que a Vic le vuelve loco algunas veces. Y, como va a nacer el niño, estoy segura de que Vic quiere trabajar todo lo posible para poder tomarse tiempo libre después, tal como tú has dicho.

Me sentí muy mal, aunque no hubiera dicho ninguna mentira. Elaine se tocó un segundo el punto entre las cejas, como si tuviera dolor de cabeza. Cuando me miró, tenía los ojos empañados, y a mí se me encogió el estómago.

–Si ocurriera algo y tú lo supieras, Tesla, me lo dirías, ¿verdad?

–Por supuesto que sí –dije. Aquello me supo como una mentira, aunque yo quería que fuera verdad.

Se abrió la puerta trasera, y Vic nos sorprendió con cara de culpabilidad, como si fuéramos nosotras las que estábamos guardando secretos. Entró y se detuvo. Miró primero a su mujer y, después, a mí. A ella le sonrió; a mí, me miró con el ceño fruncido.

–¿Qué hay? –preguntó.

Elaine se levantó trabajosamente de la silla y se acercó a darle un beso.

–¿Qué tal el trabajo?

–Muy bien. Hemos cerrado temprano, porque no había trabajo y Cap tenía algo que hacer, quería averiguar lo que hace falta para lanzar un iPhone al espacio, o algo así.

Yo me eché a reír, y Vic frunció el ceño de nuevo.

–¿Había hecho diagramas? –pregunté.

–Sí –dijo Vic. Puso los ojos en blanco y miró por encima del hombro de Elaine hacia el fuego–. ¿Espaguetis?

–Sí. Estarán dentro de unos minutos –dijo ella, y lo abrazó.

Yo aparté la vista, porque no quería ver la cara de Vic cuando abrazaba a la mujer a la que le estaba mintiendo. Se oyeron unos pasos por las escaleras, y los tres nos dimos cuenta de que los niños subían a atacar a su padre. Yo aproveché la oportunidad para terminar el pan y comenzar a hervir la pasta. Vic hizo de padre durante unos minutos y, después, se fue a darse una ducha antes de cenar.

Elaine no volvió a tocar el tema mientras poníamos la mesa y servíamos la comida. Mi teléfono sonó justo cuando Vic bajaba las escaleras con el pelo húmedo de la ducha. Parecía que iba a decirme algo, pero yo alcé la mano para que se interrumpiera mientras respondía a la llamada.

Era Meredith.

–Hola, nena.

–Hola.

–¿Qué tal vas?

–Estoy a punto de cenar –respondí.

Con la mano libre, atrapé a Max por la parte trasera del pantalón mientras pasaba corriendo a mi lado. Él gritó, y yo me eché a reír.

–Se oye mucho alboroto por ahí –dijo Meredith–. Es un circo, ¿eh?

–Sí, un circo. Con monitos –dije yo. Tomé a Max con un brazo, ignorando sus protestas, lo llevé al comedor y se lo entregué a Vic–. ¿Qué tal estás tú?

Vic tomó a su hijo en brazos y me miró con cara de pocos amigos. Yo ignoré su expresión, porque él no tenía derecho a juzgarme. Entrecerró los ojos; yo abrí mucho los míos, con inocencia, y me di la vuelta.

–Quería invitarte a cenar, y al cine –me dijo Meredith–. Sacarte de tu vida monótona y aburrida y darte algo de magia.

–Magia, ¿eh? Parece emocionante –dijo. Miré hacia la mesa; Simone y Max estaban en su sitio, y la comida estaba servida. Elaine me observó con curiosidad mientras ponía la fuente de pasta y salsa en el centro–. ¿Adónde quieres llevarme?

–Depende de lo que te apetezca cenar –dijo ella. Se oyó un movimiento de fondo y, después, la risita de Meredith–. Charlie dice que tiene algo agradable que darte de comer.

Escuché una protesta amortiguada de Charlie, aunque no distinguí lo que decía. Me eché a reír al imaginármelo dispuesto sobre una mesa. Desnudo.

–Umm...

–Vamos a buscarte. Podemos estar ahí dentro de quince minutos. ¿Es suficiente para que te arregles?

–Ya sabes que soy muy rápida arreglándome.

–Bien –dijo ella. Se oyó otro murmullo–. Charlie dice que te pongas algo sexy.

Eso no debía de ser lo que había dicho, porque le oí que respondía, alto y claro:

–¡He dicho que venga con hambre!

Yo me reí de nuevo al oír su conversación. Noté un cosquilleo por el cuerpo, y me ruboricé. Debió de notármelo mucho, porque, cuando me volví hacia la mesa, todos me estaban mirando.

–Bueno, estaré lista. Hasta ahora.

Colgué el teléfono.

–¿Qué pasa? –pregunté.

–¿Quién era? –preguntó Vic, recelosamente.

Elaine sonrió.

–Seguro que yo lo sé.

–¡Santa Claus! –gritó Simone.

–No, no era Santa Claus –dije yo. No respondí a Vic, sino que me dirigí a Elaine–. Al final, no voy a cenar aquí. Me han invitado.

Elaine sonrió aún más.

–¡Hurra, hurra!

Recogí mi plato y mis cubiertos, le hice cosquillas a Max al pasar y le acaricié los rizos rubios a Simone.

–Nos vemos después. Hasta luego, cocodrilo –le dije, tocándole la nariz.

Fui a llevar los cubiertos y el plato a la cocina y, cuando me di la vuelta, me encontré a Vic. Se había puesto tan cerca de mí que casi nos chocamos.

–¡Por Dios, Vic! ¿Qué haces?

–¿No te parece que estás siendo un poco egoísta?

Yo me quedé boquiabierta.

Él señaló hacia el comedor.

–La cena está en la mesa, ¿y tú nos dejas plantados porque te llama cualquiera?

Alcé una mano.

–Corta el rollo.

–¿Que corte el...?

Su irritación se convirtió en ira.

–Sí. Corta el rollo, Vic –dije yo, en voz baja, para que los niños no oyeran la discusión–. Esto no es asunto tuyo.

–Claro que es asunto mío.

–¿Desde cuándo?

–Desde siempre.

Yo me quedé boquiabierta de nuevo.

–¿Me estás tomando el pelo?

–Elaine ha trabajado mucho para preparar la cena. Creo que no deberías comportarte como una niña egoísta, sino volver al comedor y cenar con nosotros.

Yo también me puse furiosa.

–En primer lugar, la cena la he hecho yo. Casi toda –dije, aunque mi intención no era quejarme, desde luego–. Así que no creo que a Elaine le importe si me la como o no.

–¿Cuándo cenamos todos juntos por última vez? Deberías pasar más tiempo con tu familia, en vez de salir corriendo a ver a tus amiguitos.

No me gustó que les llamara «amiguitos».

–¿Ese es tu problema? ¿Que me vaya con ellos? Si hubiera quedado con otras personas, ¿te importaría?

–¿Es que no has aprendido nada de lo que pasó con tus padres? – me preguntó Vic–. Por el amor de Dios, Tesla. Pensaba que serías más lista.

–Esto no es igual. No tiene nada que ver con The Compound.

–Deberías quedarte aquí, con nosotros.

–Estas últimas tres semanas he cenado muchas más veces que tú con tu mujer y tus hijos. Yo no soy la que anda por ahí haciendo el imbécil.

–¡Yo no estoy haciendo el imbécil! –respondió Vic, en un susurro.

Se oyó un ruido en la puerta del comedor, y los dos nos dimos la vuelta. Por supuesto, era Elaine. Estaba pálida y tenía una expresión sombría.

–¿Qué pasa?

–Creo que Tesla debería quedarse a cenar con nosotros esta noche, no salir corriendo.

–¿Desde cuándo te importa dónde cene Tesla? –preguntó Elaine.

Vic se quedó azorado.

–Es que nosotros... ella...

Elaine me miró.

–Tiene derecho a vivir su vida, Victor.

Aquello me horrorizó. Yo no quería que Elaine tuviera que defenderme ante su marido, ni que discutieran. Ni por mí, ni por ninguna otra cosa.

–Entonces, ¿soy yo el gilipollas otra vez? –preguntó Vic, malhumoradamente–. Muy bien, muy bien. Solo creía que...

–Tiene razón –dijo Elaine–. Ella ha cenado aquí con nosotros muchas más veces que tú, últimamente. Ha estado aquí para bañar a los niños y ayudarme a acostarlos, Vic. Ella ha estado aquí, y tú no. Así que, ¿por qué no me dices la verdad? ¿Qué pasa?

Elaine alzó la barbilla y se cruzó de brazos sobre el pecho. Ni su mirada ni su voz vacilaron.

Yo no quería estar allí durante aquella conversación, pero Vic estaba en mi camino hacia la puerta del sótano. Iba a desilusionar a Charlie, pensé distraídamente. Se me había quitado el apetito.

–He estado trabajando –dijo Vic; sin embargo, yo sabía que

estaba ocultando algo. No era una mentira, pero tampoco era la verdad.

Y, si yo lo conocía bien, seguramente su mujer lo conocía mejor.

–¿En el garaje? –le preguntó.

–Yo... –Vic se interrumpió y me miró furiosamente–. ¿Qué le has estado diciendo?

Yo alcé las manos y negué con la cabeza.

–Ella no me ha dicho nada. ¿Es que hay algo que debería decirme? –preguntó Elaine, mirándome con decepción.

A mí se me rompió el corazón. Aquella conversación iba a ser muy dolorosa, y no quería tomar parte en ella, pero estaba enredada como en una telaraña.

Vic volvió a mirarme con ira.

–Dios, Tesla. Creía que podía confiar en ti.

–¿Confiar en qué? –pregunté, con la voz ronca. Por fin, reuní fuerzas para moverme, y me encaminé hacia la puerta. Sin embargo, él me tomó por el codo y me hizo girar–. Suéltame –le dije.

–¿Tesla? –preguntó Elaine, y yo ya no pude contenerme más.

–Está pensando en aceptar un trabajo nuevo –dije–. Quiere volver a ser policía, porque piensa que el mundo es un lugar horrible, lleno de cosas que dan pavor, y que él es el único que puede ocuparse de ellas. Eso es lo que ha estado haciendo, Elaine. No ha estado trabajando en el garaje. Va a volver a ser detective de la policía.

Después de decirlo todo, cerré la boca y tiré del codo. De repente, él soltó los dedos.

–¿Volver? No lo entiendo –dijo Elaine, y miró a Vic–. ¿Qué significa?

–Nada. Solo que Tesla tiene que aprender a tener la boca cerrada.

–Y tú tienes que aprender a hablar con tu mujer –repliqué yo.

Se oyó un sollozo de Elaine, y Vic se giró hacia ella, consternado. Sin embargo, Elaine dio un paso atrás, cabeceando. Vic solo pensó en dirigir otra vez su ira hacia mí, pero yo ya estaba preparada.

–No –dije, antes de que él pudiera hablar–. Ni se te ocurra. Si vas a echarme una bronca por algo, no. No tengo por qué aguantarlo, Vic. Voy a salir con mis amigos. Antes no tenía nada que ver contigo, pero

ahora, sí.

–Vives en mi casa. Lo mínimo que podías hacer es tener un poco de respeto –dijo él.

Se dio cuenta de que había cometido un error en cuanto hubo pronunciado aquellas palabras. Lo vi en sus ojos. Sin embargo, Vic no era de los que pedían disculpas.

–¿De verdad que vas a decirme ese rollo de «no bajo mi techo»? ¿De verdad? –pregunté, cabeceando, y me volví hacia el sótano.

–Mamá –dijo Simone, que apareció en la puerta de la cocina, con un mohín en la boca manchada de tomate.

Todos nos quedamos helados.

–Vuelve al comedor –le dijo Elaine.

Simone no se marchó.

–¡Obedece! –gritó Vic.

Su hija estalló en sollozos, y salió corriendo. Yo me di una palmada en la frente.

–Qué bien hecho.

–Tú –dijo él, señalándome–, no tienes por qué juzgar lo que yo haga como padre.

–Es cierto –dije, señalándolo también–, porque tú no eres mi padre.

Elaine y yo nos sobresaltamos cuando Vic dio un manotazo en un lateral del frigorífico. Ella dio un grito. Yo retrocedí un paso. Él se quedó avergonzado al instante.

Las decisiones que se toman con prisas no son siempre equivocadas. Al ver a Vic y a Elaine peleándose delante de mí, supe que ya no podía formar parte de ello. Llevaba demasiado tiempo allí.

–Voy a salir con mis amigos –dije yo, en el silencio que se había hecho en la cocina–. Y, seguramente, no voy a volver a casa.

–¿Esta noche? –preguntó Vic.

Yo lo miré fijamente, sin decir nada.

Él miró a Elaine.

–¿Qué está diciendo?

Pensé que ella iba a intentar convencerme de lo contrario, pero Elaine me miró fijamente a mí, como yo había mirado a Vic. Vi la

decepción reflejada en su mirada, y eso me dolió aún más. Yo nunca hubiera querido mentirle. Ella carraspeó antes de responder.

–Dice que se marcha a otro sitio, Vic. Y yo creo... creo que sería lo mejor.

–¿Qué? –gritó él, pero ni Elaine ni yo lo miramos.

Las dos miramos a la mesa de la cocina, donde una hora antes, ella me había dicho que era muy feliz por tenerme allí. Y donde yo le había dicho que, si sabía que pasaba algo con su marido, se lo contaría, pero no lo había hecho. Yo no quería irme, en realidad, no de aquella manera, pero no veía ninguna forma de quedarme.

–No. Tesla, no tienes por qué hacer eso –dijo Vic.

Lo ignoré, y bajé las escaleras para recoger algunas cosas que iba a necesitar durante los días siguientes. Miré a mi alrededor por la habitación que Vic me había construido allí abajo. Vic me había dado un refugio cuando yo no tenía adónde ir. Me había hecho formar parte de su vida y de su familia.

Lo quería por eso, y por muchas otras razones, pero era hora de marcharme.

Capítulo 25

Cena y película. No tenía nada de extraordinario, ¿verdad? A menos que uno supiera que a esa cita iban dos mujeres y un hombre, y que los tres iban a terminar en la cama.

Nadie que nos viera se lo imaginaría, claro. Sin embargo, nosotros lo sabíamos, y eso nos hacía sentir impaciencia. Por lo menos, a mí.

O, tal vez, tenía tantas ganas de olvidar la pelea con Vic y de saber lo que iba a hacer que me concentré por completo en lo que iba a pasar cuando fuera con Charlie y con Meredith a su casa.

–Dios mío, qué película tan mala –dijo Meredith, cuando dejó el bolso sobre la encimera de la cocina. Se quitó los zapatos, y fue dejando un rastro de ropa, abrigo, sombrero y guantes, de camino hacia el salón, donde empezó a remover las botellas del mueble bar.

–Las he visto peores –dijo Charlie. Él tomó mi abrigo y mi sombrero y los colgó en el armario del vestíbulo. Después, colgó el suyo.

Yo me froté las manos. Había llevado guantes, pero hacía tanto frío que, durante el camino desde el cine hasta el coche se me habían congelado los dedos.

–¿Todavía tienes frío?

Charlie me tomó ambas manos entre las suyas y me las frotó suavemente. Después, las acercó a su boca y me las sopló.

Yo me estremecí por algo que no tenía nada que ver con el frío.

–Gracias.

Él me besó la mano y sonrió.

–De nada.

–¿Quién quiere un mojito? –preguntó Meredith–. Tengo limas.

–Mañana hay que madrugar –dijo Charlie, mirando el reloj–, y se

está haciendo tarde.

Meredith hizo un mohín, y a mí me recordó a Simone. Ni siquiera me había despedido de los niños. Era una tía postiza de lo más lamentable.

–Y supongo que tú tienes que trabajar temprano –me dijo Meredith.

–Sí. Pero me he traído unas cuantas cosas, así que puedo quedarme a dormir... si queréis.

No sabía lo que iba a hacer si alguno de los dos me decía que no. No sabía adónde iba a ir. Cap estaría encantado de acogerme, y a Lynds no le importaría, al menos durante una temporada. Pero yo no quería ir allí.

–No seas tonta. Claro que queremos. ¿Verdad, Charlie? –dijo Meredith. Dejó la botella en la encimera y se acercó a darme un abrazo–. Ummm. Tesla.

Ella me acarició el cuello con la nariz, lo que me resultó delicioso, pero se apartó demasiado rápido como para que me diera tiempo a disfrutar de ello.

–¿No tomamos una copa?

–Yo no. Voy a darme una ducha –dijo Charlie–. Estoy cansado.

Meredith frunció el ceño y me miró.

–Charlie...

Él se detuvo. Nos miró a las dos.

–¿Qué?

Ella me rodeó la cintura con un brazo.

–No puedo creer que nos abandones.

Lo que menos deseaba en el mundo era que Charlie se sintiera obligado a acostarse conmigo. Por mucho que quisiera refugiarme en las relaciones físicas, entendía que él estuviera cansado.

–No pasa nada –dije–. Yo también estoy cansada.

Ella me soltó.

–¿Quieres irte a la cama?

Charlie y yo nos miramos. Él me tendió la mano, y yo la tomé. Entonces, él tomó de la mano a su mujer.

–Todos podemos irnos a la cama –dijo–. ¿Qué os parece?

A ella no le gustaba demasiado la idea, pero se encogió de hombros.

–Está bien, aguafiestas.

–Cuando tengas que levantarte a las cinco de la mañana, veremos lo despierta que estás a las once de la noche –dijo Charlie.

En su dormitorio, él se desnudó delante de mí sin el menor pudor, y entró en el baño. Meredith encendió la televisión y me dejó sitio a su lado, en la cama, aunque ella se relajó sobre los almohadones y yo me senté erguida. Estaba un poco azorada.

–No puedo creerle –dijo ella, después de unos minutos observando la pantalla.

–¿A quién? ¿A Charlie? –pregunté, y me giré para mirarla–. De veras, no pasa nada.

Meredith suspiró y se acurrucó entre los almohadones. Pasó los dedos por las puntas de mi pelo. Yo me lo había dejado rubio, pero le había añadido algunos reflejos oscuros en los extremos.

–Me gusta tu pelo.

Me reí.

–Gracias.

–Lo digo en serio. Me gusta –repitió ella.

Se irguió, y se miró en el espejo que había sobre la cómoda mientras pasaba los dedos entre los mechones de su cabello.

–Tal vez yo debiera cortármelo.

–Si quieres... Pero a mí me encanta tal y como lo llevas.

Me acerqué a ella, y se lo acaricié. Tomé un mechón y me lo enrosqué en el dedo antes de acariciarle el hombro. Sin embargo, cuando me incliné para besarle el cuello, ella se alejó lo justo para detenerme.

–Pero parece que el tuyo es mucho más fácil de cuidar. Tú nunca tienes que peinártelo. Yo tardo horas en arreglarme –dijo, mirándome a los ojos en el espejo.

En el reflejo, vi dos mujeres rubias, aunque yo tenía el pelo de color platino, y ella, como la miel. Meredith tenía pecho y el estómago plano. Yo tenía curvas en las caderas, los muslos y el trasero. Vi dos mujeres sentadas una junto a la otra, tan cerca que

podían tocarse, pero con un espacio muy grande entre ellas.

–Tu pelo es precioso –le dije.

Ella sonrió.

–Lo dices por decir.

Negué con la cabeza. En el baño, cesó el sonido de la ducha. Oí canturrear a Charlie. En el espejo, Meredith no apartó sus ojos de los míos.

–Yo... he tenido una pelea con Vic. Una pelea muy fuerte. Le he dicho que no iba a volver esta noche.

–¿Qué problema tiene?

Me encogí de hombros. No quería hablar de ello.

–De todos modos, ya era hora de que me marchara de allí.

–¿Te vas a mudar? –me preguntó Meredith.

Yo me encogí de hombros otra vez.

–Deberías quedarte aquí –dijo.

–Esta noche.

–Podrías quedarte más tiempo, Tesla.

–¿Y Charlie?

–Charlie te adora.

–Sí. Cuando se la estoy chupando –dije. No tenía sentido edulcorar las cosas–. Pero vivir aquí es muy distinto. Para ti también, Meredith.

–Sería estupendo. Te conoceríamos mejor. ¿Y qué puede haber de malo en eso? –me preguntó, sonriendo de aquella manera con la que lo conseguía todo.

–Tener a una tercera persona viviendo contigo no es lo mismo que tener un invitado. Tu casa, tu cocina, tu lavadora. Tus cosas. Y hay muchas cosas en las que pensar. ¿Quién hace la compra? ¿Dónde dormiría?

–Lo pones todo muy difícil –dijo ella, y me acarició de nuevo el pelo, jugueteando con el mechón que tenía junto a la mejilla.

–Si no hablas de todas estas cosas con franqueza... –dije yo, y tomé aire para que no se me entrecortara la voz–. Tú me dijiste que habías hablado con Charlie sobre mí antes de preguntarme si quería unirme a vosotros.

Ella me miró durante un segundo.

–Sí, ¿y qué?

–Tenías que hablar con él, ¿no? Para asegurarte de que todo quedaba claro, que nada salía mal y nadie se ponía celoso ni sufría, ¿no?

Yo pensaba que era eso lo que habían hecho. Era lo que habría hecho yo.

–Pensaba que te gustaba formar parte de lo nuestro –dijo Meredith.

Yo le tomé la mano y le besé los nudillos.

–Me gusta mucho.

–Entonces, ¿cuál es el problema?

–Me gusta estar con vosotros dos. Adoro a Charlie –dije yo, utilizando la misma palabra que había usado ella–. Ese es el objetivo, ¿no? Estar con vosotros dos. Pero, en realidad, no estoy.

–¿Qué significa eso?

–Significa que estoy con Charlie, y que Charlie está contigo, y que tú estás con Charlie. Pero no conmigo –dije yo, y le rocé el hombro con los labios–. Y necesito saber si eso va a cambiar.

Entonces, ella me besó.

Después de pasarme meses imaginándomelo, fantaseando con la suavidad de sus labios y en cómo sabrían, aquel beso me tomó por sorpresa. Tomé aire, con asombro, y ella me sujetó por la nuca para mantenerme quieta. El beso no duró mucho, pero fue suficiente para prometerme algo más.

Me miró a los ojos.

–Te he hecho una oferta. Piénsatelo.

–¿Qué es lo que tiene que pensar? –preguntó Charlie, que entró en la habitación con una toalla alrededor de las caderas. Se acercó a una cómoda, no la del espejo, y sacó unos pantalones de pijama.

–Le he dicho a Tesla que venga a vivir con nosotros.

Él se giró hacia nosotras. Yo no quería decirles que ya lo había decidido. Que, en realidad, casi no tenía elección, al menos por el momento, hasta que pudiera encontrar otra cosa. Que me sentía halagada y agradecida por el hecho de que ella quisiera que me

quedara, que temía que él no quisiera, y que me preocupaba cómo podían cambiar las cosas. O no cambiar.

–¿Eh? –preguntó Charlie.

Meredith y yo no apartamos la vista del reflejo mientras él subía a la cama, detrás de nosotras. Ella se inclinó un poco hacia mí. Él se sentó a su otro lado.

–Pero Tesla tiene algunos problemas sobre cómo han ido las cosas entre nosotros, Charlie.

Él exhaló un suspiro. Parecía que estaba confundido. Aquello era entre nosotras, las mujeres del espejo. Yo cabeceé suavemente.

–No quiero que hagas nada que no quieras hacer –le dije a Meredith–, pero si has besado a una chica...

Charlie la miró con asombro.

–Y te ha gustado –añadí yo–, me preguntaba por qué no querías besarme a mí.

–Nunca hablamos de eso –dijo Meredith, mirando a Charlie en el espejo–. Hablamos de que estuvieras con él.

Yo le acaricié el hombro con la nariz.

–Como tú has dicho, siempre hay algo de lo que hablar.

–Creía que tú no querías, eso es todo –dijo Charlie–. Yo no quiero que creas que tengo algún problema con eso, Meredith.

–¿De veras? –le pregunté yo.

Nos miramos cara a cara, sin el espejo de por medio. Charlie cabeceó.

–No. Claro que no. Demonios –dijo, con una sonrisa tímida–, sería excitante. ¿Qué tío no quiere ver a dos mujeres juntas?

En aquella posición, yo solo podía ver a Meredith en el espejo, pero pensé que eso lo hacía más fácil. Aquella distancia. Ella se estremeció cuando la acaricié.

–Supongo que tengo que hacer una pregunta. ¿Por qué quieres que me mude con vosotros? ¿Por qué eso sería mejor que lo que tenemos ahora?

Ella sonrió.

–Necesitas un lugar para vivir. Y nos lo pasamos muy bien juntos, ¿no?

–Claro –dijo Charlie, acariciándome la espalda–. Yo sí, al menos. Sonreí.

–Yo también. Pero vivir juntos es un gran paso.

Meredith se relajó y se apoyó en mí.

–Ya pasas tanto tiempo con nosotros, que creo que sería más fácil. Y divertido.

Yo apoyé la barbilla en su hombro, y posé las manos en su vientre.

–Quería estar segura antes de decir que sí...

–Di que sí –dijo Meredith.

Charlie deslizó la mano hasta mi nuca.

–Di que sí, Tesla.

–Quiero saber si me deseas, Meredith. Porque nunca estoy segura de hasta dónde puedo llegar contigo.

Ella tomó aire y puso su mano sobre la mía. Los tres nos quedamos inmóviles. Charlie me apretó la nuca suavemente y deslizó la mano por mi espalda otra vez. Después, se alejó de nosotras y se recostó en los almohadones.

–¿Qué te parece si llegamos hasta el final? –me preguntó Meredith, por fin.

La tensión que yo sentía en el pecho se intensificó.

–¿Estás segura?

Ella separó los labios.

–Bueno, supongo que tendremos que averiguarlo.

Sonreí, y le besé la nuca mientras nuestros dedos se entrelazaban.

–Solo es extraño la primera vez.

Entonces, ella se rio.

–¿Charlie?

–Sí, cariño.

–¿Quieres vernos a Tesla y a mí haciendo el amor?

–Claro que sí –dijo él. Sonrió en el espejo, acariciándose la parte delantera del pantalón del pijama.

Ella me bajó la mano hasta la cintura de su falda. Sus ojos no se apartaron de los míos en el espejo. Deslizó su mano y la mía por su

muslo, hacia abajo y, después, hacia arriba, y subió el bajo de su falda. Mis dedos rozaron sus muslos y descubrieron el calor que había entre sus piernas. Ella apretó mi mano contra su sexo.

Yo me coloqué tras ella, con las piernas alrededor de sus caderas y el pecho contra su espalda. Le besé el cuello, lentamente, con dulzura y con cuidado. Inhalé su olor y pasé la lengua por su piel, para probarla.

Meredith me soltó la mano y comenzó a desabotonarse la blusa. Terminó en medio minuto, y dejó a la vista su precioso sujetador de color rosa, que revelaba un poco de sus aréolas. Metí la mano bajo sus medias y sus bragas, y encontré sus rizos suaves. Más abajo, noté el calor resbaladizo de su sexo y el botón endurecido de su clítoris. Se lo pellizqué con delicadeza, y obtuve la recompensa de un gemido suyo. El movimiento de sus caderas. Ella se arqueó contra mí, sin dejar de mirarme.

Dos mujeres en el espejo, aunque solo podía verse a una por completo. Detrás de nosotras, Charlie observaba nuestro reflejo. Había desnudado su miembro y se lo estaba acariciando. Yo metí un dedo en el cuerpo de Meredith, y lo saqué para dibujar un círculo en su clítoris.

Así sentadas, mi sexo contra sus nalgas y mis rodillas rodeándola, era como si nos hubiéramos convertido en una sola persona. Era como si me estuviera tocando a mí misma. Sabía muy bien lo delicioso que era meter un dedo en mi cuerpo y, después, dos, y curvarlos contra la ligera aspereza de mi punto G. Cómo era humedecer los dedos en mi excitación y deslizarlos por mi clítoris. Sabía lo delicioso que era mover las caderas contra mi mano, como estaba haciendo Meredith en aquel momento.

Ella se quitó el sujetador, se lamió los dedos y se humedeció los pezones. Se los endureció. Movié el sexo contra mi mano y dejó caer la cabeza sobre mi hombro.

Se giró, y me besó.

Nuestras lenguas se encontraron y danzaron, al principio, lentamente, y después, con rapidez. Yo oí gruñir a Charlie, y tuve ganas de emitir el mismo sonido. Meredith interrumpió el beso con

un pequeño jadeo.

–Oh, Dios –dijo–. Oh, Dios mío.

En el espejo, vi mis dedos apretándole el sexo. Ella me vio mirarla. Sin dejar de observarnos a las dos, alzó el trasero para bajarse las medias y las bragas. Con la falda subida, el sexo completamente desnudo, volvió a estrecharse contra mí y me ofreció todo. A mí se me cortó la respiración al notar que sus músculos internos se contraían. Miré a Charlie en el espejo, y lo vi concentrado, con su miembro en el puño. Sin embargo, cuando él me vio a mí, su sonrisa iluminó la habitación.

Estaba haciendo aquello para mí y para ella, pero también para él. En aquella posición, no podía acariciarme, pero, por el momento, eso estaba bien. Ver el rostro de Meredith y sentir cómo acometía contra mi mano era lo suficientemente excitante.

Entonces, ella detuvo mi mano y me miró.

–Quiero tu boca –me dijo, con la voz ronca.

No tuvo que pedírmelo dos veces. Nos giramos en la cama, acercándonos más a Charlie. Ella lo besó, y le acarició el sexo. Después, se tumbó boca arriba, con las piernas separadas. Yo me arrodillé entre sus muslos y le desabroché el botón de la falda. Se la quité. Se había quedado desnuda, salvo por la camisa y el sujetador, pero a mí me gustaba así, desvergonzada y desarreglada, así que no se los quité.

Posé la boca en su muslo. En su vientre. Escuché sus suspiros y sus gemidos. Ella volvió a acariciarme el pelo.

Cuando encontré su clítoris con la lengua, gritó. Sus caderas se alzaron. Deslicé las manos bajo sus nalgas y le abrí el cuerpo con los pulgares. Su clítoris era perfecto, estaba duro y tenso, y vibró bajo mi lengua cuando lo lamí.

A Meredith le gustaban las pasadas largas de mi lengua. Le gustaba que deslizara los dedos dentro de su cuerpo. Y le gustaba mucho, mucho, que le apretara justo por encima del clítoris cuando la lamía.

Charlie volvió a gruñir. Al instante, se tendió de espaldas y metió la cara bajo mi sexo. Encontró mi clítoris con la boca y me agarró por

las caderas. Yo me moví contra sus labios y su lengua, contra el breve contacto de sus dientes.

Meredith y yo llegamos al orgasmo con pocos segundos de diferencia. Ella se estremeció, pero contuvo los gritos. Los míos se amortiguaron contra su carne.

Algo que se tarda tanto en conseguir termina tan pronto...

Rodé por la cama y me tendí boca arriba, con la respiración entrecortada. Charlie se tendió y se apoyó en mí, con una mano sobre la cadera de Meredith. Ella no se movió.

Entonces, Meredith dijo:

–La habitación del final del pasillo puede ser tuya, para que tengas tu propio espacio. Y esperamos que pagues un tercio de la luz y de los otros gastos, incluido el supermercado. Puedes cocinar, y yo limpiaré. Soy horrible en la cocina. Charlie saca la basura y yo hago la colada, pero tú puedes pasar la aspiradora.

Se irguió, se apoyó sobre un codo y me miró. Yo estaba acurrucada contra su marido. Ella se humedeció los labios y me besó. Después, lo besó a él.

–Siempre hay cosas de las que hablar –dijo–. Pero, por ahora, ¿es suficiente?

Yo me estiré perezosamente, y tiré de ella para que se acurrucara con nosotros.

–Sí.

Así fue como empezó.

Capítulo 26

–O vamos con ella, o celebramos aquí Acción de Gracias, Charlie –dijo Meredith, mientras llevaba la vajilla desde el lavaplatos al armario–. O, si quieres, ve tú solo a casa de tu hermana. Lo que quieras. ¿Crees que me importa perderme su pavo reseco y sus espaguetis recocidos? ¿Y quién pone espaguetis en Acción de Gracias, por el amor de Dios? Ah, sí, claro, la clase de persona que no pone puré de patatas.

Me detuve en el pasillo, porque no quería escuchar la conversación, pero tampoco quería entrar en la cocina cuando ya los había oído discutir. Bueno, era Meredith quien discutía. Charlie era tan calmado como siempre. Oí que decía algo, pero no entendí las palabras.

Se abrió otro armario, y se cerró. Con fuerza.

–Vive con nosotros. Tú estuviste de acuerdo y, la última vez que me fijé, te lo estabas pasando en grande. Es parte de nosotros, Charlie. ¿Y qué? Solo porque no quieras decírselo a tu familia, ¿vas a dejar a Tesla sola en casa? Ni hablar.

Se me encogió el corazón. No quería que Charlie y Meredith discutieran por mi culpa. Era complicado ser la tercera parte de una relación. Hacía las cosas difíciles, porque, cuando íbamos juntos a algún sitio, siempre había alguien que tenía que sentarse en el asiento trasero. Me imaginaba la agitación que provocaría que me llevaran a casa de la hermana de Charlie diciendo que era algo distinto a una compañera de piso. Después de todo, solo llevaba unos días viviendo allí, y era improbable que la familia de Charlie supiera que tenían a alguien en casa.

En realidad, para mí habría estado muy bien que me dejaran en casa. No quería ir a casa de la hermana de Charlie por Acción de

Gracias. Tenía que trabajar al día siguiente, así que no podía ir a ver a mi madre a California, ni siquiera aunque hubiera querido. Así pues, pensé que podía ir a casa de Cap. Él cocinaría algo, ya que Lynds se marchaba fuera de la ciudad con su familia. Mi hermano y yo podíamos ver películas antiguas durante todo el día.

Había vuelto a casa de Vic solo una vez, para recoger mis cosas y despedirme de los niños. Simone no había querido hablar conmigo. Max no lo entendía. Aunque Elaine no había protestado por mi mudanza, me había dicho que podía ir a casa de su madre con ellos. Cuando le pregunté qué opinaba Vic de aquella idea, Elaine solo pudo decirme que a los niños y a ella les gustaría mucho que fuera. Yo la creí, pero, de todos modos, no podía ir a celebrar el Día de Acción de Gracias a casa de su madre.

–Meredith, no puedes esperar que les diga la verdad –dijo Charlie, en un tono razonable–. Eres mi mujer. Se supone que no puedo tener también una novia.

–Pues la tienes.

–No me siento cómodo teniendo que preguntarle a mi hermana si puedo llevar a una extraña a la comida de Acción de Gracias...

–No es una extraña. Es Tesla. Tal vez te acordaras mejor si tuvieras la cara metida entre sus piernas.

Incluso yo me encogí al oír aquello. Sin embargo, Charlie se echó a reír. Me pareció que era el momento de entrar en la cocina. Hice ruido para que me oyeran llegar. Por extraño que pudiera parecer, fue Meredith la que tenía cara de culpabilidad.

–Cariño, ven aquí –dijo Charlie, y yo me acerqué. Él me rodeó con un brazo. Meredith se fue a terminar de vaciar el lavaplatos.

–Puedo hacer planes con mi hermano –dije, antes de que Charlie tuviera que darme explicaciones–. De verdad, Charlie, no pasa nada.

–Sí, sí pasa –dijo Meredith.

–Si Tesla quiere pasar Acción de Gracias con su familia... –dijo Charlie, pero ella lo interrumpió.

–No se trata de eso, Charlie, y lo sabes. Se trata de que no quieres admitir lo que está pasando, porque no puedes soportar que tu familia se entere de que eres un poco raro.

Él me estrechó contra sí, aunque la estaba mirando a ella.

–Lo que yo haga en mi casa o en mi dormitorio no es asunto de mi familia. Pero sí es asunto suyo lo que llevo a su casa.

–Yo no soy ninguna cosa para que se me pueda llevar a los sitios –les dije a los dos.

Ellos me miraron.

Me aparté un poco de Charlie.

–No tenéis que pelearos por mí, ¿de acuerdo? De verdad. Meredith, las parejas son de dos, no de tres.

–Nadie me dice cómo tengo que vivir mi vida. No voy a avergonzarme, ni a conformarme con lo que la sociedad...

–Yo no me avergüenzo. Y creo que Charlie tampoco –añadí, con la esperanza de que fuera cierto–. Pero tienes que vivir en el mundo real, como todos los demás. Me encanta estar contigo. Con los dos. Pero no es algo que podamos restregarle a la gente por la cara, ni esperar que el resto del mundo lo comprenda. Como ha dicho Charlie, no es asunto de nadie.

Ella frunció el ceño y se cruzó de brazos.

–Si fuéramos homosexuales, tendríamos desfiles para celebrarlo. Pero, como somos tres...

Yo la tomé de la mano, y ella me lo permitió. Entonces, la acerqué a Charlie y a mí.

–Nena, no me importa. Yo no necesito ir contigo por Acción de Gracias.

–Pero yo quiero que vayas –dijo Meredith.

–Yo también quiero que vaya –dijo Charlie–, pero no puedo llevarla a casa de mi hermana y decirles a todos la verdad. No voy a someter a Tesla a eso, Meredith. Puedes decirme que soy un cobarde, si quieres, pero también estoy pensando en ella.

–Y en ti. También te mirarían mal a ti –dije yo–. O te compadecerían, pensando que Charlie se ha agenciado una concubina.

Ella me miró fulminantemente.

–Cualquiera que me conozca no puede compadecerme. Por nada. Charlie se echó a reír.

–No, pero hablarían de ti a tus espaldas.

–¿Y crees que me importa? –dijo ella. Sin embargo, su enfado se estaba suavizando. Se acercó un poco, y metió un dedo en la cintura del pantalón de Charlie–. Está bien. Podríamos decir que es nuestra compañera de piso. Que piensen que tenemos necesidades financieras. Aunque tu hermana no es tonta, Charlie. Se dará cuenta de todo, a menos que seas capaz de evitar mirar a Tesla como si quisieras comértela. Cosa que no puedes hacer.

–Seguramente, no –admitió él, y volvió a besarme–. Y no quiero tener que hacerlo.

–Lo mejor es que no vaya con vosotros. El año que viene –dije yo, con atrevimiento, puesto que ninguno había hablado nunca del año siguiente– podemos celebrarlo aquí, sin tener que darle explicaciones a nadie.

Meredith se acercó a nosotros y nos agarró una nalga a cada uno. Después, nos besó por turnos.

–Nuestra Tesla es una chica lista –dijo, apoyando su frente en la mía–. ¿Seguro que estarás bien? No quiero que te sientas sola en Acción de Gracias –dijo.

–No tengo por qué estar sola. Pasaré el día con mi hermano. Será estupendo.

Charlie me acarició la espalda.

–Eh, ¿por qué no vemos una película esta noche? Vamos a relajarnos.

Me gustó esa propuesta.

–De acuerdo. Voy a hacer palomitas. Con mantequilla y sal. Van a ser increíbles.

–¿Y las calorías? –dijo Meredith–. Bueno, supongo que después tendremos que quemarlas.

–Me gusta mucho tu forma de pensar –dijo Charlie, y la besó.

A mí también.

Los tres nos separamos. Charlie se fue al salón en busca de alguna película, Meredith se ocupó de terminar con los platos y yo entré en la despensa para sacar la bolsa de maíz. Después, abrí la nevera y saqué la mantequilla. Estaba delante del armario para tomar

la sal cuando Meredith se movió detrás de mí para meter algo en el cajón. Nos chocamos la una contra la otra y, riéndose, ella me abrazó.

Volvió a besarme, empujándome contra la encimera. Me agarró por las caderas mientras metía la lengua en mi boca. Me apretó con el muslo entre las piernas.

–Ummm –murmuré–. ¿Qué te pasa?

–¿Qué quieres decir? –preguntó ella, posando las manos bajo mis pechos, con el ceño fruncido.

Yo no quería que frunciera el ceño. Quería que sonriera.

–No, nada. No importa.

Me incliné para besarla de nuevo, pero ella se apartó.

–¿Por qué tiene que pasarme algo?

Yo no quería decirle que casi nunca tomaba la iniciativa conmigo. Coqueteaba conmigo y me hacía algunas caricias, sí, pero en aquella ocasión me había besado como besaba a Charlie, y eso era algo poco corriente. Sin embargo, como me gustaba tanto, no quería que se sintiera azorada por ello.

Presioné ligeramente mi entrepierna contra su muslo.

–No tiene que pasarte nada. Me gustaba lo que estabas haciendo.

No pares.

Ella ladeó la cabeza y subió las manos hasta mi pecho. Me pellizcó los pezones, y se alejó.

–Charlie está esperando.

Sonreí.

–¿Crees que le importaría que empezáramos sin él?

–Tal vez le importara que termináramos sin él –dijo ella, y me besó la comisura de los labios antes de alejarse–. Además, quiero comer palomitas de las tuyas.

Yo la tomé del brazo antes de que se alejara demasiado.

–Meredith, eres preciosa. Lo sabes, ¿no?

–Por supuesto que sí –dijo. Me guiñó un ojo, y fue hacia la puerta del cuarto de la lavadora, que daba al garaje–. Voy por un refresco. ¿Quieres uno?

–Sí, por favor –dije. Saqué una sartén y la puse sobre el fuego.

Veinte minutos después, estábamos los tres en el sofá, con las

palomitas y los refrescos, viendo la película de miedo que había elegido Charlie. Aunque Meredith frunció los labios, no se empeñó en que viéramos otra cosa. Yo me senté entre ellos, y podía reírme cuando ella se sobresaltaba y se tapaba los ojos, y hablar con Charlie sobre el argumento. Me sentí muy bien.

La película terminó. Le tendí un puñado de palomitas a Charlie para que las tomara de mis dedos. Él me rozó con los labios y la lengua, y me estremecí. Cuando lo miré, sus ojos azul oscuro se me clavaron en el alma.

Lo besé porque podía hacerlo. En aquel sofá, en aquella casa, Charlie me pertenecía de una manera que no tenía nada que ver con los anillos ni las ceremonias. Detrás de mí, la respiración de Meredith me acarició el cuello antes de que sintiera sus labios cálidos y húmedos en la piel.

Subimos a su habitación. Aunque habíamos tomado la costumbre de dormir indistintamente en un dormitorio u otro, a veces Charlie y yo, o Meredith y yo, o ellos juntos y yo sola, la mejor cama para el sexo era la suya, porque era grande.

Meredith y yo empujamos a Charlie sobre la cama y lo desnudamos. Cubrimos su cuerpo de besos y lamimos, por turnos, su miembro. A mí me encantó sentir el roce de su lengua cuando nuestras bocas se encontraron en el cuerpo de Charlie, y me encantó que él nos acariciara el pelo y nos lo apartara de la cara. Y cómo murmuraba palabras de ánimo con la voz entrecortada por nuestras caricias.

Meredith no se dio cuenta de que yo me detenía en mi adoración del cuerpo de Charlie; estaba muy ocupada desnudándose y lanzando los almohadones al suelo para hacer sitio. Charlie sí se dio cuenta, sin embargo. Se incorporó sobre un codo y me acarició la mejilla con una mano.

No dijo nada. Podíamos comunicarnos con facilidad en silencio, cuando otras personas necesitaban muchas palabras. Eso también me encantaba.

Ascendí por su cuerpo para llegar a sus labios. Él estaba sonriendo cuando lo besé. Jugueteé con su pezón y le hice cosquillas

por un costado. Él se rio y se retorció. Yo alcé la vista, y me di cuenta de que Meredith nos estaba observando.

–¿Qué? –pregunté.

Ella cabeceó, y se acercó para pasarle los dedos a Charlie por el pelo. Él volvió la cabeza para besarle la mano. Mientras, yo tomé su miembro en la boca y succioné con fuerza. Entonces, él alzó las caderas y yo me eché a reír suavemente, sujetándolo para que no me ahogara.

Cuando sentí el contacto de la mano de Meredith en la cabeza, la miré de nuevo. Ella se inclinó para besarme, y puso mi mano entre sus piernas. Estaba húmeda y caliente, y yo apreté su cuerpo lo justo para que se estremeciera un poco. Se tragó mi respiración al gemir.

–Túmbate –le susurré en la boca.

Entonces, se tendió junto a nosotros. Yo me puse sobre uno de sus muslos y dejé un rastro de besos en su cadera y su vientre. Sin embargo, Meredith no se movió, como había hecho Charlie. Ella se puso un brazo sobre los ojos y dejó que sus muslos se abrieran para darme acceso a su cuerpo.

Miré a Charlie, que se había tumbado de costado para observarnos. Él y yo nos besamos mientras yo acariciaba el clítoris de Meredith con el dedo, pero solo brevemente. Tenía otras intenciones para mi lengua.

Me coloqué a gatas entre las piernas de Meredith, alzando el trasero en el aire, con la boca posada en su sexo. Le besé el clítoris y lo succioné con delicadeza. Bajo mi lengua y alrededor de mis dedos, el sexo de Meredith estaba caliente y húmedo. Al oír su suspiro de placer, sonreí, y cubrí su clítoris con mi lengua. Lamí una y otra vez, no demasiado rápido, sino lentamente. Juguetearlo. Quería que tuviera un orgasmo intenso, no apresurado.

Charlie me pasó una mano por la curva de la espalda y sobre el trasero. Por entre las piernas, desde atrás, me acarició el clítoris, y metió un dedo en mi cuerpo, después otro, y yo cerré los ojos, abandonándome a todas aquellas sensaciones. Me moví contra su mano, y él captó la indirecta.

Charlie se incorporó, y oí que abría el cajón de la mesilla para

tomar un preservativo. Me acarició con el miembro, pero yo no estaba lo suficientemente húmeda como para que se deslizara por completo en mi cuerpo. Sin embargo, no tenía que preocuparme de que Charlie hiciera algo forzado. Tomó el frasco de lubricante y extendió una cantidad generosa, acariciándome el clítoris y el interior del cuerpo, frotando mi punto G.

–Oh, Dios... –murmuré.

Tuve que detenerme unos segundos para recuperar el aliento, pero Meredith emitió un sonido de protesta y me tiró del pelo hacia ella. No con tanta fuerza como para hacerme daño, pero sí como para que supiera que debía volver a lo que estaba haciendo. Sin embargo, era difícil concentrarse con Charlie moviéndose contra mi cuerpo. Automáticamente, me abrí para poder acogerlo por completo.

Me mordí el labio y pestañeeé, pero conseguí volver a acariciar el clítoris de Meredith otra vez. Estaba muy caliente y muy húmeda, y su cuerpo se contraía alrededor de mis dedos, pero era su clítoris lo que necesitaba atención para llegar al orgasmo.

Charlie gruñó mientras me llenaba. Empujó lentamente, hasta que yo no pude tomar nada más. Pero él no comenzó a moverse al instante, sino que puso las manos en mis caderas y se quedó inmóvil mientras yo seguía lamiendo a Meredith. Ella estaba elevando las caderas, y tenía la boca abierta, relajada. Sonreí. Charlie había dicho mi nombre, y yo quería que Meredith lo gritara. Quería que se abandonara al placer como hacía con Charlie.

Él comenzó a moverse, y ya no pude pensar en nada más. Me acarició el clítoris con los dedos, al ritmo de sus acometidas, cada vez más rápidas.

Meredith giró las caderas. Su cuerpo vibró alrededor de mis dedos, y yo dejé que ella se moviera contra mi lengua. Ella fue la primera que llegó al orgasmo. Los músculos me apretaron los dedos, y su clítoris tembló contra mi lengua. Y ella me dio lo que yo quería: gritó mi nombre con la voz ronca. Estaba pensando en mí durante aquellos últimos segundos, cuando el orgasmo estalló dentro de su cuerpo, y eso fue suficiente para que yo también llegara al clímax.

Yo no dije el nombre de nadie. Me estremecí de placer y clavé los

dedos en las sábanas. Jadeé. Apreté la cara contra el muslo de Meredith y la besé.

Charlie, tan caballeroso como siempre, no duró mucho más. Me embistió un par de veces más y se desmoronó sobre mi espalda. Los dos nos caímos en la cama, junto a Meredith, que tenía los ojos cerrados y estaba sonriendo.

Yo le besé el hombro. Charlie se colocó al otro lado y posó la mano en la cadera de su mujer. Nos quedamos así, en silencio, durante unos minutos. Al poco tiempo, Charlie bostezó. Se estiró. Me besó el cuello y se levantó para ir al baño. Se oyó el sonido de la ducha.

Yo estaba a punto de quedarme dormida, pero no quería quedarme allí. Al día siguiente tenía el primer turno, y sabía que Charlie también tenía que madrugar. Meredith gruñó cuando me senté. No abrió los ojos.

Le besé el hombro de nuevo, y entré al baño para despedirme de Charlie. Él asomó la cara por la puerta de la ducha.

–¿Entras?

–No, me ducho en mi baño. Solo he venido a despedirme.

Él se inclinó hacia delante para besarme.

–Buenas noches. Eh, ¿cenamos juntos mañana? Podríamos ir a ese nuevo restaurante indio.

–Creía que Meredith odiaba la comida india.

–Sí, pero mañana tiene una fiesta, o algo así. Solo estaremos tú y yo.

Solo Charlie y yo. ¿Por qué se me aceleró el corazón, como si me estuviera pidiendo una cita?

–Me encanta la comida india. Claro que sí. Es un buen plan.

Dios, tenía una sonrisa maravillosa. Le iluminaba los ojos.

–¡Muy bien! Llegaré a casa como siempre.

–Yo llegaré antes que tú. Me prepararé para cuando llegues –dije. Me acerqué para besarlo, y tuve que echarme a reír cuando él tiró de mí y me obligó a entrar bajo el chorro de agua–. ¡He dicho que iba a ducharme en mi baño!

–Ya estás aquí. ¿Por qué no me dejas frotarte la espalda?

–Umm... Bueno, supongo que no puedo rechazar esa oferta.

Él movió las manos enjabonadas por mi piel. Aunque ya habíamos acabado con el sexo, era muy agradable notar sus caricias. En cierto modo, era tan agradable porque se trataba solo de afecto.

Aquello me emocionó. Su forma de tocarme, de enjabonar mi cuerpo, de cederme el puesto bajo el agua del grifo... Cuando me abrazó, yo apreté la cara contra su piel húmeda y caliente, y él me besó la cabeza. Tuve que cerrar los ojos para contener las lágrimas.

Hacía mucho tiempo que me había acostumbrado a no recibir abrazos. Amor, sí. Y algo de sexo por el camino, también. Sin embargo, aparte de los besos pegajosos y los abrazos de Simone y Max, no había tenido a nadie a quien aferrarme, ni en quien apoyarme.

No quería salir de aquella ducha, pero era una tontería. Miré a Charlie; quería decirle lo que sentía, pero no pude.

Lo quería.

Sin embargo, ¿cómo iba a decirle al marido de otra mujer que me había enamorado de él? ¿Cómo iba a decírselo solo a una parte de aquella pareja? No podía hacerlo.

Volví a besarlo y salí de la ducha. Tomé una toalla y le tendí otra a él; después de secarme, le di las buenas noches y me dirigí hacia la salida.

–Tesla –dijo él, antes de que yo me marchara–. Quiero que sepas que no me avergüenzo de ti. Ni de nosotros, ni de esto. No se trata de eso.

Casi había olvidado la conversación que habíamos tenido aquella tarde.

–Lo sé, Charlie.

En su dormitorio, me detuve a darle las buenas noches a Meredith, pero ella ya había apagado la luz y se había dormido.

Cuando llegué a mi cuarto, me estiré lánguidamente en mi cama. Sin embargo, por primera vez en muchos días, pensé en Vic cuando estaba intentando dormirme. No habíamos vuelto a hablar desde nuestra pelea. En aquel momento, él estaría recorriendo la casa en silencio, asegurándose de que todas las puertas y las ventanas

estaban bien cerradas. Asegurándose de que su familia estuviera a salvo. Yo echaba de menos formar parte de aquello.

Después de media hora mirando al techo y contando ovejas, me di cuenta de que no iba a poder quedarme dormida a no ser que hiciera una ronda por la casa. Así que la hice, porque yo también necesitaba asegurarme de que la gente a la que quería estaba segura. Y, después de comprobar que el gas estaba apagado y que las ventanas y las puertas estaban cerradas, volví a mi cama y conseguí dormir.

Capítulo 27

–¿Te gusta muy picante? –me preguntó Charlie, mientras leía la carta.

–Tan picante como puedas soportarlo, hijo mío –respondí yo, guiñándole un ojo–. ¿Es eso mucho?

–Pues sí –dijo él, como si me estuviera desafiando–. No estoy seguro de que tú puedas aguantarlo.

Yo solté un resoplido desdeñoso.

–Muy bien, acepto tu apuesta. ¿Quieres que sea nuclear, o volcánico? ¿Podrías con eso?

–¿Cuál es el plato más picante de todos? Eso es lo que quiero –dijo Charlie, con una expresión muy seria. Sin embargo, tenía los ojos brillantes.

–Vamos a decirles que queremos lo más picante de todo. Y que traigan mucho yogur para acompañarlo.

–Yo siempre termino pidiendo demasiada comida en los restaurantes indios. Me gusta todo, y lo quiero todo –dijo él, mientras seguía estudiando la carta.

–¿Y no te ha enseñado tu madre que conseguir siempre todo lo que quieres no es bueno para ti? –pregunté.

No podía evitar tomarle el pelo. Estaba cansada después de aquel largo día, y tenía hambre. Además, me sentía eufórica por estar a solas con él.

Y tenía la sensación de que eso estaba mal por mi parte. Había pasado mucho tiempo a solas con Meredith, antes y después de empezar aquella relación a tres bandas.

Sin embargo, aquello era distinto.

Tal vez fuera porque no tenía ninguna duda de lo que Charlie sentía por mí, ni me preguntaba si podía acariciarle la mano por

encima de la mesa. No tenía que contenerme, podía tocarlo. Teníamos los dedos entrelazados, y le estaba acariciando la pantorrilla con un pie.

–Además, eso es malgastar la comida –dijo él–. Tienes razón, mi madre se avergonzaría de mí si lo viera. Nunca me lo como todo, y no lo puedo llevar a casa.

–¿Y por qué no lo puedes llevar a casa?

–A Meredith no le gusta. Dice que huele mucho en la nevera, y lo odia –me explicó Charlie, encogiéndose de hombros.

–Ah. Bueno, si lo envuelves muy bien en papel de aluminio, no huele nada. Así que, pide lo que quieras, hijo mío, y vamos a comer.

Él me apretó la mano.

–Magnífico. Tú invitas, ¿no?

–Claro que no. Tú eres el que me ha pedido una cita, ¿no te acuerdas?

–Ah, sí, claro. Bueno, pues me alegro de tener la tarjeta de crédito, y de que haya un Home Depot aquí al lado.

Me reí.

–Entiendo lo de la tarjeta, pero ¿para qué quieres un Home Depot?

–Para comprar la carretilla –dijo él, tranquilamente.

–Está bien, me rindo. ¿Para qué necesitas una carretilla?

Él ni siquiera sonrió.

–Para llevarte a casa después de que te hayas comido todo lo que vamos a pedir.

Dios, cuánto lo quería.

El camarero llegó en aquel preciso instante y, tal y como había dicho, Charlie pidió demasiada comida, arroz al curry, cordero y pollo.

–Me muero de hambre –le dije.

–Me alegro.

–Y, lo que no nos comamos, nos lo llevaremos a casa –dije.

Charlie parecía algo reticente, pero se encogió de hombros.

–Me encantan las sobras de comida india.

–Dios, sí. El cordero frío con *rogan josh* está delicioso. Además,

yo puedo ayudarte a quemarlo todo después.

Él me tomó la otra mano, y me acarició con el pulgar.

–¿Ah, sí?

–Claro. He oído que el cunnilingus quema dos mil calorías por hora –dije, aunque era un dato de invención mía.

–¿Y las felaciones? Tal vez eso pueda ayudarte a ti también.

–¿Charlie?

Los dos miramos hacia arriba al mismo tiempo. Había una mujer junto a nuestra mesa, de unos cuarenta y cinco años, morena, con un vestido y unos zapatos muy bonitos.

–Hola, Ellen –dijo Charlie, con normalidad. Sin embargo, su forma de apartar su mano de la mía me dio a entender muchas cosas.

Yo me erguí y retiré ambas manos hasta mi sitio; sin embargo, debió de dar la impresión de que estábamos haciendo algo reprobable.

–Hacía mucho tiempo que no nos veíamos –dijo la mujer–. ¿Cómo está Meredith? –preguntó, mientras me observaba. Después, fulminó a Charlie con la mirada.

–Está muy bien –dijo él.

–¿Sigue vendiendo Jangle Bangles? Ya no he vuelto a verla por el gimnasio.

–Ah... creo que... Bueno, hemos comprado una cinta de andar y otras cosas para tener en casa, y creo que hace gimnasia allí. Pero sí, todavía sigue vendiendo bisutería.

–Hace mucho que no envía ningún correo –dijo Ellen, en tono de acusación, como si fuera culpa de Charlie que Meredith la estuviera ignorando online–. Supongo que ha estado muy ocupada.

–Todo el mundo está ocupado –intervine yo, con una sonrisa.

–Ah, sí –dijo ella, como si acabara de verme. Me tendió la mano, y yo se la estreché–. Soy Ellen Leveau. Soy amiga de Meredith. Y de Charlie, por supuesto.

Yo retiré la mano sin dejar de sonreír.

–Por supuesto.

–Deberíais venir un día a casa a tomar una copa. Meredith y tú –matizó Ellen–. Estoy segura de que a Jim le encantaría veros.

–Me parece muy bien. Habla con Meredith –dijo Charlie. No tuvo que continuar, porque el camarero apareció con nuestros aperitivos.

Ellen se hizo a un lado.

–Bueno, os dejo cenar. Me alegro de conocerte...

–Tesla –dijo Charlie, antes de que yo pudiera continuar.

La gente reaccionaba de maneras muy diferentes al oír mi nombre, así que el hecho de que Ellen arqueara las cejas no fue ninguna sorpresa. Sin embargo, la siguiente pregunta que formuló sí fue sorprendente. Algunas personas no tienen ninguna habilidad social.

–¿Y sabe Meredith que has salido con... Tesla? –le preguntó a Charlie.

Sin embargo, fui yo quien contestó. Me gustaba meter en vereda a extraños que no tenían modales ni sabían cuándo una cosa no era de su incumbencia.

–Pues no, no lo sabe. Esta noche tenía una reunión, así que Charlie y yo hemos decidido venir aquí a cenar, porque a ella no le gusta nada la comida india –dije, sonriendo forzosamente a Ellen–. Pero, seguramente, se lo imaginará cuando vea las sobras en la nevera. A menos que decidamos no llevarlas a casa. Todavía no lo sabemos, ¿verdad, Charlie?

Él sonrió.

–Sí, creo que vamos a llevarnos las sobras, porque están buenísimas al día siguiente. Podemos tomarlas de desayuno –dijo.

Ellen nos miró alternativamente. Parecía que estaba intentando sonreír, pero que no lo conseguía. Sabía que se trataba de una broma, pero no la entendía.

–Entonces... ¿sois...?

–Vivimos juntos –dije yo–. Supongo que podría decirse que somos compañeros de piso.

–Podría decirse, sí –añadió Charlie.

Ellen pestañeó. Su sonrisa se volvió más natural.

–Ah. Bueno. Entonces, todo tiene sentido. Dale un beso de mi parte a Meredith, Charlie. Dile que me llame.

Después, se marchó a su mesa, donde se puso a hablar con las

mujeres que estaban con ella. Todas nos miraron. Charlie suspiró.

–Ah. Mierda.

Me eché a reír.

–¿Es que crees que va a llamar a Meredith y decirle que nos ha visto?

–Seguramente. Meredith tenía mucha relación con ese grupo – dijo él. Entonces, se rio–. Estoy seguro de que Ellen va a llamarla para decirle que la estoy engañando.

Yo le tomé la mano de nuevo por encima de la mesa, pero solo para apretársela.

–Alguna gente necesita que le recuerden que debe ocuparse de sus asuntos y no meterse en los de los demás. Eso es todo.

–Tendremos que decírselo, para que no la pille desprevenida – dijo Charlie, mientras removía la comida con el tenedor–. Meredith se enfadaría si Ellen la llamara haciéndose la buena amiga y ella no supiera qué decir.

–Entonces, se lo diremos. No es ningún crimen que hayamos salido a cenar sin ella.

Sin embargo, al ver su expresión, me sentí más insegura de lo que hubiera querido.

Charlie negó con la cabeza.

–No debería serlo.

–Pero tal vez lo sea –dije, mientras partía en pedazos un *papadum*–. Eso es lo que estás pensando.

Él tomó un pedazo de cordero y lo masticó. Tragó. Bebió un poco de agua.

–Charlie –dije–. No me ignores. Habla conmigo.

–Meredith puede ponerse de mal humor –respondió él.

–Yo hago muchas cosas con ella cuando tú no estás –dije.

–Eso es distinto.

–No, no lo es. ¿Solo porque la conocí antes a ella?

–Porque las dos sois mujeres –argumentó Charlie, y se limpió los labios con la servilleta.

Yo no dije nada durante unos segundos. Me concentré en la comida, saboreé los aromas. Lamenté que se me hubiera encogido el

estómago durante aquella conversación.

–¿Y qué?

–Es distinto, nada más.

–Yo me acuesto con vosotros dos –le dije, en voz baja–. Para mí, los dos sois iguales. Si puedo salir a cenar con ella, ir a bailar con ella y ver películas con ella, puedo hacer lo mismo contigo. No estás engañando a Meredith conmigo, Charlie. Yo... pensaba que era parte de vosotros dos.

–Y lo eres, Tesla. Lo eres.

–Bueno. Me alegro de saberlo.

Sin embargo, había algo que seguía sin encajar.

Por suerte, el camarero volvió a llevarnos el resto de la comida, así que nos dedicamos a comer, y charlamos sobre nuestro trabajo. Yo no tenía muchas novedades en ese sentido. En el Mocha siempre había chismorreos, pero como Charlie nunca iba a la cafetería, no conocía a la gente y no entendería las historias.

Sin embargo, él me habló de sus clases.

–Últimamente están muy revoltosos. No dejan de hablar, ni siquiera los niños. De hecho, me parece que los niños son los peores.

–Tal vez es que tienen muchas cosas que decir –dije, mientras apartaba el plato. Mi lengua quería más arroz con azafrán, pero mi estómago no lo aceptaba.

–Es una pena que ninguna sea sobre los estudios –dijo Charlie.

–¿Qué les estás enseñando? –le pregunté. Tomé un poco de té y me apoyé en el respaldo de la silla. Me desabroché disimuladamente los vaqueros, y añadí–: Debería haber traído unos pantalones elásticos.

Él se echó a reír.

–Ahora, Geografía. Sé que no es la asignatura más emocionante de todas, pero tenemos que dar cierta cantidad de materia antes de los exámenes de la primavera. Sin embargo, los niños no prestan atención.

Percibí la frustración que sentía.

–¿Y no puedes cambiar un poco las cosas? Por ejemplo, el orden de las materias. Tal vez necesiten un cambio.

–¿Te refieres a que les dé Geografía a una hora distinta?

–Claro. ¿No puedes hacerlo?

–Umm... Tal vez sí. Por lo menos, durante unos cuantos días. Siempre y cuando no interfiera con sus otras clases.

–Cuando yo era pequeña y nos aburríamos, mis padres decían que era porque necesitábamos un cambio.

–La Geografía es una asignatura monótona, incluso para mí – admitió Charlie.

Yo sonreí, y volví a acariciarle la pantorrilla con el pie, como había hecho al principio.

–Estoy segura de que puedes hacerla divertida para ellos.

–¿Van a tomar algo más? –nos preguntó el camarero.

Contestamos que no, y él nos llevó la cuenta, que Charlie pagó con una floritura. Yo llevé la comida al coche. Cuando llegamos a casa, la envolví bien en papel de aluminio y la coloqué al final de la nevera. Era un secreto que guardábamos Charlie y yo. Solo era comida india, pero hacía que me sintiera culpable.

Sin embargo, no tuve tiempo para pensarlo, porque Charlie me llamó desde el salón para que fuera a ver una película de terror. Me quité los zapatos y me metí con él debajo de la manta, en el sofá. ¿Comida india y acurrucarme con mi amorcito para ver una película de miedo? En mi opinión, el cielo.

No era una película demasiado terrorífica, y empecé a quedarme dormida mientras la veíamos. Me desperté de repente, al ver la luz encendida.

Pestañeando y bostezando, me incorporé, y vi a Meredith en la puerta del salón.

–Hola.

Charlie se giró para mirarla.

–Hola, cariño. ¿Cómo ha ido la fiesta?

Ella se quedó mirándonos, observó la pantalla de la televisión y dijo:

–Bien. ¿Qué hacéis?

Yo bostecé de nuevo, y me estiré.

–Parece que yo me he quedado dormida. Debería irme a la cama.

Me desenganché de los brazos y las piernas de Charlie, me destapé y me levanté del sofá. Me incliné para darle un ligero beso.

–Buenas noches.

Cuando llegué a la puerta, me incliné para besarla a ella también, pero Meredith volvió la cabeza justo en el último momento. Yo ya estaba acostumbrada. No me gustaba, pero tampoco me sorprendía.

–Buenas noches, Meredith.

Ella dejó que yo diera un paso antes de agarrarme y tirar de mí. Entonces, me besó en la mejilla. Se apartó un poco, y me miró a los ojos.

–Que duermas bien.

Yo sonreí.

–¿Vas a ir mañana a la cafetería?

–Tal vez –respondió y, por fin, sonrió–. Seguramente, sí. Debería quedarme trabajando aquí, pero me gustan las vistas allí.

–Umm, seguro que a Carlos le gustará oír eso. Oh, espera. Te refieres a Johnny D., ¿verdad?

Ella me agarró y me empujó contra la pared con su cuerpo.

–Ya sabes a quién me refiero.

–¿De verdad?

Me frotó con su entrepierna, y me dio una palmadita en el trasero.

–Vete a dormir. Si no, mañana estarás de mal humor.

–Me encanta que sepas eso de mí –dije yo, sin darme cuenta.

Ella pestañeó y apartó la mirada.

–Buenas noches, Tesla. Hasta mañana.

En otra ocasión, tal vez habría vuelto a atraerla hacia mí para darle un beso, tal vez hubiera intentado llevármela a la habitación conmigo. Pero era tarde y yo estaba cansada. Y, aunque no habría rechazado una seducción, tenía demasiado sueño como para ponerla en marcha yo misma.

Capítulo 28

Algunos días, te despiertas sonriendo, preparada para lo que te depare la vida. Yo iba a tener uno de aquellos días. Había empezado con una sesión de sexo oral por cortesía de Charlie, a quien había sorprendido en la cocina mientras él preparaba café. Todo había comenzado con un bailecito mientras intentábamos rodearnos el uno al otro, yo de camino a la nevera para sacar mis sobras de comida india para la comida, y él intentando sacar la leche semidescremada.

Se había convertido en un vals de verdad, aunque no muy bueno, sino un poco torpe. Nos habíamos echado a reír mientras conspirábamos con nuestros paquetes de comida india y nuestra tontería matinal. Yo le besé en los labios para evitar que despertara a Meredith, y el beso se convirtió en algo ardiente en cuestión de segundos. Charlie se puso de rodillas, me levantó la falda y me llevó al orgasmo con la boca en menos de dos minutos, dejándome sin respiración. Entonces, se puso de pie, me besó en los labios y me apretó el trasero; miró el reloj y se dio cuenta de que iba a llegar tarde.

Yo le devolvería el favor.

Por desgracia, no todo el mundo estaba de tan buen humor como yo. Fui la primera en llegar a la cafetería, pero Darek y Joy llegaron poco después. Darek estaba silencioso, pero eso era normal en él a una hora tan temprana. Normalmente, no se animaba hasta una hora después de abrir.

Joy estaba tan malhumorada como de costumbre. Yo ni siquiera sabía que iba a trabajar aquella mañana, pero ella iba a menudo sin avisar para hacer inspecciones sorpresa. Yo me creí muy graciosa al decirle:

—¿Sabes, Joy? Hay una cosa fuera del trabajo, que se llama

«vida». Creo que las tienen de rebajas esta semana. Tal vez debieras comprarte una.

Sin embargo, no fue tan divertido como yo pensaba.

Joy se giró hacia mí.

–Creo que tú deberías ocuparte de tus asuntos, Tesla.

La burbuja de mi buen humor recibió un pinchazo, pero no estalló.

–Lo siento.

–¿Y sabes una cosa? No todo el mundo se conforma con revolotear de un lado a otro sin llegar a nada. Para algunas personas, el trabajo es importante. Algunas personas se toman en serio sus responsabilidades. Algunas personas...

–Tendrían que tomarse una tila –dijo Darek.

Joy lo miró.

–¿Qué es lo que acabas de decir?

Él se encogió de hombros. Parecía que tenía valor para lanzarle un insulto velado, pero no para encararse con ella en una discusión. Joy frunció el ceño, y se giró de nuevo hacia mí. Yo tampoco quería pelear.

–He dicho que lo siento, Joy. Estaba bromeando.

–Bueno, pues no bromees.

–Claro –dije yo, y le cedí el paso.

Cuando se metió en la trastienda, Darek y yo nos miramos. Él hizo un gesto con el dedo junto a su sien, indicando que estaba loca, pero yo no me reí. No creía que Joy estuviera loca, sino que era muy infeliz. Y, en un día como aquel, en el que yo me sentía tan bien, no me parecía justo.

Entré a la trastienda. Ella estaba sentada en su escritorio, haciendo cuentas en el ordenador.

–Hola –dije yo.

Alzó la vista y me miró.

–¿Qué quieres?

–Solo quería decirte que siento mucho haber bromeado. Creo que es estupendo que te importe tanto tu trabajo. Quiero decir que... es bueno que te guste lo que haces.

Ella me miró sin comprenderme, pero, lentamente, su expresión se volvió despreciativa.

–¿Es eso lo que piensas de verdad?

–Yo... eh...

–¿De verdad? –repitió. Puso las manos en el borde del escritorio, y lo empujó para poder levantarse, puesto que no había sitio detrás de su silla–. ¿Crees que me gusta esta mierda de trabajo?

En todo el tiempo que llevaba trabajando allí, nunca había visto a Joy decir una palabrota, y me quedé sin habla.

–Pues, para que lo sepas, Tesla –continuó ella–. No me gusta. De hecho, tienes razón. Me paso el día aquí porque no tengo nada más, solo este trabajo. Porque, al menos, mientras estoy trabajando, no tengo que pensar en todo lo que quiero y no tengo, y no voy a poder tener nunca.

–Lo siento –dije.

–No, no lo sientes. No tienes ni idea. Tú vienes aquí todos los días con una sonrisa, como si el mundo acabara de darte una caja de bombones y una tarjeta de crédito sin límite de gasto. Y la gente te quiere. Esperan la cola para que tú les atiendas. Te preguntan qué tal estás y flirtean contigo –dijo Joy.

–Es solo porque soy agradable con ellos, nada más. Créeme, Joy, no me gusta este trabajo todos los días. La mayoría de los días sí, pero otros no, y trato de actuar como si estuviera bien hasta que... bueno, hasta que mejora.

Ella tragó saliva.

–No me hables como si fuera idiota. ¿Es que te crees que no sé todo eso?

No sabía qué decirle. Parecía que no quería consuelo, ni consejo, ni comunicación con nadie. Parecía que solo quería discutir y pelearse con alguien. Típico de Joy.

–Si lo sabes, ¿por qué no haces lo mismo? A la gente no le gusta hablar contigo porque eres muy antipática, y refunfuñas.

Ella abrió unos ojos como platos.

–¿Cómo?

–Ya me has oído, y sabes que es cierto. Lo siento, Joy, pero

siempre te comportas como una bruja.

Ella pestañeó rápidamente, y se dejó caer en la silla con tanta fuerza que golpeó la pared.

–Sal de aquí.

Yo alcé las manos.

–He venido a disculparme por haberte gastado una broma, pero la verdad es que tú no quieres que me disculpe. Quieres que me arrastre por el suelo, cosa que no voy a hacer. Quieres estar enfadada conmigo por cualquier motivo. Tal vez, porque estás celosa...

–¿Celosa? ¿Y por qué iba a estar celosa de ti, Tesla? ¿Solo porque eres divertida y mona, y la gente te adora? ¿Porque parece que nada te preocupa? ¿Por eso?

–No tengo ni idea –dije–. A mí me gusta este trabajo, y me gusta mi vida. Y no voy a fingir que no me gusta solo para que tú no pienses que la tuya es patética.

A ella se le escapó un jadeo.

–Y, para tu información –proseguí, en voz más baja que antes–, mi vida no es maravillosa. Solo intento sacar el mejor partido de ella y, normalmente, las cosas me salen bien. Tal vez tú debieras intentarlo también, de vez en cuando.

–Sal de aquí –repitió ella. Entonces, hizo girar la silla hacia el teclado, aunque no se puso a teclear. Sus hombros comenzaron a moverse como si estuviera sollozando en silencio.

Pensé en decirle que lo sentía una vez más. En aquella ocasión, habría sido cierto. A mí no me gustaba decir cosas mezquinas, aunque la otra persona se lo mereciera, y parecía que durante los últimos meses había dicho demasiadas verdades. Lamentaba haber sido tan dura, pero todo lo que había dicho era cierto. Salí de allí.

Mientras, Darek había abierto la cafetería para los clientes. Los que iban a quedarse un buen rato habían marcado su territorio con ordenadores, periódicos y tazas. Los que iban a llevarse el café habían formado una cola que llegaba a la puerta, y estaban esperando pacientemente. Yo me puse el delantal y empecé a trabajar.

Pensé que Joy iba a salir enseguida para supervisar lo que

hacíamos y sacarnos faltas en todo, pero estuvo en la trastienda casi toda la mañana. Era casi como si no estuviera allí, y Darek y yo seguimos nuestra rutina, compartimos nuestras tareas, tomamos nota de lo que querían los clientes y limpiamos mesas.

–Buenos días, señor –le dije a Eric, señalando su plato lleno de migas–. ¿Quieres que me lo lleve?

Él alzó la vista desde su libreta y me miró.

–Hola, Tesla. Sí, claro.

Yo tomé el plato de la mesa y pregunté:

–¿Por qué estás tan serio?

–Bueno, estoy escribiendo una carta para enviarla a las editoriales. Más o menos.

–¡Ah! –exclamé. Al Mocha iban tantos escritores que yo sabía mucho de cartas de ese tipo. Carlos también había escrito unas cuantas–. ¿Vas a escribir un libro, o algo así?

Él se echó a reír.

–No. Supongo que es más como una carta de presentación.

–¿Para un trabajo nuevo?

–No, para otra cosa –dijo Eric. Frunció el ceño mientras daba unos golpecitos con el bolígrafo contra el papel. Tenía una caja de papel de escribir de buena calidad en la mesa, junto a él, junto a una esbelta pluma estilográfica que todavía no había sacado de la caja de regalo. Tocó ambas cosas un segundo, antes de volver a mirarme–. Hay que escribir borradores antes, ¿sabes?

–Eso era lo que decían siempre mis profesores de Lengua. Me alegro de que no vayas a dejarnos –le dije, guiñándole un ojo.

Él me devolvió el gesto con una sonrisa.

–Sí, claro, como si tú tuvieras problemas para encontrar otro trasero que llene este asiento.

–Eh... ¡No te comportes como si tu trasero no fuera especial!

Los dos nos reímos. Y Sadie, que estaba dos mesas más allá, también. Yo no la había visto entrar, y fui a saludarla. Por el camino, tiré la basura al cubo.

–No discutas conmigo. Voy a ir a buscar tu pedido y te lo voy a traer. No puedo creer que hayas salido en un día así.

Había amanecido un día muy gris, y el cielo seguía cubierto. Iba a nevar.

–Si no, me habría quedado sentada en casa todo el día, viendo la televisión –confesó–. Pedí la baja de maternidad pronto, Tesla, y me aburro mucho. Ya he limpiado todo lo que podía limpiar sin doblarme, que no es mucho. Y necesitaba salir de casa antes de que empezara a hacer tan malo que no pudiera venir andando hasta aquí.

–Sí, parece que va a nevar.

–No me gusta el invierno –dijo ella, mirando por la ventana.

–¿De verdad? A mí, sí. Me gusta poder ponerme capas de ropa para que nadie se dé cuenta de que estoy tomando sobredosis de chocolate y magdalenas. Y me gusta esquiar, aunque hace mucho que no voy a la montaña. Mi novio... –al pensar en Charlie como mi novio, me quedé sorprendida. Me provocó una sensación tan deliciosa que me reí. Sadie me miró con curiosidad–. Dice que tal vez vayamos a Vermont en Navidad. Yo nunca he estado allí. Dice que no es tan bueno como Colorado, pero es más barato y está más cerca.

–Ponte casco.

A mí se me apagó un poco la sonrisa.

–¿Umm?

Sadie posó las manos en su enorme vientre de embarazada. Parecía que estaba triste.

–Esquiar es peligroso. Ponte casco, ¿de acuerdo?

–Ah, sí. Claro –dije yo, aunque sabía que, probablemente, no iba a hacerlo–. Por supuesto.

–Tesla –dijo Joy, a mi espalda–, parece que a Darek se le ha olvidado cómo son los tamaños de los sándwiches. Necesito que se lo recuerdes.

–Claro –dije, en un tono tan agradable como el que había usado con Sadie–. No hay problema.

–Hola, Joy –dijo Sadie, con una sonrisa.

Joy también sonrió.

–Hola, Sadie. Vaya. Cada vez estás más cerca, ¿eh?

–Me quedan dos meses. No me sorprendería que tuviéramos gemelos sin saberlo, por cómo me siento.

–Eso sería... vaya –murmuró Joy, y se aclaró la garganta.

–Entonces, ¿un chocolate con leche y menta y una magdalena de chocolate? –pregunté yo, para llenar el silencio que había causado Joy.

Sadie asintió.

–Eres increíble, Tesla. Gracias.

En la barra, Joy me dio un codazo y me silbó en voz baja hasta que me di la vuelta.

–No damos servicio de mesa, Tesla.

Yo suspiré.

–¿Acaso quieres que la obligue a venir hasta el mostrador, o que la haga esperar la fila?

Había vuelto a formarse cola, como siempre a media mañana. Era una hora complicada, porque la gente empezaba a salir a comer, y pedían sándwiches además de las magdalenas y bagels. Darek ya tenía cara de angustia.

–Quiero que hagas tu trabajo –me dijo Joy.

–Voy a darte una idea –dijo Darek–. En vez de molestarnos todo el rato, ¿por qué no te pones a tomar pedidos? O, como parece que mis sándwiches no están a la altura de tus expectativas, ¿por qué no haces algunos tú misma?

Yo estaba de acuerdo con él, pero no tuve tiempo de decírselo con algo más de tacto que él, porque Joy se dio la vuelta como un perro de presa. Creo que gruñó, incluso. No podía ver la expresión de su cara, pero debió de ser espantosa, porque Darek dio un paso atrás.

–¡Haz tu trabajo! –le gritó.

El murmullo constante de las conversaciones de la cafetería se interrumpió. Joy, sin preocuparse de que tuviera público, avanzó hacia Darek y lo señaló con el dedo índice.

–Vete a la mierda, Joy –dijo Darek.

Yo no fui la única a la que se le escapó un jadeo al oír aquello. Él la apartó de su camino y pasó a mi lado para salir de la barra.

–Me largo de aquí –me dijo–. Lo siento mucho, Tesla, pero ya te dije que si volvía a gritarme, me iba. No aguanto más esta mierda.

–Darek...

–¡No... no puedes marcharte! –le gritó Joy.

Él se detuvo, miró la fila de clientes y dijo:

–Acabo de dejar el trabajo. ¿O es que querías despedirme? Pues despídeme. No me importa, Joy. Estoy tan contento de marcharme de aquí, que me importa un bledo. Me voy.

Tomó el abrigo de la percha y miró a todo el mundo de nuevo.

–Lo siento, amigos, pero se ha acabado el espectáculo. Pedidle el café a esa bruja de ahí. Aunque puede que os escupa en la taza cuando no estéis mirando.

Por las miradas de repugnancia que yo vi, pensé que más de uno se lo había creído. Todos lo vimos salir del Mocha, y el único sonido que se oyó fue el de la campanilla de la puerta.

Capítulo 29

–Detesto dejarte aquí –dijo Meredith, ignorando la mirada de Charlie al reloj–. Sola.

–Ya te he dicho que voy a estar muy bien. Me marchó a casa de mi hermano, así que no es para tanto, de verdad –dije yo, y le di un abrazo–. Pero será mejor que os marchéis. Ya sé que a la hermana de Charlie no le gusta la impuntualidad.

–Oh, es mejor no llegar ni un minuto tarde. Aunque no vayamos a comer inmediatamente, si aparecemos un cuarto de hora después, nos lo echa en cara durante todo el día –dijo Meredith–. Charlie, ¿has tomado la tarta?

Él mostró la caja.

–Sí, cariño. Tengo la tarta.

Ella sonrió.

–De chocolate y menta. Comprada. A mí me encantan las tartas compradas, pero a Susan le gustan más las caseras.

Charlie se echó a reír.

–No te preocupes, esta sí la va a comer.

–O, se va a comer dos trozos mientras se queja de que va a tener que hacer ejercicio otra vez, sin duda. Pero también dirá que creía que íbamos a llevar una tarta casera. Ya lo sabes.

–Claro, claro –dijo Charlie, poniendo los ojos en blanco–. Vamos. Tesla, si no, llegaremos tarde.

–No te preocupes –dije yo, y le di un beso–. Tened cuidado en la carretera. Si no estoy aquí cuando lleguéis, enviadme un mensaje.

Por fin, se marcharon. Yo suspiré y di unas vueltas por el salón con los brazos extendidos. Llevaba semanas sin estar sola.

En casa de Vic no estaba sola con frecuencia, pero tenía privacidad. Podía cerrar la puerta de mi habitación para dar a

entender a los demás que, si querían entrar, tenían que llamar. Podía darme una ducha sin que nadie entrara a utilizar el inodoro o el lavabo o a charlar conmigo mientras me afeitaba las piernas.

Me encantaba vivir con Meredith y Charlie, pero deseaba tener tiempo para mí misma. Me dediqué a abrir unas cuantas cajas que todavía no había desempaquetado, y puse algunas de mis fotografías enmarcadas en las repisas del salón. Colgué un cuadro que le había comprado a un artista que frecuentaba el Mocha. Hice la colada y escuché música a todo volumen, mientras bailaba en la cocina.

De repente, mi plan de ir a casa de Cap y comer lo que él sacara del congelador me pareció poco apetecible. Tenía muchas cosas por las que dar gracias aquel año, incluyendo el hecho de llegar al supermercado antes de que cerraran. Quería celebrar aquel día de fiesta con un poco de esfuerzo. Compré una pechuga de pavo y todo lo necesario para prepararla, incluso los ingredientes para hacer tarta de calabaza. Llamé a mi hermano y lo convencí para que fuera a mi nueva casa y viera la televisión mientras yo cocinaba.

Incluso puse la mesa del comedor de Meredith, con un buen mantel y los platos de porcelana que Charlie y ella nunca habían estrenado; la vajilla estaba en cajas de cartón, envuelta en plástico de burbujas. No tenían cubiertos buenos, pero había unos cubiertos de plástico que simulaban el metal. Era extraño. Utilicé aquellos.

–Vaya, servilletas de verdad –dijo Cap–. Qué lujo.

–Eh, solo porque tú seas un tosco no tenemos por qué comer como los paganos.

Mi hermano se echó a reír.

–Se ve que estás prosperando, ¿eh? Una casa lujosa, servilletas finas...

–Siéntate y come, bobo –le dije.

No había muchas cosas que pudieran interponerse entre Cap y la comida, así que no hablamos. Eso también me gustó. Meredith siempre hablaba mucho en las comidas; seguro que por eso estaba tan delgada.

Por fin, Cap apartó su plato con un suspiro de satisfacción.

–Estaba delicioso.

–Gracias –dije yo–. Se me da bien cocinar, ¿eh?

–Sí, ya lo sabes –respondió él. Extendió los brazos y entrelazó los dedos detrás de la cabeza mientras echaba la silla hacia atrás–. Dame unos minutos antes de la tarta de calabaza.

–Ayúdame a recoger la mesa. Así se te abrirá otra vez el apetito –dije, y me reí al oír su gruñido de protesta–. Bueno. Tal vez podamos entrar en coma a causa del pavo en el sofá, viendo un poco la tele, antes de recoger.

–Buena idea –dijo Cap, sonriendo.

No había hecho demasiada comida para los dos, y nos la habíamos comido casi toda, así que no me sentí culpable por dejar lo que había sobrado en la mesa durante un rato, para que pudiéramos relajarnos. Estaba muy llena y tenía sueño, así que no hubiera podido limpiar, de todos modos. Además, la tarta de calabaza tenía que enfriarse.

Cuando entramos al salón, Cap miró a su alrededor y se fijó en el mobiliario, la pantalla plana de televisión y, seguramente, en la colección de DVDs y de videojuegos. No estaba juzgando nada por lo caro que pudiera ser, porque Cap no hacía esas cosas. Solo lo estaba mirando.

–¿Esta es ella? –preguntó, observando la fotografía de boda de Charlie y Meredith–. ¿Tu amiga?

–Sí –dije yo, mientras me tiraba en el sofá y tomaba el mando de la televisión de entre los cojines.

–¿Estaba casada?

Yo me quedé callada. Pensaba que Vic le habría contado a Cap toda la historia.

–Todavía está casada. Ese es Charlie, su marido.

Cap miró la fotografía durante un largo instante.

–Entonces, ¿vives aquí con los dos?

–Sí.

Se volvió hacia mí. Yo casi podía oír el funcionamiento de los engranajes de su mente, pero Cap se encogió de hombros y se sentó a mi lado en el sofá. No importaba lo que estuviera pensando; no iba a decir nada. Eso creía yo; para mi sorpresa, sí lo hizo.

-Deberías tener cuidado, Tesla.

-Gracias, Cap, pero todo va bien -dije, y le entregué el mando a distancia-. No es como lo de mamá y papá, ¿sabes? Toma. Cualquier cosa, menos fútbol.

Cap se quedó un poco decepcionado, pero comenzó a cambiar de canales hasta que llegó a un concurso en el que los participantes tenían que superar pruebas divertidas.

-De todos modos, ellos están casados, y esta es su casa. No es como vivir con Vic y Elaine, ¿no?

-No, por Dios. Es muy diferente.

-Por eso. Ten cuidado. Y, si alguna vez necesitas ir a algún sitio, siempre puedes venir a mi casa.

-Umm... ¿Y qué pasa con la señorita Lyndsay? -pregunté yo, clavándole el dedo en el costado-. ¿Crees que a ella le gustaría eso?

Cap miró fijamente a la televisión, pero yo vi que se ponía rojo. No podía dejar pasar aquella oportunidad de interrogarlo. ¿Para qué estaban las hermanas mayores, si no?

-¿Qué pasa, Captain?

Al oír que yo utilizaba su nombre completo, me lanzó una mirada fulminante.

-Nada.

-Vamos, Cap. Sé que te gusta. Y parece que tú también le gustas a ella, ¿no? Así que...

-Así que nada, ¿de acuerdo? Nosotros solo somos compañeros de piso.

Yo no tenía ninguna duda de que así era como habían empezado las cosas, pero también creía que las cosas habían cambiado, y hacía bastante tiempo. La cuestión era, ¿quién de los dos estaba fingiendo que no había nada de nada? Yo pensaba que era Lynds, aunque no podía estar segura de que no fuera Cap. Algunas veces, pese a que era increíblemente inteligente, mi hermano podía comportarse como un bobo.

-De todos modos, estoy saliendo con otra -me dijo. Fue como un jarro de agua fría para mí.

-¿Qué? ¿Con quién? ¿Desde cuándo?

Él se encogió de hombros.

–Con una amiga de la hermana de Elaine.

–Un momento, ¿estás saliendo con una amiga de Nancy? – pregunté yo, y me eché a reír–. ¿Y se parece a ella?

Cap puso cara de pocos amigos.

–Si se pareciera a Nancy, ¿estaría yo saliendo con ella?

–No lo sé, Cap. ¿Lo harías?

Él me hizo burla.

–Se llama Missy, y estudia enfermería. Es... agradable.

Eso no parecía muy prometedor.

–¿Y?

Se encogió de hombros otra vez, y miró la televisión. El último canal al que había llegado era uno de *teletienda*, y yo sabía que no lo estaba viendo.

–¿Qué piensa Lyndsay de todo eso?

–¿Y qué importa lo que piense? Ella sale con muchos tíos todo el tiempo.

–¿De verdad? –pregunté. Yo no lo sabía, pero, al ver la cara de mi hermano, supe que él sí lo sabía desde hacía mucho tiempo–. Cappy, ¿nunca has pensado en decirle a Lyndsay que la quieres?

Él gruñó y dejó caer la cabeza en el respaldo del sofá.

–Sí.

Su respuesta me sorprendió. Cap podía hablar sin parar de filosofía esotérica y arreglar coches mientras desgranaba complicados teoremas matemáticos. Pero ¿de las emociones? Le resultaba difícil reconocer que tuviera alguna y, más aún, hablar de ellas.

–Entonces, ¿por qué no se lo dices?

–Porque no soy tonto.

Yo le di una palmadita en el hombro.

–Ya lo sé. Y ella también lo sabe. ¿Cuánto tiempo lleváis viviendo juntos? ¿Un año?

–En realidad, un año y siete meses. Sin contar los fines de semana de los tres meses que estuvo quedándose en el apartamento antes de empezar a vivir allí definitivamente.

–Ah. Sí, claro.

Él sonrió un poco y, por fin, me miró.

–Es mucho tiempo, ¿no? Lo suficiente como para que yo sepa lo que siento.

–Entonces, ¿por qué pierdes el tiempo con Missy? ¿Y por qué le haces perder el tiempo a ella?

–Porque es agradable. Le gusto. Y Lynds solo es mi compañera de piso, mi amiga con derecho a roce –dijo Cap. Frunció el ceño, y se dio un puñetazo en la rodilla–. Es más fácil con Missy. Ella no espera nada de mí, salvo una cena, una película y, tal vez, un trabajito manual.

–Vaya.

Cap suspiró.

–Missy solo es una chica, eso es todo. Y Lynds...

–Sí, lo entiendo –dije. Lo entendía de verdad. Le di otra palmadita en el hombro, y añadí–: Pero, si no se lo dices, ¿cómo va a saberlo?

Él se puso muy serio.

–No importa.

No tenía sentido presionarlo.

–Está bien. Pero... sabes que estoy aquí para ayudarte, ¿no? Si necesitas a alguien con quien hablar...

Él se echó a reír, no con tantas ganas como de costumbre, pero, al menos, eso era mejor que la cara de tristeza que tenía antes.

–Bueno, lo mismo digo.

Yo lo abracé impulsivamente. Hacía mucho tiempo que no pasábamos tiempo a solas, sin Vic, Elaine o los niños, sin Lynds, sin los clientes de la cafetería. Solo nosotros dos, viendo la televisión, sin tener que ir a ningún sitio.

–¿Puedo cambiar de canal? –le pregunté–. Sé que te encanta la teletienda, pero...

Su risa sonó un poco mejor.

–Sí, por favor. Vamos a ver qué otra cosa hay.

Acabábamos de encontrar una película mala de monstruitos, cuando se oyó la puerta del garaje. Un minuto después, Meredith

atravesó el arco del salón.

–Nena, ya estamos aquí... Oh –dijo, y se detuvo en seco.

–Hola, chicos, habéis vuelto muy pronto –dije, y me levanté para saludarla–. Este es mi hermano, Cap. Cap, Meredith.

–Pensaba que ibas a ir a su casa –dijo ella.

Cap apagó la televisión con el mando y se puso en pie.

–Hola. Encantado de conocerte –dijo.

–Sí, iba a ir –le expliqué yo a Meredith–, pero pensé que, como hacía tanto tiempo que no preparaba una comida de Acción de Gracias, estaría bien ir a la tienda y comprar algunas cosas. Era más fácil cocinar aquí –dije, y le di un abrazo. Ella no me correspondió–. ¿Qué tal en casa de Susie?

Charlie había entrado mientras estábamos hablando, y respondió:

–Hemos llegado muy pronto. ¿No es eso suficiente respuesta?

–Oh, no –dije yo. Para explicarle la situación a Cap, añadí–: La hermana de Charlie es un poco... ¿Cómo lo dirías tú, Charlie?

–Molesta –dijo él–. Pero, de todos modos, ha sido divertido. Nos escapamos antes de que empezaran los juegos de mesa, eso es todo. La comida ha estado muy bien.

Yo ya había oído hablar de los maratones de juegos de mesa. En teoría, sonaba bien, pero parecía que terminaban con resentimiento y ajustes de cuentas.

–Bueno, pues ya estáis en casa. ¡Estupendo! He hecho tarta de calabaza. Estábamos viendo la tele, pero podemos jugar a algo, si queréis.

Meredith soltó un resoplido.

–Um. No.

–A mí me apetece un poco de tarta –dijo Charlie. Meredith le lanzó una mirada–. ¿Qué? A mí me parece que a Cap también le apetecería un trozo. ¿Qué dices, Cap?

–Sí, gracias.

Los hombres se sonrieron, haciéndose amigos instantáneamente. Cap siguió a Charlie a la cocina, y Meredith y yo nos quedamos solas en el salón. Ella miró a su alrededor y se fijó en

la fotografía enmarcada que yo había puesto sobre la mesa. Después, volvió a mi lado.

–No esperaba que hubiera nadie en casa –dijo.

Tal vez Charlie estuviera acostumbrado a los cambios de humor de Meredith, pero, para mí, era como avanzar por un campo de minas.

–No sabía que hubiera algún problema, Meredith. ¿Lo hay?

Ella frunció el ceño.

–Estaba deseando llegar a casa, ponerme ropa cómoda y descansar.

Que yo supiera, no había nada que le impidiese hacerlo. Desde la cocina, oí las risas de Charlie y de Cap, y sonreí. Me alegraba de que hicieran buenas migas. Meredith, por el contrario, no sonrió.

–Habéis comido en el salón.

–Es Acción de Gracias –dije–. Mira, si tienes algún problema con algo, deberías decírmelo.

Yo no era Charlie. No podía leerle la mente, y no quería jugar a sus juegucitos. No quería pelearme con ella, pero tampoco iba a permitir que se pusiera tan desagradable sin saber por qué.

–Has utilizado mi vajilla de porcelana.

Suspiré. No tenía sentido intentar besarla, ni abrazarla. Ella me rechazaría. Además, a mí no me apetecía mostrarle afecto en aquel momento.

–Cuando vine a vivir aquí, me dijiste que me comportara como si estuviera en mi casa. ¿Lo entendí mal?

–No. Pero... mi vajilla –dijo Meredith en voz baja–. Y nunca habíamos hablado de los invitados. Y has dejado la cocina hecha un desastre, Tesla. Eso es una grosería.

–Iba a limpiarlo todo. Nunca he dejado nada sucio, ¿no? Lo habría recogido todo antes de que vosotros llegarais, pero habéis vuelto muy pronto. Además, no es para tanto.

Meredith apretó la mandíbula.

–Solo digo que no me gusta llegar a casa y encontrármelo todo desordenado, y a un extraño al que tengo que atender.

–No tienes por qué atender a mi hermano. Cap es muy relajado

en eso –dije. En aquel momento, se oyeron más risas en la cocina–. Además, parece que Charlie ya lo está haciendo, de todos modos. Y tu casa estará perfectamente recogida dentro de unas horas. ¿De acuerdo?

No quería pelearme con ella. Quería tomar tarta de calabaza con helado de vainilla, y un té. Quería jugar a algún juego de mesa. El Uno podía ser muy divertido con Cap, que siempre se inventaba unas reglas no oficiales muy divertidas.

–Meredith, o vivo aquí, o soy una invitada. Si solo soy una invitada, supongo que he sido una maleducada, sí. Pero no creía que lo fuera. Pensaba que vivía aquí como parte de esta familia. Y, en ese caso, tú tienes que relajarte.

Charlie nunca le plantaba cara, así que a ella no debió de gustarle que yo sí lo hiciera. Meredith alzó la barbilla.

–Por supuesto que no eres una invitada.

–Entonces, relájate –repetí yo–. Es mejor que me digas las cosas con normalidad, sin enfadarte. Si no quieres que utilice tu vajilla de porcelana, no lo haré.

–¡Yo no la había estrenado! Creo que debería haber sido la primera en usarla. Eso es todo.

Como Charlie y ella llevaban ocho años casados, aquel argumento no me impresionó demasiado. Sin embargo, lo acepté.

–Lo siento. No lo sabía. Es una vajilla preciosa. Deberías sacarla más a menudo.

–Es la vajilla de nuestra boda. La de Charlie y mía –dijo ella–. Así que, sí, prefiero que no uses nuestras cosas sin preguntar antes.

–Me parece justo –dije. Me sentí mal por la vajilla, pero no tal mal como ella debía de querer–. Puede que tengas que ser más concreta con tus expectativas, Meredith.

–¿Y cómo iba a saber que ibas a sacarla?

Suspiré.

–¿Te acuerdas de que te dije que, si íbamos a hacer esto, tendríamos muchas cosas de las que hablar? Si querías que viniera aquí con Charlie y contigo, que viviera aquí y fuera parte de lo que teníais, tendríamos que dejar muchas cosas claras. Cuando hay más

de dos personas en una relación, esto es parte del paquete. Si tú no hablas de las cosas, entonces... puede haber enfados. Alguien puede sufrir.

–Ah, sí. Se me olvidaba. Tú eres la experta.

–No tanto –repliqué–. Además, no quiero pelearme contigo.

Fui a la cocina. Todavía no estaba enfadada, pero no quería seguir allí. Cap y Charlie se habían tomado una gran parte de la tarta. Uno de ellos había sacado el sirope de chocolate; seguramente, Cap, puesto que aquello era una tradición de la familia Martin. También la nata montada, pepitas de chocolate y confeti de azúcar multicolor.

–Es como un arcoíris en la tarta –dijo Charlie–. Por cierto, la tarta está buenísima.

Yo le di un beso.

–Gracias. ¿Me habéis dejado algo? No puedo verlo, debajo de tantos añadidos.

–Te hemos dejado mucho –respondió Cap, y añadió–: La tarta está increíblemente buena.

–Toma, te pongo un trozo en un plato –dijo Charlie, y dejó la suya sobre la encimera.

–No, no te preocupes, yo me la sirvo. Tú disfruta de la tuya. ¿Alguien quiere un café?

Normalmente, yo no tomo café en casa, porque ya tenía suficiente en el trabajo, pero la tarta y el helado pedían a gritos la cafeína.

Cap tragó un pedazo de tarta, y se relamió.

–Yo.

–Yo también –dijo Charlie, mientras pinchaba un pedazo de su plato–. Qué buena está. Yo hago el café...

–No –le dije, y le empujé con la cadera al pasar a su lado para sacar el café molido del armario–. Yo puedo hacerlo. Cómete la tarta.

Así nos encontró Meredith. A los chicos, con los platos en la mano, apoyados en la encimera, con los labios manchados de nata y chocolate. Yo, riéndome de ellos mientras intentaba poner en funcionamiento la cafetera sin conseguirlo. Y no porque fuera complicado, sino porque Charlie no dejaba de ponerse frente a mí

cada vez que me movía, intentando besarme con el bigote de nata. Acababa de rendirme y le había permitido que lo hiciera.

–¿Vas a hacer café? –preguntó ella. Tenía las manos llenas de platos de la mesa del salón–. Me apetece un poco.

–Claro –dije, y me relamí la nata de los labios–. Si tu marido se aparta y me deja hacerlo.

–Le gusta ponerse en medio –dijo, y nos indicó a los dos que nos apartáramos para poder meter los platos al lavavajillas.

Yo me puse frente a ella cuando se volvió con las manos vacías, como había hecho Charlie conmigo, pero Meredith no se rio. Le puse las palmas de las manos en las caderas y se las moví un poco, intentando que bailara conmigo. Ella miró a Cap por encima de mi hombro y frunció el ceño. La solté.

–Quiero recoger la mesa del salón –dijo.

–Te ayudo. Deja que termine de hacer el café. Y toma un poco de tarta –le dije–. Está muy buena.

Con eso, conseguí que sonriera un poco, al menos. Después, la encontré en el salón, estudiando un plato de porcelana. Cuando entré, me miró.

–No podía decidir lo que quería –me dijo–. Para la lista de bodas. Mi madre me dijo que teníamos que elegir un diseño para la vajilla, para que todo el mundo pudiera comprarnos piezas. Porque todo el mundo hace eso. Yo no sabía qué elegir para vivir con ello el resto de mi vida. Así que elegí esto.

Me mostró un plato de pan que no habíamos usado, así que estaba limpio. Era blanco, y tenía rosas en el borde. No era lo que yo hubiera elegido, pero era bonito.

–Lo hiciste bien –dije.

–¿Sabes por qué nunca he usado estos platos?

Me encogí de hombros mientras me movía alrededor de la mesa, apilando la vajilla y los cubiertos usados.

–Porque la mayoría de la gente no come en el salón más que unas cuantas veces al año.

–Porque no me gustan.

Yo la miré. Ella tocó el borde dorado del plato con la yema del

dedo, y me miró también.

–Me sentí obligada a elegir algo porque es lo que la gente esperaba, y ahora tengo que quedarme con ello. Y nos regalaron un millón de piezas, Tesla. Una salsa –dijo, con una carcajada amarga–. Una soper. ¿Quién usa estas porquerías?

–La gente a la que le gusta la salsa, y la sopa –dije yo. Le quité el plato de las manos y lo dejé en la mesa–. Eh, ¿qué te pasa?

–Estás enfadada conmigo –dijo ella, y se cruzó de brazos.

–Tú eres la que estabas enfadada conmigo –respondí yo, y le acaricié los brazos, apretándoselos un poco–. Oooh, qué suave es tu jersey.

Meredith no era de las que pedían perdón, pero, como no había nadie más en la habitación, supongo que pensó que no pasaba nada por acurrucarse un poco conmigo.

–Ojalá nos hubiéramos quedado aquí todo el día. La comida de la hermana de Charlie estaba tan mala...

–La tarta te va a compensar, te lo prometo. Y podemos jugar al Uno. En serio, va a ser muy divertido.

Ella asintió. Se quedó junto a mí un par de segundos y, después, se apartó. Recogimos todo lo que había en la mesa. Meredith se detuvo antes de salir del salón.

–Me alegro de que los uses –dijo–. Alguien tenía que hacerlo.

Capítulo 30

Joy ya había contratado a alguien en lugar de Darek. Se llamaba Brandy, y era un poco mayor que yo. Me contó, con orgullo, que llevaba trabajando en cafeterías desde que estaba en el instituto. Me dijo el nombre de algunas de ellas.

–Ahora están cerradas –añadió, mientras mascaba chicle–. Espero que este lugar dure más, ¿sabes?

Se echó a reír. Yo, no.

No me gustaba nada que Darek se hubiera marchado, o que lo hubieran despedido, cualquiera de las dos cosas. No me gustaba que Joy hubiera contratado a aquella chica que comía chicle y que movía el pelo constantemente, sin pedirme que participara en la selección. Y, aunque Joy me había dejado tranquila y me había estado evitando desde el día en que se había marchado Darek, eso tampoco era lo que quería. Me había acostumbrado a su mal humor, y su nueva frialdad hacia mí, en contraste con su simpatía casi absurda hacia Brandy, no facilitaba para nada el trabajo.

Johnny D. se dio cuenta.

–¿Qué tal la chica nueva?

Yo miré hacia el otro lado del local, donde estaba Brandy, hablando con Carlos. Se suponía que tenía que estar limpiando mesas, pero se había distraído. Carlos miraba el ordenador, pero Brandy no se daba cuenta, o lo estaba ignorando.

–Se llama Brandy. No lo sé. La contrató Joy.

–¿Qué pasó con Darek?

–Se marchó. Joy y él tuvieron una discusión la semana pasada, y él dejó el trabajo.

–Vaya. Es una pena.

–Dímelo a mí –dije. Le entregué su café y su *pretzel* relleno de

queso, y pregunté: ¿Hoy no tomas nada dulce?

–Mi hija me va a traer a mi nieto dentro de un rato. Dejaré que elija él. Pero estos tienen buena pinta –dijo, refiriéndose al *pretzel*. Después, me miró-. ¿Está bueno?

–Supongo que sí. Todavía no los he probado –dije, y sonreí-. ¿Quieres darme un mordisco, chaval?

Él se echó a reír, cabeceando.

–Sí, te daré un mordisco, listilla.

–Pfff –dije yo-. Vamos, vamos, estoy dispuesta a todo.

Él se puso serio un momento.

–Creía que tenías un amigo especial –dijo.

–¿Quién te lo ha dicho?

Se encogió de hombros.

–Nadie me ha dicho nada. Se te nota.

–¿Es como una marca? –le pregunté.

–Algo así –dijo él, y me miró con los ojos entrecerrados-. Te sienta bien.

Yo me pavoneé un poco.

–Gracias.

Sonó la campanilla de la puerta. Era la hija de Johnny, con su nieto. El niño corrió hacia su abuelo gritando de alegría, pero no parecía que su madre estuviera tan contenta. Me sonrió apagadamente, y le dio un abrazo a su padre.

–Lo recogeré a las siete, si te viene bien. Llámame si necesitas que vaya antes.

Johnny negó con la cabeza mientras le revolvía el pelo al niño.

–No. Lo tenemos todo controlado, ¿verdad, hijo?

–Sí –dijo el niño.

–Que no coma muchos dulces –dijo su madre, y me miró-. Solo una galleta.

–No la metas a ella, Kimmy –dijo Johnny.

Ella suspiró.

–Papá, si le das mucho azúcar, esta noche cuando vaya a casa no se va a poder dormir.

Los dejé hablando y fui a la mesa de Carlos para librarlo de

Brandy y llevarla a la barra. Carlos me miró con agradecimiento cuando le dije a Brandy que tenía que volver a trabajar. Ella se quedó sorprendida.

–¿Qué se supone que significa eso?

–Que necesito que vayas a preparar sándwiches, o que hagas los cafés.

Brandy soltó un resoplido.

–De acuerdo. Solo estaba limpiando aquí fuera.

Yo miré a mi alrededor. La cafetería estaba muy vacía, para la hora que era.

–Y lo has hecho muy bien. Pero ahora, necesito ayuda en la barra.

El cumplido, aunque fuera insincero, la calmó. Sonrió a Carlos y se fue a la trastienda. Yo puse los ojos en blanco.

–Va a volver loca a Joy. Lo sabes, ¿no? –dijo él.

–Puede que sea la única ventaja de que trabaje aquí –dije yo, y miré su ordenador–. ¿Te ha retrasado mucho?

–Ha podido ser peor –dijo él–. Algunos días, las palabras fluyen solas, pero otros, no. Bueno, ¿y dónde se mete Meredith últimamente?

Yo también me había hecho aquella pregunta.

–Supongo que ha estado ocupada.

–¿Os habéis peleado, o algo así?

–No, ¿por qué?

–Parecía que erais muy amigas, eso es todo. Y ahora, hace dos semanas que no aparece por aquí. Me ha resultado extraño.

Yo fruncí el ceño al darme cuenta de lo mucho que hacía que Meredith no iba al Mocha.

–Supongo que tiene otras cosas que hacer. No todo el mundo puede pasarse el día aquí sentado, ¿sabes?

Él se rio.

–Es una pena, ¿no?

–Sí –dije, dándole una palmadita en el hombro antes de alejarme–. Una pena.

Sin embargo, me quedé pensando en lo que me había dicho Carlos. Meredith había estado yendo tres o cuatro días por semana al

Mocha durante meses. Y ahora que yo vivía con ellos... ya no iba por la cafetería. Yo la veía en casa, por supuesto. Y sabía que seguía haciendo las reuniones y las fiestas para conseguir ventas, y todo el trabajo que la ocupaba durante las horas que pasaba junto al ventanal del Mocha. Sin embargo, ¿dónde hacía ese trabajo ahora?

No pude hacerme más preguntas, porque comenzó a llegar gente y tuve que ponerme detrás de la barra. Brandy, pese a toda su experiencia en el trabajo, tardó horas en preparar las diferentes bebidas, echándole la culpa a las máquinas. Yo lo achaqué a su incapacidad de caminar y mascar chicle a la vez.

–Mi cliente –dijo ella, en mitad de la avalancha. Me lo dijo en voz baja, y yo no sabía si había oído bien.

Miré hacia arriba.

–¿Eh?

Brandy señaló hacia la cola con la barbilla.

–Él. Mi cliente.

Miré la fila. Había algunos extraños, algunos clientes habituales, uno o dos de mis favoritos...

–¿Quién? ¿Te refieres al marido de Sadie?

–Me refiero al cuarto por el final, el que va de traje.

–Sí, ese es el marido de Sadie. Se llama Joe.

–¡Sí, Joe! –exclamó ella, y se giró hacia mí con tanto impulso que estuvo a punto de tirar la magdalena que tenía en un plato–. ¿Está casado? ¿Me estás tomando el pelo!

–Eh... No, no te estoy tomando el pelo y, por favor, sirve esa magdalena antes de que el chico que la está esperando te la quite de las manos –le aconsejé–. Tiene hambre, y lleva un buen rato esperando.

–Claro, claro –dijo Brandy, y pasó por delante de mí para atender al cliente, mientras yo me ocupaba de la mujer que iba detrás.

No era tan fluido como cuando trabajábamos Darek y yo, pero, al menos, Brandy iba mejorando. Sin embargo, cuando llegó el turno del marido de Sadie, se inclinó sobre la barra, seguramente, para mostrarle bien el escote.

–Hola, Joe –dijo–. Hacía mucho tiempo que no venías, ¿verdad?

Joe no iba por allí tan asiduamente como su mujer, pero, de todos modos, me sonrió.

–Hola, Tesla. Hola...

–Brandy –dijo ella, como si él ya tuviera que saberlo–. Soy yo, Brandy.

Él la miró con inseguridad.

–Hola, Brandy.

–Trabajaba en la cafetería de Mary Catherine –dijo ella, con la voz un poco aguda, y soltó una risita.

Parecía que él quería recordarla, pero no podía.

–Me alegro de verte –dijo.

–He adelgazado –dijo ella, como si esa fuera la explicación–. Desde que me viste la última vez. Antes estaba más gorda.

–¿Qué vas a tomar, Joe? –pregunté, para terminar con la situación. Claramente, Joe era demasiado amable como para decirle que no tenía ni idea de quién era, pero Brandy no lo entendía.

–Ah... un café grande para llevar, y un bollo –dijo, sonriéndome, y miró a Brandy de reojo–. Con leche y azúcar, por favor.

–Yo lo preparo –dijo ella.

No iba a pelearme con Brandy por eso. Todavía había cuatro clientes en la cola, y las mesas estaban ocupadas. Mientras Brandy se ocupaba del café de Joe, yo atendí a otras dos personas. Por fin, ella le entregó lo que había pedido y le cobró.

Sin embargo, no iba a dejarlo marchar.

–Bueno, ¿y vienes mucho por aquí?

Joe se metió el cambio al bolsillo y la miró.

–No, no mucho. Solo a veces.

–¿Vives cerca?

–¿Cómo está Sadie? –le pregunté yo, para darle un respiro.

Él me sonrió con alivio.

–Cansada. De mal humor.

–Ya no queda mucho. Dile que he preguntado por ella, ¿de acuerdo? –dije, mientras le entregaba a la siguiente clienta su café y su bagel y tomaba su dinero.

Brandy seguía mirando a Joe.

Él asintió y retrocedió.

–Sí, se lo diré. Nos vemos otro día, Tesla. Y... Brandy.

En la puerta, él se detuvo, y miró hacia atrás. Por su expresión, parecía que había reconocido a Brandy, aunque era difícil distinguirlo desde aquella distancia. Se despidió de ella asintiendo, y salió de la cafetería.

Brandy suspiró. Como yo había atendido a los últimos clientes mientras ella lo miraba, no había nadie esperando cuando se giró hacia mí con los ojos muy abiertos, empañados, y la boca temblorosa.

–Ese chico...

–Joe –dije yo. Estaba lavándome las manos, algo que siempre hacía después de tocar el dinero y antes de volver a tocar la comida.

–Sí, Joe –dijo Brandy.

–El marido de Sadie –repetí yo–. ¿Lo conoces?

–Solía ir a la cafetería en la que yo trabajaba antes.

–Ah –dije yo, mientras me secaba las manos–. Es mono.

–Es muy mono. Salimos juntos.

A mí me costaba creerlo, pero no se lo dije.

–Ah.

–Sí. Es fantástico en la cama.

Eso me parecía menos difícil de creer, pero tampoco se lo dije.

–¿Está casado? –preguntó.

–Sí. Van a tener un hijo un día de estos.

–¡No! ¿De verdad? Oh, vaya mierda.

–No creo que a ellos les parezca una mierda.

–¿Por qué los buenos siempre están pillados?

–Porque son los buenos –respondí yo. Ella puso los ojos en blanco.

–Lo que tú digas.

Mi móvil sonó y, como no había nadie esperando, me lo saqué del bolsillo. Respondí a la llamada.

–Hola, cariño.

–Hola, nena –dijo Meredith. Tenía la voz muy tomada–. ¿Qué tal?

–Bien. Lo mismo de siempre. Carlos ha preguntado por ti –dije. Me aseguré de que nadie necesitaba que lo atendieran, y me apoyé en

el mostrador. Ignoré la mirada de curiosidad de Brandy-. Quería saber por qué no has venido últimamente por aquí.

Ella tosió.

-¿Para qué voy a pagar un café, si la chica de la cafetería vive conmigo? -preguntó ella, y volvió a toser-. Me encuentro muy mal. He llamado a Charlie, pero no contesta. ¿Podrías ir tú a comprarme una medicina?

-Claro. ¿Qué necesitas?

-Algo para la fiebre, para la tos y el dolor de cabeza. Me duele el cuerpo.

-Vaya, cariño, ¿es la gripe? Te dije que te pusieras la vacuna.

-No sé qué demonios es -respondió ella, en tono exasperado-. ¿Podrías comprarme la medicina sin echarme un sermón?

-Lo siento. Sí, claro que sí. Iré después del trabajo.

Hubo un silencio. Un suspiro.

-Es ahora cuando estoy enferma, Tesla.

Sí, yo lo oía muy bien.

-Es que... estoy con una chica nueva que ha venido hoy, cariño. No sé si puedo salir e ir a casa...

-No pasa nada, puedo quedarme sola -dijo Brandy, que estaba escuchando la conversación sin reparos.

-¿Quién es? -preguntó Meredith, tosiendo de nuevo.

-La chica nueva -dije yo, y miré el reloj. No podía salir hasta las cinco, cuando apareciera Moira, la chica que trabajaba a tiempo parcial.

-Bueno, creo que podré hacer el descanso para comer un poco antes y utilizarlo para comprar la medicina y llevártela.

-¿Podrías? Me encuentro muy mal -dijo Meredith-. Por favor.

-Claro, no te preocupes. Voy a asegurarme de que todo está bajo control y te llevo las cosas, ¿de acuerdo? Bebe zumo de naranja, o té caliente. ¿Has llamado al médico?

-No necesito un médico -respondió ella-. Solo necesito la medicina para el catarro, Tesla, por Dios.

-Bueno, iré dentro de una hora -dije. Colgué el teléfono, y me di cuenta de que Brandy seguía mirándome fijamente-. ¿Qué pasa?

–Yo puedo encargarme de las cosas mientras vas a buscar la medicina para tu novio –dijo.

–No era mi novio.

–Ah. Parecía que era tu novio.

–Pues era mi novia –dije, con toda la intención, para descolocarla.

Brandy se quedó boquiabierta.

–Ah –dijo–. Muy bien. A mí no me importa nada.

–¿De verdad? Me alegro. Me alegro mucho de que no te importe. No parecía que el sarcasmo fuera uno de sus puntos fuertes.

–Sí, no pasa nada. Me parece bien. Nada de odio, ¿eh?

Suspiré.

–Bueno, Brandy, lo que tú digas. Tengo que marcharme, pero vuelvo dentro de un par de horas. ¿De verdad vas a poder con todo tú sola? Porque puedo llamar a Moira y preguntarle si puede venir antes...

–¡No! ¿Tu novia se llama Moira?

Yo tuve ganas de zarandearla.

–No. Moira es la chica del turno de noche. No es mi novia.

–Ah, vale. Vaya. No, no hace falta que llames. Puedo estar sola un par de horas. Ni siquiera hay gente.

Pero podía haberla en cualquier momento. Miré el reloj. Normalmente, había otra hora punta entre las tres y las cuatro, y pensé que no tendría problemas para estar de vuelta a esa hora. Esperaba que Joy no montara en cólera por mi ausencia, pero, en realidad, me hubiera ido de todos modos.

Tardé media hora en llegar a la farmacia y comprar lo que pensé que iba a necesitar Meredith, y otros diez minutos en llevarlo a casa. Subí a su habitación; ella estaba acostada a oscuras, con la televisión puesta.

Se incorporó un poco, tosiendo.

–Gracias –dijo.

Yo le mostré los frascos.

–Esto es para la tos, el resfriado, la fiebre y los dolores corporales. Esto otro, para por la noche. Esto es específico para la tos.

No sabía qué ibas a necesitar, si tienes tos seca o expectoras...

Ella hizo un mohín.

–Qué asco. Necesito algo para el dolor de cabeza y para el dolor de garganta.

Yo rebusqué por la bolsa, y saqué más cosas. Hicimos una combinación de líquidos y pastillas, y se la di con zumo de naranja que había comprado también. Después, saqué un par de latas de sopa.

–¿Tienes hambre? Puedo calentarte un poco de sopa antes de irme.

–¿Sopa de lata? –preguntó Meredith, y volvió a poner cara de desagrado–. Grasa y sodio en caldo de pollo muerto, no, gracias.

–Se supone que hará que te sientas mejor. Siento no tener tiempo para hacerte uno casero. Puede que esta noche, cuando llegue...

Ella frunció el ceño y sacó unos cuantos pañuelos de papel de una caja. Se los llevó a la nariz. Aunque se quejaba mucho, a mí no me parecía que estuviera tan enferma. Estaba pálida, tenía mucosidades y un poco de ronquera, pero nada más.

–Bueno, tengo que irme.

–¡No! –dijo ella, y se agarró a mi brazo–. Por favor, quédate. ¿No puedes quedarte un rato?

Iba a tardar otros veinte minutos en volver al trabajo, si no me encontraba con un atasco.

–No, Meredith, lo siento. Tengo que volver al Mocha. Hay una chica nueva, ¿sabes? Y es un poco inútil...

–Tesla... vamos...

–La medicina te hará efecto enseguida, y te encontrarás mejor –le dije, y me incliné para darle un beso en la frente, intentando no inhalar los gérmenes.

–¡Detesto estar enferma!

–A nadie le gusta –dije–. Duerme un poco.

–No tengo sueño. Quédate conmigo, Tesla. Nunca conseguimos estar a solas. Ya casi no te veo.

Eso no era cierto.

–Podías ir a la cafetería más a menudo. Antes ibas todos los días.

–¿Y qué? Tú no puedes sentarte conmigo y hablar.

–No, pero... Antes ibas muy a menudo, y ya no. No me extraña que tengas la sensación de que ya no me ves nunca –dije, mientras le ponía el dorso de la mano en la frente–. No parece que tengas fiebre. Eso está bien.

–Sí tengo. Me he puesto el termómetro. Tengo décimas.

–Unas décimas no es nada importante. Vamos, descansa un poco. Eso es lo que te conviene.

–Podías ser un poco más comprensiva –dijo ella, malhumoradamente.

Yo suspiré otra vez.

–Vamos, Meredith, siento que estés enferma, pero te vas a poner bien enseguida. Y yo tengo que volver al trabajo. Salgo a las cinco, y Charlie va a estar aquí a las cuatro. Haré la cena para los tres, y podemos ver una película y estar juntos.

–No es lo mismo.

–¿El qué no es lo mismo?

–Solo las chicas.

Me eché a reír, intentando que sonriera.

–Puede que tengamos suerte y Charlie decida que tiene que corregir exámenes, o algo así.

Se encogió de hombros, y miró la televisión de nuevo.

–Tú siempre encuentras tiempo para Charlie cuando él quiere. Solo para Charlie.

Algunas veces, es imposible sentirse culpable por algo que no es verdad. Me quedé callada. Recogí las medicinas y las dejé sobre la cama, para que pudiera alcanzarlas si las necesitaba. Ella no me miró hasta que me estaba marchando y, entonces, lo hizo de mala gana.

–Gracias por las medicinas –dijo.

–Espero que te mejores –respondí–. Estar malo es un rollo.

–Sí –dijo ella, y cambió de canal con el mando de la televisión.

Me había despedido.

Cuando llegué a la cafetería, no estaba de muy buen humor y, al ver la cola que se había formado y que llegaba casi a la puerta, y que todas las mesas estaban llenas de platos y de migas, y que Brandy se

movía a medio gas, mi estado de ánimo no mejoró. Me abrí paso entre la multitud, disculpándome, me lavé las manos y me puse el delantal.

–Creía que podías hacerte cargo –le dije a Brandy, que me miró sin comprenderme. Yo estaba empezando a darme cuenta de que aquella era su expresión más habitual.

–Y puedo. ¿Qué problema hay?

Yo señalé la larga cola de clientes descontentos.

Ella se quedó desconcertada.

–Pero... tú dijiste que siempre hay mucho movimiento entre las tres y las cuatro.

–Sí, pero... Bueno, no importa. Vamos a atender a la gente.

Las cosas no mejoraron, porque, media hora más tarde, Moira llamó para decir que estaba enferma y que no podía ir a trabajar. Como era la primera vez que sucedía, no puse objeciones; sin embargo, no podía dejar allí sola a Brandy. Ya había tenido que quedarme más veces hasta el cierre, y me vendría bien el dinero extra para comprar los regalos de Navidad.

No obstante, estaba agotada y no tenía ganas de charla. Cuando sonó la campanilla de la puerta, diez minutos antes de la hora de cerrar, estuve a punto de soltar un bufido. Hasta que vi quién era.

–¡Charlie! –exclamé. Estaba guapísimo, como siempre.

–Eh, hola –dijo él, sonriendo, y se inclinó sobre la barra para darme un beso–. ¿Has acabado ya?

Yo había mandado a Brandy a la trastienda para preparar las cosas del día siguiente.

–Sí. Tengo que hacer unas cuantas cosas y, después, puedo marcharme. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

–Bueno, he pensado en venir a verte al trabajo, porque nunca había venido –dijo él, e hizo una pausa–. Meredith está enferma.

–Ya lo sé. He ido a llevarle algunas medicinas esta tarde. ¿No se encuentra mejor?

Charlie se encogió de hombros y sonrió ligeramente. Con eso, lo dijo todo. Yo le tiré de la corbata para darle otro beso. Así fue como nos encontró Brandy.

Se detuvo con dos bolsas de magdalenas, una en cada mano.

–Yo... eh...

–Hola –dijo Charlie–. Soy Charlie.

Me eché a reír al ver la expresión de Brandy.

–Mételas en el congelador, Brandy. Y vete a casa. Yo termino de recoger.

–¿Estás... segura? –preguntó Brandy, sin dejar de mirarnos con los ojos muy abiertos.

–Sí, completamente segura. Mañana también tienes el turno de tarde, no lo olvides.

–Sí, ya lo sé –dijo, mientras retrocedía hacia la trastienda.

Charlie me miró con curiosidad. Yo me eché a reír.

–Es la camarera nueva. La ha contratado Joy.

–Joy es tu jefa, la que siempre está de malas pulgas.

–Exacto –dije yo.

Charlie asintió mientras Brandy volvía a salir de la trastienda. Tomó su abrigo y su bufanda del perchero, se los puso, me miró con una descarada curiosidad y dijo:

–Bueno, pues me voy.

–Me alegro de conocerte, Brandy –dijo Charlie.

–Sí, yo también –dijo ella–. Adiós.

En cuanto se marchó, yo eché el cerrojo y le di la vuelta al letrero de «Abierto» y «Cerrado». Después, me apoyé en la puerta con un suspiro de alivio. Charlie se echó a reír.

–¿Has tenido un día muy largo?

–Ni te lo imaginas.

Apagué las cuatro luces de la parte delantera del local, y dejé encendidas tan solo las de la barra. Solo me quedaba hacer caja, meter el dinero en la caja fuerte que había en la trastienda y comprobar que todo estuviera listo para la mañana siguiente.

Sin embargo, antes necesitaba tomar un poco de azúcar, y no precisamente de las tartas.

–Ummm –murmuró Charlie, cuando me puse de puntillas para besarlo–. Si besar fuera parte de tus obligaciones en el trabajo, creo que te ascenderían.

Yo me estreché contra él.

–Sí, ojalá.

Charlie me besó de nuevo. Con más pasión, claramente. Abrió la boca y, cuando yo succioné suavemente su lengua, deslizó una mano por mi espalda y me tomó de la nuca. Perfecto, tal y como eran siempre sus besos.

Yo suspiré. El beso terminó, y le acaricié la mejilla con la nariz. Después, lo miré.

–¿Qué tal tu día?

–Muy largo. No tanto como el tuyo, pero tampoco ha estado mal.

Parecía que los dos estábamos muy cansados. Yo quería ir a casa, darme una ducha caliente y sentarme en el sofá, bajo la manta, junto a él. Cerré los ojos y puse el oído junto a su corazón. Él me acarició la espalda, y yo sonreí.

–Purr, purr –ronroneé.

–Eres una gata preciosa –me dijo, riéndose.

–Deberíamos irnos a casa. Voy a comprobar que Brandy no ha dejado nada sin hacer. ¿Quieres entrar conmigo a la trastienda?

–Claro –dijo Charlie, y pasó al otro lado de la barra conmigo–. Siempre me he preguntado qué ocurría en las trastiendas de las cafeterías.

–Oh, de todo –dije yo, mientras pasaba la mirada por la habitación. Había imprimido una de las listas de Joy, y parecía que Brandy lo había hecho todo, a juzgar por las marcas que había hecho junto a cada una de las instrucciones. Charlie me observó mientras yo comprobaba el estado de los cubos de basura, de las cajas y de los cartones, y miraba también dentro del congelador.

–Eres la reina de tus dominios –dijo.

–¿Tú crees?

Él estaba apoyado en una de las mesas que utilizábamos para preparar la comida, cruzado de brazos. Sonrió.

–Sí.

Yo me incorporé.

–Y eso te excita, ¿eh?

Se echó a reír y bajó la cabeza, un poco ruborizado, de aquella

forma que a mí me gustaba tanto.

–Más o menos, sí.

Caminé hacia él.

–Es por el delantal, ¿no? ¿O el olor a chocolate que desprendo? Lo sé, lo sé. Es el calor de las cafeteras lo que te está volviendo loco.

Él se rio aún más y trató de agarrarme, pero yo me alejé y me giré para balancear las caderas. Después, le guiñé un ojo. Era tan guapo cuando se reía que, de repente, me dolió el corazón.

–Tesla, ¿qué te pasa? –me preguntó. Se acercó a mí rápidamente, con los brazos abiertos.

–Nada, nada.

Me puso la mano en la frente.

–No estás enferma tú también, ¿verdad?

–No.

–Estás un poco caliente –dijo.

Yo le acerqué la pelvis.

–Sí, supongo que tengo fiebre.

–¿Y cuál es la receta para que te mejores?

–Puede que sea estar contigo.

Entonces, él se puso serio.

–Ummm, ¿y qué podemos hacer al respecto?

Lo besé. Y él me besó. Fue un beso muy bonito, apasionado y dulce, y un poco torpe. Él fue quien primero se apartó y, al reírse junto a mi oreja, me hizo cosquillas. Yo le rodeé el cuello con los brazos y di un salto.

Charlie me agarró justo por debajo de las nalgas, para que yo pudiera rodearle con las piernas. Entonces, se dio la vuelta para poder sentarme en el borde de la mesa.

No lo habíamos planeado; simplemente, sucedió. Empezó como una tontería, pero se transformó en algo apasionado en segundos, cuando él volvió a besarme y noté su erección entre nosotros. Lo atraje hacia mí con los talones y le saqué la camisa de la cintura del pantalón para poder meter mis manos dentro.

Noté su piel cálida en las palmas de las manos, y su respiración en el estómago. Rápidamente, encontré con los dedos la hebilla de su

cinturón y, un instante después, el calor y la dureza de su miembro. Charlie emitió un gemido suave cuando lo acaricié. Nuestro beso se interrumpió.

–Dime que me deseas –le dije.

–Te deseo, Tesla –dijo él, a un lado de mi cuello.

Yo ladeé la cabeza para que él pudiera pasar sus labios por mi piel mientras le acariciaba.

–Di que quieres estar dentro de mí.

–Quiero estar dentro de ti.

–¿Cuánto lo deseas?

–Lo deseo tanto que no puedo expresarlo.

Eso fue suficiente para mí. Me subí la falda, y él bajó mis medias y mis bragas con ambas manos. Entonces, noté el roce de su miembro en la entrada de mi cuerpo. Estaba húmeda y preparada. Emití un gruñido cuando entró de golpe. La mesa tenía la altura perfecta.

Él escondió la cara en mi cuello mientras me llenaba. Apretó los dientes contra mi piel, y yo me arqueé para que pudiera entrar más profundamente en mí. Me mordió suavemente, y volví a gruñir.

Me mordió con más fuerza, y comenzó a embestirme con dureza. Yo puse una mano en su nuca y, con la otra, me agarré al borde de la mesa. Enganché su trasero con los talones para empujarlo hacia mí. Aquello no iba a durar mucho. No podía. Yo ya estaba al borde del orgasmo, y la respiración entrecortada de Charlie me dio a entender que él también.

Creo que los dos nos dimos cuenta al mismo tiempo de lo que estábamos haciendo, pero era demasiado tarde para parar. El hecho de que él estuviera dentro de mi cuerpo sin preservativo, con la piel desnuda, me excitó aún más. Charlie me miró con una expresión tensa que me resultaba muy familiar. Vi en su mirada que era consciente de lo que podía ocurrir, pero no pensaba dejar que saliera de mí.

–Bésame –le dije.

Y él me besó, con tanta fuerza que nuestros dientes entrechocaron. Su lengua luchó con la mía. Me embistió cada vez con

más fuerza, y puso la mano entre nuestros cuerpos para que sus nudillos me aplastaran el clítoris a cada acometida. Era justo la cantidad de presión que necesitaba, y tuve un orgasmo tan grande como los fuegos artificiales del Cuatro de Julio. Su nombre se perdió en mi garganta; me lo tragué con un jadeo.

Su clímax llegó un segundo más tarde, y fue silencioso. Su beso se suavizó, y también sus manos en mis caderas. Se movió dentro de mí un par de veces más y, después, me miró a los ojos.

Ninguno de los dos dijo nada.

A mí no me preocupaba quedarme embarazada, porque estaba tomando la píldora. Tampoco me preocupaban las enfermedades de transmisión sexual, porque sabía que Charlie estaba limpio; llevaba ocho años casado con Meredith y había dicho que no se había acostado con ninguna otra mujer. Yo lo creía. Meredith y él no utilizaban preservativos; de hecho, el único motivo por el que Charlie y yo sí los usábamos era que ella se había empeñado la primera vez, y nunca habíamos perdido la costumbre.

Él estaba saliendo de mi cuerpo, algo de lo que no nos preocupábamos en casa, en la cama. Sin embargo, en aquel momento, yo agarré un puñado de pañuelos de papel. Me di cuenta de lo dolorido que tenía el trasero cuando él se apartó, y salté del borde de la mesa. Charlie se subió el pantalón y se abrochó el cinturón mientras yo me limpiaba con las toallas.

Cuando los dos estuvimos vestidos, me miró con incertidumbre.

–Tesla...

Yo le di un abrazo.

–No te preocupes.

Él me estrechó contra su cuerpo, y noté su respiración en el pelo.

–¿Estás bien?

–No me voy a quedar embarazada, Charlie. No te preocupes – repetí.

Él frunció un poco los labios, con algo parecido a la tristeza en los ojos.

–Si te quedaras...

–No puede ocurrir –dije–. Las cosas ya son lo suficientemente

complicadas. No voy a ser irresponsable con ese tipo de cosas.

–Nadie quiere serlo nunca.

Lo besé hasta que conseguí que él me devolviera el beso.

–Deberíamos irnos a casa.

–Sí –dijo Charlie–. Le dije a Meredith que tenía que ir un momento al supermercado.

–¿Pero has venido aquí? –le pregunté, con sorpresa.

–He parado a verte de camino. Todavía tengo que ir a la compra. Necesitamos unas cuantas cosas –explicó él, e hizo otra pausa–. No pensaba que... No tenía intención de...

Yo lo acallé con un beso.

–No pasa nada.

Los dos sabíamos que, si ella se enteraba, sí iba a pasar algo. Sin embargo, ninguno de los dos lo mencionó, como si decirlo en voz alta fuera a convertirlo en algo tan malo como parecía. Odié esa sensación. Nosotros dos no estábamos engañando a nadie. Éramos dos en una relación de tres.

Decirle que iba a mantenerlo en secreto habría sido como reconocer que teníamos que mantenerlo en secreto. Así pues, lo besé, como siempre, para que todo quedara así.

–Vete. Yo tengo que terminar aquí. Nos vemos en casa.

Él me miró con alivio.

–Sí, de acuerdo. ¿Necesitas algo de la tienda?

–No, gracias –dije. No me apetecía sonreír, pero sonreí de todos modos.

Y, aunque quería besarlo antes de que se fuera, no lo hice.

Capítulo 31

En vez de volver a casa, fui a casa de Vic y Elaine. Solo quería pasar por allí, pero, al ver que solo estaba el coche de Elaine en el aparcamiento, paré. Me arriesgaría a que él volviera a casa y me encontrara allí.

No abrí con mi llave ni entré directamente; llamé al timbre. Elaine abrió una rendija con cara de nerviosismo y, al ver quién era, abrió de par en par y llamó a los niños mientras alargaba los brazos.

–¿Qué haces, llamando a la puerta? –gritó, mientras me abrazaba lo mejor que podía con su vientre entre las dos-. ¡Boba! ¡Niños, mirad quién ha venido!

Sufrí el ataque de un pequeño guerrero que se abrazó a mis rodillas exigiéndome que lo tomara en brazos.

–Max. Hola. ¿Qué hacéis despiertos tan tarde, pequeños?

–Duermen hasta más tarde si se quedan despiertos más tiempo por la noche –dijo Elaine-. Lo sé, lo sé, llámame «Madre del año», pero no puedo levantarme a las seis de la mañana, cuando todavía está oscuro.

Simone se quedó atrás, cruzada de brazos, con la boquita curvada hacia abajo y una mirada de recelo. Iba a tener que trabajar más duro para ganarme a aquella. Sin embargo, respetaba a la niña por ello. Supongo que no podía culparla por estar enfadada.

–Simmy. Ven a darme un abrazo.

Ella negó con la cabeza. Elaine suspiró y tiró de mi manga hacia dentro para cerrar la puerta. Max ya había empezado a parlotear con su media lengua, y yo asentía a todo, aunque no entendía casi nada.

–Íbamos a tomar chocolate caliente y palomitas. ¿Te apetece un poco? –Elaine ya me estaba llevando a la cocina. Los niños venían detrás-. Vamos, dejadle un poco de espacio a Tesla.

Simone no tuvo problemas para darme espacio. Se sentó en su sitio de la mesa con el ceño fruncido, y ni siquiera bebió el chocolate. Elaine puso los ojos en blanco, pero no dijo nada.

Lo entendí. Había hecho una promesa, y la había roto. No me sentía orgullosa de ello. Así que, cuando terminamos la merienda y Elaine se llevó a Max a la cama, yo seguí a Simone al baño para supervisar cómo se lavaba los dientes. Lo hizo más vigorosamente que de costumbre; se cepilló y se cepilló hasta que yo suspiré.

–Vamos, nena, es hora de acostarse.

Ella se inclinó y escupió la pasta en el lavabo, y me lanzó una mirada fulminante por el espejo.

–Tengo que quitarme la plaga.

–Ummm... Se dice «placa», y estoy segura de que ya te la has quitado. Vamos, te leo un libro, si quieres. *¿Ana de las Tejas Verdes?*

Ella se enjuagó la boca y puso su cepillo de dientes en el vaso.

–Ese ya lo hemos terminado. Me lo leyó papá.

–Bueno, ¿y qué estás leyendo ahora? ¿Puedo...?

–A papá no le gustaría –dijo Simone– que leamos el libro si él no está. Entonces, no sabrá lo que pasa.

No podía discutirsele, así que asentí.

–Está bien. Pero, de todos modos, tienes que acostarte.

Me siguió de mala gana a su habitación. Cuando entré, me di cuenta de que estaba recién pintada y de que habían recolocado los muebles.

–¡Tienes una colcha nueva!

–¡Y almohadones! –exclamó ella, y corrió a saltar sobre la cama antes de acordarse de que estaba enfadada conmigo. Se escondió bajo las mantas y volvió la cara hacia la pared.

Yo me senté al borde del colchón.

–Simmy. Habla conmigo.

A ella le temblaron los labios, y exhaló un largo suspiro. Yo sabía que no estaba fingiendo. Le acaricié el pelo hasta que ella se dio la vuelta y escondió la cara entre mis piernas. Sus pequeños hombros temblaron. A mí se me llenaron los ojos de lágrimas mientras le pasaba la mano por el pelo, una y otra vez.

–Lo siento, cariño –le dije–. Sé que estás enfadada conmigo, y no te culpo.

–¡Tú dijiste que no te ibas a ir!

–Lo sé, pero, algunas veces...

–Sí, sí –dijo Simone, llorando–. Cosas que pasan. Es una mierda.

Yo me mordí el labio para no echarme a reír, pese a que se me estaban cayendo las lágrimas por las mejillas. Me las enjuagué rápidamente, porque no quería que ella lo viera.

–No digas eso.

–Es lo que dijo papá –respondió ella, y se sentó, con los ojos y la nariz rojos y las mejillas húmedas–. Es lo que le dijo a mamá.

–Pero él no querría que tú lo dijeras también –respondí. Le tendí un pañuelo de papel, pero terminé secándole la cara yo misma.

–Papá dijo que no era por mi culpa ni por la de Max. Ni por el bebé nuevo.

–Claro que no, cariño. Siento que hayas pensado eso –le dije. La abracé con fuerza, y suspiré al pensar en cuánto daño le había hecho a alguien que me quería tanto–. Soy una idiota. Lo siento.

Simone también suspiró.

–Papá y mamá han discutido mucho.

–¿Porque yo me marché?

Ella asintió contra mí.

–Y por el trabajo nuevo de papá.

–¿Es que papá tiene un trabajo nuevo? –le pregunté–. ¿No en el garaje?

Ella se encogió de hombros. Era lógico que ella no lo supiera. Tendría que preguntarle a Elaine.

–¿Y por qué te has ido?

–Bueno... porque pensé que había llegado el momento. Va a nacer tu hermanito, y mamá, papá, Max y tú necesitáis más espacio en casa. Y yo siempre supe que iba a llegar el día en que tuviera que irme. No podía vivir en tu sótano para siempre.

–Eso es lo que dijo Cappy. Dijo que tenías que mudarte porque querías estar con otra gente. ¿Más que con papá y mamá y con Max y conmigo?

–Es diferente, cariño.

–Cosas de adultos –dijo ella con disgusto.

–Sí, cosas de adultos.

Simone me miró con severidad.

–Sé cómo se hacen los bebés, ¿sabes? Mamá me enseñó una película.

Yo tuve que contener la risa una vez más.

–¿Ah, sí?

–¿Vas a tener tú un bebé, Tesla?

–Um... No. Ahora no, por lo menos –dije, y volví a abrazarla–. Pero, cuando nazca el nuevo bebé, vendré y ayudaré a mamá, y os cuidaré como antes.

Simone se quedó callada unos segundos.

–Pero no será igual.

No, en absoluto.

–Las cosas no son siempre igual, nena.

–Ojalá lo fueran –dijo ella.

Y, en aquel momento, yo también lo hubiera preferido.

La acosté y le leí su cuento favorito, *El conejo de terciopelo*, y Simone se durmió en las primeras páginas. Le besé la frente y me quedé unos minutos escuchando su respiración tranquila. Me acordé de cuando era bebé, justo una hora después de nacer. De su peso, y de su calor. De cómo había abierto los ojos para mirarme cuando le acaricié la pelusilla rubia de la cabeza.

Aquello era amor. Adoraba a aquella niña, y adoraba a su hermano. Y sabía que también iba a adorar al nuevo bebé. Pero Simone tenía razón: no iba a ser lo mismo. Nada volvería a ser lo mismo.

Encontré a Elaine en su dormitorio, apoyada en el cabecero de la cama con un diario y un bolígrafo. Ella alzó la vista cuando llamé al marco de la puerta de la habitación, y me hizo un gesto para que entrara. Dejó el libro y el bolígrafo a un lado.

–Estoy intentando ponerme al día –dijo–. Crecen muy deprisa. Simone tiene muchas cosas en su libro de infancia, y no quiero que Max se sienta inferior. Y, en cuanto al número tres, creo que voy a

tener suerte si me acuerdo de anotar cuánto pesó al nacer.

–¿Puedo verlo?

–Claro –dijo, y me dio el libro.

Yo pasé las páginas. Había anotado la fecha de los primeros pasos, del primer diente. Tenía mechones de pelo de sus primeros cortes pegados al papel. También había fotografías de todos nosotros. Estudié una en la que yo tenía a Simone en brazos, y Elaine y Vic estaban cada uno a un lado de nosotras.

Estaba llorando otra vez. En esa ocasión, fue Elaine la que me acarició el pelo cuando me acurruqué a su lado en la cama. Ella no dijo nada, ni intentó acallarme. Me dio un pañuelo, pero no me secó la cara. Yo me encargué de hacerlo.

–¿Qué pasa? –me preguntó.

–Os echo mucho de menos –dije. Me incorporé, y me soné la nariz.

–No hay nada que te impida venir cuando quieras, y lo sabes.

A mí se me escapó una carcajada ahogada.

–Eh... sí.

–A Vic se le pasará, Tesla.

–Simone me ha dicho que tiene un trabajo nuevo.

Elaine apretó los labios.

–No hagas como si no lo supieras.

–Sí, lo siento. Creí que no debía levantar la libre. Le dije que hablara contigo. Pero él estaba... –me encogí de hombros–. Creo que pensaba que yo lo iba a entender mejor, porque ya lo sabía todo.

–Tiene miedo por los niños y por mí. Todo el tiempo. Y, ahora que va a nacer el tercero, está asustado todo el tiempo. Ve demasiadas cosas en las noticias. Ve demasiado. Intento decirle que nadie puede vivir así, con tanto miedo... Supongo que piensa que, si está en la calle haciendo algo para remediarlo, conseguirá que las cosas mejoren, y nos protegerá. No sé. He intentado convencerlo de que no puede protegernos si nunca está aquí, pero no lo entiende. Dice que tiene que hacer los turnos malos porque es nuevo, y que dentro de pocos meses todo volverá a la normalidad, y que el dinero extra nos vendrá muy bien. Yo prefiero tenerlo a él, Tesla. Tenemos

suficiente dinero. Nos va bien.

–No creo que tenga nada que ver con el dinero.

–Sí, ya lo sé.

–Pero, de todos modos, él tenía que haber hablado contigo primero –dije. Me soné la nariz y eché el pañuelo a la papelera.

–Bueno, pues si pasar dos semanas durmiendo en el sofá del garaje no le ha convencido de eso, supongo que no hay nada que pueda convencerlo.

Yo la miré atónita.

–¿Qué?

–Oh, sí –dijo Elaine–. Le mandé al taller. Le dije que tenía que ordenar sus prioridades, que si iba a ser parte de esta familia, tenía que empezar a comportarse como tal. Que tenía que decirme cuándo iba a estar aquí, y estar aquí a esa hora. No guardar secretos. Le dije que nuestro tercer hijo estaba a punto de nacer, y que yo estaba criando sola a los otros dos, y que suponía que podría hacerlo también con los tres.

–Vaya –dije yo. Me había quedado impresionada–. Bien hecho.

Ella se echó a reír, aunque sin muchas ganas.

–Mi madre sacó adelante a cuatro hijos ella sola, Tesla. No estoy diciendo que sea fácil, pero un hombre que no está en casa no le sirve de nada a una familia. Quiero a Vic, pero si piensa que las mentiras son la base de un matrimonio fuerte, necesita aprender un par de cosas.

–Y tú se las has enseñado. Bien –dije yo. Tenía los ojos hinchados y escocidos, pero me sentía mejor.

–¿Sabes? Puedes venir a vivir aquí otra vez, cuando tú quieras. Tu habitación está exactamente igual. Y, no te voy a mentir, me vendrían bien un par de manos más. Aunque ahora sé dónde está y lo que está haciendo, Vic pasa muchas horas fuera de casa.

–Gracias. Pero...

En aquella ocasión, la carcajada le salió del alma.

–Sí, lo entiendo. Una casa llena de niños no es tan apetecible como la que compartes con tus... ummm... como tú les llames.

–Mi novio y su mujer. Mi novia y su marido –dije yo, y me quedé

callada unos segundos-. Te parece raro, ¿verdad?

-Me parece poco convencional, cariño, pero creo que podía esperarse de ti.

Una cosa era que Meredith me hubiera llamado «salvaje», pero oírsele decir a Elaine era completamente distinto. Fruncí el ceño.

-¿Por qué dices eso?

Elaine se quedó pensativa.

-Bueno, cariño, tú eres... tú. Tesla. Siempre has tenido tu propia forma de pensar. Es lo que te hace especial.

-¿Y si no quiero ser especial?

-Todo el mundo es especial, quieran o no -dijo ella, y se encogió de hombros-. ¿Por qué no quieres ser especial? No me digas que quieres ser normal y corriente.

-No quiero ser anormal.

Ella se rio.

-No eres anormal, Tesla. Eres tú. Y, si hacen falta dos personas para hacerte feliz, bueno... supongo que tienes suerte por haberlas encontrado, ¿no?

-Diciéndolo así, parece que soy una glotona.

-Bueno, no puedes tener el pastel si te lo comes.

-Me gusta el pastel -dije, encogiéndome de hombros.

-¿Y a quién no? -dijo Elaine, con una sonrisa-. Pero acuérdate de que, si comes demasiado, te hace daño.

-Bueno, así que yo no soy convencional. Pero ellos, sí -dije, e hice una pausa-. Sobre todo, Charlie. Da clases en tercer curso de un colegio concertado. Ni siquiera tiene perfil de Connex, porque a una profesora la echaron de su colegio por una cosa que publicó en el suyo. Era algo privado y lo tenía en acceso restringido, pero de todos modos tuvo problemas.

-¿Y Meredith?

Tenía que ser sincera.

-Creo que ella sí quiere ser salvaje. No quiere ser convencional.

-Pero lo es.

-Pues... no. En realidad, no.

-Pero los dos te quieren. Te invitaron a vivir con ellos, y a formar

parte de su relación –dijo Elaine. Carraspeó. Parecía que estaba un poco incómoda–. Sé que, de pequeña, viste ese tipo de cosas todo el tiempo, pero supongo que te darás cuenta de que a la mayoría de la gente no se le pasaría nunca por la cabeza hacer algo así.

–Sí –dije, irónicamente–. Me doy cuenta.

Ella se puso una mano sobre la cara, riéndose.

–El que tú vivieras aquí con Vic y conmigo no tiene nada que ver, y lo sabes.

Yo vacilé.

–Pero tú sabes que Vic y yo...

Ella me miró a través de los dedos.

–Sí, lo sé, cariño. Eso sí me lo contó. Me contó la verdad sobre aquel verano.

Yo tiré de los hilos de la colcha.

–¿Y nunca te molestó? A mí nunca me dijiste nada, y dejaste que viviera aquí. ¿Nunca te sentiste...?

–¿Preocupada? ¿Celosa?

Asentí.

Elaine cabeceó.

–No, cariño. Lo que pasó entre vosotros... Bueno, no quiero herir tus sentimientos, pero no fue como lo que tenemos Vic y yo.

Me eché a reír.

–Nada de herir mis sentimientos. Cuando empezó a salir contigo, me puse tan contenta que ni te lo imaginas.

–Sí, me lo imagino. Él fue muy bueno contigo y con Cappy. Ese es uno de los motivos por los que me enamoré de él, lo generoso que había sido con vosotros. Y supe que entre vosotros dos había habido algo incluso antes de que él me lo dijera.

–¿Lo supiste? ¿Cómo?

–Bueno, las mujeres siempre sabemos esas cosas, ¿no?

–Pero... también sabes que yo nunca volvería a hacer nada de eso con Vic, ¿verdad? Yo nunca me interpondría entre vosotros.

–Cariño, si pensara que eso es posible, ¿crees que te habría dejado vivir en mi casa y estar con mis hijos?

–No, supongo que no –dije–. Pero eso tampoco es muy

convencional, que digamos.

–Sí, ya lo sé. Mi madre me dijo muchas cosas sobre el hecho de que permitiera que Cap y tú siguierais viviendo aquí cuando me mudé con Vic. Sobre todo, de ti. Pero yo le dije que no era asunto suyo, que era algo entre Vic y yo. Y, que si él pensaba que tenía que daros un hogar, que yo no iba a ser la bruja mala que os echara a la calle. Además, ver lo mucho que se preocupaba por vosotros dos me demostró la clase de hombre que es: leal y protector. Es lo que adoro de él, aunque también le convierta en un pesado.

–Sí, es lo que le vuelve loco –dije yo–. Piensa demasiado en las cosas malas que suceden en el mundo.

–Y cree que puede protegernos de todo. Lo sé –dijo ella–. No me gusta nada que esté por ahí, investigando casos de drogas y tratando con ese tipo de gente, pero supongo que, si es lo que tiene que hacer, yo debo apoyarlo.

–¿Aunque te vuelva loca también a ti? ¿Es que no te preocupa mucho?

–Claro que sí. Pero tengo que aferrarme a la esperanza de que todo salga bien. No se me ocurre ninguna alternativa.

Suspiré.

Ella me acarició el pelo de nuevo.

–Puedes volver cuando quieras, ¿sabes? Te queremos, Tesla. Los niños te echan de menos, y yo, también.

No dije nada.

–Vic también.

Me encogí de hombros, y dije:

–Era hora de que me fuera a vivir sola, ¿sabes?

Me apretó el hombro.

–Pero no lo hiciste, cariño. ¿Verdad?

Sabía que tenía razón. Yo había cambiado un lugar seguro por otro lugar en el que ya no me sentía segura. Y eso solo servía para recordarme lo mucho que deseaba yo que las cosas salieran bien con Meredith y con Charlie, y lo segura que estaba de que no iba a ser así.

Capítulo 32

Charlie y yo estábamos jugando al ajedrez mientras Meredith pasaba las páginas de una revista en el sofá. Me estaba dando una buena tunda, porque yo solo recordaba los movimientos de las piezas, pero nada de la estrategia del juego. Él intentó ayudarme, pero yo pasé más tiempo riéndome de mis malas jugadas que aprendiendo algo. Por lo menos, la partida fue corta.

–Podríamos jugar al Uno, o algo así –le dije a Meredith–. ¿Al Monopoli?

–¿De verdad? –me preguntó ella, con tanto desdén, que yo me arrepentí de haber dicho algo.

–Solo pensaba que... Bueno, no importa –dije, y me giré hacia Charlie–. ¿Y tú?

–Yo tengo que corregir exámenes –me dijo, y puso cara de consternación–. Sería mucho más fácil con unas palomitas.

Me levanté mientras él recogía las piezas del ajedrez y las guardaba en la caja. Le di un beso en la cabeza.

–¿Qué te parece un chocolate caliente?

–¿Del tuyo? –me preguntó, esperanzadamente.

–Como si te fuera a dar de bote –dije, y le pegué un pellizco en la mejilla.

Meredith se reunió conmigo en la cocina. Se había recogido el pelo con una cola de caballo muy alta, que acentuaba la forma de sus pómulos, la claridad de su piel, la suavidad y la largura de sus tirabuzones. En contraste con sus estilosos pantalones de yoga y camiseta a juego, yo llevaba unos pantalones vaqueros viejos de Charlie, atados con un cinturón, y una de sus camisetas de cuadros sobre una camiseta de tirantes. Me había lavado el pelo, pero no me lo había arreglado, y ya tenía las raíces oscuras. El flequillo se me caía

sobre un ojo mientras mezclaba la leche, el cacao y el azúcar.

–¿Te apetece chocolate? –le pregunté.

Ella cabeceó, y se apoyó en la encimera para verme trabajar.

–Es sábado por la noche.

–Sí, ya lo sé. Y no tengo que trabajar mañana. ¡Es estupendo!

–Y estamos aquí, haciendo palomitas y chocolate, y hablando sobre juegos de mesa.

A mí me encantaba la cocina de gas de aquella casa, porque podía ajustar el fuego con precisión. Me incliné para mirar la llama, y la vi cuando me incorporaba.

–Sí, es estupendo. Muy relajante.

Yo necesitaba una noche como aquella, sin hacer nada. No había tenido un domingo libre desde hacía mucho tiempo. Aquel sábado había hecho el primer turno, y había ido directamente a casa, deseando descansar.

Meredith no dijo nada. Solo miró cómo removía la leche con unas varillas mientras iba calentándose. Quería asegurarme de que no se quemara. Aquello me recordó algo.

–¿Sabes? Estaba pensando en comprarle a Charlie un espumador de leche. ¿Qué te parece?

–¿Y para qué iba a querer Charlie un espumador de leche?

–Para el chocolate y el café. Le gustan los cafés con leche...

–Charlie toma el café solo.

–Algunas veces, sí. Pero también le gusta con leche.

–¿Desde cuándo?

Me encogí de hombros.

–No lo sé. ¿Desde que empecé a hacérselos? Pero sería más fácil si tuviera un espumador de leche. Más rápido. Podría hacérselos por la mañana.

–¿Ha dicho que quiere un espumador de leche?

Yo terminé de remover la leche burbujeante y bajé el fuego.

–No, pero creo que le gustaría tener uno. Además, tú también podrías usarlo.

–A mí no me interesa hacerme cafés con espuma de leche.

Yo la miré.

–Bueno, no todo el mundo tiene la ventaja de poder ir a una cafetería y que les preparen así el café, ¿sabes?

Aunque, en realidad, ella no había ido mucho por el Mocha últimamente.

–A Charlie casi no le gusta el café.

Yo apagué el fuego y quité el cazo del quemador. Me volví hacia ella.

–Bueno, ¿y qué le vas a regalar tú?

–Todavía no lo he decidido –dijo, y se encogió de hombros como si no tuviera importancia, aunque solo faltaban dos semanas para la Navidad.

Sonreí.

–¿Y a mí?

Meredith suspiró. Se encogió de hombros.

–¿Qué quieres?

–Eh, ¿qué te pasa? –intenté abrazarla, pero ella se apartó–. ¿Estás enfadada por algo?

–Estoy enfadada porque es sábado por la noche, y estamos sentados en casa como si fuéramos... ¡Un matrimonio viejo!

–Somos un matrimonio viejo –dijo Charlie, desde la puerta–. ¿Cómo va el chocolate?

–Ya está. Todavía no he hecho las palomitas –dije. Miré a Meredith–. ¿Quieres salir?

Ella nos miró a los dos.

–Hace mucho tiempo que no salimos juntos.

Ella había celebrado tres reuniones de ventas en diferentes casas la semana anterior, y yo había tenido el último turno varias noches, también. Sabía que Charlie y ella habían ido a una fiesta del colegio, algo a lo que yo no había asistido, por supuesto, y Meredith y yo habíamos ido juntas al supermercado. Pero ella tenía razón: hacía tiempo que no salíamos a divertirnos los tres juntos.

–Pensé que podíamos pasar una noche tranquila en casa –dijo Charlie.

–Sí, ¿qué tiene de malo eso? También hace mucho tiempo que no nos quedamos los tres en casa –dije yo.

Ella suspiró.

–Bueno. Lo que vosotros digáis.

Pasó por delante de Charlie para salir de la cocina, pero él la agarró por los brazos.

–Meredith, espera. Si quieres salir... podemos salir. ¿Verdad, Tesla? ¿Qué quieres hacer, cariño? Ya hemos cenado. Podemos ir al cine.

–No importa –dijo ella, sin mirarnos a ninguno de los dos–. Vosotros podéis ver una película de terror aquí. Yo me voy arriba, a darme un baño caliente y a leer.

–Podríamos ir contigo –dijo Charlie, pero se quedó callado al ver que yo negaba con la cabeza.

Meredith ni siquiera respondió. Salió de la cocina. Charlie y yo nos quedamos mirándonos. Él estaba confundido.

–Todo el mundo necesita estar a solas de vez en cuando –dije–. Y ella está de muy mal humor. Deberías saberlo ya.

–Solo quería...

–Charlie...

Él se quedó callado. Me acerqué y le di un beso en los labios.

–No puedes cambiarla. Está enfadada por sus cosas, y cualquier cosa que digas o hagas ahora no va a servir para nada más que enfadarla más.

Él asintió.

–Pero, ¿no deberíamos salir? Ella quería.

–Como dice Mick Jagger, no siempre se puede conseguir lo que se quiere. Pero, algunas veces, consigues lo que necesitas.

Charlie miró hacia arriba, al oír el sonido de los pasos de Meredith en el piso superior.

–Ojalá yo supiera lo que necesita.

–A mí también me gustaría, cariño –dije, con un suspiro, y volví a besarlo–. A mí también me gustaría.

Capítulo 33

La Navidad siempre ha sido mi época favorita del año.

Nosotros pusimos el árbol, por supuesto. Era de plástico y llevaba las luces incorporadas. A mí no me gustaba mucho cómo era: tenía todas las ramas perfectas, y no olía. Era bonito, pero artificial, no como debía ser un árbol de Navidad. Sin embargo, no dije nada, porque era evidente que Meredith lo prefería así. En casa de Vic siempre poníamos un árbol de verdad; íbamos a comprarlo todos juntos, Cap incluido, y recorríamos todo el vivero en busca del mejor abeto. Hacíamos guirnaldas de palomitas para decorarlo, aunque nos comíamos muchas más de las que terminaban en el árbol. También teníamos adornos normales. Todos los años, Elaine nos compraba a todos un adorno especial. Los echaba de menos. Los echaba de menos a todos.

Aquel árbol perfecto, en aquella casa perfecta, con Meredith y Charlie, la pareja perfecta... Solo había algo defectuoso en aquel cuadro, y era yo.

A diferencia de la reciente actitud arisca de Meredith, había pasado los últimos días de un humor risueño y encantador. Era la Meredith que yo había conocido al principio, sexy y espontánea, y debería haber sido mejor, porque ahora, en vez de tener un enamoramiento por ella, tenía una verdadera relación con ella. No tenía un solo amante guapo y atento, sino dos.

Entonces, ¿por qué me sentía tan sola?

En parte, se debía a las horas extra que había hecho en el Mocha. Como estábamos organizando un viaje a Vermont para esquiar durante las vacaciones escolares de Charlie, quería hacer todas las horas posibles en el trabajo. Eso significaba que pasaba días y noches fuera de casa y ellos, como antes de invitarme a vivir con los dos,

pasaban las noches solos, acostándose muchas veces juntos antes de que yo volviera de trabajar.

–¿Dónde está tu novia? –me preguntó Carlos–. Hace mucho que no la veo por aquí.

–Ah... –me encogí de hombros–. Dice que es una tontería pagar el café cuando tiene a la chica de la cafetería en casa.

–Tal vez ya nos ha oído contar todas las historias que quería –dijo él–. Nos ha dejado secos y se ha ido.

Yo me eché a reír, aunque entendía lo que estaba diciendo.

–¿Eh?

Carlos frunció los labios.

–Nuestras historias. Ya sabes, siempre entraba y conseguía que le contáramos historias de nuestra vida. Puede que, cuando ya no nos quedó ninguna, se cansara de nosotros.

La cafetería olía a canela, a especias, a jengibre. Olores de Navidad que, de repente, me revolviéron el estómago.

–Lo que pasa es que ha estado muy ocupada.

Carlos abrió la boca. La cerró. Se encogió de hombros y volvió a centrarse en su ordenador. No tuve tiempo de preguntarle qué quería decir, porque Sadie entró por la puerta, y yo me apresuré a sacar una silla para que se sentara. Parecía que iba a estallar.

–¿Qué demonios...? –exclamé, pero suavemente, al ver su cara de tensión–. Sadie, ¿no deberías estar en casa?

–Es que me estoy volviendo loca allí encerrada –admitió–. Me he pasado una semana de la fecha. La comadrona dice que todavía no me pueden provocar el parto, y me ha animado a que sea activa. Ha dicho que me vienen bien los paseos cortos –explicó, y sonrió levemente–. He tardado cuarenta y cinco minutos en llegar aquí. Solo necesito un chocolate caliente y algo dulce, sentarme en mi rincón y leer mi libro, y rezar para que mi hijo nazca pronto.

Yo me eché a reír.

–Espero que no rompas aguas hasta que llegues a casa. ¿Tienes comadrona, entonces?

–Sí, pero no voy a dar a luz en casa. Me da miedo.

–Mi amiga Elaine dio a luz en casa a sus dos hijos, y va a tener el

tercero de la misma forma. No es tan malo –le dije–. Aunque tengo que admitir que no es para mí. Cuando tenga hijos, quiero que me pongan la epidural en cuanto me ponga de parto.

Sadie se echó a reír suavemente.

–Eso suena muy bien. Joe dice que no entiende por qué quiero sufrir el mayor dolor de mi vida. Yo no puedo explicárselo. Supongo que es por orgullo femenino, o algo así.

Las dos nos echamos a reír.

–Bueno, voy a buscar tu chocolate. Y ¿qué te parece una buena rebanada de bizcocho de jengibre con nata montada? Es de esta mañana.

–Sí, sí, y sí. Gracias –dijo Sadie. Se quitó la bufanda y el abrigo, y se sentó en la silla con un suspiro–. ¡Hola, Carlos!

Les dejé saludándose, y volví a la barra. Brandy estaba trabajando aquel día conmigo y, en cuanto me acerqué, me preguntó:

–¿Esa es Sadie?

Yo pasé a su lado para preparar el chocolate de Sadie.

–Sí.

–¿Es la mujer de Joe?

Yo la miré con impaciencia.

–Sí, es Sadie. ¿Por qué?

–No, por nada. Solo me preguntaba cómo era, nada más.

Antes de que pudiera contestarla, sonó el teléfono, así que dejé el chocolate un momento para atender la llamada.

–Morningstar Mocha, dígame.

–Tesla, soy yo –dijo Joy. Parecía muy cansada.

Miré el reloj. Ella debía ir a sustituirme a las dos. Yo iba a salir una hora antes para hacer unas compras de último momento.

–Hola.

–No puedo ir hoy. Vas a tener que quedarte.

–¿Qué? No, no puedo. Te dije que hoy necesitaba salir un poco antes.

–No puedo ir –repitió Joy–. Y necesitamos que haya una encargada en la cafetería. No podemos dejar solas a Brandy ni a Moira.

Miré a Brandy que, maravilla de las maravillas, había terminado el chocolate y había cortado una ración de bizcocho de jengibre, y se lo estaba sirviendo a Sadie.

–Por Dios, Joy, ¿me lo estás diciendo de verdad? No puedes... Necesito...

Me interrumpí, suspirando.

–¿Y si llamo a Darek para que venga?

–¿Cómo? ¡No! ¡Él ya no trabaja allí!

Como lo tenía de contacto en Connex, sabía que Darek tenía dos trabajos. Uno, en un deli en la otra punta de la ciudad, que cerraba a la una de la tarde, y el otro, de encargado en un bar, por las noches. Seguramente, le vendrían bien unos ingresos extra en vacaciones y, aunque nunca había estado de encargado en el Mocha, sabía lo que hacía.

–Pero él puede hacer el trabajo, Joy. Y, si tú no vas a venir, alguien tiene que hacerlo, porque yo me marché de aquí a las dos. Te lo dije.

Hubo un silencio. Yo me había puesto de espaldas al resto del local y estaba hablando en voz baja, pero, en aquel momento, me giré para asegurarme de que nadie estuviera esperando en la barra. No había nadie, pero Brandy todavía estaba hablando con Sadie. Su cuerpo me bloqueaba la vista.

–Está bien –dijo Joy, con la voz tirante–. Está bien. Como quieras. Llama a Darek si es necesario. Pero esto no se me va a olvidar.

–A mí tampoco se me va a olvidar que has llamado en el último segundo después de que yo te dijera, hace días y específicamente, que hoy necesitaba salir una hora antes.

Hubo otro silencio. Brandy estaba gesticulando con las manos, y yo oía su voz, aunque no entendía lo que estaba diciendo. Joy respiró profundamente.

–Ahora tengo que colgar –dijo–. Estoy trabajando.

–Tesla...

–¿Qué?

–Nada. Llama a Darek, no pasa nada. Y yo iré mañana.

–De acuerdo.

Colgué sin decir una palabra más, justo cuando Brandy rodeaba

la barra para entrar y sonaba la campanilla de la puerta de la entrada.

Brandy tenía una expresión petulante. Cuando miré hacia la mesa de Sadie, vi que ella ya no estaba allí, y que el chocolate humeante y el bizcocho estaban intactos. Miré de nuevo a Brandy.

–¿Qué has hecho?

Ella se sorprendió.

–¿Qué?

Señalé hacia la puerta.

–¿Qué le has dicho a Sadie?

Brandy puso tal cara de inocencia, que tuve ganas de abofetearla.

–No le he dicho nada. Bueno, le he preguntado por su marido, eso es todo.

Yo miré a través del escaparate de la cafetería y capté el movimiento del abrigo rojo de Sadie.

–Eso es todo, ¿no?

–Eh, me preguntó de qué le conocía –dijo Brandy, defensivamente–. ¿Se suponía que tenía que mentir?

Yo sentí un ataque de ira.

–Vamos, a ver si lo entiendo; ¿le has dicho a la mujer de Joe, que está a punto de dar a luz, que te acostabas con su marido?

Brandy se quedó boquiabierta, y el sentimiento de culpabilidad se reflejó en su rostro.

–Yo no quería... es decir, no le he dicho que...

–Oh, pero qué zorra eres.

Brandy dio un par de pasos atrás.

–¡Eh!

–Tú –dije, mientras me quitaba el delantal y lo dejaba sobre la barra–, eres una basura, ¿lo sabías? ¿Por qué has hecho eso? No, no me digas nada. Sé por qué. Porque ella tiene un marido guapo que la quiere y van a tener un hijo, y tú, Brandy, no tienes nada.

–¡No puedes hablarme así! –gritó ella.

–Pues acabo de hacerlo.

La aparté y tomé mi abrigo del perchero. Al pasar junto a Carlos, él me hizo una señal con ambos pulgares hacia arriba, pero yo no me molesté en responder. Salí corriendo de la cafetería y alcancé a Sadie

en la acera.

–Eh, eh, ve más despacio –le dije.

La tomé del brazo y vi que tenía los ojos enrojecidos, aunque no estaba llorando. Se había quedado pálida.

–No es que no lo supiera –dijo, de repente–. Lo sabía todo de antes. Pero no creía que nunca fuera a conocer a alguna de ellas.

Yo no sabía de qué estaba hablando, pero asentí de todos modos. La acera estaba helada, y la agarré con firmeza del brazo para que no se resbalara. Ella no protestó.

–Voy a acompañarte a casa –le dije. Yo llevaba unas botas con suela antideslizante.

–Gracias –respondió ella–. Oh... Tesla, lo siento. ¡Ni siquiera he pagado mi consumición!

–No te preocupes por eso.

Ella tomó aire.

–Me siento tan tonta... No quería ponerme a llorar delante de ella ni nada por el estilo, y ahora siempre estoy llorando por todo.

–Es lógico. Estás embarazada, así que eso está permitido. Además, ella es una bruja por habértelo dicho. Además, ¿qué es lo que te ha dicho? Seguro que ha exagerado mucho.

–Sí, eso ya lo sé. Hablaba como si Joe y ella hubieran estado comprometidos –dijo Sadie, y se echó a reír–. Y yo sé que eso no es cierto. Pero, de todos modos, cuando pesas más que tu marido y parece que te has tragado una ballena, y una chica guapa y joven...

Yo solté un resoplido.

–Vamos, si parece que alguien le ha dado un golpe en la cara con una pala.

Ella se echó a reír.

–Oh, eso no está bien.

–Pero es cierto. Cualquiera que moleste a una embarazada es fea –dije yo, y la ayudé a rodear una placa de hielo–. Por cierto, ¿adónde vamos?

–Solo falta una manzana. No tienes por qué acompañarme todo el camino, Tesla.

–Claro que sí. Vaya una amiga sería si dejara que te resbalases

antes de llegar a casa –respondí.

Cuando llegamos a su casa, ella intentó convencerme para que entrara, pero yo no acepté la invitación. Si Joy se enteraba de que había dejado sola a Brandy en la cafetería, me cortarían el cuello. Dejé a Sadie entrando por la puerta. Le dije:

–No quiero volver a verte por el Mocha hasta que vengas con tu precioso niño y tu guapísimo marido, y no permitas que te moleste nada de lo que te diga esa imbécil. ¿Entendido?

–Gracias –dijo Sadie–. Antes de casarme, ya sabía que él tenía un pasado.

–Pero eso es bueno, ¿no?

–No sé si es bueno o malo, pero es así. Gracias por haberme acompañado a casa, Tesla. Te lo agradezco mucho. Y, si alguna vez necesitas hablar con alguien...

Fruncí el ceño.

–¿Sobre qué?

–Sobre cualquier cosa. Yo he reducido las horas de consulta, claro, pero eso no significa que no esté disponible para escuchar.

–Pero... ¿parece que necesito hablar con alguien?

Sadie sonrió.

–Todo el mundo lo necesita a veces, Tesla. Solo quiero que sepas que estoy aquí.

–De acuerdo. Gracias. ¿Estás bien ahora?

–Muy bien. Muchas gracias de nuevo.

Esperé hasta que cerró la puerta y volví rápidamente a la cafetería. Por el camino, llamé a Darek y le convencí para que viniera a sustituirme.

Cuando llegué al Mocha, el local estaba vacío. Brandy me miró con el ceño fruncido en cuanto entré, y vino a mi encuentro antes de que yo alcanzara la barra.

–Tenías razón –me dijo–. Lo que he hecho ha sido una mierda.

Sus disculpas eran inesperadas y poco elegantes. Además, no debería pedírmelas a mí.

–Pues sí. Sadie es una cliente habitual, Brandy. Y está embarazada.

–Lo sé, lo sé –dijo, cabeceando. Por una vez, no estaba mascando chicle–. He sido una idiota. Es que me sentí como... No sé. ¿Sabes lo mal que te sientes cuando te das cuenta de que no le causaste ninguna impresión a alguien que sí fue muy importante para ti?

–Sí.

–Él ni siquiera se acordaba de mí. Estuvo yendo a la otra cafetería varias veces por semana, durante meses, y yo le atendí siempre. Salimos juntos, fuimos a cenar, y fue increíble. Y el sexo fue...

Suspiró con una expresión soñadora y, después, se fijó en mí de nuevo.

–Joe hizo que me sintiera guapa, Tesla. Pero, entonces... No sé, fui un poco agresiva, o algo así, lo que sea. Y, el otro día, él ni siquiera me reconoció. He adelgazado mucho, es cierto, pero, de todos modos...

Al oír sus explicaciones, tuve que concederle algo de mérito por admitir que se había comportado muy mal, pero no todo el mérito.

–Lo que has hecho ha sido estúpido y malicioso.

–Ya lo sé, y cuando ella vuelva a la cafetería, voy a decirle que lo siento. De verdad. No me odies, Tesla.

–Yo no te odio.

–Pero te caigo muy mal.

–Casi no te conozco, eso es todo –dije yo. No quería ser mala, aunque ella tenía razón.

Brandy se encogió de hombros.

–Bueno, pero ahora trabajo aquí, y me gustaría que nos lleváramos bien.

–¿Es que yo te he hecho sentir como si no nos lleváramos bien?

–No, pero no te caigo bien. Me doy cuenta.

–Pues siento hacerte sentir de esa manera. Mira, le he pedido a Darek que venga para sustituirme después, cuando me marche.

–¿Es el chico al que despidieron?

–Se marchó él, pero, sí, es ese.

Brandy frunció el ceño.

–Yo puedo hacerme cargo de la cafetería hasta que llegue Moira.

–Joy no quiere que Moira y tú estéis solas aquí. Darek es

estupendo. Te va a caer muy bien, te lo prometo –dije, y miré el reloj–. Demonios, qué vacío está esto.

–Supongo que todo el mundo se ha marchado a hacer sus compras.

–Justo lo que tengo que hacer yo. Me queda media hora hasta que llegue Darek, y voy a trabajar a la trastienda. ¿Te las arreglarás aquí sola?

–¿Me estás preguntando si me las voy a arreglar con la ausencia total de clientes? Creo que sí.

Pasaron cuarenta minutos, durante los cuales preparé sándwiches y otras cosas para el día siguiente. Me sentía molesta por el retraso de Darek, y salí a la barra; la cafetería estaba abarrotada de clientela otra vez, y Darek estaba echándose miraditas con Brandy, uno a cada lado de la vitrina de las tartas.

–Hola –dije.

Él me miró.

–Eh, hola. He conseguido venir. Brandy me estaba enseñando las novedades.

La única novedad era ella, pero no lo comenté. Me di cuenta de que lo suyo había sido amor a primera vista, y los dejé lanzándose miradas abrasadoras entre la bollería refrigerada.

Tenía que recoger una larga lista de cosas que debía mandar por correo; sobre todo, comidas extrañas típicas de Pennsylvania que mi madre echaba de menos en California. También hice la compra para Cap, dinero bien gastado, en mi opinión, porque mi hermano comía como un rinoceronte. Compré los regalos de Simone y Max, y un peluche muy mono para el bebé nuevo.

Entonces, cuando salía de una tienda llena de gente y me dirigía a mi casa, al pasar por un escaparate en el que yo no me fijaba nunca, mi mundo se paró en seco.

Había oído hablar de la cafetería Green Bean, por supuesto. Estaba en el otro extremo del Morningstar Mocha, así que no era exactamente competencia nuestra, pero, seguramente, era uno de los establecimientos más conocidos de la zona. Y allí, en el ventanal delantero, tecleando en su ordenador, estaba Meredith.

Me detuve en el aparcamiento, entre dos coches, con las manos cargadas de bolsas. Ella estaba sentada sola en una mesa, pero tan cerca de los otros clientes como para poder participar en sus conversaciones. En un momento dado, alzó la vista y se echó a reír.

Se apartó el pelo de los hombros y se inclinó hacia delante para hablar con el hombre que estaba a su lado. Él hizo un gesto exagerado, y ambos se echaron a reír otra vez.

Me sentí horriblemente mal. Ella me había dicho que estaba trabajando desde casa, porque, en pleno invierno, no quería salir tanto a la calle. Que tenía a la chica de la cafetería en casa, y que no necesitaba salir más para estar con ella. Meredith me había dicho muchas cosas, pero parecía que algunas de ellas eran mentiras.

Capítulo 34

No le dije que la había visto.

Habría parecido una tonta si la hubiera acusado de engañarme con otra cafetería. Además, tal vez hubiera sido una casualidad; tal vez Meredith estuviera de compras, como yo, y se hubiera sentado en aquella mesa a tomar algo caliente.

Ella no se dio cuenta de que yo estaba muy callada, pero Charlie sí. No me preguntó por qué; solo me abrazó y me dio un beso en la sien, y me apartó el pelo de la frente. Su muestra de afecto me consoló. Me incliné hacia él e inhalé su olor a jabón y a agua. Me empapé de su calor.

–Me parece que vamos a tener que cancelar el viaje de esquí –dijo Meredith, durante la cena.

Pasta, ensalada y pan de ajo. Era la primera comida que compartíamos aquella semana, pero, para mí, tenía un sabor amargo.

–¿Qué? –preguntó Charlie–. Creía que ya tenías algo reservado.

–Sí –dijo Meredith–, ya me imagino que lo creías. Pues, para tu información, es imposible encontrar algo para los tres. Las ofertas son para dos y para cuatro; no hay nada para tres. Tendríamos que reservar dos habitaciones, y cuesta el doble.

Yo no respondí, y ella volvió a mirar a Charlie. Él estaba enrollando los espaguetis en su tenedor, pero no comía. Al principio, no dijo nada. Después, me miró a mí.

–¿Y una habitación con dos camas? –sugirió.

Meredith frunció el ceño.

–No voy a pagar todo ese dinero para que durmamos los tres apretujados en una cama doble.

–Puedes dormir en una –dijo él–. Yo compartiré la otra con Tesla.

Me encogí.

–No, id vosotros. Yo me quedo.

Charlie se volvió hacia mí.

–Pero... si ya has pedido las vacaciones, ¿no?

–No pasa nada. Id vosotros dos.

Yo no quería que se fueran solos. No quería quedarme apartada. Estaba deseando hacer aquel viaje a la nieve. Bañeras con jacuzzi, una habitación con chimenea; toda la magia.

Charlie tomó un poco de vino.

–Supongo que...

–No –dijo ella, negando con la cabeza–. Ya no puedo encontrar nada. Es demasiado tarde.

Charlie dejó el tenedor en el plato.

–Pensaba que te estabas ocupando de esto, Meredith.

Yo quería irme. No quería estar allí durante la confrontación. Sin embargo, lo único que pude hacer fue mirar al plato y fingir que estaba disfrutando de una cena que me sabía como la arena.

–Ya te he dicho que lo he intentado, pero es imposible.

–Podías haberme dicho que tenías problemas. Te habría ayudado a buscar algo online.

–Por Dios, Charlie, no soy una inútil. He buscado bien, pero Vermont está muy solicitado en Navidad. La gente hace las reservas con mucha antelación. ¿Qué quieres, que haga un milagro? No hay nada a un precio razonable para tres. Así son las cosas.

–Vosotros no necesitáis que vaya yo –dije.

Meredith me miró; su sonrisa se apagó un poco, y hubo algo oscuro en su mirada.

–No, supongo que no.

–Claro que sí –dijo Charlie–. Creía que querías ir, Tesla.

–No, no. A mí no me importa –dije, encogiéndome de hombros–. Id vosotros dos, si encontráis una reserva buena. Deberíais.

Charlie no parecía muy contento, pero no dijo nada más al respecto. Después, cuando yo estaba lavando los platos, Meredith se acercó a mí, me abrazó por la espalda y apoyó la barbilla en mi hombro.

–Ummm –murmuró–. Qué bien hueles.

–¿Has tenido un buen día? –le pregunté, sin darme la vuelta. Tenía las manos llenas de espuma.

–Ah, sí. He puesto al día la facturación y he fijado más reuniones de venta. Por cierto, ¿qué te parecería que empezara a vender artículos de otra marca?

Yo fregué la sartén que ella había utilizado para hacer la salsa de tomate.

–¿Qué artículos?

–Bueno, hay una empresa nueva que vende artículos y juguetes para adultos, y estaba pensando en intentarlo. Se llama Under Where –dijo, y empezó a mover las manos, lentamente, por mi vientre.

–Ya vendes artículos de Kitchen Classics, Wix Alight y Jangle Bangles. ¿Vas a tener tiempo para todo?

Ella dejó de mover las manos.

–No te gusta la idea.

–¿Qué ha dicho Charlie?

–No se lo he preguntado. ¿Por qué iba a importarle a él?

Terminé de aclarar la sartén y me giré hacia ella.

–Por la misma razón por la que le importa todo. En primer lugar, es tu marido. En segundo lugar, necesitarás dinero para invertir en los productos al principio, ¿no? Y, en tercer lugar... ¿Juguetes para adultos? Meredith, esas cosas son... Bueno, ya sabes lo estricto que es con respecto al colegio.

Ella frunció el ceño y se apartó de mí.

–Tengo dinero más que suficiente para invertir. Tengo reuniones de venta todos los días de esta semana y de la siguiente, y dos el fin de semana, además de los pedidos que me llegan a la página web. Y estoy cansada de preocuparme de lo que van a pensar en el colegio de Charlie. Por Dios, Tesla, vive con dos mujeres. ¿Crees que tiene tanta importancia que alguien se entere de que su mujer vende consoladores?

–No lo sé. Hazlo, entonces –dije yo–. ¿Por qué iba a importarme a mí?

Ella frunció el ceño al oír mi respuesta.

–Vaya, ¿por qué te molesta tanto?

Me encogí de hombros.

Ella entrecerró los ojos.

–¿Qué te pasa? En serio, Tesla, vengo a contarte algo con lo que estoy muy emocionada, y tú reaccionas como si le estuviera dando una patada a un perrito. ¿Es por lo del viaje?

Yo abrí la boca para pedirle explicaciones por lo de la cafetería, pero ella me acalló con un beso. Fue un beso largo y minucioso que hizo que me olvidara de mi disgusto. Me acarició la lengua, y deslizó la mano por debajo de mi falda.

–Lo siento, nena –dijo, contra mis labios–. He hecho todo lo que podía, de verdad. Pero el verano que viene, podemos hacer un viaje los tres juntos, a un lugar sexy. Te lo prometo.

Era muy difícil resistirse a ella y, en realidad, yo no quería hacerlo. Me mordió el cuello y metió los dedos dentro de mis bragas.

–Vamos a buscar a Charlie –dijo–. Creo que tiene que participar en esto.

¿Iba yo a seguir discutiendo? No.

Sin embargo, después, cuando los dos se quedaron dormidos, yo me fui a mi cama, y seguí despierta durante un largo rato.

Capítulo 35

Aquella iba a ser la primera Navidad, desde que habían nacido Simone y Max, que yo no estaba presente cuando se despertaran para ver lo que les había dejado Santa Claus a los pies del árbol. Elaine me había dicho que pasara la noche allí, en mi antigua habitación, pero como las cosas todavía estaban tensas entre Vic y yo, no quería hacerlo. Lo que se había roto entre nosotros iba a tardar más en arreglarse. No me gustaba, pero no estaba segura de que pudiera cambiarlo todavía.

Para mi sorpresa, Cap iba a pasar la Navidad con Missy.

–Pero ¿y Lynds? –le pregunté, mientras le pasaba la llave inglesa que me había señalado.

Se encogió de hombros y se inclinó sobre el motor que estaba arreglando. Como Vic había empezado a trabajar de detective nuevamente, Cap pasaba mucho más tiempo en el taller. Yo no quería pensar que estaba con otra mujer que no era Lyndsay; siempre había creído que terminaría con ella, si los dos eran capaces de reconocer lo que sentían.

–¿Qué pasa con Lynds?

–Has pasado la mañana de Navidad de los dos últimos años con ella.

–Este año no –dijo Cap–. ¿Y tú?

–Yo voy a ir a casa de Vic y de Elaine. Ella quiere que vaya. ¿Vas a venir tú?

–Vic también quiere que vayas, ¿sabes?

Me encogí de hombros. Cap puso los ojos en blanco. Yo suspiré.

–De todos modos... Por la mañana voy a estar con Charlie y Meredith y, después, ellos van a casa de la madre de Meredith. Yo no puedo ir, así que...

–Así que... ¿cuánto tiempo vas a seguir haciendo esto?

–¿El qué? ¿Ayudándote? Tengo que estar en el trabajo a las tres.

–Con lo que estés haciendo con ellos.

Apreté la mandíbula, aunque yo misma me había hecho aquella pregunta muchas veces.

–Lo que dure. Y no es «lo que esté haciendo con ellos». Es una relación. Como la que tú tienes con Missy.

–No, Tesla, no te hagas la tonta conmigo. ¿Cuánto tiempo más vas a seguir siendo la tercera en discordia?

–No soy la tercera en discordia. Soy parte de... soy... Tenemos un acuerdo. Nosotros... Lo nuestro no es así. No es como lo de papá y mamá.

–Ellos dos son un matrimonio, y tú no. No están casados contigo.

Tuve que tragármelo, con amargura. No podía contradecirle, por mucho que quisiera mentir.

–Sí, bueno, ¿y quién dice que quiero casarme?

–¿No vas a querer casarte nunca? –preguntó Cap, cabeceando–. Eso es una mentira, Tesla. Sé que sí quieres. Y quieres tener hijos, ¿no? Algún día.

–Algún día no es hoy.

–Podría ser mañana. Nunca se sabe.

–¿Y tú? ¿Estás tú listo para hacerle la pregunta a Missy? ¿Para dejarla embarazada? ¿De verdad que lo único que quieres es casarte y tener familia?

–Pues sí. Quiero tener una familia y un hogar.

–¿Con Missy?

Él no dijo nada. No era necesario que lo hiciera. Le di una palmadita en el hombro.

–Así que... –le pregunté yo–, ¿cuánto tiempo vas a seguir haciendo esto?

–Ahhh, mierda –dijo Cap.

Eso servía para resumirlo todo.

Capítulo 36

Todo parece más bonito a la luz de un árbol de Navidad. Yo no agité ninguna de las que había debajo del árbol, pero puse un par de ellas más, sorpresas añadidas a las que ya había puesto allí junto a Meredith y a Charlie. Abrir los regalos en Nochebuena, y no la mañana de Navidad, parecía una estafa, pero si era lo que quería Meredith... Bueno, Charlie y yo estábamos dispuestos a complacerla.

–Vamos por orden de edad –dijo ella, después de nuestra deliciosa cena de jamón asado con su guarnición–. Charlie, después yo y tú la última.

No me importó. Fue divertido verlos abriendo sus regalos. Charlie estaba increíblemente sexy con el jersey que yo había elegido para él, y Meredith se entusiasmó con las joyas de cristal hechas a mano que le había comprado. No dijo nada sobre el espumador de leche, que a Charlie le encantó, pero ella le había comprado un set de taza de café y algunos cafés de distintos países, así que nuestros regalos hicieron una buena combinación.

–¡Te toca a ti! –exclamó Meredith, con una gran sonrisa, mientras me entregaba un paquete muy pesado–. Estoy deseando que lo abras.

Lo sopesé. Debían de ser libros, o herramientas. No podía ser ropa. Tal vez un par de botas... Tal vez fueran unas botas de esquí. Tal vez ella fuera a sorprenderme, después de todo. Tal vez hubiera encontrado la forma de que pudiéramos hacer aquel viaje.

–Vamos, ábrelo –dijo Meredith–. Me está matando el suspense.

El momento de abrir un regalo siempre está lleno de posibilidades, y puede ser eterno y mágico. En aquella ocasión, no lo fue. Al desenvolver el paquete y abrir la caja de cartón, me encontré con un surtido de vibradores y consoladores gruesos de colores rosa y morado. Uno tenía la forma de una mariposa, con un complicado

sistema de correas y un cable con un mando a distancia. Había unas bolas de metal y también unos cuantos tubos de lubricante. Algunos de los artículos tenían el logotipo de una marca que me resultaba familiar. Under Where.

No pude hablar. No porque no tuviera nada que decir; las palabras me ardían en la garganta. No pareció que Meredith se diera cuenta mientras hablaba sin parar sobre los diferentes juguetes y sus usos. Aquello era peor que aquel episodio de *Los Simpsons* en el que Homer le compra a Marge una bola de bolos porque la quiere él mismo.

–Con todo esto, ya no me vais a necesitar –murmuré.

Miré a Charlie, cuya sonrisa mitigó un poco la amargura que me había causado el regalo de Meredith.

–El plástico y las pilas no pueden reemplazarte –dijo.

–No te gusta –dijo Meredith. Se le borró la sonrisa de los labios. Puso el papel de regalo sobre los juguetes y se apartó–. He pensado mucho en algo que pudiera gustarte, Tesla.

Unas semanas antes, yo la habría calmado, le habría dicho que me encantaba lo que había elegido. Sin embargo, en aquel momento ya no pude hacerlo.

–Sí, lo sé.

Aquella era la peor parte. Yo sí creía que había pensado mucho en algo que pudiera gustarme, y se había equivocado. Se había equivocado por completo.

Puso la tapa sobre la caja.

–Bueno, no pasa nada. Puedo devolverlo todo a cambio de un vale.

–No, no hagas eso. Será divertido usarlo –dije, y le di un beso en la mejilla.

Se encogió de hombros.

–No pasa nada. Tú también puedes cambiar los pendientes que me has regalado, ¿no? Por otro color diferente.

Yo me di cuenta de que quería ser mala, pero no me importó. Podía soportarlo.

–Claro, no pasa nada. Puedo devolverlos, si no los quieres.

Ella vaciló. No quería que devolviera los pendientes; le habían gustado mucho, yo lo sabía. Sin embargo, se encogió de hombros y sonrió forzosamente.

–Estupendo. Bien.

–Yo tengo algo para ti –dijo Charlie, y las dos nos volvimos a mirarlo. Él me entregó una caja pequeña envuelta en un bonito papel plateado y azul–. Toma, cariño.

La caja tenía el tamaño de la palma de mi mano, pero tenía el peso de una promesa.

–Ábrela –dijo él.

La abrí. Dentro, descansando sobre una almohadilla de terciopelo blanco, había una pulsera. Era una sencilla banda de plata, con formas curvas, como si fueran las olas de mar. Era preciosa. Era perfecta.

Me encantó.

–¡Gracias!

La saqué de la caja y me la puse. El metal tomó enseguida el calor de mi piel, y yo hice girar la pulsera en mi muñeca para admirarla.

No debería haber tenido que pensar si podía besar a Charlie por aquel regalo, pero lo hice. Meredith lo había visto haciéndome llegar al orgasmo con su boca, pero yo tenía la sensación de que no le iba a gustar verme besarlo en aquel momento.

Sin embargo, lo besé.

–Jangle Bangles tiene un collar a juego –dijo ella, aunque el beso no hubiera terminado–. Voy a enseñártelo en el catálogo.

Me aparté de Charlie. Yo nunca había comprado nada de Jangle Bangles, y no creía que el collar en cuestión hiciera juego con aquella pulsera, pero asentí.

–Claro. Sería genial.

Meredith se puso en pie y nos miró.

–Yo tengo algo más para vosotros dos. Es una sorpresa.

Charlie miró a su alrededor, entre el lío que habíamos formado con las cajas y el papel de regalo por el salón. Después, miró a su mujer.

-¿Qué es?

-No es una cosa, sino un lugar.

Yo conocía aquella sonrisa, y el brillo de sus ojos. Conocía aquella forma de humedecerse los labios. Supe que estaba tramando algo, pero no me imaginaba qué podía ser.

-Vamos -dijo ella, tendiéndonos una mano a cada uno.

Charlie y yo nos agarramos a ella, y la seguimos.

Capítulo 37

–¿Adónde vamos, exactamente? –preguntó Charlie.

Él era quien conducía, pero Meredith le había dado la dirección al GPS, y la monótona voz no dejaba de ladrar órdenes.

A ella le brillaban los ojos a la luz del salpicadero. Se giró para mirarme. Yo iba en el asiento trasero.

–Es un club. Dan una fiesta especial por Navidad.

–¿Un baile? –preguntó Charlie–. Pero... ya sabes que a mí no me gusta bailar.

–No tienes por qué bailar. Ya bailaremos Tesla y yo. Tú puedes mirar –respondió ella. Se acurrucó contra él y pasó los dedos por los botones de su camisa. A mí me lanzó una mirada seductora–. O hacer otras cosas.

Charlie se rio.

–¿Y qué otras cosas voy a hacer en un club?

–En este club al que vamos, puedes hacer lo que te guste.

Charlie se quedó confuso.

–¿Es algo como Spanky's?

Spanky's era un club de striptease, pero no tan elegante como Samantha's. Tenía cabinas para voyeurs y una tienda de artículos para adultos, además de zonas para bailes privados.

Meredith hizo un mohín.

–Eh... no. Este es un club privado. Necesitas invitación.

Charlie seguía sin entenderlo.

–¿Cómo un club de campo?

Ella se echó a reír.

–Más o menos. Pero no para jugar al golf.

–Entonces, ¿para qué?

Yo lo supe antes de que ella lo dijera.

–Es para cambiar de pareja.

–¿Qué?

–Quiere ir a un club sexual –dije. Estaba hablando con él, pero la miraba a ella–. Seguramente, es un domicilio particular, aunque está preparado como un club. Necesitas invitación porque, en realidad, es una fiesta privada. ¿No es eso?

–Va a ser muy divertido –dijo Meredith–. Os lo prometo.

Ni siquiera en un club de cambio de parejas hay nada pensado para tres. Charlie y Meredith podían entrar sin problema como pareja, algo que habría sido imposible para Charlie, si hubiera ido solo. ¿Y yo?

Yo era un unicornio.

Una mujer sola y bisexual disponible para unirse a otras parejas. Era lo que estaba buscando todo el mundo, pero que casi nadie encontraba. Cuando se lo expliqué a Charlie, en el aparcamiento, él soltó una carcajada de incredulidad.

–Es cierto –dijo Meredith, tomándome del brazo. Nos habíamos arreglado, y yo, con mis tacones altos, tenía casi su misma altura. Ella apoyó la barbilla en mi hombro y me mantuvo cerca–. Nuestra Tesla va a ser una chica muy popular.

–No quiero que sea popular –dijo Charlie–. ¿Y estás segura de que...?

Meredith lo besó para que dejara de hablar.

–Sé que estás preocupado, pero míralo así: nadie va a llamar a la dirección del colegio si te reconoce, porque tampoco podría explicar qué estaba haciendo aquí.

Charlie no estaba convencido, pero yo sabía que Meredith tenía razón.

–La gente mantiene su vida sexual en privado y en secreto por un buen motivo, Charlie –le dije.

–Vamos, no seas aguafiestas –dijo Meredith–. Va a ser divertido.

–Eso es lo que has dicho –respondió Charlie, tomándome del otro brazo–. Pero no tenemos que hacer nada, ¿verdad? Podemos

mirar.

–No, nada que no quieras hacer –le prometió ella–. Vamos, que me estoy congelando aquí fuera.

El club estaba en una casa privada. Era una casa de campo con un bonito jardín, a la que solo podía accederse por una larga carretera secundaria. En la parte trasera había una piscina climatizada y una sala de juego. Todo estaba adornado con guirnaldas de luces, y había un Santa Claus en su trineo sobre el tejado.

–Es una casa enorme –dijo Charlie, mientras subíamos los escalones hacia la puerta.

El hombre que abrió la puerta llevaba unos pantalones vaqueros, pero no llevaba camisa, y no parecía que el frío le molestara. Tenía *piercings* en los pezones, y tenía michelines. Cuando vi la cara que ponía Charlie, tuve que contener la risa.

–Hola –dijo Meredith–. He llamado antes para hablar con Len. Somos tres, a nombre de Smith.

–Claro, claro. ¡Pasad! Yo soy Harve.

Harve nos hizo entrar a un pequeño salón decorado al estilo del porno de los años setenta: había sofás de cuero, alfombras con estampado animal y lámparas de lava.

Y había gente vestida y desnuda, sentada o charlando en pequeños grupos.

–Este es el salón –dijo, aunque no fuera necesaria aquella aclaración–. La caja para donativos está allí, y hay una lista de cantidades sugeridas para cada cosa. Solo dinero en efectivo. La cocina está por allí; tenemos bebidas y aperitivos. Abajo hay un bar, una sala de juego y una discoteca. La piscina está cerrada, pero hay bañeras con jacuzzi en el recinto, y el traje de baño es opcional. Como es Navidad, vamos a hacer un sorteo con buenos premios. El primero es una enorme televisión de plasma. Los tickets se venden a cinco dólares.

Nos sonrió, y nos entregó un folleto a cada uno.

–Las reglas están aquí. Si tenéis algún problema, avisadnos a Len o a mí. Bueno, estáis en vuestra casa. Que lo paséis bien.

Meredith asintió.

–¡Gracias!

Charlie y yo también le dimos las gracias. Él hojeó el folleto hasta que Meredith le dio un codazo para que lo guardara.

–¡Vamos a parecer novatos! –le siseó–. ¡Por Dios, Charlie!

Yo lo tomé del brazo.

–No pasa nada. Yo puedo hacerte un resumen. No veo a muchos hombres solteros por aquí, pero es difícil de distinguir. Pero, básicamente, cualquiera puede acercársete y pedirte que te unas a su grupo, o que mires. Puedes decir que no, y «no» significa «no». Si tú eres quien quieres unirte a algún grupo, o mirar, lo pediremos Meredith o yo, pero no tú.

Charlie estaba incómodo.

–Sabes mucho de estas cosas.

Me encogí de hombros mientras miraba a mi alrededor. Todo era más evidente que en The Compound, pero entonces a mí no me habían permitido entrar en los edificios de los adultos.

–Internet da todo tipo de información, Charlie. ¿Qué puedo decir?

–Vamos a buscar una copa. Charlie, echa dinero en la caja –dijo Meredith, que ya se dirigía hacia la cocina.

Era una cocina como otra cualquiera, salvo que, junto a la nevera, había una lista de precios y otra caja de dinero.

Charlie metió varios billetes por la ranura.

–¿Habías estado ya en un sitio como este, Tesla?

–No.

–Entonces, ¿cómo sabes tanto?

Sonreí.

–Yo sé muchas cosas.

–¿Por tus padres?

Asentí.

–Ellos nos mantenían a Cap y a mí apartados de este tipo de cosas, pero, ya sabes. Los niños lo saben todo.

Charlie asintió, mirando a su alrededor por el salón y la cocina. Meredith ya había abierto una cerveza y estaba charlando con una

mujer que llevaba un vestido rojo y largo. Tenía unos pechos muy grandes. Estaba señalando al hombre que estaba a su lado. Él llevaba pantalones, pero no camisa, como Harve. Sin embargo, estaba más en forma que nuestro anfitrión.

–Charlie, cariño, ¿no quieres una cerveza? –preguntó Meredith, tendiéndole una lata–. ¿Y tú, Tesla?

–No, gracias –dije yo, cabeceando–. Yo conduzco a la vuelta.

–Bien –dijo Meredith. Después, nos presentó a Steff y a Kirk. Mencionó que Charlie era su marido, pero no dijo nada sobre mí.

Steff me sonrió.

–Hola.

Charlie me acercó a él.

–Hola.

–¿Es la primera vez que venís? –preguntó ella.

–Se nota, ¿eh? –dijo Charlie, con una risa forzada.

–Sí, se nota. Pero no te preocupes, Charlie, al final de la noche se te habrá olvidado que estabas asustado.

–No estoy asustado –dijo él, llevándose la cerveza a los labios.

La sonrisa de Steff se volvió más suave.

–Sí, claro –dijo.

Después, se volvió hacia Meredith, y nos dejó a Charlie y a mí hablando con Kirk. Resultó que era el invitado de Steff, porque los hombres solteros necesitaban ser invitados. Claramente, mantenían una relación, pero él no era su marido, ni tampoco su novio.

–El piso de abajo está muy bien. Hay baile y juego. Y algunas habitaciones privadas –nos dijo Steff–. ¿Queréis verlo?

–Sí, por supuesto –dijo Meredith, y nos sonrió.

Todos bajamos, pero Charlie se quedó rezagado por las escaleras. Estaba muy serio. Me miró y se acercó para que yo pudiera oírlo por encima del estruendo de la música de la discoteca.

–Tesla, ¿estás segura de esto?

–Estamos juntos, Charlie. No pasa nada. En este tipo de lugares, nadie te va a obligar a hacer nada que no quieras. Es la etiqueta. Seguro que habrá gente follando, pero tú no tienes que hacer nada que no te guste.

–A mí sí me gusta follar –dijo él, acariciándome.

Me eché a reír y me aparté.

–Sí, sí, eso ya lo sé.

Meredith ya estaba bailando cuando nosotros llegamos al piso inferior. Se giró hacia nosotros, con un brillo de excitación en los ojos que yo no había visto desde hacía mucho tiempo. Nos hizo un gesto para que nos acercáramos, e hizo un mohín al ver que Charlie se quedaba atrás.

–Nadie puede obligarme a hacer nada que no me guste –dijo él–. Nadie, salvo mi mujer, claro.

Yo lo empujé hacia delante.

–Vamos, haz un esfuerzo. Solo tienes que mover los pies y dejar que ella y yo nos frotamos contra ti, guapo.

Él me sonrió por encima del hombro.

–Eso puedo hacerlo.

Meredith nos saludó con un beso que sabía a cerveza.

–Baila conmigo, Charlie.

Él hizo todo lo que pudo, pero había un motivo por el que nunca bailaba: no tenía coordinación. Sin embargo, resultaba encantador. Movía las caderas y los pies en direcciones opuestas, y las manos, hacia otro lugar. No quería reírme de él, pero no pude evitarlo. Meredith, por otra parte, se dio la vuelta para pasarle las nalgas por la entrepierna al ritmo de la música. Se había terminado ya la cerveza.

Yo también necesitaba beber algo. Había un bar en una esquina de la sala, y fui a pedirle un refresco al camarero. Después, me senté en un taburete que tenía forma de mano abierta. No era muy cómodo, pero me quedé allí, con un codo apoyado en la barra.

Charlie y Meredith lo estaban pasando bien. Él se estaba riendo, haciéndola girar una y otra vez. Se besaron, y ella le pasó los brazos por el cuello para mantenerlo cerca. Habría sido demasiado provocativo en un bar público, pero allí abajo, era incluso recatado.

Había varios sofás junto a las paredes. Había habitaciones con las puertas abiertas, amuebladas simplemente con un colchón y con varios espejos en las paredes y el techo. Las puertas cerradas tenían,

seguramente, el mismo equipamiento, pero allí habría también parejas o tríos u otras combinaciones de gente pasándolo bien.

Aunque no era necesario estar detrás de una puerta cerrada para conseguirlo. En la discoteca había parejas masturbándose o haciendo el amor, aunque la mayoría tan solo estaba toqueteándose o besándose, vestidos o desnudos. Era casi como una orgía.

Aquello era lo que quería Meredith. No estaba satisfecha con Charlie y conmigo, así que nos había llevado allí, ¿a qué? ¿A ser mirones? ¿A ser exhibicionistas?

¿O solo a ser poco convencionales?

–Hola –dijo una mujer, sentándose a mi lado. Llevaba una falda muy corta y un corsé–. Me llamo Jessica.

–Yo soy Tesla –dije, y le estreché la mano que me ofrecía.

–¿Has venido sola? –preguntó Jessica, y le hizo una señal al camarero–. Un vodka con zumo de arándanos y otro de lo que ella esté tomando.

–Umm... no, he venido con ellos –dije, señalando a Charlie y a Meredith, que seguían bailando y besándose.

Jessica arqueó una ceja.

–¿De veras? ¿Sois un *menáge*? –preguntó.

Parecía muy formal, dicho así.

–Sí, supongo que sí.

–Ah –dijo ella. Los observó durante un minuto. Después se giró hacia mí con una sonrisa tan agradable que tuve que corresponderla–. Parece que están muy ocupados. ¿No te apetecería jugar un poco con mi novio y conmigo? Él solo miraría.

Se inclinó hacia mí.

–Eres muy guapa.

–Gracias –dije yo. Me parecía correcto hacerle otro cumplido a ella–. A mí me gusta tu corsé. Es muy favorecedor.

Ella se echó a reír.

–Eres novata, ¿eh?

–Bueno, más o menos. No del todo.

Jessica volvió a reírse, y se movió un poco en su taburete.

–Eres una monada. ¿Te gustan las chicas?

–Sí, a veces –dije, y miré a Meredith involuntariamente. Ella había atrapado a Charlie contra una de las columnas del espacio. Ya no bailaban. Me pregunté si él estaba excitado, pero supe que sí tenía que estarlo.

–Bueno, entonces, ¿te gustaría venir conmigo y con mi novio? – me preguntó Jessica, señalando discretamente a un hombre que había al final de la barra, charlando con una pareja vestida de cuero–. Se llama Carl. Como te he dicho, él solo miraría.

–Yo...

No sabía qué decir. Meredith, Charlie y yo nunca habíamos hablado de lo que debería ser la monogamia para nosotros tres. Habíamos puesto reglas para compartir el tiempo y el espacio, pero nunca habíamos hablado de la fidelidad. Yo los miré.

Ella todavía estaba bailando, pero Charlie se reía y cabeceaba, apoyado en la columna, mientras ella se frotaba contra él. Sin embargo, parecía que Charlie ya había tenido suficiente.

–¿Quieres preguntarles, cariño? –me dijo Jessica–. A nosotros no nos gustan los grupos, pero si quieres consultarlo antes con tus compañeros, me parece bien.

–Bueno, supongo que... sí –dije.

Tomé un poco de refresco, porque se me había secado la garganta. Aunque me había jactado de conocer las normas de un lugar como aquel, y no le había dado demasiada importancia a lo que ocurría allí, de repente me costaba mucho rechazarla.

–¿No estás interesada?

–No, no es eso –dije–. Tú eres muy guapa.

Ella se echó a reír de nuevo, y se acercó para estrecharme amablemente.

–Oh, cariño. No pasa nada. No tienes que preocuparte por no herir mis sentimientos. No debes hacer nada que no te excite, de eso se trata.

–Gracias –dije–. Me halaga que me lo hayas pedido, pero creo que no me gusta el cambio de parejas. ¿Vosotros venís mucho por aquí?

–Bueno, venimos todos los fines de semana. Una vez al año

vamos de vacaciones con algunos de nuestros amigos, con gente que hemos conocido aquí. Normalmente, vamos a Debauchery. Es uno de esos sitios todo incluido. Muy bonito.

–Todos los fines de semana. Vaya.

Jessica se echó a reír.

–Parece que no estás muy interesada en ligarte a nadie, ¿eh?

–No, creo que no. Solo he venido porque Meredith quería venir.

–Ah. ¿Esa es tu novia? Pues parece que ha dejado abandonado a tu novio.

Meredith había encontrado a otro compañero: Kirk, el tipo que estaba arriba. Era de esperar; creo que nunca había visto a Meredith bailar sola cuando salíamos. La diferencia era que, en otras ocasiones, era yo quien la veía retorcerse contra un hombre extraño y, en aquella ocasión, Charlie también la estaba viendo.

Me despedí de Jessica y me acerqué a Charlie. Me puse de puntillas y le di un beso.

–Te encontré.

Él había estado mirando a su mujer con el otro hombre. En aquel momento, me sonrió un poco.

–¿Me había perdido?

Lo tomé de la mano, y nuestros dedos se entrelazaron.

–No creo. Pero me alegro de haberte encontrado a ti, de todos modos.

–No se me da bien bailar. Le he dicho que se divierta.

Charlie miró de nuevo a Meredith. Parecía que ella se lo estaba pasando bien. Se reía, con los ojos brillantes, mientras bailaba al ritmo de la música.

Kirk la tomó por las caderas y golpeó su trasero con la entrepierna, y Charlie dio un paso hacia delante. Supongo que no se había dado cuenta de que me estaba dando la mano, hasta que aquello lo detuvo. Miró nuestros dedos entrelazados, se los llevó a los labios y me besó los nudillos.

–Parece que se está divirtiendo –dijo.

Yo no la miré. Me puse delante de él, no para bloquearle la vista, sino para darle la oportunidad de que mirara otra cosa, si quería.

Puse sus manos sobre mis hombros y me acerqué. Me moví contra él.

–Vamos a divertirnos nosotros también, cariño. Baila conmigo.

–Te he dicho que... –dijo Charlie, pero yo lo besé.

Lo miré a los ojos. Puse una mano en su cadera y la otra en su hombro, y di un paso atrás para que él me siguiera. La música era rápida y dura, pero nosotros no teníamos por qué movernos así. Charlie y yo nos movimos lentamente.

–Puedes bailar conmigo –le dije–. No me importa que me pises.

Le enseñé algunos pasos básicos y, aunque no concordaran con la música, no importó. Funcionaron bien.

–Estoy bailando –dijo él, con una sonrisa que iluminó la habitación. Me besó suavemente, y me dijo–: Estamos bailando.

Meredith y su acompañante estaban al otro lado de la habitación, y había muchas personas entre nosotros. Yo la vi cuando Charlie me hizo girar en un círculo pequeño, pero él no apartó sus ojos de los míos. Sin embargo, la vio. La vio besando a aquel otro hombre y permitiendo que la manoseara. Y, finalmente, la vio marchándose con él hacia una de aquellas puertas abiertas.

–Eh, cariño, creo que ya tengo mi respuesta –dijo Jessica, botando hacia nosotros de la mano de Carl.

–Sí, yo...

Ella sonrió e hizo un gesto negativo.

–No te preocupes, nena, no pasa nada. Aunque creo que es mejor que vayas con ellos. Cuando se cierre la puerta, se supone que no podéis llamar ni nada por el estilo. Pero han entrado en una habitación a la que se puede mirar por el cristal, si queréis.

Charlie se paró de repente.

–Sí, claro, claro. Gracias –dije yo.

–Ella... –Charlie cabeceó.

–Para eso hemos venido aquí, ¿no te acuerdas? –dije. A mí no me gustaba, ni tampoco me gustaba cómo había actuado Meredith, pero era cierto–. Vamos.

Recorrimos un pasillo oscuro y estrecho que rodeaba las habitaciones privadas. Nos detuvimos ante un pequeño tramo de escaleras que no subía a ningún sitio; era como unas gradas en

miniaturas, y estaba frente a un panel de cristal traslúcido que había en la pared.

–Mira, Charlie.

Yo ya sabía lo que iba a ver. Miramos a través del cristal y vimos la habitación. Los espejos de la pared y el colchón del suelo.

A Meredith y a Kirk.

Él tenía la camisa abierta y los pantalones desabrochados. Meredith se había subido la falda y se había quitado las bragas. Estaba sentada a horcajadas sobre el rostro de Kirk, con el clítoris apretado contra su boca, y se movía. Se había subido la camisa y se había bajado el sujetador para poder pellizcarse los pezones. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás, y el pelo le colgaba casi hasta la altura del trasero.

Movió el sexo contra la cara de Kirk. Él se estaba agarrando el miembro erecto con una mano y, con la otra, le acariciaba las nalgas a Meredith.

Charlie gimió y se acercó a mí. La única luz provenía de la ventana que había frente a nosotros. Él me tocó la rodilla con los dedos y, al ver que yo no protestaba, subió un poco más. Yo lo miré. Él me miró.

No importaba por qué hubiéramos ido allí; todavía estábamos juntos.

Charlie siguió deslizando los dedos por mi muslo, hacia arriba, hasta que rozó el encaje de mis bragas con un toque tan ligero que yo hubiera podido ignorarlo, de haber querido. Una pequeña presión en mi clítoris.

Una caricia. Una presión. Una caricia.

Tomé aire profundamente. Olía a perfume, a humo y a sexo. El escalón que había bajo mi trasero era duro, no muy adecuado para relajarse, pero no me importaba: tenía tensos todos los músculos del cuerpo.

Estaba a la espera.

Vi a Meredith apartarse de Kirk y colocarse a gatas sobre el colchón, con el trasero en el aire. Él se colocó tras ella y se hundió en su cuerpo, lentamente, profundamente, con dureza. Yo sabía cómo

era aquello. Ella tembló, con los labios abiertos en un grito que yo no podía oír. No era necesario. Sabía cómo sonaban sus orgasmos.

Mi cuerpo no tembló ni se movió. Yo no suspiré, ni gruñí, ni jadeé. Mi clímax fue silencioso, fue una exquisita explosión de placer que me hizo flotar. Cerré los ojos y, cuando los abrí de nuevo, allí estaba Charlie.

Él me puso la mano en la mejilla. Dulce. Apoyó su frente en la mía.

–Creo que es hora de irse.

Capítulo 38

Charlie estuvo muy callado durante el trayecto de vuelta a casa.

Meredith, por el contrario, no podía callarse. Estaba un poco borracha, y parloteó todo el camino sobre The Ranch, de lo mucho que se había divertido y de las ganas que tenía de volver. Cuando salió del coche, se tropezó. Llevaba la ropa perfectamente colocada, pero tenía emborrionados los labios con el carmín, y estaba despeinada.

Una vez en casa, se quitó los zapatos y fue directamente a la cocina a beber un vaso de agua. Charlie se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero. El mío, también. Después recogió los zapatos de Meredith y los colocó ordenadamente junto a la puerta trasera. En la cocina, dejó las llaves en un cuenco que había junto al teléfono, en su lugar acostumbrado. El sonido del metal contra la porcelana fue muy alto.

–No quiero volver a hacer eso –dijo.

Yo no había bebido alcohol, pero también necesitaba agua fría. Meredith se apartó para dejarme espacio cuando me acerqué al fregadero. Yo llené un vaso y bebí, sin mirarla. Aquella no era mi pelea.

Pero, por supuesto, sí lo era.

–¿Por qué no? –preguntó ella.

–No me ha gustado.

Meredith frunció el ceño.

–¿Por qué no?

–No habíamos hablado de ello –dijo él.

–Era una sorpresa.

Charlie sonrió sin ganas.

–Sí, lo ha sido.

Yo ya no quería más agua, pero me llevé el vaso.

–Me voy a la cama.

–No –dijo Charlie–. Quédate. Tú también tienes que oír esto.

Meredith me miró.

–Vete a la cama, Tesla.

–No –repitió él–. Se queda. Ella forma parte de esto, Meredith. Tú la hiciste parte de esto, así que se queda.

Lo que había dicho era cierto, pero a mí no me gustaba cómo lo había dicho. Me apoyé en la encimera, en silencio. Estaba atrapada. Meredith se apartó el pelo de los hombros, y yo vi algo que, seguramente, ella no quería que viera.

No estaba tan ebria como fingía. Había bebido un poco, pero no tanto como para emborracharse. Sabía exactamente lo que hacía y lo que decía, como lo había sabido durante toda la noche.

Se cruzó de brazos.

–Dime, Charles. Cuéntame qué es lo que no te ha gustado. Yo creía que habíamos hablado de lo excitante que sería probar cosas nuevas.

Charlie irguió los hombros y me miró, pero, después, se fijó de nuevo en ella.

–Hablamos de muchas cosas, Meredith, pero también dijimos que, si decidíamos que no nos gustaba algo, no volveríamos a hacerlo. A mí no me ha gustado ese sitio.

–Lo que no te ha gustado es que yo estuviera con otro tipo, Charlie. ¿Por qué no dices la verdad?

–Pues sí, tienes razón. No me ha gustado verte con otro tipo.

–¿Pero te parece bien que yo te vea follando con Tesla? Vaya, Charlie, eso sí que es doble moral.

–Es completamente distinto, y lo sabes. ¡Ella no es ninguna extraña a la que hayamos elegido en un club de sexo!

–No –dijo Meredith–, es una extraña a la que yo elegí en una cafetería.

A mí se me cayó el alma a los pies. No quería estar allí, no quería oír las cosas que ella iba a decir. Dejé el vaso en la encimera y me moví, pero la siguiente frase de Meredith hizo que me detuviera en

seco.

–Nunca te has quejado de eso, Charlie, así que, si tú conseguiste lo tuyo, ¿por qué no puedo conseguir yo lo mío?

–¡Yo no soy un objeto al que se pueda conseguir! –grité. No miré a ninguno de los dos. Sus palabras me habían dolido como un agujonazo, pero el hecho de que Charlie no la contradijera me había dolido aún más.

–Por supuesto que no –dijo él. Sin embargo, ya era demasiado tarde.

Meredith se echó a reír.

–Vamos, cariño. ¿Sabes cuánto tiempo estuvimos hablando de traer a una chica a casa antes de que te eligiera a ti? Mucho, muchísimo tiempo. No podía ser cualquiera, ¿sabes? Tenía que ser alguien especial. Perfecta.

–Y lo eres –me dijo Charlie, aunque yo sabía que Meredith había querido decir otra cosa.

–Meredith no se refiere a eso.

Ella comenzó a enumerar, mientras se tocaba uno a uno los dedos de la mano.

–No podía ser alguien a quien conociéramos, por si acaso no salía bien. Tenía que ser alguien de quien pudiéramos librarnos sin preocupaciones, ni volver a verla si queríamos terminar con ella. ¿Verdad, Charlie?

Él tenía una expresión dolida, sombría, pero asintió.

–Por supuesto, una chica guapa y sexy. Alguien más joven, sin hijos, sin marido, sin nadie que pudiera coartarla. Sin familia. Alguien que no tuviera que responder ante nadie.

Ella hizo una pausa para dejar que las palabras cayeran como piedras.

–Alguien salvaje.

–¡Yo no soy salvaje! ¡Que te den, Meredith! ¡No tienes ni idea!

–Pensé durante mucho tiempo en ti, Tesla, antes de decidir que eras la persona idónea. Así que no me digas que no tengo ni idea. Porque tú lo hiciste, ¿no? Además, no tuviste que pensarlo demasiado. Te pedí que te acostaras con mi marido, y tú lo hiciste.

–Porque te deseaba a ti –le dije yo–. Seguro que eso también lo sabías, ¿verdad?

Su sonrisa retorcida lo dijo todo. Miró a Charlie, y me miró a mí.

–¿Y ahora? No me digas que no lo deseas a él también.

–Meredith –le advirtió Charlie–. Ya está bien. Estás borracha. Todos estamos cansados. Y mañana es Navidad, tenemos que ir de viaje...

–A la mierda la Navidad –le espetó Meredith–. A la mierda el viaje, a la mierda mi familia, Charlie. ¿Es que piensas que quiero levantarme al amanecer para ir a ver a mis padres?

–Bueno, pues, entonces, nos quedamos en casa –dijo él–. Podemos dormir hasta tarde, y pasar la Navidad con Tesla.

Ella frunció el labio superior y me miró.

–Tesla tiene otros planes.

–Puede quedarse con nosotros, si quiere cambiarlos –dijo Charlie–. La Navidad es para pasarla con la gente a la que quieres.

Meredith tomó aire y, de un manotazo, tiró mi vaso al suelo. El agua se derramó por el suelo y el cristal se hizo añicos. Los tres nos quedamos mirando; ella fue la primera que habló.

–Por Dios, Charlie, ¿oyes lo que estás diciendo? No se suponía que las cosas iban a ser así.

–Entonces –dije yo–, ¿por qué lo hiciste, Meredith? ¿Por qué me pediste que me acostara con Charlie? ¿Y por qué seguiste pidiéndomelo? ¿Por qué me pediste que viniera a vivir con vosotros, que formara parte de vosotros? Si no era esto lo que querías, ¿por qué lo hiciste?

Ella exhaló un suspiro.

–Porque estaba aburrida.

Charlie emitió un gemido de dolor.

–¿Qué?

Meredith lo miró. Creo que aquella fue la primera vez que la vi ser sincera de verdad.

–Me aburría, Charlie. Estaba tan, tan aburrida...

Él cabeceó.

–No lo entiendo. ¿De qué estabas aburrida?

A Meredith se le habían llenado los ojos de lágrimas, y tragó saliva.

–De ti, cariño. Estaba aburrida de ti. De todo lo tuyo. De cómo te peinabas, de cómo te ponías la corbata, de lo mucho que tardabas en hacer que me corriera. Estaba tan... tan aburrida, Charlie... Lo siento, pero estaba aburrida de hacer el amor contigo.

–Entonces, ¿por qué no me dejaste?

–Porque te quiero, Charlie, y no quiero dejarte. Solo quería acostarme con otro de vez en cuando. Lo deseaba mucho. Pensé que, si tú tenías a alguien, yo también podría tener a alguien más. No para siempre, ni para que ocupara tu lugar. Solo de vez en cuando. Solo quería tener un poco de libertad. Quería ser un poco salvaje de vez en cuando.

Charlie cerró los ojos. Se los tapó con una mano y se dio la vuelta. Le temblaron los hombros. Intenté tocarlo, pero Meredith me fulminó con la mirada.

–No tenías que haberte enamorado de ella.

–Pero me enamoré –respondió Charlie, sin darse la vuelta–. Eso no significa que no te quiera también a ti.

Los dejé en aquel momento. Subí a la habitación que me habían dado, pero que yo nunca había llegado a sentir como mía. Sabía que ella iba a seguirme, igual que sabía que Charlie no iba a hacerlo.

–¿Y tú, Tesla? –me preguntó Meredith, desde el umbral del dormitorio.

–Quiero a Charlie, sí.

–¿Y a mí?

Se hizo el silencio entre nosotras, hasta que, por fin, hablé:

–Deja que te cuente otra historia.

Capítulo 39

–Tengo que marcharme ya –dijo Vic.

Estaba bajo el capó de un viejo coche. Llevaba veinte minutos fingiendo que estaba arreglando el motor.

Yo sabía que estaba fingiendo porque manipulaba tuercas, tornillos y cables, pero no había cambiado nada, ni había arrancado el motor para ver cómo respondía a los ajustes. No me miraba. Y yo me daba cuenta de todo.

Me daba miedo.

Aquel día fui al taller vestida con una falda vaquera corta, mis mejores bragas, una camiseta que se me colgaba del pecho, pese a que no me había crecido nada en todo el verano.

Fui allí dispuesta a perder la virginidad. No había podido dejar de pensar en eso, ni en Vic, en toda la semana, ni en lo que habíamos hecho en el sofá de la habitación trasera del taller.

Pero Vic me estaba ignorando y decía que tenía que marcharse.

–¿Adónde vas a ir?

Su suspiro fue muy sonoro, y yo lo oí con claridad, aunque él tuviera la cabeza bajo el capó. El metal resonó. Salió, se sacó un pañuelo sucio del bolsillo trasero del pantalón y se quitó la grasa de las manos. Por fin, se apoyó en el coche y me miró.

–Tengo que irme, eso es todo.

–Pero... si el verano no ha terminado. ¡Todavía quedan dos semanas!

Él agitó la cabeza y se guardó el pañuelo en el bolsillo.

–Lo siento, niña.

Yo alcé la barbilla.

–No me llames así.

–Tesla –dijo él, con un suspiro. Se apretó un ojo con la palma de

la mano—. Mira, lo siento.

—¿El qué?

La risa de Vic me sorprendió.

—Eres única.

—¿Qué significa eso? —pregunté yo, poniéndome la mano en la cadera.

—Que eres estupenda.

Yo sentí un arrebató de emoción, de satisfacción. Me acerqué a él. Sin embargo, cuando intenté besarlo, Vic apartó la cara. Nuestros cuerpos se estaban tocando, pero él no me permitió que le rozara los labios. Así que nos quedamos así, inmóviles, uno o dos segundos.

Entonces, volvió su cara hacia la mía.

Me puso las manos en las caderas. Me besó, y el beso que yo le di se transformó en otra cosa, algo más fuerte y más duro. Algo para lo que yo no estaba preparada.

Sin embargo, lo deseaba. Quería sentir su lengua en la boca, su miembro contra el vientre, sus manos en mis nalgas. Deseaba tanto a Vic que me volví una desvergonzada, y me froté contra él hasta que me detuvo. Me agarró por los antebrazos y me hizo parar.

—Eres muy joven —dijo.

—Tú solo tienes cinco años más que yo. Mi padre tiene ocho años más que mi madre. Cinco años no es nada.

—Pero yo tengo que irme —dijo Vic. Me empujó suavemente hacia un lado y se encaminó hacia su oficina.

Yo lo seguí. Si no me deseaba, ya me habría dicho que me fuera, ¿no? Cerré la puerta al pasar, y vi que se le hundían los hombros. Todos mis grandes planes se vinieron abajo con aquel gesto. Vic no quería hacer el amor conmigo.

Noté el frío del pomo de la puerta en la mano, y ya estaba saliendo de la oficina cuando él me siguió y volvió a cerrar. Murmuró mi nombre, y yo me volví hacia él. Estaba tan cerca que yo notaba su respiración en la cara.

—Eres preciosa, ¿lo sabes?

Negué con la cabeza. Nadie me había dicho nunca que fuera guapa. Era demasiado baja, tenía los pechos demasiado pequeños y

el trasero demasiado grande. Era demasiado lista para los chicos que no sabían cómo hablar con las chicas. Tenía demasiado de muchas cosas, y no tenía suficiente de otras.

–Bueno –dijo Vic–, pues lo eres. Y no permitas que nadie te haga sentir nunca que no lo eres.

Yo emití un sonido de incredulidad y no dije nada, porque no podía hablar.

Él me dio un beso suave y tierno. Romántico. Fue muy dulce y un poco insatisfactorio, dada la situación.

–Prométemelo.

–¿El qué?

–Prométeme que nunca le vas a permitir a nadie que te haga sentir que no eres guapa.

Yo le rodeé el cuello con los brazos. Notaba la dureza de la puerta a mi espalda; si no tenía cuidado, me iba a incrustar el pomo en un riñón. Sin embargo, miré a Vic a los ojos, y me di cuenta de que decía la verdad. Asentí.

–Está bien. Te lo prometo.

Él sonrió y me besó la frente. Eso no era lo que yo quería. Fruncí el ceño.

–Vic.

–¿Sí?

–Tú me estás haciendo sentir que no soy guapa.

Él se echó a reír, y se alejó de mí. Dio un paso atrás, y otro. Alzó ambas manos.

–¿Quieres que me meta en un lío?

–¿Qué lío? –pregunté yo–. Tengo diecisiete años. Además, mira a tu alrededor. ¿Quién va a decir algo? Todos están muy ocupados follando como para prestarnos atención a nosotros.

Mi voz sonaba amarga. Aquel había sido el peor verano de mi vida, quitando la ocasión en la que había estado tumbada en el sofá de aquella oficina. Todavía me quedaban dos semanas antes de que mis padres nos llevaran a casa otra vez, a soportar otro tipo de tortura distinta.

Yo tenía diecisiete años y estaba ardiendo, y ya sabía lo bien que

podía hacerme sentir Vic. Lo ansiaba, y no me importaba lo que pensarán los demás. Siempre se me había dado bien conseguir lo que quería. Cuando vi el reflejo del deseo en los ojos de Vic, me acerqué un poco más a él. No sabía mucho de estrategias de seducción, pero pensaba usar todas mis armas.

–Bobby Turner –dije.

Vic arqueó las cejas.

–¿Qué pasa con Bobby Turner?

Bobby Turner tenía veintiún años, medía un metro ochenta centímetros y tenía un cuerpo muy fibroso. Había ido a The Compound todos los veranos desde que era pequeño, pero sus padres habían muerto en un accidente de coche hacía unos años. Desde entonces, él vivía todo el año allí. Se suponía que era uno de los empleados de mantenimiento, pero se pasaba casi todo el tiempo en el invernadero y en el huerto.

–Bobby Turner –dije yo–, quiere meterse en mis bragas desde el año pasado.

–No se lo permitas –dijo él. No parecía que estuviera celoso; su tono de voz era decidido.

–Ha estado acostándose con Karen Hoffer.

Karen Hoffer era una psicóloga que estaba casada con un farmacéutico. No tenían hijos, pero llevaban a sus dos perritos a The Compound todos los años. No se quedaban en las cabañas; tenían una caravana. Ella tenía unos quince años más que Bobby Turner, y el doble de volumen.

–¿Con la señora Hoffer? –preguntó Vic, y se echó a reír.

–Los he visto juntos. Vi a Bobby Turner de rodillas, con la cara entre sus piernas. Ella gemía y se retorció, y él no paraba. Creo que ella se corrió tres veces, como poco.

Vic tragó saliva. Se quedó azorado.

–Vaya. Bueno, supongo que bien por ellos.

–Bobby dice que me va a hacer lo mismo hasta que grite –dije yo. En realidad, Bobby se había ofrecido a lamerme el clítoris y meter los dedos en mi cuerpo hasta que yo me deshiciera.

En aquella ocasión, la risa de Vic sonó insegura.

–¿De verdad?

–Preferiría que lo hicieras tú.

Por fin lo había dicho. Ya estaba entre nosotros dos; no podía retirarlo, y lo peor que podía hacer él era decir que no. O reírse.

Vic no se rio. No dijo que no. Suspiró otra vez, y se frotó los ojos.

–Tesla, lo que hicimos la semana pasada...

–Fue increíble –dije yo, acercándome a él.

Él miró el sofá, casi sin poder evitarlo. Después, miró al suelo. Hacia la puerta. A cualquier lugar, menos a mí.

–¿Sabes lo que me dijo mi madre sobre el sexo?

Vic puso cara de resignación.

–Me lo imagino.

–Me dijo que, cuando llegara el momento adecuado, lo sabría. Y que tuviera cuidado. Tomo la píldora, a propósito. Y que debía elegir a alguien que supiera lo que estaba haciendo, porque solo hay una primera vez.

–Dios Santo. Mi padre me dijo que no me bajara los pantalones hasta que estuviera seguro de que podía hacer lo debido si dejaba a alguna chica embarazada, y mi madre me dijo que me había traído la cigüeña de París –dijo Vic, mientras se sentaba al borde de la mesa.

Yo me acerqué y me puse frente a él, aunque no lo toqué.

–Tú eres la única persona que me ha dicho que soy guapa.

–Eso es una vergüenza.

–Es verdad –dije yo, encogiéndome de hombros–. Te deseo, Vic.

Él emitió un gemido grave. Yo posé las manos en sus rodillas. No le apreté las piernas. Lo toqué, pero no me moví contra él, aunque quería hacerlo.

–O tú, o Bobby Turner.

A él se le escapó una carcajada seca.

–Mierda. No. Ese chico no.

–Él está dispuesto a hacerlo –dije yo, aunque no tenía ni la más mínima intención de acostarme con Bobby Turner–, si no lo haces tú.

–Yo no puedo.

–Sí puedes –insistí–. O no quieres, o piensas que no deberías.

–Las dos cosas –dijo Vic.

Nos quedamos mirándonos unos segundos, hasta que él me agarró de la cadera para acercarme un poco más.

–Eres una chica lista, Tesla. Y eres muy guapa, aunque nadie te lo haya dicho. Y encontrarás a alguien con quien hacer esto, te lo prometo. Pero... no debería ser Bobby Turner. Ni yo.

Yo era muy joven y estaba ardiendo, pero tenía mi orgullo.

–De acuerdo. No te lo voy a suplicar.

Él vaciló.

–Bien.

–Bueno, entonces, dime por qué ocurrió lo de la semana pasada – dije.

Su mirada me dio a entender que aquella era una pregunta tonta.

–Soy un tío.

–Sí, ahora también eres un tío, y estás diciendo que no.

–La semana pasada también debería haberlo dicho.

Yo me mordí el interior de la mejilla, pensando en aquello.

–Y... ¿por qué te vas? Dime la verdad.

Vi algo en su cara que me dio la respuesta sin que él tuviera que decir una palabra. Me quedé tan asombrada que retrocedí.

–¿Te marchas por mi culpa?

–No, nada de eso.

–Entonces, ¿por qué? –pregunté, y miré el sofá–. ¿Te marchas por lo que hicimos? Pero si no... No tienes por qué...

–Tengo que irme por mi trabajo –dijo Vic.

–¿Tu trabajo? –pregunté yo, entre lágrimas.

Entonces, me abrazó y me estrechó contra su pecho. Olía muy bien, a ropa secada al sol y a aceite de motor. Estar entre sus brazos me hizo sentir bien, mejor, en cierto sentido, que su lengua en mi boca y sus dedos dentro de mis bragas. Con los brazos de Vic a mi alrededor, me sentí como si nada pudiera hacerme daño en el mundo.

Salvo, quizá, él.

–Sí, es por mi trabajo –dijo él–. Mira, no puedo explicártelo. Mierda, ni siquiera debería haber dicho nada. Solo quiero que entiendas que no es por ti.

Yo apreté la cara mojada de lágrimas contra su camiseta.

–Ah, ¿de verdad? ¿«No eres tú, soy yo»? ¿Me vas a dar esa excusa patética?

–No es una excusa. Es la verdad. Ojalá pudiera contártelo todo, pero no puedo.

Yo no tenía ni idea de qué estaba hablando. Lo único que sabía era que se marchaba, y que yo no quería que se fuera. No quería que me dejara. Me aferré a él, olvidándome del orgullo, y él me lo permitió.

–Tú también deberías marcharte de aquí –dijo Vic, en voz baja. Me apartó suavemente, y me miró a los ojos–. Cap y tú. Diles a tus padres que quieres irte a casa. Tu casa es el mejor sitio para ti, y para ellos. Deberías pedirles que se marchen antes de tiempo, con vosotros.

Yo empecé a sospechar algo.

–¿Por qué?

Vic dibujó mi ceja con el dedo y, después, me enjugó las lágrimas.

–Solo... solo confía en mí.

Confíe en él y, por ese motivo, mis padres, Cap y yo no estábamos allí tres semanas después, cuando los agentes federales y un grupo de oficiales de incógnito hicieron una redada en The Compound. Además de un gran número de plantas de marihuana, encontraron en la finca varios campos de cultivo de opio. Aunque los miembros de The Compound intentaron alegar que las flores eran solo ornamentales, la policía encontró también el instrumental necesario para purificar y procesar la droga en uno de los graneros, y eso fue prueba suficiente para encarcelar a doce de los quince miembros, incluyendo a Bobby Turner. Durante la redada, murieron tres personas: dos agentes de la Agencia Antidrogas, por los disparos que hizo Karen Hoffer con un rifle, aunque las armas iban en contra de la filosofía y las reglas de The Compound, y ella misma, abatida por otros agentes.

Gracias a Vic, nosotros no resultamos heridos. Y, gracias a su declaración, mis padres no se vieron implicados en el caso. Vic nos

salvó entonces; y, varios meses después, cuando el matrimonio de mis padres se rompió y yo aparecí en la puerta de su casa con Cap, volvió a salvarnos, de un modo diferente.

Nunca olvidaré lo que me dijo: que nunca permitiera que nadie me hiciera sentir que no era guapa.

–¿Y por qué me has contado todo esto? –me preguntó Meredith.

Me encogí de hombros.

–Porque, con Charlie, siempre me siento guapa, Meredith. Y contigo... no.

Ella tomó aire bruscamente. Salió de la habitación y cerró la puerta. Oí sus voces subir y bajar. No eran gritos, exactamente. Aunque pensaba que no iba a poder dormir, me pudo el agotamiento.

Cuando me desperté por la mañana, ya se habían marchado. Yo solo podía hacer una cosa. Solo podía ir a un lugar.

Me fui a mi casa.

Capítulo 40

Vic abrió la puerta, y su mirada se endureció al verme. No dijo nada. Yo, tampoco. Entonces, me abrazó y me estrechó contra él. Aquellas manos fuertes se extendieron sobre mi espalda, y sus dedos me apretaron los omóplatos.

Me eché a llorar.

Allí, en el umbral, Vic me abrazó mientras yo sollozaba contra su camisa. No me consoló. El consuelo era su abrazo, no sus palabras, y eso era exactamente lo que yo necesitaba.

–Sécate la cara –me dijo, al final, tendiéndome un pañuelo que debía de haberse sacado del bolsillo trasero.

–Aj –dije yo, y agité la cabeza al pensar en que tenía que limpiarme las lágrimas con su pañuelo de los mocos–. No, gracias.

–Vamos, entra –me dijo, y se apartó para dejarme pasar–. Están todos abajo. Pero lávate la cara primero. Y, Tesla...

Yo ya iba hacia el servicio, pero me detuve a mirarlo.

–¿Qué?

–Feliz Navidad. Me alegro de tenerte aquí.

Se oyeron gritos de emoción desde la habitación de juegos, y Vic miró en dirección al sótano. Después, volvió a mirarme a mí.

–Hablamos después, ¿de acuerdo?

Asentí.

Los niños también se alegraron de verme, y más cuando les entregué la bolsa de regalos con su nombre escrito. Rasgaron los papeles de los paquetes con su impaciencia infantil, pero también se lanzaron a mi regazo y me cubrieron de abrazos y besos que olían a chocolate.

A Vic y a Elaine también les gustaron sus regalos. Yo había llevado también un par de vales de consumiciones del Mocha para la

madre y la hermana de Elaine, por si acaso estaban allí cuando yo llegara; no era muy original, pero sabía que era algo que iban a utilizar.

Para mí había regalos que no me esperaba, y eso me dio ganas de llorar otra vez, pero pude contenerme mientras abría todos los paquetes.

Después, llegó la comida, y qué agradable fue sentarse a la mesa de la familia y comer la tradicional oca rellena de Navidad de Elaine, con el relleno, el puré de patatas, y las galletas de lata que ella odiaba, pero que Vic adoraba, y que nos había enseñado a adorar a Cap y a mí. Nos reímos y comimos. Lavamos los platos y tomamos el postre. Todos volvieron entonces a la habitación de juegos, a jugar con los juguetes nuevos. Yo aproveché para echarle un vistazo a mi antigua habitación, que estaba vacía sin mis fotografías en la pared y sin mi ropa en el armario. La cama me parecía muy pequeña después de haber estado durmiendo en una doble, pero me senté en el colchón y puse las manos en los lugares donde los muelles querían escaparse.

–Sigue siendo tuyo, si lo quieres –me dijo Vic, desde la puerta. Entró, y cerró la puerta, y se sentó en el escritorio–. Lo sabes, ¿no?

Yo tomé una bocanada de aire.

–No estaba segura.

–Tesla. Cappy y tú... siempre tendréis un lugar aquí. Mientras yo tenga una casa, vosotros también la tendréis.

Era tan bueno oír aquello, que estuve a punto de llorar otra vez. Saber que podía volver era más importante para mí que mudarme de nuevo a aquella habitación, algo que ya era imposible.

–Pero no vas a volver, ¿eh? –me preguntó Vic, con una sonrisa triste.

Negué con la cabeza.

Él suspiró y se pasó la mano por el pelo. Aunque yo sabía que, seguramente, llevaba despierto desde antes del amanecer, no tenía un aspecto cansado, como antes. Se frotó las palmas de las manos en los pantalones vaqueros.

–¿Y adónde vas a ir?

–Voy a buscar un apartamento. ¿Puedo quedarme aquí esta noche?

–Por supuesto. Pero tendrás que dejar que te dé una buena tunda con el Resident Evil nuevo.

Yo sonreí.

–Puedes intentarlo.

Vic sonrió también. Después, se quedó muy serio.

–Tesla... siento lo que... lo que pasó. No debería haber metido las narices.

–Bueno, tenías razón. Mira lo que ha pasado –dije, y me encogí de hombros–. Mejor que todo haya acabado tan pronto.

–¿Estás segura de que todo ha terminado?

Yo lo miré.

–Me acordé de lo que me dijiste.

No me preguntó a qué me refería. Solo asintió.

–Bueno. Entonces, me alegro por ti.

Lo que había sucedido no era para alegrarse. Era horrible, y me estaba partiendo el corazón. Me estaba dejando sola, y lo odiaba.

Capítulo 41

No esperaba una llamada de Meredith, pero, cuando sonó mi teléfono la noche del día de Navidad, sí esperaba que fuera Charlie. Su voz sonaba cansada y un poco amortiguada. Dijo mi nombre cuando respondí, y eso fue todo.

–¿Está escuchando? –pregunté.

–No. Está en la ducha. No sabe que te estoy llamando.

Yo estaba en mi habitación, tumbada en la cama, y notaba el frío del teléfono en la oreja, aunque fue calentándose rápidamente. Me tapé la cabeza con la manta.

–Entonces, deberías colgar –dije.

Hubo un segundo de silencio.

–Tesla, lo siento.

–¿El qué, exactamente?

–No lo sé. Lo que dijo Meredith, supongo. No es lo que yo siento. Y tú lo sabes.

–¿Y qué importa, si es lo que siente ella?

Charlie suspiró.

–Meredith... ha reservado un hotel y un curso de esquí en Vermont.

Yo tragué saliva. Tenía un nudo en la garganta, y me hizo daño.

–Me alegro. Espero que os divirtáis.

–Yo quiero que vengas.

–No puedo, Charlie.

Él se quejó.

–Puedo cancelarlo.

–Podrías –dije yo, con el corazón encogido–, pero no vas a hacerlo.

–No es ni siquiera una semana entera –dijo él–. Nos vamos

mañana, y volvemos el día de Nochevieja. Podemos celebrarla juntos, Tesla. Vamos a darnos este pequeño descanso, a aclararnos la cabeza. Esto tiene que salir bien, ¿de acuerdo?

Parecía que me lo estaba suplicando.

–De acuerdo –dije yo.

Sin embargo, sabía tan bien como Charlie, aunque él no quisiera admitirlo, que nada iba a salir bien.

Capítulo 42

El día después de Navidad era festivo en el Mocha. Allí, mantendríamos las luces y los adornos navideños hasta después del Año Nuevo, pero yo no me sentía muy alegre. Llevaba el abrigo nuevo que me había comprado Vic para sustituir el que se me había cortado con los cristales y, aunque me encantaba, ni siquiera la sensación de llevar ropa nueva podía animarme. También llevaba la pulsera de Charlie, lo que no era de ayuda, precisamente.

–Darek –dije. Me sorprendió verlo allí–. ¿Qué estás haciendo en el Mocha?

–He venido a ver a Brandy –dijo él, mirándome con una sonrisa boba–. Sale dentro de veinte minutos. Voy a invitarla a cenar.

Arqueé las cejas. Darek ni siquiera se molestó en defenderse; se encogió de hombros. Yo agité la cabeza y le indiqué que se sentara. Cuando Brandy salió de la trastienda, soltó un gritito e ignoró la fila de clientes que estaban esperando a que los atendieran, y echó a correr hacia él. Pensé que Joy iba a soltar chispas por aquello, pero puso los ojos en blanco con resignación y se acercó a ayudarme.

–Brandy, puedes marcharte un poco antes hoy –dijo, desde el otro lado de la barra. Entonces, fui yo quien arqueó las cejas con incredulidad, y Joy se encogió de hombros–. Es mejor eso que verlos darse arrumacos.

Estaba de acuerdo con ella. Los miré; tenían una expresión arrebolada de... ¿amor? Bueno, no estaba segura de que fuera amor, pero ¿qué sabía yo de eso? Aparentemente, nada.

Cuando Darek y Brandy se marcharon, no hubo demasiados clientes, y yo pensé que Joy iba a marcharse a la oficina. Sin embargo, se puso delante de mí y me miró a los ojos. Yo me sentí inquieta.

–Se suponía que no tenías que venir hoy –me dijo.

–Sí, ya lo sé.

–¿Estás bien?

Era tan extraño que ella me preguntara aquello, que al principio no supe qué responder. Joy estaba pálida y tenía los labios fruncidos. Se había cortado un poco el pelo, y le sentaba bien.

Hice un gesto negativo con la cabeza.

–No, en realidad, no.

–Yo tampoco –me dijo ella, sin ambages–. Llevo meses yendo a médicos distintos para tratarme la endometriosis, y es horrible. Duele muchísimo, y tengo que someterme a tratamientos muy caros y embarazosos. Además, estoy bastante segura de que no voy a poder tener hijos. Qué Navidad más feliz, ¿verdad?

–Oh, Joy. Lo siento.

Le toqué el hombro, por instinto, pero me aparté rápidamente. Sin embargo, ella no me dio una mala contestación.

Suspiró.

–Sé que me comporto como una bruja cuando estoy aquí. Y veo que tú te llevas muy bien con todo el mundo. Veo a gente como Sadie, que viene a la cafetería... Veo a todos los que me rodean consiguiendo lo que quieren, y yo no sé cómo conseguirlo.

No supe qué decirle.

–No quiero que dejes el trabajo –me dijo Joy–. Te necesitamos aquí, Tesla.

Yo tosí.

–No quiero... No iba a dejarlo. Es decir, no lo tenía pensado.

–Bien –dijo ella, y asintió firmemente. Por un momento, sonrió–. Me alegro.

–¿Lo ves? Está dentro de ti –le dije yo–. Tienes que sacarlo más a menudo. Cada vez es más fácil.

Entonces, frunció el labio superior y puso los ojos en blanco, pero lo hizo sin ganas.

Después, sonrió de verdad.

–Bueno, vamos a quitar las luces de Navidad. Tanto brillo me hace daño a los ojos.

Yo me eché a reír.

-¿Puedo cambiar también de emisora de radio?

-Ah, eso sí que no -respondió Joy-. No voy a ser tan buena.

Capítulo 43

–Se ha marchado.

Las palabras resonaron en la oscuridad, y yo estuve a punto de salirme de las botas nuevas que me habían regalado Vic y Elaine. No había visto a Charlie, que estaba sentado en el salón. Pensaba que Meredith y él estarían en Vermont. Yo había llevado algunas cajas de cartón y bolsas de plástico para recoger mis cosas mientras ellos estaban de viaje. Aunque consiguiéramos salvar algo de nuestra relación, sabía que no iba a seguir viviendo allí.

La verdad era que ya no quería formar parte de ellos. Parte de Charlie, sí. Eso no podía negarlo. Pero no de los dos.

Dejé las cajas en el suelo y me acerqué a él para encender la luz.

–¿Adónde ha ido? ¿A Vermont?

–No. No lo sé –dijo él, mirándome con los ojos enrojecidos. Tenía una botella de whisky casi vacía al lado, y un vaso–. Le he dicho que no quería ir a Vermont sin ti, que habíamos hablado de hacer el viaje los tres juntos, y que no me parecía bien que fuéramos los dos solos.

–Oh, vaya –dije yo. Me senté a su lado, pero sin tocarlo–. Charlie, cariño, eso es...

–Era cierto –dijo él–. Maldita sea, Tesla, es cierto.

–Y ella, ¿se ha marchado sin decirte adónde iba?

Él asintió. Se puso una mano sobre los ojos y respiró profundamente, temblorosamente. Cuando exhaló la bocanada de aire, yo percibí el olor a alcohol en su aliento. Estaba delante de un hombre abatido, y no era yo la que le había dado el golpe. No sabía si iba a poder ayudarlo.

Pero estaba dispuesta a intentarlo.

Lo tomé de la mano y lo besé. Nuestras lenguas se tocaron, nuestros dientes entrechocaron, pero Charlie no se apartó. Me agarró

por la nuca para acercarme más a él, y emitió un gruñido que me aceleró el corazón. Y metió la mano entre mis piernas.

Charlie había sido tímido, dulce, bueno y generoso conmigo. Había sido divertido y considerado. En aquel momento, estaba desesperado.

Me empujó sobre los cojines del sofá y me besó con dureza. Sus besos eran frenéticos, deliciosos. Me subió la falda y me abrió los muslos para hundir la cara entre ellos.

Yo grité cuando me lamió el clítoris, y cuando metió sus dedos en mi cuerpo, y él gruñó contra mi sexo. Su barba de varios días me raspó la carne sensible, pero de la mejor forma posible. Aquello era duro y rápido, sin ternura, y mi cuerpo respondió sin titubear, aunque mi mente y mi corazón se hubieran quedado atrás.

Se desabrochó el cinturón y liberó su miembro; rápidamente lo hundió en mi cuerpo y me llenó. Después, escondió la cara en mi cuello y me mordió. Puso las manos bajo mis nalgas y me estrechó contra sí. El sofá crujió. En otras circunstancias, yo me habría echado a reír por lo frenéticamente que había empezado todo aquello, por los ruidos del sofá; pero, tal y como eran las cosas, solo pude clavarle los dedos en la espalda a Charlie y entregarme a él.

Aquello era el final de lo nuestro, y quería atesorarlo.

Pronunció mi nombre en el clímax. Y, después, otra vez, con más suavidad. Sus últimos embates me llevaron al orgasmo. Al final, con la respiración agitada, Charlie posó su frente en la mía. Cuando salió de mi cuerpo, a mí me dolió su pérdida. Él se subió los pantalones y esperó a que yo me colocara las bragas y las medias. Después, se sirvió otra copa y le dio un sorbo; dejó el vaso en la mesa y se puso en pie.

Yo también me levanté.

La boca de Charlie.

Eso era lo que quería sobre mi cuerpo ahora. Su boca y sus manos. Lengua, dientes, dedos. Quería sentir su peso sobre mí, la caricia sedosa de su pelo en mi carne, el roce de sus pestañas cuando cerraba los ojos, al besarme.

Deseaba la boca de Charlie y, sin embargo, algo me obligó a

apartar la cara cuando él se acercó. Él suspiró y apoyó su frente en la mía. Cerró los ojos, pero yo no pude cerrarlos. Tenía que verlo. Tenía que ver su piel y su pelo, sus cicatrices. Las manchas y los defectos que hacían perfecto a Charlie.

–Si lo hubiera sabido –dijo. Noté el peso de sus manos, una sobre mi hombro y la otra, en mi cadera. Su respiración olía a whisky. Parecía Charlie, pero no olía como él.

«Por favor, Charlie. Por favor, no me digas que hubieras preferido perderte todo esto».

Charlie suspiró.

–Es que... el espacio que hay entre nosotros es muy grande. Y no sé qué hacer con él.

«Lo llenamos», pensé yo, y quise decírselo, pero no lo hice. Las palabras no me salieron. Si no podía besarlo, ¿cómo iba a decirle que lo quería? Que no importaba dónde hubiera ido Meredith, ni si iba a volver. Que lo único que necesitábamos en aquel momento estaba allí mismo. Que, entre los dos, encontraríamos la forma de que las cosas funcionaran. Que todo iba a salir bien.

«Podría decírselo», pensé, mientras Charlie se apartaba de mí. Se dio la vuelta, y vi que se le hundían los hombros. Sentí el impulso de acariciarle los omóplatos, pero se me crisparon los dedos, y no lo toqué.

–Lo siento –dijo Charlie, una vez más, con la voz ronca. Aquella tampoco parecía su voz.

–Yo no –dije, por fin–. Yo no lamento nada de lo que ha pasado, Charlie.

Y eso, por lo menos, era verdad.

–Te quiero –dije, y Charlie apartó la mirada–. No me arrepiento de nada de lo que ha pasado. Siento que Meredith no pueda aceptarlo. Siento que tú tampoco.

Él cabeceó un poco. Entonces, lo toqué. Posé la mano en su espalda, y le acaricié la camisa arrugada. Enganché los dedos en su cinturón para tirar de él un poco, solo un poco... Y, después, lo solté.

–He venido a recoger mis cosas –dije–. Voy a empaquetarlas, y me marchó.

Charlie se sentó de nuevo en el sofá.

–Ella lo ha empaquetado todo. Las cosas están en el salón. Puedo ayudarte a llevarlas a tu coche.

Que Meredith ya me hubiera echado de la casa a la que ella misma me invitó me dolió más que ninguna otra cosa. Sin decir una palabra, subí a la habitación que, según me habían dicho, era mía. Estaba desprovista de cualquier cosa que pudiera recordar que yo la había ocupado. Miré, incluso, debajo de la cama, y no encontré nada.

En el salón, todas las cajas estaban bien ordenadas, selladas con celo. ¿Cuándo había hecho todo aquello Meredith? ¿Cuándo se había marchado? Traté de que no me importara, y comencé a llevármelas al coche. No había muchas y Charlie me ayudó, aunque se tambaleaba un poco.

–Quiero que sepas que... –me dijo, en la calle, junto al coche. Los dos estábamos temblando por el frío de diciembre.

Yo le puse la mano sobre los labios para acallar sus palabras. No quería que me dijera que me quería, porque yo me estaba marchando, y él no había intentado impedirlo. Me puse de puntillas y lo besé. Él me devolvió el beso.

Me aparté.

–Las cosas acaban, Charlie. Eso pasa a menudo. Tal vez... Meredith vuelva contigo.

Él me abrazó y me besó, pero yo no me permití el lujo de perderme en aquel beso.

–¿Tienes que marcharte? –me preguntó, al final.

–Si de verdad quisieras que dijera que no –le respondí con amargura–, no habrías permitido que sacara todas mis cosas al coche.

Él no sonrió.

–Todo el mundo tiene una historia –dije yo, mientras entraba en el coche–, y así es como termina esta.

Capítulo 44

Las historias terminan, pero la vida no termina solo por perder a la persona amada. La vida continúa. Tú puedes llorar hasta quedarte dormida, y despertar llorando, pero los segundos se convierten en minutos, y los minutos, en horas, y las horas, en días.

Tres semanas después de haberme despedido de Charlie, me mudé a mi propio apartamento. Estaba a poca distancia del Mocha, en un edificio de Second Street. Tenía una cocina muy pequeña y una gran bañera en el baño, dos habitaciones con camas dobles y un salón enorme con ventanales muy amplios y unas estanterías que llené rápidamente con todos mis libros.

No había tenido noticias de Meredith, aunque le había dejado un par de mensajes en el contestador, diciéndole que solo quería hablar. No me sorprendió, y no me sentí dolida. Después de todo, Carlos lo había expresado a la perfección: yo ya le había contado todas mis historias, y no había nada más que decir.

Por el contrario, Charlie me llamó todos los días. Nunca hablamos durante mucho tiempo; eran conversaciones cuidadosas sobre el trabajo y el tiempo. No eran como antes, pero no creo que ninguno de los dos esperara eso.

Tardé otra semana más en abrir todas las cajas. Al abrir una de las que me había hecho Meredith en busca de un viejo par de botas, me encontré una vajilla de platos blancos, con rosas y el borde dorado. Ella se había tomado la molestia de empaquetarlos con esmero, y yo saqué uno y lo sostuve en las manos, notando su fragilidad y pensando en lo fácil que sería romperlo, si no se manejaba con cuidado.

Había más platos en otras cajas. También estaba la salsa, bien envuelta en plástico de burbujas. Me había regalado toda la vajilla de

su boda.

Ella había dicho que alguien debería usarla.

Quedaban muy bien en la mesa que yo acababa de sacar del guardamuebles, la mesa que tenía mi madre antes de irse a California y dejarlo todo abandonado. También tenía sus sábanas y un precioso mantel de encaje que había pertenecido a mi abuela. Puse la mesa para dos.

Invité a Charlie a cenar.

Él me llevó flores.

Había cambiado durante aquellas cuatro semanas. Tenía el pelo revuelto, y las arrugas se habían acentuado alrededor de sus ojos. Sin embargo, seguía siendo guapísimo para mí.

Cuando llegó, charlamos de cosas intrascendentes, con tanta tirantez, que se me encogió el corazón. Le pedí que se sentara y le serví la pasta que había preparado. Yo no tenía hambre, pero tomé un bocado.

–Meredith quiere volver –me dijo Charlie.

Yo dejé el tenedor.

–Es lógico.

–Le he dicho que no.

Entonces, alargó el brazo y me tomó la mano por encima de la mesa. Me besó los nudillos.

–Te quiero, Tesla –me dijo Charlie–. Sé que no puedo esperar que las cosas sean como antes. Pero tengo la esperanza de que podamos empezar de nuevo... de que tengamos otra oportunidad. Porque, aunque lo nuestro comenzó de una manera equivocada, me gustaría intentar terminarlo bien.

¿Y yo iba a rechazar aquella oferta? No, no. Riéndome, me incliné sobre la mesa para besarlo, sin preocuparme de si me manchaba la camisa con la salsa de la pasta.

–Lo único que puede hacer la gente es intentarlo.

Todo el mundo tiene una historia.

Así es como empieza esta.

Agradecimientos

Me gustaría darle las gracias a Vicki Vantoch, la autora de *The Threesome Handbook: A Practical Guide to SLEEPING WITH THREE*, un libro que me ha resultado muy valioso a la hora de escribir *La distancia entre nosotros*.

Como siempre, podría escribir sin escuchar música, pero me alegro mucho de no tener que hacerlo. Aquí hay una lista parcial de lo que he escuchado mientras escribía este libro. Por favor, apoyad siempre a los artistas por medio de la legalidad.

Can't Get It Right Today, Joe Purdy.
Closer, Joshua Radin.
Come Here Boy, Imogene Heap.
Early Winter, Gwen Stefani.
Ghosts, Chistopher Dallman
Glory box, Portishead.
I Think She Knows, Kaki King.
Is Your Love Strong Enough, Bryan Ferry.
Journey, Jason Manns.
Look After You, The Fray.
Nicest Thing, Kate Nash.
No Ordinary Love, Sade.
Reach You, Justin King.
She's Got a Way, Billy Joel.
Stiff Kittens, Blaqk Audio.
Your Song, Jason Manns.